

I PREMIO MEMORIA *escolar* RURAL



Arsenio Dacosta (ed.)

I PREMIO MEMORIA *escolar* RURAL

I PREMIO MEMORIA
escolar RURAL

Arsenio Dacosta (ed.)

El I Premio Memoria Escolar Rural es una iniciativa de la Casa del Maestro – Museo Antonio Álvarez, de Ceadea (Ayuntamiento de Fonfría) con la colaboración de la Diputación Provincial de Zamora, la Fundación Fomento Hispania, la Universidad de Salamanca y la UNED de Zamora.

El Jurado ha estado compuesto por:

José Ignacio Monteguado Robledo, Universidade Federal da Integração Latino-Americana (Brasil)

José Delgado, secretario de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED

Eva Belén Carro Carvajal, responsable del área de didáctica del Museo Etnográfico de Castilla y León

Gabriela Coco García y Alicia Álvarez Fernández, profesoras del CEIP Virgen de la Salud de Alcañices

Ana Rodríguez Teixeira, del Círculo Literario Margarita Ferreras de Alcañices

Dolores Fidalgo, de la Asociación El Legado de las Mujeres

Pablo Pérez Sanabria, de la Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste

Mónica Llover, presidenta de la Federación de Asociaciones Culturales de Aliste, Tábara y Alba (FACATA)

Gabriel Parra y Carmen López San Segundo, profesores de la Universidad de Salamanca.

Edición:

Arsenio Dacosta, del Grupo de Investigación Reconocido Cultura Académica, Patrimonio y Memoria Social (CaUSAL) de la Universidad de Salamanca

Coordinación editorial:

Luis Eduardo Andrade Silva, del Grupo de Excelencia en Investigación Procesos, Espacios y Prácticas Educativas (GIPEP) de la Universidad de Salamanca

José Delgado Álvarez, de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED

José Ignacio Monteguado Robledo, de la Universidade Federal da Integração Latino-Americana (Brasil)

© de los textos e imágenes, los autores.

© de la presente edición impresa y su versión digital, la Diputación Provincial de Zamora, el Ayuntamiento de Fonfría y la UNED de Zamora.

ISBN: 978-84-09-63871-0

D.L. ZA 109-2024

Impresión: Gráficas Arttime

Repositorio digital: www.laenciclopediaalvarez.com

ÍNDICE

PREFACIO DEL PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA	9
PREFACIO INSTITUCIONAL DEL AYUNTAMIENTO DE FONFRÍA	11
INTRODUCCIÓN: HACIA LA CONSTRUCCIÓN Y RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA ESCOLAR RURAL	13
<i>Arsenio Dacosta y José Ignacio Monteagudo</i>	
MI ESCUELA, MI CASA	21
<i>Clara Cristela Rodríguez Núñez (Primer premio)</i>	
LA ENSEÑANZA EN EL MUNDO RURAL	33
<i>Pedro Pérez Ramírez (Segundo premio)</i>	
A LA ESCUELA, POR LA ORILLA	43
<i>Nuria Ruíz González (Tercer premio)</i>	
LA CAMPANA DE LAS DOS Y MEDIA	57
<i>Juan Antonio Arias Toribio (Mención honorífica)</i>	
RECUERDOS DE LA ESCUELA DE MAHÍDE DE ALISTE	65
<i>Modesto Domínguez Leal (Mención honorífica)</i>	
EL NIÑO DEL CASTILLO QUE SIEMPRE MIRABA AL SUELO	77
<i>Víctor Fuertes Melón (Mención honorífica)</i>	
UNA VENTANA JUNTO AL RÍO	83
<i>Federico García Fernández (Mención honorífica)</i>	
APRENDER INGLÉS CON EL TOCADISCOS	91
<i>Salud Santos Fernández (Mención honorífica)</i>	
ESCUELA DE BELZUNCE	95
<i>María Jesús Urriza Tolosa (Mención honorífica)</i>	
YO FUI DE LA EGB	107
<i>María Alonso González</i>	
LA ESCUELA RURAL DEL AYER	115
<i>Jovita Álvarez del Río</i>	
A «TRAS LAS VÍAS EN EL MAR»	125
<i>Visitación Álvarez Martín</i>	

SALVITA, MAESTRA VOCACIONAL	131
<i>M^a Inés Antón Folgado</i>	
UNA ESCUELA PARA UN MUNDO MEJOR	133
<i>Luis Félix Arranz Miguel</i>	
RECUERDO INFANTIL	149
<i>Luis Auñón Muelas</i>	
SATURNINA FUENTES, MAESTRA DE BRANDILANES	155
<i>Adoración Barrio Fuentes</i>	
LA ESCUELA EN SAN PEDRO DE LAS HERRERÍAS	157
<i>Enrique Bellver Llorens</i>	
LA PALMETA DE DON JOSÉ	177
<i>Antonio Burgos Peñasco</i>	
RELATO	191
<i>Sebastián Calvo Baz</i>	
CRÓNICA DE UNA MAESTRA NOVATA	205
<i>Isabel Cantón Mayo</i>	
MIS PRIMERAS LETRAS	213
<i>José María Chillón Martín</i>	
DONDE DABA LA VUELTA EL AIRE	217
<i>Inmaculada Cortés García</i>	
EL CHOLA	223
<i>Juan Francisco Domínguez Ridruejo</i>	
ALMA RURAL	229
<i>María Escanciano González</i>	
LAS MAESTRAS DE PIES FRÍOS	231
<i>Tana Espín Valera</i>	
VERÁS QUE NO TARDAN EN LLEGAR	237
<i>Manuel Fernández de la Cueva Villalba</i>	
UN CORRO, UNA FALDA DE TUBO Y UN EYERLINER	239
<i>Genoveva Fernández Ramos</i>	

MI MEMORIA ESCOLAR, 1952-1960	243
<i>Mercedes Fraile Olivera</i>	
EL VIAJE DEL MILANO	253
<i>Santiago García Martín</i>	
MEMORIA ESCOLAR	267
<i>Marcelino García Romero</i>	
SI LO HA DICHO LA MAESTRA, SERÁ VERDAD	271
<i>Yolanda Giner Manso</i>	
ASÍ ERA	275
<i>Fernando González Carón</i>	
CRÓNICA DE UN DESTINO	281
<i>Ramón González Reverter</i>	
AQUELLOS AÑOS DE ESCUELA EN MI INFANCIA	285
<i>Anesio Iglesias Bajo</i>	
RELATO	289
<i>Ana Llamas Pérez</i>	
LA ESCUELA UNITARIA. LA DÉCADA DE LOS 50	293
<i>Delfín López Hernández</i>	
PASAR LA BARCA PARA IR A LA ESCUELA	309
<i>Bienvenido Lorenzo Piorno</i>	
CONTIGO APRENDÍ...	315
<i>Esther Martínez Álvarez</i>	
LA VIDA DE UNA MAESTRA	319
<i>Montserrat Martínez Ramos</i>	
SER O NO SER	327
<i>Serafín Maza Campo</i>	
EL MUERTO	333
<i>Manuel Ángel Morales Escudero</i>	
LA ESCUELA	337
<i>Pedro Navazo Gómez</i>	

ALGO HABRÁS HECHO	339
<i>Emiliano Nieto de la Iglesia</i>	
RECUERDOS DE MI PASO POR LA ESCUELA RURAL, AÑOS 1969 A 1977	355
<i>Juan Carlos Pérez Marcos</i>	
A MIS MAESTROS: DON MANUEL, DON JESÚS, DON SEVERINO, DON ALBERTO, DON ÁNGEL Y DON JOSÉ	361
<i>Francisco Ramos Pichel</i>	
MI ESCUELA	367
<i>Juan José Rodríguez Herrero</i>	
COLUMPIOS	371
<i>Fernando Salcedo Alfayate</i>	
LA ESCUELA RURAL EN LA ALPUJARRA	377
<i>Juan Manuel Salcedo Martín</i>	
DE PRINCIPIO A FIN	391
<i>Agustín San Mamés García</i>	
¡A LA ESCUELA, CON UNA PIZARRA Y UN PIZARRÍN!	399
<i>Natividad San Martín Monja</i>	
LA HUELLA	409
<i>Lola Sanabria García</i>	
RECORDATORIO A TÍTULO PÓSTUMO	411
<i>Ramón Sánchez García</i>	
ACORDANZAS	417
<i>María Ángeles Serrano Mayo</i>	
EL MAESTRO	423
<i>Esteban Torres Sagra</i>	
DESPERTAR	427
<i>Ana Isabel Velasco Ortiz</i>	
LA ESCUELA DE DON TOMÁS	431
<i>Juana Yanguas Romero</i>	
PARA MÍ, EL COLE FUE BARRO Y GOMMETTES: PORQUERÍA Y COLORES ..	435
<i>Sara Zubizarreta García</i>	

PREFACIO DEL PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

Nuestra provincia, Zamora, es una tierra rica y diversa que se identifica con el mundo rural, ámbito que, por cierto, es en el que concentra sus esfuerzos la institución que tengo el honor de presidir. El fenómeno urbano en nuestra provincia –Zamora, Benavente, Toro- es antiguo, consolidado en la Edad Media, pero siempre ligado íntimamente al campo, a sus actividades y a sus paisajes. Las gentes de nuestros pueblos han habitado estos espacios, pero también han nutrido –y nutren- nuestras ciudades y las de tantos lugares de nuestro país y del mundo entero, llevando “Zamora” en sus costumbres y recuerdos.

Desde comienzos del presente siglo hasta el presente, la Diputación ha apoyado decididamente un proyecto pionero en el que se ha inspirado este primer Premio dedicado a la Memoria Escolar Rural. Me refiero al proyecto de preservación de la memoria colectiva de aquellos paisanos que emigraron a otros lugares, incluso a otros países, de la mano del Centro Asociado de la UNED en Zamora. Fruto de esa labor rigurosa y paciente, se han publicado ya dos premios Memoria de la Emigración Zamorana y hemos contribuido a las seis ediciones del Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa de la mano de la Junta de Castilla y León y de la propia UNED. Ese proyecto constituye, hoy, uno de los principales repositorios europeos de relatos de su tipo, pero, lo más importante, nos ha servido para reivindicar el valor de la experiencia de quienes emigraron y de los testimonios que nos han querido transmitir.

Por esa razón, y por el aludido compromiso con lo rural, la Diputación ha querido apoyar este primer Premio Memoria Escolar Rural que ha promovido el Ayuntamiento de Fonfría con ayuda de la UNED y de la Universidad de Salamanca. Este ayuntamiento, también con nuestro apoyo, ha recuperado un edificio de porte tradicional en Ceadea, la llamada “Casa del Maestro”, para destinarlo a Museo. Ese museo es hoy realidad, estando dedicado a la memoria de don Antonio Álvarez, el autor de la famosa “Enciclopedia”, pero también a la recuperación de la memoria de nuestras escuelas rurales. En suma, este proyecto, materializado en 2022 y en cuya

inauguración participé, ahora se ve dotado de un fin mayor, la preservación del patrimonio escolar. A este objetivo contribuye este primer certamen que se ha orientado, como aquellos dedicados a la emigración, a no olvidar las experiencias de quienes nos precedieron. El hecho de que haya tenido un alcance nacional y una amplísima participación, nos hace estar doblemente satisfechos, pero más aún que su delimitación haya sido el mundo rural.

Javier Faúndez Domínguez

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

PREFACIO INSTITUCIONAL DEL AYUNTAMIENTO DE FONFRÍA

Cuando un grupo de vecinos de Ceadea nos presentó la idea de un museo dedicado a nuestro paisano, don Antonio Álvarez Pérez (1921-2003), la acogimos con entusiasmo. El legado del autor de tantos textos escolares –conocidos popularmente como la “Enciclopedia Álvarez”- debía ser puesto en valor, tanto por su dimensión de fenómeno editorial, como por el exitoso esfuerzo de mejorar los contenidos curriculares en las escuelas españolas de mediados del pasado siglo. Enseguida vimos las posibilidades del proyecto, pudiéndolo ubicar en la “Casa del Maestro”, justo frente a su casa natal, en un edificio que habíamos conseguido consolidar con nuestros propios recursos, preservándolo de una ruina segura. Llegó la pandemia pero nuestro compromiso con el proyecto se mantuvo y pudo avanzar gracias al apoyo de los amigos de la Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste. Ellos contribuyeron con ideas y gestiones, con el proyecto museístico y arquitectónico, con el diseño y el montaje, y pudimos materializarlo utilizando lo mejor de nuestros recursos, los humanos, con profesionales y empresas del municipio y de la provincia en su mayor parte.

El museo vio la luz en el otoño de 2022 pero no quisimos que quedara definido como un recurso turístico más, sino como un proyecto cultural de mayor alcance. A esta tarea, tan ambiciosa o más que la de crear el propio museo, nos ha ayudado Arsenio Dacosta, profesor de Antropología Social de la Universidad de Salamanca, quien venía perfilando y coordinado el proyecto desde la pandemia. Bajo su dirección dimos un paso más creando la web <laenciclopediaalvarez.com>, herramienta necesaria para aumentar la visibilidad del museo pero destinada a ser mucho más que eso. Así, la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez, en su dimensión material y virtual, se ha propuesto ser un proyecto de conservación del patrimonio rural. Recopilando información sobre las escuelas rurales de Aliste y la provincia de Zamora, sus edificios –muchos todavía en pie-, los objetos que se encontraban en ellos y, sobre todo, los testimonios de quienes fueron maestros y estudiantes en dichas escuelas.

En esta línea iba la propuesta del Dr. Dacosta, que acogimos con entusiasmo, porque nos permitía cumplir estos objetivos: los de la preservación del patrimonio inmaterial pero, también, los de visibilizar nuestro modesto –pero ambicioso– proyecto museístico. En la convocatoria de un certamen de relatos pudimos contar con la inestimable colaboración de la Diputación Provincial de Zamora, que costea esta edición, y con la Fundación Fomento Hispania, que ya habían contribuido a la puesta en marcha del museo. Al ser un proyecto de naturaleza académica, tuvimos el privilegio de contar con el soporte de las dos universidades de nuestro ámbito territorial, la UNED de Zamora, y la Universidad de Salamanca. Con estos apoyos, el primer Premio Memoria Escolar Rural destaca por su éxito de participación y de calidad, a juzgar por el fallo del jurado. A los miembros de este les estamos profundamente agradecidos, personalizándolo en su presidente, José Ignacio Monteagudo Robledo, y en su secretario, José Delgado Álvarez, ambos profesores universitarios comprometidos con nuestra tierra. Junto a ellos, un gran número de personas han participado en tan ardua labor, representando a entidades culturales e instituciones de Zamora y Salamanca, tales como el Museo Etnográfico de Castilla y León, el C.E.I.P. Virgen de la Salud, el Círculo Literario Margarita Ferreras de Alcañices, la Asociación El Legado de las Mujeres, la aludida Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste, la Federación de Asociaciones Culturales de Aliste, Tábara y Alba (FACATA) -a quien debemos agradecer también su contribución a la web del museo-, la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED, y dos grupos de investigación de la Universidad de Salamanca. Un jurado diverso e implicado, comprometido con el proyecto hasta el punto de que, sin su desinteresada y rigurosa labor, no habríamos podido cumplir plazos y objetivos.

Así, con pasos seguros, avanzamos en nuestro pequeño gran proyecto; pequeño por sus dimensiones y por su vocación de ajustarse a la idea original que surgió del pueblo de Ceadea; grande porque tiene la ambición de ayudar, en la medida de sus posibilidades, a hacer mejor la vida de los vecinos, de los hijos del pueblo y de quienes nos visitan, tratando de que la cultura sea en un recurso para el desarrollo del mundo rural y, más concretamente, de nuestro municipio.

Sergio López Vaquero
ALCALDE DE FONFRÍA

Martín del Río Lorenzo
CONCEJAL DE CEADEA

INTRODUCCIÓN: HACIA LA CONSTRUCCIÓN Y RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA ESCOLAR RURAL

Arsenio Dacosta¹

José Ignacio Monteagudo Robledo²

Este libro recoge el resultado del I Premio Memoria Escolar Rural, convocado en agosto de 2023, y al que ha concurrido medio centenar largo de relatos. Relatos que reflejan la experiencia escolar en la España rural durante las últimas décadas; relatos escritos en primera persona de aquellos que fueron estudiantes o maestros -o ambas cosas-; relatos que narran historias personales que, sumadas, van conformando un lienzo colectivo de experiencias que merecen ser recordadas.

La forma en que se planificó este certamen tiene precedentes directos en un proyecto en el que los que firmamos esta introducción hemos estado muy implicados: los denominados “Premios Memoria de la Emigración”. En 2005, a iniciativa del Archivo de Escritura Popular Bajo Duero y la UNED de Zamora, se convocó un I Premio Memoria de la Emigración Zamorana que, en 2024, ha podido ver editados los textos participantes en, la hasta ahora, segunda convocatoria. Después, a lo largo de los siguientes años, se han convocado hasta seis premios de la Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa, de nuevo con el apoyo de la Diputación Provincial de Zamora y también de la Junta de Castilla y León, entre otras instituciones. Todo ello con el soporte de la UNED de Zamora y su Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa, hasta el punto de que los textos reunidos en estos 20 años constituyen una parte sustancial de sus fondos archivís-

¹ Grupo de Investigación Reconocido *Cultura Académica, Patrimonio y Memoria Social* (CaUSAL) de la Universidad de Salamanca y de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED. Co-ip del Proyecto AEMIGRA1960: *El asociacionismo de la emigración española en América a partir de la década de 1960: los casos de La Habana, Buenos Aires y Caracas*. PID2021-123160NB-I00 financiado por la MCIN / AEI y por FEDER: <<https://asociacionismodelaemigracionespanola.com/>>

² Instituto Latino-Americano de Artes, Cultura e História (ILAACH) de la Universidade Federal da Integração Latino-Americana. Miembro de la Red Archivos e Investigadores de la Escritura Popular (RedAIEP), del equipo de trabajo del proyecto de investigación «*Vox Populi*». *Espacios, prácticas y estrategias de visibilidad de las escrituras del margen en las Épocas Moderna y Contemporánea*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y la Agencia Estatal de Investigación (PID2019-107881GB-I00), y, también, del equipo de trabajo del ya referenciado proyecto AEMIGRA1960.

ticos³. A esa iniciativa, se unieron después los Premios Memoria de la Emigración Española, con una segunda convocatoria en curso de publicación tras el éxito de la primera, editada en 2023. Sobre estos precedentes, y con el bagaje acumulado en la presidencia de estos jurados y en la edición y análisis de estos materiales (autobiografías e historias de vida, fundamentalmente, pero también epistolarios, álbumes de fotos y grabaciones audiovisuales), parecía adecuado trasladar el modelo a la temática de la escuela rural, aspecto central en los contenidos del proyecto museográfico de la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez de Ceadea (Zamora) –sobre el que volveremos–, pero, también, objeto de nuestros intereses académicos. Aludimos a un seminario que organizamos en enero de 2016, de nuevo en Zamora, titulado “Cultura y Memoria de la Educación”, que, un año después, se materializaba en un dossier de *Studia Zamorensia*⁴. En aquel encuentro tratábamos de poner en valor las dimensiones histórica, social y cultural de la realidad educativa en perspectiva comparada, centrando el foco en la experiencia del docente desde una perspectiva educacional y antropológica, dándole el valor humano que merece. Obviamente, no somos los únicos preocupados en la documentación de esta experiencia, y hay muchísimos investigadores e iniciativas centradas en la recuperación del patrimonio escolar, incluyendo el inmaterial, ya que lo que nosotros entendemos como “memoria social”, se puede enmarcar también en esta última categoría patrimonial. Sin embargo, explica cómo hemos llegado a esta iniciativa y cómo hemos tenido la importante responsabilidad de presidir el jurado en un caso, y de coordinar la convocatoria y editar los relatos, en el otro.

En realidad, esta compilación de memorias escritas (o reescritas) expresamente para concurrir a un premio, supone una novedad entre las iniciativas que hemos podido conocer en el ámbito de la educación, centradas en recopilaciones de recuerdos orales e historias de vida como ejercicios académicos⁵ o en las autobiografías y memorias de profesores⁶. Como señalábamos, la convocatoria de este novedoso certamen ha sido todo un éxito, teniendo en cuenta que se trataba de una convocatoria de ámbito nacional. 57 textos que narran experiencias vividas en 68 escuelas rurales, con una amplia y diversa representación, al tener testimonios de todas las comunidades autónomas, a excepción de Canarias, Madrid y Baleares, y de las ciudades de Ceuta y Melilla. La diferencia entre el número de textos y el de escuelas retratadas es debido

³ Un análisis de este *corpus* de relatos en Dacosta, Arsenio. *Castellanos y leoneses en América: narración biográfica y prácticas de identificación*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020.

⁴ Monteagudo Robledo, José Ignacio. “Cultura y memoria de la educación. Presentación del dossier”, *Studia Zamorensia*, 16, 2017, pp. 11-16.

⁵ Suárez Pazos, Mercedes. “Historias de vida y fuente oral: los recuerdos escolares”, en José M^a Hernández y Agustín Escolano, coords. *La memoria y el deseo: cultura de la escuela y educación deseada*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2002, pp. 107-119.

⁶ Viñao Frago, Antonio. “Autobiografías, memorias y diarios de maestros y maestras en la España contemporánea”, *Cultura escrita y sociedad*, 8, 2009, pp. 183-200.

a que varios relatos narran el tránsito de los protagonistas por varios centros, a veces situados en provincias e, incluso, regiones distintas a la de origen. También tiene explicación que un número importante de esas escuelas, 26, sean de la provincia de Zamora, territorio del que ha surgido la iniciativa.

En lo que se refiere al contenido de estas narraciones, obviamente, este es tan diverso como la procedencia y edad de sus autores y autoras. Tal y como señaló el acta del jurado, destaca el conjunto por “la gran calidad y variedad de los relatos presentados al certamen, pues forman un mosaico muy rico, aunque necesariamente incompleto, de la experiencia escolar durante la segunda mitad del siglo pasado”. Siendo discursos de naturaleza autobiográfica, la mayor parte de los relatos se han centrado en la experiencia discente, en la mirada hacia la propia infancia en un tiempo y lugar muchas veces perdido, aunque a salvo en la memoria individual e, incluso, colectiva. Este último caso, más allá de los recuerdos y anécdotas compartidas entre pares, se manifiesta en alguno de los relatos, que sirven bien de testimonio histórico sobre una determinada escuela, como narración de los proyectos educativos que se ensayaron en otras, y como homenaje a maestros y maestras concretas que inspiraron a los autores de los relatos y, en ocasiones, a toda la comunidad. Como señalaba el fallo del jurado, un “mosaico”, no un macrotexto o historia universal ya que esta no la encontrará el lector en este conjunto. Ciertamente, hay puntos en común en muchos de estos textos, como el ambiente o la época histórica, como la organización escolar o lo directivo de una forma de enseñanza que hoy, a todas luces, nos parece obsoleta, cuando no terrible o escandalosa, como todo lo referido al autoritarismo de los maestros y la práctica de los castigos físicos, que aparecen recurrentemente como recuerdos imborrables, en el límite con lo traumático.

En ese sentido, los relatos transmiten mucho más que vivencias, datos o informaciones porque, invariablemente, están sustentados en lo emocional. La memoria autobiográfica, como actividad subjetiva sometida a constreñimientos colectivos, genera narrativas saturadas de emociones. La nostalgia tiñe el recuento de las vivencias escolares, pues remiten al territorio idílico de la infancia, y quizá por ello hay poco espacio para el resentimiento, como si las muchas situaciones penosas narradas hubieran de ser aceptadas como experiencias necesarias en la madurez personal. Para los historiadores de la educación Juri Meda y Antonio Viñao, la memoria escolar adquiere suma importancia en nuestras sociedades, desde el momento en que “la escolarización ha convertido la infancia, adolescencia y juventud en una experiencia común a nivel biográfico, generacional y social. Una experiencia vivida que permanecerá fuertemente formalizada tanto en la memoria individual como en la colectiva”⁷.

⁷ Yanes-Cabrera, Cristina, Juri Meda, Antonio Viñao, eds. *School Memories. New Trends in the History of Education*. Cham: Springer, 2017, p. 2.

Una impronta profunda y duradera, pues los españoles adultos hemos pasado, entre los 3 y los 18 años, unas 13.000 horas en instituciones educativas⁸.

Siguiendo las aportaciones de la antropología de la educación, podemos entender en estos relatos el paso por la escuela como un rito iniciático para la vida adulta en los Estados modernos, con sus consiguientes sacrificios y la imprescindible transformación en ciudadanos civilizados (léase sujetos domesticados y obedientes, en el sentido foucaultiano). Así, la escuela aparece representada como un espacio apartado de la vida ordinaria en la vivienda familiar y las calles del pueblo, donde se impone otro orden sumamente arbitrario, otra vida dentro de “la vida”. Las entradas y salidas de ese espacio son recordadas vivamente, tanto en los extremos de la escolarización como en los horarios cotidianos, con sus márgenes y agujeros, pues la sociabilidad al salir de clase y en los recreos suspendía los rigores de la enculturación formal y permitía otros aprendizajes. Lo extraescolar, o paraescolar, aparece en las evocaciones más plácidas, con escasas excepciones. La memoria selectiva actúa en el sentido de reprimir lo traumático, o al menos minimizarlo en un conjunto convenientemente aceptable: lo vivido fue en todo caso vivible. Es significativo, en ese sentido, que los castigos físicos son contados exclusivamente por los alumnos, nunca por los que ejercieron como profesores.

La memoria es selectiva también en la elección de los asuntos: sobresale el papel de los maestros, como era de esperar, pero también de los elementos materiales (igualmente emocionales y, en todo caso, simbólicos) de la escuela, pues se describen bancos, pupitres, encerado, armario, mapas y cuadros, puertas y ventanas, servicios, las exigencias de la estufa (¡tal vez el elemento más recordado!), el crucifijo y los cuadros presidiendo la sala... Los retratos y las imágenes institucionales, ilustrando en ocasiones los textos, refuerzan esas fijaciones de la memoria fotográfica. Las referencias a la actividad pedagógica se concentran en la disciplina, con sus horarios y rutinas, y en los libros utilizados, donde no podían faltar la *Enciclopedia* y *El Parvulito* de nuestro Antonio Álvarez como epígonos de una tipología editorial hegemónica⁹. Y es que, durante la dictadura franquista, las enciclopedias escolares respondían al ideario del nacional-catolicismo articulando los contenidos en las áreas básicas o instrumentales (matemáticas, lenguaje, ciencias) y, casi con el mismo peso, las ideológicas: historia sagrada, geografía e historia nacionales, formación político-social. Los libros más adaptados al mundo campesino, como la *Enciclopedia Álvarez*, con su temática (muy evidente en la lección dedicada a “El pueblo”) y sus imágenes de

⁸ Viñao Frago, Antonio. “La historia material e inmaterial de la escuela: memoria, patrimonio y educación”, *Educação*, nº 35, 2012, p. 10.

⁹ Cabornero Domingo, Javier. “Álvarez, la última enciclopedia”. En Gago Vaquero, José Luis, dir., *Tipografía y diseño editorial en Zamora*. Zamora: Biblioteca Pública, 2004, pp. 112-123. Para la figura de Álvarez y el contexto de su *Enciclopedia* remitimos a un reciente dossier monográfico (Dacosta, Arsenio. “Presentación al dossier. La Enciclopedia Álvarez: contenidos y contextos sociales y educativos”, *Studia Zamorensia*, nº 20, 2021, p. 11-12).

hórreos y botijos, contribuyeron a fraguar el estereotipo eminentemente rural de una nación apresuradamente urbanizada. Los cuadernos, en cambio, se mencionan poco, aunque se reproducen algunos, mientras que otros recursos, según nos dicen varios memorialistas, solían quedarse en el armario. Mal se recuerdan los deberes en casa, o las clases de educación física, y lo que hoy llamaríamos “resultados de aprendizaje” aparecen difuminados en las narraciones, como conocimientos poco útiles pero necesarios.

La memoria escolar es en ese sentido poco sistemática, pues adquieren suma importancia los detalles y las anécdotas, descritos casi siempre con tino y gracia personales. Tal vez en esa dimensión subjetiva, que al ser plural se convierte en intersubjetiva, resida su potencial heurístico para servir de contraste a los datos “objetivos” de los programas y los informes educativos. Las narraciones autobiográficas remiten a la cultura empírico-práctica educativa, y a través de ellas entrevemos el currículo oculto, al agujero negro del cotidiano escolar o a la “caja negra” a la que se refieren los historiadores de la educación¹⁰. Las evocaciones de la escuela franquista, por otra parte, han sido explotadas literariamente, por ejemplo, en la conocida obra *El florido pensil*, con una intención crítica de la que carecen las referidas al período subsiguiente como *Yo fui a la EGB*, por citar dos ejemplos exitosos. Ese uso nostálgico¹¹ cuajó también en ediciones facsímiles de las viejas enciclopedias escolares y en otras muchas manifestaciones culturales de las que este premio y el museo que lo promueve podrían ser simple continuación. Sin embargo, el propósito es otro, va más allá del uso recreativo de la memoria para someter esta a los imperativos de la historia y de las ciencias sociales. Aspiramos a que los relatos publicados en este volumen contribuyan a una mejor comprensión de cómo fue la escuela rural del pasado reciente y cómo ha influido en quienes pasaron por ella. Leídos con lentes epistemológicas, proporcionan datos, discursivos, pero también empíricos, para la construcción del conocimiento científico. Nos estamos refiriendo a fenómenos sociales representados en estos relatos y difíciles de documentar, tales como el papel del capital simbólico escolar en las estrategias familiares de movilización social, los efectos de las itinerancias de los maestros o la ambigua pervivencia de las prácticas pedagógicas. La historia de la educación¹² y la sociología de lo escolar¹³ han de servirse de estos documentos, que deben igualmente formar parte de nuestro patrimonio cultural inmaterial, entre otros motivos para dar sentido a las numerosas colecciones de materiales educativos exhibidas por doquier, dotándolas de un contexto humano que enriquezca su interpretación.

¹⁰ Escolano Benito y Hernández Díaz, *La memoria y el deseo. Cultura de la escuela y educación deseada*, ob. cit., pp. 28-35.

¹¹ Viñao Frago, “La historia material e inmaterial de la escuela”, ob. cit., pp. 10-11.

¹² Yanes-Cabrera, Juri Meda y Viñao, *School Memories*, ob. cit.; y Viñao Frago, Antonio. *Sistemas educativos, culturas escolares y reformas: continuidades y cambios*, Madrid: Morata, 2002.

¹³ Fernández Palomares, Francisco, coord. *Sociología de la Educación*. Madrid: Pearson, 2003.

El intervalo de edades de los participantes y su procedencia geográfica configuran un contexto histórico muy concreto: la España que va desde la posguerra al retorno de la democracia, atravesada por la alargada sombra de la dictadura franquista, con las instituciones educativas consagradas enteramente a su servicio. Las esencias de lo nacional había que buscarlas en pueblos y aldeas; como afirmaba el inspector de origen campesino Agustín Serrano de Haro en 1941, “la Escuela Rural es el único sitio en donde millares y millares, millones de españoles aprenden las grandes leyes fundamentales de la vida: la ley de la caridad, que emana de Cristo; la ley de hermandad, que es sostén de la Patria; la ley del trabajo, redentor de nuestras infinitas miserias. Bastaría esto para que estadistas y sociólogos, para que la sociedad entera mimase a la escuela rural como se mima en el regazo al hijo del que más se espera”¹⁴. Poco después, en 1945, la Ley sobre Educación Primaria estipulaba expresamente que todas las escuelas debían ser *patrióticas* y *católicas*, y así lo fueron, pese a los cambios sociales de los años 60, hasta la Ley General de Educación de 1970, que en su afán modernizador tuvo no pocos efectos negativos para la escuela rural¹⁵. En la crónica colectiva que supone esta compilación, las profundas transformaciones a las que se vio sometida la vida en los pueblos españoles durante esos decenios aparece como trasfondo de las vivencias escolares, especialmente la modernización, imponiendo cambios en la higiene, el confort o la alimentación, y el éxodo rural que provocaría la concentración en centros comarcales. Las vicisitudes del ambiente penetraban en la escuela por vías diversas, y las narraciones destacan el papel mediador de los maestros, casi siempre forasteros, en interacción con los alumnos y sus familias, y de sus remembranzas se desprenden algunas críticas, pero sobre todo gestos de reconocimiento y agradecimientos. El hecho de que algunos de los participantes, además de alumnos, hayan ejercido también el magisterio en escuelas rurales explica en cierto modo esa especie de auto-homenaje, sin duda merecido. Aunque no podemos detenernos aquí en su análisis, otro aspecto destacable en estas narrativas es el referido a la cultura escrita. Con el analfabetismo como enemigo ya vencido, la lucha con las letras continuaba para poder dominar la lectura y la escritura en el más escolar de los géneros, la redacción, una habilidad que los memorialistas demuestran haber rentabilizado muchos años después.

Historias individuales, testimonios expresivos de una experiencia diversa; esto es lo que ha valorado el jurado, con la dificultad, ya señalada de la gran calidad de aquellos. En el caso del primer premio al relato titulado “Mi casa, mi escuela”, de Clara Cristela Rodríguez Núñez, el jurado ha destacado la calidad de la redacción, la elegancia en la escritura, la minuciosa descripción de aspectos relevantes del proceso educativo en el mundo rural, así como la representación de la transmisión generacional del oficio del maestro a través de una visión muy subjetiva, y complementado

¹⁴ *Apud* Hernández Díaz, José María. “La escuela rural en la España del siglo XX”, *Revista de Educación*, núm. ext., 2000, p. 123.

¹⁵ Hernández Díaz, ob. cit., pp. 130-132.

todo ello con material gráfico. El segundo premio, otorgado a la “La enseñanza en el mundo rural”, de Pedro Pérez Ramírez, es igualmente representativo, pero, además, rezuma autenticidad y su contenido pone de manifiesto no solo el método docente o el deseo por adquirir conocimiento, sino también la importancia educativa de vivencias fuera del aula como el transporte o el comedor escolar. El tercer premio se concedió a la narración titulada “A la escuela por la orilla”, de Nuria Ruiz González, en reconocimiento a su habilidad en transmitir el testimonio personal vivo y al carácter autónomo del alumno, cuyo sentido crítico sobre los aspectos cotidianos muestran la realidad del momento y la capacidad de los maestros para crear un universo propio de sus estudiantes. Tres relatos que remiten a tres ambientes muy distintos, Cabanes (Lugo), Vilches (Jaén) y La Población de Yuso (Cantabria) y a momentos distintos del desarrollo escolar en nuestro país.

Como se indicaba, la calidad de los relatos –medida por su expresividad y valor testimonial más que por su forma literaria- ha sido tal, que el jurado se vio obligado a otorgar hasta seis menciones honoríficas. “Recuerdos de la escuela de Mahíde de Aliste”, de Modesto Domínguez Leal, se ha premiado por el hábil uso del lenguaje alistiano, así como por la conexión establecida entre los participantes del relato, de diferentes sexos y generaciones, a través de una muy sugestiva relación entre sus puntos de vista. “Una ventana junto al río”, relato de Federico García Fernández, por cómo se retrotrae al pasado y homenajea a su maestra, reconociendo la indiscutible labor desarrollada por todas las docentes del ámbito rural, todo ello expresado de forma correcta y elegante. “El niño del castillo que siempre miraba al suelo”, de Víctor Fuertes Melón. Un fiel reflejo de la exclusión social que sufren los inmigrantes y el acoso escolar, problemática que hasta el momento han sido poco abordadas en el mundo rural. Este relato también destaca la importancia de la labor invisible e encomiable de los docentes, actuando más allá de sus funciones educativas, como discretos agentes que atienden a la diversidad preocupados por la salud, la formación e integración de un variado alumnado. “Escuela de Belzunce”, narración de María Jesús Urriza Tola, refleja de forma precisa, a través de una excelente redacción, las singularidades espaciales de la escuela rural a través de los ojos de una niña. “La campana de las dos y media”, de Juan Antonio Arias Toribio, destaca por el espíritu de denuncia que atraviesa el territorio rural andaluz frente a la labor de una explotación minera, todo ello expresado a través de una elegante escritura y un estilo muy preciso. Finalmente, “Aprender inglés con el tocadiscos”, relato de Salud Santos Fernández, recoge la acción innovadora de un profesor de inglés para favorecer el aprendizaje del idioma a través del uso de los medios disponibles en el momento. Menciones honoríficas que remiten a lugares tan diversos como Mahíde de Aliste (Zamora), Monachil (Granada), Cuéllar (Segovia), Belzunce (Navarra), Nerva (Huelva) y Villanueva de Valrojo (Zamora), respectivamente.

El valor de estos relatos se ha acrecentado, en muchos casos, con la aportación de imágenes individuales y de grupo. Ciertamente es que, muchas de ellas, se presentan como

estereotipos en las prácticas educativas de la época (como la que se reproduce en la contraportada, en directa alusión a la localidad zamorana de Ceadea), pero otras que se desbordan de estos marcos y nos hablan de la riqueza y diversidad de estas experiencias (como la que presentamos en la portada, correspondiente al relato ganador del primer premio). Además, muchos trabajos incluyen imágenes de documentos y materiales escolares, lo que aporta aún más valor al conjunto, al menos desde la perspectiva patrimonial que anunciábamos.

Este libro, cuya versión digital corre paralela a la edición en papel, da forma a un conjunto de relatos que se suman al proyecto de repositorio de la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez de Ceadea. Este pequeño museo, inaugurado en 2022, quiere trascender el recurso cultural, educativo y turístico más inmediato, para conformarse en una herramienta para la conservación del patrimonio educativo en nuestro país. Por razones de dimensión y oportunidad, su foco se concentra en la comarca de Aliste y en la provincia de Zamora, pero lo hace desde el convencimiento de que lo local siempre ha sido la forma de expresar lo universal más próxima a la experiencia humana. En nuestro caso, hablamos de educación formal, institucionalizada, algo relativamente reciente en la historia de la Humanidad, donde el aprendizaje se dio –y se da– en otros espacios sociales. Sin restarle valor a esto, es más, reclamando la importancia de reforzar la conexión educativa entre ellos –la familia, la comunidad, la escuela...–, el proyecto de la Casa del Maestro ha optado por ceñir su ámbito al rural y a dos temáticas muy específicas: cuál fue el aporte pedagógico y cultural de la llamada *Enciclopedia Álvarez*, obra del ilustre paisano de Ceadea, don Antonio Álvarez, y cómo fue la escuela rural en la España del pasado siglo y, también, cómo lo es en el presente. Para ello, además del proyecto educativo con que debe contar todo museo, o del soporte científico de los que, desde distintas universidades del territorio estamos contribuyendo a ello, necesitamos del concurso de quienes vivieron la experiencia de la escolarización y la docencia en el mundo rural, sus testimonios y los objetos que han conservado de su paso por la escuela, su compromiso con este patrimonio material e inmaterial, que o es compartido o no será más que arqueología escolar.

Estos relatos, en suma, son los primeros que se incorporan al repositorio digital de la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez <laenciclopediaalvarez.com> con la idea de contribuir a la conservación de este patrimonio inmaterial que conforma la memoria de nuestros pueblos y sus escuelas.

MI ESCUELA, MI CASA

(Primer premio)

Clara Cristela Rodríguez Núñez
(Cabanes, Lugo)

La experiencia que voy a relatar es la de una alumna privilegiada, una alumna que, cuando las puertas de la escuela se cerraban, se quedaba dentro hasta el día siguiente. Es lo que tiene ser hija de la maestra y vivir en el mismo edificio en el que acudes a clases. Esta de la que voy a hablar fue mi escuela y mi casa entre los tres y los ocho años, desde 1968 hasta 1973.

Nos remontamos, por lo tanto, a finales de los años 60 del pasado siglo, en una aldeíta de la provincia y ayuntamiento de Lugo, Cabanes, aunque en la actualidad el topónimo aparece en los mapas como Cabanas. En la foto 1 marco la localización de la misma, sobre un mapa obtenido del visor de cartografía de la Xunta de Galicia.



Foto 1. Localización de Cabanes, con el topónimo actualizado a Cabanas. En el mapa se aprecian las aldeas de Albares, Teigueselle o Burneiros, algunas de las que procedía parte del alumnado.
<https://mapas.xunta.gal/visores/basico/>

Si queremos ver una fotografía aérea de la zona podemos recurrir al visor del Sistema de Información Geográfica de Parcelas Agrícolas (SIGPAC). El edificio marcado en rojo en la foto 2 es la antigua escuela rehabilitada. El entorno se mantiene prácticamente igual,

pero no así la vida del alumnado, al que ahora recoge un autobús para llevarlo al CEIP Manuel Mallo de Nadela, fruto de la concentración escolar propia de los años 70-80 que terminó prácticamente con el modelo de escuelas unitarias rurales en España.

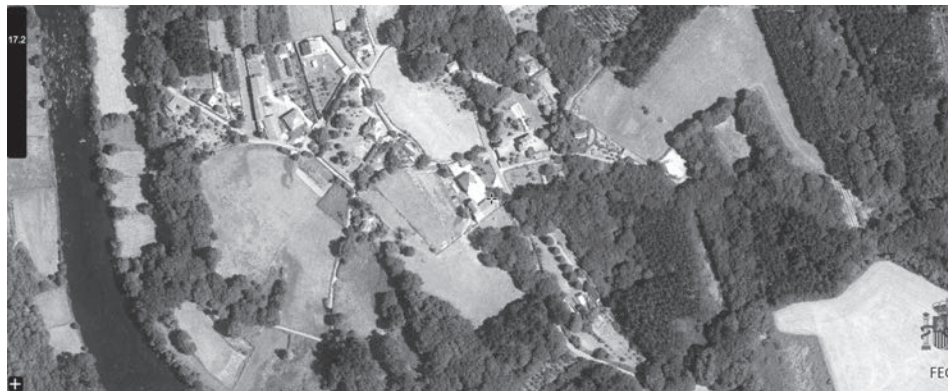


Foto 2. Localización del edificio de la escuela (marcado en rojo) en la localidad de Cabanes, muy cerca del río Miño. <https://sigpac.mapa.es/fega/visor/>

UNA CASA Y UNA ESCUELA

Empezaremos por describir el edificio. En aquellos años, las escuelas unitarias eran el modelo habitual de escuela rural. Al ser Cabanes una localidad muy pequeña y con poco alumnado, la escuela era mixta y tenía una única maestra, mi madre. Para ella y su familia se reservaba el piso superior del local, que es el primer hogar del que tengo memoria. Sin calefacción ni agua caliente, las comodidades eran las mismas que las de cualquier casa de la época. El agua subía desde un pozo hasta el depósito ubicado en la parte superior del edificio, y había que llenarlo con un motor cada vez que se vaciaba. Una de nuestras labores infantiles consistía en vigilar cuando el líquido rebosaba por el caño para avisar de que ya estaba lleno. Teníamos arriba una estufa de butano que se iba desplazando entre las habitaciones y, cuando los sábados tocaba baño, se calentaba el agua en una cazuela grande en la cocina de leña.

En el piso de abajo, donde estaba el aula, la situación era similar. La única fuente de calor era otra estufa de butano y hay que decir que en aquellos años, y en la provincia de Lugo, tanto las nevadas como las heladas eran habituales en invierno.



Foto 3. Escuela de Cabanes, enero de 1968.

A la entrada de la escuela había un pequeño porche, muy útil para dejar los paraguas... y los chanclos. Debido al mal tiempo, lo más normal era que el alumnado llegase a clase con las botas mojadas y sucias de barro. Así que la maestra decidió que el calzado obligatorio para mantener la escuela decente serían unas zapatillas de casa, que además de calentitas podían meterse dentro de unos chanclos de goma que serían depositados en el porche.



Foto 4. La maestra, Clara Núñez Varela, y algunas alumnas como las hermanas Gayoso Lavandeira, todas ellas con sus zapatillas de casa. En las filas de atrás Mari Carmen de Pedrales, Eva del Pocero, Carlos del Pichón y un alumno de nombre Santiago. Hacia 1970.

Otro problema era el de los baños. Si bien es verdad que había dos aseos de los tradicionales de pie a la entrada, no se recuerda que nunca tuvieran agua. Así que, dada la dificultad para mantener la higiene de los mismos, el alumnado gozaba del privilegio de salir a cualquiera de los pinares próximos para hacer sus necesidades. Y he de decir que la hija de la maestra disfrutaba igualmente de estas escapadas, mucho más interesantes y democráticas que subir las escaleras para utilizar el cuarto de baño familiar.

Después del porche, y antes de entrar en el aula, había un pequeño recibidor que daba precisamente a las puertas de los servicios, y en el cual mi padre, que fuera



Foto 5. Las hermanas Mercedes y Alicia Gayoso Lavandeira y otra alumna de nombre Aurita junto al mueble botiquín y la pecera. Hacia 1970.

de su horario de trabajo como practicante ejercía como maestro consorte, había instalado un completo botiquín. Pero lo más interesante de este vestíbulo era la pecera que situó sobre el botiquín, de la cual disfrutábamos a diario todo el alumnado. Fue especialmente destacable la historia de la convivencia frustrada entre unas tortuguitas y los peces ornamentales, los cuales iban desapareciendo misteriosamente a la par que aquellas crecían.

La escuela contaba además con lo que a mí me parecía un enorme patio de recreo, en el que se instalaron diversos columpios, porterías, una red de voleibol... una serie de recursos que poco tenían que envidiar a otros centros escolares de mayor tamaño.

No hay que olvidar que, fuera del horario escolar, tanto mi hermano como yo podíamos seguir utilizando estas instalaciones como nuestro campo de juegos particular, parque infantil del que pocos niños de la época disfrutaban.



Foto 6. Partido de fútbol en el patio de la escuela. Hacia 1970.

Foto 7. Con mi hermano, Manuel Rodríguez Núñez y otras tres alumnas de la escuela, Marisa de Teigueselle y dos de las mayores, Chelo y Luisa. Marzo de 1970.

La casa contaba con una serie de espacios anexos, a los que mi hermano y yo bautizamos con toda nuestra aplastante lógica infantil. Así, una zona cubierta pegada a la casa, donde mi padre aparcaba el coche, era conocida como «la sombra». O la parte inmediata a las escaleras del edificio, que era el único lugar que no estaba pavimentado en tierra y en el que el triciclo o la bici andaban más cómodamente, era «el cemento». En esta parte, bajo la escalera, había un trastero al que en la provincia de Lugo denominamos «el rocho», y parejo a él otro gran espacio que, en el caso de esta escuela, fue dedicado a bodega. Una bodega en la que cada otoño mi padre intentaba obtener algo de vino de las dos pequeñas piezas de viña que, dada la climatología del lugar, no daban prácticamente nada.

Aparte de la vendimia, en la casa se hacían también algunas otras labores agrícolas: había una huerta, en la que se cultivaban patatas y unas pocas verduras, y unas cuerdas en las que hubo gallinas y conejos. Pero eran mis abuelos o gente contratada los que se hacían cargo de las labores más duras. Mi madre nunca tuvo la más mínima inclinación por el trabajo del campo y lo único que verdaderamente llevaba mi padre en persona eran las colmenas, instaladas en una finca próxima. Para nosotros, criarnos en una escuela rural supuso gozar de todas las ventajas de vivir en una aldea sin enterarnos de ninguno de los trabajos que esto puede suponer...

LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS

A la escuela acudíamos entre veinte y treinta alumnas y alumnos, en teoría de entre 6 y 14 años, en la práctica desde los 3, que era la edad con la que mi hermano y yo empezamos a ir. Allí seguían estudiando hasta que aquellas más aplicadas –sólo recuerdo mujeres– obtenían en un examen externo el graduado escolar y marchaban a Lugo al instituto, o bien, quienes no lo conseguían, recibían el certificado de escolaridad y se incorporaban al mundo laboral. Lo cierto es que la gran mayoría del alumnado trabajaba en las explotaciones familiares desde mucho antes de cumplir los 14 años y, sobre todo los chicos, faltaban con frecuencia cuando su ayuda en casa era necesaria.

Nuestros compañeros provenían de diversas aldeas más o menos próximas, Albares, Burneiros, Chamoso, Teigueselle... Los que venían de cerca iban a comer a casa y regresaban por la tarde. Los que eran de más lejos y tenían caminatas más largas, traían su comida y se quedaban allí al mediodía.

Recuerdo que había siempre varios grupos de hermanas y hermanos, lo habitual eran las familias muy numerosas, y cuando los mayores abandonaban la escuela todavía no habían entrado los pequeños. Al tratar de identificarlos en las fotografías, tanto mi madre como yo podemos recordar los nombres de la mayoría, pero ya no los apellidos. En muchos casos los hermanos llevaban un apodo familiar, relacionado bien con el oficio del padre o abuelo, bien con el lugar de procedencia o a veces de origen desconocido. Así, había dos hermanos, Mari Carmen y José Antonio, llamados los de Pedrales (sobrenombre de la casa). Otra familia eran los «del Pocero», otra «los Caseros», otra «los del Pichón»...

Como anécdota, contaré que al finalizar mi primer año en la facultad, teniendo yo 19, mi madre tuvo que ir a atender a mi abuela al hospital, dejando la escuela sin profesora. Era el mes de junio, yo había terminado las clases, y no iban a mandar a ninguna persona para sustituirla. Por lo tanto, me pidió que fuese en su lugar esos últimos días (irregularidad que hoy nos pondría los pelos de punta, pero que hace 40 años nos pareció lo más normal del mundo). Así que me presenté allí, como maestra sustituta, y entre mi alumnado pude encontrarme todavía con los hermanos más pequeños de algunos de mis compañeros de 10 años antes.

Lamentablemente, hay que reconocer que incluso en una pequeña escuela rural como la nuestra había diferencias entre el alumnado. Algunos pertenecían a familias de labradores propietarios, en ocasiones incluso de haciendas bastante grandes, con lo que su situación, siendo una vida dura, era mucho más desahogada que la de los caseros. Estos últimos vivían en los límites de la pobreza, con grandes dificultades para salir adelante. Por supuesto, una niña de menos de ocho años no era consciente de todos estos detalles, para mí todos éramos iguales con nuestro mandilón verde, que también era prescriptivo, y que ocultaba las manchas de estiércol o los rotos del jersey. Pero al volver la vista atrás puedo recordar episodios que hoy me producen tristeza y vergüenza, como las burlas a una de nuestras compañeras por acudir a clase

con las zapatillas del revés. Me pregunto ahora si alguien en su casa tendría tiempo para estar pendiente de cómo se peinaba o cómo se vestía antes de salir hacia la escuela.

AQUELLAS CLASES

En este tipo de escuelas todo el alumnado, mayores y pequeños, compartíamos el mismo espacio del aula. Estábamos sentados en pupitres por parejas de edades aproximadas, y estos se hallaban distribuidos en varias filas mirando hacia la mesa de la maestra, la cual se hallaba elevada sobre una tarima y con un encerado tras ella. Al fondo de la clase había otro encerado, con el retrato de Franco sobre él, y en las paredes varios mapas murales e imágenes religiosas, como en cualquier otra escuela.

Lo único que alegraba un poco el ambiente escolar eran las macetas con flores y el canario en la ventana, aunque este creo que duró poco...

Recuerdo que la organización diaria era por materias (lunes Geografía, martes Matemáticas...). Los viernes por la tarde había religión y el sábado por la mañana se dedicaba a la limpieza del aula. Durante las clases, la maestra iba dedicándonos un poco de tiempo por niveles y así, mientras unos hacían los ejercicios, ella iba preguntando a otros la lección. Los más pequeños usábamos sobre todo la pizarra y el pizarrillo para hacer las tareas a sucio –recuerdo también haberme tragado algún pizarrillo a fuerza de chupetearlo, pues no se rompía como los lápices–. Más que de libretas, tengo memoria en estos primeros años de los interminables cuadernos de caligrafía, de los cuales me aprendía las oraciones completas a fuerza de repetirlas, sin entender en absoluto su significado. «Bahía es un golfo pequeño», de la que no



Foto 8. La escuela vista hacia el fondo, con el retrato de Franco sobre el encerado y la imagen de la virgen en la esquina. En la primera mesa de la fila central las hermanas Alicia y Mercedes Gayoso Lavandeira, detrás Eva del Pocero y Mari Carmen de Pe.



Foto 9. Ventanas con el canario. Escuela de Cabanes. Octubre 1967.

comprendía golfo ni bahía. O «murciélago tiene a e i o u», de la que no llegaba a entender donde el murciélago llevaba todas esas letras.

El hecho de compartir aula con los mayores nos permitía también a los más pequeños escuchar sus lecciones, que para mí resultaban igualmente inescrutables. Cuando la maestra hacía un análisis sintáctico y la alumna o alumno no conseguía encontrar el sujeto, ella le insistía «pregúntale al verbo». Y yo me quedaba mirando el encerado a ver si aparecía ese verbo al que le había que preguntar y al que me imaginaba como una especie de mochuelo sabio experto en lingüística.

Pero no hay que olvidar que estábamos a finales de los 60, años todavía de dictadura, y en los que la educación debía estar al servicio del ideal nacional patrio. Salvo mi hermano y yo, a los que mis padres nos hablaron siempre en castellano, todo el alumnado de Cabanes tenía como lengua materna el gallego, pero tenían totalmente prohibido utilizarlo en la escuela. Visto con la perspectiva de los años, resulta penoso comprender la injusticia que esto suponía y de la que como niña nunca llegué a ser consciente. Renunciar a su lengua, sobre todo en el patio, cuando estaban jugando con sus hermanos o vecinos, debía resultar una tarea ímproba para mis compañeros y compañeras. Y para que tuviesen bien presente cuándo lo hacían mal, se estableció el sistema de dar una moneda de cobre a la persona que utilizara el gallego durante la jornada escolar, equiparándolo al hecho de decir palabras malsonantes, por las cuales también se recibiría la moneda. El alumno o alumna que tenía la moneda sólo podía desprenderse de ella cuando otra persona incurría en la misma falta. Así, se menospreciaba a la vez el gallego como lengua y se humillaba al hablante. Me consta que mi madre se arrepintió posteriormente de estas «metodologías», que son reflejo de una época, y de hecho tras la llegada de la democracia se especializó precisamente en Lengua Gallega y Geografía e Historia. Pero el daño, por desgracia, ya estaba hecho.

Siguiendo con esta mentalidad propia de finales de los 60, recuerdo también la participación de la escuela, al menos dos años consecutivos, en una campaña del Ministerio de Información y Turismo llamada «Mantenga Limpia España», que consistía en presentar la escuela más «bonita» y cuidada a nivel provincial. Todavía tengo en mente los grandes bidones de basura que estaban en el patio, pintados en rojo y blanco y con las iniciales MLE.



Foto 10. En las esquinas del porche pueden verse los dos bidones pintados con dos franjas rojas y una blanca con las iniciales MLE (Mantenga Limpia España). Hacia 1970.



Foto 11. Detrás de la alumna mayor, Josefa, junto a la mesa de manualidades, pueden verse las dos puertas de los armarios de los libros. Las otras tres alumnas decorando jarrones se llamaban Aurita, Chelo y Marisa de Teigueselle. 1970.



Foto 12. Las dos alumnas junto al mapa mural, Chelo y Marisa, están pintando un jarrón en el que se puede leer «Vou a escola». Delante del mapa está Eva del pocero. En la mesa grande, la profesora Clara Núñez Varela y otra alumna de nombre Josefa. 1970.

Tan mal no lo debimos de hacer porque al menos en una ocasión la escuela resultó ganadora, y el premio fue un lote de libros que supusieron una de las mayores alegrías de mi infancia. Por supuesto, no teníamos biblioteca. Pero detrás de la mesa de la maestra había dos grandes armarios en los que se guardaban el material y los libros. Allí estaban algunas joyas como los Libros Eternos para la Juventud en los que descubrí Mujercitas, El despertar, La llamada de la selva, La isla del tesoro... compartiendo estante con los libros patrióticos de Editorial Doncel. Sí que es verdad que estos últimos no estaban llamados a ser eternos, pero en aquel tiempo todo libro era bueno y no teníamos la capacidad crítica tan desarrollada como para diferenciar a Marcelino, Pan y Vino de Tom Sawyer.

Aparte de las materias puramente académicas, basadas sobre todo en la memorización por repetición, había también espacio para otras actividades más artísticas en las que la rigidez normativa se relajaba bastante. Por ejemplo, se hizo una exposición con jarrones y otras manualidades decorados por el alumnado para obtener fondos para una excursión, y uno de estos jarrones llevaba pintado el lema «Vou a escola de Cabanes» (Voy a la escuela de Cabanes) en perfecto gallego y sin censura.

En relación con lo anterior, hay que decir que la escuela supuso la única ocasión para muchos de mis compañeros de salir de su pueblo y conocer otras localidades. Es cierto que los destinos escogidos eran también acordes a la mentalidad de la época, pues yo recuerdo tan sólo dos excursiones, una a Fátima y otra a Covadonga. Pero hasta llegar a los santuarios había un largo viaje que hacer en autobús y varios días de convivencia que, como digo, eran para muchos la primera salida fuera, no ya de Galicia, sino de la aldea.



Foto 13. Lagos de Covadonga. La autora, Clara Rodríguez Núñez, con Josefa, Eva, José Antonio y Jesús del Pocero, Mari Carmen de Pedrales, Marisa de Teigueselle y otra alumna. 1970.



Foto 14. Las alumnas mayores, Josefa, Chelo y Luisa, junto con la maestra, realizan labores en el porche. En el patio puede verse a otra alumna recogiendo el bidón con la basura probablemente para llevarlo al estercolero que estaba situado al fondo de la finca. Julio 1970.



Foto 15. Grupo de chicos trabajando en el jardín. Hacia 1970.



Foto 16. La maestra, Clara Núñez, un vecino de la aldea y varios alumnos entre los que están Luisa, Josefa y José Antonio de Pedrales, preparan la red de voleibol. Julio 1969.

Volviendo a las actividades manuales, existía en su realización una marcada diferenciación por géneros: las chicas realizaban labores de diverso tipo, siendo la maestra una experta en ganchillo, mientras que los chicos se encargaban por ejemplo del mantenimiento del jardín.

Otras veces participaban todos juntos en algunas de estas tareas, como se puede ver en la fotografía en la que junto con la maestra montan la red de voleibol. Aparece además un vecino de la aldea, pues la presencia de las familias era frecuente en la vida escolar.

También participaba todo el alumnado en las actividades religiosas, como el rezar al entrar en clase cada mañana, o preparar flores para la virgen en el mes de mayo. Por cierto que tardé muchos años en entender quién era esa «porfía» a la que se le llevaban flores al mismo tiempo que a María.

EL TIEMPO DE JUEGO

Cualquier niña menor de ocho años guardará mejor recuerdo de los momentos de patio que de los momentos de aula, por interesantes que estos sean. En mi caso tengo que reconocer que es así, y que a pesar de todo el equipamiento deportivo, cuando pienso en los recreos lo que me viene a la memoria son los juegos de grupo. Algunos juegos típicos del recreo eran la comba, el limbo, el escondite o los corros diversos con canciones populares: «Salga usted, que la quiero ver bailar, saltar y brincar, dar vueltas al aire...».

Otro de estos juegos era la goma. Como ninguna de las niñas de la clase teníamos una decidimos comprarla entre todas, poniendo, creo recordar, un duro. Lo cierto es que le cogí ese dinero a mi madre sin pedir permiso, y es un «delito» que a día de hoy, junto con la bronca que me supuso en su momento, jamás he olvidado.

Como ya se comentó, en el patio estaba también prohibido el uso del gallego, pero resulta muy difícil para un hablante nativo disociar completamente ambas lenguas. Así que una de las frases más escuchadas cuando jugábamos al «pilla» era la de «no vale teima», palabra que yo desconocía pero que por contexto quedaba más que clara: no se podía perseguir siempre a la misma persona. A ver cómo se expresa algo de forma tan breve y precisa en castellano.

EL FINAL DE UNA ETAPA

El curso 1972-73 fue el último que pasé en la escuela de Cabanes. En septiembre de 1973 mis padres decidieron enviarnos a mi hermano y a mí a un nuevo colegio en Lugo capital. Supongo que para ello pesaron las mismas consideraciones que la administración utilizaba (y sigue utilizando) para eliminar las escuelas unitarias rurales: la calidad de la enseñanza siempre será mejor si tienes profesorado específico para cada materia, una sola persona no puede atender en condiciones adecuadas un grupo de diferentes niveles... En el caso concreto de mi madre me consta que también influyó la dificultad de tener que eva-



Foto 17. Corro. Enero de 1968.



Foto 18. La autora en el patio de la escuela. Hacia 1970.

luar a sus propios hijos intentando ser justa, sin que el resto del alumnado tuviera la sensación de que se nos beneficiaba por ser quienes éramos, pero tampoco perjudicándonos por el hecho de serlo.

El caso es que, muy en contra de nuestra voluntad, abandonamos colegio y compañeros, y aunque durante un año seguimos viviendo en la casa de la escuela, el tiempo que le suponía a mi padre llevarnos y traernos a diario hizo que finalmente nos instalásemos todos en Lugo y fuera mi madre la que se desplazase cada día hasta Cabanes.

Años después, cuando todas las unitarias de la zona fueron agrupadas en Nadela, el edificio quedó abandonado hasta que el ayuntamiento de Lugo llevó a cabo una rehabilitación en el año 2009. Pese a todo, nunca llegó a reutilizarse, y hoy en día agoniza rodeado de maleza¹.

Para muchos antiguos alumnos será su vieja escuela. Para mí siempre será la casa con el mejor patio de juegos que una niña puede soñar.



Foto 19. Grupo de escolares.

¹ <<https://www.elprogreso.es/gl/articulo/lugo/maleza-cerca-escola-cabanas-reforma/202107131411571513873.html>>; <<https://www.ppdelugo.com/es/o-pp-critica-que-escola-rural-de-cabanas-leve-seis-anos-sen-rematar/>>; <<https://www.elprogreso.es/articulo/lugo/la-escuela-rural-de-cabanas-reparada-en-2009-sigue-sin-uso-y-ya-necesita-mas-obras/20150814020000355171.html>>. (N. de la A.)

LA ENSEÑANZA EN EL MUNDO RURAL

(Segundo premio)

Pedro Pérez Ramírez
(Vilches, Jaén)

Mi padre nació en el año 1922 y se crio en el campo, en un pequeño cortijo andaluz llamado «La Zorrera», perteneciente al municipio de Vilches, en la provincia de Jaén, donde su padre, mi abuelo, trabajaba de jornalero. Cuando mi padre tuvo edad de ir a la escuela tenía una única posibilidad de asistir a clase, hacer andando diariamente la distancia que separaba el cortijo de la escuela. Esa distancia era de unos tres kilómetros, aunque mi padre normalmente hacía el recorrido siguiendo el trazado de la vía del tren y así la distancia no llegaba a los tres kilómetros, eso implicaba un alto grado de peligrosidad para un niño que hacía dos veces diarias ese recorrido. Mi padre tenía ganas de aprender y le encantaba ir a la escuela. Curso tras curso, vía arriba y vía abajo, mi padre fue superando todos los cursos, por cierto con muy buenas notas, hasta llegar a la edad de 14 años. Era el número uno de la clase.

Corría el año 1936, cuando el maestro, entonces era un maestro para todas las materias, le dijo a mi padre:

–Pedro, dile a tu padre que tengo que hablar con él, que pase a verme cuando pueda».

A la semana siguiente, hizo un día de lluvia y no se podía salir a trabajar con la yunta. Mi abuelo aprovechó esa circunstancia para pasar a ver al maestro.

–Buenos días, D. Manuel, me ha dicho el niño que quería usted hablar conmigo

–Buenos días, Bartolo. Le he llamado porque... todo lo que yo le puedo enseñar al Pedro, ya se lo he enseñado. Quiero decirle que ya no le puedo enseñar nada más. El niño viene todos los días por esa vía que es un peligro que ya no merece la pena correr. Que se quede ya en el cortijo.

–Pero... al niño le gusta la escuela y tiene muchas ganas de aprender.

–Sí, lo sé, pero ya le he dicho que conmigo no va a aprender más de lo que sabe.

–Pues habrá que ponerlo a trabajar, su ayuda nos vendrá bien en la casa.

–Bueno, tengo una buena noticia. He hablado con D. José, el cura, y para el curso que viene, si tú quieres, vamos a enviar al niño a un colegio de Madrid para que siga estudiando.

–En la casa necesitamos que nos eche una mano, vendrá conmigo a trabajar. Ya puede cumplir echando un jornal.

–Pero... tú ves bien que se vaya a Madrid a estudiar?

–Bueno, yo sé que el chiquillo tiene capacidad para aprender y le gusta. Pero nosotros no podemos costear unos estudios fuera.

–Por eso no se preocupe Bartolo. Su estancia en Madrid y los estudios no le costarán nada a usted.

–Bueno, si es así y usted cree que puede ir a Madrid a estudiar, pues que vaya, pero nosotros no podemos pagar nada.

–Ahora, puede echar unos jornales hasta el próximo curso, y en septiembre lo mandamos para Madrid. Hablaré con el cura que se encargará de todo.

–Gracias, y que el Señor se lo pague.

–Bartolo, no se arrepentirá de haber tomado esa decisión. Pedro se hará un hombre de provecho, estoy seguro.

Así fue como mi padre salió de la escuela y mi abuelo lo puso a trabajar con él, arando con una yunta de mulos. Con sus 14 años podía con casi todas las tareas para preparar las bestias, pero tenían que ayudarle para uncir la yunta. Con el arado, salvo algunos enganches, que tenía que pedir ayuda, se defendía bien, menos para voltear la teja al llegar al final de la besana, eso tenía que hacerlo su padre u otro trabajador. La vertedera giratoria facilitaba que la besana pudiera ir recta sin vueltas, ya que al llegar a un extremo del terreno arado, se levantaba y se accionaba una palanca para que diera la vuelta. Los primeros días los pasó fatal, las manos se le llenaron de llagas, pero poco a poco se fue adaptando. El niño se esforzaba al máximo, no porque le gustara pasar el día enganchado al arado, sino porque pensaba que si no cumplía bien con su trabajo, su padre no lo dejaría ir a Madrid a estudiar, que era lo que le hacía ilusión.

Lamentablemente, aquel verano de 1936, en el mes de julio, en España, hubo una sublevación militar que metió a la nación en una guerra que duraría tres años, para mi padre aquello significó el fin de un sueño. Ya no hubo más estudios, sino décadas detrás de una yunta, con la única excepción de los dos años de mili. En aquellos años de escasez y trabajo duro, la mili fue un oasis para él. Estuvo de asistente de un comandante y actuaba como monitor para enseñar a leer y escribir a los soldados que quisieran pasarse a la Guardia Civil.

Algunos años después, mis abuelos, con mi padre y sus hermanos, se trasladaron a Hortalanca, otro cortijo, también en el municipio de Vilches, rodeado en parte de olivos y en parte de dehesa. Allí siguieron trabajando de jornaleros tras las yuntas. Allí vivía la que, con el tiempo, sería mi madre, se conocieron, se enamoraron y unos años después, cuando mi padre ya había realizado el servicio militar (la mili), se casaron.

Mis padres siguieron viviendo y trabajando en el cortijo. Bueno, mi madre en la casa, solo tendría un jornal durante la recogida de la aceituna. Mi padre arando con una yunta de mulos, con jornadas de sol a sol. Un trabajo muy duro. Cuando

terminaba la jornada y llegaba al cortijo, seguía su trabajo, pues había que encerrar a los mulos en la cuadra, los de su yunta y los de las otras yuntas, echarle de comer, cuidarlos, y si era necesario, limpiar la cuadra. Se puede decir que mi padre estaba 24 horas al día con los mulos, pues su dormitorio se comunicaba con la cuadra de los animales a través de una pequeña puerta. En el campo se trabajaba los siete días de la semana, incluidos los festivos, si los había. El trabajo con la yunta era duro y el sueldo bajo, y si un día llueve y no se puede trabajar en el campo, no se cobra. A veces llovía demasiados días seguidos.

Mis abuelos maternos también terminaron viniéndose a trabajar y vivir al mismo cortijo, Hortalanca, donde vivíamos durante todo el año unas ocho o diez familias. En la temporada de recogida de la aceituna, dependiendo de la cosecha, podían alojarse hasta cerca de 500 personas, un año de buena cosecha. Al cortijo se entraba por un portón metálico grande, que se solía cerrar por las noches. Dentro había tres patios diferenciados, con viviendas, establos, fábrica de aceite, etc.

En el patio principal, el primero que había a la entrada, allí me crié yo. Allí nací, en un hogar muy humilde, bueno, realmente nací en Vilches, pues mi madre se había desplazado al pueblo para tenerme a mí. Regresó cuando yo tenía seis días, conmigo en brazos y los dos subidos en la burra de mi abuelo, la misma que de mayor me hizo rodar por el suelo en más de una ocasión.

Catalina, que así se llamaba el animal, era una burra de talla mediana y un bonito pelaje marrón algo rizado, con el hocico y la panza blanca, un cuerpo robusto y compacto, patas cortas y fuertes, y un cuello grueso. Fue fundamental como animal de carga, especialmente para ir a Vilches «de compras». Tenía unas orejas largas y puntiagudas y sus ojos te lanzaban una mirada amigable. Su cola termina en un mechón de pelo blanco. Era una burra muy serena y tranquila, aunque algo asustadiza.

Mi casa era de una sola planta, con paredes blancas y techo de tejas rojas. La entrada a la casa se hacía desde el patio principal, con acceso directo a las cuadras de los mulos, al corral y al granero. La casa tenía un salón con chimenea para calentarse y cocinar, dos dormitorios y una pequeña despensa. Era una casa muy humilde. No había cocina, ni baño, ni agua, ni luz. Se guisaba en la lumbre de la chimenea. El agua se cogía de la fuente del patio principal, que estaba a unos cuarenta metros de mi casa. Si necesitábamos agua caliente, se calentaba con un cubo en la lumbre. Para alumbrarnos utilizábamos candiles y lámparas de carburo.

Yo era un niño curioso y lleno de energía. Desde muy pequeño me encantaba el campo, rodeado de naturaleza y animales. Me encantaba montar en los mulos y en la burra de mi abuelo, subirme a los árboles, jugar con los perros, con las gallinas, las ovejas, las cabras y mi gata. En primavera buscaba nidos de todo tipo de aves, solo por el placer de encontrarlos, aunque a veces cogía los polluelos y los criaba en mi casa. Aprendí pronto a montar en bicicleta, pero no en bicicleta de niño, sino, en la bicicleta de mi padre, que no podía subirme al sillín porque no alcanzaba a los pedales y aprendí a subirme metiendo una pierna por debajo del cuadro, lo que me

obligaba a ir apoyado solo con los pies en los pedales. Me pasaba los días explorando por el campo, por los bosques de matorrales, corriendo tras las mariposas y buscando nidos en primavera. Me gustaba escuchar a las personas mayores contar historias, casi siempre reales, y a veces fruto de su imaginación. Cogía y criaba todo tipo de animales, pájaros, conejos, tortugas, patos, peces...

Los niños jugábamos a las canicas, al escondite... a veces a construir cabañas con ramas y piedras. En una ocasión excavamos una cueva y cuando ya podíamos entrar hasta tres niños en su interior, aunque agachados, el padre de un amigo nos descubrió y nos la destrozó, además de echarnos una buena regañina. En el verano nos gustaba jugar y bañarnos en un arroyo, donde por el mes de marzo solíamos coger peces (barbos) que subían arroyo arriba desde el pantano del Guadalén.

Existía un lugar que llamaban la «Huerta Vieja», era un recinto de unas dos hectáreas, con olivos, almendros, higueras y otros árboles frutales. Un lugar situado a unos 500 metros del cortijo y donde, en época de frutos, los niños visitábamos casi a diario. En otra época, la «huerta vieja» era un lugar cerrado, ahora, solo existen algunos restos de aquellas paredes perimetrales, los árboles frutales han ido desapareciendo para dar lugar a nuevas plantaciones de olivos. Ya nadie sembraba nada en la productiva huerta que fue en otra época. Por su cercanía al cortijo, era un lugar muy frecuentado por los niños durante los meses de marzo y abril, época de espárragos, pues eran abundantes las esparragueras que allí había.

Mi abuelo Marcelo fue quien más influyó en mi pasión por la naturaleza, él me enseñó tantas cosas y secretos del campo, de las plantas y de los animales, que fue quien hizo en mí que naciera una profunda conexión con la naturaleza y los animales. Mi abuelo, para mí, era un sabio, me contaba interesantes historias sobre todos los animales que tenían su hábitat por la zona que vivíamos.

Un día, mientras jugaba por el campo, algo que solía hacer con cierta frecuencia, yo solo, en el hueco de un tronco viejo de olivo, encontré un nido de mochuelos. Los mochuelos son monógamos, viven en pareja toda su vida y tienen una nidada anual compuesta de 2 a 5 huevos durante los meses de mayo y junio. Este nido tenía tres polluelos que no contarían con más de una semana de vida. Los cogí y decidí criarlos yo. Me los llevé a mi casa. Con unas tablas y una tela metálica, construí una especie de jaula donde introduje a los tres polluelos, colocados sobre un trapo que le servía de nido y la jaula la puse en el interior de un pesebre de la cuadra, que no se usaba. Ese pesebre estaba justo al lado de la ventana y le entraba mucha claridad.

Los mochuelos son como pequeños búhos, aves nocturnas de plumas suaves y un característico disco facial en forma de corazón alrededor de sus ojos. Su canto es un suave ulular que se puede escuchar en las noches tranquilas. Son cazadores expertos y se alimentan principalmente de insectos, ratones y otros pequeños animales. Su presencia en la naturaleza a menudo se asocia con la sabiduría y la magia. Todos los días los visitaba varias veces para darle comida, gusanos y una pasta que hacía con carne picada y harina. Les puse nombres, Estrella, Lucero y Luna, y les cogí un gran

cariño. Aquel año críe otros animales, tórtolas, abubillas, perdices... pero Estrella, Lucero y Luna eran mis preferidos. Cuando les hablaba, me miraban fijamente con sus ojos enormes como si me entendiesen. Con el tiempo, los polluelos crecieron y se hicieron adultos, entonces los liberé en el campo, salieron volando y se pararon en el ramaje de una encina. Algunas veces los vi volando cerca del cortijo, en una ocasión los vi al anochecer sobre el muro de mi patio, observando con sus grandes ojos lo que ocurría a su alrededor. Cuando intenté acercarme a ellos, levantaron el vuelo y sobrevolaron mi cabeza, como si me saludaran, hasta perderse en la lejanía. Quise ver en sus brillantes ojos un mensaje de gratitud, o quizás fuese mi imaginación haciendo lectura de mi deseo.

En la «huerta vieja» había un eucalipto enorme, donde solían anidar algunas parejas de grajos. Un día de tormenta, un rayo alcanzó el tronco del eucalipto y una rama cayó al suelo llevando consigo un nido de grajos. Al día siguiente, buscando espárragos, vi en el suelo un polluelo de grajo que había caído con el nido, era muy pequeño, sus plumas aún eran una ligera pelusa y sus ojos grandes reflejaban agotamiento y miedo. Cogí el grajo, que estaba bastante mal, decidido a cuidar de él. Tenía que ponerle un nombre y le llamé «Negro». Día tras día, alimentaba a Negro con mucho cuidado, dándole gusanos y pequeños trozos de carne. Con el tiempo, las plumas de Negro crecieron, tan negras como la noche sin luna. Con paciencia y cariño le enseñé a volar, corriendo por el campo con él sobre mi brazo extendido hasta que el grajo tomó confianza para lanzarse al viento. Negro era una mascota difícil, un espíritu libre que merecía encontrar y juntarse con los suyos. Así que, cuando llegó el momento, llevé a Negro a la cima de la colina más alta y lo animé a unirse a sus hermanos en el aire. Con lágrimas en los ojos, pero con una sonrisa en el rostro, vi cómo Negro se elevaba, giraba y finalmente desaparecía en el horizonte. Negro desapareció de mi control, pero lo había criado desde el nido hasta que pudo valerse por sí solo, y yo siempre lo llevo en mi recuerdo, y aunque críe muchos pájaros de distintas especies, antes y después de Negro, ninguno me marcó tanto como él.

Por las tardes, ya anocheciendo, yo solía salir a esperar a mi padre que regresaba del trabajo, para que me montase en los mulos, de pequeño me montaba con él sujetándome, a partir de los 4 o 5 años, ya me montaba a mí solo en uno de los mulos y él, andando o subido en otro mulo. Al llegar a casa, aunque en mi casa nunca faltó la comida, a mí me gustaba abrir la talega de la comida de mi padre para ver si le había sobrado algo de comida y comérmelo.

Cuando yo llegué a la edad escolar no podía ir al colegio, porque la escuela estaba en el pueblo, a más de 7 km. y no había medio de transporte. Al pueblo se iba a comprar, básicamente comida, y el medio de transporte era la burra Catalina de mi abuelo. La compra debía durar varias semanas.

Mi padre, cuando dejó la escuela con 14 años, y se puso a trabajar en el campo con su padre, ya sabía «las cuatro reglas». Mi padre le daba mucha importancia a la educación y la enseñanza de la escuela, pero la vida no le dio oportunidades. Como

nosotros no teníamos forma de ir al colegio, mi padre hizo una mesa con tablas y por las noches cuando venía de trabajar, se aseaba con agua de la fuente que había en el centro del patio del cortijo, pues allí nadie tenía agua dentro de las casas, alimentaba a los mulos y nos sentaba en la mesa para enseñarnos a leer y escribir a mi hermana mayor, a otros niños del cortijo y a mí.

Éramos cuatro o seis niños y niñas de distintas edades y distintos niveles de formación los que nos sentábamos alrededor de aquella mesa artesanal que había construido mi padre para tal propósito. Como las clases eran de noche, en alto se ponía un candil, cuya mecha al quemarse nos alumbraba y libraba un aroma a aceite quemado y un humo que ascendía hacia el techo, dibujando multitud de figuras en continua transformación. Los niños intentábamos sentarnos en aquellos lugares donde la escasa luz del candil, diese menos sombras. Hacíamos entre una y dos horas diarias, y mi padre siempre nos ponía deberes para el día siguiente. Intentaba que nuestro nivel de aprendizaje fuese equiparable al de la escuela, según la edad de cada uno.

Mi padre intentó durante varios años que al cortijo viniese un transporte escolar para que pudiésemos ir a la escuela. Finalmente, con ayuda del alcalde y del cura del pueblo, consiguió que se creara el transporte escolar en Vilches. El primer año hacía el recorrido desde Vilches hasta el pantano del Guadalén, ese recorrido era todo por carretera asfaltada, nosotros teníamos que andar más de 3 km. por un carril de tierra hasta llegar a la carretera donde nos recogía el transporte escolar. Si se presentaba un día de lluvia, nosotros no íbamos al colegio. Los días posteriores a la lluvia, todo el camino era un barrizal. Era normal llegar a la escuela perdido de barro y al regresar a casa mucho peor, derechos a bañarnos en un barreño. La cartera era ligera, un libro, una libreta, un lápiz, un sacapuntas y una goma de borrar.

El primer día de colegio, me desperté emocionado. Por fin iba a conocer la escuela, los maestros, otros niños... Cuando mi madre me llamó, salté de la cama y me vestí rápidamente, desayuné rápido y cogí la cartera que había preparado mi madre, pero aún faltaban 20 minutos para juntarnos los cinco niños que ese día iniciábamos una nueva e interesante rutina.

Cuando yo pisé por primera vez una escuela, tenía ya 9 años, y gracias al esfuerzo de mi padre, a pesar de las condiciones tan precarias que teníamos, había alcanzado el mismo nivel de conocimiento que los niños de mi edad. En la escuela, conociendo nuestra situación en el cortijo, estaban extrañados de nuestro nivel. Mi padre fue muy eficaz en su enseñanza.

El primer día de colegio, fue muy extraño, yo estaba muy contento, pero al mismo tiempo muy asustado, no conocía a nadie, ni a niños, ni a maestros. No sabía cómo se organizaban las clases ni qué había que hacer. Don Gonzalo, el maestro, me dio la bienvenida y me asignó mi asiento, junto a un niño que se llamaba Pepe, los pupitres eran todos dobles. Escuché con atención las instrucciones para el día y comenzó la clase.

En el recreo nos juntamos los niños del transporte escolar para contarnos las novedades, a las niñas no las veríamos hasta la hora del comedor, donde ese primer día nos pusieron espaguetis con albóndigas, estaban riquísimos. Por la tarde, en el transporte escolar, estaba nervioso, con ganas de llegar a mi casa y contarle todo lo del día a mi madre. Mi madre me solía dar, cada día, diez reales, para comprar una torta en la tienda de M.^a Luisa, en la plaza del pueblo, y comerla durante el recreo. A veces, prefería chuches y no compraba la torta, pero a mi madre siempre le decía que me había comido la torta.

El despertador sonaba puntualmente a las 7 de la mañana, y mi madre me tenía que llamar varias veces para levantarme, pues aunque me gustaba ir a la escuela, me costaba trabajo levantarme a esa hora, que siempre es cuando más a gusto estás en la cama. Mi madre me preparaba un desayuno sencillo pero reconfortante: pan con aceite de oliva y un vaso de leche. A las 7:30 nos juntábamos todos los niños en la puerta del cortijo para salir caminando. El camino hacia el punto de encuentro con el transporte escolar era una aventura en sí mismo. Caminábamos entre olivos y cruzábamos campos de trigo, donde el rocío brillaba como diamantes al amanecer. Los pájaros cantaban sus melodías matutinas, y el aire fresco nos llenaba los pulmones. Mi hermana Mati era la mayor, con 11 años, y mi hermana Loli, la menor, con solo 6 años.

Cada mañana, antes de que el sol despertara por completo, salíamos de cortijo caminando hasta el punto de encuentro con el transporte escolar. Con un color amarillo que competía con los primeros rayos del día, recorriamos los más de 3 kilómetros de camino de tierra, cada uno contando sus historias, generalmente inventadas. La primera semana, cada día, nos acompañaba un padre en el recorrido que hacíamos andando y que tardábamos sobre una hora. Después, íbamos solos. Una vez subidos al transporte escolar, el trayecto era una oportunidad para intercambiar cromos y figuritas, creando un pequeño mercado en el vehículo, que a veces alteraba más de la cuenta el sosiego del viaje. Nuestros trueques y tratos eran el motor de una economía infantil basada en la amistad y el juego, aunque a veces terminaba en enfados más o menos serios. En el asiento del medio, a veces, mi hermana Mati solía abrir un libro de cuentos ilustrados, que nos sumergía en las aventuras de príncipes valientes y dragones misteriosos. Aquello era entonces como una biblioteca rodante, donde la imaginación tenía asiento reservado. Mientras tanto, en la parte delantera, Jaime y Rosa competían en ver quién resolvía primero los acertijos matemáticos que doña Rosario les había preparado. Con cada curva y bache, los números danzaban, y las mentes se agudizaban.

Los juegos que más solíamos realizar eran, el de las palabras encadenadas, el yo veo y contar historias en cadena. Pero no todo era juego y diversión. También había momentos de consuelo y apoyo, como cuando Sofía, vino nueva el segundo año de transporte escolar, y allí encontró en sus compañeros de viaje a sus primeros amigos, que la recibimos con cuentos y juegos, demostrándole que no estaba sola. Al final del

trayecto, cuando nos dejaban en la plaza del pueblo frente a las escuelas viejas, todos bajábamos con una sonrisa y el recuerdo de las historias compartidas. Y así, día tras día, se tejían lazos invisibles entre todos los que viajaban en el transporte escolar. A nosotros nos recogía sobre las 8:45 para entrar a la escuela a las 9:30. El conductor, que se llamaba Francisco, pero todos le llamaban «El Quico», siempre tenía una sonrisa amable para todos y nos contaba mil historias divertidas y extrañas. El trayecto hasta la escuela era una mezcla de risas, canciones y miradas expectantes. Compartíamos secretos y sueños mientras El Quico recorría el trayecto.

La escuela comenzaba a las 9:30. Yo me sentaba en el pupitre, ansioso por aprender. Para mí las horas pasaban volando entre Matemáticas, Lengua, Historia... y juegos en el recreo. El colegio estaba en el extrarradio del pueblo, en un descampado. No tenía patio y en el recreo salíamos a jugar al campo. El horario de la escuela era de 9:30 a 13:00 y de 15:00 a 17:00. Comíamos en el comedor escolar, donde la señora Rosa nos preparaba una Paella del Huerto, que era una versión vegetariana de la clásica paella, llena de verduras frescas y arroz aromatizado con azafrán; un Estofado de Lentejas Mágicas, con una mezcla secreta de hierbas que Rosa decía que daban superpoderes a los estudiantes para los exámenes; una Tortilla de Patatas con Sorpresa, que escondía en su interior diferentes ingredientes cada día, como espinacas, champiñones o incluso trocitos de jamón; un Pescado al Horno con Cuento, que era unos filetes de pescado al horno con una capa crujiente de pan rallado y hierbas, servido con una historia corta escrita por la señora Rosa; una Ensalada del Arcoíris, colorida ensalada con tomates, maíz, lechuga, zanahorias y pimientos, que representa los colores del arcoíris. Unas comidas, siempre entretenidas y sabrosas. Todos los niños adorábamos a la señora Rosa.

Como la escuela de los niños estaba separada de la escuela de las niñas, era el comedor, el lugar donde, durante el almuerzo, niños y niñas estábamos juntos contando historias y después de la comida, haciendo juegos de caballeros y princesas, piratas y exploradores. Entre risas y charlas, cada mesa era un barco, un castillo o una fortaleza.

Un día, se desató una gran batalla de imaginación. Los niños de cuarto grado, liderados por la intrépida Pepa, decidieron que su mesa era un galeón pirata. Con servilletas por banderas y zanahorias por espadas, se enfrentaron al temible Kraken, una montaña de puré de patatas que amenazaba con engullir su barco. Al otro lado del comedor, los de tercer grado construyeron un castillo con cajas de leche y defendieron sus muros con valentía ante un dragón de guisantes verdes, soplado por el viento de los abanicos de papel. La batalla culminó con una tregua cuando la señora Rosa, la encargada del comedor, anunció que el postre sería helado de chocolate. Amigos, una vez más, los escolares compartimos dulces victorias, prometiendo que al día siguiente, nuevas aventuras nos esperarían en el gran comedor.

La señora Rosa era más que la encargada del comedor en la escuela. Para los niños, ella era la guardiana de un reino mágico donde cada almuerzo era una aventura.

Con su delantal blanco como armadura y una sonrisa que nunca faltaba, la señora Rosa cuidaba de todos como si fueran sus propios nietos. Cada día, ella preparaba los platos con amor, asegurándose de que incluso las verduras menos populares se transformaran en criaturas fantásticas o tesoros escondidos. Su habilidad para contar historias mientras servía la comida era legendaria; con cada cucharada, los niños viajaban a mundos lejanos y tiempos olvidados. Pero la señora Rosa también era sabia. Sabía cuándo un niño necesitaba un oído atento o un consejo amable. En su comedor, no solo se alimentaban los estómagos, sino también los corazones y las mentes de los jóvenes estudiantes. Aunque al final del día, el comedor volvía a ser solo una sala con mesas y sillas, para nosotros, que conocíamos a la señora Rosa, siempre sería un lugar donde la magia era tan real como el alimento que nutría nuestros cuerpos y nuestros sueños. Mi madre comentaba que Rosa siempre tuvo un don especial para la cocina, además de sentir un gran amor por los niños. Comenzó como voluntaria en las fiestas del pueblo, donde sus platos, no solo llenaban los estómagos, sino que también unían a la comunidad. Su fama de cocinera y contadora de historias creció, y no pasó mucho tiempo antes de que la directora de la escuela la invitara a unirse al equipo. Al principio, Rosa dudaba, preguntándose si podría manejar el bullicio de un comedor escolar. Pero su amor por los niños y su pasión por la comida la impulsaron a aceptar el desafío. Con cada día que pasaba, Rosa se fue convirtiendo en una parte esencial de la escuela, alguien que no solo servía comidas, sino que también servía de guía y amiga para todos los estudiantes. Con el tiempo, la señora Rosa no solo se convirtió en la encargada del comedor, sino en el corazón de la escuela, alguien sin quien los alumnos que usaban el comedor, no podían imaginar sus días. Y así, con una cuchara en una mano y una historia en la otra, Rosa encontró su verdadera vocación, alimentando a generaciones de niños.

Sobre las 17:30 iniciábamos el recorrido inverso hacia nuestras casas, y yo solía llegar a mi casa alrededor de las 8 de la tarde. El regreso a casa era un ritual. Cuando nos dejaba en el punto de encuentro, caminábamos de vuelta al cortijo, cansados pero felices. El sol se ponía detrás de las colinas, tiñendo el cielo de tonos cálidos. Los padres esperaban en la puerta del cortijo, preocupados, hasta que nos divisaban a lo lejos venir por la ladera de la dehesa, cuando aún nos quedaba algo más de un kilómetro para llegar.

El transporte escolar cambió por completo mi vida, mi día a día, pues pasé de tener todo el día libre, jugando, corriendo por el campo, actuando con gallinas, pavos, ovejas, cabras, perros, gatos... a tener una dedicación diaria de unas 12 horas fuera de casa para asistir a clase. Por supuesto, luego por la noche había que hacer los deberes y estudiar con el candil. Pasé de ser un niño libre a un estudiante comprometido... y estaba contento.

En los meses de mayo y junio, cuando el sol se demoraba en desaparecer, a veces, nos entreteníamos en el camino de vuelta jugando al escondite entre los acebuches, los lentiscos, y el matorral de la dehesa, inventando historias sobre duendes, mons-

truos y tesoros escondidos. Cuando se hacía tarde, nuestros padres salían a buscarnos, incluso con linternas en mano. Las reprimendas eran inevitables, pero también lo era la sensación de libertad y aventura. En ocasiones caía algún castigo.

Las tardes de juegos con gallinas, pavos, ovejas, cabras, perros, pájaros y gatos quedaron reservadas para los fines de semana.

El segundo año el transporte escolar llegó hasta el cortijo. Ya no teníamos que temer si llovía o no, ya no había que recorrer ese camino de tierra lleno de charcos. Y así, el transporte escolar se convirtió en un símbolo de crecimiento, de responsabilidad y solidaridad que nos acercó a la magia de llegar a la sabiduría que guardan los libros. El campo, la naturaleza, los animales y las ganas de aprender fueron mi ilusión en la edad escolar.

En mi corazón, siempre guardo el recuerdo de aquellos recorridos diarios, de las risas y bromas en el transporte escolar y de las puestas de sol en el campo. La naturaleza y la escuela son las verdaderas fuentes de la sabiduría.

A LA ESCUELA, POR LA ORILLA

(Tercer premio)

Nuria Ruiz González
(La Población de Yuso, Cantabria)

NOS SITUAMOS...

Imaginen uno de los lugares más fríos del norte de España: pues ahí estaba mi escuelita, pequeña y solitaria, pero mi escuela, un pequeño rincón de mi futura alma educadora. A la orilla del pantano del Ebro y en un pueblo llamado La Población de Yuso (o de abajo) en Cantabria, mi escuela, mi cole, miraba de frente a este pantano viendo pasar, impertérrita, a las aves que migraban.

Recuerdo muchas cosas –por desgracia, menos de las que quisiera–, pero lo primero que me viene a la mente es el frío invierno, la estufa de la clase, las nevadas...Esas eternas nevadas que, a veces comenzaban en noviembre y terminaban en marzo. Con suerte.

Pero vayamos por partes. Mi escuela rural era ya en los años 80, años en los que estuve escolarizada allí, una escuela rural mixta. No recuerdo el número exacto de niños y niñas, pero no llegaban, a los treinta alumnos en los años en los que yo estuve escolarizada. Era una de esas escuelas con vivienda para el profesorado que ejercía allí. Así pues, había dos viviendas para los maestros: una para la maestra de los «pequeños» y otra para el maestro de los «mayores». Los pequeños de infantil y hasta segundo de primaria iban a un aula y desde tercero a sexto, iban a la otra aula.

No crean que estábamos hacinados, ni mucho menos: eran clases muy amplias donde disponíamos de una pequeña biblioteca bastante bien dotada y que aumentó en ejemplares con el curso de los años, un ordenador bien cerrado con llave dentro de un armario, plantas



Escuela de La Población de Yuso desde el otro lado del pantano.

Año 1985.

que nosotros cuidábamos, y un pequeño espacio, con mesas grandes, destinado a laboratorio o a cualquier otra actividad que en ese momento se tratara: bien podía ser clasificar hojas o minerales o como espacio para identificar, por medio de sus plumas y sus alas, aves muertas que encontrábamos de camino a la escuela. Hablo de la clase de los «mayores», porque mi memoria no recuerda los años anteriores en la otra aula, solo fugaces imágenes.

Había, anexos a las aulas, dos patios cubiertos que cubrían nuestras necesidades en los recreos del invierno, si es que el tiempo era muy frío y no nos dejaban salir. En el patio de los mayores había una mesa de ping-pong, –antaño futbolín y reconvertido en mesa para este deporte, con la simple puesta de una tabla encima—donde todos y cada uno de nosotros aprendimos –con menor o mayor habilidad, eso sí–, la práctica de este deporte. A día de hoy me considero una buena competidora en ping-pong, y eso que es un deporte que no practico desde esta época, pero las numerosas horas de juego, hacen que esta habilidad no la haya perdido. La casualidad, que algunos afirman no existe, ha querido que en mi colegio la práctica del tenis de mesa sea uno de los deportes más arraigados y con más solera del centro y del municipio. El resto del patio estaba diáfano para poder correr y jugar a «los cuarteles», la goma, la comba y otros entretenimientos, y así despejarnos y poder corretear en esos duros días de invierno.

Cuando el tiempo lo permitía, podíamos subir a nuestro campo de fútbol al cuidado de algún maestro, ya que la carretera general estaba cerca y el tráfico era elevado (de hecho hubo un grave accidente que contaré posteriormente). Hay que definir aquí campo de fútbol como «patatal» pues las hierbas crecían a su antojo y habían de pasar meses hasta que a algún vecino filántropo del pueblo le diera por segarlo. Aparte, era muy posible que acabaras lesionado, pues, como buen campo al amparo de nadie, había surcos y hoyos por todos los lados, como si estuviera arado de forma permanente a propósito. Pero era nuestro campo, nuestro espacio de recreo, así como todos los alrededores, hasta ciertos límites, claro. Este espacio de recreo costó años conseguirlo hasta que desde el ayuntamiento

decidieron que la pequeña montaña que existía antes del «patatal», había que quitarla y allanar el terreno para que pudiéramos tener algo parecido a un campo de fútbol... Si los niños de hoy jugaran allí, no quiero imaginar el número de reclamaciones por parte de los padres. Pero eso es otra historia... y otro tiempo.



Puente actual que conecta un barrio con otro en La Población. Antiguamente en el mismo sitio que ocupa este puente nuevo, existía un pequeño de piedra, por el que se podía cruzar si las aguas estaban bajas. Si estaban altas, quedaba anegado.

Años más tarde construyeron, en el mismo emplazamiento, un enorme pabellón que cubre, más que de sobra, las necesidades deportivas y culturales del Ayuntamiento de Campoo de Yuso. Ni en nuestros mejores sueños habiéramos imaginado los niños de entonces que algún día existiría tal pabellón polideportivo.

Teníamos también unos pequeños jardines que no medían más de medio metro de anchura pegados a la pared de las aulas y en su parte externa. Allí, en la hora de «jardinería» debíamos desplegar todas nuestras habilidades horticultoras. Y, por último, nuestra escuela miraba al pantano del Ebro y a esos dos puentes por los que podíamos cruzar para ir a nuestro barrio (el nuevo y el viejo), y allí se dirigían nuestras miradas en esas mañanas en las que el hartazgo por el aprendizaje nos abatía, como en cualquier escuela de hoy en día y como en cualquier tiempo.

Nuestra escuela miraba a ese pantano que subía y bajaba continuamente con las estaciones y que, cuando hacía un frío polar, era capaz de helarse en las zonas menos profundas para que nosotros, junto con nuestro maestro, fuéramos a patinar sin ningún miramiento. Era la única ventaja del frío: patinar y tirarnos en «trineos» hechos de sacos de plástico por las pendientes nevadas que había detrás de la escuela. También la nieve podía suponer la ventaja de faltar a clase, pues cuando nevaba, lo hacía en condiciones, y podían pasar varios días hasta que la carretera se abriera y pudiéramos salir de nuestras casas, a veces por medio de túneles: recuerdo la ventana de mi habitación tapada de nieve... en una segunda planta.



Escuela de La Población de Yuso, sobre el año 1988. A la izquierda, según se mira de frente, el aula de los «mayores» y, a la derecha el aula de los «pequeños». En el centro y arriba, se pueden ver las viviendas de los maestros, con sendas galerías, y debajo los patios correspondientes al aula de los mayores y los pequeños. Posando para la foto, todo el alumnado de infantil a octavo de EGB, entre los que me encuentro, y sus dos maestros correspondientes.

Lo que no era una ventaja era tener sabañones por ese frío intenso, aunque ahora, desde la distancia y la madurez, parece entrañable y se recuerda con una sonrisa melancólica. Nunca más volví a sufrir de sabañones, pero para no faltar a la verdad, nunca disfruté tanto de la nieve como en aquella época.

LA AUTONOMÍA EN UNA ESCUELA RURAL

Si tuviera que señalar un aprendizaje de la escuela rural que me marcó para toda la vida fue el ser autónoma desde bien pequeña. Particularmente esto se lo debo a un maestro que, por otro lado, es al que más recuerdo por ser el que más autonomía y libertad me brindó en toda mi etapa educativa. Este maestro estuvo en mi escuela unos seis años, cuando yo tenía de ocho a trece años y estos años resultaron ser los más intensos de toda mi vida estudiantil con diferencia: intensos para bien e intensos para mal porque, como en toda escuela, existen la mala praxis, y las escuelas rurales tampoco se libran de esto.

Pero volviendo a la autonomía, he de decir que si los padres de ahora –que, curiosamente, somos los niños de antes– echaran un vistazo a la autonomía y el buen hacer que un niño de ocho a trece años tenía entonces, cuando menos, quedarían un rato asombrados.

A saber, en los días de invierno, éramos nosotros los encargados, por turnos, de encender la estufa de la clase de los «mayores» y, por supuesto, que esta estufa estuviera en marcha antes de entrar a clase. Éramos nosotros los que picábamos la leña fina para esa estufa (aún recuerdo un pequeño corte que me hice en el dedo con el hacha por tal motivo), nada preocupante pero escandalosamente sangriento para unos niños no acostumbrados a sangres ni a cortes. Los viernes éramos nosotros quienes nos encargamos de limpiar nuestra aula y nuestros servicios y patio: barríamos, fregábamos, limpiábamos el polvo y hasta pasábamos los cristales con papeles de periódico por rigurosos turnos. Por supuesto existía el conflicto y siempre había quién se quería escaquear de sus obligaciones. Éramos los encargados de observar diariamente desde la ventana del colegio con los prismáticos el pantano y anotar el número de aves y su especie en un registro, a saber: ánade real, garza común, somormujo lavanco, focha común... De la misma forma, éramos los encargados de registrar todos los días la temperatura, humedad, presión y pluviometría. Para ello los encargados, aprovechando los recreos, iban al bar más próximo, *El Carloto*, caminando y tomaban los datos en la estación meteorológica que allí había. Éramos los encargados de registrar los nuevos ejemplares que llegaban a la biblioteca de nuestra aula y, por supuesto, de hacer los préstamos de libros. Éramos los encargados de cuidar nuestro jardín. En época de *Marzas* (tradicción por la cual se anuncia o se da la bienvenida a la primavera la noche del 28 de febrero), éramos nosotros quien, con el dinero sacado en dichas *Marzas*, preparábamos tortillas y chocolate en nuestra estufa del colegio y

quienes, por tanto, se ocupaban de comprar la materia prima, cocinarla, repartirla y degustarla, por supuesto. Y, cuando en estos quehaceres «marceros», se entrometía algún padre o madre, por pensar que no lo hacíamos como era debido o por creer que debíamos hacerlo a su gusto —en vez de al nuestro— ahí teníamos un conflicto, pero no precisamente creado por nosotros. Éramos los encargados de «llevarnos» y «traernos» la escuela: no había ni papás, ni mamás, ni abuelos ni abuelas que realizaran este cometido puesto que tenían que trabajar como ganaderos que eran, de sol a sol. Además, eran los mayores quienes, por responsabilidad y, por supuesto, por edad, debían ocuparse de los más pequeños en esta tarea. Los más pequeños, por su parte, debían aprender, como el Padre Nuestro que para ir y volver de la escuela «hay que ir siempre por la orilla».

Mis amigas y yo vivíamos a un kilómetro de la escuela e íbamos por la carretera general por la que pasaba el tráfico diario. Este recorrido lo hacíamos cuatro veces al día, pues hay que apuntar que teníamos jornada de mañana y tarde. A veces tardábamos más, a veces menos —dependiendo de la jornada, el ánimo o las ganas de comer o merendar—, pero siempre llegábamos y nuestros padres habían de confiar en que así lo hiciéramos. ¡Qué remedio! Solo una vez tardamos algo más de lo normal y es que, cuando el agua del pantano del bajaba, teníamos la posibilidad de «atajar» para llegar al colegio, a través de un puente de piedra que existía antes de que las aguas del pantano inundaran estas tierras, y que comunicaba nuestro barrio con el barrio donde estaba el colegio. La cuestión es que yo quería ir por este puente para llegar antes a comer, pero mis amigas habían decidido ir por donde siempre, y yo, que debí sentirme ninguneada y ofendida en mi orgullo infantil, decidí llevarlas la contraria y —presupongo que algo enfadada—, me fui por el camino del puente viejo sin mirar atrás y seguramente refunfuñando lo malas amigas que tenía.

Debían ser tantas las ganas de llegar a casa por el enfado acumulado, que me metí por una zona algo más embarrada de lo normal para «atajar» todavía más, y hete aquí que llegó un momento en que no podía dar un paso más pues mis pueriles piernas se habían quedado atascadas en el barrizal. A eso había que sumar que el barro me iba tragando un poquito más y me empecé a asustar de verdad. Entonces pedí ayuda a mis amigas a gritos y estas, por suerte, me oyeron y vieron de lejos el lío en el que me había metido, y, como niñas de recursos y autónomas que eran, decidieron no avisar a ningún adulto y así, desandaron el camino hacia la escuela y cogieron de allí un azadillo que utilizábamos para la hora de jardinería y allá que vinieron al rescate. Tardamos un poco en salir de aquel barrizal, e incluso una de las amigas también se metió al intentar ayudarme a mí, pero salimos, azadillo en mano y voluntad de mis amigas en otra, y... esta vez sí: llegamos muy tarde a comer. La bronca en mi casa fue monumental y tuve que lavarme a mano los pantalones de pana verdes de raya ancha elegidos por mí aquel funesto día («¿cómo puede pesar tanto la pana mojada?», pensaba, la inconsciente...). Supongo que ese día aprendí que es bueno acatar las decisiones de la mayoría y no ser una oveja descarriada porque te puede comer el lobo... ¿O tal vez no?

EL AISLAMIENTO DE UNA ESCUELA RURAL

Al parecer, para alguno de nuestros maestros, sino para todos, los niños de La Población y de los otros pueblos que formaban el *CRA* (Colegio Rural Agrupado), estábamos aislados. Nuestra segunda casa era una pequeña escuela en un pueblo pequeño, del cual salíamos muy poco, si acaso a Reinosa –capital del municipio–, o a Santander, aquellos que tenían la suerte de que los llevaran sus familias por cualquier motivo. Y, la mayoría del alumnado, no conocía muchos más lugares de los mencionados, pues tampoco se estilaba «ir de vacaciones» como actualmente, porque nuestros padres no se lo podían permitir. Por tanto no teníamos más relaciones sociales que las que se establecían en la escuela o en los encuentros esporádicos con el alumnado de otras escuelas del *CRA*. Eso parecía suponer un problema para el profesorado y, por eso, había un gran empeño en realizar salidas, intercambios y cualquier actividad que supusiera un «salir del pueblo» y conocer otras realidades. Pero yo, como alumna, no recuerdo haberme sentido jamás aislada ni mucho menos en una situación de desventaja por pertenecer a una escuela rural.

Es cierto que nuestros amigos y no tan amigos era un círculo muy pequeño, pero nos relacionábamos tanto o más de lo que se pueden relacionar los niños de hoy en día con veintitantos compañeros por clase (pensemos en los videojuegos, algo en lo que no me voy a detener, pero que son, en gran medida, culpables de esto). Además, al terminar las clases, a las cinco, teníamos la libertad o no de quedarnos en la escuela para hacer los deberes, para jugar, para limpiar o simplemente para estar y charlar, llegando a casa, muchos días, a la hora de la cena. Niños de diez a catorce años cerrábamos nuestra propia escuela y la abríamos a las pocas horas. ¿Quién puede contar eso en estos tiempos? A lo mejor los niños de Reinosa de entonces conocían a más niños o niñas, pero, de seguro, no tenían la libertad de la que nosotros disfrutábamos en nuestra escuela. Nuestra escuela era nuestra segunda casa y quién sabe si la primera para algunos. Nuestra escuela era lugar de aprendizaje, socialización y diversión a partes iguales. Nuestra escuela era un espacio de libertad donde desarrollábamos nuestra creatividad a partir de las cinco sin que ningún adulto se interpusiera en nuestro camino (siempre que no traspasáramos los límites).

Curiosamente, me sentí mucho más aislada socialmente cuando llegué al instituto: allí no eras nadie, eras invisible y, sí, en este caso era porque venías de una escuela rural, algo despectivo en aquella época para el alumnado de «la ciudad». Pero, como decía, para nuestro profesorado y, en especial, para el maestro que tuve de los ocho a los trece años, conocer otros mundos, otras realidades era fundamental para salir del aislamiento, y así, organizó gran cantidad de excursiones y salidas, no de un día, que también las hacíamos, sino de semanas enteras.

En una ocasión hicimos un intercambio con alumnos de una escuela rural de la provincia de Ciudad Real, en Pueblo Nuevo del Bullaque: nosotros fuimos una semana allí y nos alojamos en sus casas y ellos hicieron lo propio alojándose en las

nuestras. En este viaje nos mareábamos viendo las inmensas llanuras llenas de olivos y olivos que se perdían en el horizonte mientras escuchábamos y tarareábamos las canciones de *La Guardia*, grupo de moda del momento, y muchos de nuestros compañeros de Pueblo Nuevo, se emocionaron al ver, por primera vez, el mar Cantábrico. Recuerdo



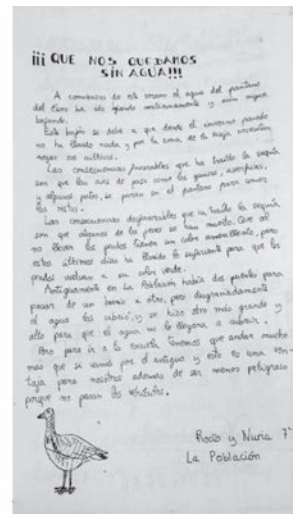
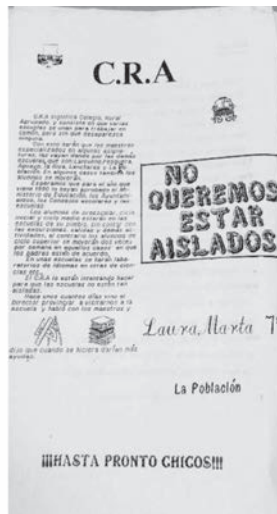
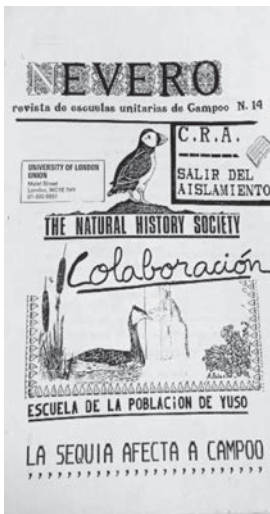
Albergue donde se realizaba el CREU, en Viérnoles (Cantabria). Hoy día es sede del Centro de profesores y lugar donde se realizan reuniones y actividades educativas tanto para el profesorado como para el alumnado.

esperarles, con todos los demás compañeros, sentados en la escalera de la casa con cejo, próxima a la escuela. Hacía tiempo que se había hecho ya de noche, pero ahí estábamos ilusionados, nerviosos y con muchas ganas de conocerlos. Cuando llegaron y vieron el pantano alguno pensó que era el mar de tan grande que le pareció. Tuvieron que esperar unos días para que los llevaran a ver el mar de verdad. Al curso siguiente repetimos la experiencia porque fue magnífica. Tuvimos contacto con esos niños durante años, al menos por correo ordinario.

También algunos alumnos del ciclo superior pudieron disfrutar del programa *Escuelas Viajeras* que por aquellos tiempos comenzaba. Durante tres semanas, una por trimestre, también íbamos al CREU a Viérnoles con alumnado del municipio de Liébana y compartíamos experiencias, aprendizajes, amistades... Estas actividades estaban programadas solo para alumnado de colegios rurales y su objetivo principal era poder socializar con ese alumnado de otras escuelas rurales y de otros municipios de Cantabria de forma gratuita. En el *CREU* hacíamos salidas y talleres relacionados con una temática concreta que bien podía ser la Prehistoria o la Ciencia. Eran experiencias pedagógicas completas por lo bien planificadas, estructuras y trabajadas, por no hablar de la motivación que provocaban en todo el alumnado. Estábamos ansiosos de que llegara la semana del *CREU* para volver a ver a nuestros amigos de Liébana y para saber qué aventuras didácticas nos depararía esa semana. Fue una gran suerte haber disfrutado de estas actividades durante tres semanas al año. ¿Qué alumnado de primaria puede contar eso hoy en día? Y si puede hacerlo... ¿a qué precio?

Por más que busco y rebusco en mi memoria y en mis experiencias, no encuentro más que ventajas en la escuela rural de entonces y no envidio para nada las escuelas de «ciudad» de la época. Y, en verdad... ¿estábamos aislados?

No solo hicimos dos libros, sino que también teníamos una revista escolar llamada *Nevero* –en clara alusión a los fríos invernales– en la que el alumnado no solo de la escuela de La Población, sino también el de pueblos colindantes como La Riva y Lanchares y no tan colindantes como Pesquera y Lantueno, escribíamos artículos relacionados con el colegio, el entorno o cualquier cuestión a la que quisiéramos dar relevancia. Estos pueblos constituían el *CRA* y con alumnado y profesorado de estas escuelas colaborábamos para realizar múltiples actividades. Impresa en blanco y negro, podíamos elegir si queríamos escribir a mano o a ordenador, eso sí, con el único ordenador de mesa del que disponíamos (ganado, por cierto, en un concurso). Esta revista se publicaba anualmente y llegaba a todas las casas para su posterior disfrute en familia. Esta actividad, también abarcaba la competencia lingüística y la digital, entre otras, teniendo en cuenta los años en los que estábamos y los recursos de los que disponíamos para trabajarlas.



Revista escolar *Nevero* nº 14, de izquierda a derecha: portada y dos artículos hechos por los alumnos de La Población. El artículo manuscrito, es de una servidora y su compañera de curso de entonces.

El teatro era otra actividad fija en nuestra escuela. Éramos los encargados de, aparte de representar la obra, realizar los decorados, el vestuario, las invitaciones... Finalmente se representaba para las familias y el alumnado de las otras escuelas unitarias y, terminaba la jornada, con un pequeño picoteo para todos y juegos variados.

Con la actividad del teatro, las competencias se multiplican. Así, se trabajan la social, personal y de aprender a aprender, ciudadana, emprendedora, conciencia y expresión culturales y, por supuesto, lingüística.

Los concursos. Creo que, todos nuestros maestros nos animaban a participar en cualquier concurso que apareciera por la escuela ya fuera concursos de relatos, de dibujo, medioambientales... Y no nos fue mal con los concursos pues recuerdo, al menos, tres premios regionales: dos de relatos, uno un primer premio en el ciclo superior y otro primer premio en el ciclo medio al curso siguiente (ganado por una servidora). También otro galardón de plástica relacionado con la prehistoria, cuyo premio para todo el alumnado de la escuela fue la visita gratuita a la cueva de Altamira, la original, por supuesto. Quien iba a pensar, treinta y tantos años después, que fuimos unos privilegiados al poder entrar a la cueva de Altamira sin listas de espera infinitas... También ganamos en único ordenador de mesa del que disponíamos para toda la escuela, en otro concurso, pero no recuerdo cual.

Pero nuestro afán por los concursos no terminaba aquí: hacíamos concursos a nivel interno, con el alumnado de los otras escuelas, por ejemplo el «Un, dos, tres... responda otra vez». Chavales de distintas escuelas del CRA eran concursantes nerviosos que intentaban responder correctamente a las preguntas del presentador-maestro sobre cualquier área de conocimiento. Después lo celebrábamos con una merienda y

juegos para todos, como las famosas carreras de garbanzos en las que, por qué no, también participaban los maestros más «disfrutones».

Pero tampoco aquí acababa la inclinación por los concursos: sin saber que desarrollábamos la competencia emprendedora, tan famosa hoy en día, unas amigas y yo, a la salida de las clases, a las cinco,



Representación teatral de la obra *El fuelle mágico*. Hacia el año 1989.



Artículo publicado en el diario *Alerta*, el 28 de abril de 1998, con una foto mía con 10 años, al ganar el primer premio en Cantabria del, entonces, ciclo medio.



Concursantes, presentador y público en *Carrera de garbanzos*. Al fondo, nuestra estimada estufa.
A la izquierda, el concurso «Un, dos, tres...responda otra vez» hacia el año 1989.

nos quedábamos en la escuela para recrear y grabar a nuestra manera con una cinta de *cassette* de las de entonces, un concurso muy famoso de la época: el *3x4*. Unos eran concursantes, y otros azafatas y presentadores, y así, en un continuo «grabar, reír, parar, discutir, volver a grabar, reír y parar», conseguimos recrear el famoso programa con la espontaneidad y naturalidad que te dan los escasos años de vida que teníamos.

No sé cuánto tiempo nos llevaría hacer esta grabación, pero la hicimos, y de forma totalmente voluntaria: entonces no había móviles, ni videojuegos...habíamos de encontrar por nosotros mismos un entretenimiento y la encontrábamos porque menos siempre era más en aquellos tiempos.

Ahí estaba el caldo de cultivo de la ansiada creatividad que tanto predicamos hoy en día los profesores.

LUCES Y SOMBRAS (O LA MALA PRAXIS)

Puede parecer, por medio de este relato, que mi estancia en una escuela rural era del todo idílica y, hasta ahora, todo ha apuntado a ello porque mis principales recuerdos, los buenos, los que valen la pena y los que me han servido para toda la vida son los que vienen a mi mente de primeras, pero, es verdad que –rascando en el pasado con minuciosidad y detalle–, también vivimos malas experiencias y, para ser fieles a la verdad, hay que detenerse en ellos, porque al fin, todo forma parte del mismo aprendizaje y de la misma memoria histórica para bien o para mal.

Algo que no viví pero que me han contado muchas veces hasta quedarse grabado en mi memoria como si lo hubiera vivido en primera persona, fue la muerte de un compañero de seis años que, al salir de la escuela a mediodía, se soltó de la mano de la maestra y cruzó la carretera general sin mirar, con la desgracia de ser atropellado por un camionero, que, calculo hoy en día, todavía, si vive, se lamentará de este hecho. Los demás niños y maestros lo vieron en directo y tendrán la imagen clavada en su

retina también para siempre. No hace falta describir el dolor de los padres, la familia, el camionero y de los propios maestros.

Sin embargo sí he vivido, aunque con menor intensidad que otras compañeras de aula de entonces, la mala praxis de algún maestro. Recuerdo borradores volando si no acertabas las respuesta, insultos y humillaciones de distinto tipo, como colocar nuestras mesas de la clase de más listos a más tontos... Sí, a día de hoy, esto parece increíble, pero en los años ochenta y no sé si por ser un entorno rural, esto era común. Hay que pensar que entonces los padres también pensaban de forma diferente a hoy en día, y si el maestro te tiraba un borrador, a lo mejor algo habías hecho...

Había alumnado que lo pasaba realmente mal y le costaba hasta desayunar en determinada época y con determinado maestro, pues la ansiedad podía con él. Tenían miedo, teníamos miedo a los gritos, las malas formas... Éramos niños. Por otro lado, habíamos desarrollado un sexto sentido para adivinar si el maestro en cuestión, una vez entraba en clase, tenía buen o mal día y, por tanto, si podíamos respirar tranquilos o nos esperaba un día terrible.

Debe ser que al miedo, a la ansiedad te acostumbras, –aunque estés siempre alerta–, porque, con todo, teníamos afecto a estos maestros que tan malos ratos nos hicieron pasar. No quiero extenderme más en este apartado. Es suficiente y quiero que sea algo anecdótico pues no es la idea principal de este relato y nunca quiso serla.

Hay otros recuerdos primordiales: la escuela, mi escolita, plácidamente asomada al pantano del Ebro, bajo el calor de una estufa en los días de invierno, bajo la brisa suave en los recreos con el buen tiempo, y con los compañeros y todas las experiencias positivas que nos embriagaron en aquellos maravillosos e inolvidables años 80.

Eso quiero recordar.

FINAL O DECADENCIA

Pasaron los años y todos nos tuvimos que ir al instituto. Por suerte, nos sucedieron en la escuela otros niños, y a estos, otros, hasta que el aula de los mayores se cerró por falta de alumnado y solo sobrevivió el aula de los pequeños unos pocos años más, hasta que, definitivamente, las escuelas de La Población de Yuso cerraron, de momento, indefinidamente, después de aproximadamente 60 años de funcionamiento.

La sensación al sentir el silencio ensordecedor en un colegio vacío es amarga, como lo es también el ojear fotos de esta escuela desde el año 1958 y antes, con amplios grupos de niños y sus maestros posando delante del edificio: todos con la mirada ingenua propia de la edad, todos desconocidos en su mayoría para mí, la mayoría mal vestidos y mal peinados, unos con rostro enfadado, otros en cuyo rostro se reflejaba haber hecho alguna travesura, otros mirando al infinito –ausentes incluso– y otros, se me antoja, con la mirada demasiado triste... pero todos con las ilusiones, energía, preocupaciones y anhelos de cualquier niño de hoy en día.

Hoy mi escolita se ha convertido en el Centro Comunitario *Las Nieves* desde septiembre de 2022, un lugar de encuentro donde se reúnen y realizan variedad de actividades, no los niños, sino los mayores de 60 años de todo el ayuntamiento. En cierto modo, queda el consuelo de que vuelve a ser una escuela... de niños un poco más grandes, pero escuela, al fin y al cabo, porque se sigue ocupando de socializar, combatir el aislamiento –en este caso de las personas mayores– y enseñar, al mismo tiempo que se disfruta y se comparte bien un café, una tarea de ganchillo, o una charla superficial sobre el tiempo, al lado por supuesto de una estufa, por cierto, algo más moderna que la de los años 80, pero no tan bonita, eso jamás. La escuela de La Población –aunque renqueando–, sigue estando viva y latiendo, impertérrita, mirando al pantano del Ebro. Quién sabe cuántos años seguirá así, observando la migración de las aves y el paso de las estaciones.



Actual centro comunitario *Las Nieves* en La Población. 2023.

LA CAMPANA DE LAS DOS Y MEDIA

(Mención honorífica)

Juan Antonio Arias Toribio
(Nerva, Huelva)

Sucedió varias veces en aquellos seis años: los padres de algún compañero golpeaban la puerta de madera de la clase, donde los ríos de España daban al mar. Los maestros abrían, cuchicheaban con los visitantes en tono solemne y peinaban con sus yemas al alumno que salía hacia su primera muerte. Supongo que cuando a los progenitores les carcomía la pena o se enredaban en la burocracia que sigue a un deceso, el papel de ángel negro lo desempeñaban los tíos, los parientes, los vecinos que solían entrar sin llave a la casa familiar o incluso los septuagenarios consuegros del cadáver.

Recuerdo el gesto radiante de orgullo de Domínguez cuando apareció un señor por el aula y nos dijo a todos que ése era su padre; había una alegría extraña cuando alguien de nuestro entorno entraba en el colegio, nos sorprendía que aquellos adultos que lo tenían todo controlado dejaran sus harinas, sus escobas, sus polipastos o sus martillos para hacer novillos en la rutina. En el camino desde el soportal al patio, a Domínguez se le licuaron los ojos entre quebrantos, lo presenciamos a través del cristal empañado por la curiosidad; los años difuminan la memoria, pero juraría que Irene, a la que se le había muerto su bisabuela hacía poco, trazó una cruz en el vaho de la ventana ante aquella escena. De fondo, Don Manuel nos instaba a volver a nuestras sillas.

Por aquel entonces Juan Carlos I y Sofía presidían la clase con sus sonrisas comedidas, muy juntos en la foto, con la mirada fija en un horizonte incierto. Antes de subir al coche de alguno de los padres del barrio que nos llevaba a la escuela, jugábamos a inspeccionar los bajos del vehículo por si hubiera una bomba lapa. Desayunábamos con el eco de ETA, el constante goteo de atentados televisados nos hacía aún más diminutos en nuestra infancia; hasta que José Manuel, el más listo del grupo, nos arrancó el temor de cuajo: «España es muy grande, por qué iban a querer venir al culo del mundo».

Recién entrados, cada día un crío inauguraba la mañana en la pizarra con la fecha. Por ejemplo: Nerva, a 20 de noviembre de 1997. Me acuerdo del pánico reinante aquel mes en que amanecimos con titulares como éste de *El País*: «Tres asesinatos y ninguna explicación. Nerva tiene miedo tras morir a estacazos un sexagenario, su

sobrino y un chatarrero en dos días». La entradilla del periodista Javier Sampedro añadía: «El pueblo está en Huelva, casi en la frontera con Sevilla, tiene 7.000 habitantes y hasta el domingo pasado sólo salía en los periódicos a cuento del depósito de residuos tóxicos y peligrosos que le están construyendo a menos de dos kilómetros de su plaza».

El lío del vertedero había comenzado antes de que *El Legía*, un ex legionario de aspecto tan escuálido como para no destripar ni a una mosca, asesinase a nuestros tres convecinos. El alcalde de entonces, José Villalba, se empecinó en que el municipio albergase una peligrosa instalación de residuos provenientes de toda España, aunque la letra pequeña del tiempo demostró que también procedían de los lugares más recónditos de Europa. «Los vecinos de Nerva, en pie de guerra contra el depósito de basura tóxica», titulaba *El País* el 10 de diciembre de 1995.

Cuatro luengos años duraron aquellas reivindicaciones. Tengo grabada la imagen de Doña Flori, persona dulce y afable, maestra en la clase de al lado y esposa de Villalba, recorriendo cabizbaja uno de los pasillos de la escuela del Pilar, justo el día antes de una manifestación nocturna a la que acudió gente de toda Andalucía portando velas. Poca culpa tendría Doña Flori de las ambiciones tozudas de su marido, pero podría transcribir aquí letra por letra el interrogatorio al que sometió a Antonio, hijo de un cabecilla antivertedero, para sonsacarle información que pudiera haber escuchado en casa sobre la masiva protesta que se estaba cocinando. Hay secuencias de la infancia que se quedan clavadas en la mente sin más, y a las que sólo el paso de los calendarios acaba dando un contexto; así, crecemos y la edad de la inocencia se disipa para siempre.

Cuando Domínguez volvió a su pupitre, lo envolvimos con un corro de afecto más innato que intencionado; las ceremonias de la vida humana se parecen demasiado a la trama de un documental de la sabana. Nos contó que su abuelo ahora estaba



Don Manuel Sousa, maestro en los cursos tercero y cuarto de primaria, junto a sus alumnos y el también maestro Don Antonio en la estación de Los Frailes.



El escritor del relato, un amigo y su hermana, en una de las protestas contra el vertedero. 1996.
Antonio Arias.

de viaje, que lo mimaría desde el cielo y alguna frase vaga más sobre unas leyes de la vida que nada nos interesaban. Al rato, la brecha de Domínguez cicatrizó con regalos como las estampas de Chemo del Solar o Mauro Silva, casi imposibles de conseguir. Con un *carioca*¹ negro nos pintábamos una raya gruesa entre las paletas, para aparentar tenerlas separadas como Ronaldo Nazario, ídolo máximo.

Supongo que el padre de Domínguez regresó a la mina con la cabeza llena de ausencia cuatro días después de la visita al colegio. Se me antoja paradójico que por la muerte de un familiar dispongas sólo de tres jornadas de descanso, mientras que por casarte puedas disfrutar de quince días. Como si acaso estuviéramos preparados para expandir el deleite y minimizar a la ligera el calvario, cuando es el duelo el que requiere de tiempo y cocción lenta. Colábamos las tizas clandestinas en el recreo para pintar rayuelas, picardías y corazones que la lluvia de la tarde borraba. Los niños jugábamos al fútbol y las niñas al balón prisionero (bautizado como «el matar»), aunque Bárbara supiera golear mejor que cualquier chico sobre la hierba del fin de semana. Mi equipo lo formaban Diego Samuel, Michael, Lino y Francisco Javier. En el patio los había mayores que jugaban a levantar las faldas de una época que pedía bocanadas de feminismo. Nuestra panda sólo soñaba con que de las palmas nos brotaran ondas vitales con la luminiscencia heroica de Goku, y con saltar sobre tuberías pintadas para visitar otros mundos a lo Super Mario. También imitábamos los disparos con efecto de Óliver Atom, valiéndonos para ello de los únicos balones permitidos fuera de Educación Física: un bote de batido de la marca OKEY, porque a los cartones de los zumos PMI siempre los aplastaba alguien.

Había mapas por todos lados, las clases estaban empapeladas con geografía. El marco de la pizarra tenía un gancho con carril desde donde se desenrollaban lo que parecían pergaminos. Conocimiento del Medio era una asignatura extensísima, englobaba desde el yeyuno y el íleon hasta el Everest y el Aconcagua. Qué insistencia con que memorizáramos los ríos peninsulares. Asturias: Navia, Narcea, Nalón y Sella. El mapa hidrográfico de España estaba pegado en la pared del fondo junto a una infografía inmensa que ilustraba el aparato circulatorio; visto en perspectiva, no descarto que la mente lúcida de Don Manuel asociara los ríos con las venas y los afluentes con los capilares, como si a este país lo recorriera la sangre rural de escuelas como aquella.

En nuestro pueblo, rodeado de sierra, metido en una especie de agujero a su vez horadado por la actividad minera, algunos viernes aislados salíamos a plantar árboles a parajes del entorno. Acompañados por familiares, con la mochila colgada a lo Labordeta y ataviados con azadas y zachos, a repoblar que nos íbamos. Adoraba esas escapadas: el brillo verdoso de la hierba, la fragilidad del terreno, el sombrero de las setas, la bola en que se convertían los oniscídeos (en nuestro argot, cochinitillas). Sacábamos de las bandejas negras de plástico los cepellones de pino y cavábamos los

¹ Conocida marca de rotuladores creada a mediados del siglo XX en Turín (Italia), que cuenta con una filial en Barcelona. (N. del E.)

hoyos. Solía arrimarme a Julián, el abuelo de mi amigo Francisco Javier, quien dominaba las artes de la plantación con una destreza totalmente opuesta a la mía.

En los trasteos de sábado en la plazoleta verde, se presumía de los árboles plantados el día antes. Me atribuía el mérito de Julián, en mi suma incluía alguno de sus pinos para maquillar mi torpeza. Aquel hombre, hoy nonagenario y con una robustez propia de los troncos crecidos de cuanto un día sembró, representa la semblanza de una era sin retorno, la de los trabajos salvajes en la mina, la de afrontar los problemas con el optimismo de quien sabría nadar a mariposa en el fango. Exactamente igual que mi abuelo Antonio, que murió a los noventa y siete años, siendo yo veinteañero. Uno de los viernes fuimos al camping Villa de Nerva, modernidad turística rural de entonces y estrepitosa ruina tétrica de ahora.

Según el escritor cubano José Martí, «hay tres cosas que cada persona debería hacer durante su vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro». En mi caso, los árboles me los plantaba Julián, no está en mis previsiones ser padre y si acaso he escrito relatos que ni merecen la consideración de libro. No progreso adecuadamente, como rezaban las calificaciones de antaño. En la entrega de notas del primer trimestre de tercero, Don Manuel nos recibió a mi madre y a mí con el transistor a todo volumen, satisfecho por mi buena marcha en el curso, pero concentrado a la vez en cada número que precedía al canto infantil de «¿ciento cincuenta mil pesetas!».

Manuel Sousa me parecía un buen maestro. Me llamaba por el nombre del abuelo al que no llegué a conocer. Los niños decíamos que siempre se iba orinando, porque se movía a una velocidad supersónica y cuando acababan las clases salía disparado adelantando madres. Resultaba imposible seguirle el ritmo en un dictado, quizás de aquellas prisas proceda mi caligrafía de médico. A veces, a los más inquietos los calmaba con un leve tironcillo del lóbulo de la oreja; dada la celeridad del maestro para todo, el dolor duraba poco. Los protocolos de rectitud extendidos entonces seguían siendo expeditivos, en un tiempo en el que determinados castigos empezaban a entrar en riesgo de extinción.

Don Manuel amaba el fútbol, celebraba cada victoria de sus pupilos del tercero B con fervor de entrenador. Las porterías eran cuatro chaquetas de chándal arremolinadas. Rivalizábamos con el A. Cuando veo a las hinchadas zurrarse y lanzar bengalas y a las estrellas del balompié con fortunas despampanantes, sólo puedo deconstruir el deporte hasta reducirlo a lo que es: un simple juego de la clase A contra la B que se fue sobredimensionando. Aunque juraba que no simpatizaba con ningún club de la élite, los domingos Don Manuel se volvía ultra del equipo de Nerva, se desgañaba en la banda haciendo más kilómetros que los jugadores e impartía sus clases sobre reglamento al pobre linier de turno. El viejo Marismillas era su hábitat; cuando cerraron el viejo estadio para construir otro, Don Manuel se negó a volver a pisar un campo de fútbol.

Y es que la implantación del vertedero dotó a un pueblo en decadencia de sofisticados edificios, infraestructuras y equipamientos, casi todos ellos sumidos en el más profundo abandono actualmente. Atajamos hacia el siglo XXI de la manera más

hortera, con pistas de atletismo a las que daban vueltas ancianos con sus bastones. A cambio de respirar un aire atufado, el dinero entró a borbotones en el consistorio; en 2022, la deuda del Ayuntamiento se calcula en casi once millones de euros.

El peaje más grave lo pagó la convivencia. Al sonar la sirena de las dos y media, muchos de los padres que antes nos esperaban apiñados en la puerta de la escuela pasaron a negarse el saludo. El vertedero trajo consigo una guerra civil sin muertos, aunque con episodios violentos y dramáticos, donde hasta los hermanos dejaron de hablarse porque uno apoyaba el proyecto de Villalba y el otro lo consideraba una amenaza medioambiental. Solía vestir en la época con los jerséis que mi abuela Josefa me bordaba. Una tarde, mientras la acompañaba a comprar lanas junto a mi hermana, vimos por la puerta acristalada de la tienda de Carmela Camacho desfilar a un ejército de antidisturbios avanzando sin piedad hacia la plaza donde se manifestaban mis padres. A pesar de que el ambiente enrarecido nos permeaba y de que olfateábamos las tensiones entre padres, los niños nos mantuvimos ajenos por completo a las rencillas y demostramos una camaradería férrea que nunca flaqueó.

A Don Manuel le gustaba la buena educación. La mañana que un padre irrumpió en clase sin llamar para llevarse a su hija al dentista, se sintió tan agraviado que recibimos sus quejumbrosas lecciones sobre modales durante horas. A pesar de ser un nervio erguido y de enseñar con compás frenético, nuestro maestro se apaciguaba dibujando laboriosas obras abstractas a lápiz. Una mañana, nos sacó de clase para mostrarnos la primavera. Subimos por una breve escalinata entre la hierba ubicada tras la escuela, y peldaño a peldaño fuimos descubriendo el nombre de las flores mientras crecíamos emocionalmente y nos pasábamos ensimismados la lupa gigantesca del maestro.

El edificio donde cursamos la primera mitad de Educación Primaria era un anexo del colegio público «Maestro Rojas» y se situaba en el barrio del Pilar. Fuimos su última generación. Un año y medio antes de que me fascinaran las amapolas de Don Manuel, la maestra Doña Maruja nos había llevado al parque para citarnos con el otoño. Seleccionábamos los diferentes tipos de hojas secas que cubrían el albero, les



Edificio que fue anexo en el barrio del Pilar del colegio Maestro Rojas, actual Centro de Formación Comarcal. 2023. Emilio del Castillo.



Fotografía de orla del sexto curso de Educación Primaria. Junio 2000. Foto Cejudo.

poníamos pegamento para sellarlas sobre un folio en blanco, pintábamos con ceras Manley los diferentes contornos y anotábamos el nombre del árbol caduco que había quedado huérfano. Diría que el buen maestro es el que sabe impartir disciplina desde la ternura y creo haber sido alumno de ese privilegio.

Con Doña Maruja estuvimos los cursos primero y segundo, tras nuestro periplo como párvulos. Conservo menos recuerdos de ese par de años, pero sin duda un suceso destaca sobre los demás. Doña Flori aporreó y abrió bruscamente nuestra puerta, mientras trataba de ordenar la estampida de sus alumnos; uno de ellos repetía en el pasillo algo así como «¡vamos a morir todos!», alentando los chillidos histéricos del resto. Acto seguido, sonó la sirena y no se detuvo. Miramos por la ventana al levantarnos: el patio había desaparecido. Nuestro ‘Maestro Rojas’ era un lago. Todo se sucedió a trompicones, cada cual cruzaba como podía aquellas aguas malolientes del color del Nesquik, generado por el mineral. Perdí la referencia de Doña Maruja y me vi siguiendo los pasos de Doña Flori por la escalera donde tiempo después nos descubrió los encantos vernaes Don Manuel.

La riada del 23 de enero de 1996 alcanzó en algunos puntos los dos metros de altura. Desde lo alto del cerro al que ascendimos pude ver cómo aquellos dos embalses usados para la minería se desbordaron tras semanas de lluvias torrenciales. Luego nos metieron en un garaje donde lloré como nunca mientras asumía que mi familia habría naufragado bajo tales cataratas. Pasado un buen rato, el Fiat 131 Mirafiori verde del jefe de mi padre, y primo de mi madre, me rescató de aquel tugurio.

Mi madre y mi abuelo me buscaron sin éxito durante toda la mañana por los espacios de reunión del pueblo. En una época en la que costaba imaginar aún teléfonos móviles, como última opción, ambos caminaron a la desesperada hasta el garaje al que habían trasladado a algunos niños. Cuenta mi madre que, cuando se derrumbó por no haberme encontrado allí tampoco, se le acercó solícita Doña Flori para contarle que a su hijo se lo había llevado felizmente el tío Andrés. La tragedia esquivada logró el fraternal abrazo de la mujer de Villalba con una de las manifestantes antiverteredero. En la oficina del taller de Andrés pasé las horas esperando a mi madre, con un calentador de aire, repasando la última proeza de Finidi en el *Marca* y viendo por la persiana a mi padre dejarse el alma entre el torno y la fresadora.

Ya en cuarto curso, dijimos adiós al Pilar y nos mudamos con Don Manuel al colegio de los mayores, ubicado a tres calles. Allí las aulas tenían estanterías llenas de libros. Leíamos los ejemplares de *El Barco de Vapor*, con sus portadas divertidas y sus pasajes trepidantes. Nos chiflaban tanto las novelas de Carlos Puerto, que acabó viniendo al salón de actos a conocernos para saciar nuestra insistencia. En otras baldas descansaban juegos como el parchís, la oca, el ajedrez o un ábaco que nos resultaba muy aburrido. También había un radiocasete, Don Manuel nos amansaba con la garganta poderosa de Rocío Jurado. La canción «Como una ola» me recordaba al Pilar.

Ese fue el año en que dejábamos en una esquina de la clase nuestras cajas de zapatos de las marcas J’hayber, Paredes y Cejudo, confortables viviendas para nuestros

gusanos de seda. Don Manuel nos jaleaba. Por las tardes, en la plazoleta arrancábamos hojas de morera para nutrir a esas mascotas asquerosas. Y casi sin darnos nos cuenta, al llegar quinto, los gusanillos de carne nos volvimos mariposas que volaron lejos de Don Manuel.

El ingenio de los más revoltos se organizó contra la nueva tutora. El estrabismo de Mari Merchi inspiraba a los pequeños satanes, que recurrían sistemáticamente a la misma respuesta: «¿Me preguntas a mí o a éste, señorita? Jopé, es que no sé a quién estás mirando». Diego Samuel vivía ahora al lado de este colegio, pero llegaba siempre tarde porque el capítulo de 'Bola de dragón' acababa a las nueve y cuarto. La primera semana del curso, todos teníamos encargados los libros en la papelería del pueblo, a la que le iban llegando los ejemplares ya entrado octubre. El único libro disponible de Conocimiento del Medio lo tenía Mari Merchi. Se lo prestó a Samu para que leyera en voz alta; al final de la mañana, nuestro abstraído héroe le devolvió ilegible el primer tema, repleto de dibujos a bolígrafo sobre personajes de 'Bola de dragón'.

A esas alturas ya sabíamos que era mejor que ningún conocido viniera a visitarnos al colegio. Habíamos aprendido que el dichoso golpeo familiar de nudillos llegaría para paralizarnos. En sexto curso, los meses de convalencia de Mari Merchi, operada de una rodilla, despertaron en nosotros la noción del deseo. La interina Clara era joven y tenía una larguísima cabellera rizada y rubia. Venía del pueblo de

Cara y cruz de las lluvias

La rotura de dos presas por el temporal provoca grandes inundaciones en Nerva

La provincia de Huelva se convierte en una sucesión de catástrofes

Los ríos, los torrentes de grava, el vendaval y las mareas con un alto coeficiente están convirtiendo a la provincia de Huelva en una sucesión de catástrofes. A las pérdidas económicas en la capital, con la inundación de esta

Málaga: Construyen un muro para evitar que se desborde el Guadalhorce

Málaga, J.M.C. y J.M.

El Ayuntamiento de Málaga (el Tribunal Pleno) tomó ayer de nuevo la decisión de dar marcha a construir un dique para evitar que se desborde el Guadalhorce en el caso de volver a ocurrir una sucesión de catástrofes

Los efectos devastadores del temporal... Para el edificio del club náutico... Para el resto de las personas... Por otra parte, las personas... El alcalde de Málaga, el Sr. Juan... El Sr. Juan... El Sr. Juan...

Traslados

Ya que se informó... Los trasladados... Los trasladados... Los trasladados...

Albergue de Málaga

Los trasladados... Los trasladados... Los trasladados...

Fuertes vientos, lluvia y granizo derrumban balcones, muros y nichos y obligan a cerrar colegios en Cádiz

Los servicios de Protección Civil... Los servicios de Protección Civil... Los servicios de Protección Civil...

Este martes, al igual que el lunes... Este martes, al igual que el lunes... Este martes, al igual que el lunes...

INUNDACIONES

Pánico colectivo en Nerva al romperse dos embalses

Los alumnos del colegio Maestro Rojas tuvieron que ser desalojados del edificio



El agua, al igual que ha sucedido en la capital onubense, volvió a ensallar en Nerva

Los daños más importantes producidos por el temporal han sido el desalojamiento de numerosas personas de sus viviendas... El Ayuntamiento de Nerva... El Ayuntamiento de Nerva...

Noticia del ABC Andalucía acerca de las inundaciones que afectaron a los alumnos del Pilar. 24-01-1996.

Noticia del diario La Voz de Huelva acerca de las inundaciones que sufrieron los alumnos del Pilar. 24-01-1996.

Pilas. Todos los chicos (y es probable que alguna chica también) nos aplicamos en el estudio como no lo habíamos hecho los cinco años anteriores. Además, a diferencia de la esforzada y honesta Mari Merchi, a Clara sólo le importaba que contestáramos correctamente el cuestionario de la última página de cada tema.

Durante unas semanas lo pasé fatal a causa de un herpes que se coló por el interior de mi párpado izquierdo. No me dolía tanto el ojo como tener que lucir con un parche color carne delante de Clara, a lo pirata de poca monta. Mientras, mis compañeros, habitualmente desaliñados, lucían peinados innovadores y se vestían con las ropas más elegantes que sus tías les compraban los lunes en el mercadillo. Cada vez que mi madre se asomaba a la puerta de Clara para llevarme a las frecuentes citas de oftalmología, mis compañeros me miraban como cuervos a punto de emprender el vuelo.

Si miro atrás, parece como si nada de lo vivido durante aquella segunda mitad de los noventa hubiera ocurrido, como si fueran episodios oníricos. Ayuda a recordar el diario que cada noche escribíamos los niños de aquel momento, esos apuntes en papel que amarillea documentan este texto. La actividad minera se reanudó en 2015, la petición por el cierre definitivo del vertedero provoca ahora el consenso de todas las voces autorizadas del pueblo, los niños siguen saliendo a plantar árboles en un entorno asolado por los incendios. No volverá nuestra infancia. La muerte tiene vocación de *matrioska* que va tragándose las edades hasta cubrirlo todo.

Desconozco si los adultos del pueblo continúan sacando a sus hijos de clase cuando los abuelos mueren, procedimiento familiar de mi niñez que jamás llegué a entender del todo. Mi abuela Isidora me descubrió de verdad qué era la muerte una tarde de julio, con una etapa llana del Tour de Francia de fondo, con la sintonía pegajosa del camión de los helados sonando por el barrio. Si su muerte me hubiera pillado sentado en el pupitre ante Don Manuel, sé bien que mis padres hubieran esperado a la campana de las dos y media para evitarme unas horas de dolor.



Mi abuela Isidora. 1997.

RECUERDOS DE LA ESCUELA DE MAHÍDE DE ALISTE

(Mención honorífica)

Modesto Domínguez Leal
(Mahíde, Zamora)

El día que cumplí 6 años me llevaron, por primera vez, a la escuela. Era en invierno, a la *metá* del curso¹. Tuvieron que llevarme a la rastra entre mi padre y mi madre, agarrándome cada uno por un brazo, porque por nada del mundo quería yo *dir*. Y no quería *dir*, primero, por no separarme del manteo de mi madre, que –según me decían– estaba muy *enmadrao*, y porque me imaginaba la escuela como un mundo muy extraño y misterioso. Y también, porque andaba algo *atestajao* por los rumores que circulaban por el pueblo sobre las *labras* que el maestro daba a los rapaces, que en el pueblo todo se sabe y todo se exagera y de todo se hace una leyenda. Y entre lo que yo *avociaba* y pataleaba y el ruido de las herraduras de las cholas que *testabardiaban* contra los morrillos de la calle al ir a rastras, se montó tal *estrepullido* la calle abajo, que todo el mundo se asomaba por los cuarterones de las puertas *pa* ver el espectáculo y se reían de mí. «¡No quiero *dir*, no quiero *dir*! ¡*Dejaime, dejaime*, que me pega el maestro!», *rezungaba* yo.

A algunas mujericas les daba duelo de verme con tal sofoquina y, desde detrás del cuarterón, le decían a mi madre: «¡*Dejai* al *cuitao rapá*, que parece que va a reventar con esa congoja! Si no quiere *dir* a la escuela, que no *vaiga*, que tampoco vosotros fuisteis y ni falta que vos ha hecho, que no vos *hais* muerto».

Pero mi padre y mi madre no tuvieron compasión de mí. Sudando la gota gorda, consiguieron arrastrarme hasta la escuela y meterme *pa* dentro. Yo llevaba un cabás que casi *abultiaba* más que yo, de tablas de álamo, que me hizo mi padre que, entre otros mil oficios, era carpintero. Dentro sólo llevaba una pizarra, un pizarrín y un trapo *atao* a la pizarra *pa* borrarla con la técnica del escupitajo. Este método no era muy higiénico que digamos, porque había que humedecerlo y la única forma práctica era con la saliva. Y, cuando el trapo ya estaba muy sucio o cuando se perdía, se recurría a la manga del jersey o de la camisa. Y no digo más, *imaginaivos* vosotros lo que sucedía...

¹ El autor acompaña el relato con un glosario de localismos alistanos. (N. del E.)

La nuestra pizarra servía *pa* escribir, *pa* hacer cuentas, problemas, dibujos...; era como ahora una TABLET o un ordenador portátil, pero con tecnología de la naturaleza. Con la perspectiva de hoy día, podemos decir que, a pesar de la técnica del escupitajo, era totalmente ecológica; no gastaba luz, ni pilas, ni papel, ni tinta, ni contenía materiales contaminantes...

Yo entré *acongojao*, con la respiración entrecortada por los gemidos, sin poder articular palabra. Pero, *pa* mi sorpresa, el maestro, D. Pedro, me recibió sonriente y amable, me preguntó el nombre y me presentó y me dio la bienvenida delante de los otros rapaces más grandes que, como era una escuela unitaria, eran de grados y edades muy diversas, desde los *rapaciños* como yo, hasta los *moscordios* de 14 años.

Como sólo había un maestro, nos tenía que atender a todos a la vez. Aunque los grandes *diban* pocos días, excepto los hijos de los guardías, del secretario, del médico, de la boticaria... La mayoría de las veces, porque *diban* de pastores o porque les mandaban en casa otras *geras* que hacer; otras, porque se escapaban a nidos, o a pescar peces, o a hacer lumbres *pa* 'l monte, o a cazar lagartos, o a hacer cualquier garlito..., que los padres no se enteraban. Bastante tenían con el su trabajo en el campo. *Dispués*, el maestro, con el pizarrín nuevo, me puso una muestra en la mi pizarra de unos garabatos en línea recta, que me dijo que eran letras y que se llamaban a, e i ,o, u; y sin más preámbulos ni instrucción, me sentó en el «gallinero» y me dijo que dibujara garabatos como aquellos, hasta que no quedara ni un hueco en la pizarra.

Le llamábamos «gallinero» a un banco corrido con capacidad *pa* cuatro alumnos, pero en el que, en realidad, nos sentábamos cinco o seis, porque había «*overbuquin*» —que decís ahora los nietos— en la escuela y estábamos *apillucaos* porque no había pupitres de los de a dos *pa* todos. El banco era el lugar *pa* los novatos como yo y *pa* los más «burros», o los que peor se portaban. El tal banco, de puro viejo, estaba *carunchoso* y *escangallao* y nosotros nos balanceábamos todos sobre él cuando el maestro no nos *vía*.

Y el maestro no me pudo atender más en toda la mañana porque tenía que atender a los otros rapaces y poner un poco de orden en la tropa de los grandes porque, si no, hacían más alboroto que en la feria del 29. El maestro tenía que hacer de guardia civil, que en aquellos tiempos imponía, para mantener el orden. Tenía siempre a mano una vara, *pa* dar golpes sobre la mesa *pa* ordenar silencio en el aula. Pero, cuando no había otro remedio, se *vía obligao* a utilizarla *pa* otros menesteres que ya os contaré. Yo pasaba de hacer los garabatos en la pizarra recién estrenada porque me dedicaba a observar lo que *vía* a mi alrededor. Todo era nuevo, desconocido y asombroso *pa* mí: en la pared de enfrente, un crucifijo y un retrato grande de un señor muy serio con bigote; colgaos en otra pared, unos mapas, que después supe que eran de España y del mundo; en otra pared, dos enceraos de fondo negro: uno, lleno de letras escritas con tiza blanca y figuras con líneas rectas y curvas —años después supe que eran problemas de geometría, de triángulos, círculos—...; el otro encerado estaba lleno de muchos números, en filas muy bien ordenadas y con signos raros —luego

supe que eran cuentas de sumar, restar, multiplicar y dividir—; sobre la mesa del maestro, una bola muy grande, que daba vueltas al moverla algún *rapá*, cuando no lo *vía* el maestro. Un *rapá* de los grandes me dijo que aquella pelota era la Tierra. Pero lo que más me llamaba la atención era un reloj de pared, de péndulo, que estaba en una esquina. Era muy grande y tenía adornos doraos muy *enfichuraos* y el péndulo se movía sin parar a su ritmo haciendo tic, toc, tic, toc... Yo estaba como *alucinao* con todo lo que *vía*...

Mientras yo observaba todo esto, dos rapaces de los grandes, en *ve* de hacer las tareas, se levantaron, salieron de la escuela y volvieron a entrar con un *feije* de *urces*, una latada de carbón, y una cestada de *cepas*. Picaron las urces menudas y las metieron en el fondo de una gran estufa de hierro *enferrujao*; encima pusieron el carbón y las cepas; y le *chiscaban* fuego con una cerilla. Pero, como las urces estaban verdes y húmedas, sólo conseguían que saliera humo y más humo. Y así, se formó tal humareda en la escuela, que a los rapaces nos empezaron a picar los ojos y *comencemos* a toser, y a toser, y a toser..., hasta que el maestro ordenó desalojar la escuela, salir a la calle a respirar aire puro y abrir las ventanas. Y yo observé que todos, sobre todo los mayores, acogieron la orden con gran *jelijordia* y alborozo.

Tardemos un buen rato en volver a entrar, cuando el aire ya era respirable y la estufa estaba con *borrayo*, al rojo vivo. Aun así, en la escuela hacía mucho frío y se nos quedaban las manos y los pies *engariñidos*. Por eso, en los días más fríos o cuando se acababa el carbón y la leña, cada *rapá* llevábamos una lata grande, de las del escabeche con un asa de alambre, con *borrayo* de nuestra casa, la poníamos en el suelo y nos calentábamos los pies y las manos.

Los dos rapaces de la estufa llenaron de agua una pota enorme y la pusieron a hervir al fuego *pa* hacer la leche en polvo, obsequio de los americanos a los niños pobres de España. Y *pa* los demás empezó la clase de *verdá*. Don Pedro distribuyó trabajos *pa* cada grupo de la *Enciclopedia* Álvarez, de primer, segundo y tercer grado. Y, mientras éstos trabajaban, llamó al grupo de los pequeños, que estaban aprendiendo las letras, a leer en la cartilla, en un corro alrededor de la su mesa. «La p con la a, pa; la l con la o, lo; la m con la a, ma; pa-lo-ma»... Yo observaba que el maestro se tenía que multiplicar *pa* atender a todos, que tenía que andar con cuatro ojos.

Cuando terminó con los pequerriños, llamó a Jacinto a preguntarle la tabla de multiplicar del número 7, que el *cuitao rapá*, al parecer, llevaba cerca de un mes con ese número y no le entraba en la calamocho. *Aspacio*, con gran parsimonia, Jacinto iba desgranando: 7 por una, 7; 7 por 2,... caaa... torce; 7 por 3,... dieciiii... nueve; siete por...6,... cincuenta y ... cinco... Yo deduje que lo que Jacinto decía debía ser mentira, porque yo observaba que, por cada fallo, el maestro le daba un tirón de oreja. Y como no sabía casi ninguno, *echai* vosotros la cuenta de los tirones que recibió.

Las orejas le quedaron coloradas y calientes, a pesar del frío de la escuela. Pero, a mí, lo que más me chocó es que, con tantos tirones, Jacinto no lloraba, ni apenas se inmutaba... *Dispués* le dijo que si no se aplicaba iba a ser un analfabeto en la vida y

un burro, y que todos se iban a reír de él. Y que había que estudiar *pa* ser un hombre de provecho. Y lo puso de rodillas, delante de toda la escuela, que parecía la estatua de un santo haciendo penitencia. Y pasmaivos, ¡tampoco lloró, ni *cuyincó!*

Llegó la hora de la leche. Los rapaces encargaos escanciaron un cazo bien caliente a cada uno *pa* un tazón que habíamos traído de casa con pan de *buguaza migao* y una cucharada de miel. Y así *desayunemos* y *entremos* en calor.

Después, el maestro dio la orden de empezar el recreo y salimos a la calle, que era el nuestro patio. Los recreos eran, sobre todo, *pa* mear. Los pequeños *meemos* sobre las paredes de las *cortinas* o de los corrales. Los grandes fueron a hacer sus aguas mayores a un berzal de las afueras del pueblo, porque la berza era el papel higiénico de la época —que otro no conocíamos—; y *diban* en pandilla porque se ayudaban a meter los tirantes del pantalón por debajo del jersey de lana, que era una tarea difícil *pa* hacer uno solo. Al volver, pillaron un *pardal* que tenía una pata rota, lo escondieron debajo del jersey y, en secreto, lo metieron en el cajón de las tizas que tenía el maestro en la su mesa. En mitad de la clase le pidieron una tiza y, al abrirlo, el pardal salió volando y el maestro se llevó un susto de muerte. Y a los rapaces *indonantes* les dio un palo en la mano con los dedos *apillucaos*. El hacer alguna gamberrada, de vez en cuando, era una forma de diversión *pa* nosotros, aun sin medir las consecuencias, porque entonces no teníamos tebeos, ni tele, ni *tablet*, ni *playesteision*...

Pasada la media hora del recreo, *entremos* y se reanudó la clase. Yo seguía observando *ensimismao* todo lo que pasaba a mi alrededor: unos rapaces, buscando las provincias en el mapa de la pared; otros, leyendo en voz alta, por turnos, un libro sobre la vida de Cristóbal Colón y el descubrimiento de América; otros, haciendo cuentas en la su pizarra; otros, cantando en voz alta, a coro, las tablas de multiplicar...; otros, copiando de la enciclopedia en el su cuaderno con la pluma de tinta, mojando en el tintero, la vida de Miguel de Cervantes, y dibujando a don Quijote en el su Rocinante y a Sancho en el su Rucio; otros, intentando resolver un problema en otro *encerao*, y discutiendo entre ellos porque, por la cara que ponían, no les debía salir el resultado. Y la cosa no debía ser *pa* menos, porque, años después, en la enciclopedia de tercer grado vi problemas que, con los niveles de ahora, hoy os parecerían de universidad.

En los días y años siguientes, yo seguí aprendiendo muchas cosas y acumulando experiencias y recuerdos, hasta que cumplí los 11 años, cuando me sacaron de la escuela *pa dir* de pastor con un *tagañico* de ovejas. A pesar de mi corto periplo, fue una de las más importantes experiencias de mi vida, que me han *dejao* recuerdos imborrables en la memoria, porque fue la inmersión de lleno en ese mito misterioso y temido que *pa* un *rapá* de 6 años suponía la escuela. Pronto se fueron disipando los miedos, porque me di cuenta de que el maestro no era tan severo como decían las malas lenguas, que sus famosas «*labras*» tenían más de leyenda que de realidad y que sólo solía *labrar* a los rapaces grandes, y sólo a los que hacían alguna gamberrada, que los formales y aplicaos no tenían nada que temer; y lo cierto era que él no descansaba ni un momento de enseñar a cada grupo y le daba mucho coraje que los guerreros lo

interrumpieran en la su labor. Y, ya de mayor, comprendí que don Pedro lo hacía por sentido de la responsabilidad, porque él era consciente de que los padres y la sociedad le encomendaban la misión de alfabetizarnos y civilizarnos, que falta nos hacía. Él actuaba en consecuencia con esta visión de la escuela. Cuando llegaba un maestro nuevo, lo primero que le decían los hombres en el pueblo era: «Sr. Maestro, *usté*, a los rapaces *meteile* disciplina, que no hay quien los dome, que los rapaces son como los árboles, que, como no se enderecen de pequeños, *dispués* no hacemos vida de ellos,».

Y os confieso que a nosotros nos divertía cuando el maestro le zurraba la badana a algún *rapá*, porque los demás lo contemplábamos como un espectáculo y, sobre todo, porque, mientras tanto, no hacíamos cuentas ni problemas, y pasábamos risa, siempre que a ti no te tocara, claro. «Hoy me río de ti porque mañana tú te reirás de mí» —pensábamos—.

A pesar de todo, pasado el susto de los primeros días, yo *diba* a la escuela con gusto y agrado. Y así, poco a poco, le fui cogiendo afición a eso de aprender las cosas que venían en la enciclopedia. Lástima que fuera tan poco tiempo a la escuela, que más podía haber aprendido porque, modestia aparte, creo que tonto del todo no era. Y de aquellos mis maestros guardo un buen recuerdo y agradecimiento, aunque a las generaciones de ahora os cueste entender aquellos métodos pedagógicos y aquellos principios.

Después de don Pedro, fueron sucediéndose varios maestros, cada poco tiempo uno, que aquí paraban poco porque, como Aliste estaba en *la fin* del mundo, sólo venían interinos, jovenzuelos con destinos forzosos que, a la primera oportunidad, se largaban a otros pueblos más grandes o cercanos a la capital. Y su paga debía ser tan ruin, que yo *peme* que le costaría llegar a fin de mes. Así que yo cuidó que era *verdá* el refrán que se decía: «Pasas más hambre que un maestro escuela». ¡Pobres maestros! Qué poco considerados estaban *pa* la gran labor que hacían y *pa* enfrentarse a una tropa como nosotros...

Los castigos, entonces, nosotros los considerábamos como una cosa normal de la vida, a diferencia de hoy. Nos castigaban los padres en casa por no hacer las *geras* o no obedecerles o por hacer alguna gamberrada; el cura en la iglesia por no aprender el catecismo; el maestro por no hacer los deberes o por portarnos mal... Pero, por extraño que parezca, yo no conozco a nadie que le haya *quedao* algún trauma por aquellas experiencias. Y claro que también había alegría y vivíamos contentos, con las ilusiones propias de rapaces. Y, entre la escuela, las penurias y estrecheces, las *labras* y las gamberradas que hacíamos, éramos felices a nuestra manera. Porque la felicidad es una filosofía de vida, es aceptar las circunstancias que nos tocan, y aprender a adaptarse al mundo que nos rodea.

El principio de que «la letra con sangre entra» era una ley aceptada por todos. Y así, aprendíamos un poco de todo en la ENCICLOPEDIA de Álvarez: Aritmética, Geometría, Gramática, Geografía, Historia, Formación del Espíritu Nacional, Religión... Yo heredé la enciclopedia de mi hermano, que la había *heredao* del anterior, y

éste de mi prima, que la heredó, a su vez, de unos primos mayores, y no recuerdo su primer origen. Así que cuando yo la recibí estaba toda *escangallada* y sobada. Además, le faltaban algunas hojas y otras estaban ya gastadas. Así que, con solo tres libros, Enciclopedia Álvarez de primer, segundo y tercer grado, que valían 5 pesetas, podíamos hacer la «reválida», y hasta la «licenciatura», más de media docena de rapaces. Ahora, cuando miro con detenimiento una que guardo como una reliquia, veo que el nivel de conocimientos que impartía aquella enciclopedia era sorprendentemente alto. Y era un método magnífico y un compendio completo del saber. Resumía las ciencias y las ideas de forma clara y precisa, de tal manera que con poco esfuerzo aprendías de memoria infinidad de cosas de cultura general. Ya sé que ahora estos métodos están *desfasaos*, *pasaos* de moda, pero creo que los vuestros libros tienen mucha paja y poco grano. Ahora parece que está *denostao* el uso de la memoria, pero ésta es una facultad humana que hay que desarrollar porque es muy útil *pa* el aprendizaje en todas las etapas de la vida.

Los jóvenes de ahora nos decís a los abuelos que aquella educación tan severa parecía la que recibían los niños de la ciudad griega de Esparta. Pero la comparación es muy exagerada. Yo entiendo el contraste que se puede ver en relación con la filosofía que manda ahora, que en algunos aspectos no deja de ser también disparatada, porque se exagera tanto como antes, pero en dirección al extremo opuesto. Porque, ahora, los padres, a su niño les dan todos los caprichos, aunque vayan en contra de lo razonable, de su propio beneficio y de los derechos de sus compañeros.

A nosotros, el maestro nos clasificaba por orden, teniendo en cuenta lo que sabías, lo que trabajabas y cómo te comportabas: el primero de la escuela, el segundo, el tercero... y el último de la escuela. Los primeros se sentían orgullosos, ellos y sus padres; pero el último, el *cuitao*, podía ser objeto de burla, dependiendo del nivel de sadismo de los colegas y del miedo que le pudieran tener. Porque en el pueblo todo se sabía. Eso era injusto porque, muchas veces, era porque Dios no le dio más luces al *cuitao*. Aquello no estaba bien. Pero el problema es que nosotros somos un país con comportamientos «de péndulo». Nos vamos de un extremo a otro con una velocidad asombrosa. Nunca encontramos el equilibrio, la justa medida.

Ahora, parece ser que quieren suprimir las notas *pa* que los vagos no se sientan humillaos, y por aquello de la «*igualdá*». Bueno, suprimirlas o camuflarlas con artimañas *pa* que no se entienda su significado. Y también parece ser que los alumnos listos y aplicaos no quieren destacar, que quieren pasar desapercibidos, por miedo al «*bulin*» –que decís vosotros los nietos– ese de los macarras. O sea, que los que mandan en la clase son los macarras y lo que mola es la ignorancia. A propósito, el otro día oí en la radio que un filósofo decía algo así: «Pronto llegará el día en que los inteligentes tendrán que callar para que no se ofendan los necios» Y yo me pregunto si no habrá *llegao* ya ese día. Y, si esa *igualdá* no será a cuenta de igualar a todos por el nivel más bajo.

Quizá sea una visión demasiado pesimista por mi parte. Pero yo sé que en algunos colegios, muchos profesores andan asustados y se pasan meses de baja por depresión, por miedo escénico al ambiente del aula... Y la filosofía que impera es la ley del mínimo esfuerzo. Y, tirando de humor, me imagino que, si Einstein viviera ahora, seguro que sería el jefe de una pandilla de macarras del barrio, que es lo que mola...

Este pesimismo, me deprime y me preocupa, no por mí, sino por el porvenir de vosotros, los nuestros nietos. Vosotros me decís que no me ralle la cabeza, que la edad hace ver la vida con miedo y con pesimismo, y que son cosas que a todos los mayores nos van saliendo, como las arrugas.

Pero, por otra parte, en contra de lo que pueda parecer, siento que no nos han *quedao* traumas ni huellas negativas de aquella escuela. Era una forma normal de entender la vida, una filosofía de una época, con unos valores y unos principios que van cambiando, como a los principios de ahora los cambiarán las generaciones que vendrán. Y, en medio de todas esas circunstancias, los rapaces de entonces también fuimos felices.

Y creo que, a pesar de nuestra poca cultura, seguimos siendo personas normales, con principios morales y sociales arraigados y buenos. Porque esa baja cultura se debía a la escasez de escuela, porque desde la más temprana niñez, trabajábamos para sobrevivir en duros y penosos trabajos: pastores, vaqueros, cabreros, en las más diversas labores de la labranza, de jornaleros plantando pinos en la sierra, de peones de albañil... Y así, abandonábamos la escuela a muy temprana edad y, luego vivíamos en un ambiente de ausencia de cultura, sin libros, ni radio, ni televisión... Pero no era por aquellos métodos, que podían ser tan válidos como los de ahora.

Vosotros, jóvenes de ahora, criados en la abundancia, con medios ilimitados, comprenderéis que la nuestra generación de rapaces pobres de pueblo del medio rural, en aquellas condiciones tan precarias, ¡no *díbamos* a salir licenciosos en Filosofía y Letras por Salamanca!... Mi nieta Merceditas me dice –gracias te doy porque me consuelas– que lo entiendes y que nosotros no debemos tener ningún complejo de ignorantes porque ella ha *estudiao* que la inteligencia consiste en la capacidad de cada individuo *pa* adaptarse a situaciones nuevas. Y nosotros nos adaptamos sorprendentemente bien.

Así, nosotros salimos *licenciosos* por una mezcla de la escuela alistana de Mahíde, de la enciclopedia «Álvarez», y por la universidad de la vida que, a fuerza de palos y hambre, nos han enseñado a sobrevivir en un mundo de pobreza, duro y difícil, lleno de privaciones y, a veces, al límite de lo imposible, como el Lazarillo de Tormes...

LA ESCUELA DE LA ABUELA MARÍA

Luego, le tocó el turno de la narración a la abuela María, quien también quiso contar a los nietos y rapaces del pueblo su visión de la su escuela rural para dar a conocer

las similitudes y diferencias de la escuela femenina en relación con la masculina en aquellos tiempos. Y la abuela María comenzó su relato:

Yo he oído la narración del abuelo y confirmé que *la mi escuela era parecida* a la suya. Sólo se diferenciaba en que las mujeres tenemos un carácter distinto y la sociedad de la época nos colocaba en un lugar diferente, inferior y menos valorado que el de los hombres, con menos libertad, menos derechos y más obligaciones

Como el abuelo Manuel, yo también fui en Mahíde a la escuela de las rapazas, que entonces nos tenían separaos. A la maestra, doña Teodorina, nosotras la teníamos en un pedestal. En parte, porque en el pueblo, a todos los que venían de afuera, como ella, los considerábamos como algo superiores, que los alistanos siempre hemos padecido de algo así como un sentimiento de inferioridad. Y también porque, creíamos que una maestra, sólo por serlo, por haber hecho una carrera, ya lo sabía todo. Por eso la admirábamos y casi la reverenciábamos; y como era cariñosa con nosotras, la queríamos y la obedecíamos sin rechistar. Ella no tenía palo de mimbre, ni nos pegaba y era como una amiga *pa* nosotras que nos daba buenos consejos de todo, incluso sobre el *cuidao* que teníamos que tener en el trato con los mozos, que, los de aquella época no eran nada de fiar. Y también nos contaba cosas de la vida y de ese mundo de la ciudad que nosotras desconocíamos y lo idealizábamos imaginándolo como cosas de un cuento.

Ella vestía de colores vivos y alegres y no de negro lúgubre como las nuestras madres y abuelas; llevaba el pelo *rizao* de la permanente, sin esconderlo debajo de un pañuelo negro... Y tenía la piel blanca, fresca y suave, no áspera y renegrida como los del pueblo que andábamos al aire y al sol. Todo ese contraste la hacía parecer distinta. *Pa* una pobre rapaza de pueblo ella era el espejo en el que nos mirábamos y era nuestro ideal, nuestro sueño...

Yo, con apenas 8 años, ya empecé a faltar a la escuela, como todas las del pueblo. Un día tenías que cuidar a los hermanos pequeños mientras padre y madre *diban* a rozar un carro de monte. Otro día, tenías que *dir* de pastora, con un *tagayico* de ovejas; otro día, a espantarle los *tabanos* a las vacas; otro día, a arrancar *chirinchos* a los terrenos, o a lavar la ropa *pa* 'l río... Nosotras faltábamos más que los rapaces porque, además del campo, teníamos que hacer las labores de la casa y atender a los hermanos pequeños, a los abuelos inválidos...

Y así, la maestra se desesperaba y la cuitada bien que le porfiaba a los nuestros padres que nos dejaran *dir* a la escuela. Pero ellos decían que eso de la escuela era muy bonito, pero que no daba de comer. Así que yo, como todas las rapazas de entonces, no pasé de la *Enciclopedia* de primer grado. A tercer grado sólo llegaban las hijas de los guardias, del médico, de la boticaria y del secretario, que eran unas señoritas, sin un cristo que hacer.

En la escuela, el tiempo lo empleábamos en encender la estufa *pa* calentarnos y *pa* hacer la leche de los americanos, aprender a coser y a bordar *pa* hacer el ajuar *pa* casarnos, aprender el catecismo o, en el mes de mayo, rezar las flores a María o el

rosario; pero aún nos quedaba tiempo *pa* otras cosas. Aprendíamos cuentas y problemas, ortografía, a hacer redacciones... y cosas de cultura general, unas más y otras menos, según su inteligencia. Pero las menos afortunadas, que faltaban muchos días a clase, en cuanto que aprendían a leer, medio *testabardiando*, y a escribir, con tres faltas de ortografía en cada palabra. Y no pasaban de la enciclopedia de primer grado. Porque entonces no había clases de apoyo o refuerzo *pa* las menos capacitadas, como hay ahora. Y porque entonces se consideraba que la misión principal de la mujer era hacer los trabajos de la casa y los del campo y tener hijos. Y *pa* eso no era necesaria la escuela. Y nosotras asumíamos mansamente ese papel.

A la hora de escribir las experiencias y las conclusiones de los abuelos sobre la escuela, los nietos «reporteros» observaban que el abuelo y la abuela ponían el énfasis en resaltar que, ahora, con la visión que les da la madurez de la edad, admiran la vocación, la paciencia y la entrega de los maestros y de las maestras de aquella escuela unitaria. Con tan pocos medios, y en un entorno de indiferencia y hasta desdén por la cultura, hicieron una labor muy estimable. Y exhortaron a los jóvenes de hoy a no caer en la simpleza de juzgar los hechos que nos cuentan los mayores de aquella época sobre cualquier aspecto de la vida con los criterios y los códigos sociales y éticos de ahora. Porque ellos, cada vez veían con más claridad que cada época tiene unos valores y unos códigos diferentes, fruto de muy diversas circunstancias. Y que estos valores, los de antes, los de ahora y los del futuro, unos pueden estar dotados de buenas virtudes, pero otros pueden adolecer de grandes defectos. Los nietos agradecieron efusivamente las amenas charlas y disertaciones de los abuelos sobre sus vivencias en la escuela de pueblo.

Abuelos, gracias por tantas lecciones que nos dais que nos sirven para valorar vuestras experiencias y comprenderos mejor. Hace unos días, en el colegio, leímos un libro que dice que la vida es como una carrea de ascenso a una montaña, que comienza al nacer. En los primeros tramos –la infancia y la juventud– hay muchos árboles altos y exuberantes que te impiden ver el bosque en su conjunto, porque sólo ves lo que tienes en tu cercano alrededor. A medida que vas subiendo la montaña, –la madurez– los árboles son menos frondosos y están más distanciados y, así, penetra más libre la luz del sol y se va despejando el panorama; entonces, ya puedes tener una cierta visión del bosque. Y, finalmente, vas llegando a la cima de la montaña, la vejez. Allí ya no hay árboles, sólo pequeños matorrales alrededor; entonces puedes ver el bosque en todo su esplendor, y contemplar un panorama amplio y lejano, sin obstáculos, iluminado por un sol radiante. Y, desde la peña más alta, puedes girarte y contemplar el mundo en los cuatro puntos cardinales.

Abuelos, con vosotros estamos comprobando que esta teoría es cierta, porque estáis dotados de la sabiduría y la visión que otorga el estar muy cerca de la cima de la montaña. Vosotros habéis sido alumnos de la escuela de Mahíde y autodidactas de la universidad de la vida y ahora sois vosotros los maestros de la vida para nosotros. Porque, de vosotros tenemos infinidad de cosas que aprender.

—Que Dios os conceda muchos años para seguir impartiendo vuestro magisterio entre los jóvenes.

—Que Dios os oiga, hijos, que Dios os oiga y os bendiga por ser la nuestra alegría de esta etapa.

Y los nietos plasmaron un caluroso beso en las arrugadas mejillas de la abuela María y del abuelo Manuel. Y ellos, en ese momento, se sintieron los abuelos más dichosos del mundo. Y no necesitaron palabras para expresarlo. Lo dijeron en silencio con unas lagrimitas que brotaron de sus reseco ojos y discurrieron por el cauce de sus venerables arrugas.

LA EVOLUCIÓN DE LA ESCUELA DE MAHÍDE

La escuela rural unitaria experimentó una transformación radical en los años 70, cuando la Ley General de Educación estableció la Educación General Básica en España para todo el alumnado, uniformando la enseñanza que recibían los alumnos de las ciudades con los del mundo rural. Y se implantó el nivel de Infantil o Parvulitos, previo a la escolaridad obligatoria, que los dotaba de hábitos, destrezas y actitudes adecuadas para comenzar con bases sólidas la nueva etapa educativa de Primaria.

Al amparo de esta ley nacieron los CRA (Centro Rural Asociado). En Mahide se construyó un moderno colegio, amplio y funcional, dotado de buenas instalaciones, con aulas graduadas, comedor, gimnasio, extensos patios de recreo... en plena naturaleza, rodeado de bosques de robles y montes de brezos. Ahora ya, los alumnos se agrupaban por el criterio de etapa educativa y curso, en coeducación de niños y niñas juntos. Numerosos profesores impartían la docencia por especialidades. Por fin, los alumnos de las poblaciones rurales dejaban de ser los «niños pueblerinos», en contraste con los de ciudad, que podían estudiar Bachillerato en el instituto desde los 11 años. Ahora ya todos obtendrían el título de Graduado Escolar, equivalente al antiguo Bachillerato Elemental. Fue un gran paso hacia la igualdad de oportunidades para los niños de pueblo.

Al «CRA Aliste» de Mahíde acudían todos los alumnos de los pueblos del Noroeste de la comarca, en transporte escolar. Llegaría a tener, en sus tiempos de apogeo, cerca de 400 alumnos. Pero la matrícula escolar comenzó a menguar a la par que disminuía y envejecía la población de los pueblos. Algunos profesores, tanto tutores como especialistas, se iban, porque sus plazas eran suprimidas curso tras curso. Era una merma incesante y un declive progresivo, hasta que se volvió a convertir en una escuela unitaria, a la antigua usanza. Y aun ésta siguió menguando, hasta que el colegio que daba un poco de aliento y vida al pueblo y a la comarca siguió la senda de la «España Vaciada» y *pechó* sus puertas.

Y quiso la maestra despedirse del pueblo y de su querida escuela con una composición que escribió como homenaje a las maestras y maestros y a la escuela rural que ha cumplido una noble misión en la sociedad:

Amigos, llegó la hora
de anunciar la despedida
con júbilo y con nostalgia
que el alma está dividida.

Con la tiza y la pizarra
y recursos artesanos,
con alumnos muy diversos
mil batallas he librado,
estimulando las dotes
de quien es superdotado
e intentando compensar
al de talento menguado.
En el fondo yo lo siento
como un don privilegiado;
que la sonrisa de un niño
y el calor de sus abrazos,
la alegría de vivir
que siempre me han contagiado
son tesoros tan valiosos
que han pagado mi trabajo.

Que vivir en esta tierra
con la gente y niños que amo
ha sido una bendición
y el mejor de los regalos.

No presumo de romántica
ni de maestra ejemplar
pero siempre a mis alumnos
he procurado enseñar
cultura, artes y ciencia
y el respeto a los demás,
valores que todo humano
pueda asumir y aceptar;

Mostrar diversos senderos
para poder caminar,
y si ninguno te agrada
que otro te puedas labrar
que te conduzca a la meta

que tú te quieras marcar;
Yo no quiero darte un pez
para tu hambre saciar,
que quiero darte una caña
para que puedas pescar.

Y cuando azoten al mundo
vientos de iniquidad
de hombres desaprensivos
que difunden la maldad confío
en que será la escuela
quien al mundo salvará,
que será como un oasis
donde crezca este ideal:

Que la cultura nos guíe
como la estrella polar
orienta a los marineros
que se pierden en la mar
y los conduce en la noche
a regresar a su hogar.

Que no se apague la hoguera
del amor y la amistad.
Que no se agote la fuente
que mana fraternidad.

Que no se extinga la especie
de quienes siembran la paz.

Que en los cinco continentes
las gentes vean pasar
la paloma mensajera
de sosegado volar
con la ramita en el pico
que cortó del olivar.

Que en los campos devastados
por la guerra y la crueldad
nazcan semillas de amor
y trigo para hacer pan.

Que nunca las dos Españas
nos vuelvan la sangre a helar
con cantos de una sirena
que nos sumerja en la mar.

Que la escuela sea adalid
cuidando a la madre tierra,
el nítido azul del cielo
y el verdor de las praderas,
la flora de nuestros bosques
y la fauna marinera,
la nieve de las montañas
y el hábitat del planeta.

Que la escuela siempre entone
un canto a la libertad
que resuene en todo el mundo
y nadie pueda acallar.

Que entre todos levantemos
a la justicia, un altar,
murallas a la mentira
y una estatua a la verdad.

¡Que Dios bendiga a esta tierra
de gentes nobles y honradas
ésta mi tierra querida
ésta mi patria alistana
que me robó el corazón
y está viva en mis entrañas.

Con todo el cariño, Jimena.

EL NIÑO DEL CASTILLO QUE SIEMPRE MIRABA AL SUELO

(Mención honorífica)

Víctor Fuertes Melón
(Cuéllar, Segovia)

Iba bajando las escaleras. Llevaba su mochila en la mano. Tenía cara de cansado. Mientras bajaba, llevaba la vista baja, mirando al suelo. Eran las puertas de las clases y los bancos del pasillo los únicos que parecían verlo pasar. Siempre caminaba sin levantar la vista para que nadie pudiera preguntarle nada. Aquella forma de comportarse le había funcionado muy bien porque ya había comenzado noviembre y pocos eran los alumnos, e incluso los profesores, que parecían haberse dado cuenta de su presencia. Sin embargo, aquella mañana, repartiendo los trabajos sobre el Sistema Solar, yendo por orden de lista, fue cuando «*lo vi*» por primera vez.

Era un muchacho alto –muy alto para su edad–, extremadamente delgado –casi famélico–, de tez morena y cabello rizado muy corto. Al llegar a Urano, el planeta que le había tocado exponer, mientras apuntaba en mi cuaderno de profesor que era a Sofian a quien le tocaba hablarnos sobre aquel recóndito planeta, fue, justo en ese momento, cuando sí pude verlo. Lo miré con atención. Él también se dio cuenta. Bajó aún más la mirada, hacia el suelo. Se limitó a asentir cuando le indiqué que debía hacer una maqueta sobre Urano y sus características. Asintió también cuando le asigné la fecha para explicarlo al resto del grupo la semana siguiente y no dijo nada, solamente miró el suelo.

Aquella mañana, al terminar las clases, recogió su mochila y sin dejar de mirar al suelo, se fue por el patio de armas y salió por el portón del Castillo del Duque de Albuquerque reconvertido en instituto.

En la mañana del lunes, varios alumnos tenían sobre su mesa una variopinta colección de esferas de colores que representaban distintos planetas del Sistema Solar, pero el niño que siempre miraba al suelo no tenía nada sobre su mesa. El resto de alumnos fueron presentando con más o menos suerte las maquetas que, con toda seguridad, tenían más de sus padres que de ellos mismos. Mientras los alumnos nos iban contando distintos aspectos de los planetas del Sistema Solar, con un secretismo intencionado, tratando de que el resto de alumnos no se diesen cuenta, le pedí que se quedase al terminar la clase para hablar un momento con él.



Instituto Duque de Albuquerque de Cuéllar. Del lado al que miran la mayoría de las aulas.

Al acabar la hora, todos los niños se habían marchado al recreo. Aprovechando el momento, y estando solos le dije:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has traído tu maqueta?

Todos mis compañeros se habían marchado al patio. No había ninguna mirada con la que cruzarse salvo la del profesor.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has traído tu maqueta? —me dijo.

Miré de nuevo al suelo, con más fuerza, y no dije nada. Es lo que mamá me pide que haga y yo obedezco.

—¿Va todo bien? —me volvió a preguntar.

Dije que sí con la cabeza sin mirarlo, después de un rato. Siempre pienso mucho antes de hablar.

Se sentó en la mesa de al lado y me pidió que lo mirase.

Yo obedecí. El profesor se preocupaba por mí desde el primer día así que contesté.

—Es que no tengo dinero... —dije con voz muy baja y sin mirarlo directamente.

—No pasa nada. No te preocupes por el dinero, eso no es cosa de la que tenga que preocuparse un niño como tú —me dijo.

Yo no dije nada. El profesor siempre había sido bueno conmigo y yo no quería hacerlo enfadar.

Estuve sentado un poco. Mientras, el profesor se acercó a la clase de al lado. En aquella aula se oyeron las voces de otras dos profesoras. Al principio se oyeron algunas voces agradables pero al poco tiempo las voces cambiaron. Pasaron de ser palabras alegres a ser palabras un poco serias. Llegó un momento en el que podía escuchar como las otras dos profesoras que había en la otra clase discutieron un poco con el profesor. Parecía que no estaban de acuerdo con algo. Al poco rato una de las profesoras pasó caminando rápidamente por el pasillo, por delante de la puerta del aula donde yo estaba. Me pareció que tenía la cara un poco colorada cuando pasó por allí. Yo no hice nada, estaba tan quieto que es posible que no me viese, seguramente pensó que en mi aula no había nadie.

Mientras estaba mirando el suelo llegó el profesor con una esfera de *forexpan*, unas cartulinas y unas témperas. Se sentó en la silla de enfrente y puso todas esas cosas delante de mí. Yo volví a bajar la mirada.

—Esto es para ti, para que puedas hacer tu proyecto sobre Urano —me dijo despacio.

Yo le dije que no podía cogerlo porque no tenía dinero y él me dijo que no me preocupase por eso, que lo cogiese, que ya hablaría él con mi madre cuando me fuese a buscar. Pero aun así no quise cogerlo.

—¿Cuántos días hace que no desayunas? —me preguntó el profesor.

—No sé —le dije, y era verdad porque nunca desayunaba.

Se acercó a su mesa y de su maletín sacó una manzana, una chocolatina y un zumo. Los puso sobre mi pupitre y me dijo que eran para mí. Al principio no me moví, pero el profesor me miró y me dijo que comiera, que eran para mí. Como pienso despacio, tardé un poco en contestar y tras un rato le dije que no podía porque mi madre tampoco tenía dinero para pagarlo.

—Come, que esto te lo regalo yo. No le diremos nada a tu madre.

Lo miré a los ojos por primera vez. Lo había dicho con una voz tan bonita y me trataba tan bien que comencé a comer. La chocolatina estaba deliciosa. Tenía frutos secos por dentro y era lo más rico que había probado en la última semana.

Mientras comía me preguntó algunas cosas. Le conté cuánto hacía que habíamos venido a Cuéllar. Que papá había trabajado en el campo, pero que se había marchado y que no sabíamos a dónde se había ido.

—Antes todo era mejor, pero cuando se fue, después, nos hicimos pobres —le expliqué.

Él me miraba con cara sonriente pero un poco triste. Es una cara muy parecida a la que tiene mamá. Yo bajé la mirada.

—Mamá también trabaja limpiando casas de señoras, pero dice que después papá saca el dinero y se lo gasta en las máquinas. Ella llora mucho aunque cree que yo no la oigo.

Cuando se acabó la fruta y la chocolatina que le había dado le dije que se fuera al recreo y que pidiera a su madre que, si podía, se pasara por el instituto algún día para hablar conmigo.

El niño recogió en su mochila todas las cosas que le había dejado en la mesa para hacer su maqueta y se fue sin dejar de mirar el suelo.

Al día siguiente el niño que siempre miraba al suelo vino a mi clase con la bola de *forexpan* completamente coloreada de azul. Estaba tan bien pintada y tenía unos colores azules tan idénticos a los de su libro de texto que parecía una fotografía, pero además, con unos alambres había creado unos primitivos anillos que parecían proteger al planeta de espuma de todo lo malo que le pudiera pasar.

Cuando hizo la presentación delante de los demás alumnos no dejó de mirar al suelo en ningún momento. Yo no le corregí, sabía que solamente con que se dirigiera a los demás era bastante para él. En un momento dado de su exposición, abrió su maqueta por la mitad, como si fuese un libro, y en ella había varios bocadillos de colores con información sobre el planeta. Cuando el resto de los alumnos se sorprendieron, no por la información o por la imaginación que había tenido Sofian, sino porque muchos pensaron que había roto su maqueta por la mitad, fue la primera vez que le vi sonreír y mirar a los ojos al resto de sus compañeros.

Aquella mañana vi a un alumno nuevo. Seguía mirando al suelo pero de vez en cuando se le escapaba alguna tímida sonrisa.

Al terminar la clase le felicité por su maqueta. El niño me sonrió sin mirarme y le pregunté de nuevo que si había desayunado. Bajó su mirada al suelo y su respuesta fue la misma que la vez anterior. Desde entonces todos los días que teníamos clase le pedía que se quedase el último y cuando todos los demás se habían ido, le daba frutas y alguna chocolatina para el recreo. Poco a poco las miradas dirigidas al suelo eran menos frecuentes y las sonrisas más habituales.

Pasados unos días, justo a la hora de salir, a última hora, Sari, la conserje, me dijo que tenía una visita. Yo estaba pendiente de la hora para irme con *la rueda* a Valladolid, pero sabía quién podía ser, no esperaba ninguna otra visita.

Cogí una bolsa que tenía preparada en el departamento y cuando llegué al vestíbulo, al que da lugar la sala de profesores, allí estaban el niño y su madre.

La mujer llevaba la cabeza cubierta con un *hiyab*. Era desgarbada y delgada, tenía el rostro y las manos consumidas. Tenía una mancha extraña en la cara que había tratado de cubrir con algo de maquillaje. No hizo falta decir nada, solo nos miramos.



Pasillos del instituto. En la parte superior es donde se encuentran los departamentos y la sala de profesores.

Le di la bolsa con cosas dentro y después dirigí mi mirada a mi alumno. Él estaba mirando con cara muy extraña el moratón que tenía la mujer.

—¿Qué te ha pasado en la cara, mamá? —le pregunté.

Mamá no me miró y tampoco me contestó.

El profesor tampoco dijo nada.

Mi mamá le dio las gracias en voz muy baja mirando al suelo. Como ninguno de los tres decíamos nada, mamá y yo nos dimos la vuelta para marcharnos, pero el profesor nos paró le dio un papelito a mi madre con unos números escritos en él.

—Cerca de Cuéllar hay un pueblo que busca a alguien para que se haga cargo del bar —dijo con esa voz tan bonita que tenía el profesor—. No es mucho pero nunca os faltará de nada. Yo puedo hablar para que...

Mi madre no dejó que terminase la frase, con sus dos manos agarró la mano del profesor y lo miró a los ojos por primera vez. Mientras lo hacía, me pareció que una gotita le caía del ojo.

Cuando Sofian y su madre comenzaban a bajar las escaleras que llevaban al patio de armas, el niño que siempre miraba al suelo se giró y volvió hasta donde yo estaba. Me miró directamente a los ojos como nunca lo había hecho y me dijo:

–Gracias por todo profe. Mañana no hace falta que me traigas nada para el recreo, aunque... quizá una última chocolatina de frutos secos no estaría mal...

Sonreí, pero no fui capaz de decir nada. Aquel renacuajo me había dejado sin palabras.

Sofian giró sobre sus pies y, ya que ante su vista solo estaba su madre que le miraba con una leve sonrisa, miró al frente, no al suelo, y ambos se perdieron por las escaleras.

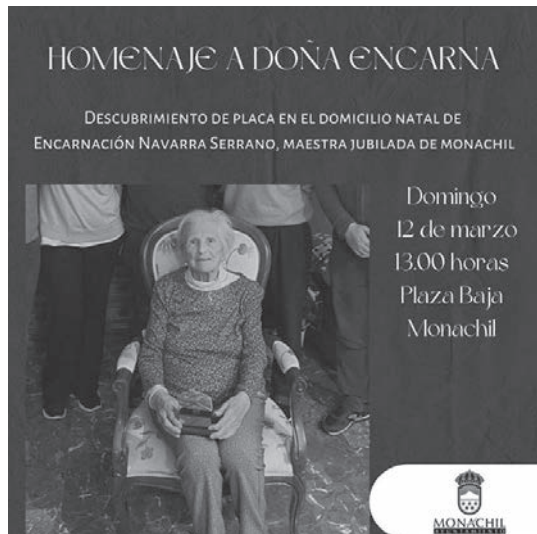
UNA VENTANA JUNTO AL RÍO

(Mención honorífica)

Federico García Fernández
(Monachil, Granada)

Esa mañana, como venía haciendo desde que puedo recordar, desayunaba con el periódico abierto sobre la mesa cuando vi el titular: «El homenaje de Monachil a doña Encarna; la maestra de 101 años que enseñó a sus niños a leer y escribir». Leí la noticia con emoción y pasmo. ¿Pero aún vivía doña Encarna? Para mí, cumplidos los sesenta, se me hacía muy extraño que una figura a la que ya veía mayor en mi infancia, aún estuviera aquí, en este presente de ahora mismo, en este mundo tan distinto y tan distante de aquel otro de 1969, en el que asistí a la escuela del pueblo, esa que hoy denominan Miraflores, y que en mi *Libro de Escolaridad* figura como «Centro Agrupación Escolar Mixta». No recuerdo haber pronunciado nunca ninguno de esos nombres, aparte del genérico «escuela», que decíamos todos, porque tampoco había otra. Era aquel un colegio pequeño y algo pobre, como era pequeño y algo pobre nuestro pueblo de entonces, con un río de aguas claras y frías que nunca dejaron de acompañarme con su alegre y eterna melodía. Un pueblo hermoso, sin duda, como lo son todos los pueblos en el corazón de sus gentes.

La noticia de prensa resaltaba la extraordinaria longevidad de doña Encarna. Pero, más aún, el admirable mérito de su tenacidad por querer ser maestra en unos años en los que las mujeres eran apenas un adorno doméstico y maternal de los hombres, una figura para el hogar y la crianza de los hijos. Doña Encarna pugnó por eludir aquel destino inexorable. Leía a escondidas de su padre, entre los



Cartel del homenaje a doña Encarna.

olivos, mientras ayudaba en las tareas del campo, porque aquel hombre bueno pero rudo, se oponía a que estudiara. Aún hoy, mientras leo esa confesión, me espanta la imagen de aquella sociedad ignorante y embrutecida; de aquel tiempo gris y mediocre que hemos ido dejando atrás.

Pero la voluntad es más poderosa que el miedo, y doña Encarna (que, por entonces, sería la niña Encarnita) persiguió aquel sueño de aprendizaje y de libertad con una determinación inquebrantable, hasta alcanzar su meta y ser útil a los demás, de la forma más plena y más hermosa, que era educando y formando a futuras mujeres y hombres desde la niñez, para enfrentarlos al mundo con una mirada y un espíritu más limpios y abiertos.

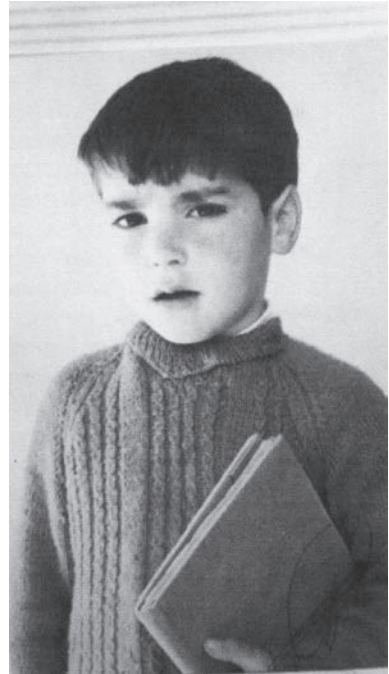
Yo fui uno de esos niños. También, muchos agricultores del pueblo, que no habían tenido la oportunidad de aprender a leer y escribir, lo hicieron con las lecciones que doña Encarna les impartía fuera de su jornada laboral. Como mi padre. Gracias a ella, pudo marchar al servicio militar un poco menos analfabeto, siendo capaz de escribir su nombre con una letra temblorosa, y de enviarle a mi madre, su novia de entonces, unas postales plagadas de faltas de ortografía, pero llenas de amor, que aún conservo.

Doña Encarna ha sido maestra durante cuarenta años, gracias a un tesón y sacrificio que hoy nos parecerían insólitos, o propios de países y regiones muy empobrecidas del mundo. Doña Encarna cuenta cómo debía caminar a diario diez largos kilómetros, entre ida y vuelta, desde Monachil hasta el instituto Ángel Ganivet de Granada. Los días más afortunados, la acercaban a la ciudad los repartidores de leche en la montura de sus burros. En la Universidad de Granada tampoco lo tuvo fácil. Fue una de las primeras y escasas mujeres en estudiar Magisterio, y algún profesor hizo lo imposible por entorpecer su carrera, con ese desdén machista que empapaba la sociedad, por arriba y por abajo, y que seguía viendo en la mujer un simple objeto de deseo y de ornato. Pero doña Encarna se aplicó con tanta eficiencia que hasta los profesores más cavernícolas se rindieron a sus valiosas cualidades. «Esta niña ha podido conmigo», declararían, resignado, uno de aquellos enemigos del progreso femenino, y no tuvo más remedio que claudicar y premiarla, a regañadientes, con un aprobado mínimo.



Hermano del autor. Colegio Miraflores,
1969.

Doña Encarna ha entregado su vida laboral a la mejora de sus paisanos. Ha convivido con ellos y ha compartido cada uno de sus duelos y de sus celebraciones. Ha visto crecer a hijos y a padres. Ha entregado a cada uno lo que necesitaba en cada momento. En las aulas del colegio, y fuera de ellas, porque los alumnos, niños y niñas, eran para ella vidas que iban más allá del estudio de la Aritmética o la Geografía; eran familias con dilemas que no resuelven las Matemáticas. Su amor a la profesión era amor a quien estaba enseñando y ayudando a crecer. Y hacerlo, además, con la cercanía de una madre afectuosa pero firme, que comprende y que alienta, que corrige y provee; que coge de la mano al débil y que enfrenta al díscolo. Doña Encarna era una figura respetada en un pueblo donde la mayoría eran iletrados, y donde se brindaba una especial cortesía a las autoridades públicas, ya fuesen el cura o el médico, el guardia civil o el maestro de escuela. Y si eras maestra, como en su caso, el aprecio crecía, al sobresalir entre tantos hombres que lo dominaban todo.



El autor en 1970.

En aquel colegio de apenas dos o tres aulas, doña Encarna velaba por su buen funcionamiento, y de que las cosas se hicieran de acuerdo a unas reglas, o unos principios, en los que ella creía y que insuflaban a la escuela su espíritu adelantado de mujer, que no era el de la época, porque doña Encarna fue pionera en muchas cosas. En algunas, sin ella saberlo; como alcanzar ese ideal femenino que propugnaba Virginia Woolf: independencia económica y un espacio propio. Doña Encarna, que estuvo casada y tuvo hijos, decidió separarse del marido en una sociedad en la que eso no estaba bien visto. Pero ella había nacido libre, y quería serlo hasta el último de sus días.

Leo con incredulidad en mi *Libro de Escolaridad* que, en aquel lejano 1969, tuve de profesora de primer año de primaria a una tal doña Dolores, pero en mi recuerdo solo aparece el rostro maternal de doña Encarna. La que si tengo clara es la imagen del colegio, con sus paredes encaladas, apenas unas pocas aulas en una casita baja y alargada, con un espacio de tierra mínima a la entrada, sombreada por unos árboles, y mirando al río rumoroso que bajaba al frente, entre juncos y cañaverales. El colegio estaba en la parte que llamábamos «barrio bajo» del pueblo, a diferencia del «alto», en el que yo vivía, justo al final de un camino que llevaba en cuesta a los campos de cultivo, a las solanas y a las umbrías donde los labriegos trabajaban la tierra de sol a sol, y por el que pasaban cada mañana y tarde en sus caballerías. Aún hoy escucho en

mi memoria el sonido que hacían los cascos al golpear las piedras del camino, como recuerdo el olor intenso que dejaban a su paso los rebaños de cabras y de ovejas.

Cada día, bajaba al colegio de la mano de mis dos hermanos mayores, Antonio y Manoli, con mi inocente felicidad de infante, y mi cartera precaria de piel, seguramente elaborada por mi padre, tan habilidoso en el manejo del esparto y del cuero, con los que fabricaba los útiles de labranza y los aparejos de la mula, o componía su calzado y enseres para mi madre, que se quedaba en la casa la mayor parte del tiempo, salvo las épocas de recolección, que subía con mi padre y el resto de la familia hasta las tierras que cultivaba en arriendo; los olivos, los cerezos, el campo de cereales, las hortalizas, alternando los frutos y siembras, según la época del año, y cuando unas tierras quedaban en barbecho, trabajaba otras, porque mi padre era diestro y entregado, muy bueno en lo suyo, en el manejo del arado y el vareo, en la recogida de aceituna y en la trilla, en la plantación de patatas o la siega del trigo, en la poda y en el riego, en lo que hiciera falta, porque había nacido en la misma tierra que cultivaba, y conocía cada latido de ella; podía oler la lluvia y prever el viento, el granizo y las heladas; podía escuchar el dolor de un árbol y la queja de una planta, hablar a una yunta que se abría paso entre surcos y espantar las aves dañinas, estercolar y desparasitar, coger las uvas con la delicadeza de unas manos enamoradas y partir leña con el vigor de un titán. Ese era mi padre: un sabio del campo que apenas sabía trazar las letras como un niño que empieza el colegio. También mi madre tuvo la desgracia de crecer en un tiempo y una familia sin aprecio por la escuela. Pero, antes de abandonarla, pudo aprender lo más elemental, y seguir cultivando a solas esa semilla de conocimiento, hasta el punto de acabar sus días leyendo con soltura los difíciles versículos de una vieja Biblia.

Recuerdo un gran mapamundi pegado en una de las paredes de mi clase, con los continentes destacando en vivos colores sobre el azul claro de los océanos. Detrás de la mesa del maestro había otro mapa más antiguo, y un crucifijo de madera

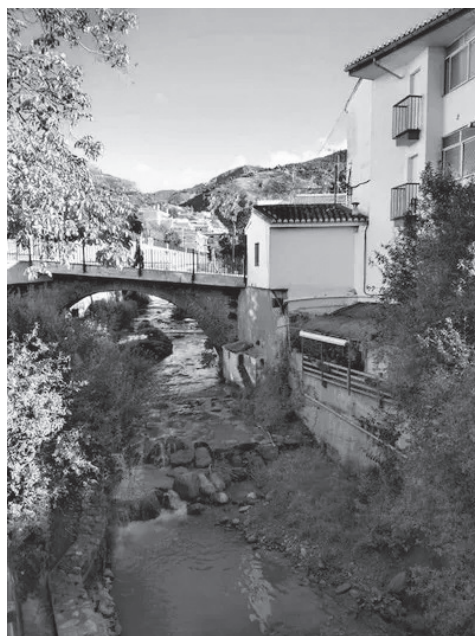


Panorámica de Monachil.

presidiendo la habitación junto al retrato del caudillo Franco, del que nada sabía, más allá del miedo reverencial con que pronunciaban su nombre los adultos. De José Antonio, el fundador de la Falange, no me acuerdo si había retrato. Tampoco podría precisar si rezábamos al comienzo de las clases. Viejos compañeros, me asegu-

ran que era costumbre hacerlo por aquellos años. Yo me quiero complacer en la duda. Después de todo, estaba doña Encarna por allí: una mujer que no comulgaba con ruedas de molino y que sabía distinguir lo esencial de lo accesorio.

Recuerdo en la piel de mis dedos la recia madera oscura y desgastada de los pupitres de dos plazas, punteados de hendiduras y manchones, pero de una suavidad gustosa por el roce de muchas manos infantiles. Recuerdo el olor de la tiza, seco, áspero, en la pizarra y en el cepillo de borrar. Y el aroma del tabaco de un profesor de entonces, don José, que fumaba sin parar durante las clases, y tenía los dedos amarillentos de nicotina. Iba acumulando en un cajón de su mesa las cajetillas de fósforos vacías, que yo le solicitaba con timidez, porque me gustaban mucho los dibujos que las ilustraban. Celtas. Esa era la marca de tabaco



Tramo del río que baja frente al colegio Miraflores.

que fumaba. Se veía la imagen de un guerrero celta en la cubierta del paquete. El aula se llenaba de una nube densa de humo, pero a nadie le molestaba ni le importaba en esa época. Se fumaba en todas partes. En el pasado, hemos hecho cosas que hoy nos resultarían inconcebibles, y eso es el progreso: conocer mejor lo que nos hace mejores como humanidad, y desterrar lo que nos degrada y empobrece. Y para aprender esas cosas, hacen falta personas como doña Encarna, que te ayudan a abrir la mente, y te dicen lo que es verdad o mentira, lo que es ciencia o superchería, lo que favorece a muchos o beneficia a unos pocos; lo que une al mundo y lo que crea discordia. Es importante tener cerca a alguien así cuando empiezas a dar los primeros pasos y desconoces todavía a dónde te llevan los caminos que tienes por delante.

Don José era un hombre mayor (aunque ahora dudo si lo era en verdad, pues todos los adultos de entonces me lo parecían). Don José era calcado al político inglés Winston Churchill. Cada día, llegaba al colegio desde Granada, montado en uno de los primeros ciclomotores de la marca Vespino que se comercializaron en España. Cada mañana, nos apostábamos en un punto del colegio desde el que se divisaba la carretera al otro lado del río, y lo veíamos acercarse al pueblo sobre aquel frágil vehículo de color blanco, novedoso y atípico para un profesor distinguido y orondo, como era él.

No recuerdo lo que ponía mi madre de merienda en mi cartera. Seguramente, un pedazo del pan casero de entonces, con la miga densa y la corteza dura, al que

añadiría alguna rodaja de embutido, también casero, de la matanza anual de nuestro propio cerdo, que se hacía en la puerta del corral sobre una sólida mesa de madera, en una ceremonia de sangre y gruñidos horribles de la que yo huía siempre. Nunca me gustó presenciar la muerte de ningún animal; y en nuestra casa, como en la mayoría de las otras del pueblo, se mataban a menudo animales domésticos para comer, como gallinas o conejos. Aún puedo acordarme de un episodio de pesadilla en la casa de mi amigo Quico, cuando su madre se disponía a matar un pollo y éste se le escapó de entre las manos con el cuello a medio cortar y salpicando el suelo de sangre, antes de caerse muerto. No puedo ser testigo de esas prácticas. Me dolían, y me siguen doliendo, como si yo mismo fuese el animal al que se disponen a sacrificar, retorciéndole el pescuezo o cortándole la garganta con un cuchillo.

Seguramente, en aquellas primeras clases mías de primaria en el colegio Miraflores, habría otros profesores, aunque no estoy muy seguro, porque en una misma aula había niños de distintos grados, quizá por la escasez de alumnos, o la estrechez del centro escolar. Solo pude asistir al primer año y a la mitad del segundo, antes de marchar con toda la familia a vivir en Granada, donde le habían ofrecido a mi padre un trabajo como repartidor de leche, con el que esperaba superar la miseria y esclavitud del campo.

Recuerdo la gruesa *Enciclopedia Álvarez*, ya un poco en desuso, que llevaban y compartían mis hermanos, y que yo hojeaba con fascinación, pasando las páginas como quien viaja a la luna o al centro de la tierra, recreándome en las ilustraciones de cada objeto, de cada mapa y personaje histórico. Durante muchos años, conservé esa deteriorada enciclopedia con el celo y el cariño de una alhaja, hasta que los avatares de alguna mudanza me la extraviaron. Pero no olvido ese compendio encomiable de saberes, en un lenguaje claro y conciso. Hasta me divertía su lectura posterior, al advertir, aquí y allá, ridículas exaltaciones morales y patrióticas.

En aquella primera escuela de mi infancia, recuerdo los grandes ventanales por los que entraba el sol y el verde de los árboles del patio, con el canto alborotado de los pájaros y las aguas rumorosas del río, justo al otro lado. Nunca más volví a ir a un colegio que tuviera tan cerca un río en el que pudieras, al salir de clase, mojarle los pies los días calurosos, o atrapar ranas entre las ovas de las charcas que se formaban en sus orillas, ni cortar juncos de la ribera para construir barcos, o para que te los hiciera tu padre.

Recuerdo una bofetada de don José. A mí me habría gustado que don José hubiera sido como aquel don Gregorio, el profesor que interpretaba Fernando Fernán Gómez en *La lengua de las mariposas*, lleno de conocimiento, ternura y paciencia, que nunca tiraba de las orejas ni de las patillas de sus alumnos, pero don José era un profesor serio y hosco, de los que no toleraban un murmullo ni indisciplinas ni distracciones y, seguramente, me sorprendería hablando con alguien, o así lo creería él, no recuerdo bien, porque yo he sido siempre bastante formal y, tal vez por eso, me sorprendió tanto el castigo físico que hasta mojé los pantalones. Me sentí tan

avergonzado que me pasé toda esa tarde encerrado en casa, sin atreverme a salir a jugar, para evitar la mofa de los otros niños. Han pasado más de cincuenta años, y aún puedo revivir los pormenores de ese día aciago, y de esa tarde pesados, asomado a la azotea de mi casa, contemplando los olivos y almendros de las laderas de enfrente, escuchando el río y sumido en mi abatimiento. Por fortuna, aquellas prácticas disciplinarias, han desaparecido, y hoy se corrige, o se castiga, sin violencia física porque una simple bofetada le puede doler a un niño toda la vida.

En los recreos, me gustaba ir a un rincón del patio en el que habían colocado dos columpios, y hacer cola hasta poder usar alguno de ellos. A veces, era mejor marcharse y ponerse a jugar a otra cosa, porque se pasaba el tiempo y había niños y niñas que se apoderaban del columpio como de un alcázar, y no lo abandonaban ni a cañonazos.

Doña Encarna luce en su casa una placa en la que puede leerse: «su legado no habrá goma que lo borre». Hoy, mirando su rostro venerable en el periódico, he sido llevado por el viento del recuerdo hasta mis primeros días de colegio en Monachil, el pueblo de mis antepasados, y el mío, el que atesora mis recuerdos más hondos y entrañables, el que guarda mi inocencia y mi candor, el que va conmigo en la memoria y el corazón, aunque no lo nombre, aunque no vuelva a pisar sus calles ni a ver sus montañas ni escuchar su río. Es el origen de lo que soy. En su seno aprendí a escuchar el latido de la vida. En él aprendí a leer y a escribir. A crecer soñando. A volar con las palabras.

Hoy, mientras escribo, doña Encarna, con sus esplendorosos 101 años, sigue joven en mi recuerdo, como son jóvenes las cosas que nunca mueren; como lo son las cumbres de Sierra Nevada que velan sobre mi pueblo; como lo es la lluvia sobre los campos, y como lo es la primavera en los árboles que hay a la entrada del colegio Miraflores, donde yo mismo florecí un día a la vida.



Escuela Miraflores (Monachil) en la actualidad.

APRENDER INGLÉS CON EL TOCADISCOS

(Mención honorífica)

Salud Santos Fernández
(Villanueva de Valrojo, Zamora)

Se llamaba Cipriano, don Cipriano para nosotros y, simplemente, el Maestro para todo el mundo. Así, con mayúsculas, porque al igual que en el caso del Cura, el Alcalde, o el Sargento de la Guardia Civil, lo que debería de haber sido únicamente su profesión o su trabajo, los identificaba y los elevaba con autoridad por encima del resto. Había llegado al pueblo muy joven y se ocupaba de la Escuela de los Mayores. La Escuela de los Pequeños la llevaba normalmente alguna maestra que no se quedaba más allá de uno o dos años. Él sí. Se había casado y vivía con su mujer y su hijo en la casa que el Ayuntamiento ponía a disposición de los maestros al lado de la Escuela.

La Escuela de los Mayores –siempre la llamábamos así– era donde daban clase los alumnos de 6º, 7º y 8º de EGB, desde los 11 a los 14 años que era cuando «salíamos de la Escuela».

En mi caso, llegué a 6º con 10 años porque iba un año adelantada, algo que en el sistema educativo actual sería algo impensable, pero que entonces no era una cosa tan extraña. Era el año 75 y en la clase de don Cipriano éramos entre 20 y 25 chicos y chicas de los tres últimos cursos de EGB. Viéndolo con distancia y con la experiencia de 35 años de docencia no debía de ser fácil dar clase a los tres niveles, de 6º a 8º, y sin ningún apoyo más, prestar atención a todos y dar los contenidos de los tres cursos. Pero don Cipriano tenía una virtud que consiguió transmitirnos a los que fuimos sus alumnos aquellos años: la curiosidad.

Y creo que fue la curiosidad la que le llevó a plantearse un verano, justo el verano del 75, cuando mi grupo pasó a su escuela, que iba a estudiar inglés. Puede que ahora no nos llame la atención y nos parezca una cosa normal, pero en aquel momento no lo era, al menos en esta zona de la provincia de Zamora. En las escuelas se estudiaba en todo caso francés y el inglés no era todavía «ese idioma que tiene que hablar todo el mundo» en el que se convirtió después. Así que el primer día de clase el maestro apareció con un tocadiscos y un paquete de discos de vinilo y nos dijo que había empezado a estudiar inglés y que nosotros íbamos a estudiarlo con él.

Lo del tocadiscos ya era exótico de por sí. En la Casa Concejo había uno con el que se hacía el baile de los domingos, pero ¿se podía utilizar para aprender inglés? En

seguida nos dimos cuenta que sí porque cinco minutos más tarde don Cipriano ya había escrito la primera lección en la pizarra y nos hacía repetir las frases una y otra vez mientras levantaba la aguja del tocadiscos para darnos tiempo.

Me gustaría haber conservado aquel cuaderno en el que recuerdo haber copiado aquellas lecciones, el vocabulario y hasta la pronunciación, tal como a mí me sonaba al escucharla en el tocadiscos, pero si está escondido en alguna caja o en el fondo de algún cajón, no he conseguido encontrarlo. Sí recuerdo perfectamente que la primera palabra de la lección 1 era «Hello», que aparecían algunos números y también la palabra «oranges», aunque ya no estoy muy segura si, en este último caso, mi referencia era la caja que contenía los discos y el libro del curso que era de ese color. Quizá en alguna tienda de segunda mano o en algún desván quede olvidado alguno de esos paquetes que alguien podría recuperar como una reliquia del pasado.

Lo que sí conservo son los primeros libros que sustituyeron al año siguiente el cuso de los discos de vinilo. Eran los libros más coloridos que teníamos y aprendíamos de la mano de una serie de personajes que ahora creo que serían políticamente incorrectos, ya que a cada uno se le identificaba con un adjetivo, no siempre muy afortunado. Así, Mary y John eran gordos, Betty era bajita y había otra chica que era fea. Estaban también los guapos, los altos...

Al año siguiente, ya en 8º, seguimos utilizando los mismos libros, de un nivel más alto. La verdad es que teníamos la sensación de que habíamos aprendido mucho, pero Don Cipriano no era precisamente muy generoso con las notas.

Un día de primavera de ese año 1978 llegó una noticia que cayó como una bomba. Los exámenes finales no los íbamos a hacer en la escuela de Villanueva. Iban a estar centralizados y tendríamos que ir a hacerlos a Tábara, un pueblo más grande donde se había construido un centro comarcal en el que se suponía que en el futuro tendrían que ir a estudiar los niños y niñas de la zona. Así pues, todos los alumnos de 8º íbamos a hacer los mismos exámenes. Don Cipriano fue, por supuesto, más exigente que nunca esas semanas que faltaban que pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

Y así llegó el día. Pusieron un autobús para llevarnos y, aunque son solo 30 o 35 kilómetros yo creo recordar que me mareé. A mi favor tengo que decir que la carretera no era la de hoy, aunque ahora tampoco esté muy bien. Allí nos juntamos con el resto de chicos y chicas que venían a examinarse. Los de los pueblos más cercanos ya nos conocíamos, pero la mayoría era la primera vez que nos veíamos. Algunos coincidimos años después estudiando en el instituto en Zamora o en la Universidad en Salamanca. Aquel día todos estábamos muy nerviosos. Nos habían sacado de nuestra escuela, de nuestro pueblo y nos habían llevado allí a hacer unos exámenes que decidirían si nos daban el Graduado Escolar o no. Todos teníamos que hacer los mismos exámenes, bueno, todos no, porque en la mayoría de las escuelas estudiaban Francés. Solamente nosotros y los de otro pueblo –no recuerdo cual– nos teníamos que examinar de inglés. El examen nos pareció muy fácil, desde luego mucho más fácil que los que hacíamos con don Cipriano.

Volvíamos a casa, nerviosos todavía, a la espera de los resultados. Éstos fueros mejores para unos, peores para otros, pero sobresalientes todos en inglés. Al día siguiente, supongo que algún responsable de educación, nos felicitó públicamente a través de la emisora de Radio Zamora. Nadie contó en ese momento que habíamos empezado a estudiar inglés a la vez que el maestro, con un tocadiscos.

En lo que a mí se refiere, estoy a punto de jubilarme, tras 35 años como profesora de Inglés. Don Cipriano murió hace unos años. Lo vi después de mucho tiempo, como un mes antes de morir. No tengo muy claro que se acordara de mí, pero ésta es una historia que le debía.

ESCUELA DE BELZUNCE

(Mención honorífica)

María Jesús Urriza Tolosa
Belzunce, Navarra

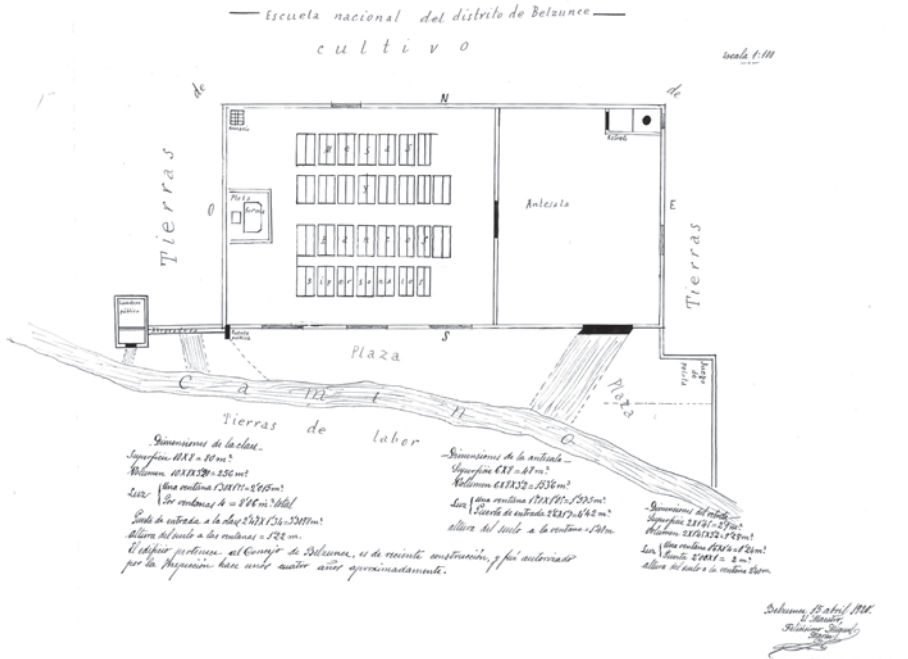
Paquito el de los Extremeños vomitó a la izquierda de su pupitre, en el pasillo, y eran todo castañas crudas, troceadas pero crudas, se veía bien lo que era y nos quedamos todos boquiabiertos, ¿se podían comer crudas las castañas? Este es el primer recuerdo que me viene a la cabeza cuando hago memoria. Una banalidad. O un hacha de guerra según se mire, pues eso son las escuelas, batallas. Batallas entre lo que los adultos desean enseñar y lo que los niños desean aprender. Muchos maestros creen que las armas más modernas les darán la victoria y con premeditación ensayan diferentes metodologías.

Para recordar, me tengo que poner en modo la niña que yo era hace casi sesenta años y entonces ocurre que las imágenes que me llegan más vivas son todas banales, no tienen valor como testimonios, pero se resisten a ser descartadas. ¿No voy a contar que ardió casa Gartxenia en Usi y que la maestra nos dejó mirar por la ventana cuando pasó el camión de los bomberos?

A tan solo catorce kilómetros de Pamplona, en la llanura que rodea a ésta y con buena carretera estaba la escuela de Belzunce, mi escuela.

Eran los años sesenta, Navarra había comenzado la industrialización y llegaban familias del sur incluso a pueblos tan pequeños como el mío, de siete u ocho fuegos. Desde allí bajaban a trabajar en bicicleta al principio y en *Mobilette* después. En todos los pueblos había casas que echaban el cerrojo y se trasladaban a Pamplona en busca de mejores condiciones de vida. Era un momento de recesión rural.

Al comenzar la década de los sesenta, a Pamplona llegaban muchos turistas coloridos siguiendo la estela de Hemingway, las pastillas anticonceptivas estaban en el mercado, y los Beatles petaban sus conciertos, pero en Belzunce la vida la seguía marcando La Iglesia. Las campanas tocaban el Alba, el Ángelus y la Oración. Se rezaba en casa, en la escuela, en la iglesia y allí donde te sorprendiera el tañido. Se usaban mantillas y el cura era la autoridad. No había coches, ni teléfono, ni televisión. Y lo más increíble: no conocíamos la basura. Fue una década de gran transformación y yo, nacida precisamente en el sesenta, la viví desde una escuela unitaria mixta que



Plano de la Escuela, construida por el Concejo de Belzunce a principios del siglo XX.

viviría también esta década como su última y desaparecería para siempre al comenzar la siguiente.

Pamplona, la capital, quedaba entonces a unos pocos minutos en coche. Ahora, a pesar de las mejoras, cuesta más llegar pues hay límites de velocidad en los pueblos y apenas andas seis kilómetros empiezan las rotondas, todo está construido y hay semáforos, pasos de cebra, y a veces atascos. Y por suerte los coches no tienen una preferencia tan descarada. A pesar de la cercanía, de niños visitábamos Pamplona muy poco, ni una vez al año diría yo. No nos llevaban ni para comprar zapatos, mi madre ya había inventado el *mondopoint*, metía un palito dentro del que nos había quedado pequeño y con esa medida iba ella a la zapatería. Los adultos, uno o dos por familia solían ir todos los sábados por la mañana a comprar y vender cosas y en el caso de los varones, a tomarse unos vinos de paso. A la ciudad íbamos algunas veces a visitar a los parientes o ver una procesión, bastantes veces a coger el autobús que nos llevaba a otras provincias donde teníamos también familia y cuando era necesario al hospital o a médicos especialistas.

Yo con tres años tuve que ingresar en el hospital y aquellos días que se me han quedado muy grabados reflejan bien la vida en Belzunce en la primavera de 1964. Todavía no estaba escolarizada, volvíamos del campo con mi tío guiando un carro de bueyes, mi hermano de cinco años y yo. Jugando a cerrar los ojos, metí la pierna

entre los radios de la rueda del carro, y a pesar de que mi hermano fue muy rápido en gritar que parara y mi tío en hacerlo aquella yunta de bueyes enormes rompió mis huesos sin notarlo. Llegamos a casa y no había ningún coche que me trasladara al hospital, así que mi familia me acostó y se quedó mi abuela, que vestía toda de negro, como cuidadora rezando sin parar en la cabecera de mi cama. Mientras, los demás comieron tranquilamente e hicieron las gestiones oportunas para que alguien me bajara al hospital. Supongo que no les llegaba el dinero para pagar un taxi o no les pareció tan grave el asunto como para hacer ese desembolso. Finalmente, acordaron con un vecino que recientemente se había ido a vivir a Pamplona para trabajar de chófer, que cuando terminara su jornada laboral viniera con el camión a llevarme al hospital. Y así lo hizo. Gracias, Julianico.

Cada día, sobre las nueve, veíamos llegar a la maestra andando por la carretera, apurábamos la leche y cuatro o cinco hermanos en edad escolar corríamos a la puerta de la escuela para recibirla en corro con otra media docena de niños: «Buenos días, señorita» y a las tres de la tarde: «Buenas tardes, servidor» Los niños venían también de otros pueblos, siempre de Navaz y a veces de Usi. Los varones solían venir llevando el aro y en los últimos años había alguno que venía atizando palos sin parar a una cubierta de rueda de moto. Nos gustaban las alternativas a ser simples peatones. Además del aro que solo lo solían llevar los varones a veces usábamos zancos, que no eran sino latas vacías de pimientos a las que les hacíamos dos agujeros con clavo y martillo en el fondo y luego les poníamos cuerdas en forma de «U» invertida. La poquita basura no orgánica que se generaba era reutilizada a pesar de no conocer la palabra ecología.

La maestra era siempre la misma, Mari Cruz Zubiri Errea, *la Zurita* a sus espaldas. Los once hermanos fuimos con ella, estuvo años y años con nosotros y no recuerdo que faltara un solo día así nevara hasta el cielo. Pero en una ocasión pidió permiso largo a Educación para cuidar de un familiar. Entonces conocimos a las sustitutas.

Fueron varias maestras jóvenes que duraban poco y no hacían carrera con nosotros a pesar de que nos castigaban mucho. Otra, de Mérida, era una chica muy joven y moderna, una auténtica yeyé que tenía encandilados a los mayores. Nos dejaba con todo y no aprendíamos nada, yo me aburría. Nuestra Zurita debió notar el desastre porque cuando necesitó el siguiente permiso para cuidar a su madre, ella, tan obediente y formal como parecía, se puso el mundo por montera, no dio parte a Educación y le encargó y pagó ese trabajo a un hermano mío que apenas había alcanzado la mayoría de edad y había estudiado electricidad, pero que era sin duda exalumno de confianza. Le encargó que si llegaba el inspector le dijera que era el primer día que faltaba la maestra y había sido idea de él abrir la escuela, ya que todos sus hermanos pequeños estaban allí. El inspector nunca vino, así que nos ahorró tener que mentirle como Fuenteovejuna.

La maestra era guapetona, pero con la coquetería bien escondida. Solía llevar el pelo siempre recogido en un moño grande y aplastado, las uñas muy cuidadas, pero

sin pintar, pañuelos al cuello que luego en la calle si hacía frío se los ponía por la cabeza con un nudo debajo de la barbilla. Blusas y chaquetas de punto atadas hasta arriba del todo. Las faldas de pata de gallo, gruesas, tapando la rodilla. Solía calzar botines sin tacón y medias gruesas color carne. Estaba soltera y llevaba un anillo dorado con un engarce de piedra granate que apreciaba mucho. Nos dijo que era un rubí. Y nos encandiló hablándonos de zafiros, esmeraldas, ópalos, diamantes y otras maravillas, y hasta mentó el quiosco de malaquita de Rubén Darío. No la vimos jamás maquillada ni con pantalones. Se mostraba muy discreta y tenía una expresión franca, aunque recatada. En los últimos años puso algunos geranios en las ventanas que daban al sur y recuerdo que los cuidaba con mucho esmero. Entre semana vivía en casa de unos parientes como a dos kilómetros de la Escuela y aunque el pueblo le daba casa sólo la usaba para el descanso del mediodía. Los fines de semana se iba a Zuriain, su pueblo natal.

Cuando en mi casa se compró el primer coche, un Seat 1400 de segunda mano con trasportines allá por el sesenta y nueve, una de las primeras excursiones de domingo fue precisamente para visitarla en su casa de Zuriain. Mis hermanos mayores ya habían estado antes – contaban que una vez la maestra fletó un autobús a Roncesvalles y al pasar por su pueblo hicieron una parada y que la madre de la maestra salió con una bandeja de pastas que ofreció a todos los viajeros. Y otra vez porque se llevó a mi hermana mayor a pasar un fin de semana con ella.

Aunque la maestra no era vecina de Belzunce, a efectos de matanza sí se le consideraba y se le llevaba «el presente». Recuerdo a mi madre poniendo sobre un plato una hoja grande de berza y metiendo dentro una morcilla, unos trozos de carne y un poco de la tela de manteca «dile que no hace falta que te devuelva hoy el plato». Y yo de mensajera sin autoridad, esperando a que la maestra fregase el plato. «Faltaría más, se lo devuelvo ahora mismo». Estas cortesías se cuidaban mucho entre vecinas.

Nosotros sabíamos que teníamos una buena maestra, mejor que la de Marcailain, que les pegaba y hacía distinciones entre pobres y ricos, y mejor que las que hubo anteriormente en Belzunce, de las que los hermanos mayores hablaban regular y nos decían que pasaban el tiempo cantando el «Cara al Sol» en vez de aprendiendo.

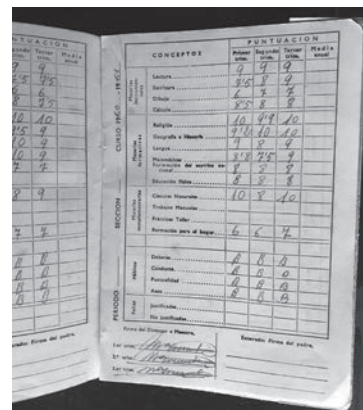
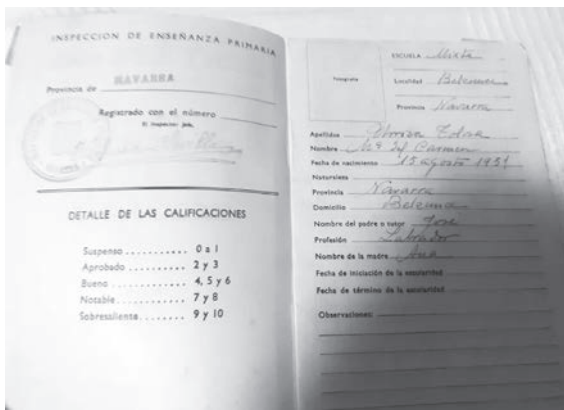
La Zurita nos castigaba muy poco. Yo recuerdo una torta inesperadísima mientras aprendía la cartilla que me bajó a tierra. Una pequeña reprimenda porque al citar nombres de frutas yo dije «albéchigo» y ella, que no conocía la palabra, creyó que era euskera. «En casa de los abuelos y en tu casa puedes hablar vascuence, pero en la escuela se habla solo castellano», me espetó con firmeza.

Y aún tuve otra reprimenda, ya con diez años, por inventar unas historias en viñetas en el cuaderno. «Cuidado que tu imaginación puede llevarte muy lejos» me dijo en tono de quien advierte de un gran peligro. Pero todas estas creencias estaban en el ambiente. El euskera era un idioma de paletos y los tebeos eran pasatiempos poco edificantes, así que todo era coherente.

Mi primer día de escuela fue en primavera tardía. Tendría cinco o seis años. Me solía acercar en el recreo a jugar con mis hermanos porque entonces no había patios ni vallas y jugábamos todos en una era que había delante de la escuela. La maestra un día me llamó desde la puerta, yo fui temerosa y ella, muy simpática, me preguntó cuántos años tenía y me dijo que ya podía empezar al día siguiente. Conocí la escuela como un lugar importante al que había sido invitada.

La vida en la escuela era diferente si hacía frío o si hacía calor. En las tardes templadas de primavera con buena luz, la maestra nos alargaba la jornada eternamente «Hay que ver la vocación que tiene esta mujer» decía mi madre con admiración, siempre tendente a darle un buen lugar. Alguna tarde templada de otoño también la dedicábamos a meter leña de la calle al pasillo de la escuela para que estuviera bien seca. Era un trabajo que nos gustaba hacer por diferente y decíamos eso de «¡Qué bien, hoy nos perdemos clase!»

En invierno pasábamos mucho frío. Recuerdo siempre una página del libro de historia, los visigodos, que por no sacar la mano del abrigo no la pasé en toda la mañana. El edificio de por sí ya era difícil de calentar, tenía una estufa de chapa cilíndrica en un lado y el lote de leña era escaso. Ahí es donde mi madre sí recriminaba a la maestra «Tendría que plantarse y exigirle al Concejo más lote» le decía a mi padre. A la poca leña se le sumaba la inamovible distancia de los pupitres atornillados al suelo por pares y nuestras modernas y heladoras ropas sintéticas. Habían empezado los jerséis acrílicos, que sustituyeron a nuestras chaquetas de lana, y los pantalones de «espuma» azul marino con katiuskas eran como nuestro uniforme de invierno. Ropa que se lavaba más fácil, se secaba muy pronto y no había que planchar: un adelanto para las familias que no teníamos ni lavadoras automáticas ni secadoras. Tampoco teníamos gorros con pompón, guantes ni bufandas. Esas eran prendas que conocíamos por las imágenes de los libros sobre todo y porque a veces aparecían en los exámenes en ejercicios del tipo «Qué objetos entre los siguientes se relacionan con el



Notas de mi hermana Karmentxu.

invierno». Por supuesto nunca aparecía una buena pila de leña, ni la matanza del cuto, ni el silo de remolachas, ni ninguna de las cosas que nosotros sabíamos que eran realmente importantes en invierno. Nuestra cultura rural era cuando menos ninguneada, pero cuando escribíamos redacciones sabíamos que teníamos que poner que el campo era mejor que la ciudad y que era un deleite escuchar los trinos de los pájaros y recoger florecillas silvestres, aunque nosotros con los pájaros lo que hacíamos era cazarlos y comerlos y no vi en mi pueblo nunca un ramo de flores fuera de un altar.

Cuando comencé el curso en septiembre con cinco o seis años, después de la adaptación que he citado, llevaba bata. Nadie las llevaba, pero yo había pasado el verano con mi tía modista y me había cosido dos batas, de quita y pon, una de rayas azules y blancas y otra de cuadritos rosas, para empezar a la escuela. Como dije, la vida se había modernizado y las batas eran de nailon. Al salir de la escuela y con la bata todavía puesta fuimos los críos a quemar paja a una rastrojera. Aquella vez nos habían dado permiso los mayores, hacíamos montones de paja, los prendíamos y aprovechábamos para saltar por encima y divertirnos. Recuerdo que un vecino joven, de una familia con mucha ascendencia porque eran muy estudiosos y lo sabían todo, vino y me sacó escandalizado de allí explicándome que la bata era de nailon y muy combustible. «Puedes arder como una antorcha». Y me mandó para casa, donde yo conté a mi madre nuestra ignorancia sobre las desventajas del nailon.

Una jornada típica empezaba con la maestra encargando a alguno de los mayores que encendiera la estufa y sacara la ceniza y a algunos pequeños que trajeran leñas. Si ya no hacía frío, en mayo o junio, el comienzo solía ser más solemne. La maestra sacaba del armario una tiza roja y escribía, mientras todos contemplábamos, la jaculatoria. Luego le mandaba a alguien que la leyera en alto. Era una frase que quedaba presente todo el día en el encerado grande, no se borraba ni siquiera para hacer el dictado de la tarde y todo aquel que pasara ese día algo al cuaderno de limpio la tenía que transcribir, en diferente color, encabezando el trabajo. Si era mayo las jaculatorias eran para la Virgen y si era junio para el Sagrado Corazón. Un día de los que la maestra ofreció la tiza roja para quien quisiera hacer el honor, mi hermano Javi se levantó ufano y decidido y escribió: *¡Oh Virgen de Ujué, que reinas en las alturas, vaya jugada nos has hecho, que nos has helado las uvas!* La bronca que le cayó fue en racimo.

Cuando hablo de pequeños y mayores, hablo de niños de seis años y de hombres de dieciséis, e íbamos todos juntos. En teoría la escolarización duraba hasta los cator-



Plumier y tajo les llamábamos.

ce. Si a los diez no te ibas a estudiar fuera y enganchabas con el bachiller— entonces cuarto y revalida y luego sexto y revalida, te quedabas sin salida. Te daban, creo, el certificado de estudios primarios a los catorce y se habían acabado los estudios, luego a trabajar o a aprender un oficio, así que los de los pueblos, si nuestros padres tenían expectativas de que estudiáramos, solíamos tener que irnos internos a colegios religiosos. A nuestra escuela venían también dos chicos de quince y dieciséis años, uno de ellos altísimo, de casi dos metros, que cuando las labores del campo lo permitían venían a la escuela a seguir aprendiendo. El resto de la jornada por supuesto realizaban tareas de adulto, conducían tractores, trabajaban, cazaban, y subían con los hombres a bandear las campanas. Cuando empecé a la escuela me sentía un poco atemorizada ante aquellos compañeros, sobre todo ante Venancio que, como he dicho, era un hombrón, pero enseguida comprobé que era un pedazo de pan y que estaba atento a parar el juego del balón para que los pequeños como yo cruzáramos sin miedo. Nos cuidaban.

Como éramos tan pocos, la escuela nos brindaba la posibilidad de juntarnos con los de los otros pueblos y hacer equipos de un tamaño decente para jugar, así que solíamos tener buen ambiente. Lo académico era secundario y no recuerdo ninguna redécilla por los estudios y jugando reñíamos muy poco. Yo además llevaba ventaja porque tenía de guardaespaldas a mi hermano Iñaki, que era lo que hoy se dice el puto amo de la escuela. El primer día de clase me dijo que me sentara a su lado sin esperar a que lo decidiera la maestra. Recuerdo, sólo una vez, como excepción, que una niña me pegara patadas con saña sin más ni más mientras nos colocábamos para rezar porque dijo, después de pegarme, que ella quería delante. A la salida había nevado y mi hermano fue por detrás y le metió un empujón inesperado y fortísimo que la tumbó en la nieve. Al día siguiente había nevado todavía más y la maestra, que venía andando, se retrasó un poco en llegar, por lo que todos los críos fuimos a nuestra casa a esperarla calientes al lado del fuego, y recuerdo que mi hermano le dijo a esa niña, que era de otro pueblo, que no viniera y se tuvo que quedar en la puerta de la escuela esperando ella sola. Mi madre se dio cuenta y le recriminó a mi hermano su actitud e intentó sacarle su lado compasivo, pero no hubo piedad. Mi madre finalmente confió en nuestra justicia y yo me sentí aliviada de mantener el alejamiento. No sé si la Zurita se enteraría de nuestros conflictos, pero no recuerdo que interviniera.

En mayo recogíamos flores a diario y las poníamos ante una estatuilla de la Virgen, y en junio, cambiábamos de santo y colocábamos un bote donde dejábamos por escrito y anónimamente los «sacrificios» que le ofrendábamos al Sagrado Corazón. Y que la maestra los leía sin turbarse ni disimular.

A primera hora nos solíamos poner con las Matemáticas. Los pequeños a aprender las tablas y los mayores a resolver problemas y a operar con quebrados. En general eran trabajos individuales, cada uno en su pupitre, pero a veces también hacíamos en corro con la maestra cálculos y estimaciones mentales. La Geometría solía ser más bien por las tardes. Cuando terminábamos las tareas íbamos uno a uno donde estaba

la maestra para que nos corrigiera y si era preciso hacíamos cola. Luego los mayores solíamos aprender algún texto, bien de la enciclopedia Álvarez, bien de alguno de los libros de texto que llegaron los últimos años. Los pequeños ocupaban mucho rato a la maestra con la cartilla. Todos los días memorizábamos un rato de catecismo como si fuera *El Corán*, sin cambiar ni un punto ni una coma. A veces también estudiábamos los verbos o hacíamos redacciones. Casi siempre estudiábamos en alto y con tonadilla y no recuerdo que las voces de los otros me molestaran. El trabajo en grupo, como lo conocemos hoy, no existía.

Sobre las once, venía el maravilloso tiempo de juego con aquel esperado «podéis salir al recreo». A veces ganábamos un poco de tiempo acordando entre notas clandestinas y medias voces quién se la iba a parar en el juego. Si no había entendimiento previo y no podíamos anticipar, a la salida teníamos que perder unos minutos preciosos en decidir quiénes iban a ser nuestros representantes para echar pies y elegir equipo con el típico «oro, plata, oro, plata, pie, monta y cabe». Y con los equipos formados a jugar al *pote pote*, a *gaztelu*, a la *cadena*, al *carabí carabá*, al *balón prisionero*, al *txorro morro* o a las canicas como si no hubiera un mañana, perdiendo unos segundos a lo más para echar unos tragos apresurados en la fuente. Nadie llevaba almuerzo, era más interesante jugar. ¡Cómo eché de menos estos recreos a los once o doce años en el instituto! Allí, todo eran chicas, en los recreos se hablaba, se paseaba hablando y se comían bocadillos y pipas, era aburridísimo ¡Que renuncia tan grande tuve que hacer!

Después del recreo solíamos pasar al cuaderno de limpio alguna de las tareas realizadas y corregidas a primera hora, otras veces seguíamos con las mismas tareas de antes del recreo, la organización era flexible. Y solíamos terminar en gran grupo canturreando delante de los mapas las provincias, los ríos, los países, etc. mientras los señalábamos con un palito sin corteza y con algo de punta. El palito en cuestión a mí me parecía poco digno, estaba torcido, y no era cilíndrico, era un palo de mala traza que por más que lo pelaron no cogió categoría. ¡Con la de palos buenos de avellano que había junto al puente yendo a Usi! Bueno, la historia es más larga, la maestra le encargó a mi hermano Iñaki que buscara un palo en la calle para señalar en el mapa –ignoro la suerte del anterior, aunque tengo mis sospechas– y mi hermano era muy, lo que entonces llamaban rebelde, así que apareció con ese palo feísimo y la maestra, en vez de mandarle a por otro, le alabó la elección y le dijo que lo pelara con una navaja para ponerlo más bonito. Todos tuvimos envidia al verle pelar la corteza con la navaja. Encima de que trajo una eme le premió.

Las tardes solían ser más relajadas, leíamos, y algunas veces dibujábamos. Para terminar, siempre un dictado en gran grupo. La maestra dictaba y luego corregía. El elegido escribía en la pizarra grande para toda la clase. Cada quien se encargaba de contar sus faltas. Y gracias a este método, además de aprender bastante ortografía, mi maestra se dio cuenta de que yo no veía bien. Nos hizo desfilar a todos a diferentes

los setenta, había biblioteca, no recuerdo que nos llevaran ni una sola vez. Cuando en Pamplona descubrí la biblioteca pública de S. Pedro, donde los libros estaban a la vista y los podías escoger, palpé muchos y elegí uno bien grueso de tapas azules, *Lo que el viento se llevó*. Hacía pellas en el instituto y me iba allí a pasar la tarde junto al bibliotecario e historiador José María Jimeno Jurío. Más de una vez, solos en el edificio, me decía que por la hora tenía que cerrar. Sin cruzarnos jamás una palabra, leíamos los dos en la misma frecuencia y nos sonreíamos cómplices y silenciosos en la despedida. Encontrar aquella calma tan excitante fue dar con *La Isla del Tesoro*.

En la escuela, con el pistoletazo de «ya podéis recoger», sobre las cinco de la tarde nos lanzábamos a meter todo dentro del pupitre, limpiábamos las pizarras con un escupitajo y la manga del jersey, plegábamos el asiento, recogíamos del suelo y guardábamos para el día siguiente los dos tacos de papel que poníamos en las bisagras del asiento para que quedara horizontal como en sus buenos tiempos, y salíamos a los pasillos donde de rodillas y mirando al crucifijo rezábamos algo, no recuerdo exactamente qué, a pesar de que lo hice todos los días de mi escolarización.

El cura también venía a veces a la escuela a preguntarnos el catecismo o a explicarnos algo de religión y a vigilar cómo iba la campaña del Domund. También nos visitaban algunas órdenes religiosas buscando pupilos. Recuerdo que estuvieron los de S. Juan de Dios de Zaragoza y nos trajeron estampas, unas con fotos de niños hospitalizados y otras con el cuadro de *La Vendimia* de Goya. Muy de vez en cuando nos visitaba el inspector. Cuando iba a llegar éste, la maestra nos aleccionaba sobre cómo debíamos tratarle. Teníamos que ponernos de pie al oírlo llegar. Recuerdo la primera visita. Llegó el señor Gúrpide, nos pusimos todos de pie como centellas y entonces él entró y dijo que nos sentáramos. ¡Que chafada! Yo no me senté. Me senté cuando me lo dijo mi maestra.

El inspector preguntó a toda la clase qué montes separaban Francia de España. Estaba sentado en el estrado. Nadie le contestaba, yo le miraba los zapatos, la americana y a la maestra alineada detrás de él, de pie, moviendo los labios sin ningún sonido por encima de su calva, gesticulando con la boca como nunca le habíamos visto. Era todo rarísimo, no supimos contestarle, estábamos aturridos.

Los materiales eran pocos y preciados. La pizarra era la base y aunque tenía un marco de madera que le protegía había que ser cuidadosa pues si se caía se podía romper. Los pizarrines se desgastaban pronto y valían dinero, así que solíamos ir a aprovisionarnos a una acequia que pasaba cerca de la escuela donde había unos cantos rodados blanquecinos que funcionaban muy bien como pizarrines. Es más, no recuerdo que dieran la dentera que daban los pizarrines auténticos cuando estaban nuevos.

En la pizarra hacíamos sobre todo las operaciones matemáticas. Teníamos además dos cuadernos, uno de sucio donde escribíamos con lápiz del dos —el número no sé si era recomendación u obligación— las redacciones, los resúmenes y las conjugaciones, y un cuaderno de limpio que la maestra se encargaba de que nos durara

todo el curso sin que faltaran ni sobraran páginas. En este cuaderno de limpio escribíamos con tajo y plumier —así los llamábamos— y se nos exigía un acabado prolijo. Nos daban muchos disgustos aquellos borrones que caían inesperadamente del tajo y provocaban gritos de «¡tiza, tiza!», «¡papel secante!», «tendré que raspar con la cuchilla» y ya con lágrimas en los ojos ¡ay, que me he pasado al otro lado de la hoja!

Otra tragedia era el cálculo de tinta. La maestra disolvía unas pastillas en agua y hacía tinta que guardaba en botellas para todo el curso. Si no calculaba bien la cantidad, no llegaba y había que hacer más a finales de curso. La tintada no era nunca exacta y se notaba el paso de la una a la otra en los cuadernos de limpio. Recuerdo bien las lamentaciones de la Zurita una vez que ocurrió esto.

Y en medio de este calvario de caligrafía y con los bolis prohibidos porque deformaban la letra según la maestra, nos llegó la estilográfica. Como dije, mi hermana trabajaba en Gómez, que tenía además de librería imprenta y taller. Un sábado nos trajo un cajón con plumas estilográficas que no tenían arreglo. A nosotros nos parecieron un lujo. Elegí la que tenía mejor toque sobre el papel. Yo no entendía cómo alguien había desechado aquella maravillosa estilográfica que escribía como la seda y arrinconaba para siempre los tajos solo porque se le escapara un poco de tinta. Acabar con los dedos corazón y pulgar totalmente azules y el resto manchados no tenía importancia.

Se me hizo duro aquel día. El día en que empecé a estudiar. Sería en las primeras semanas de escuela supongo, con unos seis años. Como todas las mañanas la maestra me ponía «muestra» en la pizarra y yo tenía que copiar aquellas palabras debajo. Al llegar a mi pupitre me distraía, le pedía las pinturas *Alpino* a mi compañero Felixmari y me ponía a pintar en el cuaderno de sucio lo que me daba la gana hasta que se me rompían las puntas de mis colores favoritos. Entonces se las devolvía mohína y para mi consuelo me sonreía con benevolencia. Felixmari era de los mayores. Cuando llegaba la hora de salir al recreo, la maestra me pedía el trabajo y estaba sin hacer. Y así varios días seguidos. Yo no veía relación entre los hechos y ciertamente me apenaba cuando veía la tarea sin hacer, pero repetía lo mismo al día siguiente. Tras observarme bien durante unos días, me puso la muestra y me dijo que ese día la tenía que hacer, que en cuanto llegara al pupitre tenía que empezar, y tuve su mirada encima, aunque



Edificio en la actualidad. Está conservado como era, salvo el porchecito de la entrada que se le ha añadido recientemente y el color naranja que también es nuevo.

no se movió de su silla. Y recuerdo ese momento, ese esfuerzo, ese hacer algo que se me antojaba enorme y difícil y no era lo que más quería, ese comenzar a cruzar el desierto. Empecé entre obligada y confiada, la tarea estuvo terminada, ella me halagó y yo descubrí un nuevo campo.

En mi opinión la Zurita fue una buena maestra, mostraba en la clase un tono muy autoritario, como se llevaba entonces, pero el clima era sosegado, evitaba los castigos y no se enfadaba, era muy predecible y tenía ese arte de exigir a cada uno lo que podía sin pasarse ni quedarse corta. Además, contaba historias con emoción y le gustaba estar con nosotros, o eso es lo que yo recuerdo.

Llamaba a todos mis hermanos en diminutivo Francisquito, Javierito, Carlitos... y a mí me llamaba «la Maja». ¡Qué maja eres!, me decía ¿Se puede pedir más?

Mari Cruz Zubiri falleció en 2013. Para mí que sigue sobrevolando estas tierras discretamente y que entre las bandadas salvajes de pequeñas palomas que cruzan cada año los Pirineos, vuela una con la pata anillada. Anillada con un rubí.



El edificio en la actualidad se usa como centro recreativo municipal. Tiene un pequeño frontón, una cocina/comedor y un baño. Estuvo bastantes años cerrado cuando se trasladó la escuela a la concentración escolar de Berriozar. Y a finales de mayo de 1938 sirvió algunas horas de cárcel para los fugados del fuerte de Ezkaba (S. Cristóbal) que volvieron a ser capturados y conducidos a las escuelas por orden gubernamental.

YO FUI DE LA EGB

María Alonso González
(San Cebrián de Castro, Zamora)

I. UN DÍA DE SEPTIEMBRE

La claridad de la mañana se filtra a través de la ventana y deja ver una habitación infantil. Un pequeño bulto se revuelve en la cama y una cabeza asoma de entre las sábanas.

–Eh, dormilona, a levantarse, que ya es hora–. Dice su madre mientras se sienta en el borde de la cama y le acaricia el pelo.

–Jo mamá, estoy tan a gusto en la cama.

–¿Has olvidado qué día es hoy?

La niña abre los ojos cayendo en la cuenta, y se levanta como lanzada por un resorte.

–Sí, claro qué tonta soy, es el primer día de cole. Qué ganas tengo de volver a clase para ver a mis amigas, bueno, y también de ver qué cosas voy a dar este año.

María es una buena estudiante, le gusta aprender, aunque, por supuesto tiene sus asignaturas preferidas.

–Este nuevo curso será más difícil que el anterior, ya eres una chica de 5º de EGB, casi nada...

–Y las mates, ¿van a ser mucho más difíciles, mamá?

–Por supuesto, María, pero también más interesantes y útiles, no olvides que necesitamos las mates para todo.

–Para todo, para todooo, no sé yo...

La madre de María frunce el ceño, pero luego sonrío, y se la lleva hasta la cocina donde le espera un desayuno a la altura de ese primer día.

Después, se viste y mira con arrobó todas sus cosas: el babi con sus cuadros azules y dos bolsillos enormes donde cabría de todo; su cartera, sus lápices Alpino, los cuadernos, ahora vacíos, pero en breve llenos de palabras mágicas y de números también mágicos. Todo nuevo, a la espera de llenarse de

Por fin María sale a la calle. Es septiembre y los días aún son cálidos. Por la tarde no hay clase aún por lo que habrá tiempo de salir a corretear por el pueblo.

Camina sola, no necesita ir acompañada de nadie, es una escuela rural mixta, situada en un lugar tranquilo del pueblo, a escasos cuatro minutos de la plaza de

la Iglesia. Enseguida ve aparecer a dos de sus amigas, le hace una señal para que la esperen.

—Eh, Eva, que se te cierran los ojos...

—Esta se va a quedar dormida en mitad de la clase como el año pasado, ya verás qué risa...—dice María dándole un codazo a M.^a José.

—Mira quién fue a hablar, la que se pasa la clase pidiendo a la seño que la deje ir a hacer pis.

Continúan andando por una calle y de varias puertas van saliendo niños con sus carteras. La calle, minutos antes vacía, se ha convertido en un desfile de voces y risas infantiles. Dos señoras mayores, con sus batas boatiné salen de la panadería con el pan bajo el brazo, miran a los niños de reojo y comentan entre ellas.

—¿No es esa la nieta de Otilia? Pues sí que ha crecido la chiquilla, con lo canija que era.

—Estos chicos van *pa'rriba*, y nosotros *pa'bajo*—, concluye sentenciosamente la otra mujer.

Tras torcer a la izquierda aparecen «las escuelas», en plural, aunque en ese momento exacto de la historia solo una estaba abierta. Se trata de una construcción blanca, de techo a doble agua y enormes ventanales para aprovechar la luz del sol. No hay patio ni rejas, no hacen falta, pues todo lo que rodea la escuela ofrece «infinitas posibilidades de ocio y recreo», sin más riesgo para los niños que las sempiternas caídas que un bote de mercromina no solucionara.

Una barahúnda de voces y de colores está ya congregada delante a la espera de la profesora que llega, saluda y abre la puerta, y justo a las 10 en punto, la abre y todos entran en fila y callados.

Una sala limpia, luminosa y con ese olor característico a madera y libros. Los niños entran y se colocan al lado de los pupitres, unas piezas de madera donde silla y mesa eran uno; esperan a que la maestra les dé permiso para sentarse.

María está de pie aún, en medio de la clase, no sabe dónde sentarse, por fin la maestra le hace una seña y se sienta sola en un pupitre a la izquierda.

Revuelo de libros, carteras cuadernos y la voz de la profesora se impone.

—Los de 5º, sacad matemáticas que empezamos ya. Un número decimal es un número que tiene una parte entera y una parte fraccionaria representada por una coma o un punto decimal ...

María resopla y agarra con fuerza el lápiz, tras las explicaciones no puede por menos que preguntar.

—Oye, m... —María se pone roja e inmediatamente endereza la pregunta— Doña María ¿para qué sirven los decimales? ¿qué podemos hacer con ellos?

El resto de los niños suelta una carcajada a la espera de la reacción de la «profesora» que baja la cabeza y la mira por encima de las gafas continuando con la explicación.

–Para representar cantidades que no son números enteros. La parte entera de un número decimal representa la cantidad de unidades completas, mientras que la parte decimal representa una fracción de una unidad.

María se revuelve inquieta y resopla, la maestra mueve la cabeza contrariada.

–A ver, María, si vas a la tienda de Emilia y compras unas gominolas que cuestan 0,53 céntimos y pagas con una peseta, ¿se queda con el resto Emilia o te devuelve algo?

–Me tiene que devolver—cuenta con los dedos— 0,47 céntimos.

–¿Ves? Ya sabes para qué sirven.

María se calla y atiende, el razonamiento la ha convencido y la profe de vez en cuando la mira con cara de circunstancias.

Termina la clase de mates y llega la de geografía. Los mapas le encantan, ver los lagos, los ríos, los mares, las ciudades lejanas que entonces, la niña no se imagina que un día, lejano, sí, podrá ver y disfrutar.

La profe da unas palmadas y la saca de sus ensoñaciones.

–¿Ya es el recreo?! Todos se levantan, hurgan en sus carteras y sacan sus bocatas. Las 12 son la hora mágica para los niños, es el recreo, media hora de juegos, de gritos y de desfogue. Salen como jabatos de clase y se desparraman en el área que circunda la escuela.

–Oye, te cambio mis galletas por tu tostada, ¿te parece? Pero que no se entere mi madre, que ya sabes como es.

–Vale, me gustan tus galletas de chocolate, y la mía no me las compra.

Devoran su pequeño almuerzo con avidez y se disponen a jugar. Unas niñas se juntan y juegan a la comba mientras otras dibujan un castro en el suelo marcándolo con un palo en la tierra. Mientras una salta, dos amigas hablan.

–Esta tarde es el cumple de Piedad, ¿vas a ir a su fiesta? Su madre ha hecho un pastel de manzana—pregunta Toñi a María.

–No, no sabía que fuera su cumpleaños, además es mayor que yo y no le gusta estar con las niñas más pequeñas, se siente ya tan mayor...

La conversación termina cuando oyen el silbato, señal de regreso al aula.

Las horas que quedan hasta la salida al mediodía son las más tediosas; el sol de septiembre se cuele a través de los ventanales y el calor, todavía sofocante hace mella en los niños.

–A ver, niños, como os veo cansados y hoy es el primer día, vamos a leer cuentos, os dejo elegir a vosotros, pero eso sí, leeréis cada uno en voz alta.

Los niños se revuelven entre felices e inquietos, pues algunos saben que su lectura no es muy fluida y temen las risas de los compañeros.

–Doña María, yo quiero leer ese de la princesa de las ropas sucias, ese que tiene unos dibujos mágicos.

–Toñita, que ese cuento es el de Cenicienta, y no era una princesa, ni tenía la ropa sucia como tú dices—responde María con ínfulas.

La profesora atiende divertida al debate de las dos niñas.

—Mira, qué vestido de princesa tiene—Toñita señaló un dibujo realmente mágico: las viñetas a todo color del cuento en versión de Disney constituían un universo maravilloso para el mundo infantil de las niñas.

—Viendo cómo os ponéis, seré yo quien lea, y vosotros, bien calladitos os quiero.

Se hizo el silencio, y la voz clara y bien modulada de doña María inundó las mentes infantiles de carrozas, hadas y varitas mágicas.

Sin casi darse cuenta había llegado la hora de comer. A las dos en punto salían los niños, en pocos minutos estaban en sus casas, sin necesidad de padres o abuelos que los llevaran. Todo fácil y cómodo.

Era septiembre, así que tenían las tardes libres.

Libres para jugar, para corretear por el pueblo y alrededores hasta el anochecer. Llegarían luego los días de invierno, con sus tardes grises y largas.

Vacaciones de Navidad

El trimestre llegaba a su fin y las vacaciones ya resonaban en la mente de todos. María había estudiado mucho y estaba ansiosa por conocer sus notas.

—Mamá, si saco nota buena en mates, ¿me traerán los Reyes todo lo que les voy a pedir? Es que verás, he estado hablando con Mari José y dice que las notas no son lo importante, que lo que los Reyes miran es si hemos sido buenos.

La madre de María tiene que hacer un esfuerzo para contener la risa y ponerse seria.

—A ver, hija, yo no sé qué criterios siguen o no los Reyes, pero me parece a mí, que sacar buenas notas es señal de que has hecho tu trabajo, ¿no crees? ¿no te sentirás orgullosa de ti misma por tu esfuerzo?

María mira a su madre de reojo, no sabe si preguntarle lo que tiene en mente.

—Me gustaría saber qué...

—No, a su tiempo, como los demás—concluye la conversación tajante la madre.

El fin de semana anterior a las vacaciones, María y su madre van a una pequeña tienda de caramelos situada detrás de la Plaza Mayor de Zamora. La regenta una señora mayor de pelo blanco que a la niña le parece una abuela de cuento. La mujer es amable, no para de hablar y se ríe continuamente. Las paredes de la tienda están cubiertas de estanterías llenas de caramelos, cientos, quizá miles; con sus envoltorios de colores y ese olor dulzón que anuncia la Navidad y sus golosinas...

Salen de allí cargadas de caramelos, María no puede ser más feliz.

Y llegó el día, el ansiado 22 de diciembre, que para unos y otros era sinónimo de alegría y nervios. Muchos nervios, porque además de caramelos y vacaciones, estaban también las temidas notas.

Doña María no pierde el tiempo, y a pesar de ser el día de las vacaciones, siente la necesidad de dar clase, de enseñar. Ya tendrán tiempo en esa dos largas semanas de jugar y divertirse.

–Hablabamos ayer de fracciones, M.^a José, dime qué recuerdas de lo que expliqué.

La niña se pone seria y comienza a desgranar con gracia y conocimiento lo que había aprendido, y ¡vaya si lo había aprendido!

–Una fracción es para representar las partes que se toman de algo...

María observó cómo la maestra miraba con orgullo a su alumna aventajada y sintió envidia; «le pediré a los Reyes Magos, a los tres a la vez para hacer más fuerza, que me traigan números, fracciones y matemáticas a mi cabeza. Que no sé si eso será posible, pero por pedir...»

A las 12 en punto los niños salieron al recreo, pero como llovía, se quedaron protegidos bajo el porche de la escuela. Los últimos días habían sido fríos y lluviosos, días de invierno, tristes y grises, solo coloreados por la inminencia de las Navidades.

–Y tú, ¿qué le has pedido a los Reyes? –preguntó una niña pecosa a María– como eres hija única, te traerán todo lo que le pidas–le espetó a la otra que no dudó en defenderse.

–Como si yo tuviera la culpa de no tener hermano, y para que lo sepas, no me traen todo lo que quiero, que mi madre dice que eso depende de las notas.

–Vale, pero no nos has dicho que has pedido. Yo, la muñeca esa que sale en el anuncio, esa que va andando hacia el portal de belén. Pero no sé si me la traerán, porque es muy cara, dice mi madre.

–¿Cara? Los Reyes pueden comprarlo todo, por eso no te preocupes.

Unos niños mayores que estaban al lado, escuchando el curioso debate de las crías se disponían a desentrañar la gran mentira de la infancia, cuando la maestra apareció y mandó callar a todo el mundo y a entrar en clase. Al pasar delante de ella, esta acercó su dedo a la boca como diciendo «calladitos estáis más guapos».

Había llegado la hora de dar las notas, un papel que iba a ser miel para unos, y no tan dulce para otros. Caras de sorpresa, sonrisas de orgullo, y alguna que otra lágrima.

–Menos llanto y más estudiar, mira que te lo llevo diciendo, que no haces los deberes y en clase estás en Babia. Y con poco que te pongas, aprobarás.

María miraba y remiraba una nota, y no terminaba de creérselo, ¡Un nueve en mates!

Miró por encima del boletín la nota de su amiga M.^a José, y un diez rutilante ondeaba en la casilla de mates.» Tengo que esforzarme más, y llegar al diez». Pero, bueno, un nueve está muy bien.

La maestra sacó un paquete y lo abrió: caramelos de todo tipo y en abundancia. Pronto la pena por las notas se olvidó y todos los niños comenzaron a cantar villancicos.

Aquel día fue memorable para María: un nueve en mates, su cumpleaños, y además vacaciones.

2. «UNA SEÑORA HA VENIDO A VERNOS»

Aquella mañana iba a ser diferente. Comenzó como tantas otras, pero antes del recreo, alguien llamó a la puerta. Los niños se miraron intrigados, quizá hubiera sucedido algo malo y venían a avisar. Pero no, la maestra se quedó en el pasillo hablando con alguien; era una voz femenina, pero grave y pausada.

Por fin entraron en la sala, y a una señal de doña María, todos se pusieron en pie y saludaron a la recién llegada. Era una mujer menuda, muy delgada, de pelo canoso y enormes gafas de pasta. Miró detenidamente la sala de clase, sobre todo en las cortinas que cubrían los ventanales.

—Sí, doña Fernanda, las he confeccionado yo, pues por las tardes el sol es molesto, incluso ahora.

La señora asintió y siguió inspeccionando el lugar, fijándose en cada detalle: en los libros bien organizados en las estanterías, en los cuadernos de los niños, a alguno se lo cogió y se lo devolvió con cara satisfecha, pero sin decir ni una palabra.

Los niños habían oído a doña María hablar de una señora cuyo trabajo era vigilar el trabajo de los profesores, ver in situ cuánto aprendían los alumnos. En definitiva, controlar el trabajo de los maestros. Por eso doña María estaba tan nerviosa.

La señora echó una ojeada general al aula, señaló a una chica y la mandó salir al encerado. Paquita era una chica de octavo de EGB, muy lista, estudiosa y educada. Contestó a todo con seguridad y perfectamente y de todas las materias. La mandó sentarse y decidió esta vez preguntar a un chico, también un alumno brillante. Doña María no podía estar más orgullosa del resultado. Entonces, de repente, cuando parecía que no iba a lanzar más preguntas, se fijó en la pobre María, sentada en un pupitre aislada de los demás.

—Esta niña, ¿por qué está aislada del resto de sus compañeros?

La maestra titubeó, antes de contestar.

—Es muy habladora, y se despista fácilmente, y lo que es peor, puede molestar a los demás.

María hizo un mohín, no era tan habladora.

—Bien, veamos cuánto sabe esta niña tan habladora de geografía.

El corazón le dio un vuelco a la pobre niña, podría lucirse, por fin.

—Veamos, dime cuál es la capital de Suecia y la de Finlandia.

—Son Estocolmo y Helsinki. En Finlandia hay muchos lagos—se atrevió a añadir e incluso salió a señalarlos en el mapa.

—Y ya que lo dices, ¿qué es un lago?

—Es agua, una masa de agua que viene de ríos. Los hay muy profundos. En Zamora hay uno. En Sanabria.

La inspectora sonrió complacida. Se veía que esa maestra hacía bien su trabajo. Luego doña María la acompañó a la salida y volvió al aula con una sensación evidente de alivio. La temida inspección había pasado, y todo había ido bien.

Los tres héroes del día, Paquita, José Antonio y María, recibieron los elogios de la maestra y el aplauso de los compañeros.

Ese día María se sintió feliz: su madre y su profesora estaría orgullosa.

3. UN DÍA DE MAYO

Mayo era un mes fantástico, hacía bueno, los días eran más largos y podían estar hasta más tarde jugando por el pueblo, pero además había otro hecho que lo hacía especial: era el mes de las flores, y los niños llevaban a clase ramos de flores, de todo tipo para el altar a la virgen que el señor cura les dejaba tener durante todo el mes. Se trataba de una imagen de la Inmaculada, con una serpiente a sus pies y una corona de estrellas en su cabeza. La clase olía a rosas, era un verdadero placer entrar y ver tanto colorido y frescor, ahora que los días era ya más cálidos. Por las tardes –hasta junio los niños debían acudir en horario de tarde– antes de salir, cantaban canciones a la virgen.

Era divertido para María oír a sus compañeros y compañeras cantar, algunos lo hacían muy bien, tanto que la profe les dejaba que lo hicieran ellos solos.

En cambio, ella prefería cantar «bajito» para no estropear con su voz estridente el coro angelical de sus amigos.

–Hija, no tienes buen oído–le decía su madre–pareces un grajo con ronquera.

–Bueno, mami, pero he sacado un nueve en mates, y eso, es más importante, ¿o no?

–Lo es, pero no te duermas en los laureles, que junio está cerca y el curso termina. El próximo año pasarás a 6º EGB, en otro centro, con otros profesores. Has de estar bien preparada.

Esa tarde María fue a merendar a casa de su amiga y a hacer un trabajo de ciencias naturales. Con unas cartulinas, lápices Alpino y recortes de plantas y flores, realizaron un mural sobre la fotosíntesis, tallos y hojas. Cuando al día siguiente lo mostraron a la profesora, esta reconoció el trabajo concienzudo y esmerado de las dos niñas y les mandó ponerlo en la pared.

–Así, cuando vuelva la inspectora, verá el buen hacer de mis alumnas–dijo orgullosa doña María.

Los días transcurrían, y pronto llegó junio con sus calores y tardes sin clase. En la pequeña escuela los exámenes se sucedían: lengua, historia, francés... Algunos niños con nervios, temerosos de una mala nota que los condenara a repetir curso; otros más serenos. María era de estos últimos, pero tenía su miedo «numérico», ese pánico a no alcanzar una nota alta en la asignatura preferida de su madre... y profesora.

Sí, doña María era la maestra y madre de la pequeña María: exigente y a la vez flexible, capaz de dar clase a grupos de distinto nivel y materias. Y daba tiempo a todos, nadie quedaba sin su lección, que era como decían las personas mayores en aquellos tiempos a ir a al colegio.

EPÍLOGO

Decidí contar mi historia real en forma de texto narrativo con un narrador en tercera persona, mejor que en primera. Porque doña María era mi profesora y, lo que es mejor, mi madre; y esa niña respondona y poco aficionada a las matemáticas era yo. En aquel pueblo de Tierra del Pan pasé mis mejores años, en una escuela rural en la que la maestra (mi madre) tenía ante sí varios grupos de alumnos y de todas las materias. ¡No había *smartboards* ni, no existían Google, Kahoot! Genially o tantas aplicaciones que, a pesar de su eficacia, no eran necesarias para el aula. Todos –unos más y otros menos– salíamos preparados para la vida, y cuando tocaba jugar, jugábamos, vaya si jugábamos, la lista de juegos era más larga que los reyes godos. Ahora, el aula se ha gamificado, todo ha de ser divertido y los conocimientos han pasado a segundo plano. No había informes PISA, solo unos maestros/as dedicados en cuerpo y alma a la docencia, y unos alumno/as que los respetábamos.

Sí, yo fui de la EGB.

LA ESCUELA RURAL DEL AYER

Jovita Álvarez del Río

(Salto de Castro, Brandilanes, Santovenia del Esla y
Ceadea, Zamora; y Saucelle, Salamanca)

La escuela rural que conocieron nuestros padres regida por la Ley de Educación Primaria de 1945, estableció que debía haber en cada pueblo una escuela. La escuela era unitaria, los alumnos estaban agrupados por secciones (inicial, media y superior) bajo un solo maestro. Había escuelas unitarias de niños o de niñas y se impartía la clase a todos los alumnos independientemente de su nivel. Si no había suficientes alumnos se juntaban niños y niñas en una escuela mixta. Los niños más pequeños estaban en párvulo o «parvulitos» como también se les llamaba, y generalmente era un aula mixta. Este tipo de escuela comenzó a desaparecer a partir de los años 70 con la Ley General de Educación que propone la creación de colegios nacionales con grupos de la misma edad, lo que hoy conocemos en las agrupaciones en cabeceras de comarca. La práctica educativa era la repetición y la memorización. Los estudiantes recibían la información que le daba el maestro «sólo se sabe lo que se recuerda». Leer, escribir, contar, nociones de aritmética, geometría, geografía e historia y religión. Tenían que estar callados, sentados y siempre dispuestos a lo que ordenase el señor maestro o maestra.

El maestro era la autoridad respetada por todos, lo que decía él «iba a misa». La obediencia era total por temor o por respeto. No le cuestionaban nada de lo que hacía o decía. Podía hacer burlas, bromas, castigos severos, humillaciones, dar pescozones, tirones del pelo o de las orejas... Podía tener a los estudiantes largos ratos de pie o hacerles copiar máximas morales o de otro tipo 100, 200, o las veces que el maestro mandara, y otros



Jovita Álvarez con los cuellos dibujados por su maestra escuela de Castro, años 50.

correctivos. Hoy los castigos dentro del ámbito escolar o familiar serían impensables, no fue hasta el año 1986 que, por ley, se suprimieron de las escuelas.

Gracias a esta nueva Ley General de Educación, junto con los movimientos de renovación pedagógica, se introdujeron nuevas metodologías que fueron bien acogidas por la mayoría de los docentes, y se dignificó la figura y la formación de los maestros. Hasta entonces pocos maestros se dedicaban en exclusividad a la docencia porque el sueldo de maestro no daba ni para comer. Existía el dicho «Pasas más hambre que un maestro de escuela».

En los años 40 y 50 los vecinos les ayudaban dándoles leña, patatas, o lo que tuvieran que tampoco era mucho, y ellos hacían otras actividades como por ejemplo vender máquinas de coser, como era el caso de Don Pepe en Ceadea, que vendía la máquina Singer. Como curiosidad, en 1964 un maestro ganaba 1.820 pesetas al mes. Cuando estaba a punto de jubilarse 2.223 pesetas al mes. Por la misma fecha un peón especializado ganaba 8.000 pesetas al mes o un ordenanza de banco 3.700 pesetas al mes.

Conocí varias escuelas rurales por haber vivido en diferentes pueblos debido al trabajo de mi padre, Manolo, que al ir ascendiendo dentro de la empresa en la que trabajaba, le trasladaban de puesto y de lugar. Todas las escuelas que conocí tenían características comunes. Se tenía la obligación de ponerse en pie y saludar al entrar el maestro, y se rezaba al entrar y salir. En algunos pueblos de Aliste cantaban el himno de «Cara al sol», pero no en las que yo asistí. En todas las escuelas aparecían los símbolos que estaban establecidos: un crucifijo, una bandera y un cuadro de franco.

En los inicios no había recreos, las jornadas eran de 10:00 a 13:00 y por la tarde de 15:00 a 17:00, incluidos los sábados. Más adelante se tuvo la tarde del jueves libre y el sábado. Cuando los estudiantes comenzamos a tener recreos, nos daban un preparado de leche en polvo que elaboraban por turno los alumnos mayores en unas perolas grandes. En la actualidad un porcentaje muy alto de colegios tienen ya jornada intensiva.

Las mesas eran pupitres de madera bipesonales, nos sentábamos de dos en dos. El asiento se subía, era abatible para poder recogerse, pero no podía regularse. Yo no llegaba con los pies a los listones de madera que tenía en la parte inferior del pupitre. También tenían dos agujeritos en la parte más alta del tablero que estaba algo inclinado y ahí apoyábamos los útiles de la escuela, uno a la derecha y otro a la izquierda. Normalmente se utilizaban para colocar los tinteros y con una hendidura también a cada lado donde se colocaban las plumillas que utilizaban los mayores.



Marcial y Balta, escuela de Santovenia, año 44.

Las escuelas tenían un encerado al que le decíamos pizarra y en el que se ponía todos los días la fecha, las consignas, las cuentas... contaba un borrador y tizas blancas. Las tizas de colores fueron un lujo posterior. Otro elemento a destacar en el aula eran los mapas murales

de gran tamaño que se podían colgar. Estaban hechos de papel o de tela, con una capa de barniz brillante o mate y con una barra de madera arriba y otra abajo que servían para enrollarlos y recogerlos. Solían ser un mapamundi, un mapa político de colores según la región y un mapa físico de España. En este último tipo de mapas los relieves se representaban en tinta marrón, verde claro y verde oscuro según la altitud, la tinta azul era para las cuencas fluviales y el mar. Tenían la letra muy pequeña y los nombres en un espacio muy reducido lo que dificultaba su lectura. Más adelante aparecieron los atlas, en los que también se podían apreciar trazados de ferrocarril o carreteras, divisiones militares, eclesiásticas, marítimas o judiciales

Algunos de los recursos didácticos con las que contaban las escuelas eran: una caja de madera con figuras geométricas, escuadra, cartabón, regla y un puntero. Con suerte también había una bola del mundo, láminas de astronomía o láminas que preparaba el propio



Escuela de Santovenia, grupo del año 1945.



Escuela de Santovenia grupo del año 1947.



Escuela de Santovenia grupo del año 1948.

maestro. En algunas escuelas el maestro mandaba traer a «los rapaces» una vara. Con la vara, el puntero y la regla pegaban a base de bien en la palma de las manos, o en las yemas de los dedos, según fuera de autoritario el maestro. Se tenía el dicho que «la letra con sangre entra». Y no podían faltar los libros. Catecismos, libros patrióticos, religiosos o sociales. *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes era imprescindible en todas las escuelas, al igual que *Las Cien Figuras Españolas* de Antonio Juan Onieva y el de *Urbanidad y buenas maneras* de Carreño. Y por supuesto las *Enciclopedias Álvarez* de Don Antonio Álvarez, natural de Ceadea de Aliste, y demás libros que él preparó. Fuimos muchos, muchísimos los que estudiamos con sus libros. Gracias a sus enseñanzas, la escuela mejoró y el aprendizaje comenzó a tener un gran cambio muy positivo. Por último, decir que los niños recibían Formación del Espíritu Nacional y se preparaban para la carrera profesional y las niñas Labores y se pretendía que fueran excelentes amas de casa.

Mi primer contacto con la escuela fue a los cuatro años en el Salto de Castro. Una escuela creada y financiada por la empresa Iberduero. Aunque se comenzaba a los seis años, la maestra Doña Trini me admitió porque tenía una hermana mayor, Tere, que ya iba a la escuela y yo no me podía quedar sola en casa. Recuerdo que para llegar a la escuela teníamos que bajar algo más de cien escaleras.

Estábamos todos en la misma aula yo llevaba un cabás, mi pizarrín y la pizarra de la que colgaba un trapito pequeñín atado con cordón para limpiarla. Más adelante llevábamos cuadernos, lápices de colores y goma. No teníamos que llevar la lata con brasas como en otras escuelas para el invierno, pues teníamos estufas eléctricas.

Don Gregorio era el maestro de los chicos, más adelante también sería maestro de las chicas y Doña Trini era su mujer. Ella enseñaba a las chicas mayores a coser y ayudaba a las mujeres del pueblo a dibujar las sábanas y las mantelerías para que pudieran bordarlas o también a hacer dibujos en los vestidos de las niñas. A mi madre le dibujó

en unos cuellos unos pajaritos con un festón y le dijo que lo hiciera en color azul. Con esos cuellos los vestidos nos quedaron preciosos y nosotras encantadas porque los había dibujado la maestra.

Don Gregorio, en cuanto a sus castigos y humillaciones, se pasó un poco. Yo borraba tan fuerte que a veces rompía el papel. Él me cogía el cuaderno y hacía más grande el agujero y miraba a través de ellos con burla. Al que no pronunciaba bien le mandaba repetir la palabra una y otra vez sin él de-



Escuela de Santovenia, maestros del 49.

circle cómo se pronunciaba correctamente, y cada vez que la decía mal ¡reglazo en las uñas! y se reía una y otra vez. Recuerdo también cómo nos ponían en a todos en fila por secciones, entre la mesa del maestro y el encerado y nos preguntaban la lección. El que la sabía iba pasando de puesto, los que no, se colocaban al final. Los castigos que ponía eran muy severos. Mandaba a los chicos a buscar piedrecitas para que se las pusieran en las rodillas y clavárselas al arrodillarse. Después tenían que colocar los brazos en cruz con varios libros colocados en cada palma de la mano y permanecer así un buen rato. Y ¡ojo con el que bajara los brazos que encima le pegaba con el puntero! Otro castigo temido era pegar la nariz a la pared sujetando una moneda. No se podía apoyar la frente y a veces utilizaba la variante de hacerlos estar de rodillas sujetando las piedrecitas. Un día quedó a los mayores sin comer, pero sin duda el peor fue el tortazo tan fuerte que le dio a Abrantes que le reventó un oído. Tuvo una advertencia de los padres y de la empresa que estuvo a punto de costarle su puesto. Mi hermana y yo teníamos bastante miedo y no queríamos ir con él. Preferíamos que nos enseñara su mujer Doña Trini, pero al final le pedimos a nuestros padres que nos llevaran a la escuela de Brandilanes donde tenían buenos maestros. Mi padre nos llevaba a las dos en la moto. Recuerdo que estuvimos muy a gusto y hoy en día seguimos teniendo relación con algunos de nuestros compañeros de aquella época que siguen viviendo en el pueblo.



Escuela de Santovenia, foto de las niñas.

Volviendo a la escuela del Castro, he de decir que, si dejamos a un lado el tema de los castigos, los alumnos salían bien preparados y casi todos acabaron en Zamora para hacer carreras.

Unos años después, nos tuvimos que trasladar a Saucelle, en Salamanca, por el trabajo de mi padre. Allí también fuimos a la escuela. La escuela de los niños y niñas era un pabellón y estaban separados por unas cortinas. Los domingos se abrían las cortinas y allí se celebraba la misa. Esto fue así hasta que se construyeron las nuevas escuelas. Los castigos no eran severos y la preparación también fue buena. Cuando teníamos la edad suficiente para hacer el examen de ingreso para continuar los estudios, nos mandaba presentar y creo, sin equivocarme, que todos lo superaban. También hay que decir que aquí los chavales no faltaban a la escuela porque no tenían que ayudar a los padres en las tareas, pues todos en mayor o menor cuantía, tenían sus sueldos y ayudas a la familia. Teníamos materiales suficientes y no pasábamos frío.

La familia volvimos a trasladarnos, esta vez a Santovenia del Esla. Las escuelas de este pueblo estaban separadas de niños y niñas en edificios diferentes y distantes entre sí. Unas estaban en una parte del pueblo cerca de la casa del médico y otras en el centro cerca del *chariz*. Las maestras de ese entonces fueron Doña Prudencia, Doña Mari, que era la mujer del médico Don José, y años más tarde, Doña Cliser, que no fue mi maestra, pero sí de mis hermanas menores, Manoli y Leo.

Cuando nos tenía que castigar, era el castigo consistía en preparar la leche para todos los chavales. Era leche en polvo y hacía mucha espuma. La leche se daba en todas las escuelas que conocí, pero en ésta, además, también daban queso que era muy amarillo y era muy rico. Siempre nos decían que venía de Estados Unidos. Allí lo costeaban y servía para cubrir las carencias alimenticias de los chicos y chicas. Con el tiempo ambas cosas se dejaron de dar en la escuela.

Tengo que mencionar aquí algunos ejemplos de personas que no eran maestros, ni maestras, pero que sencillamente ayudaban a la comunidad. En los años 50, la señora Josefa, llamada la rezadora, fue una buena mujer que enseñó en su casa a leer



Clemente Antonio Fernández, escuela de Ceadea, años 50.



Cartilla escolaridad Jovita Álvarez, años 50.

y escribir a los pequeños hasta que a los seis años iban a la escuela. En los años 60, sería la Señora Pepa, en el portalón de su casa, quien enseñaría también a los pequeños. Mis hermanas recuerdan que cuando lo hacían bien, las premiaba con caramelos. Una mujer muy buena, cariñosa que no castigaba, ni pegaba. Los niños iban muy contentos y los padres po-



Escuela vieja de Santovenia, años 60.

dían ir más tranquilos a realizar las tareas casi siempre del campo porque los chavales estaban atendidos. También mi padre enseñó a leer y escribir a un joven que quería quedarse en el ejército y le iban a echar por ser iletrado y al final llegó a ser Teniente.

Años después y tras pasar también por la escuela en Zamora, me hice maestra en Valladolid y me casé con un vecino de Ceadea llamado Antonio. En mi aula tenía la Enciclopedia tercera de Álvarez sin saber que Ceadea era la cuna de Don Antonio. Cuando me enteré, aquello me asombró tanto que un día fui a la editorial, que entonces se llamaba Miñón, a conocer a Don Antonio y después, a través de alguno de sus familiares, como su primo Juan, aprendí algo más de su vida y obra.

Una anécdota que me contaron es que siempre, en la celebración de los Santos, Don Antonio iba al cementerio con un Mercedes para asistir a la ceremonia religiosa y visitar la tumba de sus padres. En aquella época ver un Mercedes era algo fascinante. También tuve el privilegio de ver y colocar las fotos de la familia Álvarez que posteriormente se entregarían al recién inaugurado museo «Casa del maestro» en su memoria en su casa natal de Ceadea.

Según me contó mi marido. Las escuelas de Ceadea estaban separadas, como en el resto de los pueblos por niños y niñas. Cuando él entró había tantos chicos pequeños que no tenían ni pupitres ni bancos suficientes. Se sentaban en el suelo y apoyaban en el banco, que por cierto era pequeño, los útiles de la escuela. Entre estos útiles tenían unas lascas de pizarra que las preparaban bien y las utilizaban de pizarrín y también tenían un único cuaderno que pasaba por todos los alumnos mayores cada día. En él escribían la consigna y la lección correspondiente. Debía estar escrito con limpieza y con la letra caligráfica que se enseñaba.

Pasaron varios maestros interinos que duraban poco y el interés que prestaban a sus alumnos era también pequeño, pues estaban fuera de su casa, mal pagados y tenían que realizar otros trabajos para poderse pagar la pensión. Tampoco tenían buen



Leonor y Begoña Álvarez, escuela Santovenia, años 60.

trasporte para desplazarse, lo hacían en caballerías o a pie, apenas había bicis, ni motocicletas. Quizá, por esa razón, los maestros que podían se quedaban en sus pueblos, así tenían la casa y no cambiaban casi nunca a otra escuela, pero mientras tanto, en Ceadea iban pasando y pasando los maestros interinos.

Estuvieron algunos maestros poco responsables de su trabajo y algunos chicos tuvieron que ir a Moveros y a Fornillos andando, o con suerte en bicicleta, para recibir clases particulares. La mayoría eran jóvenes que querían prepararse mejor de cara a optar a un buen trabajo, ya que cuando eran pequeños tuvieron que dejar la escuela muy pronto por tener que ayudar en las faenas de la familia. Muchos niños de entonces contribuían cuidando animales, recogiendo leña, o lo que fuera necesario y no les daba tiempo de ir a la escuela. Las niñas tampoco iban y solían quedarse a cuidar de la casa y de los hermanos más pequeños.

Pero también hubo maestros con mucho interés por los chavales como Don José. El joven interino que estuvo poco tiempo. Mi marido me cuenta que él hacía todos los problemas mal hasta que Don José, se dio cuenta que el planteamiento lo sabía hacer, pero que fallaba en las divisiones. Dice que se puso con él de forma individual, como se hace hoy en día, y en un par de días consiguió dividir ¡hasta por dos cifras! Recuerda con cariño al profesor, le dio confianza y seguridad en los demás aprendizajes.

Hubo otro Don José, muy mayor que era muy bueno también y les enseñaba y les castiga poco. Mi marido recuerda que leían en voz alta, comenzaba uno y el maestro iba mandando leer al resto de alumnos. Algunos chavales le hacían muchas chiquilladas. Por ejemplo, él los dejaba calentar en su brasero y ellos le soplaban para mancharle los pantalones y los zapatos.

Tuvieron otro maestro, Don Pepe, vecino del pueblo, pero que no enseñaba mucho. También estuvo Don Alfredo, que pegaba bastante y Don Jesús, que fue muy bueno y estuvo también de maestro en Moveros. Las chicas tuvieron menos maestras: Doña Capi y Doña Anastasia, que al ser vecina del pueblo permaneció siempre allí.

Hablando con algunas personas mayores del pueblo, me cuentan que en su mayoría los maestros no eran tan severos con los chavales y que procuraban que aprendieran solo castigaban a los que «se saltaban las normas», pero que tienen algunas experiencias desagradables de castigos. Alguno dice que no iba a la escuela porque le pegaban mucho. Y aunque los padres iban a hablar con el maestro y el chico volvía a clase, el maestro no volvía a hacer caso al chaval y eso le desmotivaba. También hubo un chico con dificultades del lenguaje estaba tan harto de que se burlara de él que, en vez de ir a la escuela, se escondía en un pajar y a la hora de salir se presentaban haciendo ver que habían estado allí. El maestro lo veía y le tiraba de las orejas y le daba patadas en el culo. Pero las chicas tampoco se libraban y Doña Anastasia las castigaba poniéndoles unas orejas grandes de burro que tenía preparadas. Se las sujetaban bien y les hacía dar la vuelta al pueblo acompañada de otras dos chicas para asegurar que se cumplía el recorrido impuesto.

A pesar de todo, la mayoría de estas personas hablan con cariño, respeto y nostalgia de sus maestros y maestras y sienten no haber podido asistir más tiempo por tener que cumplir con otras obligaciones. Las vacas, las ovejas, el tejar, la leña o el cuidado de la casa. Destaca la anécdota de una persona que cuentan que cuando Don José, el mayor, le mandaba tareas para hacer en casa siempre decía: «yo no los hago, que se joda el maestro» Cuando fue mayor y quiso prepararse para policía le tocó examinarse muchas veces y se lamentaba de no haber trabajado cuando era niño, por creer que no haciendo las tareas perjudicaba al maestro y no a él.

A veces cuando en las noches de verano después de cenar se sale al fresco y se cuentan y recuerdan estas anécdotas de las cosas que les ocurrían en la escuela y de los juegos que hacían en el recreo. Como jugar al burro, la peonza o las chapas... las chicas que jugaban a la comba, a los cromos, a la goma, a las tabas... y del frío que pasaban, porque los inviernos eran duros. Nevaba y llovía con frecuencia y ellos iban con el pantalón corto y las botas «cachuscas» y siempre tenían los pies mojados. Fueron niños felices porque disfrutaban de lo poco que tenían. Los amigos se iban llamando casa por casa para ir a la escuela y cuando ésta terminaba, iban a jugar a la plaza o las calles llenas de barro hasta que tocaran al Rosario y fuera hora de ir a la ermita.

De toda mi experiencia como alumna, docente y conocedora de historias, puedo decir que la escuela



Jovita y Teresa Álvarez, escuela Santovenia, años 60.

rural de antaño contó con pocos medios y muchas dificultades. Dificultades que tenían que ser suplidas como se podían, con buena voluntad de los maestros, padres y los propios chavales. Hay que reconocer que se perdieron algunos talentos por no tener las oportunidades que hoy tenemos. Por eso es tan importante destacar la labor que hacía el maestro y poner en valor la importancia de tener una buena educación y enseñanza y aunque fuera un tipo de escuela en el que se premiaba los valores de esfuerzo y disciplina y se castigaba severamente lo que se saliera de la norma, lo que hoy en día nos parece impensable, hay que entender este tipo de escuela en su contexto histórico y social y no juzgarla como buena o mala, sino como parte de nuestra historia que quedará para siempre en nuestra memoria.



Escuela de Santovenia, grupo, año 1968.

A «TRAS LAS VÍAS EN EL MAR»

Visitación Álvarez Martín
(Ceadea, Zamora)

Te contaré que estamos en 1951. En esta época, la escuela es una etapa que se comienza al cumplir los 6 años. Vivo en un pueblo pequeño de Zamora, Ceadea de Aliste. Cumpló los 6 años en abril, y empiezo a ir a la escuela. Y tengo que ir sola, porque los padres no acompañan cada día a los niños a clase, ni los van a buscar al terminar, así es que una correndilla para ir y otra para volver. Sin entretenerse por el camino. Poco de ese curso veo en ese tiempo, porque ya está casi para terminar, que lo hace digamos... por San Juan, más o menos.

Llega septiembre, y el curso empieza creo que a mediados de mes. Es que no hay fecha fija. Según diga el maestro es cuando comienza. Eso sí, solo en horario de mañana, hasta que llegue octubre. A partir de ahí ya es clase de mañana y de tarde: de 9 a 1:30, con media hora de recreo, y de 3 a 5. De lunes a viernes... ya todos los días. Y algo el sábado. Cuando empiezo a ir a la escuela viene otra niña a buscarme para acompañarme. Hay muchos niños y niñas en el pueblo en este momento.

El primer día asignan sitio en un banco que es bastante largo, pero nos sentamos en el suelo, y el banco nos sirve de mesa para todo. Algún rato sí nos podemos sentar en él, pero poco. Nos sentamos en el suelo. Cuando en junio salgan algunos de los mayores, quedará sitio en el banco de atrás, que ya es una mesa larga con asiento. Ese es el orden: se empieza en el banco de delante y a medida que se superan los cursos se va pasando hacia atrás en el aula. Y también hay mesas, para dos, con cajón, tintero, para colocar la pluma y el lápiz, y el pizarrín. Se pasa de fila pero todas las mesas son iguales.

Mira, el jueves por la tarde tenemos libre. No hay clase. Pero el sábado hay que ir a barrer la escuela, que no hay nadie que se encargue de la limpieza. Por eso hay grupos, y unos sábados te toca y otros no. Creo que ya voy viendo cómo está organizado todo. Y llega el 12 de octubre, el día de la Pilarica, decimos, y «empezamos bien, fiesta enseguida», dice mi padre. También nos han dicho que se celebra el descubrimiento de América. Algún día nos explicarán qué es todo eso.

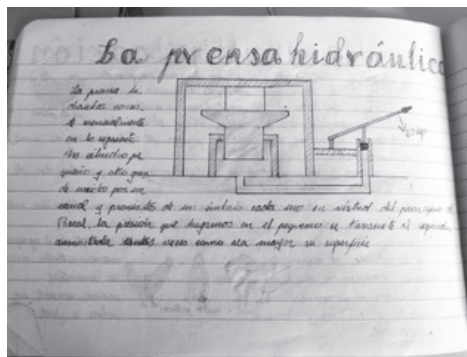
Y pasando el día 1, con los Santos, pues el mes de noviembre ya es completo, aunque al final hay un festivo, porque tenemos un patrón de invierno, San Saturnino, el 29, y le añadimos San Andrés. Es el mes del que se dice «Dichoso mes, que empieza con los Santos y acaba con San Andrés».

Se van pasando días y semanas. El lunes es el día de la asignatura de Lengua Española. Martes Aritmética. Miércoles, Geometría. Jueves, Geografía. Viernes, Historia de España. Sábado, Historia Sagrada. Y, en algún momento, algo de Ciencias. Para todo ello tres «enciclopedias»: la de 1º Grado, la de 2º Grado y la de 3º Grado. Las tres para los 8 años de escuela. Las tres «Enciclopedia Álvarez». Los libros se pasan de hermanos a hermanos. Yo solo tengo un hermano, así es que no van a llevar mucho trajín, pero en las casas en que son tres o cuatro veo libros que no hay por dónde cogerlos. Y como son siempre los mismos libros, siempre las mismas páginas, de «pe» a «pa», por rutina, acabamos sabiendo los temas. Y también tenemos un catecismo. Empieza con «todo fiel cristiano...» y termina con la Salve en verso. Y tiene hasta la letanía en latín.

Se compran los cuadernos con monserga en casa, porque cada poco dos reales o una peseta es mucho gasto. Y cada cuaderno se empieza con una asignatura, y se va siguiendo con otra, día a día. Cada cuaderno tiene las anotaciones y tareas de todas las materias. El lunes, en Lengua Española, se repasa la lección y luego pregunta el maestro, o la manda escribir, o hacer comentario. También leemos. La lectura es en voz alta, de libros que nos reparte, y vamos leyendo por turno, según va mandando él. Nos hace dictado y se corrige...

Llega la hora del recreo. Bueno, la media hora. Aprendo varios juegos. A ver si soy capaz de irlos explicando. Al corro la patata... Todos cogidos de la mano, en círculo: «Al corro la patata, comeremos ensalada, como comen los señores, naranjitas y limones, alupé, alupé, sentadita me quedé...». Y todos al suelo. Y en corro también, pero una en medio, que va escogiendo a otra y se cambian el lugar... Ese sí que no tiene fin.

Se acaba el recreo. Otra vez al aula. Ahora no hay cosa fija que hacer. Lo que el maestro nos diga. Hoy se ha armado una buena. No hay borradores para la pizarra. Se lleva un trapo de casa cuando te dice el maestro. Y le ha mandado a un muchacho que lo traiga y parece que ya está harto de esto y le ha contestado al maestro «traiga usted las bragas de doña su mujer». Vaya la que se ha preparado. Por la tarde volvemos a la escuela de 3 a 5. Y ese rato es parecido. Lo que decida el maestro.



Añadiendo dibujos a las anotaciones.



Los cuadernos de escuela de Visitación.

El martes es el día de la aritmética; y lo mismo. Estudiar un poco la lección, preguntar, escribir, corregir. Son problemas para hacer, o cuentas puestas por el maestro. Y qué cuentas, de multiplicar, de dividir, que él quiere, o, como nos dice, de un montón de reales.

En diciembre hay muchas fiestas. La Inmaculada, que es también el día de la madre, y en unos días las Navidades, o sea, que por el 23 ya de vacaciones hasta pasar Reyes, y en medio queda Año Nuevo. Y en ese mes se hace la matanza, que no tiene fecha fija, y el dicho es «cuando se mata el cerdo y se muere la abuela, no hay escuela». Dos días sin ir a la escuela... Los demás, porque mi padre dice que los rapaces, si quedan en casa, es para estorbar. Tengo que ir a la escuela igualmente. Se acaban las Navidades y retomamos el curso. Pero llegarán más fiestas. Ya dicen en las casas que eso es algo que los maestros tienen bien sabido. Este mes tocan los Mártires, San Fabián y San Sebastián, allá por el 20.

Jugamos en el recreo a cosas distintas. Hoy, por ejemplo, todos en una fila, y una enfrente, para atrás y para adelante. «Amboato, matarile-rile-rile, en María puso un don, matarile-rile-ron», nombrando a todas hasta que quede solo una, y se le ofrece un regalo, pero no tenemos nada que regalar. O al escondite inglés. Todo el mundo atrás y una cara a la pared, diciendo «1-2-3-al *esconderite* inglés» y mientras avanzan los demás. Se gira y, si alguien se está moviendo, se va otra vez para atrás. Esto puede no acabar nunca.

El miércoles toca geometría. Esto tiene que ver con los cuerpos geométricos. El maestro pone problemas de polígonos. Triángulo, cuadrado, rectángulo, trapecio, rombo, rectángulo, pentágono, hexágono, círculo... Y todos los demás que hay. De todos modos, ya nos hemos dado cuenta de que a este maestro le gusta más vender máquinas de coser marca ALFA que lo de la escuela, o eso dicen muchos padres.

No hay mes sin festivo, y en febrero el día 9 se celebra el Estudiante Caído (creo que tiene que ver con algo de la Historia reciente). Y febrero también trae nevadas, que hacen que se suspenda la escuela. En marzo no hay clase por san José, día del padre. Y si coincide, tampoco en carnaval o antruejo. Y a veces la Semana Santa entre marzo y abril, según caiga. Más vacaciones...

Vamos con un juego nuevo: a Tras las vías en el mar. Hacemos dos grupos y se esconden. Y uno chillá: «tras las vías en el mar!!!!», y el otro contesta «y otras tantas sin navegar!!!!», y buscándose unos a otros acabamos recorriendo todo el pueblo. O al cautivo. Venga, una raya entre la ermita y la escuela, y otra entre la ermita y la cortina de C... Un grupo por un lado y otro por el otro, a velar y a pillar hasta que quedan todos al mismo lado. O a la cadena. Una empieza a correr, pillá a otra y de la mano van a pillar a una tercera... Y se va formando una cadena con todas de la mano. Si hay suerte y tenemos una pelota, la que empieza tira la pelota a una que elige y el resto intenta evitar que esta la recoja. Qué liada, pero se pasa bien.

El 1 de abril se celebra el día de la Victoria, o sea, el fin de la Guerra Civil. Es bonito mayo. El mes de las flores. El día 3, la Santa Cruz, y, en la Ascensión, las comuniones. Se rezan *Las Flores* todos los días, cantamos a *María*... ¡Ah! y el Rosario primero. Cómo se pasa el tiempo. Entre clases y fiestas y vacaciones...

Y el jueves toca geografía. Creo que es de lo que más me gusta de todas las clases. Ríos y cordilleras, mapa físico y político... Me gusta tanto que se me queda muy bien grabado en la cabeza.

Podemos jugar a la sogá. A ver a cuál de los juegos que vamos aprendiendo. Dos tienen que dar, cada una en un extremo de la sogá. Entran las demás de una en una, a un salto, a dos, a tres... Sin perder comba ni fallar, o toca ponerse a dar. «1, 2, la Madre de Dios... 1, 2, 3, pluma, tintero y papel, para escribir una carta a mi querido Miguel, que se presente esta tarde en el correo de las tres. 1, 2, 3, 4», al paseíto de oro, que es muy bonito.

Al cartero: salta una «¿Cuándo vendrá el cartero? ¿Qué carta traerá? Si será de mi amante o ¿de quién será?» Entra a saltar una más. «Tan, tan, ¿quién es? El cartero. ¿Sobre cuántas? Sobre...». Y al azar un número y esos saltos se dan sin fallar.

O a la reina de los mares... «Soy la reina de los mares, y ustedes lo van a ver. Tiro mi pañuelo en tierra y lo vuelvo a recoger. Pañuelito, pañuelito, quién te pudiera coger y quedar en mi bolsillo con cien pliegos de papel...». «Al cocherito lere, me ha dicho...» (soga arriba y agachándose para que no dé en los pelos). Muchos juegos y canciones para la sogá.

Pasan meses, pasan cursos... Junio del último curso. Se va a terminar en pocos días la escuela. Sólo hay clase por la mañana. Llega San Antonio, y el Corpus, y ya, por San Juan, las vacaciones.

El viernes toca Historia de España. Aquí hay muchos temas, porque es muy larga, pero muy bonita. Desde los tiempos de la más remotos hasta nuestros días. Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea. Y anda que no ha habido reyes: Godos, Católicos, Austrias, Borbones, Felipes... Nos toca la Dictadura, y cantando el Cara al Sol...

Jugamos a las tabas, con las cinco tabas, tirándolas al aire. Cuatro abajo, tiras una al aire y recoges las de abajo de una en una antes de que caiga la otra al suelo. O a las chapas, con los tapones de la gaseosa, que los aplastamos con un martillo y más de una vez damos en las uñas en vez de en la chapa. A esto se juega con seis, que se lanzan juntas al aire y se recogen en el dorso de la mano. Las que se consiguen sujetar ahí se ganan.

O hacemos trazos en el suelo, a modo de casillas para jugar al tres en raya, con los chinos de la calle, que otra cosa no hay. Lo mismo que al castro, dibujando líneas que forman cuadrículas, por las que se pasa a la pata coja recorriendo todos los espacios, y sin pisar las rayas, que significa perder.

Se acaba el curso, y también la época escolar. Yo creo que algo hemos aprendido. Tal vez los maestros no están preparados para mucho más. Y si nos castigan es por merecido (unas veces más que otras). Las seis chuletas en la cara o la vara en las uñas. Nos enfadamos con el muchacho que lleva las varas, pero es que se lo ordena el maestro, y a veces él también se lleva las varadas. Y no contar el castigo en casa, que los padres dicen que por algo sería.

Hoy te he contado de aquella época. Tengo 79 años, muchos recuerdos de entonces, junto a varios cuadernos, que aún existen, aunque se les nota mucho el paso del tiempo, y que han visto mis hijas y nietos. Ahora los miro y me resultan curiosos, y también me da un poco de pena... Tuvimos buenos maestros y maestras, en general, que alguno sería mejor que otro. Supongo que depende de quién juzgue. También habría que preguntarles a ellos cómo éramos nosotros. Rectos sí eran, y eso no es malo. Y bastante hacían con los medios que tenían. Y tengo los conocimientos, que logré memorizar bien, aunque profesora no salí. De todo aquello te he contado algo, para que sepas cómo fue. Ahí están mis vivencias, mis recuerdos, mis libros y cuadernos... Y la máquina de coser ALFA, que compraron mis padres a aquel maestro, y que aún funciona.

SALVITA, MAESTRA VOCACIONAL

M^a Inés Antón Folgado
(Abejera de Tábara, Zamora)

Nací en un pequeño pueblo alitano en el contexto de los años sesenta. Mis recuerdos hacia mis maestros están envueltos de admiración profunda y agradecimiento sincero. Mi experiencia personal en la escuela rural fue muy corta, pero la lección de vida que conservo es imborrable y lleva más de cincuenta años conmigo. Agradezco a esta iniciativa provocarme el recuerdo de aquellos maravillosos años y hacer aflorar en mí una sonrisa.

¿Qué aprendí de mis maestros y con ellos? Sé que mi respuesta no será completa porque después de tantos años, olvidaré seguro, algunos aspectos, pero sé también que lo que escribo es verdadero y no exagero en halagos para el papel de la maestra y sin duda, me quedaré corta en agradecimientos.

Mis primeras maestras fueron mi puerta al mundo mágico de los libros que me mostraron que existían otros paisajes y formas de vida distintas a las que vivíamos en mi pueblo y que yo no habría podido imaginar sin ellas. Y he querido contar mi visión sobre las maestras rural porque siempre tuve maestras y porque la razón de mi narración lleva el nombre de maestra: doña Salvadora Álvarez Garretas. Y curiosamente nunca me dio clase, ni siquiera coincidí en mi pueblo con ella porque yo ya echaba raíces lejos de Abejera cuando ella llegó destinada allí. Por eso, su incalculable valor para mí, porque fue capaz de hacerme llegar sus enseñanzas en la distancia.

Doña Salvita fue, me contaron, una buena maestra —«Enseñaba mucho»—, decían, y en esa afirmación no eran conscientes de todas las dimensiones que matizaba la práctica de su vocación profesional. Como maestra en la escuela, mejor la valoraría en sus alumnos. Yo quiero resaltar su importancia como maestra en el amplio sentido de la palabra que va más allá de las paredes de la escuela.

Vivía en casa de una tía de mi madre soltera. Para ella Salvita, suponía una pequeña fuente de ingresos, pero sobre todo, una persona que compartía y llenaba muchas horas de aquellas de soledad y silencios propios de su condición de soltera... Pero su labor educativa, social, solidaria... llegó también a mi casa.

Mi madre, la mayor de cinco hermanos nunca pudo ir a la escuela, tuvo que hacer de madre para los demás y asumir papeles de adultos desde niña. Se acercaba a los cuarenta cuando doña Salvita llegó a nuestra escuela y nuestra familia. Y por las noches, cuando ya mi madre había terminado de «despachar la hacienda», cuando ya

no tenía más «jeras» que hacer después de cenar, se sentaba con ella y desgranaba tiempo y paciencia para enseñarle a leer y a escribir.

Jamás le podré agradecer mis lágrimas de alegría cuando recibí en mi internado una carta escrita por mi madre... Ella me mandó lejos buscando y pagando maestros que pensaba mejores para mí y allí en el pueblo que dejé, estaba en su escuela de día y en mi casa por la noche, la mejor maestra que pasó por mi familia.

Su vocación de enseñar todavía fue más lejos, no sólo la enseñó a leer y a escribir, también la enseñó a planchar, a doblar sábanas, blusas... y colocarlas en un bolso que me hacía llegar mi madre al internado cada quince días.

Nunca las palabras: «gracias Salvita» podrán contener todo el cariño y el agradecimiento que sentimos hacia ti, pero en nuestros corazones siempre habrá un rincón lleno de esos sentimientos que llevarán tu nombre. Espero que sigas en tu pueblo, Andavías y poderte llevar el borrador de este homenaje de la familia Antón Folgado para ti.

Mi madre con 93 años sigue firmando una Abejera las fichas de Ayuda a Domicilio como tú le enseñaste. ¡¡Gracias Salvita!! Gracias maestros y maestras. Gracias Ayuntamiento de Fonfría y Universidad de Salamanca por esta iniciativa. A todos mil gracias.



Abejera de Tábara (Ayuntamiento de Riofrío de Aliste).
Año 1955. Maestra doña Carolina.

UNA ESCUELA PARA UN MUNDO MEJOR

Luis Félix Arranz Miguel
(Torrescárcela, Valladolid)

EL PUEBLO

A mi pueblo se puede llegar desde muchos sitios. Está situado al borde de un pequeño valle que interrumpe un extenso páramo, llano, duro, pedregoso, y rodeado de otros pueblos tan pequeños como él, jalonados cada tres o cuatro kilómetros y unidos por carreteras muy rectas que, en los tiempos que estoy recordando aquí, eran blancas, de tierra caliza, blanquecina y polvorienta y piedra machacada a golpe de maza por los peones camineros. Por eso se puede llegar desde distintos lugares. Pero a mí, la ruta que más me gustaba era la de la carretera que viene desde Cogeces del Monte, desciende bruscamente con una sucesión de peligrosas curvas hasta el valle del arroyo Valcorba, para inmediatamente volver a subir –esta vez bien derechita– hasta el mismo pueblo, al que apenas roza, dejando la mayor parte de su núcleo a la izquierda, como si tuviera prisa por continuar su camino hacia poblaciones más importantes y de más renombre. Sin embargo, el pueblo no se acompleja y muestra orgulloso a su entrada el indicador de rigor: *Torrescárcela*. Alrededor están las tierras de labor, la inmensa mayoría de secano, que exigen mucho trabajo para dar poco fruto. Hacia el oeste, en seguida empieza a extenderse la Tierra de Pinares que comparten Valladolid y Segovia.

El pueblo, pequeño y modesto, en sus mejores momentos superó los 500 habitantes, pero ahora esa cifra queda muy lejos. El inventario de sus tesoros patrimoniales, en la época que evoco –finales de los 50 y década de los 60 del pasado siglo– es breve y rotundo: una iglesia con una alta y elegante torre que tiene una campana que sonaba –y suena– mejor que las de muchas catedrales; un frontón sobre el que



Entrada a Torrescárcela.

sucesivas añadas de quintos dejaron escrito su recuerdo; un depósito de agua que facilitó extraordinariamente la vida de los vecinos; un gran pilón abrevadero con tres caños por los que nunca, que yo sepa, dejó de manar un agua fría y cristalina y, junto a él, un lavadero; el ayuntamiento; catorce cruces de piedra que extendían el viacrucis por más de un kilómetro; un camposanto y las escuelas.

LAS ESCUELAS

Escuelas, porque eran dos, como dictaba la tradición, la de niñas y la de niños. Con maestra para ellas y maestro para nosotros. Al maestro todos le llamaban Don Luis. Yo le decía simplemente papá.

Los maestros eran, junto con el médico, el secretario del ayuntamiento y el cura, las únicas personas del pueblo que tenían derecho al tratamiento de don o doña, y de usted.

Las escuelas unitarias abarcaban desde los alumnos recién llegados –con babi y velones colgando de las narices durante el tiempo frío, que era entonces, por lo menos, casi la mitad del curso– hasta los muchachos con sombra ya en la cara y, en más de un caso, bigote y patillas bien desarrolladas. En el caso de ellas, con los atributos de la feminidad ya imposibles de disimular, con frecuencia se sentían turbadas, pues seguían queriendo jugar como cuando eran niñas del todo, buscando prorrogar un poco más



Alumnos en 1961.



Alumnos en 1964.

los tiempos felices y despreocupados de la infancia antes de asumir ya, plenamente, su papel y responsabilidades de moza casadera y ayudantes de sus madres en la casa.

Las escuelas eran dos aulas rectangulares, una para los niños y otra para las niñas, distribuidas simétricamente y separadas por un portalón que hacía de entrada y de refugio los días de lluvia. Antes de acceder al aula había un pequeño vestíbulo donde estaba la boca de la gloria, con su tapa de hierro, que tan útil sería, como

veremos más adelante. El aula estaba totalmente acristalada por uno de sus lados, y tenía ventanas más pequeñas y altas por el otro. Los alumnos nos sentábamos de dos en dos en pupitres de madera, con un asiento y una tapa abatibles. Los pupitres tenían recortados en su parte delantera sendos círculos para encajar los tinteros que promociones anteriores –y menos afortunadas que la nuestra– debieron de verse obligadas a utilizar. Nosotros aprendimos a leer y escribir con el lapicero y, más adelante, el bolígrafo. No obstante, recuerdo haber visto a chicos que llevaban como única herramienta de estudio una tablilla de piedra o pizarra sobre la que escribían con un «pizarrín», un palito de pizarra u otro material. Si en aquellos años en España faltaba casi de todo, en los pequeños pueblos alejados de la capital la carencia de algunas cosas era casi absoluta. El material de papelería era prácticamente desconocido en el pueblo. Hasta entrados los años 60 no se generalizó el uso de material escolar más moderno y pedagógico.



Nombre de las escuelas primitivas.

Aparte de los pupitres, el mobiliario se reducía a una recia mesa de madera para el maestro, una vitrina para guardar los libros, el gran encerado negro, los mapas, un crucifijo y las fotos obligatorias de dos personajes de cuyos nombres renunció a acordarme.

LAS CLASES

La labor de los maestros en esas escuelas era ardua. Había que recibir e incorporar a los más pequeños, intentar que no lloraran, que estuvieran más o menos quietos... Al mismo tiempo, avanzar en la lectura y la escritura con los ya iniciados. Introducir a otros mayores en la aritmética, las cuatro reglas y sencillos problemas de cálculo, que casi siempre trataban sobre ovejas, conejos, patatas y remolachas; la geometría, las fracciones... A medida que los chicos iban creciendo, la cosa se complicaba. Había también que hacer dictados (la buena ortografía u la caligrafía eran entonces muy importantes y distinguían rápidamente a las personas instruidas de las que no lo eran), redacciones, dibujos conmemorativos de efemérides patrióticas o religiosas... Y Trajano, Viriato, los Reyes Católicos, Colón, el general Palafox, Daoíz y Velarde... Y las regiones, provincias y capitales de España, con sus ríos, montes y cordilleras; sus mares, cabos y golfos –*Creus, Machichaco, Finisterre, Palos...*-. Todo ello visualizado en el aire, con el único apoyo visual de algún dibujo muy simple en blanco y negro. Los únicos medios audiovisuales que yo conocí en esos primeros años fueron un globo terráqueo que había que mirar, pero no tocar –no fuéramos a abollarlo– y un par de mapas de hule que se colgaban de unos clavos sobre el encerado: España física y España política. En esos mapas estaban representados unos accidentes y lugares con unos nombres que hace muchísimos años no he vuelto a oír: cordillera Carpetana, cordillera Oretana, sierra Mariánica; Castilla la Vieja (con Santander incluido –¡qué lujo!–); Castilla la Nueva (con Madrid en su interior –¡qué afrenta!–); las provincias Vascongadas...



Escuelas nuevas. Originalmente no había rejas en las ventanas.

EL MAESTRO

No me resulta fácil hacer la semblanza de mi primer maestro, el que me enseñó a leer, a escribir, a amar los libros, a hallar en las lecturas más variadas un refugio contra el aburrimiento, las horas muertas, hasta que estas se convirtieron en horas vivísimas, llenas de emociones, personajes, paisajes y enseñanzas. La figura del maestro y del padre se sobreponen y no soy capaz de diferenciar los papeles de uno y otro. Espero y deseo que el mismo efecto que causó en mí y en mis hermanas lo provocase también en otros alumnos y amigos míos. El impulso que siempre me dio por la lectura me llevó a la larga a amar la cultura en general y a ser más libre, quizás, que otros que no tuvieron la suerte de encontrar la salida de la jaula de la ignorancia. Tal vez las alas que me proporcionó me llevaron a volar más lejos de lo que él hubiera calculado y deseado. Eso provocó más de un conflicto entre nosotros; pero es que cuando uno aprende a volar, nadie puede controlar hacia dónde le llevarán sus alas.



Don Luis Arranz Mozo.

Don Luis Arranz Mozo llegó a Torrescárcela en el curso 1955-56, y permaneció allí ejerciendo hasta el año 1974, cuando las necesidades de tres hijos empezando el bachillerato, o a punto de hacerlo, le forzaron a trasladarse. Pero antes de irse preparó a muchas promociones de chicos y chicas, que tomaban clases particulares después del horario de escuela y se presentaban a los exámenes libres. Muchos terminaron así su Bachillerato o, al menos, el elemental. De esta manera, algunos tuvieron una oportunidad que, de otra forma, habrían perdido. De esos jóvenes salieron luego profesionales que ocuparon muy buenos puestos en diversos campos de la actividad industrial, médica, académica, comercial... Casi siempre los resultados fueron buenos y pocos hubo que abandonaran los estudios una vez empezados. Pero, en honor a la verdad, no debemos pensar que todo el mérito fuera de Don Luis —que sí lo tuvo, y mucho—. Las condiciones de vida del pueblo en aquellos años —poco atractivas para los jóvenes a partir de la adolescencia—, el ejemplo de la durísima vida de sus padres labradores en esos años en que la mecanización del campo solo estaba empezando, y la falta de oportunidades de realización personal dentro del pueblo para las chicas fueron un acicate muy poderoso para que los que tuvieron la oportunidad se esforzaran y sacaran adelante sus carreras universitarias. Además, estos jóvenes eran muy conscientes del sacrificio que sus familias estaban realizando, y sabían que en casa no iban a tolerar que perdieran el tiempo o fracasasen en sus estudios.

También hay que reconocer que las mujeres no habían alcanzado las cotas de igualdad de oportunidades que se merecen y hoy, poco a poco, van conquistando. Eso hacía que algunas familias proporcionaran estudios superiores solo a los hijos

varones, o al más privilegiado. Pero, en fin, ese es otro asunto que no es el que nos ocupa ahora.

Don Luis se encontró en Torrecárcela una población adulta irregular y precariamente escolarizada, por lo que organizó unas clases vespertinas para los que habían perdido su oportunidad en su infancia y juventud. Según testimonio de alguien que conoció aquellas clases de adultos, había días en que la escuela estaba más llena que durante las mañanas y tardes con los alumnos oficiales.

La iniciativa de Don Luis no se redujo solo al ámbito escolar y académico. Al llegar, mi padre se encontró un pueblo sin distracciones, sin diversiones, donde los hombres trabajaban hasta el anochecer y después iban al bar. Las mujeres se quedaban en casa y como único esparcimiento tenían el rosario o la novena del santo que tocara. Don Luis introdujo el fútbol o, al menos, introdujo un balón. La vitalidad y energía de los chicos hizo el resto. Se organizaron torneos con los pueblos de alrededor, aunque creo que los partidos no siempre acababan bien. La fogosidad de los chicos de todos los pueblos solía tener derivas belicosas, sobre todo cuando el resultado les perjudicaba.

Don Luis se preocupó de que el tiempo libre —al menos el de los chicos— tuviera alternativas al ocio que embrutece, y a través de los instrumentos del régimen consiguió llevar algo de distracción sana y estimulante a Torrecárcela. Creó el grupo de la OJE, lo que dio la posibilidad de disponer de un local con juegos de mesa, biblioteca y una de los primeros televisores del pueblo. Allí se veían películas, partidos de fútbol y baloncesto, las vueltas ciclistas, las series de la época... Yo jamás escuché allí una opinión política, un intento de adoctrinamiento o proclamar consignas patrióticas. La OJE de Torrecárcela era, sencillamente, el hogar de los jóvenes en su tiempo libre. Y durante varios años los chicos mayores participaron en los campamentos que esa organizaba en Somo y Loredó, en Santander. Para todos ellos fue la primera visita al mar, tan alejado de nuestra meseta. Los más pequeños nos moríamos de envidia y se nos iban los ojos detrás de esos mocetones que se marchaban vestidos con sus uni-

formes paramilitares, sus mochilas y tiendas de campaña a vivir en la realidad las aventuras que nosotros solo podíamos ver en la televisión y remedar en nuestros juegos.

También organizó Don Luis algún campeonato de atletismo, sin medios ni instalaciones, pero con unos *atletas* entregados y todo el pueblo entusiasmado, siguiendo a sus jóvenes y aclamando a los vencedores como si fueran héroes homéricos. Y, con la ayuda de mi



Casas de los maestros.

madre, un grupo de teatro que preparó y representó pequeñas obras a las que no faltaba nadie del pueblo.

Don Luis se vio forzado por la autoridad competente a desempeñar la labor de secretario de la Hermandad de Labradores y Ganaderos, que fue el germen de las actuales Cámaras Agrarias, pero dentro de la estructura del Sindicato Vertical de esa época. Se tomó mucho interés y empeño en que los agricultores empezasen a cotizar las cuotas de autónomos agrícolas –algo que la administración empezaba a impulsar entonces– para que al final de su vida activa pudieran cobrar una jubilación.

En fin, Don Luis fue un maestro que, aparte de su labor en la escuela, llevó un impulso de modernidad al pueblo y que los que participaron en ella todavía le reconocen.

¿Hizo mejores el maestro a sus alumnos? Casi seguro que, en muchos casos, sí. De lo que no hay duda es de que a algunos privilegiados, o más afortunados, les abrió una puerta con la que antes no contaban. La escuela –rural, precaria, carente de medios, como lo estaba nuestro país, en general– fue el primer paso hacia un futuro con el que ni esos jóvenes ni sus padres habían soñado antes de que Don Luis llegara. De lo que sí estoy seguro es de que Torrescárcela nos hizo mejores a nosotros, a mi familia. A mí me hizo mejor. El recuerdo y el modelo de la vida en el pueblo, la memoria de aquella red de afectos y amistades que no se limitaba a unas cuantas personas elegidas, sino que incluían a toda la comunidad, por la simple razón de que éramos del mismo pueblo, siempre me han acompañado y reconfortado. Ahora que la organización del mundo ha cambiado tan radicalmente y que los pueblos van desapareciendo, siento que cometemos un grave error que hemos de pagar (que estamos pagando ya) muy caro. Hoy, que tengo ya muchos años, siento que por debajo de todo el lodo que he ido acumulando en la vida, sigue brotando desde el fondo de mi alma un chorro de agua limpia y fresca, el agua pura de la fuente de Torrescárcela.



Pilón y lavadero.

LA GENTE

Ignoro la complacencia o desagrado con que los maestros transmitían esos hechos históricos tan ramplones y sesgados por las instrucciones y programas de enseñanza del régimen que nos gobernaba, sin que nosotros, niños todavía, lo sospecháramos. Los adultos, de esas cosas no hablaban. Lo que sí puedo afirmar es que, pese a todo el adoc-trinamiento ideológico a que fuimos sometidos durante toda nuestra infancia y ado-

lescencia, la gente de Torrecárcela siempre supo hacer buen uso de su criterio y cada cual pensó y actuó según su buen entender, el sentido común y la inclinación natural, que en el caso de mis vecinos era buena. Y así el pueblo se manejó siempre estupendamente, lo mismo con dictadura que en democracia. Siempre oí decir a mis padres que la gente de Torrecárcela era buena, y que ahí no se daban los casos de rencillas y odios añejos que tanto habían envenenado otras localidades. Eso es lo que hizo, quizás, que mi padre, pudiendo haber solicitado el traslado a otro pueblo más grande o a la capital, decidió permanecer en la querida Torrecárcela cerca de veinte años.

Mi percepción, puede que ingenua por mi corta edad e idealizada por el amor que sentía por el pueblo, es que la gente se llevaba bien, que había buen entendimiento y colaboración entre los vecinos y que siempre había alguien dispuesto a echar una mano a quien lo necesitara. Eso me hace creer que la gente de Torrecárcela no solo era buena, sino también sabia, ya que supieron navegar tiempos muy difíciles y, casi siempre, prosperar y medrar, salvo en los casos en que algunas familias se vieron forzadas a abandonar la aldea y emigrar. Jamás presencié ni oí hablar de una discusión seria o pelea entre vecinos.

Ese carácter apacible y solidario de la gente, si bien no pudo impedir que algunas familias tuvieran momentos difíciles y de necesidad, sí ayudó a evitar la desesperación que conduce a menudo a consecuencias trágicas. Una comunidad unida arropa mucho. Los labradores trabajaban todo lo que había que trabajar, que era mucho, cuando tocaba hacerlo. Los dos o tres pastores que había salían todos los días del año con sus rebaños de ovejas y cabras. Unos y otros descansaban cuando había que descansar. Las mujeres no descansaban nunca, y todos disfrutaban y se divertían juntos en las fiestas. Los muchachos y muchachas iban a la escuela. Los padres, conscientes de las dificultades que añade a la vida la falta de instrucción, tenían gran interés por los progresos de sus hijos. Eran tiempos en los que la gente, a pesar de las carencias y las secuelas de una guerra y de una posguerra que se prolongó durante demasiados años, veía ante sí un horizonte esperanzador y vislumbraba un futuro prometededor para las nuevas generaciones. El experto ojo de los maestros sabía descubrir las mentes más privilegiadas de los alumnos y alumnas, y animaban a algunas familias a que permitiesen seguir estudios a sus hijos, aunque eso a menudo representase más sacrificios y esfuerzos. A pesar de las muchas trabas que estorbaban el camino, muchos chicos y chicas continuaron estudiando y no pocos alcanzaron brillantes carreras profesionales. En cierto modo, de la escuela rural de Torrecárcela salieron ingenieros, médicos, empresarios, militares, profesores, comerciantes, bancarios... Y agricultores, obreros, emigrantes..., pero más preparados que sus padres, con una mentalidad nueva que había de romper barreras, prejuicios y tabúes. También hubo, lamentablemente, cursos vitales que se desviaron, se perdieron en oscuros vericuetos o se truncaron, pero puedo asegurar que no fue por culpa de la escuela, que no pudo hacer nada por evitarlo, ya que las circunstancias de la vida son muy diversas y esta es indiferente al destino de las personas, pudiendo llegar a ser muy injusta.

EL TRABAJO ESCOLAR

Las tareas escolares eran sencillas y se hacían en clase. No recuerdo nunca haber llevado deberes para casa. Los maestros sabían que buena parte de sus alumnos tendrían ya suficientes tareas esperándoles al terminar la escuela. Y que en muchas de ellas no había condiciones para estudiar. De modo que, ¿para qué complicar las cosas...!

Sin embargo, cada día aprendíamos algo nuevo. Al principio era el manejo del «pizarrín» o el lápiz. El control de la mano, inestable las primeras semanas y más segura a menudo que se iba ejercitando, hasta alcanzar una maestría casi perfecta en el trazo de palotes en todos los sentidos y direcciones. Luego venían las vocales. Primero, reconocerlas. Después escribirlas, combinarlas, formar las primeras palabras. Poco a poco, la cosa se iba complicando. Ya leíamos la cartilla, a menudo guiados por algún alumno de los mayores. ¡Qué orgullo y qué emoción! Íbamos corriendo a nuestras madres —¡madre, ya sé leer esto y aquello!— y se lo queríamos demostrar leyendo todo lo que encontráramos leíble: «a-r-r-o-z-s-o-s»; «g-a-s-e-o-s-a-l-a-p-i-t-u-s-a»; «c-o-l-a-c-a-o»; «f-l-a-n-e-l-m-a-n-d-a-r-í-n»...

En Torrecárcela había muy pocos letreros que leer: la placa metálica de *Teléfonos*; algún cartel publicitario en la tienda de ultramarinos; el gran cartel metálico de los *Nitratos de Chile*, con la silueta de un hombre montado a caballo; el de los *piensos Sanders*, con el cerdito intentando en vano pasar por el triángulo del logotipo por culpa de su sobrepeso, lo que probaba la bondad y eficacia del pienso. Un día descubrimos en la puerta de un corral unas tablas que habían servido para sustituir a otras rotas y en las que ya fuimos capaces de leer los restos de una inscripción: «*FALANGE ES*». Y dos o tres tablas más allá: «*Y DE LAS JONS*».

—¿Y eso qué es?

—Pues eso, de lo de Franco.

—¡Ah!

Y nos íbamos corriendo a otro sitio, a ver qué encontrábamos por el camino.

La escuela tampoco era mucho más rígida. Una vez asumido que dentro de ella había que mantener un comportamiento adecuado, las horas transcurrían apaciblemente. Con una treintena de alumnos de todas las edades en cada una, el silencio que los maestros pedían de vez en cuando —más por rutina que por convicción, porque sabían que en cualquier caso iba a ser muy efímero— era más parecido al zumbido de miles de abejas que al sigilo que sí se exigía en la iglesia. El maestro —mi padre— solía estar rodeado en su mesa por el grupo de chavales a los que en ese momento les tocaba explicación o dar la lección. El resto de la clase se iba poco a poco envalentonando, los susurros ya eran voces, las visitas a otros pupitres eran frecuentes y aquello pronto se convertía en algarabía. El maestro, que ya estaba habituado al inevitable jaleo y tardaba en darse cuenta del pequeño caos que se había ido formando, de repente reaccionaba. Un par de golpes de regla sobre su pesada mesa de madera maciza y

una advertencia general restablecían el semi-silencio durante unos pocos minutos. Y vuelta a empezar. Y así hasta la hora del recreo.

Los recreos no tenían una duración exacta, y solían durar hasta que uno de los dos equipos que jugaban al fútbol en la era contigua a la escuela marcaba el gol de la victoria. El maestro –gran aficionado– también participaba. Mientras tanto, otros jugaban a canicas, a la peonza, a las perras, o a juegos que pondrían los pelos de punta a cualquier experto en seguridad y riesgos laborales de hoy. De regreso a la escuela, cambio de grupos, nuevas tareas, la maravillosa rutina de siempre. Y ya es la hora de comer. Todos corríamos a casa, donde nos esperaba el resto de la familia, la comida de nuestra madre y el *parte* en la radio. Todavía tendrían que pasar unos años para que llegase la televisión.

No bien hubiéramos terminado de comer, ya habría llegado algún amigo a buscarnos para volver a la escuela, punto de encuentro de todos los chicos y campo de todos los juegos.

Las tardes pasaban rápido. La digestión de la comida solía pasar factura al maestro –que no a nosotros–. Era el tiempo de la lectura, en grupo o individual. En la grupal era donde los buenos lectores podían lucirse, y los malos tenían que soportar las risas y bromas de los demás cuando leían, por ejemplo, la «parábola del hijo *prodigio*».

LA LECHE

Al final de las clases, justo antes de salir, se repartía la leche. La leche era el último vestigio de unas migajas que correspondieron a España de un plan Marshall que dejó fuera a nuestro país. Antes de que yo entrara a la escuela, también repartían queso. La leche era en polvo y venía en grandes barricas de cartón. Se hacía en la misma escuela, en una gran perola que se colocaba sobre la tapa de la gloria, que, en invierno, cuando se encendía, se ponía al rojo vivo. Era esa una tarea de gran responsabilidad y que el maestro solía confiar a alguno de los chicos mayores, que se sentía privilegiado y liberado de algunas tareas escolares de esa tarde. Era de la máxima importancia que en la leche no quedasen grumos y que el polvo estuviera bien disuelto. Todos llevábamos una bolsita hecha por nuestras madres con un vaso de aluminio donde se nos servía la leche. Así, todos tomábamos una merienda caliente y supuestamente nutritiva los días de escuela.

Después, un Ave María rezado rápidamente y los pies empujando ya impacientes hacia la salida, los juegos y la libertad.

LA BIBLIOTECA

Y un buen día, sin saber muy bien cómo habíamos llegado hasta allí, los primeros libros de lectura, donde ya no se leían palabras sueltas o frases sin mucho sentido, sino

que eran historias, cuentos, poesías, canciones... ¡Aquello era una fiesta, un mundo nuevo! Por las tardes, cuando la clase solía estar más tranquila y no había una tarea inmediata que hacer,

—¿Don Luis, puedo leer?

—Está bien, coge un libro.

—¿Puedo coger *Primavera*? ¿O *Rueda de espejos*?

¡Qué historias, que leímos una y cien veces y nunca nos cansaban! *El hombre que corrió delante de la muerte*, *La tortuga charlatana*, *La camisa del hombre feliz*, *Polvorilla*... Nuestra imaginación creaba y completaba todo lo que aparecía y no conocíamos aquellas historias, y para lo que no teníamos siquiera una imagen mental. En *El túnel del Simplon*, ¡un tren que atravesaba las montañas entre Suiza e Italia! ¡20 kilómetros de túnel, casi como de Torrecárcela a Tudela! ¡Cómo imaginarlo, si nunca habíamos visto una montaña? Únicamente allá lejos, en el horizonte, en dirección a Segovia, desde el pueblo se veía, casi transparente, la silueta de Navacerrada. Y así, lo real se transformaba en imaginario, y lo imaginado volvía a ser real a través de los juegos.

Un día ocurrió algo que a mí y a otros compañeros nos cambió la vida. Llegó a la escuela una camioneta enviada por el Ministerio y descargó un montón de cajas. Ese día, con todos los alumnos grandes y chicos amontonados alrededor de las cajas y de la mesa del maestro, ya no se hizo otra cosa que ir abriéndolas y descubriendo lo que guardaban en su interior. Estaban llenas de libros, de cada uno de los cuales había varios ejemplares. El maestro sacaba un libro con cuidado —y yo creo que hasta con algo de emoción—, lo miraba con detenimiento, lo hojeaba y se lo entregaba a algún chico de los mayores, que a su vez lo miraba y lo pasaba a los demás. Y luego, con mucho orden y cuidado, otro alumno de la máxima confianza los iba colocando en el armario-vitrina que había y que guardaba el globo terráqueo, el cual tuvo que resignarse a vivir en el exterior, expuesto al polvo y a los accidentes. De hecho, al cabo del tiempo la esfera terrestre tenía unas cuantas abolladuras, como si nuestro planeta hubiera sufrido el ataque de otros tantos meteoritos.

En el lugar que antes había ocupado el orbe se fueron colocando los nuevos libros: Corazón, Cuentos de Andersen, Cuentos de los hermanos Grimm, Industrias y andanzas de Alfanhuí, Viaje a la Alcarria, Estoy en Puerto Marte sin Gilda, Don Quijote de la Mancha (ed. escolar)... Los libros estaban marcados con el sello «MEC». Muchos de nosotros los leímos todos, y son, probablemente, los que más he disfrutado en mi vida. ¡Lo que daría por volver a tener esos libros en mis manos! Seguramente ya ni existen. ¡Si alguien se los hubiera quedado! ¡Si alguno se hubiera salvado! Pero no creo. Por no existir, ya no existen ni las escuelas, que cerraron hace ya bastantes años por falta de niños.

Esa biblioteca trascendió la escuela y, en un pueblo desprovisto de entretenimientos para los adultos, aparte del bar y la partida en los que solo participaban los hombres, algunos adultos fueron a pedir a mi padre que les prestase un libro para

leer en casa. «Llévese este, Abundio, que seguro que le ha de gustar». Recuerdo que había un matrimonio muy viejo, de los más pobres del pueblo, que apenas traspasaban la puerta de la calle. La mujer, que sabía leer, fue muchas veces a buscar libros a la escuela. Los vi con frecuencia sentados a la puerta de su casa, aprovechando la luz natural; ella, toda vestida de negro, leyendo en voz alta para él; él, muy atento, interrumpiendo de vez en cuando para hacer algún comentario. De esa manera, la biblioteca de la escuela se convirtió en la biblioteca pública de Torrescárceles. Un uso que, probablemente, el «MEC» no había previsto.

INFANCIA Y LIBERTAD

La infancia es casi siempre la etapa de nuestra vida que más nos marca como personas, que en buena medida configura nuestra personalidad en formación y determina nuestra futura relación con el mundo y sus gentes. Por eso es tan importante que todos los seres humanos tengan la oportunidad y el derecho a disfrutar de una infancia feliz, aun teniendo en cuenta la subjetividad que envuelve ese concepto. Es muy probable que haya niños –y adultos– que no sean felices y no sean conscientes de ello, o solo lo sean más adelante, durante el desarrollo de sus avatares vitales. Pero cuando un niño sí es feliz, lo sabe en el momento, saborea cada acto cotidiano, porque todos ellos constituyen estímulos que hacen que el niño se levante de su cama dispuesto a lanzarse a la aventura de vivir y deseoso de hacerlo. A lo largo de cada jornada tendrá alegrías, disgustos, enfados, triunfos y momentos de euforia. Alegría de despertarse cada mañana y sentir que habita dentro de un cuerpo pleno de vitalidad, plétórico de energía. De saberse en su casa, sea esta rica o modesta, rodeado por el núcleo familiar que le da seguridad y cobijo. Disgustos que no dejarán huella y se le olvidarán casi de inmediato. Enfados por contrariedades sin importancia que serán barridos por la siguiente emoción. Triunfos en el juego o la escuela. Euforia de reencontrarse con sus amigos y continuar la aventura que dejó interrumpida ayer, o de comenzar una nueva. Todas estas emociones y otras muchas, imposibles de catalogar por infinitas, se viven en la escuela. Esta tiene un papel protagonista en el tránsito de la persona desde su estado de infante al de adulto.

En los años en los que yo fui escolar, muchos chicos y chicas salían de la escuela ya prácticamente transformados en mozos y mozas, que era la etapa previa –y muy próxima– a la de hombres y mujeres con todas las letras. Algunos pasaban de la escuela a trabajar, a ayudar a sus padres en el campo o en el oficio que tuvieran, y ellas a ayudar en la casa a sus madres, que faena no había de faltar. Otros más afortunados a seguir estudiando.

Infancia y escuela van, o deberían ir, juntas, ser dos caras de la misma moneda. En mi caso, infancia, escuela y pueblo coinciden perfectamente. En el mundo rural, los niños y las niñas pasábamos del abrigo de la casa y de los padres al ámbito



Crucero de las escuelas.

igualitario y democratizador de la escuela, donde debíamos aprender a ganarnos nuestro espacio y el derecho a formar parte del grupo. Pero sabíamos que el hogar y la familia estaban cerca, a unos pocos metros. Todos respirábamos el mismo aire, nos unía el mismo tañido de campanas a la hora del ángelus, el mismo crotoreo de las cigüeñas en la torre de la iglesia, la misma bocina del coche de línea anunciando su llegada, el mismo frío mordiente de la helada invernal y el sol inclemente de verano. La misma preocupación por el riesgo de que un rayo pudiera hacer arder toda la cosecha a punto de ser segada...

Ahora, los pueblos de nuestra Castilla, igual que pasa en otras regiones, se quedan sin niños. Las escuelas cierran y hay que juntar a los retoños de varios pue-

blos para poder mantener una escuela unitaria abierta. Pero en los años 50 y 60 no existía ese desajuste demográfico. Los pueblos estaban llenos de niños y niñas y entre todos llenaban ambas aulas. Toda la vida transcurría dentro del pueblo, del que, en general, se salía muy poco. Infancia, escuela y pueblo coincidían y formaban un todo que no soy capaz de separar en mi recuerdo. Una cosa era la continuación cotidiana y amable de la otra. Los compañeros eran también los amigos. El dicho que afirma que para educar a un joven hace falta una tribu, en Torrecárcela era un hecho. Eran otros tiempos, apenas había coches y los peligros venían más por podernos hacer daño en juegos y aventuras demasiado arriesgadas que del entorno. La libertad era casi absoluta, aunque había normas sagradas que todos conocíamos y teníamos asumidas: saludar a los mayores cuando te cruzabas con ellos y hablarles siempre con respeto; dejar lo que estuvieras haciendo si un adulto se dirigía a ti y escucharle con atención; contestar con «sí, señor» o «no, señora»; realizar inmediatamente el recado que te pudiese encomendar, aunque te resultase un fastidio; entrar al rosario si te dejabas atrapar por el cura... Siempre estábamos dispuestos a cumplir con las normas no escritas, pero inculcadas en nuestra conciencia a fuerza de oírse las repetir a nuestros padres, a los maestros, a toda la tribu. Y, en caso de duda, estaba la amenaza terrible que en seguida nos hacía retornar al buen camino: «*¡que se lo digo a tu padre!*» Y si te pillaban haciendo algo que no era del todo ortodoxo, la otra frase infalible que tenía la fuerza de una amonestación bíblica: «*¿qué, te ayudo yo?*» Eran normas que todos comprendíamos y no costaba mucho obedecerlas. La vida era un placer dulce que se saboreaba día a día.

LA VIDA

En una época en que España era todavía bastante pobre y solo tímidamente empezaba a salir de la autarquía del régimen franquista, los bienes de consumo eran escasos y en el medio rural las familias vivían básicamente de lo que producían. La huerta suministraba la mayor parte de los alimentos diarios, que se ajustaban estrictamente a la producción estacional. Esta era muy variada en verano y se enriquecía en otoño con los frutales, la vendimia y los frutos de nogales, almendros y pinos piñoneros. Las legumbres eran la despensa del invierno. Conejos, pollos, pichones, un cerdo al año los más acomodados y algo de cordero de vez en cuando eran el complemento raro y de lujo en casi todas las mesas. A estos había que añadir los regalos de la naturaleza, los cangrejos del Valcorba, los caracoles de las huertas y los *nicalos* de los pinares. Un menú, como se puede ver, más parecido al que disfrutaba Don Quijote que al que tenemos hoy día. El pescado solo llegaba de manera esporádica e irregular al pueblo, a bordo de una vieja camioneta de madera que avanzaba entre saltos y estertores, por lo que se la conocía en la comarca como la *Tirita*. Solía ser el pescado que había sobrado de vender en Cuéllar y otros pueblos más grandes. Casi nunca destacaba por su frescura y estaba reservado casi en exclusiva a los enfermos.

—¿A quién tienes enfermo, Julia, que has comprado pescadilla?

El único pescado casi siempre disponible eran las sardinas arenques, el bacalao en salazón y los chicharros en escabeche. Jamás tuvo que reprender el médico a nadie para que comiera menos carne o grasas. El frío siberiano de los inviernos del páramo y las largas jornadas de los labradores en el campo se encargaban de metabolizar por completo cualquier exceso nutricional. La poca leche que se consumía —aparte de la que tomábamos en la escuela— procedía de la cabra que algunas familias tenían y que el pastor reunía y llevaba al campo cada mañana. Al caer la tarde, los rebaños volvían al pueblo y cada cabra buscaba ella sola el camino a su cuadra. Dieta de gente recia y austera, que se conformaba con poco y no se quejaba por casi nada. Y, durante todo el año, el pan, el maravilloso pan fabricado con el trigo candeal que era el cultivo principal de la provincia, con el que se hace el famoso pan bregado, el «lechuguino» de Valladolid.

En ese contexto, la leche y el queso de la escuela y el calor proporcionado por la leña de pino que alimentaba la gloria eran dos aportaciones extra al bienestar de los escolares. Jamás pasamos frío en la escuela durante los largos y crudísimos inviernos del pueblo, y disfrutábamos de un calorcito que casi nunca había en las casas de entonces. La abundancia de pinares de esa comarca proporcionaba leña prácticamente gratuita y sin límites. Antes de que empezase el tiempo frío, el ayuntamiento se ocupaba de suministrar varios remolques de leña, que se guardaba en una vieja ermita que había junto a las escuelas y que también servía de refugio en los días de lluvia. Hoy se quiere recuperar esa ermita como un elemento patrimonial más, al igual que su nombre: ermita del Humilladero.

ESCUELA RURAL, PENSAMIENTO RURAL

En esos últimos años de posguerra, España no había realizado aún el cambio al desarrollo y a la modernidad, y la parte rural de nuestro país representaba un peso grande en la economía, en la demografía y en nuestra idiosincrasia. Pero había una diferencia muy grande entre la forma de vida, las comodidades y las oportunidades que ofrecían las dos almas de la nación: la rural y agrícola, por un lado, y la urbana, industrial, comercial y administrativa por otro. En esta última era donde se tomaban —y se toman— las decisiones



Pan candeal.

que nos afectan a todos y se marcaba la ruta hacia el futuro y la modernidad. Se inició así un proceso de divorcio entre ambas del que salió perjudicada la parte rural. Y se consumó lo que considero un error, que desde entonces no ha dejado de agravarse. El ascenso de una no tendría por qué haberse hecho a expensas de la otra. Pusimos todos los huevos en la misma cesta, y esta se ha empezado ya a romper. Identificamos vida rural con atraso, ignorancia y mala calidad de vida, cuando no tendría por qué ser así. Recuerdo con admiración el espíritu austero de las generaciones anteriores, que renunciaban sin esfuerzo a comodidades y lujos que quizás se hubieran podido permitir, pero que sí deseaban para sus hijos. Y lo hacían con el estoicismo de quien llega al borde de un abismo, como Moisés contemplando la Tierra Prometida, y aceptaban que ellos se quedarían fuera y solo podrían vislumbrarlos, pero sus descendientes sí disfrutarían de ellos.

Sin embargo, una de las preocupaciones y prioridades de aquellos padres siempre fue la de dar un futuro a los hijos, y eso pasaba necesariamente por la educación. Por eso existía en los pueblos un interés auténtico y sincero por que hubiese una escuela funcionando. Un servicio básico que en la ciudad se daba por descontado, en aldeas y pueblos no estaba garantizado. No siempre era posible encontrar un maestro o una maestra dispuestos a encerrarse en esos lugares, de entrada poco atractivos. Y cuando disponían de unos docentes que respondían a sus expectativas y había unas escuelas funcionando, la gente los mimaba. La escuela rural de los años 50 y 60 abrió puertas a muchos jóvenes e hizo felices a muchos padres, que veían con gran alivio la perspectiva de progreso para sus retoños. Los chicos de las ciudades también iban a la escuela, pero, con el fenómeno de la emigración a las ciudades, generaciones de niños y jóvenes tuvieron que adaptarse a un ambiente muchas veces degradado y hostil, en barrios y ciudades sin campos, sin pinares, sin raíces, sin la libertad y la seguridad de las aldeas de sus padres, de las que procedían, y donde los jóvenes que terminaban la escuela no eran más que un recambio en la cadena de montaje, en la obra o en el comercio que iba abandonando la generación precedente a medida que alcanzaba la

jubilación. Siempre trabajando para otros, sin vinculación con el entorno ni raíces que los nutrieran en esa sociedad extraña y artificial. En cambio, los que tuvimos la inmensa fortuna de criarnos y asistir a la escuela de nuestro pueblo nos beneficiamos de la gran ventaja de recibir simultáneamente la educación escolar, la social y la sentimental, en un entorno natural y enriquecedor. Esa sintonía, esa sincronización entre lo que se aprende, lo que se vive y lo que se transmite por medio del modelo social dominante es lo que más puede hacer buenas a las personas.

Dotando a los pueblos de los servicios básicos de educación, sanidad y comunicaciones que demanda la sociedad actual tendríamos una nación más contenta, más articulada; desatascaríamos las grandes ciudades y reduciríamos los problemas que origina la sobrepoblación y las dimensiones colosales e inabarcables de muchas urbes. Minimizaríamos la dificultad de conciliar la vida familiar y laboral y detendríamos la despoblación, muerte y desaparición de nuestros pueblos, que son un patrimonio cultural de primer orden.

Cada vez más personas lo vemos de esta manera y creemos que el futuro pasa por una vuelta a otra forma de vida en la que cada miembro de la comunidad tenga un nombre, unos apellidos, una casa, un mote familiar, una historia, una voz y una importancia que debe ganarse y merecerse dentro de esa comunidad. Cada vez somos más los que creemos que la sociedad del futuro pasa por un entendimiento entre lo rural y lo urbano, en la creación de unos vasos comunicantes que conecten ambas formas de vida y de organización social, y que impida que el auge de una lo sea a costa del sacrificio y muerte de la otra, la más débil. El futuro, sí, debe volver a ser en parte rural. Y la escuela rural debe tener futuro. La escuela rural es futuro.

RECUERDO INFANTIL

Luis Auñón Muelas
(Albalate de las Nogueras, Cuenca)

Apenas alcanzábamos el alto de la plaza, la escuela aparecía de repente, al otro lado de la plaza. Cuatro columnas cuadradas sostenían una precaria galería, configurando un pequeño soportal de acceso. Tras cruzar la puerta de entrada se accedía a un zaguán sórdido y oscuro donde había montones de leña apilados. Después, había que subir unos escalones muy empinados hasta llegar al aula. La única clase que había era una estancia amplia y mal distribuida con un pilaren el centro que obstaculizaba la visibilidad. En un extremo de la clase, una puerta cerrada con llave daba acceso al temido cuarto de las ratas, una pequeña estancia oscura sin ventanas ni ventilación exterior, en donde el maestro encerraba a los castigados. En las ocasiones que tuve que entrar al cuarto de las ratas, pude descubrir lo que allí había: sillas y mesas viejas apiñadas., cajas de cartón vacías, sacos de leche en polvo, mapas inservibles, tinteros rotos... Y entre tan desbarajuste, merodeaban a sus anchas los pequeños roedores. Al otro lado tres escalones y una puerta de madera daban acceso a una galería con vistas a la plaza. Recuerdo una barandilla vieja y destartada de madera, unas persianas de color verde y algunos cristales rotos, porque a los niños habíamos tomado la costumbre de jugar a fútbol en la plaza.

La clase estaba repleta de desvencijados bancos de madera corroídos por la carcoma y los años. Unas láminas planas formaban dos asientos incorporados en cada pupitre. Las tablas se plegaban sobre la parte posterior, y luego, se abatían quedando en posición horizontal. En la parte inferior, junto al suelo, había unos listones transversales sobre los que descansábamos los pies, sucios por el barro de los zapatos los días de lluvia. En la parte superior, un tablero inclinado sobre el que apoyábamos renegridas libretas y la Enciclopedia Álvarez, aquel libro grueso con pastas de cartón. A cada lado del tablero, había un tintero negro incrustado dentro de una abertura redonda y una hendidura alargada para sujetar la pluma. De la pared, pendían antiguos mapas deslavazados por la humedad y sujetos por clavos corrosivos y colgando de cochambrosos cordeles: un encerado liso y brillante sobre el que resbalaba la tiza y era difícil escribir, y los retratos peculiares de dos personajes extraños que, junto a la frase: «Arriba España», vigilaban cada uno de nuestros actos desde el interior de sus marcos de madera.

—Incultos e ignorantes jovencitos, ellos son los Padres de la Patria—, renegaba exasperado Don Teodoro señalando con el dedo a los insólitos personajes.

Don Teodoro se enfurecía tanto que el pelo se le ponía de punta como las púas de un erizo y descargaba su cólera dando golpes con la vara diestro y siniestro y bramando como energúmeno:

—Estudiad. Y si no lo hacéis por mí, hacedlo al menos por ellos. Ellos han de ser vuestro modelo—, y mostraba otra vez con la punta de la vara sus rostros graves y severos.

Llegó un momento, en que no sabíamos a quién temíamos más, si a Don Teodoro o a las ilustres personalidades de los cuadros de la pared. Sin sombra de duda, llegamos a creer que, si en alguna ocasión escapásemos a las iras de Don Teodoro, a buen seguro, saldrían de sus marcos de madera y bajarían a castigarnos.

Un día, casi por casualidad, me fue desvelado el secreto de uno de uno de los misteriosos personajes, cuando mis padres sacaron la conversación en el momento que él estaba hablando por la radio. Entonces, supe que fue el culpable de la muerte de muchos inocentes al terminar la Guerra Civil y de que otros pasaran largos años en las cárceles o reclusos en campos de castigo. También supe, entre otras cosas, que era culpable de la miseria e incultura en que estaba sumido nuestro país, porque había cerrado las fronteras, y con ello, el paso del progreso.

Al parecer, mi padre era lo que Don Teodoro llamaba con menosprecio un sucio rojo, algo que, al parecer, no tenía que ver nada con el color: pero que, según a la conclusión a que llegué, no estaba bien considerado por mi maestro. Mi padre hablaba de nuestra guerra, como él decía al referirse a la Guerra Civil, por lo que supuse que hubo otras guerras, pero no fueron nuestras y, por tanto, mi padre no tuvo que luchar en ellas. Mi padre, hablaba también de las cárceles campos de castigo donde estuvo recluso. Pero me costaba acostumbrarme que hubiese luchado en una guerra, tal y como había visto en algunas películas de cine, en los dibujos de mi *Enciclopedia Álvarez* y en las ilustraciones de mis tebeos del *Jabato* y del *Capitán Trueno*. Y me daba que pensar, el hecho de que estuviese en la cárcel como si fuera un delincuente.

Sin embargo, pronto pude comprobar que ser hijo de rojo también tenía sus ventajas. Don Teodoro se ensañaba más con mis compañeros que conmigo, o los hijos de Julián, otro cochino rojo como él decía. Mientras nuestros padres le rehuían, los padres de los otros muchachos acudían a él con actitud sumisa a decirle: «Duro con ellos, Don Teodoro. Zúrreles fuerte que son muy burros». A lo que él contestaba con ironía: «Como sus padres. De tal palo, tal astilla».

Así, no era extraño que Pedro, un muchacho miope, diera de bruces contra la pizarra por el impacto de un bofetón de Don Teodoro por arrimarse demasiado a la pizarra, o que Vicente, un chico de pocos alcances, sufriera cada día la marca de la vara en sus nalgas tiernas y desnudas, según lo que él llamaba con sarcasmo: «Paliza a culo visto».

Una vez, oí comentar que Don Teodoro no era maestro, cosa que no me sorprendió. Al parecer, cuando terminó la guerra, los oficiales que habían combatido en el bando nacionalistas los destinaron a cargos importantes durante la Dictadura. Don Teodoro, como otros muchos, fue nombrado maestro de escuela sin tener titulación, mientras los maestros republicanos que habían sobrevivido a la guerra, habían sido destituidos de sus destinos para llenar las cárceles con ellos.

* * * * *

Alto, delgado, enjuto y seco; como sacado de un episodio del *Quijote*, a Don Teodoro le gustaba pasear su escuálida figurar larguirucha y desbarbada entre los destartados pupitres de la clase. Le agradaba escuchar sus pasos resonando en el aula silenciosa y el entrechocar de los zapatos sobre la áspera superficie del suelo. Cada vez que se acercaba hasta alguno de nosotros, nos amagábamos asustados, como canes temerosos, y él sentía un enorme placer al escuchar latir acelerados nuestros tiernos corazones, esperando el momento en que su mano larga y huesuda cayera sobre nuestra frágil cabecita.

Era un día soleados a principio de la primavera. El sol irrumpía con fuerza a través de los cristales. Transcurría la primera hora de la tarde. Los niños preparábamos nuestras tareas. En la parte superior de los cuadernos, habíamos escrito con letras grandes y mayúsculas la palabra «DICTADO», dejando fluir abundante tinta de nuestras plumas. Don Teodoro fue hasta el armario, extrajo un libro de la estantería y comenzó a dictar: «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza...». Una tenues e ingenuas risitas brotaron de nuestras inocentes bocas. De pronto, me estremecí de miedo al sentir que Don Teodoro se encontraba tras de mí.

Recuerdo con tristeza aquella tarde de abril, de rodillas en un ángulo de la clase con los brazos en cruz, soportando el peso de dos gruesos libros en las manos y el sol que se filtraba por el cristal escociéndome en el rostro. Para mitigar el dolor cerré los ojos y traté de escuchar lo que sucedía en la plaza. Escuché el ladrido de un perro, el cantar de la herrería, un vendedor gritando a mercancía, el pregón del alguacil en las cuatro esquinas y la algarabía de los gorriones en el olmo de la plaza y en las acacias en flor. El sol me hería el rostro. Un dolor penetrante me correteaba por brazo y piernas. Lloré en silencio. Hasta que, no pudiendo resistir más, descansé el peso del cuerpo sentándome sobre los talones., doblé un poco los brazos, con tan mala fortuna que perdí el equilibrio y los libros cayeron al suelo. Intenté incorporarme, pero en ese instante, sentí la mano huesuda de Don Teodoro levantándome del pelo y volviéndome a mi posición a viva fuerza. Tras las brumas borrosas de mis pupilas humedecidas por las lágrimas, distinguí el perfil aguileño. su rostro enjuto y el reguero de hilillos negros encima de su labio superior. Su bigotito de fascista, el contorno luminoso de

su cráneo al esbozar la luz un reflejo agónico sobre su calva y su imperdonable ignorancia pedagógica permanecieron imborrables para siempre en mi memoria.

* * * * *

Mi compañero de pupitre era Marianín. Vivía en la misma calle que yo y, junto con Santiago, el hijo del herrero, formábamos un pequeño grupo de inseparables amigos. Íbamos juntos a la escuela al igual que a jugar a la plaza, a coger nidos o a cazar ranas. Subíamos corriendo las calles de polvo entre piedras sueltas y hoyos, donde los días de lluvia nos gustaba hundir nuestros zapatos en los charcos. Cuando llegábamos a la entrada plaza, nos deteníamos a jugar con el agua de la fuente, en tanto suscitábamos los comentarios de las mujeres que llenaban cántaros y botijos apoyadas sobre la pila circular de piedra.

—Hay que ver cómo crecen estos chicos.

—Granujas, a ver si vais a embozar el desagüe.

—Hala, no os entretengáis, a ver si vais a llegar tarde a la escuela.

Cuando Don Teodoro golpeaba la cristalera del balcón, cruzábamos la plaza y desaparecíamos bajo el porche empedrado de la entrada.

Pero, aquella tarde, no tomamos el camino de la escuela. No nos detuvimos a jugar con el agua de la fuente ni escuchamos las regañinas de las mujeres. Nos fuimos por otro camino. Bordeamos el pueblo por las afueras y subimos río arriba. Seguimos sus meandros persiguiendo el vuelo rítmico de mariposas y libélulas. Buscamos guindas frescas, endrinas amargas y moras negras entre las zarzas. Y nos metimos en el agua a pescar cangrejos y renacuajos.

El viento silbaba entre las ramas de los chopos, trinaban los gorrioncillos en las ramas de los almendros y las grajas asomaban en las oquedades de las hoces.

El nido estaba en la copa del chopo. Marianín comenzó a trepar por el troco áspero. Subía y subía sin escuchar nuestros gritos diciéndole que bajara. Ya casi tenía el nido al alcance de la mano cuando el árbol cedió ante su peso y cayó despacio, con las dos manos agarradas a la rama. Recuerdo a Marianín apoyado sobre dos muletas, haciendo grandes esfuerzos por seguir nuestros juegos, y a Don Teodoro gritando: «Dios castiga sin dar palos».

* * * * *

Marianín jugaba distraído. Había atrapado una mosca y la había metido dentro del tintero. Trepaba por el cristal, pero el infortunado insecto volvía a caer sumergiéndose en la tinta. Negros nubarrones navegaban por el cielo amenazando lluvia. Los cánticos de los aguadores se escuchaban a lo lejos como un presagio más de la que se avecinaba. Marianín sacó la mosca con la punta de la pluma y dejó que se deslizara

por el pupitre, dejando una estela tan negra como el trozo de cielo que asomaba a través de los cristales.

Marianín palideció al advertir la figura quijotesca de Don Teodoro junto a él, dando suaves golpecitos con la vara en el pantalón. Secos escalofríos recorrieron el cuerpo de Marianín y una nube oscura le nubló la razón. A lo lejos, un relámpago iluminó el cielo y se escuchó el eco de un trueno, lejano todavía. La clase enmudeció. Dejaron de cantar los aguadores. Bajamos la vista a las libretas, mirando de reojo al compañero que, blanco de las iras del maestro, escondía la cabeza entre los brazos tratando de mitigar la lluvia de golpes que se le venía encima. Afuera, llovía copiosamente.

Lágrimas inocentes manaban de los ojos de Marianín hasta caer sobre la libreta y esparciendo las letras mayúsculas donde había escrito: «CABOS DE ESPAÑA». Se secó las lágrimas con la bocamanga del jersey, arrancó la hoja y escribió con letra clara: «No maltrataré a los animales y cuidaré el mobiliario de la clase». Así, hasta las cien veces ordenadas por Don Teodoro.

—El castigo es la mejor forma de educar—, aseguraba Don Teodoro.

Llegó a decir, incluso, que sufría nuestros castigos y le dolían a él los golpes más que a nosotros mismos, pero éramos nosotros quienes lo pedíamos a gritos. Si embargo, no nos lamentábamos y obedecíamos en silencio aceptando golpes y castigos como algo natural, dando por bueno el eterno adagio de Don Teodoro: «Sabéis que es por vuestro bien».

* * * * *

Gerardo era el muchacho más distraído que he conocido en los días de mi vida. Lo recuerdo, sentado en uno de los pupitres de la última fila. Pero, en realidad, allí sólo estaba su cuerpecito minúsculo. Su pensamiento andaba lejos. Volaba sobre el cielo azul o trepaba por las escabrosas piedras.

Las lecciones quedaban olvidadas en las altas hoces, en el fondo del charco en las copas de los olmos que se estiran perezosos a la orilla de río.

—Vamos a ver, Gerardo. ¿Cuáles son los principales ríos de España?

Pero aquellos ríos quedaban demasiado lejos, abstractos, confusos, sin agua, surcados apenas por una línea azul sobre el mapa. Resultaba difícil creer que aquello fuese un río. Nuestro río era mucho más real. Por él se deslizaban aguas frescas que nos acariciaban la piel cuando nos zambullíamos en ellas. Además rebosaba de truchas, cangrejos y renacuajos. Arrojàbamos nuestros barquitos de papel para que navegase río abajo. Y hacíamos balsas para que allí se detuvieran peras manzanas y cerezas.

—¿Gerardo! ¿Cuáles son los principales ríos de España? —resonó más fuerte la voz de Don Teodoro.

—Pero Gerardo guardó silencio. Para él no existía más río que nuestro río. Aunque no conociera su nombre.

—A ver, tú, Luis —me preguntó—. Dile a Gerardo cuales son los principales ríos de España.

—No los recuerdo en este momento —balbuceé.

Yo no los recordaba en ese momento, puede que Gerardo no los recuerde nunca. Pero, aunque hubiésemos recordado sus nombres, la imaginación no nos hubiera permitido zambullirnos en aquellas líneas angosta e imprecisas trazadas sobre el mapa, y corretear por sus riberas.

Cuántos días perdidos en la escuela. Lecciones confusas. relegadas al olvido: aritmética, geometría, religión, geografía, historia... ¿Para qué queríamos conocer las grandes guerras.? ¿De qué nos iban a servir aquellas luchas recónditas y extrañas? Luchas de épocas pasadas tan distantes en el espacio y en el tiempo, tan distintas a nuestras propias guerras: La Reconquista, la Guerra de la Independencia, Don Pelayo, El Cid Campeador... Entre tanto nombre extraño las tardes transcurrían lentas, soporíferas. Pero nosotros dejábamos que el tiempo transcurriese, que los minutos se fueran desgranando hasta que sonaran las cinco campanadas liberadoras en el reloj de la torre de la iglesia. Entonces, el campo se convertía en una página en blanco donde escribíamos nuestra propia historia. Desplegábamos sobre él nuestras lecciones como el invierno despliega su tupido manto blanco. Urdíamos nuestras propias guerras sobre tan singular campo de batalla. Guerras alegres y divertidas, pese a que, terminaríamos descalabrados, con las ropas rotas y llenos de rasguños y arañazos. Corríamos disparando nuestras armas de juguete. Nos deslizábamos a todo correr, por campos y caminos. Subíamos y bajábamos cerros blandiendo nuestras espadas de madera.

—Estáis cercados. Rendiros y entregad las armas.

—Antes nos arrojamos por la torrentera.

Entonces, saltábamos desde lo alto de la roca y desaparecíamos entre las piedras resbaladizas del cauce seco.

Días perdidos en la escuela. Días monótonos, interminables. Mañanas pueriles y horas tediosas en el sopor de la tarde. Asustados, solos frente al miedo y el frío de la clase. Así, la huella del tiempo se fue trenzando a nuestro talle, se enredó como un hilo de seda entre los dedos y, sin darnos cuenta, ascendimos aprisa por la dulce escala de los años hasta concluir la enrevesada historia infantil de nuestros días y despertar de súbito a la siempre incierta aventura del mañana.

A pesar de todo, me gusta recordarlo. Me gusta horadar en los confines de la memoria y recordar de nuevo la simple anécdota, la singular semblanza, la verdadera fábula, la empírica biografía de lo que realmente fuimos. Pero, ¿con qué inherente y misterioso estigma nos marcaron? Después de tantos años, recalco en el tiempo y me pregunto: ¿por qué no guardo rencor a aquel maestro?

SATURNINA FUENTES, MAESTRA DE BRANDILANES

Adoración Barrio Fuentes
(Brandilanes, Zamora)

Soy Adoración Barrio Fuente, «Dorita» en aquella época. En el periódico *La Opinión de Zamora*, de 16 de octubre, he leído un artículo de que el Ayuntamiento de Fonfría, convoca un certamen para buscar testimonio sobre la escuela rural. Me pareció una idea genial. Mi madre era maestra en Brandilanes durante los años cuarenta y cincuenta. Se llamaba Saturnina Fuentes.

La escuela estaba en nuestra casa, o mejor dicho nuestra casa estaba en la Escuela. Se entraba por el portal, teníamos mesas corridas para cinco o seis niños. Era una escuela mixta. Escribíamos en pizarra, con pizarrín. No había bolis. Y en los cuadernos escribíamos con lápiz los pequeños y los mayores con pluma y tinta. Cuantas veces se caía el tintero en el cuaderno, y la maestra nos reñía.

Mamá, la maestra, nos explicaba en el tablero con tiza. Recuerdo que nos enseñaba los nombres de los ríos, las cordilleras, las provincial los golfos y los cabos. Los teníamos que aprender de memoria. También estudiábamos historia, gramática, aritmética. El Evangelio, los sábados. Ella era muy entusiasta de la religión, pero además era obligatorio su estudio. Preparaba con mucho cariño a los niños y niñas para la Primera Comunión. En Navidad poníamos el nacimiento y en mayo declamamos los versos a la Virgen y le ofrecíamos Flores del campo, que cada uno de nosotros había recogido el día anterior. Leíamos *El Quijote* y ella nos lo explicaba, porque nos parecía muy raro.

Teníamos «recreo», como lo llamábamos. No teníamos patio, corríamos por una explanada en la que siempre había barro, aunque no hubiera llovido. Jugábamos a los contrabandistas. En aquella época era lo que veíamos que hacían los mayores, también jugábamos a las casitas, con trocitos de tejas. Hacíamos platos con hojas de los árboles y plantas. Las hojas del olivo que había cerca de la iglesia eran sardinas. Éramos felices, la verdad.

Por la tarde, las niñas hacíamos labores y costura, tareas de vainicas, realce y punto de cruz. Los niños hacían trabajos manuales. Recuerdo que, con la ayuda de mi padre, hicieron un molino copia de los originales. Tenía tejada, tablas, tobera, y una piedra de 50 cm de alto y 50 de ancho. Quedo precioso. Mi madre lo presento en un cursillo en Zamora y fue muy aplaudido. Recuerdo a mis compañeros de entonces. A algunos no los he vuelto a ver. De otros si he tenido noticias.

Quiero contar una anécdota que estando reunidos unos cuantos padres para hacer un reparto de un dinero por las vacas que tenía cada uno, no eran capaces de ponerse de acuerdo. Entró el hijo de uno, que tendría 13 años y dijo. Pero si esto lo hacemos en la escuela. Se llama reparto proporcional, Les hizo la cuenta. Los padres se quedaron pasmados, de tal manera que el padre del niño le dio las gracias a la maestra.

La *Enciclopedia* de Álvarez fue un logro. Mi madre la adoptó enseguida, porque veía que era mucho más asequible para estudiar. La maestra de Castro, doña Paca, que tenía una hija de nuestra edad venía a veces a casa y comentaban lo bien que le parecía la enciclopedia.

Algunos jueves por la tarde hacíamos excursiones al campo y al día siguiente un ejercicio de redacción sobre lo que habíamos visto, flores, árboles. También escribíamos cartas, que la maestra decía que eran muy importante.

Un día un pastor le pidió un libro y mi mamá le dio a elegir, el chico dijo que cualquiera, A la semana siguiente trae el libro y mi madre le pregunto si le había gustado. Él le dijo que no lo había entendido bien porque no sabía leer. Eso la decidió a dar clases por la noche a los adultos porque le impactó mucho lo que pasaba. A la luz del carburo asistían muchos adultos.

Fueron doce años en esa escuela, de la que tengo muchos y buenos recuerdos. Luego pidió el traslado a Carrascal, a 5 km de Zamora, para que nosotras, mi hermana y yo pudiéramos estudiar en el Instituto.

Este es mi pequeño homenaje a una maestra de pueblo, a todos los maestros y maestras de aquellos años y a una escuela que ya desapareció.

LA ESCUELA EN SAN PEDRO DE LAS HERRERÍAS

Enrique Bellver Llorens
(San Pedro de las Herrerías, Zamora)

I. INTRODUCCIÓN

Bajo la denominación de escuela aquí se analizan dos conceptos distintos, los procedimientos seguidos y los espacios necesarios para impartir la enseñanza elemental a los niños ubicados en San Pedro de las Herrerías y la evolución del propio edificio «la escuela» que tuvo como misión inicial impartir tal enseñanza en el lugar y que posteriormente, derivó hacia otros usos. El primer concepto comenzó en el momento que hubo alguien con capacidad de aprender y continúa, y el segundo, tuvo una duración relativamente muy corta, dedicándose el edificio con posterioridad a una función social.

La capacidad de la población ubicada en la entidad de San Pedro de las Herrerías, para formación elemental reglada, ha dependido fundamentalmente de la disponibilidad de alumnos y de enseñantes y ambas cosas a su vez se relacionan con las circunstancias que convergían en el lugar. A tal fin se sintetiza la evolución de aquellos conceptos que se han considerado más representativos en el periodo en el que se dispone del censo con cierta fiabilidad.

2. EXPOSICIÓN DE LAS CIRCUNSTANCIAS DE SAN PEDRO DE LAS HERRERÍAS

San Pedro hasta el primer tercio del siglo XIX, era un lugar (no pueblo) perteneciente al «estado de Alcañices», situado en la ladera sur de la sierra de la Culebra, a 900 m. de altura sobre el nivel del mar, justamente donde nace el río Aliste. A partir de 1847, quedó integrado como una entidad dependiente del municipio de Mahíde del que dista 3,5 km. Desde el punto de vista de la población, siempre se ha mantenido muy limitado, pues, en el siglo XVI, se contabilizaba 15 almas¹, en el siglo siguiente,

¹ Censo de Felipe II (1591). (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas al pie son del Autor. N. del E.)

alcanzó 23 residentes², es de suponer que habría crecido en una familia, circunstancia que se mantiene hasta principios del siglo XVIII, donde se documenta la existencia de 4 familias³. A mediados del mismo, la población ya había alcanzado las 6 familias, todas ellas dedicadas al cultivo fundamentalmente de cereales con una producción mínima, algo de pastoreo, tres posadas y tres tratantes⁴. En el último tercio de ese siglo la población estaba constituida por 29 personas de las cuales, en edad habitual de ir a la escuela (entre 7 y 15 años), habían 5, 2 de ellas hembras y 3 varones⁵. El ritmo de crecimiento poblacional de un lugar aislado como este es muy lento, en el que vemos que en los tres siglos solo se incrementa en 14 personas, (posiblemente 3 familias), pero a partir de este momento, se observa que la población se estabiliza a lo largo de más de medio siglo sin superar las 30 personas, ello podría ser debido a que la limitada producción agropecuaria del lugar, no permitía mantener a más de una treintena de personas a base de centeno trabajado con el arado romano y las castañas de árboles silvestres. En tales circunstancias, es de suponer que la escuela no representaría una prioridad vital en su vida.

A mediados del siglo XIX, al integrarse el lugar de San Pedro de las Herrerías en el municipio de Mahíde, se siguen contemplando. un censo de 7 familias y 32 personas⁶. No obstante, a partir de este momento se observan cambios en el entorno de San Pedro. Por una parte, la población se duplica al llegar al final de siglo XIX (17 familias con 63 personas)⁷, lo que da a entender que en el mismo espacio cultivable disponible se producía más alimento, posiblemente ello se deba, a la introducción del cultivo de la patata en este lugar, circunstancia que había comenzado medio siglo antes en Galicia y en otras regiones de España y que permitía disponer de manera segura mayor cantidad de comida con el mismo espacio cultivado y con menor dedicación de decursos humanos. Menos dedicación de los niños al trabajo del campo. Otra, que la población de menores, entre 7 y 15 años ya tenía una cifra significativa (el número medio de nacimientos/año en el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, fueron de 1,⁸. Se comienzan a ver referencias documentadas en a partir de mediados del siglo XIX, que recogen por primera vez de maestros o asimilados, formación, escuelas y presupuestos, tal como se detallan en los siguientes puntos.

En la primera mitad del siglo XX, San Pedro de las Herrerías tiene un crecimiento espectacular llegando a una población de 28 familias y 113 personas en

² Memorias del arzobispado de Santiago-Cardenal Jerónimo del Hoyo (1607).

³ Vecindario general de España-Marqués de Campoflorido (1712).

⁴ Censo del Marqués de la Ensenada (1752).

⁵ Censo del Conde de Floridablanca (1778).

⁶ Boletín Oficial de Zamora, nº 45 (1857)

⁷ La provincia de Zamora, Felipe Olmedo Rodríguez (1905)

⁸ Registro Judicial del municipio de Mahíde, entre 1871 y 1950 (particularizado para San Pedro).

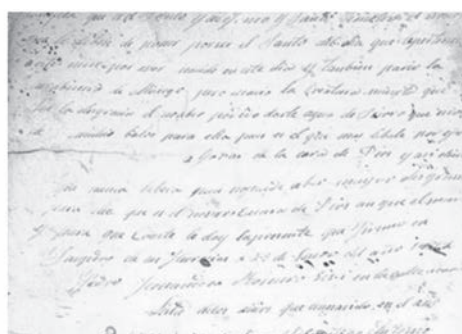
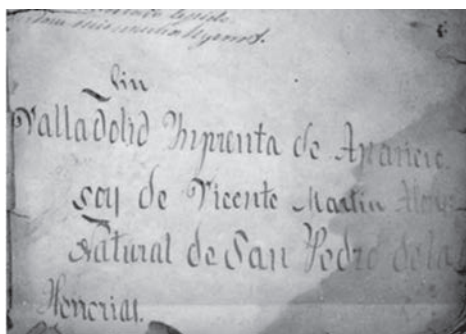
1960⁹ Este crecimiento estuvo relacionado a la creación de las infraestructuras del entorno: carretera provincial ZA-912, instalación del ferrocarril y sistemas asociados y la reforestación de la sierra de la Culebra. Acabadas las obras, duró poco la alegría en la casa del pobre, en el último tercio de siglo, la población residente en San Pedro posiblemente era inferior a la existente época romana y además toda mayor.

Con todas estas circunstancias, hubo entre la mitad del siglo XIX y final del XX: formación rural para niños en el campo, en escuela compartida con otras localidades, en escuela propia en San Pedro, derrumbe de la anterior y recuperación del edificio de la escuela desde el suelo, para otros usos.

3. LA FORMACIÓN HISTÓRICA

No se han encontrado referencias del tipo de formación existente antes del siglo XIX, cuando el número de familias era inferior a ocho, lo que, si podemos resumir que no existía una escuela como tal, ni qué tipo de enseñanza se recibía, pero puede asegurarse que sí que se impartía algún tipo, dado que se han encontrado algunos documentos de la mitad del siglo XIX, donde personas adultas, afirmando que son de San Pedro, que debieron ser alumnos en el siglo XVIII, escriben muy correctamente en forma, expresión gramatical y contenido. Da la impresión de que el analfabetismo de la gente del lugar, al menos entre el personal masculino, no fuera lo extensivo que pudiera corresponderse con un entorno con las dificultades y aislamiento que aparentemente se daban para el acceso a la formación.

Lo más probable es que se desplazaran a Mahíde en edad infantil y que algún de niño, a partir de la adolescencia siguieran por los derroteros de la formación religiosa, cosa habitual en aquellos tiempos, dado que los temas observados tienen tal contenido.



1840. Restos de documentos de la mitad del siglo XIX, manuscritos por gentes del lugar, encontrados es San Pedro de las Herrerías (los autores debieron aprender a escribir en su infancia, posiblemente a finales del siglo XVIII).

⁹ Instituto Nacional de Estadística (2000).

Analizando la documentación de la Administración (Boletines Oficiales de la Provincia de Zamora) de los años 1836 y siguientes, vemos que San Pedro de las Herrerías, entidad independiente de Mahíde hasta 1847, tenía en común con esta los presupuestos dotacionales para el «maestro», y que año tras año se convocaban su puesto como vacante. Un resumen de tales referencias es el siguiente (1846):

RELACION de los pueblos de esta provincia que reunidos en distritos sostendrán escuela elemental completa por permitirlo su vecindario ó recursos, con expresion de la dotacion que deben abonar al Maestro segun señalamiento de esta Comision.

PUEBLOS.	Dotacion que ha de gozar el Maestro	Cantidad que corresponde pagar á cada uno.	CAPITAL DEL DISTRITO.
S. Pedro de las Herrerías		90 20	
Maide	1500	805 14	Maide.
Pobladura de Aliste		342 10	
La Torre		261 24	

La dotación es en reales de vellón.

A partir de estos datos, del censo de San Pedro de las Herrerías en 1846 y considerando que el presupuesto anual que recibe el maestro es por alumno, independientemente del lugar donde provenían, se ha realizado una aproximación a la dimensión de la escuela en ese curso, con los siguientes resultados: el número total de alumnos en la escuela del distrito, situada en Mahíde podría llegar a 83 alumnos, de los cuales 5 procedían de San Pedro, 44 de Mahíde, 19 de Pobladura y 14 de la Torre. Por cada niño se abonaba al maestro/año 18 reales y 4 maravedís, en total 1.500 reales de vellón que haciendo una traducción a la moneda actual vendrían a ser aproximadamente 2.000 €/año. En 1847:

Comision Provincial de Instruccion primaria de Zamora.

Se hallan vacantes las escuelas de los pueblos que á continuacion se espresan, dotadas en las cantidades que en cada una se señala.

Mayde.	489	} 1500
S. Pedro de las Herrerías.	100	
Pobladura.	456	
La Torre.	455	

Los aspirantes presentarán sus solicitudes con los documentos correspondientes á la secretaria de esta comision, antes del dia 24 de Abril próximo, en cuyo dia deberá procederse por los ayuntamientos á la eleccion y nombramiento en la forma que previenen las instrucciones. Zamora 20 de Marzo de 1847. —El Presidente interino Faustino Arribas. —

De 1848 a 1950:

Comision Provincial de instruccion primaria de Zamora.

Num. 394.

Se hallan vacantes las escuelas de los pueblos y distritos escolares que á continuacion se espresan, cuyas dotaciones se marcan en cada uno.

Maide.	450	} 1100
San Pedro de las Herrerías.	70	
Pobladura de Aliste.	540	
La Torre.	260	

En este año se produce una recesión importante de las dotaciones presupuestarias para la plaza de maestro, pasando de 1.500 a 1.100 reales. En el mismo documento se especifican las condiciones que deben cumplir los maestros que concurren a las vacantes.

Los que aspiren á estas Escuelas no necesitan tener título de Maestro, bastará que presenten un certificado de estar dedicados á la enseñanza y haberla dado en cualquiera de los pueblos de la provincia; pero serán preferidos los que tengan título.

Las elementales solo podrán solicitarse por Maestros que tengan título de Escuela elemental ó superior.

Unos y otros habrán de presentarse en la Secretaria de esta Comision con la solicitud, su fé de Bautismo, un certificado del Ayuntamiento y Párroco del pueblo en que hayan residido los seis últimos meses que acredite su buena conducta y sus títulos ó una copia autorizada de ellos los que los tengan.

1 de enero de 1850. *Revista de Instrucción primaria.* Tomo 2.

En cuanto a la formación a impartir, tal boletín también recoge alguna recomendación, en el sentido de que sea eminentemente dedicada a la actividad relacionada con la agricultura.

La enseñanza de agricultura es del mayor interés en nuestro país sobre todo, agrícola por excelencia. La generalidad de los discípulos que frecuentan nuestras escuelas han de ocuparse en el cultivo de los campos, y en tal supuesto deberíamos considerar su estudio como uno de los ramos de la enseñanza general. Su importancia es tan conocida, que no tenemos necesidad de enunciarla. Pero entiendo que al tratar de la enseñanza de la agricultura en las escuelas primarias no habíamos sino de la parte que realmente puede hacerse popular. La agricultura es ciencia vastísima, cuyo conocimiento requiere estudios preparatorios muy extensos, y en el que es preciso entrar con teorías elevadas, que no están al alcance de los niños, ni pueden adquirirse sino en establecimientos de instrucción exclusivamente destinados á este objeto. El maestro no puede dar una enseñanza completa ni teórica, ni práctica, porque le falta la ciencia para lo uno, y el tiempo, los medios materiales y muchos conocimientos para lo otro.

¿A qué se reduce, pues, la enseñanza agrícola en las escuelas? A inspirar á los niños una idea elevada del arte que han de practicar un día, á disponerlos á emanciparse del imperio de la rutina, á que seojan favorablemente los procedimientos que recomiendan la experiencia y los adelantamientos de la ciencia, y á infundirles gusto hácia el cultivo de los campos, de los árboles útiles de todas clases, y á la cria y mejora de los animales que le ayudan en sus trabajos, y de los que le pueden servir de alguna utilidad. Nociones sencillas sobre la ciencia, y de aplicación general, y nociones especiales aplicadas á las circunstancias de la provincia, y mejor aun del pueblo á que pertenece la escuela, es lo que ofrece interés y lo que puede ser provechoso para los discípulos.

1 de enero de 1850. *Revista de Instrucción primaria.* Tomo 2. Formación primaria en colegios rurales.

Igualmente, hasta 1853, año tras año se incluye una nota en el BOPZA, indicando que los alcaldes de dichos pueblos no han presentado los correspondientes recibos

de haber abonado los importes consignados en los presupuestos que deben percibir los maestros para «surtir las escuelas de libros y demás útiles necesarios para la enseñanza» y en consecuencia posiblemente ni se cubría la plaza ni existía escuela ni maestro.

En el BOPZA del 23 de junio, se introduce una nueva reestructuración de los colegios de la zona, de manera que se crean 2 agrupaciones educativas: una en Mahíde que integrará a San Pedro de las Herrerías y otra en Pobladura que integrará a La Torre. Incrementando la dotación presupuestaria.

Según describe Santiago Méndez Plaza, en *Costumbres de Aliste*, libro galardonado en 1900:

Comision provincial de instruccion primaria de Zamora.

Se hallan vacantes las escuelas de los pueblos y distritos que con sus respectivas dotaciones se expresan á continuacion.

PUEBLOS.	Dotaciones Rs.
Pobladura de Aliste.	500
Torre de Aliste.	500
Escuelas incompletas.	
Mahíde.	700
S. Pedro de las Herrerías.	400

«Hasta el año 1857 no hubo otros maestros que los galocheros, así se llamaban a los gallegos y leoneses que en la temporada de invierno iban al campo de Aliste, donde se dedicaban a la enseñanza y a la vez a hacer cucharas y otros utensilios de madera.

La instrucción del galochero era muy escasa, en correspondencia con las necesidades de sus discípulos, pero la suficiente para enseñar a estos a leer, escribir, sumar y restar, y cuando más a multiplicar y dividir. Tal era la cultura de aquellos maestros, la misma que transmitían a sus alumnos en la temporada de enseñanza.

En el mes de Noviembre llegaban los galocheros a los pueblos, distribuyéndose entre los que solicitaban su ministerio, los Ayuntamientos de cada pueblo pagaban una cantidad alzada, 25 pesetas, término medio por temporada, además de lo que en especie daban los vecinos que tenían chicos, a quienes se obligaba, una vez contratado el galochero, a mandar a sus hijos a la escuela, o por lo menos a contribuir en la parte que le correspondiera para el coste de la enseñanza: ordinariamente era una libra de pan de centeno y un cuarto los sábados.»

Más adelante Méndez Plaza comenta que:

«desde el año 1860 al 70 se ha ido organizando la enseñanza oficial, los galocheros no han vuelto a este país y han sido sustituidos por los maestros nombrados por el Estado, sin que se ofrezca nada digno de especial mención, a no ser el interés de los campesinos en que sus hijos aprendan a leer y escribir, aunque no les sirva para otra cosa que, para firmar, cuando son cabeza de familia, los documentos de crédito a favor de los acreedores.»

En 1869, Fernando Fulgosio, en su *Crónica de la Provincia de Zamora*, recoge que, en el conjunto del partido judicial de Alcañices, de 15.067 hombres 9.831 (65%), no sabían leer ni escribir, de las 15.792 mujeres, 15.554 (98%) se encontraban en tales circunstancias. Haciendo una extensión de tales cifras a San Pedro, para la misma época y población correspondiente (y simplemente como valor estadístico), se alcanzaría las circunstancias de que posiblemente ninguna mujer su-

quiera leer y de los hombres, sabrían unos 6. En los años 1859 y 1860, Mahíde con San Pedro de las Herrerías, tienen una escuela «incompleta» (las que tienen menos grados de los que corresponden a la enseñanza primaria). En el *Boletín Oficial de la Provincia de Zamora* (BOPZa) se recoge un aumento de dotación presupuestaria hasta 2.000 reales y se indica los requisitos exigidos para la solicitud de las plazas.

Alcañices. Mahíde con San Pedro de las Herrerías. 2000
 Todas las expresadas escuelas tienen los emolumentos de la ley además de la dotación señalada.
 Los Sres. Profesores de uno y otro sexo que aspiren á las respectivas escuelas presentarán sus solicitudes en la Secretaría de la Junta á que corresponde la que deseen obtener, por término de un mes á contar desde la publicación de este anuncio, acompañadas del título profesional ó testimonio del mismo, y una certificación del Cura Párroco y Ayuntamiento de su domicilio en que acrediten su buena conducta y la relación de méritos y servicios, y para las incompletas la de aptitud y moralidad que previene el art. 181 de la ley de instrucción pública, á falta del referido título, con los demás documentos expresados. Salamanca 24 de Julio de 1860.
 El Rector Doctor, Tomás Belestá.

1860. BOPZa del 30 de julio.

No parece que se hubieran cubierto en los años precedentes la plaza de maestro de manera estable. En el año 1861, después de una inspección de las escuelas de niños del partido Judicial de Alcañices, se propone a la Junta de Instrucción Pública de Zamora la creación de «*distritos escolares*», en base a que existen ayuntamientos que carecen de recursos necesarios para sostener en cada pueblo una escuela. Mahíde y San Pedro de las Herrerías, constituyen un distrito escolar para atender a un total de «396 *almas*», con la escuela en el primero. Se les asigna un presupuesto anual de 2.000 reales.

Cuatro años después la plaza aparentemente sigue vacante

Universidad literaria de Salamanca.
 En cumplimiento de lo que prescribe la disposición tercera de la Real orden de 10 de Agosto de 1858, se publica á continuación la siguiente lista de las Escuelas vacantes en la provincia de ZAMORA.
 Incompletas de niños
 Mahíde y su agregado San Pedro de las Herrerías, con 2.000 reales.

1864. BOPZa de 23 marzo.

Al final del siglo XIX, la escuela de Mahíde tenía una dotación anual de 500 pesetas, integrando en la misma a los alumnos de San Pedro de las Herrerías.

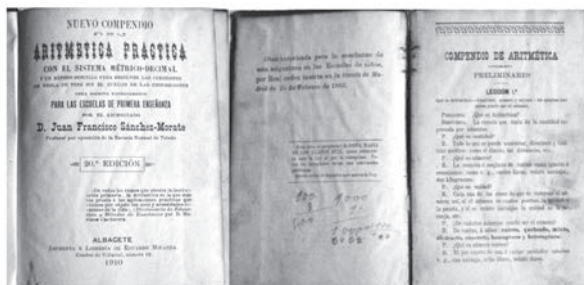
PROVINCIA DE ZAMORA.—Por concurso de ascenso.—La de niños de Malva, con 750 pesetas, y la de niñas de Benavente, con 1.100.—Por concurso único.—De ambos sexos.—La de Villaveza del Agua, Mahíde, Gallegos del Río y Villardiga, con 500; Grisuela, con 375; Arcillo, con 300; Formariz, con 290; Valer, Riomanzanas y San Juanico el Nuevo, Valparaíso y Garrapatas, con 250, y Hedradas, con 187,50.

1893. *La Gaceta de Instrucción Pública* (Mahíde integraba a San Pedro de las Herrerías).

En la primera parte del siglo XX, se mantiene la situación anterior, de manera que en 1905, Felipe Olmedo y Rodríguez en La Provincia de Zamora, recoge que San Pedro de las Herrerías no dispone de escuela y los alumnos asisten a la de Mahíde, escuela que tiene una dotación de 500 pesetas año. En conjunto Mahíde y sus lugares asociados tienen una población de 921 habitantes, 472 varones de los cuales 266 saben leer (56%) y 449 hembras de las cuales 29 también el (6,5%). Extrapolando los datos a San Pedro con una población de 68 a principio de siglo XX, 20 de los varones sabían leer, frente a 3 hembras. Debe reconocerse el mérito a los alumnos por el hecho de formarse, resultaba un verdadero esfuerzo tener que desplazarse al menos 7 km diarios para recibir la enseñanza, en condiciones meteorológicas muchas veces no propicias para desplazamiento diario y el miedo al lobo.

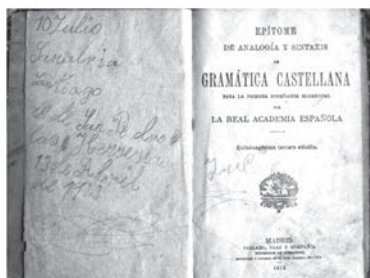
4. LIBROS UTILIZADOS EN ESTA ESCUELA

De los años que la escuela para los alumnos de San Pedro, permanecía en Mahíde y que viene a corresponderse entre la segunda parte del siglo XIX y la primera del XX, se han recogido alguno de los libros que estaban vigentes y que presuntamente fueron colectivos pasando de manos en manos de los estudiantes, porque en sus laterales aparecen nombres de diversos usuarios. A modo de ejemplo se tiene una aritmética, una gramática española y una geografía universal.



Aritmética práctica, editado en 1910. Este programa estaba vigente desde 1863.

Con este manual los alumnos aprendieron a contar más allá que con los dedos.



Gramática Castellana para la primera enseñanza elemental, RAE, 1915.

En las páginas en blanco, al menos hasta 1923, los distintos usuarios dejaron sus referencias manuscritas.



Libro de Geografía y Atlas, de uso en la escuela.

También se ha observado en San Pedro una publicación editada en 1813, con el título «EXPLICACIÓN DE LOS GÉNEROS, PRETÉRITOS Y SUPINOS DE LOS VERBOS» que, en la primera página intercalado con el título y el autor, existe una descripción que dice: «Natural de San Pedro las Herrerías». Por el nivel de su contenido es de suponer que se estudiase en alguna escuela de nivel superior a la de una zona rural, por ejemplo, en un seminario, aunque la persona hubiera estudiado sus primeros años en el lugar



Libro de gramática editado en Valladolid en 1813 y propiedad de una persona que afirma es «Natural de San Pedro de las Herrerías».

5. CREACIÓN DE LA ESCUELA EN SAN PEDRO DE LAS HERRERÍAS

La sistemática de la formación se mantuvo con el ajuste presupuestario correspondiente hasta el año 1954, en el que se publica el *Boletín Oficial del Estado* la correspondiente orden por la que se crea con carácter provisional una escuela mixta en San Pedro de las Herrerías, momento que el lugar tenía más de 100 pobladores.

<p>Ilmo. Sr. Director general de Enseñanza Primaria.</p> <p>ORDEN de 10 de Julio de 1954 por la que se crea con carácter provisional Escuelas nacionales de Enseñanza Primaria.</p> <p>Ilmo. Sr.: Vistos los expedientes y propuestas elevadas a este Ministerio por los Ayuntamientos e Inspectores de Escuelas Primarias correspondientes sobre creación provisional de aquellas Escuelas Nacionales de Enseñanza Primaria que se consideran necesarias en las respectivas localidades.</p> <p>Teniendo en cuenta que se justifica en que por las respectivas Corporaciones municipales se comiencen a proporcionar cuantos elementos son necesarios para la adecuada instalación y funcionamiento de las Escuelas; los favorables informes emitidos en cada caso por las respectivas Inspecciones de Enseñanza Primaria; que existe crédito consignado en el presupuesto de gastos de este Depar-</p>	<p>tamento para la creación de nuevas plazas de Maestros y Maestras nacionales; que los intereses de la enseñanza accionan a favor de lo solicitado.</p> <p>Aste Ministerio ha dispuesto:</p> <p>1.º Que se consideren creadas con carácter provisional y con destino a los Grupos escolares o localidades que se citan las siguientes Escuelas Nacionales de Enseñanza Primaria:</p> <p style="text-align: center;">ZAHORA</p> <p>Una unitaria de niñas y conversión en de niños de la mixta existente en el casco, y una unitaria de niñas y conversión en de niños de la mixta existente en Morvera, del Ayuntamiento de Ceada.</p> <p>Una unitaria de niñas y conversión en de niñas en la mixta existente en el casco, una Sección mixta, servida por Maestra, en San Pedro de las Herrerías, del Ayuntamiento de Mahide.</p> <p>Una unitaria de niñas y conversión en de niñas de la mixta existente en Alcorchillo, del Ayuntamiento de Riancho de Albal.</p> <p style="text-align: right;">Fdo: Ruiz Jiménez</p>
--	---

1954, 12 de julio B.O. del Estado nº 193.
Creación de la escuela en San Pedro de las Herrerías.

En el boletín *Escuela Española* de 15 de julio de 1954 se recoge que en San Pedro de las Herrerías existe una escuela mixta atendida por una maestra.

Zamora.—Una unitaria de niñas y conversión en de niños de la mixta existente en el casco, y una unitaria de niñas y conversión en de niños de la mixta existente en Moveros, del Ayuntamiento de Ceadea.
Una unitaria de niños y conversión en de niñas de la mixta existente en el casco; una mixta, servida por Maestra, en San Pedro de las Herrerías, del Ayuntamiento de Mahíde.
Una unitaria de niños y conversión en de niñas de la mixta existente en A.corcillo, del Ayuntamiento de Rábano de Aliste.

El día 22 de julio de 1954, se inaugura la escuela de San Pedro de las Herrerías. Siendo alcalde del municipio (Mahíde), D. Matías Domínguez y del lugar (San Pedro), D. Justo Calvo, acto que es recogido en los periódicos de ámbito provincial con todo lujo de detalles, tal como se aporta las siguientes publicaciones.

SAN PEDRO DE LAS HERRERÍAS

A la sombra del Campamento Provincial del Frente de Juventudes, San Pedro de las Herrerías es uno de los pueblos más pintorescos de la provincia. Su población es muy escasa y sus vecinos se hallan íntimamente unidos. Pero San Pedro venía arrastrando una situación insostenible, y era que no tenía escuela, por lo que los niños se veían obligados a trasladarse a Mahíde—tres kilómetros—para aprender a leer. Desde ahora ya no tendrán que dar esas caminatas los muchachos de San Pedro de las Herrerías, ya que no tendrán que cruzar campos nevados y frecuentados por los lobos para alimentarse espiritualmente. Allí mismo, muy cerquita de la iglesia, se alza la bonita escuela con moderno material, de la que todos los vecinos se muestran muy orgullosos.

Al acto de inauguración asistieron el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento; el delegado nacional del Frente de Juventudes, don José Antonio Elola; el director general de Correos y Telecomunicación, don Luis Rodríguez Miguel; el subjefe provincial, el presidente de la Diputación y todas las autoridades que asistieron a la causura del primer turno de Campamentos y al acto de imposición de la Medalla de la Juventud a don Prudencio Rodríguez Chamorro.

En San Pedro de las Herrerías recibieron a los ilustres visitantes el alcalde de Mahíde, don Matías Domínguez; el alcalde pedáneo, don Justo Calvo; el secretario del Ayuntamiento, don Moisés Domínguez; el cura de Mahíde, don Miguel Santiago; el presidente de la Hermandad, don Vicente Sanabria, y todos los vecinos de San Pedro.

Después de cantada una parte en acción de gracias por la feliz terminación de la escuela, fue bendecido el nuevo local.

A continuación el señor Honorato pronunció un bello discurso, en el que, después de referir el nacimiento del Campamento del Frente de Juventudes y hacer un canto a las virtudes de los vecinos de San Pedro de las Herrerías, señaló como la **esencia de la escuela es la unidad y de patriotismo.** Así como el río Aliste, afluente del Esla y éste a su vez del Duero, desde su nacimiento, reporta beneficio, en la escuela se educa a los niños para que hagan el bien desde pequeños, puesto que la escuela es un manantial de cultura, de religiosidad y de amor a la Patria.

La sentida lección del señor Honorato fué subrayada con fuertes y entusiásticos aplausos.



Inauguración de una Escuela en San Pedro de las Herrerías

El pasado día 22 tuvo lugar en el pueblo de San Pedro de las Herrerías la inauguración de una escuela para niños y niñas, escuela que faltaba en esta localidad y cuya apertura ha causado gozo a todos los vecinos. A este acto inaugural asistieron el gobernador Civil y jefe Provincial del Movimiento, Delegado Nacional del Frente de Jóvenes, Director General de Correos, Presidente de la Diputación, Alcalde de Zamora y los delegados provinciales del Frente de Jóvenes y de Informáticas y Turismo.

Llegaron estas autoridades al Campesinado de San Pedro, del Frente de Jóvenes, a la una de la tarde, siendo saludados a su llegada por el alcalde y la escuela, y demás miembros del Ayuntamiento, así como por el Sr. P. don Miguel Santiago Fernández y el jefe de la Hermandad de Labradores. El pueblo entero les tributó una cariñosa acogida.

A las doce de la tarde fueron obsequiadas las autoridades con un almuerzo en el comedor del Frente de Jóvenes.



Con su nombre así y apodándose a la parroquia, este centro de San Pedro de las Herrerías, que, en adelante, el desarrollo del Frente de Compensación con que se clausuró el primer turno de inauguración.

A las ocho de la tarde, las autoridades y jerarcas abandonaron el pueblo entre las muestras de entusiasmo del vecindario.

A las cuatro de la tarde, y después de haber sido cantado en la iglesia del pueblo una salve a la Virgen, tuvo lugar el acto de bendición e inauguración de la escuela. Pronunció un emocionante discurso en ese acto nuestro entrañable camaráda Emiliano Hinojosa, agradeciendo a las autoridades su presencia en esta inauguración y lamentando a la obra emocional para los niños de San Pedro, que tendrán de ahora en adelante, en esta escuela de moderna construcción, un lugar adecuado para recibir las primeras enseñanzas.

Seguidamente, todos los asistentes al acto se trasladaron al soto de "Tranquilista", del término de San Pedro, donde se efectuaban las camareas y mandos del Frente de Jóvenes. Allí asistieron muy conmovidos a un juego de campeonatos, repartidos al final entre los pequeños camaradas con preciosos premios. Acto seguido, la camarada vino, impuso la Medalla del Frente de Jóvenes al Presidente de la Escuela, Diputación de Zamora, pronunciando frases, pero concisamente, palabras de agradecimiento.

Finalmente se procedió a la clausura del primer turno de inauguración.

A las ocho de la tarde, las autoridades y jerarcas abandonaron el pueblo entre las muestras de entusiasmo del vecindario.



Don Juan Nicolás Rodríguez y don Manuel Martín, alcalde y secretario, respectivamente, de Malabo.

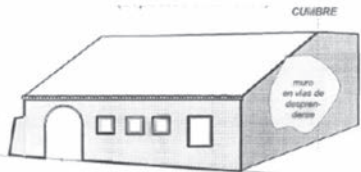
El alcalde, don Manuel Tinj, ahora se dirigirá al despacho de don Juan Nicolás Rodríguez, secretario de la Tierra de la Cañada Jera, el abastecedor de esta población de Malabo. Para el próximo 15 de julio se planea la inauguración de una escuela en Malabo, y entre las provincias se hará la promulgación de un convenio de planes de Terrabitación, con el propósito de mejorar la enseñanza de planes de Terrabitación, con el propósito de mejorar la enseñanza de planes de Terrabitación, con el propósito de mejorar la enseñanza de planes de Terrabitación.

El Sr. don Juan Nicolás Rodríguez, secretario de la Tierra de la Cañada Jera, el abastecedor de esta población de Malabo. Para el próximo 15 de julio se planea la inauguración de una escuela en Malabo, y entre las provincias se hará la promulgación de un convenio de planes de Terrabitación, con el propósito de mejorar la enseñanza de planes de Terrabitación, con el propósito de mejorar la enseñanza de planes de Terrabitación.

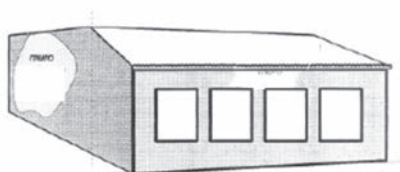
1954, 29 de julio. *Nueva España*. Órgano de Falange Española de las J.O.N.S.

1954, 15 de diciembre. *Nueva España*. Órgano de Falange Española de las J.O.N.S.

Es de reseñar que, en el momento de inaugurar la escuela, el lugar no disponía iluminación por electricidad, que tardaría un par de años en introducirse ni red de distribución de agua potable. El edificio de la escuela era de una sola planta prácticamente cuadrada, de 132 m² construidos. La fachada principal con puerta en arco y 4 ventanas daban a la plaza de la iglesia y la parte trasera, con cuatro ventanales orientadas al sureste (las eras).



Fachada principal (1954)



Fachada trasera (1954)

Expresamente se menciona en la documentación oficial que era servida por una maestra.



Ubicación del edificio de la escuela.

La escuela se creó en los años que mayor población alcanzó San Pedro (28 familias con 113 personas). Había abandonado su configuración exclusivamente campesina, pues una parte de los vecinos estaban relacionados con la construcción y explotación de la estación del tren, servicios asociados, la reforestación de pinos en la sierra y otras infraestructuras.

Poco tiempo después de crearse el edificio de la escuela, se construyó la casa para la residencia de la maestra, dispuesta en las proximidades del camino que asciende a la vía del tren. En los primeros tiempos de funcionamiento de la escuela, la maestra vivía en una pequeña dependencia dentro del mismo edificio.

En la página 155 del boletín *Veinte años de paz en movimiento nacional bajo el mando de Franco en la provincia de Zamora* se recoge que, en 1957, se construyó una vivienda por aportación del pueblo, cuyo importe presupuestado fue de 123.729,98 pesetas, destinada a la vivienda de la maestra. Una vista actual de tal edificio es el siguiente, estando gestionada su ocupación por el ayuntamiento de Mahíde, con el fin de aportar residencia a los demandantes de vivienda en el lugar.



Estado actual de la vivienda construida en 1957, con destino a la maestra.

En la edición del periodico *Nueva España* de 20-09-1956, se recoge que la maestra que ganó el concurso de traslado a fue Dña. María Rafaela Sánchez que provenía de la escuela de Otero.

Según la edición de 3 de junio de 2019, del periódico *La Opinión de Zamora*:

«entre 1965 y 1970, vivía en San Pedro doña Marisa Temprano González, la maestra. Nació en Moraleja del Vino el 27 de enero de 1945. Aprobó las oposiciones a Maestro Nacional con 18 años y su primer destino ya la trajo a tierras alistasnas, concretamente a la escuela

de San Mamed. Al año siguiente la destinaron a la escuela de Mellanes y ya fue en 1965 y con veinte años, cuando estuvo dando clases en San Pedro durante cinco años, siendo durante todo ese tiempo una vecina más, pues por aquel entonces sólo se iba a Moraleja en las vacaciones. Aunque ya han pasado más de cincuenta años de su etapa como maestra en el pequeño pueblo alistiano, y que desde entonces ha vivido siempre en Gijón, hoy día recuerda perfectamente todos y cada uno de los nombres de los habitantes que poblaban San Pedro y nunca olvidará los buenísimos amigos que encontró allí.»

Se dispone de la foto del edificio de la escuela nacional de San Pedro tomada entre 1971 y 73, publicada por la Fototeca B. Pellitero, donde se muestra que a principios de los años setenta del siglo XX, debía tener un uso limitado, dado que la hierba crece en su puerta sin ser pisada.



Edificio de la escuela nacional de San Pedro de las Herrerías 1971-73. Fuente: Fototeca B. Pellitero.

5.1. Situación a partir de finales del siglo XX

El edificio de la escuela dejó de tener su funcionalidad de centro para impartir formación a principios de los años 70 del pasado siglo, es decir que su utilización como el fin para el que se creó, pudo ser no más de unos 20 años, por la disminución drástica de los niños residentes en San Pedro de las Herrerías. Se deterioró gravemente quedando prácticamente derruido en los años 90 del pasado siglo.



Situación en la que se encontraba la escuela de San Pedro de las Herrerías en 1995.

En 1995 el edificio de la escuela se encontraba derruido, era una escombrera, donde solo quedaba en pie parte de los muros perimetrales en condiciones precarias.

En el mes de agosto de 1997, en una reunión del Concejo de San Pedro de las Herrerías, reunido a la salida de la misa en la plaza de la iglesia, se consideró la opción de derruir completamente el edificio para evitar la mala imagen de una escombrera en el centro del lugar y la posibilidad de accidentes por desprendimiento de los muros. Otra alternativa que se trató, fue la recuperación del edificio para destinarlo a local social de la comunidad. Esta última propuesta es la que fue adoptada.

En 1999, la decisión popular se transformó realidad tomándose la decisión de reconstruir el edificio, en dichas fechas en circunstancias muy penosas, para un futuro uso como local social para San Pedro de las Herrerías. El proceso lo emprendió, preparó y gestiono Enrique Bellver, cuyo proyecto se tramito a través de la entidad Leader II-ADATA, contado con la cofinanciación de la Unión Europea a través del FEDER (Fondo Europeo de Desarrollo Regional). Los pasos que tuvieron que seguirse fueron: crear una asociación cultural abierta a todos los voluntarios con voluntad de participar con tal fin. Esta asociación tomo el nombre de Castañalona en conmemoración de un antiguo castaño de dimensiones significativas que existía, a la salida del pueblo hacia el cementerio; estudiar las posibilidades de desarrollo estructural del entorno: arquitectónico, ecológico y popular, para determinar que tipología de edificio construir. Se determinó que lo más adecuado era reproducir lo más fiel posible el edificio original, tanto en forma como materiales, adecuándolo al fin de local social comunitario; gestionar la provisión de fondos económicos que permitieran llevarlo a cabo: instituciones comunitarias, ayuntamiento del municipio, otras entidades y los propios vecinos; preparación y gestión del correspondiente proyecto asociado, como consecuencia de los acuerdos adoptados; y reconstrucción del propio edificio. Todas estas gestiones, salvo la construcción física del edificio, se realizaron de manera directa entre los residentes locales y veraneantes, a lo largo de un solo mes, agosto de 1999.

5.2. Constitución de la Asociación Cultural La Castañalona

Para proseguir el proceso de restauración del edificio, hubo que constituir una asociación cultural que permitiera titularizar las gestiones que se emprendían. El acta de constitución se preparó en San Pedro de las Herrerías el 12 de agosto de 1999, con la firma de doce residentes o con residencia en el lugar.

Castaño que desapareció a finales de los 90 en San Pedro y que dio nombre a la asociación cultural.



Los estatutos se tuvieron dispuestos el día 20 mismo mes¹⁰. En la edición del 16 de mayo de 2001, *La Opinión de Zamora* recoge:

«Los vecinos y emigrantes de San Pedro de las Herrerías constituyeron recientemente la Asociación Cultural “La Castañalona” que tiene como presidente a Isaac Javier, como vicepresidente a Moisés Pérez y como secretario a Antonio Domínguez. Sus principales objetivos se centran en conseguir las restauraciones de las escuelas como centro social, la iglesia parroquial y el molino harinero del río Aliste.

San Pedro, un pueblo de ferroviarios y trabajadores del ICONA, en la segunda mitad del siglo pasado alcanzó su mayor censo poblacional en 1960, con 113 hombres y mujeres empadronados. A fecha de hoy, con el fallecimiento reciente de dos personas, el número de residentes ha bajado de los diez.

El pueblo, situado en un enclave paradisíaco, dentro de la Reserva Regional de Caza Sierra de la Culebra, tiene un encanto especial y durante el verano recobra vida con el regreso de los emigrantes y la presencia de los niños en el campamento juvenil de la Junta de Castilla y León.

También ha llamado el interés de los foráneos, y de hecho son ya cuatro las familias madrileñas que, sin tener que ver nada con el pueblo, se han comprado cuatro viejas casas en San Pedro de las Herrerías para pasar los períodos vacacionales de junio, julio y agosto.»



5.3. Preparación y gestión del proyecto

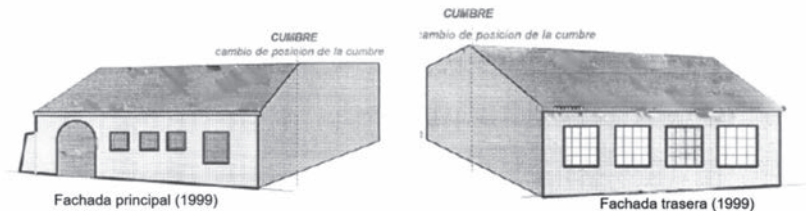
A partir de los condicionantes anteriores, de las dimensiones obtenidas de los restos del anterior edificio, así como de los materiales recuperables se preparó la memoria propuesta de lo que sería el nuevo edificio social el 26 de agosto de 1999¹¹.

Los condicionantes contemplados para la redacción de la memoria del proyecto eran que el edificio debía ocupar el mismo espacio del anterior y cuyo aspecto exterior mantuviera lo más posible su fisionomía exterior. El uso previsto era de local social amplio sin dificultades de acceso físico para personas de cualquier edad, con servicios higiénicos, una pequeña barra con funcionalidad de bar y un espacio para almacén o similar. Como materiales se aprovechó la piedra seca que se encontraba en el interior del solar por derrumbe de los muros y la que se recuperase de los tramos de muro aun en pie. Debía dotarse saneamientos para servicios y demás. Hubo de cambiarse las pendientes de las antiguas cubiertas, dado que la finalidad del edificio

¹⁰ Se dispone del acta fundacional de la Asociación Cultural La Castañalona y sus estatutos.

¹¹ Se dispone de copia de la memoria del proyecto de reconstrucción de fecha 26/08/1999.

ya no eran aulas para niños. Para los cual se precisaron columnas adecuadas. La solución resultante que se perfiló fue la siguiente:



Proyecto-solución prevista (1999)



Propuesta-distribución de los espacios interiores (1999)

Con todo ello se llegó a valorar un presupuesto de reconstrucción de 6.285.807 pesetas (37.787 €).

5.4. Gestión del proyecto de reconstrucción

Proyecto técnico preparado para servir de referencia en la restauración del edificio y optar a una subvención por parte de la entidad LIDER II (Unión Europea), para destinarlo el local cultural social. En las cuentas presupuestarias de 2001, de Iniciativa Comunitaria LEADER II, se contempla una dotación presupuestaria de 2.000.000 pesetas, para la reconstrucción del edificio de la escuela de San Pedro de las Herrerías para dedicarlo a «Local para el Desarrollo Socio Cultural», BB6116-Asociación Cultural Castañalona, CIF G4918198J.

5.5. Incidencias de la reconstrucción del edificio de la escuela

En el primer invierno 2001, durante los trabajos de reconstrucción las lluvias derribaron parte de los muros de mampostería de piedra del país y barro de las escuelas de San Pedro cuando eran restauradas. Hubo que recuperar la parte de muros derruidos.



2000-2001. Proceso de reconstrucción.

A finales de la primavera del 2002, se completó la primera fase de restauración del edificio de la escuela y que comprendían los paramentos exteriores y cubierta.



2002. Situación final una vez terminada la recuperación del edificio.

En la edición del 2 de julio 2002, *La Opinión de Zamora* recoge: «San Pedro recupera las viejas escuelas y las transforman en centro social y cultural. La iniciativa apoyada por la UE ha sido promovida por la Castañalona».

«La localidad de San Pedro de las Herrerías, perteneciente al municipio de Mahíde y ubicada en plena Sierra de la Culebra, ha recuperado el antiguo edificio de las escuelas reconvirtiéndolo en un Centro Social y Cultural para el disfrute de los vecinos, los cuales de esta manera podrán reunirse sin depender de la climatología favorable o adversa. La interesante iniciativa ha sido promovida por la Asociación Cultural La Castañalona y ha contado con la cofinanciación de la Unión Europea a través del FEDER (Fondo Europeo de Desarrollo Regional) vía Leader II de Adata. San Pedro es el pueblo más pequeño del Ayuntamiento que preside Gregorio Pérez Carballés, contando con alrededor de 20 habitantes, muy lejos de los 113 que alcanzó en el año 1960.»

6. LA EDUCACIÓN EN EL SIGLO XXI

6.1. La nueva escuela local

A partir del último tercio del siglo pasado, la enseñanza, a los pocos niños que aún vivían en San Pedro de las Herrerías que la precisan, vuelve a estar centralizada en la población de Mahíde (CRA) o en Alcañices-instituto, según el nivel exigido, existiendo recursos normalizados para su desplazamiento.

La construcción del colegio de Mahíde finalizó en 1978 en el paraje de «El Gestil» y sus instalaciones incluyendo cocina y comedor, abrieron sus puertas en septiembre del mismo año, y a sus aulas asistían aproximadamente 300 alumnos de 6 a 14 años, de los pueblos del entorno.

El Colegio Rural Agrupado de Mahíde, que ahora también era el colegio para los niños que viviesen en San Pedro, es un centro público de educación infantil, primaria y primer ciclo de la ESO, que depende de la Junta de Castilla y León. Según su catálogo de servicios:

«Ofrece una educación integral, de calidad, personalizada, gratuita, fomentando la convivencia, el respeto a los derechos y libertades y la protección del Medio Ambiente.

El objetivo en Educación Infantil es el desarrollo intelectual, psicomotriz, afectivo, social, moral y el inicio de la lectoescritura y números. En Primaria se pretende que el alumno/a adquiera el dominio de la lectoescritura, cálculo y resolución de problemas con las operaciones básicas, y relaciones sociales en un ambiente de respeto, libertad, solidaridad, responsabilidad, convivencia y hábitos saludables».

Las instalaciones son buenas y a partir de la primera década del siglo totalmente vacantes por falta de alumnos.



Edificio de la escuela en Mahíde (CRA) (2018).

Un ejemplo recogido en la edición del 21 de marzo de 2008 de *La Opinión de Zamora*, da una imagen de formación agregando niños de varios pueblos, en su aspecto rural:

«Escolares de diez pueblos plantan más de 200 madroños, encinas, robles y pinos micorrizados con boletus de la Culebra. en San Pedro de las Herrerías. - Escolares alistanos adelantaron al miércoles la celebración del Día del Árbol, que coincide con el «Día Forestal Mundial, al caer este año en Viernes Santo, hoy, cuando ya están de vacaciones. La actividad la realizó la Agencia Medioambiental de Aliste con el Colegio Rural Agrupado de Mahíde, que engloba los colegios de Mahíde, Palazuelo y San Vicente de la Cabeza. En total participaron 41 niños y niñas de Boya, San Pedro de las Herrerías, Mahíde, Pobladura, Palazuelo, San Vicente de la Cabeza, San Cristóbal, San Vitero, Figueruela de Abajo y El Poyo, 9 profesores y profesoras y 6 agentes medioambientales de la comarca forestal de Aliste....».

Una imagen representativa del grado de ocupación de la escuela la podemos observar en una nota de periódico local que se encontraba en el tablón de anuncios del CRA en 2018.

Con los datos que se contemplan en reportaje periodístico anterior es fácilmente deducible la dificultad para mantener el CRA de Mahíde a pleno funcionamiento¹².

6.2. Fin de la escuela local

En 2020, 42 años, después de su apertura el Colegio de Educación Infantil y Primaria de Mahíde, al que se encontrarían asignados los alumnos de menos de 14 años de San Pedro de las Herrerías, si los hubiera, cierra sus puertas. Sin niños no hay escuela.

¹² La imagen a la que alude el texto, un artículo del citado diario zamorano de 21/03/2008, no se ha podido reproducir por falta de calidad (N. del E.).

LA PALMETA DE DON JOSÉ

Antonio Burgos Peñasco
(Alcolea de Calatrava, Ciudad Real)

Recuerdo muy bien cuál fue mi primer día: quince de abril de 1964. Acababa de cumplir seis años y ya no iba a la escuela de los cagones: una especie de parvulario donde la tía María, una tía abuela materna, leía historias de santos para mantener entretenida a la chiquillería, supongo que a cambio de donativos voluntarios. La tía María era una mujer muy beata y vestía siempre saya negra, como todas las ancianas de entonces en el pueblo de mis padres y mío; que lo había sido también de mis abuelos, mis bisabuelos y seguramente así hasta los árabes, que fueron los que le pusieron el nombre: Alcolea; que significa castillo pequeño. Tras la Reconquista se acabó llamando Alcolea de Calatrava, ya que se encontraba, y se encuentra, dentro de la comarca que estuvo encomendada en el bajo Medievo a dicha orden de caballería cristiana. Curiosamente la tía María sabía leer y escribir, al igual que mi abuelo y todos sus hermanos, algo no tan habitual en aquel mundo rural, cuya generación de mayores había nacido a finales del XIX y en la cual, el analfabetismo, sobre todo entre las mujeres, era lo habitual.

—Ya no irás más donde la tía María, porque ya eres mayor y vas a empezar la escuela de verdad —había dicho papá.

Yo era el primogénito de tres hermanos varones, aún faltaban por nacer tres chicas en mi familia. El caso es que, nada más cumplir los seis años, como marcaba la ley, mi madre me llevó, perfectamente arreglado y peinado, a la escuela de don Macario. Estaba ya muy avanzado el curso, claro, acababa de iniciar el último trimestre, pero por entonces eso no tenía demasiada importancia; según lo que yo



Las chicas con las chicas. Una maestra para todas las edades. 1962.

recuerdo, había que ingresar nada más cumplir los seis. Mi abuelo me había regalado una cartera de cuero, de color negro, que le había encargado al guarnicionero y mamá se había esmerado en colocarme dentro un plumier con lápiz y goma de borrar, así como un cuaderno de dos rayas. Tenía que ser de dos rayas para ayudar a conseguir una buena caligrafía y no salirte. También era imprescindible la cartilla:

«mi mamá me mima» «me mima mi mamá». Las primeras letras que me esforcé en reproducir a lápiz entre los dos trazos paralelos del cuaderno de caligrafía, hablaban de mi madre, aunque yo entonces no le diera ninguna importancia al significado; lo que me preocupaba era no salirme de las rayas; la penalización por hacerlo era un cachete del maestro. Recuerdo que don Macario no era especialmente pegón, tan solo pegaba a los malos, como Casimirín, un elemento de cuidado, junto al que me sentaron el primer día, para mi desdicha.

—Hoy tenemos nuevo compañero. Siéntate aquí, Antoñito, junto a Casimirín —dijo don Macario al recibirme.

Casimirín era «el chico más malo de España», como sentenciaría el propio maestro el día en que lo levantó de una oreja y lo llevó hasta el rincón, por haberme dado un codazo en la nariz que me hizo sangrar. En otra ocasión, tras reprimenda de don Macario ante el desastre de escritura y rayajos que presentaba el cuaderno de mi agresor, y que presagiaba como mínimo un par de coscorriones sobre su mollera, el astuto Casimirín, tratando de establecer una cortina de humo, se puso a llorar amargamente, asegurando que había sido yo el culpable. ¡Yo había cogido su cuaderno y lo había emborronado a mala uva! Afortunadamente el maestro no le creyó, pero sin duda la sobreactuada congoja de mi eventual compañero lo libró de los cogotazos. Estos primeros episodios, junto a la sentencia de don Macario, jamás los olvidaré. Cuando, con cierta perspectiva temporal, lo he recordado, me he preguntado por qué precisamente el asiento del pupitre que estaba al lado de Casimirín, se encontraba vacío el día que yo llegué. Sin duda, durante los meses del curso en que yo todavía no estaba, ya había dado muestras sobradas de agresividad y, preventivamente (¡qué mala suerte para mí, pues era el único sitio que quedaba libre!), se le había aislado en lo posible del resto. Hay chiquillos que apuntan maneras de malignidad desde edad temprana; luego, si en el tiempo se mantiene la proximidad por razones de paisanaje, se acaba confirmando el presagio en la adolescencia. A este respecto, y como inciso, hay quien sostiene que se trata de una cuestión de educación parental o de cir-



Más chicas. Escuela de doña Pura. Alcolea de Calatrava, 1966.

cunstancia, pero yo me inclino a pensar que se trata, más bien, de una psicopatía innata: hay chicos a los que les resulta divertido fastidiar al prójimo, de la misma manera que les resulta divertido torturar lagartijas o pajarillos. Mas en mi particular percepción sobre consecuencias y posibles secuelas derivadas de aquellas pequeñas maldades infantiles, la cosa no pasa más allá de la anécdota.



Los chicos con los chicos. Escuela de don Santiago.
Alcolea de Calatrava, 1967.

Don Macario era un hombre menudo y ágil. Recuerdo sus resueltas carrerillas por el pasillo del aula para atizar una colleja a algún revoltoso. También recuerdo, aunque muy vagamente, que mi primo Felipín, que había ingresado en enero por haber cumplido la seisena ese mes y, por tanto, se podía considerar un veterano con respecto a mí, me había dado algunos consejos: «si te tienes que levantar a mear, tienes que pedir permiso a don Macario, y si tienes que sacarle punta al lápiz le tienes que pedir el sacapuntas y luego ponerte encima de la papelera». También me advirtió que había que traerle «cosas de comer». Al parecer, y ya digo que los recuerdos son vagos a este respecto y puede que no del todo exactos, era preceptivo o recomendado, pagar en especie al maestro, ya que no era del pueblo y, al parecer no tenía casa propia ni familia. Tampoco debía recibir salario regular, pues es probable que ni siquiera tuviera título de magisterio. Eran tiempos difíciles en aquella España rural y profunda.

Don Macario duró poco en Alcolea, tan solo el año en curso. Y existe una historietta curiosa y un tanto injusta, sobre la cual mantengo duda razonable en cuanto a la razón de su motivo: al llegar el último día de curso, y junto a la feliz perspectiva de las vacaciones veraniegas, el maestro se dispuso a repartir libros entre los alumnos más aplicados. No recuerdo en absoluto cuál era el contenido de dichos libros, ni siquiera mantengo imagen alguna sobre sus portadas, pero debieron ser alrededor de media docena los que me tocaron, en premio a mi supuesta brillantez y buena conducta. ¡Ah, lo que daría hoy por conservar alguno, tan solo de manera testimonial, a modo de reliquia sobre mi primera escuela! Al llegar mi turno, el efímero y primer educador escolar que recuerdo, me recibía con expresión afable:

—¡Este para ti..., y este para ti..., y este para ti también...! —Exclamaba don Macario mientras iba apilando los libritos sobre mis palmas extendidas. Así hasta cinco o seis veces.

Don Macario me obsequiaba con libros que aún no podía leer, mostrando un semblante satisfecho, ante mi asombrada y jubilosa mirada, así como la, henchida de orgullo, mirada de mi madre. Pero he apuntado al principio que la anécdota tuvo una pátina de injusticia: mi primo Felipín, situado junto a mí, no recibió obsequio alguno. La tía Inocencia, hermana de mamá, debió mostrar el rostro compungido, al igual que lo mostró mi primo. Mi amigo José Luis, hijo de familia bien, también recibió el lote correspondiente; sobre los demás no recuerdo nada. Pero la duda que mantengo hasta hoy es si la dádiva literaria que don Macario repartió de manera tan poco equitativa, se debió a que fuimos los alumnos más dóciles y aplicados, a que éramos hijos de próceres del pueblo (mi padre, aunque de procedencia mediana baja, era funcionario del Régimen y concejal), o bien se trataba de que nuestras madres habían mostrado una mayor generosidad en la manutención del pequeño maestro. Sea como fuere, don Macario, aquel menudo y dadivoso maestro, desapareció para siempre de mi vida junto con el cierre del curso lectivo, que había abarcado desde septiembre del año 1963 hasta junio de 1964. Desde el final de verano de este último año hasta septiembre de 1969, pasarán por mi escuela primaria cuatro maestros más.

No conservo noción clara sobre mi actividad veraniega en el año que cumplí la media docena, pero seguro que se redujo a jugar al balón o a la guerra, en las Eras¹. Lo que tengo claro es que mis padres no me llevaron de vacaciones. Ni mi padre sabía conducir ni teníamos coche. Supongo que tampoco teníamos dinero para ir a ver el mar, éramos seis en la familia, contando mi abuelo. De hecho yo no contemplaría las olas hasta el verano de 1970, con doce años, gracias a un campamento de la OJE, cerca de Santander. Pero esto es otra historia.

DON RUBÉN

Recuerdo que este era un hombre grandón y rubio. Fue el último que impartió sus clases en el aula del Ayuntamiento. Conservo vaga memoria sobre este maestro, también forastero como don Macario, pero sí recuerdo que, por alguna razón, faltaba muchos días a clase: «¡hoy no hay escuela, don Rubén no ha venido!», anunciábamos con cierto júbilo. Desconozco por completo lo que motivaba aquellos frecuentes novillos del maestro, así como tampoco conservo memoria sobre si se produjo algún tipo de protesta oficial, al respecto, por parte de los padres; calculo que no.

Del ínclito don Rubén, a quien por cierto tampoco volvería a ver, pasados unos meses, sí recuerdo dos episodios clave. Uno de ellos de índole docente, por así decir, y el otro de carácter anecdótico. El primero de ellos consistió en citarnos, con mucho empaque, los nombres de los doce hijos de Jacob. El hecho de que el primogénito fuera tocayo suyo, sin duda le impulsó en algún momento de su vida a memorizar la lista completa. El maestro recitó: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad,

¹ Las eras de trilla eran uno de los lugares favoritos de juego para los chicos de la época. (N. del A.).

Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín, mientras los escribía en la pizarra. Este, prácticamente único, episodio docente de mi segundo maestro lo recuerdo porque siempre he sido muy aficionado a memorizar listas de nombres de personajes relevantes en la historia, de manera que hasta puedo recitar cronológicamente, y sin equivocarme, la lista de los reyes godos, a pesar de que en la escuela alcoleana



Más hermanos de mi época. Alcolea de Calatrava, 1967.

jamás maestro alguno nos exigiera tal ejercicio memorístico. Ni siquiera tengo indicio razonable de que en generaciones anteriores a la mía, sí se exigiera, tal como, por otra parte, ha quedado establecido de tópico en la mayor parte del país. En fin, que la de los hijos de Jacob fue la primera lista de nombres relevantes que aprendí en mi vida, gracias a don Rubén (la segunda sería la alineación titular del Real Madrid que ganó la sexta copa de Europa, aunque esto no tuviera mucho de docente y la aprendiera gracias al boca a boca entre los amigos). Pero he hablado de dos episodios, uno de ellos de carácter anecdótico, que conservo grabados en algún remoto directorio de mi disco duro. El episodio en cuestión se debió a una vomitona que el pobre Arturín, el Gato, arrojó sobre el pasillo del aula, a causa de algún tipo de dolencia pasajera. Lo relevante del caso no fue el hecho en sí, sino la decisión que vino a tomar don Rubén para limpiar el suelo del aula:

–A ver... ¿quién sabe dónde vive este chico? Unos cuantos levantaron la mano.

–Bien. Tú mismo, vete corriendo a su casa, le cuentas a su madre lo que ha pasado y le dices que venga a recoger y fregar todo esto.

Al poco tiempo la madre de Arturín se presentó en la escuela, provista de cubo y bayeta, y muy diligentemente limpió el vómito del muchacho. Mientras lo hacía afirmaba, con dignidad y cierto quiebro en la voz, que si era menester venir en cualquier otro momento para una situación semejante, no dudara el señor maestro en volver a llamarla, aunque se tratase del vómito de otro que no fuera su hijo.

Juraría que no pasé todo el curso lectivo 64/65 en la escuela de don Rubén, sino que por alguna razón, durante el segundo trimestre fuimos trasladados al Grupo Escolar Tomasa Gallardo, al que nosotros llamábamos las escuelas del campo de fútbol, debido que lindaban con este recinto municipal en el que tantas historias de mi niñez acontecieron, quedando la mayoría en el olvido. También existía en Alcolea de Calatrava el Grupo Escolar Parroquial, más antiguo, al que algunos padres preferían

mandar a sus chicos y chicas, separados en aulas diferentes y que estaban regentados por don Santiago y doña Gloria, respectivamente.

No conservo más recuerdo sobre aquel, mi segundo maestro, como no sea el hecho, no desdeñable, de que jamás pegaba a los chicos ni infligía castigo físico alguno; a menos que mi memoria haya quedado mermada por el paso de los años y el corto periodo en que lo tuve de educador. Y no es baladí tal condición en un maestro de la época, al contrario de lo que puedo atestiguar sobre los siguientes.

DON HONORATO

No podría asegurar en qué momento, o en qué periodo concreto, pude leer y escribir, pero estoy seguro que cuando llegué a la escuela de don Honorato (a muchos, incluido a mí, nos resultaba más fácil decir d'Onorato) ya sabía hacerlo. No con soltura, desde luego, pero sí lo suficiente como para entender frases sencillas y escribir palabras habituales; incluido, por supuesto, mi nombre y apellidos o los de mis padres y hermanos. Y lo sé porque dos de las cosas que se incluyeron en mi cartera fueron un librito llamado *Enciclopedia de Primer Grado*, de Álvarez y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en un formato para niños. El catecismo era algo importantísimo en la educación de mi niñez. Lo vendían, al igual que la enciclopedia, en la tienda de Eugenio. No recuerdo el precio de la *enciclopedia*, pero cinco pesetas costaba el catecismo, así que mi madre me apercibió sobre la importancia de conservarlo en buen estado y no perderlo.

—Cuida tus libros y ponles siempre el nombre para que se sepa que son tuyos.

De manera que tomé el lápiz y me esmeré en escribir con buena letra mi nombre y dos apellidos, por detrás de la portada, en ambos libros. Poco después esta somera precaución se revelaría como altamente eficaz: alguien me hurtó el catecismo de la cartera.

En la escuela de don Honorato «no había ladrones». Esta era una de las máximas de aquel severo educador. Pero lo cierto es que en algún momento me percaté de la falta de mi catecismo y el corazón me dio un vuelco. Al no haber ladrones en la escuela, no quedaba otra razón que el extravío por descuido de mi parte. Pero por más que miré y escudriñé, pareciéndome increíble la situación, no me quedó más remedio que aceptar lo que presagiaba como un drama: lo había perdido. ¡Y ahora qué!? A don Honorato me daba miedo decírselo, temía que su reacción por mi «negligencia» diera lugar a que uno de sus arranques agresivos se cebara con mi cabeza, así que deseché la idea. Pero si la reacción de don Honorato me daba miedo, la de mi padre me daba terror. No podía llegar a casa diciendo que había perdido el catecismo y, con él, el duro que había costado, así que opté por refugiarme en el disimulo y dejarlo estar, en la esperanza de que apareciera por algún arte de magia, o alguien lo hubiera encontrado y me lo devolviera. Pero ¡ay!, mamá siempre estaba al cuidado de todo, y en una rutinaria revisión de mis enseres escolares, descubrió la falta.

—Oye... ¿Dónde está el catecismo, Antonio?

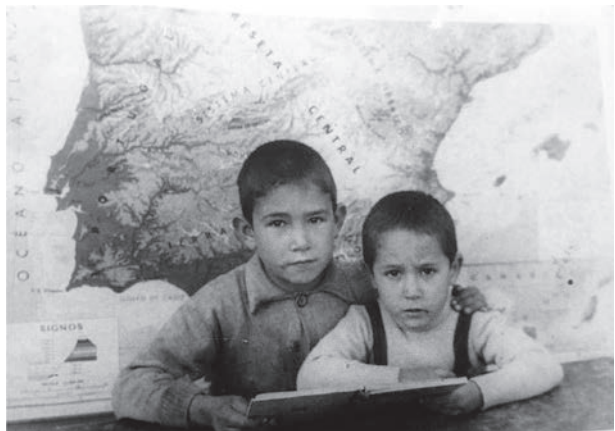
No tuve más remedio que echarme a llorar mientras me abrazaba, implorante, a mi progenitora.

— ¡No se lo digas a papá! Lo he buscado por todos lados y no lo encuentro.

—A ver si se lo han robado —dijo el abuelo, que estaba presente—. Me voy a pasar yo mañana por la escuela y voy a hablar con el maestro.

Dicho y hecho. Mi abuelo llamó a la puerta del aula y, al entrar, se quitó la boina que siempre cubría su cabeza, al tiempo que daba los buenos días a don Honorato, mostrando un cierto semblante de sumisión. El maestro lo recibió con un «pase usted, Inocencio», bastante afable para lo que nos tenía acostumbrados (se da la circunstancia de que los dos hombres habían estado en lados opuestos de la contienda civil; mi abuelo, incluso, había sufrido la cárcel posterior, al igual que su hermano Teodomiro, que había sido el alcalde republicano de Alcolea. Sin embargo, el hecho de que aquel hubiera impedido que se derramara sangre de paisanos durante la revuelta, sin duda había logrado cierto agradecimiento por parte del bando vencedor, al que pertenecía don Honorato). Así pues, tras exponer mi abuelo el hecho que motivaba su visita, el maestro mandó a todos sacar el catecismo y dejarlo sobre el pupitre. Como yo había asegurado que constaba mi nombre por detrás de la portada, don Honorato me pidió que yo mismo los fuera revisando uno a uno. Así lo hice hasta que lo encontré. Tengo que confesar aquí que mis principales sospechas recaían sobre la persona de Vitín el Bambú, que era el chico más malote de la escuela. Sin embargo, en el lugar que menos hubiera supuesto, encontré mi catecismo. Serafín, un chico que era una «mosquita muerta» y parecía no haber roto un plato en su vida, había sido el ladronzuelo. La silueta de mi nombre y apellidos, escritos a lápiz, aún se notaba tras la portada, a pesar de que Serafín se había esforzado en borrarlos con la goma. No obstante, don Honorato, quiso

hacer una prueba definitiva y me mandó escribirlos en un papel aparte, con el fin de comprobar la semejanza de mi letra. Una vez que lo hice, quedó patente el hecho, y fue entonces cuando al Serafín le cayeron encima las «diez plagas de Egipto» en forma de maestro iracundo: aunque los tortazos no fueron excesivos, sí lo fueron los gritos y amenazas posteriores. De manera que al pobre Serafín no le quedó



A los hermanos nos fotografiaban juntos. Obsérvese el recuadro de Las Canarias. Muchos crecimos creyendo que se hallaban en el Mediterráneo, al sur de Las Baleares.

más remedio que arrodillarse y pedir perdón, cosa que, al menos yo, acepté de buen grado. Y tan amigos.

Don Honorato tenía una bien ganada fama de maestro severísimo, por lo que todos le teníamos miedo. Ay de aquel en que, por alguna razón, fijara su ojeriza. Era el perfecto representante de aquel viejo sistema que sostenía que la letra con sangre entra, y para lo cual tenía una palmeta de madera, que gustaba de apodar La Panadera, y que estaba destinada a castigar las palmas de las manos o las nalgas de los «malos alumnos». Aunque, personalmente, no llegué a probarla nunca, sí que fui testigo de su efecto sobre otros compañeros. A este respecto, mantengo dos anécdotas, un tanto patéticas, por la injusticia que supusieron. La primera fue la sufrida por Gerardo, a quien apodábamos Bartolo. Un día en que don Honorato nos había impartido clase de Ciencias Naturales y nos había enseñado a diferenciar los peces de los cetáceos, lanzó una pregunta al aire:

—A ver quién me sabe nombrar a un mamífero cetáceo.

Gerardo levantó la mano: «¡la vaca!». La carcajada fue general entre los alumnos, pero el severo maestro lo tomó como una burla.

—Ven aquí y extiende las palmas. ¡Con que la vaca, eh...!?

El pobre Gerardo, que en realidad aún no se explicaba el delito cometido, se acercó a recibir el castigo de palmeta: ¡plás, plás, plás...! Hasta ocho veces alternativamente sobre cada mano. «Una por cada cuerno de la vaca, una por cada pata, la séptima por el rabo y la octava por la pobre ballena» —dijo don Honorato.



Más chicos. Escuela de don Inocente. Alcolea de Calatrava, 1968.

Lo patético del caso fue que posteriormente supimos lo que Gerardo había entendido cuando respondió «la vaca». La pregunta del maestro acerca de un ejemplo de mamífero cetáceo, había llegado a los oídos de Gerardo como un mamífero «tetáceo». De ahí la desternillante e infausta consecuencia para sus manos.

La segunda anécdota constituye un episodio más injusto, si cabe. Debo decir, como inciso, que también estoy seguro de haber aprendido a sumar y restar antes de llegar a don Honorato, y casi aseguraría que fue mi propio padre el que me enseñó, o al menos contribuyó a ello. En fin, que aquel maestro de rancia escuela, fue el que nos empezó a enseñar la tabla de multiplicar. El clásico mantra que recitábamos en voz alta, y al unísono, una y otra vez: «dos por una es dos, dos por dos, cuatro; dos por tres, seis... etcétera», resultaba imprescindible para aprender la llamada tercera regla, y más nos valía poner celo en la tarea si no queríamos probar la palmeta o el coscorrón. Tras varios días recitando el mantra de la tabla de multiplicar, el señor maestro nos enseñó lo que era el multiplicando y el multiplicador, y en las jornadas posteriores escribía varias cuentas en la pizarra y mandaba salir a algún voluntario para que las resolviera. Al principio se nos resistían, así que don Honorato, tratando de moderar su paciencia, las resolvía finalmente. Eso sí, tras lanzarnos una general y condescendiente reprimenda: «¡Qué será cuando toque la división, borriquitos!». Pues bien, la anécdota en cuestión aconteció de la siguiente manera: un día, don Honorato escribió una cuenta de multiplicar en la pizarra, cuyo factor superior tenía unas quince o veinte cifras, y el multiplicador aproximadamente la mitad; nos mandó copiarla y la puso como deber para casa, advirtiéndonos que debíamos hacerlo sin ayuda de nadie. Al no existir por aquel entonces las calculadoras, el severo maestro calculaba que nos iba a resultar casi imposible traerla correctamente escrita y calculada, como así fue; salvo por uno de los chicos, llamado Julián, que logró presentarla totalmente correcta y sin enmiendas. Como este alumno no se encontraba entre los de primera fila, Don Honorato no se creyó en absoluto que la hubiera resuelto sin ayuda y sin equivocarse lo más mínimo, así que lo llamó a su mesa y lo sometió a un tercer grado.

—Venga, dime quién te ha hecho la cuenta —repetía una y otra vez—, no trates de engañar a don Honorato, porque a don Honorato no le engaña nadie.

Una y otra vez, el pobre Julianín, aseguraba que la había hecho él solo; hasta que empezaron a caer las collejas sobre su cogote. Pasado un rato, Julián se rindió y confesó, con los ojos llorosos, que se la había hecho su padre.

—¡Ves como a don Honorato no le engaña nadie! —Sentenció d'Onorato.

Pasados los años, rememoramos el suceso y Julián me aseguró que la cuenta la había resuelto él sin ayuda de nadie, pero que tuvo que hacer una falsa confesión para no seguir recibiendo golpes.

En el Grupo Escolar Tomasa Gallardo se encontraban separadas las aulas de los chicos de las de las chicas, como era obligado por entonces. Había un ala norte que albergaba las escuelas de doña Gloria, para las chicas más jóvenes, y la de doña Pura,

para las mayores, así como el comedor escolar; y un ala sur, de una sola planta, que tenía tres aulas, regentadas por sendos maestros, según las edades del alumnado varón. De menor a mayor: la escuela de don Honorato, la de don José y la de don Felipe. Mantengo un nebuloso recuerdo sobre el curso 65/66 pero juraría que en mitad del mismo don Honorato cayó enfermo (era, al menos, de la edad de mi abuelo), hubo de causar baja y nos integraron en el aula central, que era la más amplia y estaba regentada por mi siguiente maestro.

DON JOSÉ

Este será el maestro que marcará el núcleo principal de mi escuela primaria, y el que durante más tiempo tuve de educador en Alcolea. En su aula se contaban chicos de edades muy diferentes: desde los ocho a los catorce años, edad en la que se salía definitivamente de la escuela. Le llamábamos don José el gordo; ya se puede suponer el motivo, aunque no fuera del todo justo el apelativo si lo trasladamos a los cánones actuales. Digamos que le sobraban unos kilos. La palmeta de don José era la más activa que existía en la escuela alcoleana, y esta sí que la llegué a sufrir sobre las palmas de mis manos en más de una ocasión. Don José era un maestro obsesionado por la buena caligrafía, de manera que era diario el deber de la plana. La famosa plana de don José consistía en traer de casa una hoja del cuaderno rellena con un texto manuscrito, que debíamos copiar de la enciclopedia de Álvarez, en esmerada caligrafía. El no traer hecho este deber de casa tenía como castigo una tanda de palmetazos, al igual que traerla con mala letra o llena de tachaduras. Con don José, tanto fallar en las cuentas, como escribir con mala letra o no saberse los tiempos verbales (otro mantra que teníamos que aprender recitando), llevaba aparejada la penitencia de palmeta. Si por alguna circunstancia no tenía el instrumento a mano, sustituía el palmetazo por la «guantá», es decir, la bofetada.

—A ver, tú, dime el pretérito pluscuamperfecto de indicativo del verbo amar.

Si el alumno fallaba..., *guantá* o palmetazo al canto. Nadie solía protestar por el castigo, pues los golpes del maestro los teníamos asumidos como parte de la enseñanza. Y no recuerdo que al llegar a casa denunciáramos ante los padres los palos sufridos, porque salvo que el castigo físico fuera excesivo (y a veces lo fue), los padres también lo asumían como natural y merecido: «si te ha pegado don José..., algo habrás hecho».

A pesar de todo, debo reconocer que la enseñanza de mis primeros años lectivos resultó bastante eficaz y completa, al menos en lo que a mi perspectiva temporal parece. Los libros con los que aprendí fueron, básicamente, las *enciclopedias* de primer, segundo y tercer grado de Álvarez. En la portada de las mismas se podía leer: intuitiva, sintética y práctica. Y efectivamente todas las materias del conocimiento esencial aparecían recogidas: Aritmética, Geometría, Lengua Española, Ciencias de la Natu-

raleza, Geografía, Historia de España, Historia Sagrada... Religión. Naturalmente, a día de hoy, repasar la enseñanza impresa en una vieja enciclopedia de Álvarez puede resultar hasta grotesco en algunos casos. Pero cada tiempo tiene su contexto y este relato no pretende hacer más crítica político/social que la que se desprenda del mismo; no yendo más allá de mostrar unas vivencias y unos sentimientos personales, con relación a la enseñanza durante mi niñez.

Volviendo a la famosa palmeta, es curiosa la leyenda que circulaba sobre la forma en que se podía neutralizar el doloroso efecto de la misma. Desconozco si tal «leyenda» se extendía fuera del término municipal de Alcolea de Calatrava, o era tan solo un rumor local; y en este caso desconozco la ingeniosa mente pseudocientífica que lo inventó, aunque tengo muy claro que venía proyectada desde generaciones muy anteriores a la nuestra. La leyenda en cuestión venía a asegurar que si te untabas ajo sobre las palmas de las manos, la palmeta se rompería y no podría castigarte. Algunos podemos jurar, por propia experiencia, que tal teoría era del todo falsa.

Pero don José fue, a pesar de su palmeta, el maestro con el que más cosas aprendí. Aparte de lograr una buena caligrafía, aprendí la regla de dividir, a sumar y restar fracciones reduciendo a común denominador, e incluso a extraer la raíz cuadrada de cualquier número, con decimales y todo, cosa, esta última, que hoy tengo olvidada. Lo que no he olvidado es a situar en el mapa las provincias de España, aunque a este respecto deba reconocer que por entonces creía que las Canarias se encontraban en el Mediterráneo, al sur de Baleares, tal como aparecían reflejadas en el recuadro del mapa. También aprendí comprensión lectora, y con ella la forma de entender un problema aritmético y componer las operaciones para resolverlo. La historia de España, aunque sesgada e incompleta, se puede decir que también la aprendí, al menos las nociones que hoy en día, aunque básicas, resultan esenciales para tener una mínima cultura general. Digo esto porque no entiendo del todo que hoy en día, los niños de Primaria, salgan sin estos elementales conocimientos.

Sea cual sea el plan de enseñanza, he comprobado que no es considerado algo importante. Yo discrepo. Aunque lo que, seguro, sigue manteniendo semejanza en la Enseñanza Primaria de ayer y hoy, es el placentero y deseado recreo. En mi caso, recuerdo cómo salíamos de estampida a hacer pis, cruzando el campo de fútbol hasta la misma linde que



Otros hermanos de mi época. Alcolea de Calatrava, 1968.

marcaban las tierras de labor. En el ala de los varones no conservo recuerdo alguno de retretes o cuartos de baño, al efecto; se descargaba la vejiga sobre la propia tierra. En el ala de las chicas, entiendo hoy que sí debía haberlos, aunque por aquel entonces aún no se había instalado en Alcolea el agua corriente. Pero el recreo, en esencia, sigue teniendo el mismo valor lúdico, y podemos comprobar cómo durante el mismo, tienden a reproducirse las pautas que dan en agrupar, de manera instintiva a chicos por su lado y chicas por el suyo, a pesar del cambio sustancial que han producido los tiempos y ahora las aulas sean mixtas. Salvo excepciones, que siempre ha habido y habrá, tenemos cierta querencia a divertirnos en la niñez divididos por sexos, a pesar de que hoy en día se mantenga, por ley, la no segregación por esa causa en los países avanzados.

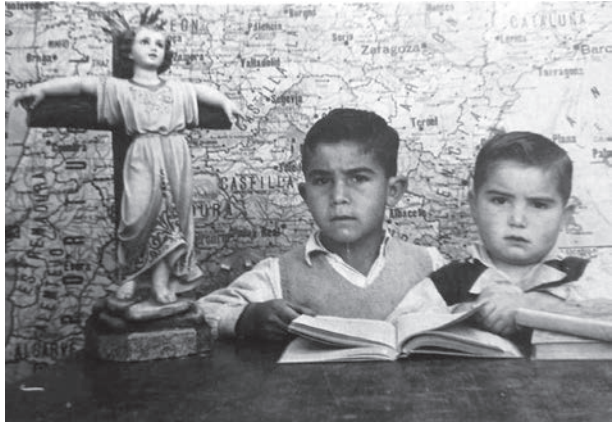
Y hablando de actividades lúdicas, no quisiera omitir en este relato la referencia a las mañanas de los sábados. Los sábados, sí. En aquellos tiempos la mañana del sexto día era tiempo de escuela, pero en la hora final nos reunían a todos en el aula de don José, que era la más amplia. Los alumnos de don Inocente (había sustituido al jubilado, don Honorato), don José y don Felipe, formábamos un apretado corro con los propios maestros y, con la gozosa perspectiva del fin de semana, cantábamos La Tarara. «La tarara sí, la Tarara no...» Era el estribillo más repetido durante la fiestecilla que despedía la semana. También cantábamos algunas otras cancioncillas del Régimen, y no del Régimen. Esta actividad de las mañanas de sábado venía, en parte, diseñada en la propia enciclopedia de Álvarez. Al final de la misma había un pequeño capítulo dedicado a los Evangelios, así que los maestros solían encargar a algún alumno que leyera en voz alta la Parábola, que el cura leería posteriormente en la misa del domingo: «el evangelio de mañana nos enseña...». Así comenzaba la lectura reflejada en la enciclopedia. Ni que decir tiene, que la misa del domingo era obligatoria para todos en aquella época de católica confesionalidad. El hacer «novillos» a la misa dominical, salvo excusa bien fundada, también conllevaba pena de palmeta al día siguiente. El maestro solía recordar quienes habían faltado.

No quisiera dejar pasar en este relato la anécdota que se producía, casi a diario, en el patio de las escuelas. Antes de entrar a clase, los chicos (no recuerdo con claridad si también las chicas, pero juraría que no) de las tres aulas, formábamos en perfecta alineación castrense, al igual que hacíamos cuando había clase de gimnasia (la de educación física era una de las clases más divertidas, al menos para mí). «¡Firmes... ya!; ¡A cubrirse...ya!», ordenaba el maestro. El «ya» era equivalente al «ar» que más tarde escucharía en la OJE y mucho más tarde en la «Mili». El caso es que antes de comenzar las clases, formábamos, como digo, en el patio, frente al mástil de la bandera y cantábamos el Cara al Sol (quisiera hacer un inciso para hablar de este cantar, tan emotivo para el Régimen, pues actuaba en la sociedad española con categoría de himno nacional. De hecho, el verdadero himno nacional: la Marcha Real de Granaderos, que conservamos constitucionalmente hasta hoy, no tiene letra; y a pesar de que don José María Pemán le compusiera una, lo cierto es que nunca llegó a cuajar. Hoy

nos limitamos a tararearlo. Bien, pues sin duda la causa de ello fue porque el Cara al Sol eclipsó, sin remedio, al himno oficial). En la formación de la mañana lo cantábamos, como digo, y la anécdota que se producía casi siempre, ponía furiosos a los maestros. Al final del cantar se gritaba aquello de: «¡España...! ¡Una!, ¡España...! ¡Grande!,

¡España...! ¡Libre!

La palabra «España» la gritaba el maestro y nosotros debíamos responder alternativamente con «una, grande, libre», pero como la mayoría estábamos a lo nuestro, la inercia de contar nos hacía gritar como en un mantra «¡Dooos!», en lugar de «¡Grande!», y entonces estallaba el choteo que hacía montar en cólera a don Felipe, que solía ser el maestro de ceremonias. Así que era obligado repetir, y ya tratábamos de no distraernos.



Esta ya se coloreó. Junto al niño Jesús.
Alcolea de Calatrava, 1969.

DON FELIPE

Este sería mi último educador docente en Alcolea, aunque lo fuera un poco de manera especial. La escuela de don Felipe albergaba a los chicos mayores. La Enseñanza Primaria obligatoria se prolongaba hasta los catorce años, salvo que, como en mi caso y el de algunos otros chicos, por entonces los menos, nuestros padres decidieran que iniciásemos el Bachiller Elemental al llegar a los diez u once años. Pero en Alcolea no había instituto, así que el que quería ingresar en primero de bachillerato tenía que matricularse en Ciudad Real, que está a unos veinte kilómetros. Ello suponía tener que desplazarte diariamente, cosa bastante complicada entonces, o ingresar en un colegio menor de la capital a pensión completa. Así las cosas, el primer año se encontró una solución provisional, a iniciativa de los maestros, y que tanto mi padre como los padres de varios de los otros, aceptaron de mutuo acuerdo: nos matricularían en el instituto de Ciudad Real, pero los maestros, incluido don Santiago el de la escuela parroquial, nos darían clases de forma privada, a cambio de quinientas pesetas al mes, en total. Era lo que se llamaba estudiar por libre; aunque para fin de curso sí fuera necesario desplazarnos a la capital para hacer los exámenes finales. De esta manera, aunque el curso 1968/69 ya no fue para mí de escuela primaria en Alcolea, sí que tuve a don Felipe de maestro.

Don Felipe era de los que pegaban y tenía fama de duro. Procedía del cercano pueblo de Piedrabuena, cabeza de partido judicial de la comarca, y se desplazaba diariamente en una moto de pequeña cilindrada hasta Alcolea, que dista unos ocho kilómetros, donde tenía su plaza docente. Recuerdo más bien poco de este maestro, salvo que era el que nos daba la clase de Matemáticas. También lo recuerdo como buen atleta, aunque era de mediana estatura, y jugaba muy bien al fútbol. Aparte de esto, solo conservo en la memoria una anécdota en relación con don Felipe. La clase particular de Matemáticas que nos impartía al reducido grupo que nos habíamos matriculado en el instituto, la daba a partir de las cinco de la tarde, que era la hora en que terminaba la escuela general. Pero un día, que necesitaba marcharse pronto, ya que le había surgido un imprevisto, nos despidió a los cinco minutos con deberes para el día siguiente, y nos ordenó dirigirnos directamente a casa, apercibiéndonos seriamente sobre que no se nos ocurriera irnos por ahí a jugar en el tiempo que correspondía a la clase.

—No quiero veros por ahí cuando yo salga.

Pero dos de mis amigos y yo, no teníamos ninguna gana de encerrarnos en casa tan pronto, así que nos fuimos de paseo a la huerta del estanque. Habíamos calculado que don Felipe tomaría con su moto la carretera de la laguna para ir a Piedrabuena, que era el camino más corto y lo que siempre hacía; es decir, el lado opuesto del pueblo. Pero lo que no habíamos calculado fue que no era a Piedrabuena donde se dirigía, sino a Ciudad Real; así que nos pilló con todo el equipo. Don Felipe paró la moto hecho una furia.

—¡Pero bueno, qué os he dicho...!?! ¡Venid aquí!

¡Toc, toc, toc! Dos capones nos descargó con el dedo medio cerrado en sendas cabezas.

—Y ahora quiero veros dar media vuelta a paso ligero.

Poco después llegaron las vacaciones de verano, y ese sería el último año que vi las escuelas del campo de fútbol por dentro; y a *Los Chiripitifláuticos* en la tele.

Para el curso 1969/70 y resto de bachillerato, mis padres decidieron enviarme, en régimen de internado, junto con un numeroso grupo de chicos de Alcolea, al Colegio Seminario Sagrada Familia, muy cerca de la ciudad de Valladolid.

Pero esa es otra historia.



Y la Fiesta que no falte. Alcolea de Calatrava, años 60.

RELATO

Sebastián Calvo Baz
(Valer, Zamora)

Nacer, crecer y vivir en un Paraíso Natural, a la vez que Tierra de Nadie, allá donde se cruzan las fronteras, en la mítica y mística Raya de España y Portugal, –donde Aliste y Tras os Montes convirtieron durante siglos las barreras y prohibiciones en semilla para la convivencia y la hermandad religiosa, social, humana y comercial–, es una bendición y en sí misma una contradicción, que te daba la primera lección de vida: que en este valle de lágrimas y sonrisas nadie te va a regalar nada y que sólo con la bondad, la humildad, el trabajo y la humanidad, conseguirás, entre vaguadas y serranías, riberas y laderas, alcanzar la cumbre de la montaña de la vida convertida en historia pura.

Sí, «Nadie nace enseñado», te lo dijo la anciana María cuando quisiste dar el primer paso, te doblegaste y diste la primera Finca la Cuerna hasta postrarte rodilla en tierra, una vuelta de campana llegada a buena hora, sin tiempo para el primer lloro, que el problema no está en caerse, sino en saber levantarse, hasta lograr seguir el camino, aunque sea a trompicones.

Sabiduría no es saber más y creerse superior sobre el más humilde, sabiduría es ser consciente de tus bondades y limitaciones y asumirlas para ser feliz en la vida y contribuir a hacer felices a los demás.

Antaño, si retrocedemos en el tiempo cuatro siglos, nos encontramos con una realidad donde educación y enseñanza eran cosa de los padres y abuelos. En Cerezal, con categoría de Villa, allá por 1613, hace 414 años, sólo cuatro personas sabían leer y escribir.

El primer y mayor número de alistanos que aprendió a leer y escribir en grupo, eso nos decían los frailes, fueron los elegidos por Martín Enríquez de Almansa, hijo de los primeros Marqueses de Alcañices (Francisco e Isabel), cuando le acompañaron, cruzando el océano Atlántico, camino de América, donde luego sería Virrey de Nueva España y Perú.

La Escuela Rural Alistana de la Posguerra, durante treinta años, entre 1939 y 1969, fue la primera Fuente del Saber en toda su esencia y a la vez en la más pura, donde convergieron tres factores determinantes, juntos, que no revueltos, unidos, que no obligados, que, aún siendo peculiar, la hicieron si cabe más fuerte, con la Familia (abuelos, padres y hermanos mayores) como su piedra angular y los maestros y maestras como referente y eslabones de oro (alma y corazón) de una cadena de oro

que logró convertir a los niños alistanos en hombres y mujeres responsables y preparados para plantar cara a sus propias vidas, con cautela, pero sin miedo, tomando el rumbo de sus existencia como gentes de bien.

No hay mejor ni más verídica historia que la de nuestros aconteceres, la de los alistanos y alistanas, acciones conscientes e inconscientes salidas del alma, ejecutadas con el corazón y grabadas en la memoria propia y ajena hasta la eternidad, como juez y parte, fiscal y acusación, testigo y defensor de lo que en su conjunto es nuestro maravilloso reino de Aliste.

Los ingresos de las familias dependían en su mayor parte de la venta de terneros, corderos o lechones, de huevos e incluso cuando la cosa andaba apurada de alguno de los cuatro jamones de la matanza. Cada primero de mes llegaba el Corresponsal de Domez a cobrar las cuotas de la Seguridad Social y en cada pueblo solo tres o cuatro familias podían permitirse el lujo de darse de alta marido y mujer. Incluso comprarle los libros al hijo suponía un bien no exento de sacrificio para las familias, asumido con resignación y conscientes que iba a ser un dinero bien invertido.

NACER Y CRECER A CONTRACORRIENTE

Nací allá en la ribera del río Frío, en una fría mañana del 16 de diciembre de los años sesenta, con la Tía Romana como matrona, de templanza serena y manos hechas caricias al nacer, en unos tiempos donde se nacía en el pueblo, sin médicos, jugándonos la vida a cara o cruz. Era jueves y el cura Antonio Campo, de Losacio, me cristianizó el viernes en la ermita de San Fabián y San Sebastián, Justa fue mi madrina y Juan mi padrino: pues mi estado de salud hacia presagiar que la muerte sería inminente, ni llegaría al domingo siguiente a nacer, día propio del bautismo.

No hubo ni una sonrisa, sabiendo parientes, paisanos y allegados que quizás, sin tardar, las campanas encordarían para, en sólo dos días, pasar de la esperanza del bautismo a la desolación del funeral: una tragedia, más tratándose de un niño.

Somos los alistanos más duros que las piedras serreñas, esas a las que llamamos Rebollos, de blanco cuarzo, irrompibles ante el paso del arado romano y las ruedas de hierro carreteras. Con mi madre Justa, mi abuela Paula y mi tía Benita mirando al cielo y rogando a Dios por mi, me agarré a la vida como el herrero a un clavo ardiendo, abriendo la puerta a la lucha por la supervivencia, ganando mi primera batalla vital cuando de antemano ya casi todo estaba perdido.

Solo abrir los ojos y antes dar el primer paso tomabas conciencia de que la vida, la nuestra, la de los alistanos, fue, lo es y siempre lo será, una lucha por la supervivencia, ni mejor ni peor, sólo peculiar, donde asumes que nada y todo, es casual si no causal, que la suerte existe, pero la hay buena y mala, que para salir adelante y progresar es imprescindible, vital, la voluntad y la entrega personal de cada uno, que

ya nos dijo el abuelo que el Tío Regalas se murió en tiempos del Rey Carolo y que «el que la sigue, casi siempre la consigue».

En Aliste los rapaces y rapazas, así llamados a mucha honra, —que en eso nunca fuimos señoritos (ni niños, ni niñas)—, cuando empezamos a andar a Gatas entramos en la Universidad de la Vida, esa que es gratis, un lujo para los hijos de los humildes campesinos, agricultores y ganaderos, aquellos que oímos sentenciar al Tío Tomás, carpintero y hacedor de carros, que nada mejor para saber de la dureza de una puerta de madera que darse de Bruces contra ella: una metáfora aplicable a nuestra existencia.

UNA ABUELA ES UN TESORO

La abuela Paula fue mi primera niñera, mi maestra y mi Angel de la Guarda, esa persona de fábula pero real que marca tu existencia y por la que siempre darías la vida, en el más estricto sentido literal de la palabra, cuyo primer consejo quedaba grabado en tu memoria y tu corazón, «Haz el bien y no mires a quien», como germen que ha hecho que el principal valor, material e inmaterial de Aliste, seamos sus buenas gentes en el mejor y mayor significado de la expresión. Cristiana ella, sabia, coherente y ejemplar, me hizo comprender al hablar de su Dios, que hizo ser el mío, que «Si algo está claro es que alguna vez y en algún lugar tuvo que haber un Creador y un ser Superior», dejando que yo mismo sacara mis propias conclusiones a la hora de elegir mi camino.

De nuevo asumí que lo casual siempre va unido a lo causal e incluso a veces convergiendo una cosa con otra. Que «Si el río suena es porque agua lleva» decía su hermano el Tío Valentín Gallego.

Con ella aprendí en mi feliz infancia a memorizar mis primeras enseñanzas, Padre Nuestro, Ave María, Señor Mío Jesucristo, Salve y Credo, a santiguarme, rezos, ritos y creencias, compartidas o no, que más de una vez te ayudarían en los acontecimientos de la vida a no perder la esperanza y cuando todo está en contra a buscar y encontrar el remedio o por lo menos el consuelo en la protección divina.

Nuestra guardería fue la cocina, el corral y la solana, donde la abuela me enseñó a contar con los dedos, primero hasta diez, luego hasta cien, y todas las letras del abecedario, para llegar a la escuela con la primera selectividad aprobada y la lección bien aprendida.

Los niños y niñas, más los campesinos, de pueblo, a los que nos tocó nacer y crecer tras la Guerra Civil, necesitábamos de un espejo donde mirarnos y del que aprender y lo encontramos en aquellos Consejos de Ancianos de chaqueta de negra de pana, con su boina, y mujeres de negro pañuelo, con su mandil y bantal, de los que cada palabra era una sentencia llena de sabiduría. Su palabra era la Ley.

Es la infancia tiempo de héroes y para nosotros, sin saberlo, lo fue Simón Díez Fernández, el Curandero de San Cristóbal, aquel que llegaba a los pueblos montado en su brioso corcel y con sus manos era capaz de aliviar el dolor del paciente arreglando Man-

queras y Perniquebramientos, que en aquellos tiempos la Burra era el principal medio de transporte, digno, tan seguro como arriesgado, pues eran muy dadas a espantarse y tropezar, momento en que la travesía solía terminar para el viajero con varias vueltas de campana hasta medir la dureza del suelo (acción) con algún hueso roto (consecuencia). Maña y fuerza bruta solían ser compañeras de jeras y cuerpos humanos de sesenta kilos cargaban sacas y costales de trigo cien y las valentías solían pagarse con alguna costilla rota o fuera de su sitio. Nada que no tuviera remedio si el Curandero de San Cristóbal andaba cerca, ese mutilado de la guerra que con tomarte el pulso sabía de qué males sufrías.

Carmina y Filismina, dos portuguesas de Constantim, fueron mis otras dos heroínas. Contrabandistas ellas durante las dictaduras de Salazar en Portugal y Franco en España, cargando a Cuestas cada una un saco lleno del sabroso café torrefacto Palmeira que era, es quizás siempre será el desayuno preferido de alistanos y alistanas. Largas y penosas travesías, campo a través, desde Alto Douro hasta Vegalatrave, Riofrío, Puercas o Valer para ganar unas pesetas a reconvertir en escudos, conscientes que si les pillaban los Guardiñas o Civiles perderían el café y la libertad.

Paraban en casa de mi abuela aprovechando que tenía un corral grande y allí podían guarnecerse del temporal y de la Guardia Civil, para hacer sus negocios, alternando la venta y el calor de la lumbre de la cocina donde eran unas más de nuestra familia, compartiendo descanso y alimento, acostándose mientras mi abuela les secaba al fuego las ropas caladas de agua. Allí aprendí una nueva lección, donde la humildad lleva a las personas a jugarse la vida para sacar adelante su familia. De ellas guardo aquel rosario de la Virgen de la Luz que nos trajeron como regalo desde su fronteriza morada de Constantim, un tesoro para mi abuela y para mi madre, devotas de la gran hermana y protectora de la vista de España y Portugal.

NUESTROS INICIOS DEL «CICLO VITAL»

A «todo le llega su hora» decían las abuelas; sólo era cuestión de ser pacientes y saber esperar. El 8 de septiembre nuestras familias tenían cita obligada en Pobladura con el Apartado de la Cabaña de las ovejas de pura sangre Castellana que regresaban de la trashumancia veraniega en la frondosa Sierra Segundera, de Lubián (Sanabria) a donde marcharon por San Pedro.

El 10 y 11 de septiembre todos a las fiestas de Santa Eulalia en Valer, el 12 a sacar las patatas, el 14 a la romería Cristo de San Vitero y el 15 a estudiar. Para algunos ir a la escuela era un drama, cambiar la preciada libertad por la prisión. Para mis quintos Emilio, Paco, Chago, Julian y para mí la aventura más deseada cansados ya de estar sólo mientras los mayores, Nicolás, Jose, Sebastián y Justo se iban a estudiar al recién estrenado colegio de La Portilla.

La víspera, fiesta de la Santa Cruz, ni dormimos y cuando nuestros padres Felipe, Emilio, Quico, Dionisio y Atilano se levantaron a Expachar la Hacienda (vacas y bu-

rra) saltamos de la cama obligando a madrugar a nuestras madres Justa, Irene, María, Teodora y Brígida, que nos aprigueraron y prepararon un succulento y sabroso desayuno de café portugués torrefacto Palmeira al pote, en la lumbre, aderezado con un carolo de pan de hogaza casera y endulzado con miel, que éramos humildes y en casa no había leche, ni azúcar, pero aún así satisfechos, hasta dejar limpia la cazuela de Moveros.

A las 9.45 horas salimos a enfrentarnos a una nueva y deslumbradora etapa de nuestras vidas con la primera lección de nuestros padres y abuelos bien aprendida: «Para ser alguien el día de mañana hay que estudiar». Acompañados de nuestros hermanas y hermanos mayores María, Puri, Visita, Dioni y Nicolás íbamos tan anchos que no entrábamos por la calle «La Guilera» y mira tu que es ancha.

Un gallego de Galicia, don Mariano de la Fuente Yáñez, marido de doña Pepita y padre de Marisé, nos dio la bienvenida, todos contentos, aunque hay que reconocer que su aspecto, serio y con mostacho, algo de miedo si nos infundió. Para conocer y saber de la dureza de la vida no hay como empezar de cero, desde abajo, y quizás por eso nos iniciamos siendo los últimos de la clase, al fondo, desde donde podíamos apreciar al maestro de frente, un lugar privilegiado pues ello nos permitía ver, controlar y aprender de los rituales, con sus aciertos y errores, de nuestros ya veteranos compañeros.

Era día de comienzos y allí estaban las autoridades para la bienvenida. Por si había alguna duda el Tío Jerónimo Río, veterano y mutilado de la Guerra Civil pedía a los docentes «hagan de nuestros niños y niñas unos hombres y mujeres de provecho» a lo que el alcalde Antonio López sentenció «A los árboles hay que enderezarlos de chiquitos, porque como se tuerzan, de grandes es imposible, si los doblas se quiebran», a lo que terció con su templanza el Tío Victoriano Santos: «A ver si ellos no tienen que ganarse la vida detrás del arado o corriendo detrás de las ovejas y las cabras, que digno es y digno será, pero muy duro».

El primer contacto, consciente o inconsciente, fue visual para marcar el territorio: de frente don Mariano, sentado en su majestuoso sillón artesano de madera y su mesa, con campanilla y las tres piezas de la sabiduría: un diccionario, la biblia y el Don Quijote de un tal Miguel de Cervantes junto a un solitario Mapa Mundi que nosotros creímos era una pelota.

Tras él, colgada en la pared una imagen del Caudillo Francisco Franco, serio el de El Ferrol, con su bigote e imponente con su traje militar lleno de estrellas e insignias, vamos, que daba miedo; y una imagen de Cristo Crucificado, a los que sólo ya con verlos te dabas cuenta que con ellos mejor no pasarse ni un pelo, que tonterías, ni siquiera las justas.

La primera frase del maestro sonó más que a consejo a obligación por lo cual la grabamos a fuego en nuestra memoria y nos acompañará ya a lo largo de nuestras vidas: «Nunca dejes para mañana, lo que puedas hacer hoy»; tan acertada que con el paso del tiempo te irías dando cuenta de su certeza y que tenerla en cuenta era, es y será pura coherencia.

CARA AL SOL CON LA CAMISA NUEVA

Las clases daban comienzo a las 10 de la mañana. La escuela tenía en su entrada tres arcos (un patio cubierto) con sus dos muros y dos argollas. Frente a ellos, en uno nos colocábamos los rapaces y en el otro las rapazas, de mayor a menor, en dos filas, con el brazo izquierdo, caído, pero firme, recto, y el derecho alzado, apuntando hacia el cielo, sin saber el porqué, mientras cantábamos el «Cara al sol, con la camisa nueva» y los alumnos, ya casi adolescentes, Dioni el de Teodora, Justo el de Teresa, Sebastián el de Germán, Manolo el de Pura e Isidoro el de Tomasa, se turnaban para sacar erguidas las banderas de España y de la Falange y colocarlas en la entrada de nuestras escuelas listas para ondear con la brisa atlántica llegada de Portugal.

Éramos un pueblo grande, con 356 habitantes y dos escuelas; los niños con el maestro a la suya y las niñas con la maestra a la otra. Para empezar, siempre de pie, con la señal de la cruz y el rezo del Padre Nuestro y el Ave María. Tras estudiar hora y media, desde las 11.30 a 12 teníamos el recreo, para salir un rato, despejar la cabeza y jugar, que no para almorzar, pues éramos tan pobres y a la vez tan duros, que ni uno llevábamos bocadillo.

Entonces el Rancho (comida) se hacía en el pote y si padres o abuelos tenían que salir a hacer sus jeras, el rapaz o rapaza mayor de cada casa tenían el encargo de la madre, con el permiso del maestro y maestra, de bajar a atizar la lumbrera de cepas de urce para que no le faltara calor y el cocido estuviera listo para el mediodía.

Terminábamos a la una y bajábamos como balas a comer, más que por el hambre, —que también—, por apurar la comida y tener más tiempo para jugar antes de volver a entrar a las 3 y salir a las 5, siempre rezando y santiguándonos.

Tuvimos suerte pues estrenamos unas escuelas de grandes ventanales orientados a la salida del sol que de esta manera nos daban luz (había cableado con llaves y bombillas pero hasta allí no llegaba la corriente) y ayudaban a calentar el ambiente pues el único sistema de calefacción de hierro era una estufa que, la verdad, engarriados de frío y tiritando, nunca vimos funcionar, por falta de buena leña acorde y adecuada. Que ya lo dijo Leandro «intentar calentar esto con ramas de piornos y jaras es como correr cuesta arriba». Y cierto era porque aquello sólo echaba humo.

Qué otoños e inviernos donde sólo quitábamos el frío cuando salíamos a correr o al calor de la lumbrera en casa. Sólo el maestro, —para eso había estudiado (nueva lección)—, ganaba para abrigo y bufanda; nosotros éramos más, —a ver que remedio—, de cholas, chaqueto de lana y pantalón de pana.

No había comedor y en la cocina, casera, cada uno en la suya, nos sentábamos a la mesa y de una misma cazuela compartíamos la comida, humilde pero exquisita, ya fueran unas patatas con berzas o el domingo un pollo con arroz. Había poco pero se compartía y nadie salía con el estómago vacío.

La merienda era cosa rápida (de preparar) y ligera (de tragar, ya en la calle con tu cuadrilla): una rodaja de pan con un trozo de longaniza o tocino. Lo que se terciara.

Si andamos con tiempo y sin prisas poníamos las Estrebes con un trozo de tocino y una rodaja de pan sobre las brasas: así teníamos nuestra Torrada casera, sin preocuparnos, que entonces no sabíamos de grasas y colesterol: que cuando comías mil calorías tu cuerpo llegaba ya con un débito de seiscientas tras media mañana de trabajo.

NUESTROS DERECHOS Y DEBERES

Aliste es una tierra donde la Familia era y es una institución con nombre propio, tan necesaria como privilegiada, donde las tres generaciones que la formábamos éramos parte, sino imprescindible, si necesaria para sobrevivir y no sobrecargar con todas las jeras a un mismo eslabón de la cadena para así evitar que se quebrase: aprendimos y asumimos que lo nuestro era cosa de derechos y deberes.

Durante la etapa escolar, teníamos unos deberes que comenzaban ya con tres años, bajo la salvaguarda de las abuelas y madres. Entre nuestras primeras jeras estaba las de ir a buscar al pajar dos sacos de paja para alimentar a las vacas (trigo) y a la burra (cebada) y otro de centeno para cambiar la cama al vacuno y porcino; y arrecadar del Cabañal un buen barcado de leña de piornos y jaras para la lumbre.

Las rapazas se encargaban más de las labores propias de la casa y más responsables, que requerían de más maña, como barrer, fregar los cacharros (cazuelas, jarras, potes y pucheros) o ir a buscar a la fuente el agua con las barrillas y los cántaros que se ponían en la Cantarera de la cocina. Éramos los varones entonces, quizás, menos hábiles, más de tareas de fuerza bruta y las mujeres de cosas delicadas.

Terminada la sementera, nuestros padres se iban para «El Salto» a ganar unas perras en Mondragón o Huesca, en noviembre, diciembre y enero, con las que cubrir las necesidades el resto del año.

Ello suponía que los varones pasábamos a ser los Hombres de la Casa y a asumir las tareas que dejaban vacantes nuestro progenitor. Así teníamos que aprender y aprendíamos a Uñir las Vacas: ponerle el Yugo con sus Melenas y Cornales para luego amarrarlas con el Sobeo al carro o con el Sobiyuelo a la Trasga y a la Cavija sí lo que se trataba era de arar con el Arado Romano. Siempre encantados de aliviar de las tareas a nuestras madres. ¿Trastos?, sí, mucho, pero a la vez muy responsables.

SIN CARTERA: ENTRE PIZARRAS Y PIZARRINES

Ser hijos de familias humildes lejos de acobardarnos nos hizo más fuertes. Nunca sentimos vergüenza de heredar la ropa de nuestros hermanos o primos mayores; de vestir pantalones de pana portuguesa llenos de remiendos y Chaquetos descoloridos, de calzar Albarcas en verano y Cholas en invierno; que nuestros primeros zapatos de charol y traje de tergal de estrena no llegaron hasta la primera Comuni3n en que nuestros padres sacrificaron su ahorros para ir a comprarlos al Bazar Jota de Zamora.

Nunca olvidaré mi primer día de escuela, yo, con mi única posesión, una pizarra grisácea, rodeada de plástico amarillo, que mi tía Benita le compró a mi prima Vicenta, que luego pasó a mi hermana María, que a su vez se la cedió al primo Sebastián y que yo heredé como un gran tesoro. Para escribir, unos Pizarrines que mi padre Felipe esculpió con piedra mollar de Val de Chaves rozándola con la aguzadera de La Molinera. Ni cartera teníamos, aunque yo tuve suerte y pronto heredé el Cabás que el Tío Juan (Claretiano en Filipinas) le trajo a mi querida hermana María.

Y allí estábamos Chago y yo compartiendo la para nosotros majestuosa mesa de madera donde no faltaba detalle, hueco para el Tintero, ranura para la pluma, lápiz o bolígrafo, que no teníamos, y un asiento plegable; con rejilla para que los pies no tocaran el frío suelo. Orgullosos en aquella que iba a ser nuestra segunda casa hasta los 14 años en que nos dijo el amigo Nicolás «Se supone que ya tendríamos uso de razón para enfrentarnos a la vida».

Ni libros propios teníamos, nos iniciamos con cuatro ejemplares de El Parbulito y la Enciclopedia Alvarez, destartaladas y con hojas sueltas por tanto uso, de las que lo primero que aprendimos fue que eran obra de nuestro paisano de Ceadea, Antonio Alvarez Pérez, nacido el 19 de agosto de 1921 y fallecido el 14 de agosto de 2003, orgullosos de él, aunque nosotros estábamos llamados a crecer ya con la EGB (Educación General Básica). Los cuadernos cuadriculados, de dos líneas y de una nos ayudaron a enderezar las letras convertidas en recta caligrafía.

Mi primer traspies fue cuando, con ocho años, la familia de Chago (Dionisio Rivera y Teodora Casado) emigraron a Gijón y me quedé huérfano de pupitre y sin compañero de confidencias. No hay mal que por bien no venga y en mi primera carta recibida desde el barrio gijonés de La Calzada mi inolvidable amigo me enviaba una postal con dos gaiteros de Asturias. A partir de entonces Correos fue nuestro nexo de unión hasta su fallecimiento convertido en marino mercante.

Solo unos meses después, en sólo tres días, pase de la alegría de ver nacer a mi hermana pequeña María del Pilar a llorar en su funeral. Su inocente imagen en aquella cajita blanca será ya toda mi vida mi fiel compañera de viaje.

Entendimos a la primera, primordial, la palabra Educación en sus infinitos significados, Enseñanza, Cultura, Honestidad y Respeto. Asumimos que, si bien lograrlo era cuestión de métodos y reglas establecidas, nada se podría conseguir sin nuestra propia voluntad, –de ella íbamos sobrados–, y artimañas en el mejor sentido de la expresión.

Con un maestro y tantos rapaces no era fácil para el docente controlarnos. De esta manera la primera regla era estudiar (leer) en voz alta pues, más por la voz que por la vista, don Mariano sabía quien se aplicaba y quien no. Cierto es que el aula parecía más un avispero con el sonido de las voces de fondo que un lugar donde leer y a la vez poder pensar y razonar.

Alistanos y alistanas pues, teníamos nuestro propio sistema, más que método, de memorizar cada lección, vamos que éramos unas eminencias, lo sabíamos todo, pero muchas veces sin saber los significados de lo aprendido.

Éramos de buena memoria y fácil comprensión por lo cual ya con la lección bien aprendida, aprovechando la soledad de los caminos o el descanso cuidando las vacas en los prados o las ovejas en las cortinas, reiniciábamos nuestra cabeza, un disco duro sin límites de almacenamiento, y palabra tras palabra, expresión tras expresión, buscábamos y encontrábamos el significado hasta convertir la teórica memorizada en práctica real.

Ejemplo; la historia era nuestra materia preferida y llegados al Descubrimiento de América, matrícula de honor, para aquel 12 de octubre de 1492 en que Cristóbal Colón llegó al Nuevo Mundo. El maestro quedó alucinado: eso sí que era estudiar y aprender.

Pero nada más salir de la escuela algo no nos cuadraba cuando intentamos razonar teórica y práctica y aunque sabíamos que intentar corregir al maestro iba a ser y era una auténtica temeridad, –como cuando los ratones le querían poner el cascabel al gato–, ante la duda nos echamos para adelante: «¿Vamos a ver don Mariano, algo no nos cuadra, si Colón fue el primero que llegó a América, como es que ya estaban allí los indios de la India?». Lejos de enfadarse, era lo que esperábamos, no pudo esconder una pícara sonrisa: «Pues tenéis razón, quizás me equivoqué al expresarme y hablar de los indios que vosotros situáis acertadamente en la India, cuando os debería haber hablado de los nativos o indígenas, nunca de los indios».

MILITO EN DE LA «TÍ IRENE»

Emilio, que en paz descansa, el de la Tí Irene, fue mi segundo y definitivo compañero de pupitre desde tercero hasta octavo de EGB. El nació en abril y yo en diciembre con lo cual entró un año antes y, aparte de su inteligencia nata y dedicación, eso me convirtió en un privilegiado, pues a mi lado tenía su experiencia y su consejo ante cualquier duda o tropezón. Gracias a ello el maestro nos situó los primeros de la clase, en la primera mesa, aunque yo siempre me consideré el segundo, algo que no estaba nada mal entre 56 rapaces, dejando el podium para mi admirado y respetado Emilio al que digno era recocerle sus méritos.

También había clase los sábados por la mañana. La tarea, que finalizaba a la una, se extendía para los más mayores, rapaces en la nuestra y rapazas en la suya, con limpieza y decoro de la escuela. Los de séptimo tirando de escoba y los de octavo de agua y fregona. Así aprendimos algo inusual que algún día nos ayudaría a echarle una mano a nuestras madres en casa, a las que en más de una ocasión les faltaba tiempo y le sobraban jeras.

Solo dos días podías librarte de la escuela, pidiéndole permiso y consentimiento al maestro: en la matanza, para ayudar a la familia, y el Martes de Carnaval, todos, para celebrar el Antruejo pidiendo la Voluntad por las casas con el Diablo, Filandorra, Gitano y Huevero, para disfrutar luego de una comida de hermandad y convivencia que nos prepara la Tía Ascensión, la madre de Avelina.

La noche de Antruejo también era especial: ya en casa, nuestras madres y abuelas nos preparaban las exquisitas fiyuelas alistanas de huevo y harina. Un manjar.

TU MISMO: ¿ESTUDIAR O TRABAJAR?

Por San Antonio, 13 de junio (Esquilado y Mela de las ovejas) cambiábamos la escuela por la cosecha veraniega. Subirse a encalcar la hierba en el carro y tirar del rastro en el prado era nuestra primera jera y prueba de fuego cuando más calentaba el sol, que había que llevarla al pajar bien seca.

Por San Pedro a segar la cebada, a mano y a hoz. Tras la Virgen de la Salud (2 de julio) a segar centeno y trigo hasta Señor Santiago (25). Primero con un surco, luego según crecías con dos y finalmente con tres, en llano y en barranca, desde el amanecer hasta a la anochecida, segando, atando manojos y juntándolos en Morenas, parando sólo lo justo, para almorzar (tomar las 10), comer (echar la siesta al sol) y merendar (tomar las 5). Con los tábanos al acecho y doblados los riñones llegaba el momento que lo difícil no era agacharse (doblar) si no una vez torcido volver a enderezarse.

Tras el acarreo, ya en La Era, turno para la trilla bajo el axfisiante sol de agosto, todo el día sentado en el trillo de Cantalejo arrastrado sobre la Parva por las vacas Alistanas en una lenta lucha donde las piedras trillaban las Porretas del cereal hasta dejarlas molidas y juntas en el Muelo que luego se había de limpiar tirando de Viendo y Pala (de madera), rezando para que se levantara el aire y así conseguir separar el grano de la paja.

Coger la Raposa era terminar de segar y Coger el Gallo guardar el grano en la panera libre de inclemencias atmosféricas y pardales. Con la satisfacción de lo bien hecho se celebraba con una buena comida a base de guisado de Gallo Pedrés con pimientos y noras.

Tras tres meses bajo el sol, allá cada cual, más de uno ya no necesitaba de la pregunta para encontrar la respuesta de que, visto lo visto, para no pasar tantas calamidades igual lo mejor era irse a estudiar.

Un 24 de junio salimos Milito y yo con nuestro Graduado Escolar, orgullosos, pero más felices aún nos sentimos cuando, a la Puerta de la Tía Balbina, escuchamos como nuestro último maestro don Pablo Emilio trasmitía su orgullo por lo enseñado (él) y lo aprendido (nosotros) a nuestros padres Felipe y Justa y Emilio e Irene cuyos semblantes delataban gratitud hacia el docente y, porque no decirlo, orgullosos de sí mismos y de nosotros, que si en esa etapa de nuestras vidas salimos con Matrícula de Honor, el mérito era, sin lugar a dudas, de todos. La suerte estaba echada y en el caso concreto de Milito y mío creo no defraudamos a padres, madres y maestros y fuimos un orgullo para ellos, como los buenos hijos que se merecían tan buenos padres.

En nuestras memorias y corazones siempre estarán aquellos nuestros insignes maestros, don Mariano de la Fuente Yañez (Galicia), don Marcelino (sayagués de To-

rregamones), don Jesús Rodríguez Rodríguez (Benavente), don Juan José Ferrero Guerra (Zamora), don Juan Antonio Carbajo (Domez de Alba) y nuestro inolvidable don Pablo Emilio (Tierra de Campos). Recuerdo grato para doña Antonia, de Alcañices, maestra de mi hermana María, y allegada habitual en la casa de mi abuela Paula.

TRASTADAS Y CASTIGOS

Los alistanos, más los varones que las mujeres, éramos más pícaros y propicios a hacer trastadas que muchas veces rozaban la incongruencia y lo prohibido. La niñas eran mas dadas a enfados largos y llevaderos que podían durar una semana. Para los rapaces no había enfado que, siendo más brusco, durase más allá de un instante. Para eso éramos dados a utilizar la fuerza bruta, que no había nada mejor para solucionar diferencias y desatinos que echar una buena lucha mano a mano revolcándonos en el suelo hasta que, sin haber vencedor ni vencido, nos dábamos cuenta que no había nada que no solucionase la reconversión de un agarrón en un buen abrazo, que para eso éramos amigos, tan guerreros como a la vez inseparables compañeros.

Éramos inquietos y trastos por naturaleza lo cual nos llevaba a hacernos mercedores a castigos a veces merecidos, aunque tan duros, habituales en tiempos de Franco, que hoy día nadie justificaríamos y llevarían al castigador al Juzgado.

Aunque pueda pertenecer una auténtica barbaridad, los rapaces éramos tan echados palante que preferíamos el castigo físico y no porque nos gustará que nos partieran la cara a diestro y siniestro con una bofetada a mano abierta, sin necesidad de poner la otra mejilla, donde al dolor se unía la humillación; dolía, sí, pero era un instante. La alternativa era aún peor.

Así, las primeras monedas que tuvimos en nuestras manos, que no en nuestro poder, fueron una Perra Gorda, Dos Reales, una Peseta y un Duro que el maestro sutilmente nos prestaba para el castigo. Te colocabas de rodillas con los brazos en cruz y sujetando la moneda con la nariz sobre la pared. Si la dejabas caer al suelo el maestro volvía a practicar con la mano abierta y a reiniciar el ritual.

Solo había dos diccionarios, gordos y pesados, utilizados para consultas, y también para castigar a los mayores. Llegaba a ser insoportable colocarse de frente a la clase con los brazos abiertos en cruz y un libro en cada mano, sin flaquear y desfallecer, por que si lo hacías, de nuevo la mano abierta.

El castigo, justo es decirlo, casi siempre merecido, aunque muchas veces inhumano, lo asumíamos con resignación y propósito de enmienda, pero también conscientes que, lo que pasaba en la escuela en la escuela se quedaba, por la cuenta que nos tenía, pues llegar a casa y contárselo a los padres más que buscar una solución era crear y encontrar un nuevo problema ya que ibas a Cobrar por segunda vez antes de escuchar la sentencia: «Si te castigó algo harías» y, la verdad, es que razón no les faltaba.

MENOS JURAR Y MÁS SABER ESTAR

Que fuéramos educados y bien hablados era otra de las preocupaciones de abuelos, padres y maestros diciéndonos que el «ignorante habla y el sabio escucha» o aquello de que «la palabra mejor dicha es la que queda por decir» de Juanito el de la Tía Balbina. Sabias palabras y acertados consejos.

Conviviendo con las personas mayores era imposible no ser testigos de que cuando las cosas salían mal Dios y la Virgen María se llevaban la peor parte, a la espera que el cura arreglarse tal desaguisado con una buena y sincera confesión.

Por ello los mayores buscaban rodear lo prohibido, para predicar con el ejemplo, con el «Cagüen el pecado» o Cagüen ningún Dios. El Tío Jesús tenía uno propio Cagüen la Reina Mora, el Tío Isidoro su Rediós y el Tío Fabián su Cagüen la Pastora Imperio a la que nosotros entonces no poníamos cara, ni porque le caía tan mal. En las mujeres, más educadas y responsables, era habitual el Cagüen Crista. A los rapaces a los más que se nos permitía llegar era al clásico «Cagüen diez».

Cierto es que muchas veces oías pero no escuchabas y aún menos entendías palabras que resultaban graciosas y poníamos en práctica sin conocer su significado y las consecuencias de su uso.

Era tarde de rosario y con las prisas por salir a jugar al escondite se nos ocurrió decirle al cura que se dejara de jodiendas que teníamos mucha prisa. Mejor habíamos estado callados porque el pater cambio el semblante y sin decirnos el porqué sacó la mano abierta a pasear y nosotros con la cara dolorida y colorada asumimos que la tal susodicha no debía ser cosa propia de rapaces ni de curas.

LOS JUEGOS DEL PUEBLO

Si había lo justo para alimentarse, –aunque todo hay que decirlo nunca nos faltó para comer, ni pasamos hambre–, resultaba obvio, ni sabíamos que era un juguete.

Para los varones lo normal era jugar a la Píngula, la Chapas, el Chito o a Conejos (donde unos éramos las presas y otros los cazadores). Nuestra primera pelota fue un bote de hojalata de leche condensada «La Lechera» al que pateábamos sin problemas con las cholas para meter gol en la puerta del Ti Santiago: el problema lo tenía el portero a la hora de echarle la mano para pararla. El primer balón se lo trajo el Tí Lorenzo a Tito de Suiza: era tan duro que le dabas contra una pared y caía a plomo.

En las niñas había dos juegos preferidos que además siempre acompañaban con sus preciosos cantares. Uno era el clásico de Saltar a la Comba, una cuerda que se elaboraba trenzando juncos del río lo cual no dejaba de tener su mérito al ser manual y pura artesanía. El otro lo llamaban «Naranjas Finas»: la niña se ponía de frente a la pared de la iglesia, separada unos dos metros e iba lanzando la pelota y mientras esta iba y volvía tenía que chocarse las manos delante y detrás sin dejar caer la pelota.

LA SABIDURÍA PROPIA DEL ABUELO

Para nosotros los primeros sabios que conocimos y ejemplo a seguir durante nuestras vidas eran los abuelos. No porque hubieran estudiado libros y letras sino porque fueron los primeros en conocer mundo, convertidos en hijos pródigos de la necesidad por voluntad propia cuando emigraron en busca de fortuna a América (Cuba, Brasil y Argentina) y por obligación: cuando les enviaban a las guerras de África, Cuba y Civil o hacer la mili en Melilla o Ceuta.

Ellos nos enseñaron lo que habían aprendido sobre la importancia de ir a la escuela e historias que les contaron o vivieron. Al calor de la lumbre, sentados en el escaño de la cocina, el abuelo Sebastián nos contó donde surgió la cuna del saber: «En este pueblo tuvimos la suerte de estar situados justo a la vera de la Vereda Real Galicia por donde pasaban los peregrinos de Andalucía camino de la tumba del apóstol Santiago en Compostela, por donde bajaban los segadores gallegos hacia la estepa castellana a los que su paisana Rosalía de Castro les cantó «Castellanos de Castilla, tratadme bien a los gallegos, cuando van como rosas, cuando vienen como negros».

Hasta 1857 por estos pueblos no hubo otros maestros que los Galocheros, unos artesanos de la madera gallegos y algunos leoneses que bajaban en otoño e invierno a Aliste para ganarse la vida elaborando a mano y a punta de navaja desde galochas (rústico calzado) a cucharas y otros utensilios de la matanza, así como a enseñar las reglas básicas de la enseñanza.

Dejaban su tierra tras culminar la sementera, por San Martín (11 de noviembre) y aquí el Concejo los contrataba por 25 pesetas para el otoño, invierno y primavera. Las familias abonaban en especie la llamada Parte, consistente en una libra de pan de centeno y un cuarto los sábados como manutención.

Para nuestros antepasados, sentenciaba el Tío Juan, primero del pueblo con estudios superiores y misionero allá en Filipinas: «saber leer y escribir, sumar y restar e incluso los más avispados multiplicar y dividir era un doctorado como tener ahora una carrera. De hecho las familias comenzaron a ver necesario enviar a los hijos a la escuela para que así supieran de cuentas y leer lo que firmaban y de esta manera no fueran engañados por los señores y prestamistas».

La Escuela Rural Alistana de aquellos tiempos revueltos de la posguerra, de pueblos superpoblados y familias numerosas donde éramos muchos y había poco para comer, con sus aciertos (inmensa mayoría) y los errores (pocos pero los hubo) está claro que marcó nuestras vidas, para bien, pues aprendimos que, independientemente de ser más o menos listos o inteligentes, somos gentes de bien, buena gente, llevando la educación y el respeto como nuestra bandera, siempre orgullosos de nuestro pasado y presente cultivando la esperanza de nuestro futuro.

Siguiendo siendo los mismos llevamos con dignidad nuestros orígenes: pastores y médicos, agricultores e ingenieros, vaqueros y periodistas, ganaderos y maestros, porque para nosotros prevalecen las personas y lo humano, sobre la vanidad y lo

material, porque que cualquier oficio es digno, conscientes que quizás nadie somos imprescindibles pero a la vez sabemos que todos somos necesarios para salvaguardar la convivencia y la hermandad en nuestros pueblos y salvarlos de la temida extinción, el temido fruto del éxodo rural iniciado en los años sesenta.

La natalidad fue su primera consecuencia para, –sin niños y niñas–, arrastrar en su caída a las, en nuestra infancia, florecientes escuelas con sus casas de los maestros y maestras luego caídas en desgracia hasta sucumbir a la triste muerte del olvido y desaparecer.

Somos quizás, los rapaces y las rapazas alistanos nacidos en los años sesenta del siglo XX la última generación, humilde, que nunca perdida, –más bien honesta y ejemplar–, que aprendimos de los aciertos y de los errores, de los propios y de los ajenos, quienes durante toda la vida mantendremos el respeto en su esencia más pura.

Venerando a nuestros padres por su insigne labor y por sus sacrificios, honrando a nuestros abuelos como fuentes del saber, tratándoles siempre de usted, como a nuestros paisanos mayores, vecinos y vecinas, parientes y allegados, a los que siempre hemos conocido por sus nombres y apellidos, que lo cortés no quita lo valiente y de bien nacidos es ser agradecidos.

Porque entre todos, los de antes y los de ahora, sin prisas pero sin pausas, con nuestros aconteceres y vivencias hemos escrito la historia de esta tierra, la nuestra, desde la sencillez que ha llevado a convertirnos en «Buena Gente», un tesoro, como el principal y más valioso patrimonio material e inmaterial de la nuestra tierra: Aliste.

CRÓNICA DE UNA MAESTRA NOVATA

Isabel Cantón Mayo
(Paradiña, León)

Todas las historias de maestras se parecen, pero cada una es un relato biográfico singular y a su manera. Esta que sigue es la historia de una maestra novata ante su primer reto profesional y personal. En busca del tiempo perdido como Proust, muchos años después, frente cáncer de mama que la consumía inexorable y sin esperanza, Isabel recordaba aquella mañana remota en que, recién nombrada maestra, llegó por primera vez al pueblo de Paradiña; recordaba aquel viaje en que iniciaba su vida profesional en las remotas tierras bercianas de las que ni siquiera había oído hablar y que le costó trabajo encontrar en el mapa. En sus recuerdos aparecían las verdades vitales siempre; hombre, algunas cosas las coloreó, pero toda la historia que sigue es verdadera.

No fue fácil llegar hasta allí. Nacida en un pueblo de la provincia de León, Isabel asistió a la escuela nacional rural hasta los 12 años; luego ingresó en un colegio religioso donde curso los tres primeros años de Bachillerato. A continuación, realizó el cuarto año de Bachillerato Elemental y su Reválida, así como el Bachillerato Superior, 5º y 6º en Astorga. Allí consiguió una beca que le permitió continuar estudios de Magisterio en León, de donde salió con acceso directo al cuerpo de Maestros por sus excelentes calificaciones en la carrera. El puesto asignado fue una escuela rural en el Bierzo –la historia que sigue– que carecía de todos los elementos necesarios para el desarrollo profesional de la misma, pero que en su inmensa ilusión consiguió hacerla feliz y la dedicación a los niños fue intensa con ocho cursos simultáneos y cuarenta y cinco alumnos. Al notar como uno de sus alumnos, Juanito, no progresaba a pesar de su esfuerzo, se interesó por saber más y cursó en la UNED la Licenciatura en Pedagogía o Ciencias de la Educación. Estos estudios le permitieron comprender y mejorar su trabajo como maestra que culminaría con una Tesis Doctoral que mereció el Premio de Cum Laude en la UNED en Madrid. Después pasó a la Universidad de León como profesora alcanzando el nivel de Catedrática. En la actualidad es profesora Emérita de la Universidad de León.

En esos momentos finales de repaso de lo vivido recordaba que lo que más ilusión le había hecho en su vida profesional fue el momento en el que, después de haber tomado posesión de su escuela en el Ayuntamiento de Villafranca del Bierzo, llegó al pueblo de Paradiña en un Land Rover, porque no podían acceder al lugar los autos

normales, y quedó sola con una vieja maleta, ante un destartelado edificio de planta y piso en el que el local escolar estaba abajo y la vivienda arriba: los dos en estado de ruina. Frente a la escuela, un centenario castaño cuyo tronco necesitaba 15 alumnos para ser rodeado, le dio una mustia bienvenida. La puerta, con las carcomidas maderas transparentando el interior, exhaló un crujido doliente al ser abierta dando paso a un espacioso local con pupitres bipersonales y algunos bancos corridos, amén de un armario, algún mapa en la pared, la mesa inestable de maestra y, reinando en el centro, cual emperatriz del misterioso lugar de una bella durmiente escondida, una estufa de leña oronda y empinada en lajas de piedra en sus patas, que parecía el único ser animado del recinto. ¿Qué más se podía pedir? Era su sueño y le había costado veinte años llegar allí. No iba a desanimarse ni a arredrarse ahora. Manos a la obra.

También debía acceder a la que sería su vivienda en los meses siguientes. Sobresaliendo en una ladera a la que se llegaba por un estrecho sendero de robles y hayas ocupaba un espacio sobresaliente de la misma. Cual intrépida Sigrid, valerosa amazona de los cuentos del Capitán Trueno, o Claudia en el Jabato, que tanto había leído en su infancia, trepó la empinada cuesta que subía hasta la entrada de la vivienda consciente de que nada podía con su sed de aventuras y del camino emprendido para rescatar de la ignorancia a los niños del ignoto pueblo a los que le costaría mucho describirles el mar que no habían visto y ella misma una sola vez. Gimió también esta puerta para dejarse abrir. Si bien la vivienda no llegaba al estado ruinoso, estaba muy cerca de serlo. La destartelada casa estaba de forma cuadrangular estaba dividida cuatro secciones iguales con una intersección al final del pasillo para el aseo. En la primera estancia a la derecha había una mesa de madera raída, sucia e inestable, un escaño también de madera, una cocina de carbón y un fregadero; solo una silla. Las siguientes estancias eran un suelo de madera, unas paredes encaladas y el vacío total. Los techos eran también de madera y pronto notaría que albergaban otras viviendas y tenían vida propia; los festivales de ratones corriendo por esas tablas se oían abajo cada día, pero, sobre todo, cada noche. El polvo acumulado dejaba huella de las pisadas y las huidas de los huéspedes del ático poco acostumbrados a compartir la vivienda formaban un entorno rumoroso en cierto modo parecido al desfile de la Santa Compañía. Un entorno que en las noches se acompañaba del concierto que los aullidos de los lobos daban cada media noche en la cercana sierra.

Isabel se asomó a la ventana que daba sobre un rumoroso y umbrío valle por el que transcurría un riachuelo a cuyos lados se erguían espesos y oscuros bosques de robles, abetos y castaños que parecían conversar entre sí dejando escasa claridad al entorno y dando un aire siniestro al entorno y a aquella tierra. Reinaba un profundo silencio en el lugar, roto solo por el aislado canto de alguna lechuza, o algún pájaro solitario. El viento empujaba las ramas de esos árboles que parecían inclinarse ante el poderoso Eolo que los acariciaba. La impresión de desolación del conjunto era de profunda tristeza, aunque los ojos de la maestra novata solo viesan un trozo de cielo abierto por un ángel entre los espesos árboles.

Adentrada en ese contexto organizó sus escasos enseres y procedió a la limpieza, primero de la vivienda, que se convirtió en una nube espesa de polvo que no dejaba ver los límites de puertas y paredes. Su cara y su pelo adquirieron también los tonos polvorientos que le hacían parecer una zombi extraviada en un cementerio extraño y lejano descrito en algún libro de terror que había leído. La dificultad para respirar hizo que moviese las manos hasta dar con la salida, donde una petrificada anciana la miraba como si hubiese visto un fantasma y ella comprendió que, con su cobertura de polvo blanquecino, se le parecía bastante. Al frotarse la cara aparecieron los ojos de la maestra y la anciana pareció cobrar vida:

—Vaya con la nueva maestra. Parece muy joven. ¿Cuántos años tiene?

Isabel, que ocultaba su cara aniñada con unas gafas para que los alumnos no le perdiesen el respeto por su juventud, y para dar un aire de autoridad quedó un momento perpleja ante la pregunta que podría suponer que toda la aldea la torease por ser novata y joven, respondió:

—Yo pocos, abuela, ¿Y usted?

La anciana hizo un rictus de media sonrisa y desapareció. Poco después se enteraría de que efectivamente la conversación se había difundido por el pueblo, pero con el añadido de que la maestra era joven pero muy pícara y lista. Pronto el lugar con pocas novedades o casi ninguna se alegró de tener en el pueblo a la nueva maestra que, además era aguda y eso le valió los primeros acercamientos vecinales.

Al día siguiente, después de una noche de ratones y pesadillas, por la mañana despertó con las alegres risas de los niños que corrían y jugaban alrededor de la escuela emocionados para asistir a clase después de meses con la escuela cerrada. Finalizaba septiembre y un sol resplandeciente iluminaba sus caras y sus vivaces ojos. Ella se apresuró a adecentarse para la presentación y un cuarto de hora después, con paso firme, para ocultar su miedo y fragilidad abrió la puerta de clase que repitió el quejido ya conocido y el tropel de cuarenta niños entre cinco y catorce años accedió al interior. Fue un trabajo de manos y algo de voz el conseguir que se sentasen como estaban en el curso anterior. Pero había cambios y tres quedaban sin sitio a la vez que empujaban a sus compañeros para procurárselo.

—¡Los de cinco años no pueden venir a la escuela!

—¡Pues con doña Tere, sí veníamos!

—¡Las chicas iban delante!

—Bueno ya lo arreglaremos más tarde. Ahora debéis ocupar vuestros asientos y lo vemos para que haya sitio para todos.

Siguieron un sinfín de intervenciones justificando, poniendo de relieve, señalando la influencia de su padre, su tío, un comerciante, un cabrero, un librero, y demás profesiones que se acercaban por el pueblo. No se había visto en otra, la pobre maestra novata. La colocación les llevó un tiempo y pronto se organizó una especie de ruidoso grupo principal de mayores y otro, menos ruidoso, pero no menos interesante, de pequeños.

El alumnado la fue informando sobre las rutinas, sobre las dificultades, sobre la limpieza, que recaía siempre en las chicas mayores, y que se cambió para alternar con los chicos, sobre los libros de texto y sobre la reina del local: la estufa de leña que tremolaba con su panza y oronda chimenea en el centro del local escolar. Era la maestra la que iba a enseñar a estos niños y de momento lo que hacía era aprender. Había que pedir a los padres que, en la previsión invernal próxima, trajeran al entorno de la escuela suficientes troncos para calentar el local, al que, para más inri, le faltaban varios cristales. Lo de la leña el propio alumnado se encargaría de transmitir a sus padres la necesidad de la misma y el corte adecuado para la potente estufa. Sobre los cristales, había que ir a pedirlos a la localidad del Ayuntamiento, y era el Alcalde quien debía correr con los gastos y la instalación.

Haciendo un alto en las tareas y para saber algo de su primogénita perdida entre montañas (¡que grandes y altas le parecieron a ella acostumbrada a la llanura!) ya que allí ni había correo ni teléfono para poder comunicarse, el padre apareció a los pocos días y acompañó a la joven maestra al pueblo del Ayuntamiento a solicitar los cristales para las ventanas del aula que le pareció miserable y desvencijada, que era como estaba realmente, aunque la maestra en su ilusión la viera mucho mejor. El Alcalde, perro viejo ante peticiones escolares, le dijo dos cosas a la maestra y al padre: primero que con la leña que los vecinos le proporcionarían la escuela estaría caliente aún sin los cristales que faltaban, por lo que era inútil reponerlos; y, en segundo lugar, que si la chica (la maestra) era brillante (había obtenido la plaza con acceso directo por sus buenas notas, de lo que padre e hija se sentían orgullosos) lo mejor que podía hacer era irse y buscarse otro lugar que en ese pueblo se iba a pudrir sin remedio. A esa misma idea había recurrido la conversación con un primo cura que habían destinado a La Cabrera leonesa; su colega del Seminario al saber el destino le dijo: cuando vayas a ese pueblo las mujeres te parecerán cabras; pero cuando lleves allí dos años, ¡hasta las cabras te parecerán mujeres!

Pero nada se interponía en su decidida vocación de maestra: estaba en una nube ideal de realización personal y profesional. Era la edad de la locura, de la juventud fresca y capaz de poder con todo. Era la primavera de la esperanza de la intrépida maestra novata y principiante que llevaría la redención a aquel pueblo tan remoto en el que ni siguiera la luz eléctrica era continua, sino alterna: un alternador casero sobre el río Burbia proporcionaba luz a la remota aldea y hacía que cada cierto tiempo, al cambiar el giro del mismo se fuese la luz un par de angustiosos minutos. Pero esa época de tanta luz, tenía horribles tinieblas en la noche: llegó el invierno y las largas horas con esa especie de bombilla-candil que se iba cada poco, sola en el caserón escolar rodeada de monte de oscuros abetos hayas y unas miserables bombillas en las ventanas habitadas, la más próxima a cincuenta metros, hicieron mella y tuvo que conocer el miedo. A las ratas excursionistas en el hueco entre el tejado y el techo de la casa de la escuela se unió un ruido mucho más penetrante por desconocido y

amenazador: el aullido nocturno de los lobos en la sierra. El lugar entonces le parecía sombrío, desolado y triste, tenía pesadillas y problemas para dormir.

Le confesó su miedo a la vieja señora que le había preguntado la edad en sus primeros días y ella encontró un viejo remedio; apareció con un tarro de cerezas en aguardiente y le prescribió la dosis diaria: un par de estas cerezas al acostarte y no hay lobos ni ratones que se metan contigo. El remedio fue harto eficaz: las tomaba y una especie de colicón la invadía hasta la mañana en que resurgía integra y alegre su decidida vocación con los niños. Pero había momentos en que no los entendía. Hablaban un dialecto astur-leonés que se refería a pechar la puerta; *fae un fríu que pingal mocu y escarabaya el pelleyu, imos a buscar morodos*, etc. todo nuevo y complejo pero era un vocabulario corto que pronto asimiló.

La soledad invernal pronto debilitó su juvenil entereza. Cuando se lo comentó a la vieja de las cerezas, le dijo que la viniese a visitar su novio. Pero yo no tengo novio, le respondió evasiva. Decidió entonces comunicarse con las maestras de los pueblos del entorno. En un contexto tan agresivo, triste y silencioso un fin de semana decidió caminar diez kilómetros entre los amenazadores y sinestros árboles por un sendero que subía y bajaba por la ladera de la montaña hasta el arroyo en el fondo que había que atravesar, pero, con todo, pareció un trabajo llevadero y aceptable si conseguía compañía. Hubo suerte y la recibieron muy bien, bajo un brasero con pastas y café caliente. Repitió la salida varios fines de semana, pero el invierno puso las cosas difíciles: los árboles cargados de hielo dejaban caer amenazantes carámbanos cada poco y había que ir con cuidado. Pero lo más difícil fue la crecida del arroyo del valle que había que atravesar: con el agua a temperatura de hielo hasta la ingle debía descalzarse, cruzarla y volver a vestirse. Algún resto de reúma aún puede tener parentesco con estas atrevidas salidas del pueblo.

Una cuestión difícil de abordar era la comida. No existía en el pueblo frigorífico ni forma de conservar los alimentos adquiridos por lo que el menú era siempre igual y frágil: los tres primeros días de la semana se tomaba carne, casi siempre guisada para que resistiese si el tiempo era cálido, los dos restantes, las inefables salchichas de Frankfurt, del único sabor ahumado existente entonces en el mercado, o alguna conserva, vamos un menú de cinco tenedores. La carencia de comida la hacían soñar a menudo con platos suculentos como la *Oda al caldillo de Congrio* de Pablo Neruda, o su *Oda a la cebolla*, consolándose con el bello poema, *sobrevivir* de Gabriela Mistral, pero también tenía que conformarse con el pan que la acercaba a Lorca comiendo *pan moreno y rica luna*. Una de las semanas al aprovisionarse para los días siguientes, la maestra vecina rechazó comprar las habituales salchichas. Al inquirir el motivo lo señaló: —Me sobraron dos salchichas esta semana y se las di a mi gato con el que comparto siempre la comida. Pero el muy ladino las olió despacio y majestuoso se alejó de ellas con gesto de contenida repugnancia.

Los niños eran su mayor alegría: bulliciosos, alegres, cercanos, magníficos. Le llevaban la leche por la mañana, el pan cada pocos días, las castañas, la matanza, las

berzas con escarcha en invierno, la lechuga en primavera: una bucólica vida que la enamoró de día y la desencantó en la noche. Tenía ocho cursos delante con cuatro o cinco niños en cada nivel y no daba tiempo para atenderlos a todos. Por entonces, lectora voraz, cayó en sus manos el modelo lancasteriano de monitores y se apoyó en él, atendiendo a los cursos altos y alumnos más avanzados de los mayores como maestros de los más pequeños. Después en sus estudios supo que el modelo utilizado permitía el aprendizaje en bucle doble: entrada de la información, aprendizaje, procesamiento y salida de la misma, con lo que el beneficio era tanto para mayores como para pequeños.

Había detectado dos puntos de inflexión en su enseñanza a los pequeños escolares de un pueblo perdido en la montaña: el tren y el mar. Con respecto al primero organizó con los niños apoyados por los padres una visita a la estación más próxima del mismo: a Villafranca del Bierzo, distante a 14 kilómetros de la aldea perdida donde estaban; pero lo del mar era mucho más difícil. Comenzó señalando algunas cuestiones del tren: vías, locomotora, vagones, revisor, asientos, etc. pero pronto decidió que terminarían la lección del tren más adelante y que pasarían al estudio del mar. Eso era más difícil: en el pueblo había solo una televisión en el llamado teleclub y solo funcionaba los domingos. El mar estaba lejos y era azul, profundo, misterioso, enorme, peligroso... y muchas cosas más, que hacían que la mirada de los niños se quedase fija intentando asimilar cómo podía ser tamaña cosa y además lleno de agua.

Los recreos eran todo un momento de alegría y jolgorio infantil. El juego preferido era para niños y niñas el fútbol; solo que el prado frente a la escuela que servía de patio situado en la ladera de la montaña tan cerca del sol que tenía una fuerte inclinación y si el balón salía del campo había que ir a buscarlo abajo, cerca ya del arroyo y la pendiente de bajada y subida con el rescate ocupaban más tiempo de lo que duraba el recreo. Un día el maestro del pueblo más cercano, cinco kilómetros de bosque, decidió que era bueno hacer una jornada de convivencia con los niños y que celebrasen un partido de fútbol. Entusiasmados maestra y alumnos se dirigieron una soleada mañana de abril hacia los pagos de la escuela más próxima con ánimos de ganar el disputado partido mixto uno entre los mayores y otro entre los pequeños. Maestro y maestra mirábamos complacidos el desarrollo del *derby* cuando de pronto hubo un golpe y una caída: un niño de unos 12 años se nos acercaba sangrando fuertemente de la boca.

—¡Me han arrancado un diente!—, decía gritando lloroso y dolorido.

—A ver, a ver esa herida—, le dijimos maestra y maestro a coro.

Examinamos el accidente y efectivamente uno de los incisivos faltaba y en su hueco manaba un chorro de sangre, La maestra estaba pálida del susto. Pero la veterania era un grado que la maestra novata debía aprender. Los siguientes accidentes escolares ya no le causaron grandes problemas: aprendió a curar a sangre y los lloros con igual destreza.

—¿Lloras porque se te ha caído un diente? Piensa que en tu vida tienen que caérsete todos, por lo que con esta caída tienes trabajo adelantado.

La maestra miraba al compañero, entre escandalizada, asustada e incrédula. Pero el niño dejó de llorar se atajó la sangre y siguió jugando como si nada. El maestro veterano le dijo que la herida era de la dimensión que ellos le concedieran. Al minimizarla el niño también lo hizo y no pasó nada.

Un buen día la maestra recibió la visita de la Inspección, monstruo temible y siniestro, misterioso y lejano. Había oído hablar de ella medio en sordina con reparos, con miedo y ocultas prevenciones. Quiso la circunstancia que al llegar la Inspectora la reina estufa de la clase no tuviese un buen día y el aula de clase estaba llena de humo denso y oscuro en la que la maestra se afanaba en convencer a la estufa para que decidiese arrancar el humo por la chimenea, en lugar de hacerlo por sus faldas. Ella vio acercarse una figura difusa, que atribuyo a la madre de alguno de los niños y le pidió que se marchase.

—Oiga, que soy la Inspectora— dijo la inoportuna visitante desdibujada entre el humo.

—Si tú eres la Inspectora, ¡yo soy la estufero, no lo ves!

Le costó a la Inspectora salir del aula y cuando el humo se diluyó pudo aclarar el malentendido que se tomó con humor. Estas incidencias profesionales enseñaban mucho a la maestra novata que tomaba nota de cómo proceder y admiraba el saber hacer del veterano maestro vecino.

Un hito importante para la joven maestra fue la adquisición de un pequeño utilitario que le permitía evitar los hielos y el cruzar el valle mojada en invierno, al acceder al pueblo por un camino más largo, pero menos dañino para su salud. Esa ruta no estaba tampoco exenta de peligros: transcurría por una pista de alta montaña y el Land Rover que hacía la ruta semanal a Villafranca para el mercado desde el pueblo, en el invierno anterior había patinado con el hielo de la pista y había caído al río cargado con diez personas desde los más de cincuenta metros de la ladera hasta las profundidades del río Burbia. Lo milagroso del caso es que nadie falleció: durante las lentas y reiteradas volteretas del auto entre los espesos árboles de la ladera y hasta su caída al río había ido dejando en el camino a la totalidad de la carga humana, unos colgados de los árboles y otros asustados en huecos inverosímiles entre ellos. Lo que restaba del auto podía verse aún en el lecho del río.

Con el coche pudo salir los fines de semana, siguiendo el consejo de la vieja, a buscar un novio que la visitase. Lo hacía con el grupo de maestras en circunstancias parecidas a las suyas: jóvenes casi adolescentes aún prisioneras entre el paisaje y la vocación. Salían con furia incendiaria a quemar en sucesivos cigarrillos y apretados bailes en las discotecas de Ponferrada la borrachera de aire puro semanal. Cuando volvía el lunes al pueblo la maestra los niños más pequeños salían a recibirla a unos cien metros antes de la llegada para poder subir al coche, medio casi extraterrestre para ellos que nunca habían visto a una mujer al volante. Ella abría las puertas y el

coche se llenaba con los ocho o diez pasajeros chillones, mágicos, ilusionados y contentos hasta el pueblo donde alojaba el vehículo en un tendejón durante la semana y los niños corrían saltando a su lado hasta la clase. Era un momento de gran ternura y gratificante para la joven maestra que se sentía cual Blanca Nieves entre nubes de algodón transportada por siete enanitos a la casita del bosque que era su escuela.

Pero el curso tocaba a su fin y la maestra interina debía dejar la escuela el pueblo, sus olores a primavera, a humo fuerte al quemarse del roble verde, a alquitaras y orujo clandestinos, a setas bajo los tomillos y a pájaros; entre los lamentos de su amiga la viejecita de las cerezas, de las madres de los niños, de los leñadores que habían provisto de troncos la estufa para el crudo invierno, de los cuatro mozalbetes que soñaron con conquistarla, pero sobre todo, de los tiernos infantes, que siempre le recordaron al Marco de Corazón que leía con su abuela de niña, que la miraban con ojos a la vez llorosos y sonrientes, que no comprendían ese inexorable destino que los alejaba de su querida maestra. Los troncos viejos de los grandes árboles del lugar se unieron a la despedida formando una muralla tupida de verde a ambos lados del camino de salida, subieron de tono los sonidos del roce de sus hojas y avisaron a los animales que los habitaban para que se uniesen al coro con sonidos musicales en un idioma desconocido dejando en el claro de las alturas acotadas un hueco para ver la luna que luminosa en pleno día se añadía al coro de despedida de la maestra que había vivido sus días más perfectos.

Con los ojos arrasados de lágrimas y un nudo en la garganta, la maestra pasó sucesivamente por los brazos de la casi totalidad de los habitantes del pueblo que se congregaron en esa sentida despedida. El coche arrancó lentamente separándola de aquel año que resumía la finalidad de su vida y con la cabeza en la ventanilla se resistía al desgarrar profundo de la partida. En la primera gasolinera se detuvo a reponerse del torrente de emociones vivido. Una cabecita surgió entre las maletas de los asientos traseros; Juanito, un niño de cabellos de oro que nunca respondía a sus preguntas, y que enseguida adivinarán quién es: el niño que le había hecho estudiar porque siendo listo no aprendía a leer, la miraba asustado como pidiendo perdón por acompañarla:

—Quería que me explicaras otra vez la lección sobre el mar...

Cuarenta años después la añoranza de los días felices la hizo volver a Paradiña. Fue como el sueño de volver a Manderley. En su lecho de enferma revivía feliz aún el que casi cuarenta años después la recordaban los vecinos que quedaban de aquellos niños antiguos alumnos suyos. Quizás tenía el mismo sueño de Alicia en el País de las Maravillas y sentía la alegría de los ingenuos goces de los chiquillos, recordando los felices días en el pueblo. Lo que siguió en la vida de la maestra sería como la historia interminable de Michael Ende y daría materia para una nueva narración, pero ésta ha terminado.

MIS PRIMERAS LETRAS

José María Chillón Martín
(Peleas de Abajo, Zamora)

Aunque nací en Madrid, a los 4 años, mis padres, por circunstancias que me son desconocidas, decidieron llevarme a vivir con mis tíos en Peleas de Abajo, donde mi tío era el cura párroco. La intención de mis padres, con el visto bueno de mis tíos, era que permaneciese en el pueblo hasta que cumpliese la edad para comenzar el bachillerato, por lo tanto, cuando cumplí la edad de empezar la escuela me encontraba en Peleas y así comencé mi educación escolar en la escuela del pueblo.

El maestro se llamaba don Andrés, no recuerdo el apellido, pero si recuerdo que era un hombre muy instruido, que mantenía conversaciones muy profundas con mi tío y otros sacerdotes que ejercían su ministerio en pueblos de alrededor y de Zamora. Esta circunstancia la conozco, porque esas reuniones tenían lugar en casa de mi tío, donde yo vivía. Era serio y rígido, pero también sabía ser amable y benévolo cuando la ocasión lo requería, como cuando nos enseñaba a cantar y bailar «Estaba el señor don Gato».

La escuela, situada a la salida del pueblo, era un sencillo edificio con una única puerta de entrada, a la que seguía un pasillo con dos puertas, una a cada lado del mismo, la de la derecha daba acceso al aula de los chicos y la de la izquierda a la de las chicas. En ambas aulas un gran ventanal, dividido en pequeños cuadrados, proporcionaba la luz necesaria, por dentro, unas contraventanas de madera protegían el interior de actos vandálicos que tendré ocasión de exponer.

Dentro del aula los pupitres individuales se disponían en tres filas, una, la de la izquierda de la mesa del maestro era ocupada por los más pequeños, la central por los medianos y la de la derecha por los mayores. Los pupitres constaban de un tablero inclinado donde apoyar los cuadernos para escribir y los libros para leer o estudiar. Al frente tenía una tabla horizontal con incisión para meter las plumillas y lapiceros y un tintero de cerámica blanca para la tinta.

Esa tinta la «fabricábamos» nosotros dirigidos por don Andrés. El procedimiento era introducir en una botella llena de agua unos polvos azules, la cantidad precisa la medía el maestro y uno de los mayores agitaba la botella hasta que el agua se convertía en la tinta que después, ese mismo alumno iba rellenando los tinteros de los pupitres. Es fácil imaginar que tras la operación hubiese que limpiar con algún trapo la tinta que se derramaba fuera del tintero y que si no habías tenido la precaución de

quitar de encima del pupitre el cuaderno, podía mancharse, lo cual era una verdadera tragedia, ya que el cuaderno era un bien preciadísimo y escaso.

Detrás de la mesa del maestro había un armario donde se guardaban los materiales de enseñanza y la tinta que hemos mencionado, el gran encerado y un mapa de la provincia de Zamora a todo color, amén de las fotos enmarcadas de Franco y de José Antonio y en el centro un crucifijo.

Por descontado que la escuela no disponía de calefacción de ningún tipo, lo que significa que, en los meses invernales, el frío que pasábamos era tremendo. Algunos compañeros disponían de un artefacto que era una estufa individual. El dicho artefacto consistía en una lata metálica con la tapa agujereada y en su interior se metían brasas al rojo. La lata se ponía a los pies del afortunado y mientras las brasas estaban encendidas proporcionaban calor al susodicho, el resto nos calentábamos los pies golpeando contra el suelo, pero, realmente, con esa edad a los pocos minutos de entrar en el aula ya se nos había pasado el frío. El horario de clase, creo recordar, era de mañana y tarde. De nueve a doce y de dos a cinco. Ese horario lo dividía el maestro de modo que cada grupo de edad y nivel escolar tuviera su tiempo.

Sobre el material escolar mis recuerdos son: una cartilla con renglones en blanco para copiar un renglón escrito. No se me olvida el de: «Mi mamá me mima». Con esas cartillas aprendíamos las primeras letras y dábamos los primeros pasos para la lectura. También disponíamos de la pizarra individual y los pizarrines para escribir en ella y, un trapo para borrar y, por descontado, el o los portaplumas en los que se insertaban los diferentes plumines, el fino, el mediano y el que servía para escribir las letras góticas. Los cuadernos eran un bien extraordinario, que había que cuidar con esmero y era terrible, al empezar a escribir con pluma y tinta, que cayesen borrones, cosa por otro lado, bastante frecuente aun cuando ya se tuviera cierta práctica. La escuela disponía de enciclopedias que eran la base de la enseñanza.

El maestro, al empezar la clase, entregaba a cada alumno de la fila derecha un tomo e indicaba un tema de los incluidos en la Enciclopedia. Esos temas eran variados e incluían todas las materias básicas para una cultura general, es decir, Geografía, Ciencias Naturales, Matemáticas, etc. Después de ponerles «tarea» a los más pequeños, se dirigía a los medianos y les empezaba a instruir en las cuatro reglas. Era típico el «cantar» las tablas de multiplicar y les ponía la tarea de resolver algunas sencillas operaciones, mientras preguntaba a los mayores sobre el tema que habían estudiado esa mañana y les explicaba el tema.

También había en la escuela unos libritos muy entretenidos, por lo menos a mí me lo parecían, con los que practicábamos la lectura en voz alta. A mí, me gustaban mucho y de ellos copiaba y aprendí a escribir con letra gótica, ya que el título del artículo o reseña, estaba escrito con ese tipo de letra. Me llamaban especialmente la atención las letras mayúsculas, que trataba de copiar en mi cuaderno. Para la escritura en gótico empleaba un plumín especial que en teoría, al escribir con movimientos normales, quedaría reflejada esa escritura, pero no era así y puesto que su apren-

dizaje no era obligatorio tampoco me preocupaba mucho. Una o dos veces por semana le tocaba el turno al dictado, magnífico sistema para aprender ortografía y una cierta emoción al corregirlo, puesto que D. Andrés leía de nuevo el texto pero diciendo si la palabra era con b o con v, detrás de punto y aparte con mayúscula la primera, etc., y luego cada uno teníamos que decir el número de faltas cometidas.

Se me olvidaba apuntar que, a media mañana, teníamos recreo. No recuerdo la duración del mismo, pero desde luego sí recuerdo como lo disfrutábamos. La escuela, como ya he apuntado, se encontraba a la salida del pueblo, enfrente de las bodegas, que ofrecían grandes posibilidades de entretenimiento, desde lugares idóneos para

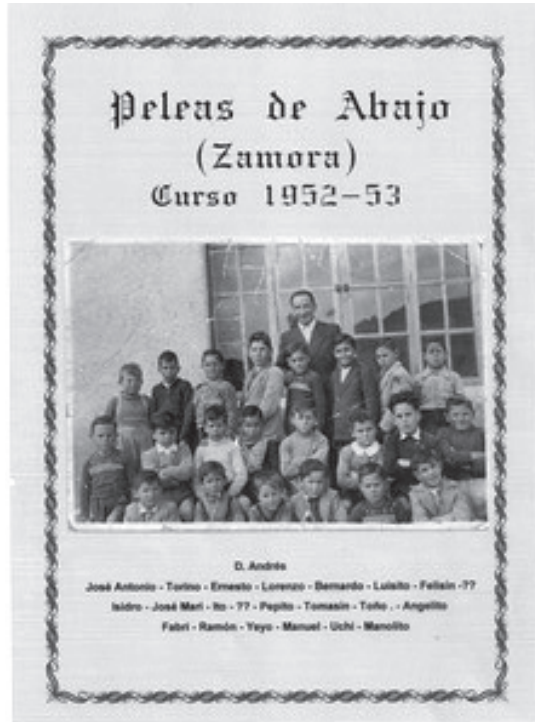
esconderse jugando al escondite, como para probar el valor de cada uno bajando a una que estaba fuera de servicio, sin puerta y que era conocida entre nosotros como «la bodega del esqueleto».

El nivel de exigencia del maestro creo que era suficiente, no exigía demasiado pero sí lo suficiente, y personalmente creo que muy adelantado, pues en mi caso, con solo 8 años de edad, aprendí, entre otras muchas cosas, la fórmula del interés simple, la cual recuerdo con cariño y una cierta nostalgia. Recuerdo lo orgulloso que me sentí cuando se la dije a mi tío.

Se escribía así: «i : C : : R : t», y se lee «Interés es a Capital como Rédito es a tiempo». Y yo estaba orgulloso de saberla y aplicarla a los diferentes problemas que el maestro nos proponía.

Por supuesto que también recibíamos clase de Geografía, Historia y Religión, ésta última basada en el Catecismo. La Historia, reforzada con aquel librito que comenté al principio, el de las letras góticas, muy ameno y fácil de leer. Lamento no recordar ni el título, ni nada que me permitiera volver a encontrarlo con las herramientas informáticas actuales. (Perdón por este inciso personal).

Recuerdo que también nos ponía deberes para casa. Consistían principalmente en resolver cuentas que llevábamos escritas en las pizarras y que debíamos resolver en casa, cuidando luego que no se borrasen.



Una o dos veces al año, no recuerdo con exactitud, hacíamos una «fiesta» los chicos y las chicas juntos. Esa, llamémosle fiesta, se celebraba en la explanada delante de la Escuela y consistía en cantar y escenificar juntos canciones del tipo «Estaba el señor don Gato», o jugar al *pañuelo*. Nada comparable con los sistemas actuales, pero que a nosotros nos parecía el «sumun» de la diversión.

Los actos vandálicos (quizás excesivo el calificativo) a los que me referí al principio, eran los que provocaban algunos mozos del pueblo cercano que, al acabar el baile el día de la fiesta y regresar a sus casas, arrojaban piedras contra la escuela.

Creo que nunca se ha valorado suficientemente la gran labor que desempeñaron aquellos maestros y maestras de escuela, que con los escasos medios de los que disponían, evitaron el analfabetismo a tantos y tantos hijos e hijas de labradores y ganaderos.

Hay que reconocer y valorar el tremendo mérito de aquellos docentes que fueron capaces de encontrar el método de impartir enseñanzas a tres grupos de diferentes edades y por tanto de capacidad de aprendizaje, estando todos en la misma aula. Mi eterno agradecimiento a don Andrés y a todos sus colegas que evitaron el analfabetismo en la España rural. Las interrogaciones que aparecen en la primera fila de nombres del pie de foto, corresponden al hermano de Felisín, Pepito, que estudió Magisterio en Zamora. La duda fue solventada por Bernardo cuando, en uno de mis viajes a Peleas les mostré la foto.

DONDE DABA LA VUELTA EL AIRE

Inmaculada Cortés García
(El Torno, Ciudad Real)

En ese lugar tan fértil de la memoria en el que habitan los recuerdos, voy a abonar la tierra y la voy a regar para que crezcan y florezcan las semillas que planté hace muchos años, tantos como los que llevo trabajando en la escuela. Y precisamente en esa etapa escolar en la que se realiza la labor de la siembra, en Educación Infantil, en la que el trabajo es arduo pero gratificante.

Mis recuerdos se remontan al curso 1989-1990, en el que trabajé como maestra de Infantil en el pequeño pueblo de El Torno, pedanía de unos 500 habitantes, dependiente de Porzuna, en la provincia de Ciudad Real.

El colegio, denominado Nuestra Señora de Guadalupe, estaba ubicado en un edificio antiguo en el que había sólo 3 aulas, un baño, un pequeño cuartito y, al lado, el patio de arena, sin más espacios comunes. Las instalaciones no estaban en buen estado, ya que eran muy anticuadas. De hecho, se comenzó el montaje de la calefacción al inicio de ese curso y como no funcionaba correctamente, había que utilizar estufas de butano. La limpieza se realizaba solamente una vez al final de la semana, y, obviamente, no era suficiente. Recuerdo que había arañas de gran tamaño en los rincones de los armarios empotrados de la clase. Además, había humedades y goteras, que llegaban desde el techo hasta el suelo, porque fue un curso especialmente lluvioso. Mantengo vivas las imágenes espectaculares de los ríos y arroyos cercanos rebosantes de agua, las cunetas anegadas, las torrenteras fluyendo, y el cielo en unos tonos entre morados y grises. Al comentar en una reunión con las madres el problema de las goteras, para ver si podían reclamar su arreglo, me contestaron que en su casa también tenían, por lo que no hubo solución.

En el colegio éramos solamente tres maestros. Junto a mí, una compañera, tutora de alumnos de 1º, 2º de EGB y Preescolar de 5 años, y un compañero, tutor de los alumnos de 3º, 4º y 5º de EGB. El resto de alumnos de 6º, 7º y 8º viajaban en transporte escolar al colegio cercano de Pueblonuevo del Bullaque. No había ningún otro especialista, porque entonces en esos cursos no había clase de Inglés, ni Religión, ni Valores, ni Psicomotricidad, ni apoyo a niños con más dificultades.

Fueron los últimos cursos de impartición de la extinta Educación Preescolar y Educación General Básica, que luego serían sustituidas por Educación Infantil y Primaria, puesto que al año siguiente comenzó la implantación progresiva de la LOGSE.

Yo fui tutora de un grupo de alumnos de 3 y 4 años, 20 en total, Todos ellos se escolarizaban por vez primera. Los recuerdo con mucho cariño, porque al ser niños tan pequeños, la relación con ellos fue de mucha complicidad y afectividad mutua.

Nuestro horario era de 10 a 13 horas por las mañanas y de 15 a 17 por las tardes, excepto los miércoles que era de 9,30 a 13,30 porque esa tarde teníamos reunión de formación en el Centro de Recursos Comarc



Asamblea.

de Alcoba de Los Montes, un pueblo situado a 25 kilómetros de El Torno y a 64 de Ciudad Real, en el que compartíamos experiencias con el resto de compañeras de los pueblos de la zona de Los Montes. Para mí esas reuniones eran agotadoras, después de la mañana en la escuela, porque suponían un recorrido extra, pero también las recuerdo como una experiencia gratificante, porque eran momentos para compartir con las demás compañeras que teníamos mucho en común, porque todas éramos jóvenes interinas y teníamos la misma situación laboral. Fue también muy fructífera, porque se elaboró un método de lectoescritura global, en el que, a partir de la motivación con cuentos, se presentaba el aprendizaje de las letras. Fue un trabajo muy meritorio, porque los medios de los que disponíamos eran rudimentarios, a través de fotocopias, con dibujos elaborados por nosotras, muy diferente a los medios tecnológicos de los que disfrutamos ahora.

El pueblo de El Torno está situado a 48 kilómetros al noroeste de la capital, donde yo vivo, por lo que me tenía que desplazar diariamente por una carretera en muy malas condiciones que en mitad del curso comenzó de obras, y por la que resultaba peligroso conducir porque había zanjas transversales y laterales, camiones circulando, baches, cortes de tráfico, que eran una dificultad añadida al trabajo docente. Para trasladarme diariamente de Ciudad Real a El Torno, tuve que pasar diversas vicisitudes: compartía coche hasta Porzuna, desde allí algunos días viajaba en autobús, al volver por la tarde enlazaba en otro pueblo, El Robledo, y algunas veces me quedé incomunicada en mitad de la nada esperando que me recogieran, en una época en la que no existían los móviles. Todas estas peripecias son ajenas a la labor docente, pero están unidas a ella, porque siempre al empezar a trabajar en la escuela tenemos que viajar hasta destinos alejados.

Viví un curso muy especial, debido a varias razones: fue la primera vez que se implantó la escolarización de niños y niñas de 3 años en la provincia, con la singularidad de esa zona geográfica, y yo tenía poca experiencia docente porque era mi segundo año de trabajo como interina. Al final de ese curso, en julio de 1990 conseguí

aprobar la oposición, con un sistema de examen bastante exigente, con cuatro partes: un primer examen de 5 horas sobre un proyecto en un curso de EGB, en segundo lugar, un debate oral con preguntas sobre ese proyecto, en tercer lugar, un examen de 5 horas sobre un tema específico de Educación Preescolar, y al final otro examen escrito de 3 horas sobre legislación.

Me resulta muy emotivo recordar esos años de esfuerzo continuado estudiando la oposición y al final obtener la recompensa de aprobarla.

La nueva incorporación a la escuela de alumnado de 3 años se realizó en el citado curso sólo en esa zona noroeste de la provincia, abarcando los pueblos de la zona de los Montes, por ser una comarca desfavorecida de pueblos pequeños, con escasos servicios y con pésimas comunicaciones, con el objetivo de compensar desigualdades con respecto a otras zonas más pobladas y más prósperas. Pero dicha incorporación no se realizó ni con previsión ni con condiciones adecuadas para esos niños. La dotación de materiales de juegos para la edad de 3 años llegó con bastante posterioridad desde el inicio de curso, tampoco hubo obras de adaptación de baños. Y la formación de las maestras tutoras de esos alumnos se realizó en el mes de enero, cuando ya se habían pasado los cuatro primeros meses de escolarización, los más importantes para su adaptación, para el que tampoco hubo ningún periodo de incorporación escalonada, ni planificación al respecto. El curso de formación, denominado Jornadas de Formación del Plan Experimental de Educación Infantil, fue durante los días 8, 9 y 10 de enero de 1990 en el Centro de Recursos de Alcoba de los Montes, al que acudimos las maestras de entonces llamado Preescolar, de los pueblos de la zona de los Montes de Ciudad Real. Recuerdo las sesiones con varios ponentes con experiencia y con buena intención, pero eminentemente teóricas, con poca utilidad práctica en la tarea diaria con los niños y niñas de 3 años. De dicho curso de formación incluyo foto del programa.

A falta de dotación de materiales didácticos, fui yo la que tuve que elaborar diferentes recursos que consideré necesarios para mis alumnos, fundamentalmente de tipo lúdico. Para favorecer el desarrollo del juego simbólico, dibujé la fachada de una casa en una gran tela blanca, como muestro en una foto, que coloqué con una cuerda



En las mesas.



Jugando con puzles elaborados con gomaespuma.

entre unos armarios, para motivar los juegos de papás y mamás, con muñecos y disfraces. Para el desarrollo de la motricidad gruesa, construí un gran rompecabezas hecho con piezas en forma de cubos de gomaespuma, a los que cosí números, vocales, animales, como también nuestro en foto. Para la ambientación y decoración del aula compré unas cortinas de colores y las intenté instalar con una barra metálica, recibiendo un buen calambrazo al enchufar el taladro en una deficiente regleta.

El trabajo diario de enseñanza con mis alumnos lo recuerdo de forma cariñosa y entrañable, sobre todo por el vínculo afectivo creado entre ellos y yo, pero también con las dificultades de su edad como falta de autonomía, de control de esfínteres, inmadurez, dificultades de pronunciación. La jornada diaria comenzaba con unas rutinas establecidas para que los niños y niñas tuvieran la seguridad de una secuencia fija de actividades.

Comenzábamos con la asamblea, con todos sentados en la alfombra y los bancos para dialogar, motivar y presentar los trabajos posteriores. A continuación, pasábamos a realizar esos trabajos en las mesas y al terminarlos tenían juegos por rincones, que eran puzzles, construcciones, casita, tienda, por los que iban rotando en pequeños grupos. Seguidamente, había hábitos de higiene en el baño antes de salir al patio. Y para finalizar, juegos de relajación, cuentos y canciones. Este esquema de actividades se repetía tanto por las mañanas como por las tardes.

En general, en la escuela rural hay un menor número de alumnos por aula, lo que redundaba en una mejor atención individualizada. Pero no fue así en aquel año, porque yo tenía 20 alumnos, que entonces era la ratio máxima para ese nivel. Y además de dos edades diferentes, de 3 y 4 años, lo que me suponía que tenía que plantear actividades con dos ritmos diferentes. Ese número máximo de alumnado sólo ocurrió en ese curso, porque al año siguiente hubo desdoble de cursos y una gran reducción de alumnos.

A lo largo de ese año, viví algunas situaciones que aún recuerdo, como cuando una niña metió un dedo en el agujero del desagüe del lavabo, justo de la misma medida que su pequeño dedo, y no se lo podía sacar, puesto que el dedo se iba hinchando. A fuerza de darle con cuidado con jabón, y después de varios intentos, pudo sacar el dedo sin hacerse herida. Y también fui maestra «jardinera» en El Torno, y no sólo con el significado de maestra de infantil que tiene en Sudamérica, sino en su sentido literal de jardinera, porque tuve que plantar árboles en el patio de recreo. Recuerdo



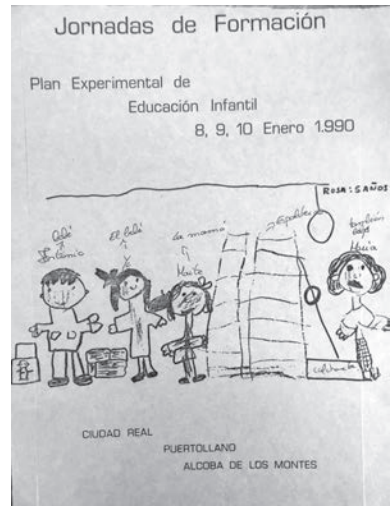
Casita elaborada con tela.

cavar en la arena e intentar poner el esqueje de arbolito y fue una plantación un poco accidentada, porque al cavar se rompió una tubería y se inundó esa zona del patio.

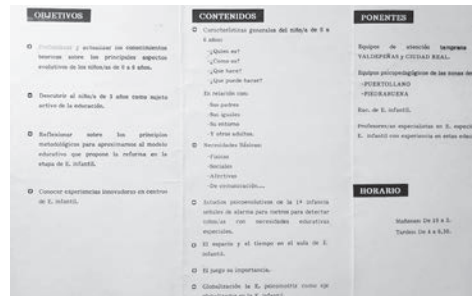
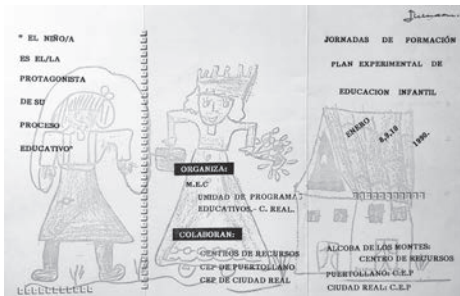
Al final de curso hicimos una excursión al Safari de Aldea del Fresno en Madrid, un parque de animales al que llegamos en un autobús tan antiguo y obsoleto como el edificio del colegio y como las carreteras por las que circulamos. En el trayecto, pasamos por un puerto de montaña llamado Puerto del Milagro, que atraviesa los montes de Toledo en torno al Río Milagro. Verdaderamente, era un milagro atravesar por allí porque era una carretera peligrosa.

Aún me viene a mi memoria una frase muy significativa que escuché sobre el Torno: «En Porzuna da la vuelta el aire», referida a que a partir de Porzuna, antes de llegar a El Torno, parecía que el tiempo se había detenido, porque la carretera, el colegio, los servicios en general estaban obsoletos y era una zona olvidada y abandonada. Afortunadamente, esta situación ha cambiado y se han renovado infraestructuras, la carretera se construyó nueva, un moderno colegio se inauguró en el año 2016, con más aulas, con modernas instalaciones, más espaciosas, y sobre todo, con mayor dotación de recursos humanos, puesto que era una necesidad.

Por ello, quiero finalizar mi relato con una visión positiva, fundamentalmente porque se han mejorado mucho las condiciones, tanto las escolares como las del pueblo, por lo que el título de mi relato no es «Donde da la vuelta el aire», sino «Donde daba la vuelta el aire», en pasado, un pasado alojado entrañablemente en nuestra memoria.



Portada de curso de formación de Plan Experimental de Educación Infantil.



Programa de Jornadas de Formación de Plan Experimental de Educación Infantil, 1990.

EL CHOLA

Juan Francisco Domínguez Ridruejo
(Retamal de Llerena, Badajoz)

La mañana de primavera anunciaba un día caluroso y el campo lucía infinidad de mantos de flores. Las filas de los colegiales apuntaban hacia el edificio de las escuelas inaugurado un par de años atrás. Estaba ubicado justo a la salida del pueblo, detrás de la iglesia. Lo componían tres cuerpos unidos; cada uno de ellos albergaba un aula en el piso bajo y otra en el primero. Para completar el grupo escolar, frente a ese edificio existía otro dedicado a menesteres sanitarios (Centro Rural de Higiene) donde se habilitaron dos aulas para los más pequeños, los parvulitos. Corría la primera parte de la década de los sesenta del siglo pasado por lo que, ni que decir tiene, los niños y las niñas ocupaban aulas diferentes y no se mezclaban ni siguiera a la hora del recreo; solamente coincidían en la entrada tanto a la mañana como en la sesión de tarde.

Cuando las filas estudiantiles estuvieron bien formadas y en silencio, un maestro ordenó iniciar el cántico que se repetía sin falta todas las mañanas, el Cara al Sol. Al finalizar, él pronunciaba dos palabras: «¡arriba España!», con aire enérgico, casi militar y los niños debíamos contestar «¡arriba!». Sin embargo aquel día, en el que el ambiente primaveral nos turbaba algo a todos, el Chola pronunció la palabra «abajo». Las manos, que habían permanecido alzadas cual centuria romana saludando al emperador, cayeron desconcertadas quedando en una lánguida posición de firmes y con el raballo del ojo observamos a los compañeros no porque ignoráramos quien había sido el disidente, sino para ver las reacciones de los demás; inmediatamente después, nuestras miradas se dirigieron al maestro.

Don Ulpiano, que así se llamaba el profesor, era un hombre joven; había llegado a nuestro pueblo el curso anterior. Nada más aposentarse, fue nombrado director del grupo escolar. Con grandes deseos de ganar méritos ante el régimen franquista, entre otras cosas, nos obligaba a cantar el Cara al Sol brazo en alto todas las mañanas y además, en el mes de mayo, dedicarle cánticos a María durante una hora todas las tardes, tras el horario lectivo.

Cuando don Ulpiano escuchó la palabra *abajo* quedó paralizado y se le mudó *la color*. Estábamos, como ya he dicho, en plena dictadura y él era el director. Tras unos segundos de estupor preguntó, enfadado y visiblemente alterado, quien había sido el autor de tamaño atrevimiento. Nadie contestó, mutismo total. El chivato, ya se sabe, siempre ha padecido de muy mala reputación y delatar al causante de semejante

temeridad suponía, además de obtener mala fama, ganarse una buena tollina (zurra), pues el Chola gozaba de una mano muy suelta y muy larga. Tenía por costumbre, si te encontraba solitario por la calle con algún juguete que le agradara, quedarse con él y como pago te obsequiaba con unos buenos mamporros, que también los regalaba con generosidad por cualquier otro motivo. De manera que nadie se atrevió a denunciarlo. Este chiquillo era algo especial; pertenecía a una familia muy humilde y desestructurada, huérfano de padre y falto de modelos de conducta, así que podemos imaginar el tipo de vida que llevaba y lo que le rondaba por su cabeza. Habitualmente, durante el cántico fascista, este crío relataba por lo «bajini» cosas tales como: «me he jartao de gazpacho con bacalao, me se han regüerto las tripas y he agomitao» y otras por el estilo, lo que provocaba entre la chiquillería circundante unas ganas tremendas de soltar carcajadas en abundancia que eran reprimidas a duras penas por el miedo al castigo del maestro.

Tras el silencio absoluto del alumnado, el director, que no sabía quién había sido el autor de la blasfemia patria ni en que hilera de infantes se había producido, emitió sentencia: durante los días que fueran necesarios tres filas de alumnos, sospechosas de albergar al rebelde, permanecerían castigadas en el aula de don Ulpiano un tiempo indeterminado todas las tardes tras el horario escolar, hasta que apareciera el culpable.

Quedando claro el castigo, las filas de alumnos se dirigieron a sus aulas guiados en la cabecera por el maestro correspondiente. Don Ulpiano, con sus niños, al piso de abajo del primer cuerpo; don Manuel, con los suyos, al piso bajo también pero del cuerpo central. Don Clemente, con los mayores, al primer piso justo encima del aula de don Ulpiano. Éste, ofendido, muy alterado, con su eterno traje gris y sus gafas de seminarista entró en el aula con cara de pocos amigos. El segundo, lo hizo con su aspecto de militar en la reserva y aire de estar de vuelta de todo, «no en vano había ganado una guerra». El tercero, que era homosexual, cosa nada fácil de llevar en aquella época, hizo lo propio dirigiendo a sus alumnos hacia la escalera que accedía a su aula. Los chicos que iban en los primeros puestos de la fila observaban como don Clemente acometía cada escalón y que lo hacía de una forma muy particular. Apoyaba en los peldaños solo la punta de los zapatos con cierta delicadeza, lo que provocaba en los críos risitas ahogadas y miradas cómplices. Debo añadir que este profesor, por su condición sexual, fue de alguna manera «obligado» por las circunstancias socio-políticas de la época, a casarse ya que «el Régimen» no podía permitir que un miembro de lo más granado del municipio permaneciera soltero estando tan a la vista sus maneras afeminadas.

Don Manuel, ya en el aula, mandó a sus alumnos que callaran y que tomaran asiento en sus respectivos pupitres. Éstos eran, como en el resto de las clases, de madera, de dos plazas, con los asientos abatibles, igual que los de los cines pero sin ser mullidos; la parte superior, donde los alumnos apoyaban el papel y los antebrazos para escribir, estaba algo inclinada para facilitar esa labor y disponía de dos agujeros donde se encajaban unos pequeños vasitos de color negro fabricado con baquelita

que habían contenido tinta años atrás. Justo al lado de cada agujero había una especie de hendidura alargada para apoyar la pluma cuando no se utilizaba. En esos años, ya no se empleaba la pluma, había caído en desuso en las escuelas debido al auge del bolígrafo.

Cuando todo el mundo estaba sentado en su pupitre correspondiente, don Manuel sacó al encerado a un sobrino político para que resolviera un problema matemático con trampa. Tengo que aclarar que el sobrino era yo mismo. Mi edad oscilaría entre los siete y los ocho años por lo que, como puede suponerse, caí en el engaño como un pardillo. Él me tomó el pelo aunque no demasiado. Realmente no sé qué quiso demostrar con aquella acción pues su autoridad no estaba en entredicho ni mucho menos. En una ocasión apareció en clase con una pistola de su propiedad (era militar en la reserva con grado de capitán) amenazando a los críos con utilizarla si no estudiaban. Naturalmente la cosa no iba en serio pero supongo que a más de uno se le aflojarían las canillas. Eso sí, en el horario de tarde, para relajar un poco el ambiente, don Manuel tenía por costumbre echar una siestecita en el aula mientras los alumnos realizaban tareas.

Don Ulpiano comenzó la clase recibiendo a un alumno rezagado, Basilio. El muchacho se colocó ante el maestro al ser requerido por él y nada más tenerlo delante le administró un buen sopapo; el crío, al recibir semejante regalo, interrogó al maestro sobre el motivo de tal recibimiento. Éste le contestó que la «galleta» la cobraba por llegar tarde a clase. Entonces el chiquillo, ni corto ni perezoso, le contestó: «pues péguete también a su mujer porque venía detrás de mí» (la mujer ejercía igualmente en el centro). Los maestros y maestras de aquel tiempo no tenían que dar explicaciones de casi nada y menos aún por llegar tarde a clase siendo la esposa del director de la escuela. A continuación, el profesor quiso que los chicos repasaran algunas oraciones cristianas, algo verdaderamente importante en la educación de aquellos años, y le pidió a algunos niños que rezaran una determinada. A uno de ellos le tocó el Credo y comenzó a recitarlo de la siguiente manera: *Señor mío Jesucristo, yo soy hombre verdadero* y ahí se detuvo la oración. El maestro paró en seco al alumno y le recriminó de esta forma: «¡Tú que vas a ser un hombre verdadero, ¡borrico, más que borrico!, tú eres un mocosol!» El pobre niño, avergonzado y temeroso de que el profesor le soltara un pescozón, agachó la cabeza, encogió los hombros y no volvió a abrir la boca. Don Ulpiano era meticuloso en cuanto a que las expresiones fueran correctas. Recuerdo que en otra ocasión durante el cántico fascista antes mencionado un alumno, en lugar de decir «impasible el ademán», pronunció «imposible el alemán». En esa ocasión, el preceptor se tomó la equivocación de buen humor ya que le hizo mucha gracia la ocurrencia. Comentó con algo de sorna que sí, que estaba de acuerdo en que el alemán era un idioma tremendamente difícil pero que no se ajustaba a la letra de la canción y propuso al chico que aguzara mejor el oído en adelante.

Don Clemente, por su parte, había iniciado la clase de una manera serena, como lo hacía siempre y como por lo general llevaba su docencia pero aquel día de pri-

mavera el Universo quiso que nada se desarrollara de forma tranquila en el centro escolar. Mediada la mañana le «tomó la lección» a un alumno. Para los que no sepan qué es eso de «tomar la lección» les diré que consiste en hacer preguntas sobre el tema o alguno de los temas tratados en el aula el día anterior. El caso fue que el chico no supo contestar nada en absoluto. No recuerdo si se debió a que el niño en cuestión tenía dificultades de aprendizaje, era vago para el estudio o tenía algún problema de cualquier otro tipo. Me inclino a pensar que fue más bien dejadez por su parte. Don Clemente le conminó a que estudiase el asunto durante el descanso para la comida, dado que le volvería a interrogar sobre el mismo tema a la tarde. El rapaz, en lugar de buscar solución en los libros, la buscó en la naturaleza. La Madre Tierra ofrecía en aquella época del año un producto silvestre que allí denominamos ajo porro. Parece ser que bien untado en las palmas de las manos amortiguaba el dolor que producían los palmetazos del maestro. El alumno en cuestión se untó abundantemente las palmas de sus manos previendo el panorama de la tarde. Cuando comenzaron las clases vespertinas, lo primero que hizo don Clemente fue llamar al encerado al referido alumno y hacerle las mismas preguntas que en la mañana. El chico respondió de igual manera, es decir, nada. El maestro se dirigió inmediata y visiblemente molesto en busca de la palmeta. No era una palmeta cualquiera, que por norma general consistía en una regla de entre treinta y cincuenta centímetros. Era una madera de buena calidad, bien pulida, con cierto grosor y en uno de sus extremos disponía de la forma adecuada para asirla fácilmente con la mano; estaba fabricada al efecto para su función, es decir, suministrar al alumno unos buenos golpes en las palmas de las manos que dolían y escocían en igual proporción y no poco. El maestro se dirigió deprisa y muy alterado a su mesa para recoger el útil de castigo pero no lo encontró debido a la alteración nerviosa; inmediatamente se dirigió, como una bala, a buscarlo en un armario que estaba situado justo antes de la entrada al aula. Tampoco lo localizó, sencillamente porque no estaba allí. Volvió, descompuesto, a su mesa y por fin halló la herramienta de tortura. El niño, cuando el profesor le pidió que pusiera una mano con la palma hacia arriba para recibir el castigo, lo hizo tensando mucho no solo la mano sino también el brazo y la cara, componiendo un rictus que era muy característico antes de recibir el golpe. La primera palmetada sonó como un estallido igual que las siguientes. Debido a la tensión de la mano del alumno, a la fuerza con que don Clemente ejerció el castigo y quién sabe si a la untada de los ajos porros, la palmeta se rompió al tercer o cuarto golpe. Entonces don Clemente perdió los estribos y propinó al chico una serie de bofetadas y patadas que nunca más le vi dar ni referir que se las hubiera propinado a ningún otro niño. Quizá quiso descargar con aquel crío alguna frustración o fue culpa de los efectos primaverales, quien sabe.

Cuando finalizaron las clases, como puede suponerse, los componentes de las tres filas de alumnos sancionados en la mañana por la ofensa patria del Chola, se reunieron en el aula de don Ulpiano para cumplir el castigo, con la esperanza de que el maestro hubiera descubierto al autor del agravio y nos dejara marchar a nuestras casas

pero no fue así. Al día siguiente ocurrió tres cuartos de lo mismo; ninguno de los castigados se atrevió a delatar al autor, que desde el primer momento se había dedicado a amenazar a todo bicho viviente para asegurarse de que nadie tuviera esa osadía.

El tercer día se produjo un cambio en el programa. Había en la localidad un herrero, Mateo, apodado *Tarzán*, de fuertes músculos, muy amante de la caza, permanentemente enfadado con el mundo y de carácter, vamos a decir, *echado para adelante*. Como digo, llevábamos dos días cumpliendo el castigo. En la tarde del tercero se presentó en el aula Pedro, hermano menor de uno de los castigados, Francisco, ambos hijos del herrero. Pedro se dirigió a don Ulpiano y le dijo: «Don Ulpiano, que dice mi papa que deje usted salir a mi Francisco del castigo porque mi papa lo quiere para mandarlo a un recado». El maestro le contestó a Pedro: «dile a tu padre que tu hermano Francisco no puede salir de aquí hasta que lo hagan todos los demás». El bueno de Pedro marchó a transmitirle a su padre las palabras del maestro. Al cabo de un rato, el herrero apareció ante el edificio escolar exigiendo a gritos a don Ulpiano que saliera fuera del aula. Hay que decir que en aquella época el piso de la calle a la salida de las aulas era de tierra. Don Ulpiano salió para ver qué quería el herrero. Éste, que portaba en su mano un hermoso palo, trazó con fuerza una raya en el suelo entre él y el maestro y a continuación gritó: «¡si tiene usted lo que tienen los hombres traspase la raya y si no, mi Francisco para casa!» Ni que decir tiene que Francisco fue para su casa; claro que el resto de alumnos también. El castigo fue suspendido para siempre y el Chola salió impune de su fechoría.

El Chola, con su familia, emigró al norte y al cabo de unos años visitó el pueblo. Continuaba con su aspecto y su voz de bravucón incrementado por la condición de adulto pero los años no habían pasado en balde y los chicos de entonces, ahora adultos como él, ya no le bajaban la mirada. Se cruzó con el maestro del castigo vespertino y mientras le apretaba enérgicamente la mano le espetó: «¡abajo, don Ulpiano, abajo!».

ALMA RURAL

María Escanciano González
(Puente Almuhey, León)

Soy María, maestra con espíritu interino y alma rural. Imagino que, para la esencia de este premio, no sea relevante contar que, nacida en ciudad, mis padres y abuelos proceden de las aguerridas montañas leonesas, por lo que mis raíces son rurales y me siento orgullosa de ello. Mi pueblo es el refugio al que acudir cuando la vida te comprime y te sacude y entre las montañas y los valles una se siente más cerquita de la perfección. Por las circunstancias de la vida, me convertí en maestra y cuando la gente me pregunta, con gran satisfacción añado que maestra rural. Son muchos los años de interina y numerosos los destinos a los que he tenido que acudir, pero sin duda los que han dejado huella en mi ser, son las escuelas rurales. Narraré, con las palabras que vayan surgiendo de esta escritora novata, algunas de mis anécdotas en mis diferentes periplos por la geografía de los pueblos castellano-leoneses, que es donde se ha concentrado mi actividad educativa.

Recuerdo que cuando estudiaba la carrera de Magisterio, a todos nos aterrorizaba que nos enviasen a alguno de los pueblos de montaña que, numerosos, se desperdigaban por la orografía de nuestra comunidad. Para no errar con la predicción, mi primer destino fue Villablino, que no sé si puede considerarse pueblo porque tiene bastante población, pero para mí, marcó mi vida profesional. Llegar a una escuela pequeña, rural, es como integrarse en una nueva familia, en la que todos sabemos de todos y nos preocupamos por todos.

Las familias de nuestros niños y niñas son tan cercanas que es habitual quedarse dialogando después de las clases y existe la naturalidad que debe existir en una relación de familiaridad. Como me predijo mi directora, llegué llorando a Villablino y marché de allí llorando, con la pena de dejar atrás grandes compañeros, niños a los que enseñar y una montaña que admirar. En otro de mis destinos, por el Bierzo, también de nuevas, me tocó, ser la tutora de toda la clase de infantil; aquel día creía que chiflaba. En la universidad te llenan de conceptos, teorías y demás monsergas, pero nadie te enseña de verdad a ponerte frente una clase diversa, y menos a trabajar en un CRA, centro rural agrupado, que en nuestra zona son tan frecuentes. De repente, tienes un montón de rapaces de distintas edades y con diferentes necesidades, frente a ti, y debes tirar de motivación e ingenio para darles respuesta.

Infantil era un edificio separado del de Primaria por una carretera, por lo que me encontraba sola con mis alumnos la mayor parte del tiempo. La calefacción, aun de carbón, fallaba más que las predicciones del tiempo, y dotaba al ambiente de un aroma minero,

En nuestra relativa soledad, los niños y yo inventábamos juegos en el patio y cogíamos prestadas las cerezas que caían de robustas ramas para nuestro lado del edificio. Recuerdo que nuestra excursión de final de curso fue una ruta de senderismo por un monte cercano, para ir a merendar sentados cerca del río. Los niños subían sin esfuerzos aquellos caminos pedregosos tan inclinados, mientras que su maestra iba la última, roja como un tomate y fatigada por el esfuerzo. Mi director se reía ante la escena y decía que era como una gallina buscando sus polluelos porque mi preocupación era que se cayesen o perdiesen, pero la que estaba perdida y molida era yo.

Los niños de las zonas rurales saben muchísimo; sus conocimientos no tienen por qué estar en los libros sino en la experiencia de sus mayores, en las costumbres de sus pueblos y en las maravillas que ofrece el medio natural. Así me enseñaron como se ordeña, cuáles son las épocas de siembra, hacer recetas de las que saben a gloria, juegos tradicionales que por desgracia se están perdiendo y a entretenerse con la pura imaginación.

En otro de mis destinos, en la montaña leonesa donde se exporta el frío, tanto que en junio aun acudíamos con jersey al cole, eran frecuentes las nevadas. Viviendo en León, hacíamos rueda de coche cinco maestras y recuerdo que fueron los momentos más divertidos que he podido pasar en todos mis años de trabajo. Fantásticas compañeras y amigas.

Un día con una soberana nevada donde la carretera estaba casi impracticable nos aventuramos a subir y nos paró la Guardia Civil. Aplaudimos como quien va a una entrega de premios y se sabe ganador, porque creíamos, ilusas nosotras, que nos iban a mandar dar la vuelta. Pero nos reconocieron como las maestras del cole, y el sargento tenía a su hija en mi clase así que nos invitaron a seguir camino. Nunca un guardia civil recibió semejante tanda de aplausos, aunque si llegamos a saber que nos hacían continuar camino, fijo que no lo repetíamos. Cuando se presentaba un día así, nevador, decía una de mis amigas que cogiéramos mochila y bragas de cuello vuelto por si tocaba quedarse.

En varios pueblos las familias nos obsequian con productos de la zona, como huevos, hortalizas y manualidades hechas en familia. Es la forma de mostrar agradecimiento, que llena el alma de la maestra. No son precisos regalos para valorar la estrecha relación entre familias y escuela; es algo que debería darse de manera natural. Recuerdo cuando una madre nos traía tomates y unos huevos azules de unas gallinas especiales; no para que aprobásemos a su hija, o le diéramos trato de favor, sino como forma de valoración al trabajo que desempeñamos.

Actualmente sigo en un CRA rural; puedo acercarme por puntuación a la capital, pero en la escuela de pueblo es donde yo me siento en familia, acogida y valorada, donde los niños muestran un respeto por el profesor que hoy desgraciadamente ya no se tiene. Soy María, originaria de las montañas leonesas, curtida en mil batallas como interina, por estas tierras nuestras, que sigue disfrutando de su trabajo en la escuela rural.

LAS MAESTRAS DE PIES FRÍOS

Tana Espín Valera
(La Copa de Bullas, Murcia)

Mi escuela se encontraba en un segundo piso. Se accedía a ella a través de unos empujados y estrechos peldaños mordidos por los bordes. En los duros inviernos, entraba el viento gélido por sus grietas; a las niñas se nos helaban los pies, al igual que a las maestras. Eran a finales de los años 60 y principio de los 70. En el suroeste español, en una aldea llamada La Copa de Bullas, un joven adinerado, nacido y criado en Murcia capital, se enamoró del lugar en una visita al párroco, amigo de la familia; como tenía proyectos de casarse, deseó hacer un gigantesco regalo de bodas a su futura esposa, —rica como él, nacida y criada en Madrid—, por lo que hizo construir una mansión a estilo palacio en la aldea, terminándose en 1925. Este gigante regalo sería un secreto. Días antes de la boda, la novia lo vio. Quedó tan desconcertada por el lugar, que nunca más pisó la aldea, mi aldea. En ella, las mujeres no vestían con faldas o vestidos entallados de varios colores, ni calzaban tachones, sino zapatillas gastadas; las burras la asustaban y no soportaba las cacas y el olor del ganado tras pasar por delante de ella. Además, no había maniquís en escaparates acristalados, ni cines, ni teatros. La única salida era la de los domingos a misa de doce, donde la gente se ponía sus mejores ropas desprendiendo olor a colonia barata.

Antes de que este «palacio» se cayese a pedazos, el pedáneo lo adoptó y varios hombres quitaron muebles y cortinas que se deshacían con solo tocarlos, debido al tiempo transcurrido, al abandono y a la humedad. Asimismo, estos hombres limpiaron paredes, suelo y techo, y se colocó una bombilla donde antes hubo una ostentosa lámpara de araña repleta

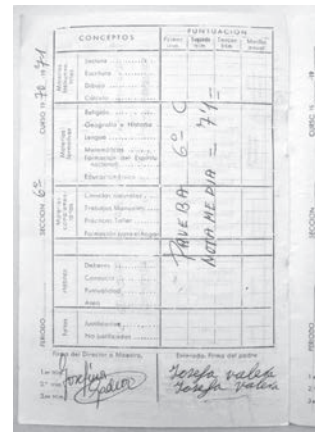


Mis padres, hermana (melliza) y yo.

de colgantes acristalados. Y, ¡claro!, se compró una pizarra nueva, más pupitres, y la mesa de la maestra que era de segunda o quizás de tercera mano. Al «palacio» solo se le habitó la zona del comedor, que sería la escuela; el resto de habitaciones quedaron cerradas. En esa especie de escuela fue a la que yo asistí. Me sacaron a los trece años. Y digo me sacaron porque así lo estableció el Ministerio



Mi cartilla de escolaridad.



Mi último curso en la escuela.

de Educación Nacional mientras yo deseaba, febrilmente, continuar.

Mi aldea solía vestirse de un tapiz blanco en invierno y los árboles eran violentamente zarandeados por el viento. Esos días gélidos aún hacía más frío en el interior de la escuela. La maestra, cuando podía, que era siempre, nos dejaba solas, —en esos años no nos mezclábamos con el sexo opuesto—, para calentarse los pies en la casa del vecino más próximo que era la de mi abuelo paterno. Y se quedaba todo el tiempo que quisiera. En esas largas ausencias, las más pequeñas estábamos al cuidado de las mayores que, por el poder trasferido de la que se calentaba los pies, se transformaban en crueles marimandonas amenazándonos con meternos en las habitaciones cerradas, que según ellas, había hombres muertos y ratas vivas, si no las obedecíamos. Lo que más me molestaba era cómo se reían de nosotras, y más cuando poníamos caras de susto al decirnos que si abrazábamos a los niños, en ese instante quedábamos embarazadas por lo que yo, y todas, los veíamos como enemigos. Ello no quitaba que me sintiera orgullosa de que la maestra estuviera en casa de mi abuelo paterno, el cual era muy alegre, y no en otras viviendas.

Una tarde, —se daba clase mañana y tarde—, a mi hermana melliza, obediente como yo, porque así nos educaron mis padres, por algo que no recuerdo, la maestra de turno le colocó unas grandes ojeras de burro en la cabeza, además tenía que estar de rodillas. Durante ese eterno tiempo, creo recordar que más de una hora, las niñas imitaban rebuznos a su alrededor ante la pasividad de la maestra, ante el llanto de mi melliza, y ante mi impotencia mezclada con gigantesca tristeza. La enseñante no volvió a hacerlo. Creo que mis padres hablaron con ella porque mi hermana se despertaba, de madrugada, entre llantos gritando que ella no era un burro.

Aquel desbarajuste de enseñanza era visto con normalidad por los padres, por el cura y el pedáneo; de hecho, este último era quien aconsejaba a las mentoras que se calentasen los pies, en el fuego chispeante, de cualquier vecino el tiempo que qui-

sieran. Solían venir dos o tres maestras por curso, una detrás de otra, pues siempre iban de paso –en aquel lugar tan recóndito, con retraso social, cultural y estructural; no se querían quedar–. Cuando la maestra de turno tenía los pies ardiendo y cabri-llas en las piernas, nos enseñaba las cuatro reglas de matemáticas y a enlazar vocales con consonantes; a formar palabras, y, posteriormente, frases, por lo que llegué a la siguiente conclusión: «De la unión de vocales y consonantes nacen palabras, de estas, oraciones; de las oraciones, historias; y de ellas... ¡de libros!» Pero... ¿dónde estaban? Desde luego... ni en mi casa, ni en escuela, ni en toda la aldea.

Los cursos pasaban y venían, para algún mes o dos, más maestras pálidas, frágiles y de ciudad, con pies fríos que se los calentaban en la casa de mi abuelo paterno, durante el mismo tiempo que sus antecesoras: el que hiciese falta. Aunque... hubo una, ¡sí, sí!, una: doña Josefina Gadea, que aguantó todo un curso y también el siguiente, y otro más sin ausentarse, ni un minuto, para ir a casa de mi abuelo a calentarse los pies.

Pensando en sus alumnas, más que en ella misma, compró varios braseros de hierro que se colocaron en rincones intransitables, adviniéndonos con una sonrisa, como siempre hacía, que no nos acercásemos a ellos. Estos braseros eran llenados por vecinos, ya que, previamente, había hablado con ellos solicitando ese calor, cuestión aceptada por todos, entre ellos mi abuelo. Cada vecino, cinco minutos antes de entrar todas las niñas, llevaban sus correspondientes braseros con brazas incandescentes por dentro y bien tapadas con ceniza aplasta sobre ellas. Al terminar la escuela, por la tarde, hombres o mujeres, entre ellos mi abuelo, se llevaban los braseros ya apagados que llenarían de calor para el día siguiente. Doña Josefina siempre les hacía un buen regalo por Navidad.



En la escuela de La Copa de Bullas, Murcia.

Después de la clase, nuestra maestra nos invitaba a su casa para leer libros de su colección. Tenía especial interés por un autor que se llamaba Antonio Machado y nos recitaba su poesía *Caminante no hay camino*¹. Era alegre, cariñosa y nunca se enfadaba. Alta, delgada, morena; grandes ojos negros, labios carnosos. Cuando se formaba alboroto decía que Pape Carpentier² –nadie conocía a ese señor– expresaba que: «Si veis en la escuela niños quietos, callados, que ni ríen ni alborotan, es que están muertos: ¡enterradlos!».

Las lecturas nos hacían comprender mejor el resto de asignaturas. En ocasiones, las Ciencias Naturales la olíamos, la palpábamos, la contemplábamos cuándo salíamos al campo en horario escolar. Sorprendentemente, nuestros resultados académicos asombraron a padres, vecinos y a la aldea entera.

En ocasiones, doña Josefina, como si mirase al infinito, pronunciaba palabras ilegibles para nosotras, como Institución Libre de Enseñanza, educación global, Giner de los Ríos, Misiones Pedagógicas, coeducación... Durante el primer año que estuvo doña Josefina Gadea, yo cumpliría los trece años.

Y tras el verano, apareció septiembre.

En casa, y sin aquella maravillosa maestra de la que tanto absorbía en conocimientos y vida, los días se me hacían insoportables. Yo, por las mañanas realizaba las tareas del hogar o iba al campo, y por las tardes bordaba.

Con vergüenza y timidez, una tarde me atreví a visitar a doña Josefina para pedirle libros. Con su gran sonrisa y su mirada que abrazaba, me indicó que cuando los leyese, volviera a por más. No le dije que los abriría en el pajar, a escondidas y en la hora de la siesta.

Quise obtener conocimientos en otros lugares, y así lo expresé en voz alta. Los aldeanos me criticaron: –«En vez de buscar un novio, quiere perder el tiempo en tonterías, con lo guapa que es..»–. Mis hermanas –tenía dos mayores además de la melliza–, con tonos jactanciosos y amenazantes, me decían: –«Pero ¡quién te has creído que eres! ¡¿La más lista...?! Que sepas que todos te critican–. Y mis padres me lanzaban advertencias como: «Te quedas aquí. ¡Mira lo que dice la radio! Que a una niña se la encontraron...»–.



Los niños/as jugando y aprendiendo en el CEIP Antonio Machado.

¹ En este punto, la autora reproduce íntegro el conocido poema machadiano. (N. del E.)

² Marie Pape Carpentier fue una pedagoga, poeta y activista francesa del siglo XIX. (N. del E.)

Y el tiempo siguió cumpliendo años. ¡Qué rutina! ¡Qué hastío...! ¡Qué asfixia mental! Los temas banales me producían ansiedad y emociones negativas. Con tanta adversidad, me transformé en una jovencita solitaria, rara, y aprendí a callar. Los únicos momentos del día en los que mi mente dejaba de atormentarme, era en la hora de la siesta entre libros prestados.

La ciudad rebosaba de luz, color, bullicio. Mi hogar era semejante a una biblioteca por la cantidad de libros que, en estanterías y colocados por temas, ocupaban las paredes del comedor. Con mis amigos y amigas compartía lecturas, conversaciones, pensamientos, gustos, reflexiones... ¡Risas! De repente abrí los ojos. ¡Maldito sueño!

¿Cómo terminar, de una vez, con aquel estado de sufrimiento? Ya lo tenía: ¡El suicidio! Ese pensamiento me proporcionaba alas y satisfacción psicológica y emocional. Sobre las nueve de la mañana de un día de la semana, me incorporé en la cama y dejé los pies colgando hasta tocar el frío suelo. Abrí el cajón de la mesilla. Entre las bragas saqué un cuchillo de cocina, bien afilado por mí el día anterior. Solo tenía que sujetar bien por el mango de madera con dirección a mi pecho. Después... empujar fuerte. ¡Muy fuerte!

—¡Carmennnnn! ¡Sal que preguntan por ti! —exclamó mi madre desde el comedor. Yo dormía tras subir unas escaleras.

Con cierto temblor de manos, introduje el arma blanca en el cajón tapándolo con la ropa interior. Doña Josefina se iba, en el plazo de una semana, para siempre. El Ministerio de Educación Nacional le había concedido una plaza de maestra en su pueblo: Ceutí. Se pasó por casa para despedirse de la familia y me dejó muchos paquetes envueltos en papel que contenía sus libros. Era un regalo para mí. Quedé atónita, sorprendida. Agradecida.

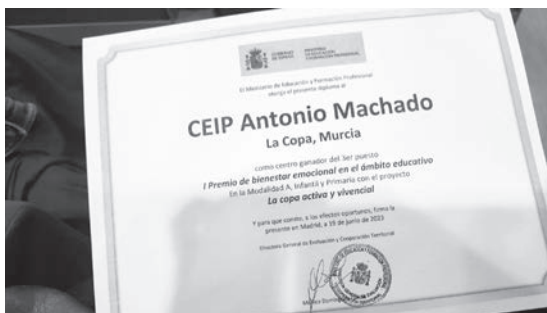


Actualmente en el CEIP Antonio Machado de La Copa de Bullas.

La mente, un momento antes, sintió la necesidad de ejecutar mi muerte. Mientras Doña Josefina me ofrecía los libros, mi cerebro dio un giro de ciento ochenta grados y deseaba, fervientemente, vivir para leerlo. Ello me hizo estar aturdida, descentrada durante todo el día por esas dos emociones fuertes en poco tiempo.

Mis padres se sentían complacidos que la maestra tuviera un detalle con una de sus hijas –desde aquel día ya no era necesario esconderme para leer–. No quiero decir que mis progenitores fuesen egoístas y malos padres, ni mucho menos, pero tenía más peso en ellos –y en muchos–, el qué dirán que el sexto sentido: el sentido común.

Y sí, mi aldea evolucionó con el tiempo. Me explico: por lo de la *España Vacía*, hace unos pocos años se iba a cerrar la única y bonita escuela que existe, la cual fue construía a las afueras de la aldea, con un gran patio rodeado de altos y verdes cipreses, sus correspondientes aulas, ¡ah! y todo en llano. Ante tal situación inminente de cierre, la directora se le ocurrió una brillante idea: implantar el método Montessori. Tras consultar con el resto de compañeros y compañeras; permisos administrativos, ministeriales y tiempo; se aprobó esta singular enseñanza para los primeros cursos en el CEIP Antonio Machado, de La Copa de Bullas. Actualmente, no solo asisten los niños y niñas de la aldea, sino procedentes de otros pueblos cuyos padres desean, para sus retoños, otro tipo de enseñanza. Es más, la escuela ha recibido varios premios por su buen hacer y por su buena enseñanza-aprendizaje, respetando la igualdad hacia el alumnado y a todo el equipo educativo.



Uno de los reconocimientos de la escuela actual.

VERÁS QUE NO TARDAN EN LLEGAR

Manuel Fernández de la Cueva Villalba
(Corral de Almaguer, Toledo)

En aquella, nuestra infancia, no teníamos nada y, sin embargo, la escuela nos llenaba de felicidad porque en nosotros plantó la semilla de la ilusión, la alegría y la imaginación. Después de tantos años puedo afirmar, sin ninguna duda, que he mantenido vivos los recuerdos de mi infancia y de mis primeros años de escolarización. Recuerdo cómo hacíamos la fila delante de la puerta de la escuela. Yo con mi lapicero atado a la presilla del pantalón y mi cartera de cuero en la que llevaba un libro con todas las materias y un solo cuaderno. En aquella época las escuelas no estaban cercadas por una valla. El Sr. Ángel nos abría la puerta y entrábamos en el aula. Allí nos esperaba doña Josefina que tantas historias nos contaba con tanta alegría e ilusión.

En el aula teníamos muy poquitas cosas. Una pizarra negra, un crucifijo, un cuadro del Rey, los pupitres de madera oscura y un mapa de España con miles de líneas negras del que doña Josefina constantemente nos hablaba. Además de todo esto, y sobre la mesa del profesor, teníamos dos libros. Los dos libros que para mí han sido y son los más importantes de mi vida. Los he leído no sé cuántas veces. Hablase de lo que hablase doña Josefina siempre acababa hablándonos de estos dos libros. Éstos han llenado mi vida de ilusión, imaginación, creatividad y originalidad. Y ahora, que estoy escribiendo estos recuerdos, a mi derecha tengo dos libros. ¿Se imagina el lector cuáles son? Sí, sí, los mismos que tenía doña Josefina en el colegio; *D. Quijote de la Mancha* y *La vuelta al mundo en 80 días*. De estos libros nos doña Josefina nos leía algunos pasajes y otros nos lo contaba ella con sus propias palabras. Y recuerdo, era curioso, que ella relacionaba e insistía mucho en el mapa y en los dos libros. Claro para nosotros, niños de pueblo, sin coche, ni moto ni televisión hablarnos del mapa era como descubrir el más allá. Aquí está Sevilla. Aquí Barcelona. En esta parte está Murcia y ¡Salamanca! Mirad Toledo y Santander, y de cada ciudad nos contaba algo característico y peculiar. Yo pensaba para mí: «¡Tan grande es el mundo!».

Porque D. Quijote decía: «El que anda mucho y lee mucho, sabe mucho y ve mucho». Y a mí, que estas palabras me gustaban, me entraban ganas de leer y de viajar. Y nos repetía una y otra vez. Y D. Quijote también decía: «Leo, creo e imito» ¡Tenéis que leer mucho porque leer es viajar con la imaginación! Y a mí me encantaba escuchar sus clases y sus consejos; con esa alegría y esfuerzo del que lleva cuarenta años dando clase pero con la misma fuerza, energía e ilusión.

Otros días nos hablaba de Phileas Fogg y cómo programó dar la vuelta al mundo en 80 días. Yo, que solo conocía el mapa de España, pensaba que pasar por aquí tenía que tardar un mes; más o menos. Julio Verne decía que todo lo que una persona puede imaginar se puede hacer realidad, y fue así como quise ser como Phileas Fogg; porque, como él, quería hacer mis sueños realidad. Todas estas enseñanzas las hacía con tanta ilusión que a mí doña Josefina me conmovía. Yo volvía a casa cargado de sueños y de ganas de leer, de viajar y, en definitiva, de vivir.

Un día se me ocurrió preguntarle:

–Doña Josefina, ¿van a pasar D. Quijote y Phileas Fogg por nuestro pueblo?

Y ella me respondió:

–Vamos a escribir un relato en el que los protagonistas sean ellos, D. Quijote y Phileas Fogg, y verás que no tardan en llegar.

Y fue así como aquella profesora llenó mi corazón, y el de mis compañeros, de luz y de sanas inquietudes. Me enseñó a sonreír pese a las circunstancias y a viajar; también con la imaginación. Y ahora cada vez que hago un viaje me acuerdo de ella. Fue ella la que me enseñó a leer, ¡nunca he dejado de leer y de creer en aquello que he hecho! Y así ha resultado que, con el tiempo, me he convertido en un D. Quijote y en un Phileas Fogg cargado de alegría, de ilusión y de imaginación. Y al final ella tuvo razón; no han tardado en llegar, no.

UN CORRO, UNA FALDA DE TUBO Y UN *EYERLINER*

Genoveva Fernández Ramos
Alcañices (Zamora)

Salió a la calle subiéndose el cuello de su chaquetón tres cuartos. El viento cortaba la cara en uno de los peores otoños que se recuerdan por las tierras del Oeste Zamorano y enseguida se dio cuenta de que el clima de aquel pueblo era muy distinto al de su tierra. Había llegado el día anterior en el coche de línea procedente de la capital de provincia y lo primero que hizo fue dirigirse al Ayuntamiento donde se presentó como la nueva maestra que venía destinada a la localidad. Anotaron sus datos personales y a continuación el alcalde ordenó al alguacil que la acompañara hasta la pensión de la Sra. Manuela, donde se hospedaban por costumbre todas las maestras. El alguacil, muy solícito, aprovechó para preguntarle por su nombre, su origen y de paso decirle que tenía tres hijas en la escuela y que con mucha probabilidad le daría clase a alguna de ellas. La maestra no tenía ninguna intención de contarle nada al alguacil y se limitaba a mirar distraída las casas y con un —«Perdone, no le he entendido bien», solucionó el interrogatorio no sin antes soltarle un escueto —«Soy doña Laura».

Llegaron a la pensión, donde le adjudicaron el mismo cuarto que había pertenecido a su antecesora y la pusieron al corriente de las normas que allí se estilaban. No puso objeción a ninguna aunque le parecieron totalmente obsoletas; asintió y dejó las observaciones para más adelante pues ya tendría tiempo de aclarar las cosas. Una vez en su cuarto deshizo la pequeña maleta, único equipaje que le acompañaba y se acostó pensando en el día siguiente, en el que comenzaría su nueva vida.

Cuando las niñas más pequeñas llegamos a la escuela, las mayores nos informaron de que ya teníamos maestra nueva. Esperándonos en la entrada de nuestra clase estaba ella que nos miraba risueña y nos mandó pasar. Una vez en clase nos dijo que se llamaba Laura y que sería nuestra maestra para ese curso. Pasó lista para identificarnos y a mí me pareció muy simpática pues para cada nombre tenía un comentario agradable. Cuando llegué a mi casa iba loca de contenta y le comenté a mi madre las impresiones tan favorables que me produjo la nueva maestra.

Desde el primer día se hicieron patentes los cambios en su manera de hacer. Llevó a la clase una serie de libros para que dispusiéramos de ellos, así como de otros que estaban en un armario del aula y que nunca nos dejaron ni siquiera tocar.

Formó grupos por edades ya que era una escuela graduada que tenía, en nuestro caso, niñas de distintas edades en cada clase. Nos mezcló aleatoriamente y erradicó una de las costumbres de la maestra anterior: dependiendo del grado de «conocimiento» y de la influencia de la familia de cada niña nos colocaban en primero, segundo, tercer lugar, etc. Ella, sin embargo, hacía que formáramos corros, que cambiaban de lugar en función de con qué materia trabajáramos en ese momento: la pizarra, los mapas, los libros de lectura... Todo eso era para nosotros muy novedoso; nos permitía movernos para cambiar de actividad según tocara y nos hacía estar más atentas a sus explicaciones. Al comienzo de esta nueva forma de trabajar se armaba cierto alboroto, que fue decayendo hasta convertirse en rutina en la que todas teníamos claro donde nos debíamos colocar para cada una de las actividades.

Trajo la maestra unos cuadernos con hojas muy grandes donde cada día una niña escribía en él todo lo que se trabajaba en clase. Se comenzaba poniendo la fecha; debajo, una máxima que ella anotaba en la pizarra y a continuación lo referente a la lección correspondiente, con su dictado, su redacción, sus cuentas y los problemas correspondientes.

Las clases transcurrían con normalidad; las niñas estábamos contentas y algunas costumbres de la profesora anterior iban quedando atrás. Eso sí, seguíamos santiaguándonos al comienzo de las clases de la mañana pero no se rezaba ninguna oración. Tampoco se nos exigía aprender el evangelio que tocaba el domingo siguiente en la iglesia. En lugar de rezar el rosario por la tarde, aprendíamos algunas poesías con afección y las recitábamos en el corro de la lectura. También cosíamos en unos pequeños trozos de tela unas margaritas con hilos de colores en lugar de vainicas y festones interminables.

Al llegar el buen tiempo, salíamos al campo siempre por la tarde y jugábamos a la comba y a la goma. Doña Laura hacía mucho hincapié en la higiene personal, en el aseo de manos y uñas y el de la ropa, sobretodo en el babi blanco que era obligatorio llevar.

En aquellos años llegaron a España los coletazos del Plan Marshall y apareció en nuestros pueblos la leche en polvo que se repartía entre las niñas de la escuela. Las alumnas teníamos que llevar un vaso con algo de azúcar y una cucharilla. Las niñas mayores mezclaban la leche con agua y nos la daban en el recreo. Era obligatorio tomar aquella leche y a la hora de hacerlo era el momento en que veía a doña Laura ponerse dura para que nadie dejara de tomarla. La leche, que llegaba de América en unos sacos marrones con unas enormes letras en inglés que no entendíamos, no nos gustaba a ninguna; acostumbradas a nuestra leche de vaca alistana, aquel mejunje sabía a rayos. A las niñas más pudientes, sus madres les ponían una cucharada de Cola-Cao en el vaso, lo que debía corregir mucho el sabor de la leche en polvo; eso se notaba en que esas niñas no ponían la cara de asco que las demás. También llegó de América queso pero éste no nos lo daban a los críos, ya que según decían se lo quedaban el cura y su familia.

Con el cura y algún otro gerifalte del pueblo, doña Laura debió de tener algún altercado. Hasta su llegada, era costumbre que niñas y niños fuéramos en las procesiones al inicio de las mismas y en fila, justo detrás de la cruz y precedidos por sendos maestros. Ella siempre se situaba detrás de las filas de alumnos mezclándose con la gente. La que se colocaba delante de los críos para dirigir el cotarro era siempre la maestra de las mayores. Estos detalles no pasaban desapercibidos en los años sesenta del siglo XX. Como tampoco pasaba inadvertida su forma de vestir. El peinado era siempre con el pelo cardado, terminado en una honda que se llamaba coca; se colocaba su falda de tubo y tacones altos; los ojos los llevaba siempre bastante marcados con un *eyerliner*. A las niñas de su clase nos encantaban sus formas modernas de vestir, que no era habitual ni muchísimo menos en las mujeres del pueblo, por no decir que no se veía en ninguna. Me consta que la directora del grupo escolar, la maestra mayor, le llamó la atención con el fin de que no fuese tan pintada pero ella hizo caso omiso.

Estos detalles y otros, junto con la organización del aula, como eliminar los puestos de *yo soy la primera y tú la segunda...* disgustaron a la mamá de una niña cuyo padre era un guardia del pueblo. La madre y otras de similar catadura protestaron porque sus niñas no estaban delante de otras menos pudientes. Ignoro cuál fue la respuesta de doña Laura, pero la organización de la clase siguió siendo la misma. La mamá de la niña y esposa del guardia amenazó con llevársela a estudiar a la capital y lo de la maestra no iba a quedar así.

Doña Laura ya tenía experiencia en esos temas; había sido depurada en los primeros años de su magisterio viéndose obligada a presentar un escrito para salvar su modo de vida, expresando con cuánto entusiasmo había recibido las magnificencias del nuevo régimen.

El curso terminó y nosotras seguimos en nuestra escuela. Pasamos de grado y nos tocó la maestra que obligaba a entonar el himno de Pemán, hacer festones y vainicas interminables, cantar las flores a María e ir en fila a todas las procesiones.

La niña del guardia continuó en la escuela muy contenta con su nueva/vieja profesora que la volvió a colocar en un lugar destacado aunque no le correspondía.

Yo me quedé con el dulce recuerdo de aquella maestra de los corros, la falda de tubo y el *eyerliner* a la que nunca olvidaré.

MI MEMORIA ESCOLAR, 1952-1960

Mercedes Fraile Olivera
(Ceadea, Zamora)

PREÁMBULO

La idea me parece tan bonita... Presento mi relato, con mucha ilusión, aun siendo consciente de mis conocimientos y limitada preparación. Tengo 78 años y mi única instrucción académica ha sido la adquirida en esos años de escolaridad comprendidos entre 1952 y 1960, que terminé con 14 años, edad marcada en aquella época. Los niños de esos años nos podemos sentir contentos y satisfechos de la suerte que tuvimos con los profesores que se encargaron de nuestra educación, tan profesionales y buenos. Nos permitió salir con unos conocimientos bastante adecuados en todas las materias. Personalmente, me he sentido muy orgullosa con esta formación escolar, que me ha ayudado a lo largo de toda mi vida.

Espero que les lleguen muchos, muchos, trabajos. Algunos muy bien presentados y redactados, a años-luz del enviado por esta señora. De docentes y generaciones posteriores que han tenido una educación muy diferente y con más años de escolarización y estudios superiores o universitarios. Esto no resta ni un ápice la ilusión con la que presento mi proyecto. Conservo una memoria bastante buena de esos años, y excepto algunas lagunas del principio, el resto, lo tengo en mi memoria con una claridad perfecta. Es «Mi Memoria Escolar», la que mejor o peor presentada, a continuación, les relato. Al hacerlo, mi único interés es dar a conocer cómo fue mi vivencia, compartiendo aula con más de cincuenta niños y un profesor que hacía lo que podía con estos alumnos de entre 6 y 14 años. Solo agradecer esta oportunidad. Mercedes Fraile

I. PRIMER CURSO

«Mi memoria escolar» comienza en el año 1952 en un pueblo de Sanabria llamado Calabor, donde teníamos por aquel entonces nuestra residencia, debido a la profesión de mi padre. Ese año los Reyes Magos, muy prácticos ellos, de regalo (junto con algunas golosinas, que no serían muchas) dejaron un pequeño maletín que se conocía con el nombre de «cabás». En su interior, una pizarra, una cartilla y

varios pizarrines. La pizarra con una especie de asita en un lado, donde colocaron una cinta que en su extremo tenía una especie de bayeta para poder borrarla, esto último, de fabricación casera. La ilusión que para mí fue ese pequeño maletín no se puede explicar. Era a mis ojos precioso, un recuerdo que he tenido toda mi vida; pequeñito, lo justo para acoger esas pequeñas pertenencias, de color granate oscuro y con una niña muy bonita en la parte de arriba. Pero aparte de mirarlo, no puede tomar posesión de él hasta el día 10 de febrero, que fue cuando cumplí los seis años. Ese día me incorporé a clase, no se podía hacer antes. Aquella mañana tomé posesión de mi «cabás», y junto a mi hermano, tres años mayor que yo, fuimos acompañados de mi padre a «La Escuela».

Recuerdos de esos primeros días tengo poquitos: estar sentada en una especie de pupitre largo al final de la clase todos muy juntos, si la capacidad era de cinco o seis alumnos, estaríamos como ocho o diez. No teníamos donde poner nuestras cosas, y las debíamos tener encima de nosotros. El espacio era limitado, muy justo y éramos muchos niños. Sólo había un aula para ambos sexos, y aunque el pueblo no tenía demasiados vecinos, en cada familia había tres, cuatro, cinco... hijos. Además, contaba con puesto de la Guardia Civil y algún que otro funcionario, que aportaban entre todos, un número considerable de niños.

Los niños mayores no aceptaban a los alumnos que como nosotros estábamos desplazados por el trabajo de nuestros padres, nos consideraban intrusos que les quitaban el espacio; los mayores decían que «la escuela era suya». No sé si sería esa la causa, o fuese el tener que estar tan apiñados en el pupitre, pero tenía miedo a asistir al colegio, día tras día lo hacía llorando y según me ha relatado mi madre, tenían que acompañarme hasta dentro del aula. También, me explicó que para cuando comencé el colegio, ya casi sabía leer y escribir algunas letras, (no bien, pero ya lo hacía, mi padre se encargó de que así fuera) y que a mi pequeño maletín lo cuidaba mucho, lo conservé por mucho tiempo. Ese curso fue corto, al menos para mí solo duró unos cuatro meses.

Del segundo año (1952-1953), tengo recuerdos no muy claros y escasos, pero poco había cambiado. El miedo a asistir continuaba, y día tras día, tenían que acompañarme hasta dentro de clase. El curso para mí, como el anterior, fue corto y atípico porque ya no lo pude finalizar allí ya que en marzo o abril trasladaron a mi padre a Ceadea. Para cuando dejé aquel colegio ya no estaba en el mismo pupitre que tenía cuando empecé, aunque era muy parecido, éste sí que tenía un espacio debajo para poder dejar las pertenencias y no estaba sentada al final de la clase, también había menos niños en el aula.

Conservo recuerdos de los ejercicios que hacíamos en la pizarra, a veces con palitos pintados para que los contásemos y ponerle el número, y en otras ocasiones, con números para que fuésemos nosotros los que hiciésemos los palitos. En muchas ocasiones, eran los niños más mayores los que nos enseñaban a hacerlos en el encerado.

2. CEADEA

Y ya mi relato continúa en Ceadea, y sigo diciendo que para mí este segundo año fue un curso muy atípico, no solo por tener que cambiar de localidad y de colegio a mitad de curso (a un niño de esa edad, esto siempre lo desestabiliza) sino que además cuando llegamos a ese pueblo no había clases, estaban suspendidas. El motivo era que estaban construyendo lo que sería «la escuela de las niñas», y ésta se levantaba con parte del antiguo edificio que antes albergaba en una sola aula a niños y niñas.

A día de hoy esta situación sería impensable y se buscaría otro lugar para impartir las clases, pero eran otros tiempos y que esos niños no tuviesen clase, carecía de importancia. Las obras,

cosa lógica, no eran compatibles con los niños, había que construir un pequeño hall de entrada para dar acceso a las dos puertas de las clases, levantar una pared central, en fin, obra grande. Desconozco el tiempo que llevaban las clases suspendidas y si se reanudaron durante ese curso, creo que no. Otra vez mi padre, el pobre, se encargó de nuestros deberes, pensando que eso era mejor que nada; no sé si lo haría bien, mal o regular, desde su punto de vista creía que era lo correcto, y conmigo y mi hermano hacía lo que podía, no sería mucho, pero él se ocupaba de nosotros.

Este tiempo, salvo por no tener clase, fue bastante positivo para mí. En el nuevo pueblo conocí a unas niñas (allí había muchas) que con cariño me acogieron en su grupo y me integré muy bien con ellas. La seguridad que me daba el tener un grupo de amigas, y que fuese un poco mayor, hizo que para cuando llegó el día en que por fin se reanudaron las clases el miedo ya no existiera y asistía contenta desde el primer día, sin ningún problema.

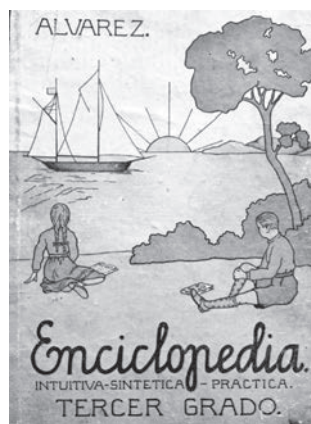
En la nueva escuela, el aula también estaba muy llena entre niños y niñas (el número exacto no lo sé, pero serían cuarenta y cinco o cincuenta). A pesar de ser muchos, desde el primer día tenía mi propio pupitre, que al ser doble, compartía con otra niña. Eso para mí fue un cambio que no podía creer, ya no me daba miedo la clase, ese tiempo lo dejé atrás, con algún año más y esa clase en la que todo era diferente, había madurado en todo un poco.

El profesor que impartía la clase era José Álvarez (hermano de Antonio Álvarez) conocido como don Pepe. Me impartió clases dos cursos no completos, tiempo que recuerdo con cariño. En este tiempo, aprendí a memorizar mis primeras lecciones, tablas de sumar, restar... El recuerdo, bonito y bueno, acudía a clase contenta y feliz cada mañana.



En mis primeros años en Ceadea.

Por esa época llegó la *Enciclopedia Álvarez* y puedo reconocer sentirme orgullosa y agradecida de ser de los primeros niños y niñas que las utilizáramos. De hecho, fueron las únicas que conocí y por las que estudié toda mi etapa escolar, en los distintos niveles, según progresaba y éstas iban saliendo.



Creo que la que se publicó en primer lugar fue la de Tercer Grado, o al menos, fue la primera en llegar a Ceadea. La clase de mi hermano, tres años mayor, la incorporó ese mismo año y dejaron atrás la «Enciclopedia Dalmau», que era la que se usaba hasta entonces. Ese ejemplar, que yo usé cuando tuve edad, junto con el de Segundo Grado, los conservo todavía, ambos de la primera edición. Tenía también la primera edición del Primer Grado, pero lo presté y nunca me lo devolvieron. Pienso que somos uno privilegiados al ser los primeros en utilizarlas *Enciclopedias Álvarez*, algo tendría que ver el que su hermano era el que nos impartía las clases.

Las clases en todas las materias poco a poco se iba progresando: Historia, Geografía, Matemáticas... Se fomentaba mucho la lectura en clase con un libro que teníamos que compartir entre dos y hasta tres niños. Uno leía en voz alta y el resto teníamos que seguirle, y si te tocaba y no estabas atento, tenías castigo que siempre era por escrito «tengo que estar más atento en lectura», esto ocho, diez o doce veces. También memorizábamos la tabla de multiplicar y la lección, que nos la repasaba todos los días.

Hice mis primeros dictados, y casi siempre me tocaba repetir todo el dictado (además de las faltas que pudiera tener, que nos hacía repetir varias veces) porque en escritura siempre fui un desastre y me empeñaba en hacerlo a la misma velocidad que el profesor hablaba y claro, aquello no había quien lo leyese. Don Pepe, fue el único profesor que a lo largo de los años se molestó porque mi caligrafía fuese decente. Me decía que yo terminaba de escribir antes que él de dictar. Me hizo copiar muchas veces «tengo que escribir más despacio». Yo lo intentaba, pero no lo conseguía.

Hay que reconocer en aquellos años el material del que disponíamos no era muy bueno, y manejarlo era un poquito complicado. Esto empeoraba si como era mi caso, lo hacía a velocidad máxima. Se escribía a tinta con unas plumillas que se despuntaban y escribían fatal. Los pupitres disponían en la parte de arriba a mano derecha de un sitio para el tintero. La tinta se hacía en una botella con polvos y agua y con ella se rellenaba los tinteros. Más de una vez, con el uso o algún accidente la

tinta terminaba mesa abajo y aterrizaba en el pantalón o vestido de los alumnos... Más adelante utilizábamos «tinta china» para rotular o hacer algunos dibujos. Ésta, tenía mucho brillo y un color negro intenso. Venía ya preparada en unos tinteritos pequeños. Después se terminaba de colorear con otras pinturas.

Don Pepe era de naturaleza tranquilo, jamás lo vi chillar o enfadado. Si tenía que regañar a alguien lo hacía; recuerdo, por ejemplo, alguna vez que estaba ocupado corrigiendo y mientras tanto, la clase se empezaba a alborotar, el ruido cada vez iba a más, hasta que era difícil de llevar. Entonces, con una varita que siempre le conocí encima de la mesa daba unos golpes encima de ella y poniéndose en pie ordenaba que los que estaban fuera de su sitio pasasen por su mesa. Y no necesitaba decir más, los niños en semicírculo se colocaban al lado derecho de su mesa y las niñas a su izquierda. Y comenzando por los niños les preguntaba (esto algunas veces, en otras era él quien tomaba la decisión) qué preferían: «palos o chuletas». Los primeros poniendo las manos juntas para arriba con la varita te daba seis veces, tres en cada una y te mandaba el sitio y que eso no lo hicieras más. Si era chuletas, lo mismo en la cara. A día de hoy esto lo consideramos una atrocidad, pero esto no ocurría sólo en esa clase, sino que era normal en aquel tiempo y hasta bastante después en muchos sitios. Desde mi punto de vista que lo viví y padecí, jamás se ensañó con ningún niño, las manos un poco coloradas, pero nada más, y en aquellas caritas tan frágiles si él hubiese hecho algo de fuerza se habría quedado marcado no un día, si no varios, pero eso jamás ocurrió. Muchos niños en una sola aula y se veía obligado a poner orden.

En esos años llegó también la leche en polvo que los Estados Unidos enviaban y que pienso que fue muy positivo en aquellos tiempos de escasez. En el recreo de la mañana, dos niños de los mayores subían a casa del maestro y bajaban con una pota muy grande donde ya venía la leche preparada y calentita. A pesar de ser muchos niños, nunca hubo ninguno que se quedara sin su ración porque no llegara, ni tampoco sobró apenas nada. Es cierto que don Pepe, día tras día, se preocupaba de cómo se hacía el reparto, que ningún niño se pusiese dos veces en la fila o que el vaso que llevara fuera más grande, la cantidad siempre la misma, todos los días la cantidad bien ajustada.

Don Pepe era muy metódico y perfeccionista y tenía una letra preciosa. Con el pasar de los años he entendido que uno de los valores que trataba de hacernos comprender era el respeto y la defensa de la naturaleza y los animales. Años en que los niños no teníamos casi nada en que entretener nuestro tiempo libre, era bastante habitual, principalmente en los niños, el alardear de cuantos nidos de pájaros conocían, como si eso fuese algo a tener en cuenta. Pero que no llegase a él noticia de que se destruía algún nido. El castigo, conocido: quedarse en clase, sin salir a la una como el resto de los niños, hasta las dos o dos y media, con el tiempo justo de poder irse a casa a comer e incorporarse otra vez a clase a las tres.

Con el tiempo creo que el periodo que nos dio clase D. Pepe fue positivo, el progreso fue adecuado, el recuerdo que me queda en mi memoria es bonito y bueno.

3. NUEVA ESCUELA

Pasado un tiempo, las obras de la nueva escuela, aunque lentas, llegaron a su fin y el nuevo curso ya se comenzó con niños y niñas cada uno en su aula. Nosotras con más suerte, todo lo teníamos nuevo. De la inauguración de la clase de las niñas tengo una anécdota personal como protagonista. Tres o cuatro días antes de esa fecha estaban sentados a la puerta de la Ermita el secretario D. Ángel, el señor cura D. Martín y Jesús un chico al que siempre conocí en el Ayuntamiento. Una amiga y yo pasábamos por allí, no recuerdo bien adónde íbamos. Los tres hombres nos llamaron pidiéndonos que nos acercáramos que nos tenían que decir algo; nos pidieron que el día de la inauguración estuviéramos en las escuelas a una hora determinada y que les dijésemos a nuestras madres que nos preparasen con el traje típico de manteo. Desconozco si a ellas les explicaron algún detalle más o si les dieron instrucciones más precisas, como tampoco conozco los detalles de cómo se hizo la selección que recayó en mi amiga y en mí, o si ésta fue solamente fruto de la casualidad de pasar por allí en ese momento...

El día de la inauguración, a la hora marcada, allí estábamos. Nuestra misión, nos especificaron, consistía en ponernos en pie cuando se abriese la puerta e hiciera su entrada el señor Gobernador. Teníamos que levantar el brazo derecho en horizontal a la altura del pecho y bajarlo tres veces a la vez que decíamos «Viva España» en la primera, «Viva Franco» en la segunda y «Viva el señor Gobernador Civil» en la tercera. Del acto, como de otras muchas cosas, no guardo ningún recuerdo gráfico, lo que sí recuerdo es que se retrasó mucho de la hora anunciada, más de una hora, y esto, unido a la antelación con la que nos dejaron ya preparadas en el aula, se nos hizo muy largo.

Con la nueva escuela llegó también una nueva maestra, de nombre Mercedes. Con ella todo cambió, los castigos físicos desaparecieron. Esperábamos con ilusión a esta nueva maestra para las niñas con la que «haríamos labores» (que en aquellos años se valoraban mucho) y todo sería diferente. Y en varias cosas sí que lo fue, ella era bastante joven y sus clases totalmente diferentes.

Fomentaba mucho el dibujo, nos pedía que en la lección de cada día plasmásemos un dibujo; no importaba que no tuviera nada que ver con el tema del día, lo



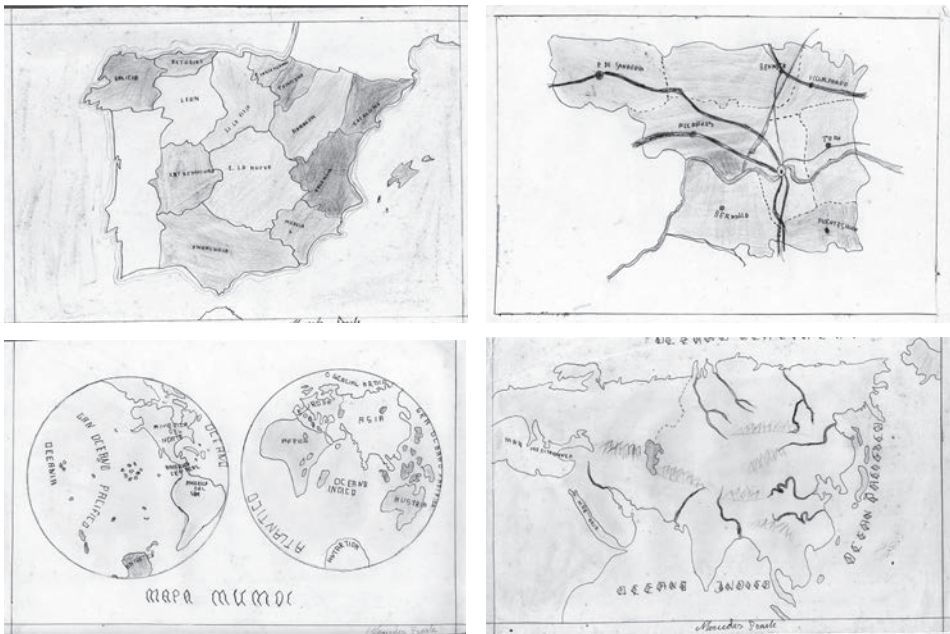
importante es que estuviese bien hecho. Ella nos enseñó muchos cantares, en clase cantábamos a diario. Y también empezamos a llevarnos deberes a casa, que eran principalmente cuentas de multiplicar y dividir, larguísimas y con un montón de números, las de dividir, además, con la prueba de multiplicar añadida. Se hacían eternas y pesadísimas de hacer...

También se cambió el catecismo, sustituyendo el de Gaspar Astete por otro tipo de texto, aunque no se estudiaba a diario, solo una vez a la semana como el Rosario, salvo en el mes de mayo que se rezaba a diario.

Todas las tardes teníamos costura. Cuando ella llegó hizo que todos llevásemos a clase un *baby* blanco, para que todas las niñas fuésemos iguales. Esto creo que se mantuvo durante muchos años después. Tras doña Mercedes vino doña Marisol, pero solo unos meses. Creo que fue un año más o menos el tiempo que estuvo dando clases allí, pero de este curso no recuerdo muchos detalles de mención especial.

4. ÚLTIMA ETAPA

Y llegó doña Anastasia, que fue la profesora que tuve los últimos años, y que me ayudó a madurar y terminar la formación que había ido adquiriendo en cursos anteriores con otros profesores. Esto me sirvió para que cuando terminé mi etapa escolar, poder hacerlo con una preparación en todas las materias bastante buena.



Mapas realizados durante la clase de Geografía.

De esa época recuerdo el avance en todas las materias. En Matemáticas, muchos problemas que se corregían en el encerado; una niña cada día, sin orden establecido para no saber qué día te podía tocar. Cuando dejé el colegio sabía hacer interés simple, compuesto, repartimientos proporcionales, quebrados con común denominador, raíces cuadradas, hallar la capacidad de una cuba, área de una circunferencia etc.

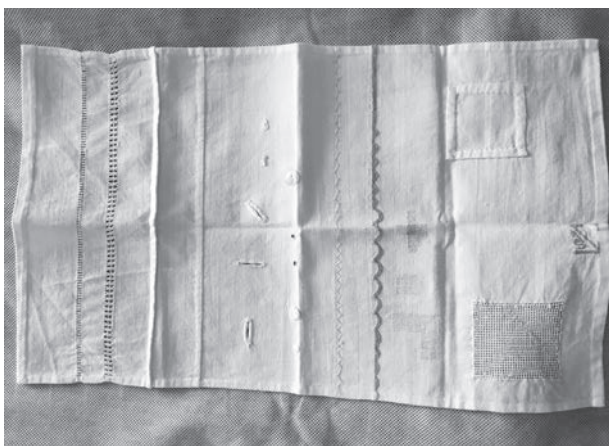
En Geografía conocimos ríos, cordilleras, picos más altos, capitales no solo de España o Europa, sino de los cinco continentes. Utilizábamos mucho el mapa, que era en aquel tiempo el material de apoyo del que se disponía. Teníamos varios mapas, entre ellos un mapamundi que cuando tocaba Geografía, salíamos mucho a él. Historia, los primeros pobladores y después Historia de España y Contemporánea. Literatura... todas las materias se trabajaban mucho.

Fomentaba mucho la lectura, y no es que hubiese mucho para poder leer: *El Quijote*, que de tanto que lo leí, a día de hoy tengo pasajes memorizados y puedo repetirlos como si de una obra de teatro se tratara. Y otro libro que estaba en verso, y también recuerdo alguno de esos versos. *Corazón y Marisol*, dos tomos que contaban la historia de una niña desde su tierna infancia hasta que llegó a ser maestra rural y sus vivencias como profesora. De estos últimos, que recuerdo mucho con añoranza de aquellos tiempos, desconozco el nombre del autor, todo lo contrario a lo que hago ahora, que cuando leo un libro, lo primero que anoto es el nombre del autor. Lo que me gustaría poder conservar alguno de estos libros... Labores hicimos varias, bonitas y muy curiosas, no se hacían todos los días, pero cuando tocaba eran muy aprovechados.

Cuando llegó Doña Anastasia, la primera tarea fue hacer un costurero con todas las costuras y demás cosas necesarias que hace 65 o 66 años se consideraba importante que una chica supiera hacer, que todavía hoy tengo guardado con cariño. Más adelante se hizo una exposición de todos los trabajos y labores, una pena, qué como de otras cosas, no guardase una foto para ser recordado.

Hacíamos ejercicios de redacción y también resúmenes de lo leído. Análisis de oraciones con sujeto, verbo y predicado y un gran etcétera de todas las cosas que con ella en ese tiempo pude hacer.

En el buen tiempo, un par de veces, se hacía excursión al campo, con nuestro bocadillo y allí realizábamos actividades al aire libre, y los



Costurero realizado durante las clases con doña Anastasia.



Final de curso. Clase de doña Anastasia. Soy la tercera de la izquierda.

disfrutábamos mucho, nos lo pasábamos muy bien. Hasta una obra de teatro presentamos, que salió bastante bien, es verdad que se ensayó mucho.

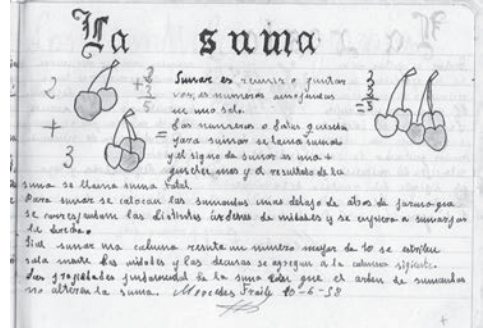
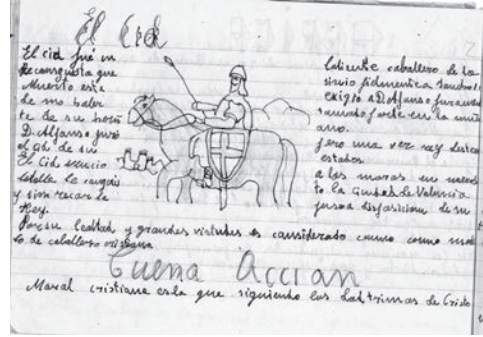
5. EL DÍA A DÍA

También conservo con cariño otros muchos recuerdos al margen de las lecciones. En las aulas no había calefacción y los inviernos en Sanabria y Aliste no son muy tropicales, precisamente, aunque el maestro traía un pequeño brasero de cisco para su mesa. Los sábados, junto a otras dos niñas más, barríamos, regábamos las macetas y limpiábamos el polvo de toda la clase. Esto iba a turnos, y al ser muchas, tocaba de tarde en tarde.

Los juegos durante los recreos de media mañana (media hora poco más o menos), y en los de la tarde hasta las tres, hora en que se reanudaban las clases. Se jugaba a muchos juegos diferentes el que tocara en cada época, que eran muchos y variados. Siempre por separado niñas y niños, en aquellos años no se compartían juegos juntos, los niños con los suyos y nosotras con los nuestros. En ellos participábamos todos, a ningún niño se marginó dejándole fuera, ni se le hizo daño, y a los recién llegados trasladados por el trabajo de sus padres, se les acogía con cariño y se les integraba desde el primer día como uno más.

6. DIARIO ESCOLAR

En el cuaderno íbamos anotando las lecciones del día a día, sobre todas las materias. A pesar de todos los años que han pasado, aún conservo este de 1958.



7. FINAL DE ETAPA

A don Pepe, doña Mercedes, doña Marisol y doña Anastasia los recuerdo con mucho cariño, al igual que al resto de profesores que tuve a lo largo de esos años. Ellos, con su buena profesionalidad, me dieron la oportunidad de poder adquirir unos conocimientos y preparación académica, la única que tuve oportunidad de acceder y que me ha servido para hacerle frente a la vida y de la que he estado orgullosa y muy agradecida.

Y así finalicé mi etapa escolar, la que comencé con mi pequeño «cabás», tan pequeñito, que pude utilizarlo poco tiempo, pero al que le tuve muchísimo apego y conservé hasta después de finalizar esa etapa de colegio. Pero el pobrecito ya estaba tan deteriorado que creo no le quedaba ni el nombre, y con mucho dolor me tuve que deshacer de él. Y con su final, termino lo que para mí fue, y a día de hoy recuerdo con mucho cariño aquellos años en «La Escuela».

EL VIAJE DEL MILANO

Santiago García Martín
Gallegos de Sobrinos (Ávila)

El colegio tenía dos clases separadas por sexos, la clase a la que yo asistí era para niños de seis a catorce años. La disposición de los pupitres estaba organizada en tres líneas de delante hacia atrás. Cada mesa era para dos alumnos y al final del aula había una mesa de una sola tabla que era el doble o el triple que las demás. Esa era para los pequeños recién llegados, que no estudiaban, solamente observaban y escuchaban como en voz alta repetían los mayores la tabla de multiplicar y otras tareas que los hubieran mandado. Desde el exterior cualquiera habría pensado que aquello era un gallinero. El primer maestro de unos treinta años era bastante autoritario y no empatizaba con los alumnos, todas las tareas eran por fuerza mayor y estuvo solamente dos años en la escuela. El segundo maestro tenía sesenta y cuatro años, era serio, pero no se imponía gravemente nada más que en casos extremos. Este maestro en los ratos libres se dedicaba a fabricar el ataúd para su entierro, guardándolo al terminar en un cuarto trastero que había alquilado. Finalmente, dicha obra fue aprovechado para tal fin. Solamente estuvo un año dando clase, durante ese tiempo estuvo viviendo en el pueblo y allí falleció. Recuerdo que fumaba mucho.

Mi tercer maestro tenía treinta años, estaba casado, pero no tenía hijos y se llamaba don Tomás Puente Dávila. Era inteligente y moderno, porque enseñaba sin castigo. De este hombre guardamos todos los alumnos un gran recuerdo. Nos contaba sus vivencias y sus chascarrillos. Sobre el año 2007 intenté localizarlo y lo conseguí. Vivía con su esposa en la localidad de Santa Marta de Tormes, próxima a Salamanca; como es natural no recordaba los nombres y las caras, pero aunque estaba mayor, su mente estaba igual de lúcida. Charlamos un buen rato, me dijo que varios alumnos más le habían contactado de otros colegios, porque deseaban darle las gracias por sus enseñanzas. En una ocasión me ocurrió algo muy curioso. Estando en un concesionario de coches en la zona de mecánica, comenté algo de este maestro, y ¡sorpresa! cuando dije el nombre, el mecánico se ausentó un momento y volvió con su teléfono móvil y la fotografía de toda su clase y de don Tomás. Se emocionó y le recordamos con agrado. Su pueblo era cabecera de comarca y después de estar en mi pueblo, se marchó allí. De lo que le contábamos, don Tomás nos pedía que hiciéramos ejercicios de redacción, para que fuéramos soltándonos en escritura y también en expresión. He recuperado algunas de esas historias y voy a relatarlas a continuación.

UNA IDEA PARA LA NAVIDAD

Cuando tenía menos de diez años, los niños de la escuela ya veíamos la televisión en el Ayuntamiento del pueblo. En una ocasión vimos cómo existía una representación del nacimiento de Jesús el día de Nochebuena, con un nacimiento muy bien representado, a escala grande con figuras de personas y distintos animales, pero en las escuelas entonces no había ni para tizas de colores, así que preguntamos al maestro cómo podíamos tener un nacimiento en el pueblo como el de la televisión, que la gente del pueblo viniera a verlo y sentir que algo estaba cambiando en la sociedad que se avecinaba. El maestro tuvo una idea, hacer una colecta. Pero en el pueblo, nadie tenía interés en ayudar para tales fines, por lo que los padres de los alumnos pensaron lo siguiente. Como en estos dos pueblos había maestros de escuela y párrocos que desempeñaban cargos importantes en distintas ciudades y municipios de España, si se lo pedíamos podrían donar alguna figura que los sobrara allá donde se encontrarán. ¡Eureka! ¡Por algo eran nuestros padres!

Decidimos comentárselo al maestro que nos dijo que teníamos que conseguir los nombres y las direcciones de esos «aventajados», hijos del pueblo. Empezamos los niños a ir casa por casa y con todas las direcciones, escribimos a esos alumnos que lo fueron de estas nuestras escuelas y que ahora ocupaban cargos como se merecían. ¡Qué sorpresa nos llevamos al descubrir que no habían transcurrido quince días y a la escuela empezaron a llegar paquetes con figuras de diferente tamaño! Tuvimos la feliz idea de poner el nacimiento en la escuela de abajo frente a la primera ventana de Gallegos, donde ahora está el bar y centro de reunión, convirtiéndose en el «comecome» de niños y mayores, incluso la gente de los pueblos limítrofes vino a verlo. A los niños nos ocupaba el afán recaudatorio para seguir comprando figuras para el próximo año y con ayuda del maestro quitamos un cristal de la ventana en la parte baja y con una navaja hicimos una pequeña ranura para que entrasen moneditas y en un trozo de papel escribimos «Donativos aquí». Fue una gran idea ya que la gente solía echar una moneda pequeña, creyeron en nuestro proyecto y les gustó.

Para el año siguiente, como ya conocíamos el camino, volvimos a escribir a los rezagados que no habían contestado ni habían aportado nada. En la carta les contábamos cómo nos había ido y cayeron en la cuenta de que había que mandar algo, y lo hicieron. Pero nuestra mayor sorpresa llegó cuando escribimos una carta informando de nuestra ilusión conseguida a la esposa del gobernador de Ávila, por aquel entonces el Sr. Vaca de Osmá. La tal señora tenía unos apellidos diferentes a los oídos por estos lugares, aún me acuerdo, se llamaba María Zenaida Zunzunegui. Emocionada al recibir nuestra carta, compartió nuestra ilusión y nos envió un dinero para que comprásemos algo para el nacimiento en su nombre.

En estos momentos desconozco el paradero de las figuras de ese nacimiento que transmitió tanta felicidad, pero espero que el que las tenga, trasmita esas ilusiones que tantas personas compartimos, niños y mayores.

ARRIEROS

Mis abuelos Benedicta Jiménez y Judas García, que tenían posada en el pueblo me contaron que una noche, cuando llegó la hora de dormir y los posaderos (mis abuelos) dejaron despejada la cocina, dos arrieros se acurrucaron uno a cada lado de la lumbre y uno de ellos decía: «No puedo dormir del hambre que tengo». Empezó a trastear alrededor de la repisa de la campana de la cocina donde había observado dos trozos de tocino medio fritos en un plato de porcelana pequeño, y se los comió.

Por la mañana se levantó mi abuelo y empezó poniendo la lumbre para que mi abuela pudiera calentar un puchero de barro al fuego para hacer un poco de café para todos. Mi abuelo buscaba sus dos trozos de tocino que tenía costumbre de comerse una vez encendida la lumbre, y según estaban conversando, empezó a preguntar por los trozos de tocino que había en una esquina de la campana encima de un plato. Los arrieros se quedaron callados, contestando que no sabían nada. Entonces mi abuelo dijo: —«Pues no es el valor que tienen, pero es que sufro de almorranas (hemorroides) y las utilizo por las mañanas para darme una pasada porque la manteca que desprende hace como efecto de pomada». El arriero se quedó más blanco que la cal, cada uno salió para un lado entre risas y el que se los comió, haciendo ascos. No sabían que era mentira, pero fue un buen escarmiento para que no volvieran a coger lo que no era suyo.



Santiago con su abuelo Judas García.
Gallegos de Sobrinos, 1958.

CÚCHARES Y PELLICAS

Le comentamos a don Tomás sobre un hombre que pedía por los pueblos y nos pidió que escribiéramos sobre él. Todo pueblo que se precie en posguerra debía tener un pobre. Pues bien, en mi pueblo le «compartíamos» con Cabezas del Villar, que es donde vivía con su hermana. El hombre se llamaba de apodo Cúchares, aunque su verdadero nombre era Miguel. Era un pobre como el de los cuentos, con sombrero de ala de tela, con barbas de varios días, con un morral hecho de jirones, en el que guardaba el pan duro que le ofrecían los que decían que le daban limosna. Los niños le veíamos como un pobre divertido que no tenía una mala palabra con nosotros, le decíamos que habíamos recogido colillas a la puerta del médico y se las ofrecíamos. Él se ponía tan contento, las guardaba dando las gracias y se hacía un «canuto» o cigarro de los de antes torcido pero que echaba un humo como una locomotora de carbón.

Cuando llegaba al pueblo empezaba a pedir por las casas que ya le habían dado antes ropas o un trozo de tocino o restos de pan duro, y los niños le seguíamos a donde pedía, nos quedábamos un poco detrás y cuando no le daban nada más que un trozo de pan, decía: —«No tendrá usted que sacar basura de las gallinas o de los cerdos, yo se lo puedo sacar y luego me da un torrezno con un cacho de pan», y le contestaban: —«Mira, pues hoy no me hace falta pero para la semana que viene si tengo algo de trabajo para ti», y le decía la señora: —«Simplemente por tu ofrecimiento, te voy a hacer ese bocadillo», y ya donde iba a pedir, iba comiendo así le daban unas perras gordas y no comida y ya tenía para ir al bar y tomarse un vaso de vino. Los niños le hacíamos muchas preguntas, sobre los pueblos donde había estado, a qué se dedicaba antes y nos contaba que su oficio era hacer tejas y adobes con sus hermanos, pero que no se sacaba para comer. Él era quien con los pies amasaba el barro que luego serviría para hacer las tejas; había personas no muy buenas que abusaban, le sacaban el trabajo y luego no le pagaban, y para ahogar sus penas se iba al bar y se encendía su cigarro y con su vaso de vino era un pobre feliz.

Algunas veces coincidía en el bar con otro buen hombre, que se llamaba Sidro Pellicas. Era de Salmoral, un pueblo de Salamanca. Éste era medio pobre medio bohemio, había estado en la guerra y como les daban coñac para el frío, le había dejado enganchado. Recorría los pueblos desde Gamonal hasta Gallegos, compraba pieles de ovejas o de cabras, en algunas ocasiones compraba la piel de la cabra con la cabra dentro, entonces la ataba de los cuernos a un borriquillo que tenía y se la llevaba a Salmoral que es donde tenía su mujer y varios hijos. Por el mismo precio, tenían un poco de carne, huesos para hacer caldo y la piel. Nos contaba que, en su recorrido, solía echar una semana, y los hijos cuando ya suponían que estaba al llegar su padre se iban a esperarle al camino, porque sabían que, si no había cabra, había un trozo de oveja que hubiera desollado, cuando no una gallina o cuando no algún conejo con los ojos grandes, pero los chiquillos comían. Cuando la semana se le había dado mal el buen Sidro Pellicas, se disgustaba y se ponía más borracho de lo habitual. Entonces, al llegar al pueblo a lo lejos ya oía los insultos de la mujer que decía: —«Hoy no traerá nada, viene que se cae del burro, hoy se la gana seguro»; y los calentaba la cabeza a los hijos hambrientos. Y cuando ya se acercaba lo suficiente para ser agredido, ordenaba la carga la madre y los decía: —«¡Hijos, a por él!», y él decía: —«Hijos míos... no peguéis a un padre tan honrado». Los niños conocíamos estos episodios y no nos parecía bien lo que le hacían sus hijos y su mujer.

En época de nidos si sabíamos dónde coger pollos de urracas o de otra especie los guardábamos y cuando venía, los cogía, los desollaba, los guardaba en una faldriquera para que no atacasen las moscas a la carne y se los llevaba a sus hijos para que comieran un poco de carne con las patatas. Me gustaría ir a su pueblo y contar a los que le recuerden lo buen hombre que nos parecía a los niños, hablaba de la guerra y de lo que hacía para evitar ser alcanzado por las balas enemigas. Decía que en la guerra compartió batallas con su amigo Mateo, y le preguntábamos dónde estaba Mateo y él decía con una voz triste: «Mateo murió», y sin venir a cuento decía en voz alta: «Cuerpo a tierra salamanquinos» mientras se tiraba al suelo. Cosas de la guerra...

DON TOMÁS EN LA BARBERÍA

Contaba nuestro maestro, que cuando llegaba a un pueblo siempre preguntaba quién sabía de una barbería. En la mayoría de los pueblos siempre había un barbero, que era aficionado y cobraba la voluntad. Se dedicaba a sus faenas del campo y al terminar, ya por la noche, hacía buen servicio para las personas que no tenían quien los cortase el pelo o los afeitase. Al parecer, una vez en uno de los pueblos cuando se sentó el primero para ser rasurado de una barba de una semana, el barbero empezó a hacer espuma y mojar la barba con jabón. Como no hacía espuma suficiente, escupió en la brocha para hacer más consistente la espuma. El maestro al ser forastero y darse cuenta de este hecho, le recriminó diciendo: «Cómo se le ocurre hacer semejante guarrada, escupir en la brocha»

A lo que el barbero contestó: —«No se queje usted buen hombre, porque a los del pueblo los escupo directamente en la cara». Tras esta contestación decidió dejar que el barbero hiciera su trabajo y después nos lo contó muchas veces y fue motivo de risas y chanza.

LOS RELOJES MODERNOS

En los pueblos no era necesario el reloj, ya que para levantarse siempre había algún gallo que te indicaba que el día despuntaba, y sino el vientre o la vejiga. Los relojes que existían eran los llamados «de pared», con campanadas fuertes, que a veces se oían desde las casas de los vecinos más alejados de la calle. Tenía sus inconvenientes, porque para los jóvenes que llegaban tarde, los padres no sabían si era pronto o tarde. Los relojes de mano eran llamados de bolsillo y lo solían llevar las personas mayores que tenían posibles, y que su trabajo no era de fuerza o de campo.

Pues bien voy a contar un hecho que escuché de niño y que yo uso como broma alguna vez. Parece ser que cuando empezaron a emigrar algunos hombres a Madrid, en los viajes de vuelta traían relojes de pulsera y un mozo arrogante y simpático de los pueblos próximos al mío, pidió al madrileño que le comprase uno de esos relojes de cuerda de muñeca, para fardar, y el madrileño le compró el reloj. Pero al igual que los relojes de pared antiguos tienen los números horarios en números romanos, el reloj que le compró al mozo también los tenía en números romanos, y claro el mozo se hacía un poco de lío con los dichosos números, pero bueno él estaba tan contento.

Y un buen día este mozo bien arreglado se dispuso a viajar a la ciudad de Ávila con su reloj puesto. Cuando esperaban todas las personas que viajaban en la parada en la carretera él no hacía más que mirar el reloj y la gente le observaba con envidia, pero un gracioso le preguntó: ¿Qué hora es?, a lo que este mozo que no distinguía bien los números romanos, le enseñó el reloj y le dijo: —«Engáñate por tus propios ojos». Fue listo y dejó mal al preguntón. Con el tiempo y preguntando a los niños que si habían ido a la escuela, aprendió las horas, pero no los minutos y cuando le preguntaban: —«¿Qué hora tenemos amigo?», él decía: —«Las diez y más minutos que la hostia».

EL ALBARDERO

En uno de los pueblos próximos al mío, un buen hombre se dedicaba al noble trabajo artesano de hacer albardas (monturas para caballerías). Hacía también colleras de tiro para caballerías, cabezales y otros útiles relacionados con los animales de trabajo. Llegaron los años 60 y empezaron las primeras migraciones a la ciudad de Madrid; los primeros en salir fueron los jóvenes, los jornaleros, las mozas de servidumbre en vivienda y otros. La familia del artesano (albardero) era larga, tenía muchos hijos y claro no se fue uno solo, se fueron dos hijos varones, y empezaron a trabajar en una bodega. La persona que lo regentaba era mayor, y viendo que los chicos tenían madera de emprendedores, les ofreció el traspaso del local, y los chicos que no disponían de mucho dinero, comunicaron este hecho a sus padres y a sus hermanas que habían quedado en el pueblo. Hicieron cuentas y decidieron marchar todos para Madrid, los hijos varones para el bar, las hijas a servir a las casas que había demanda y la madre para hacer comida y arreglar la ropa en casa. Alquilaron un piso cerca del bar y empezó la nueva vida. Hasta ahora lo que he contado lo han hecho muchas familias antes y después de esta que estoy relatando.

Pero ahora os contaré lo que hacía el buen hombre. Como había trabajado mucho y había traído mala vida para sacar a la familia adelante, los hijos decidieron que, dado que no tenía edad para trabajar, se estuviera en el bar bien arreglado e hiciera de encargado, que estuviera al tanto de los pedidos y poco más. Le compraron un sombrero tirolés, y se sentaba en una esquina del bar, se echaba su cigarrito y escuchaba a las personas que acudían a tomar un vino español o un café. Observaba cómo leían el periódico, y después cómo comentaban su contenido, por ejemplo, si hablaban de política y había dos opiniones, él las grababa en el «disco duro» (su cabeza) que lo tenía poco usado, y si se hablaba de fútbol, lo mismo.

Pues cuando ya llevaba un año haciendo este trabajo, solo de escuchar tenía formada una idea clara de política y de fútbol. Los hijos le tenían dicho que no interviniera en las conversaciones para no hacer el ridículo, pero los clientes le provocaban diciéndole: «Y a usted buen señor, que le parece de esto o lo otro», entonces intervenía.

Un buen día tomó la iniciativa para comentar el periódico del día una vez lo había leído y comentarlo con los primeros clientes. Entonces llegaron dos hombres de banca a desayunar como hacían habitualmente y él tenía entre sus manos el periódico y comentó: «¿Se han dado cuenta



Santiago el día de su comunión. Gallegos de Sobrinos, 1960.

cómo va la política exterior con respecto a este país?» Los amables señores mantuvieron una conversación fluida con el albartero y así varios clientes comentaban el periódico a menudo con ese hombre mayor y afable al que le gustaba ir al bar por las mañanas.

Un buen día un cliente formado, de los de carrera, preguntó a uno de sus hijos que le atendió en el bar: —«¿A qué se ha dedicado este hombre? Porque hay que ver que buena cabeza tiene y cómo entiende de todo, y que bien lo explica». A lo que contesto el hijo: —«Es mi padre, se ha dedicado a hacer albardas y otros útiles de labranza y no sabe leer ni escribir». Pero era un hombre que sabía escuchar e interpretar los comentarios de los clientes y se quedaba con lo bueno. Aprendió a andar por Madrid, iba en metro, autobús y sabía dónde tenía que bajar, subir etc. Es lo que tiene ser de pueblo, humildad, ante todo, pero inteligencia a tope.

TRASTADAS EL DÍA DE LA MATANZA. EL HUMAZO

La matanza era un acontecimiento muy bien recibido por todos los componentes de la familia y los parientes que colaboraban en la tarea. Para los hombres, era un día que había que levantarse pronto y poner una lumbre con mucha leña gorda para que calentase el caldero de agua que colgaba de las llares. El agua lo usaban las mujeres para todo, lo sacaban con un cazo con mango largo y servía para la comida, para lavarse los hombres y para limpiar el cochino después de churrascado. Se empezaba por traer la mesa donde ejecutarían al cerdo, al lado un montón de ramos y paja para churrascarle, y como la matanza se hacía en tiempo de heladas fuertes de invierno, las mujeres estaban atentas para que los hombres estuvieran contentos y calentitos, y los ofrecían unas pastas mantecadas y una copita de aguardiente (orujo del de ahora) también a los menores de edad. Nos traían unas rebanadas de pan y los echaban un poco de orujo y azúcar por encima, no veas como te ponías...

Lo de la muerte del cochino iba bien rápido, las mujeres hacían la señal de la cruz en la sangre que se recogía en un barreño de barro (era para pedir a Dios que saliera bueno el cerdo) para hacer morcillas. El cerdo era churrascado, le sacaban las tripas y se colgaba para que se secase a fin de destazarle al día siguiente. Los hombres con esto habían terminado. Venía la comida, una olla con productos del año anterior que se habían reservado para este día, todo era abundante. Por la tarde las mujeres iban al río a lavar las tripas del cerdo para hacer chorizos, todo estaba limpio para el día después dividir el cerdo y las carnes. Por la noche había que picar las cebollas mezclarla con especias y hacer las morcillas antes de cenar, pues como decía no se podía comer nada del cerdo muerto ese día hasta que el veterinario no dijera que era comestible, pero comida no faltaba.

Una noche de matanza en mi casa, cuando estábamos todos a la lumbre contando chascarrillos, los mayores bebiendo vino y comiendo diferentes viandas, empezamos a oler mal y mi padre dijo: —«Huele a goma, a humo en el portal» y alguien gritó: —«¡Fuegooooo!». Los niños nos asustamos mucho y mi hermano empezó a llorar. Pero

no era fuego, era que nos habían gastado una broma. Mientras todo el mundo reía en la cocina, no habíamos oído la puerta de entrada de la casa, y en el portal alguien había metido en una lata vieja una suela de goma de zapato semi-quemada que no tenía llama, solo echaba humo y lo llamaban «dar el humazo».

EL CHOCOLATE Y LOS CUBOS DE PLÁSTICO

Cuando yo tenía seis o siete años, empezaron a cambiar algunas formas de acarrear el agua. Teníamos cubos de zinc, que llamaban *herrás*, y baldes que se usaban para lavar la ropa. Pues a la tienda de ultramarinos del pueblo llegó un representante de Ávila y ofertó un chocolate negro que, comprando diez tabletas, te regalaban un cubo de plástico, y comprando quince tabletas, un balde también de plástico. Pues la madre que fue la más atrevida, se convirtió en la envidia de la calle donde residía. Las mujeres decían: «Donde este la herrá de to'la vida...», pero todas fueron cayendo poco a poco, bien por no quedar señaladas, bien porque los niños (entre los que me hallo) comíamos chocolate para merendar y no un torrezno de toda la vida.

Y claro, «Mamá, quiero chocolate», y todas las mujeres del pueblo cogieron la oferta. Pero he de decir que el chocolate no estaba refinado, era cacao puro, y estaba más duro que un cuerno, decíamos los niños que parecía que estaba hecho de tierra, y es que no estaba refinado. A los niños de esa época ya nos han tenido que sacar la dentadura, se nos picó de tanto chocolate... Las madres con la excusa de los cubos de plástico tenían la merienda solucionada.

CENCERROS EL DÍA DE SAN ANTÓN

El día diecisiete de enero se celebraba el día de san Antón. Para los niños era un día importante porque era un día de pedir por los animales y claro, toda la gente del pueblo y los limítrofes tenían animales o vivían de ellos. La costumbre que existía era que los niños menores de catorce años, salían por el pueblo con cencerros que sus familiares colocaban colgados y cruzados por el pecho. Íbamos sacando pecho, nos reuníamos en la plaza y los mayores nos miraban recordando otros tiempos. El día de San Antón nos levantábamos antes de ser de día e íbamos andando hasta Hurtumpascual, para después hacernos Viñegra y Blasco. En total recorríamos unos veinte kilómetros. Encontrábamos casas donde todo era acogida, nos mandaban pasar para calentarnos, nos daban una galleta y unas perras gordas (ósea diez céntimos de peseta), en otras no entrábamos al recinto, del corral por miedo a los perros y a las vacas, que antes se tenían en el corral delante de la vivienda.

Una de las veces fui de compañero con José María, el de tío Fortunato. Llevábamos una mañana bastante buena y ya habíamos hecho los pueblos de Hurtumpascual y Viñegra. Conocíamos bien las casas en las que merecía la pena insistir para que

nos abrieran la puerta y nos dieran algo. En las casas buenas, a veces nos juntábamos dos o tres parejas de muchachos. Éste fue el caso de Blasco, en la Casa de Tío Juan Julián, que era el dueño de la tienda de ultramarinos. Desde la puerta de calle hasta la puerta de la vivienda había a los lados almacenes de alimentos y bebidas, y dos perros. Así, a ver quién era el valiente para acceder hasta la puerta de la vivienda...

Pues como el que no arriesga no cruza la mar, hicimos lo siguiente. Metimos las manos en los huecos de los cencerros para no hacer ruido y poder llegar a la puerta de la vivienda, en el último momento surgió un problema porque como hacía frío, estaba cerrada así es que debíamos alcanzar el llamador. Y cuando mi amigo se disponía a llamar a la puerta, una pareja de muchachos de Viñegra entró en el corral sonando los zumbos, desconociendo que había unos perros pastor alemán peligrosos. Los perros lo oyeron e intentaban salir de una cuadra que había a la izquierda de la entrada de la casa. Tratamos de salir lo más deprisa que pudimos, pero los perros consiguieron abrir la puerta y cuando cruzábamos la calle vimos que los teníamos encima. Los cuatro muchachos saltamos como pudimos la pared de la finca que hay enfrente, no nos mordieron a ninguno, solo unos rasguños de la pared que ni la vimos del miedo que llevábamos.

De la otra pareja solo me acuerdo que uno era hijo de Tío Burgos al que llamaban Cayo, no nos volvimos a ver hasta que yo tenía veinticuatro años y fue en un pueblo de Zamora que se llama Almeida porque yo fui de fiesta desde Madrid y él estaba allí ya que su esposa es del lugar, enseguida me reconoció y lo primero que me recordó fue aquel episodio tan dramático de la niñez. Hay que ver lo que se sufre por un puñado de perras gordas.

LAS PIPAS Y LA ESTUFA

A mi amigo Sotero le gustaban mucho las pipas y buen día nos fuimos a casa de tío Manolo Carretero que tenía el bar en la plaza del pueblo. Era invierno y en el salón donde había una televisión para el público habían instalado una estufa moderna que estaba en fase experimental. Era de gas, los niños no sabíamos por qué daba calor, pero sabíamos que tenía una bombona de gas (que el nombre ya de por sí nos sonaba a bomba).

Mi amigo Sotero comía pipas como una máquina mirando al televisor, y cuando quisimos ver la estufa que tenía una llama azulita, se puso amarilla y los paneles no ardían. Y el hombre que se encontraba con todos los niños viendo la tele que era un hombre soltero jornalero, simpático que se llamaba Felipe pero le llamábamos Pipe dio la voz de alarma. Dijo: «La bom -la bom», y no le salía más, pero nosotros sabíamos que algo iba mal. Salimos del local como alma que lleva el diablo.

Manolo Carretero, que estaba en la cocina, preguntaba qué pasaba y los niños por la ventana decíamos: «¡Pipe, Pipe!», y el buen hombre no podía articular palabra y apuntaba a la estufa. El Tío Manolo se lanzó a la estufa y cerró el gas y dijo:» Ya ha pasado el peligro».

Nosotros desde la calle oímos que preguntaba por qué corríamos y cuando entramos estaba limpiando el dispositivo de salida del gas que se había obstruido con un trozo de pipa a medio quemar, y Tío Manolo le dijo a Pipe que eso era lo que hacía que saliera mal el gas. Entonces contestó Pipe: «Ha sido este jodío muchacho de la Crece, que se mete en la boca las pipas a puñaos y las saca con honda».

EL BURRO PERNALES Y LA ZARZA

Cuando teníamos unos once o doce años llegó al pueblo don Tomás, que como he dicho anteriormente, era un hombre que se dejaba preguntar y enseñaba las cosas en plan moderno. No maltrataba a los niños y se hacía respetar por lo que le siempre teníamos la confianza de contarle muchas cosas.

Una vez le dijimos que el padre de Sotero tenía un burro muy grande pero que no había quien le hiciera galopar, que habíamos probado a pincharle entre las agujas, a golpearle y no podía con las orejas de basto que era el dichoso burro. Le preguntamos por si tenía algún método que le hiciera galopar como un caballo. Pues bien, nos dijo: «Hay uno que no le recomiendo, pero es el siguiente» y a continuación se puso a contarnos el método. Se trataba de acercar el culo del burro a una pared, mientras otro niño le levanta el rabo y le mete un cardo o una zarza debajo del rabo. El burro no va a levantar el rabo, por el contrario, lo va a apretar más con el dolor y se seguirá haciendo más daño por lo que ese método le hará correr. Nos dejó sin habla. Le dijimos: «No hay más preguntas». y ahí ya empezó nuestra cabeza a trabajar, buscar la zarza, la pared y un sitio amplio donde pudiera correr y desahogarse el burro corriendo.

Al día siguiente nos dirigimos a la pradera de Galleguillos con el burro con su albarda y le pusimos en posición de salida. Cuando Sotero nos dio el OK, le levantamos el rabo y le metimos el cardo borriquero más grande que habíamos encontrado. El método funcionó. El burro, cuando soltamos el rabo y se clavó el cardo soltó dos castañazos a la pared que si no llegamos a estar protegidos nos desfigura la cara, salió de la pared pegando coces y saltos más que los toros de un rodeo americano, y Sotero agarrado a la albarda para no caerse, pero el burro no iba en línea recta sino en círculo como queriéndose quitar los pinchos del cardo. Y Sotero en uno de los envi-



De izquierda a derecha los hermanos García: Francisco, Rosa y Santiago. Gallegos de Sobrinos, 1961.

tes fue despedido a tres o cuatros metros. Nos acercamos enseguida y le preguntamos si estaba bien, nos dijo que sí, pero el burro seguía dando saltos. Hasta la albarda se la puso en la barriga, pero, aunque no podía caminar seguía dando coces.

Entonces nos pusimos delante y empezamos a tranquilizarle y el animal nervioso y cansado ante aquel acontecimiento tan extraño se dejó retirar el cardo y le soltamos la albarda para ponérsela en su lugar debidamente. Pero como era tan alto no podíamos alcanzar a su grupa y decidimos subirla a una pared de una cerca, y desde allí echársela encima. Pero ese burro era burro pero no tonto, y recordaba la faena que le habíamos hecho desde esa pared y no pudimos hacerle ver que la guerra contra él ya había finalizado; cuando pasó un largo rato llegó un ganadero que nos hizo el trabajo. Le mentimos diciéndole que íbamos a por las vacas y que la cincha iba floja y nos habíamos caído, y el buen hombre nos creyó. Qué experiencia tan incompleta.

«REGÜETRA»

En las noches de verano los mayores descansaban al fresco junto a sus viviendas y los niños corríamos unos detrás de otros haciendo que montábamos en un caballo y otras cosas. Cerca de mi casa vivía Tía Dominica, y siempre nos preguntaba y nos decía: «Que no sabéis esto o lo otro» y un día ya muy metida la noche nos dice: —«¿Queréis acompañarme hasta la leñera de Tío Berilo y os cuento una cosa?», nos miramos el grupo de niños y dijimos pues vamos a ver que nos cuenta, y cuando llegamos a las afueras del pueblo dirección al río, nos dice: —«¡Guardad silencio!», y acto seguido dice: —«¿No oís como que suena un río a lo lejos?», y uno dijo: —«¡Yo sí!». Los demás, con ese silencio y ese ruido que se oía como de agua cayendo desde una altura a otra en piedras, nos quedamos mudos y entonces la mujer empezó a relatar: —«Si os quedáis en silencio, oiréis como *regüetra* la laguna de Gredos». Nosotros no sabíamos que existía una laguna, ni lo que quería decir esa palabra y lo que oímos sonar eran las tripas de más de uno que nos estábamos jiñando de miedo, ella entonces nos dijo: —«Es una gran laguna entre montañas y cualquier día se reventará y con el agua arrasará los pueblos a su paso, hay que estar muy al tanto de esos quejidos que hace por las noches», y la dijimos: —«¿Nos podemos ir ya?», y tía Dominica dijo: —«Si, majos», pero en vez de salir corriendo como lo hacíamos habitualmente, nos dirigimos al pueblo con un sentimiento de peligro, porque cualquier día podíamos tener una desgracia por culpa de esa laguna.

No se nos quitó el miedo hasta que un día le preguntamos al maestro cómo veía el inminente desbordamiento de la laguna de Gredos, y nos dijo: —«Pero ¿quién os ha contado esa milonga?». Entonces se lo dijimos y nos tranquilizó y nos dijo que no se produciría ese hecho y que además el agua iría a otros ríos, nunca al nuestro. Después he visto la famosa laguna y me quedé más tranquilo, pero el miedo que nos hizo pasar, para nosotros inocentes.

LA GALLINA CLUECA

Cuando tenía unos 6 años, observé que mi abuelo Judas a una gallina que estaba clueca para criar pollos y no ponía huevos, la metió en un cubo de agua para que se la pasase la fiebre y empezase a poner huevos, o eso es lo que me explicó él. Pues bien, unos días después fui a ver a mi amigo Juan Manuel a su casa que vivía de alquiler en casa del tío Bicho y cuando jugábamos se acercó una gallina con síntomas de estar muy clueca y entonces yo que había recibido con asombro lo que me había dicho mi abuelo, se lo conté a Juan Manuel. Él, sin contestar, salió corriendo hacia el pozo del corral, sacó un cubo de hierro con agua, salió detrás de la gallina hasta que se refugió en una esquina y la pudo agarrar. Y con ella en sus manos se dirigió a ese cubo medio lleno de agua fría y metió a la gallina hasta la cresta. Y me preguntaba: —«¿Cuánto tiempo tiene que estar metida?» y yo le decía: —«Hasta que no clueque». Esa pobre gallina sorprendida por el devenir de los acontecimientos ni se movió, y le dije: —«Sácala y vemos si se la ha pasado» y la gallina con el plumaje mojado no podía ni con las alas. La seguimos por el corral para ver si había surtido efecto nuestro experimento y la pobre gallina cometió un error, volvió a hacer como que estaba clueca y dijo mi amigo: —«No ha sido suficiente tiempo, hay que volver a meterla y ya verás cómo se la quita del todo ese cloqueo».

Sin pensarlo más tiempo nos dispusimos a la caza y captura de la gallina y la dimos otro chapuzón y cuando la sacamos casi no podida andar con el plumaje mojado y con el frío que tenía, y en ese momento que la gallina ni decía clo ni clá, llego la madre de Juan Manuel y nos preguntó qué habíamos hecho a la gallina, contestándola que estaba clueca y la estábamos quitando la fiebre para que volviera a poner huevos. Nos dijo que teníamos que cogerla, searla y ponerla al lado de la lumbre porque si no, no volvería a poner huevos, y aunque nos regañó por no haberla pedido permiso, se echó a reír con nuestros experimentos.

LOS PANTALONES

Cuando llegaba la primavera y empezaba el buen tiempo nos gustaba jugar a los guardias, unos se guardaban y otros los iban a buscar con una vara delgada y si te encontraban tenían derecho a darte con la vara hasta que llegases a un lugar que denominábamos casa. Los que se guardaban eran los más mayores y los más pequeños los iban a buscar.



Santiago con la gallina clueca.
Gallegos de Sobrinos, 1958.

Un buen día nos fuimos a guardar a un lugar llamado la Piñuela y las eras de la fuente Cagona, y yo me resguarde detrás de una piedra. Para que no me vieran, me senté en el suelo y cuando salí para que no me cogieran me di cuenta de que me acompañaba un mal olor; entonces pregunté si me había manchado y me dijo un amigo: «Te has sentado en una plasta» y me dirigí a los pilones de la fuente Cagona. Como era entre dos luces, me quité los pantalones que eran cortos con tirantes y de pana y me quedé *curilbo* (desnudo) porque antes lo de los calzoncillos no se conocía, y cuando estaba con mi colada oí que venía alguien y salté una pared cercana para esconderme, pero se ve que el que venía, aunque era casi de noche me conoció.

Yo con mis pantalones ya limpios pero húmedos continué mi juego y pensé que ya tendrían tiempo de secarse, pero cuando llegó la hora de la cena y nos fuimos a casa, al entrar, se acercó a mí mi madre echando mano a los pantalones y al notarlos húmedos me dio dos azotes y me dijo: «Quítate esos pantalones ahora mismo y a la cama». Qué disgusto, no entendía nada, cómo se podía haber enterado tan pronto, quien la había dado el chivatazo, porque otras veces había venido más mojado y no me había dicho nada. Total, que con el hambre que traía y el disgusto no podía conciliar el sueño, pero pensé algo, mi madre se lo tiene que contar a la vecina mañana y tengo que averiguar quién ha sido el chivato.

Dicho y hecho, empezó mi madre a relatar que cuando venía Marcelino de los corrales de abajo me vio y al pasar por mi puerta estaban al fresco los mayores y se lo contó y claro, cuando llegué no hizo falta explicaciones porque ese guarro ya se lo había contado todo. Todavía no he podido desquitarme, pero tengo pensado acudir a todas las fiestas del pueblo hasta que venga y recordarle la marranada que me hizo.

EL BICHO Y LA PIERNA

Cuando tenía siete años, me gustaba ir al río con mis compañeros de la escuela, porque las madres nos llevaban cuando iban a lavar por no dejarnos por el pueblo solos, y en el verano no hacíamos otra cosa que jugar con el agua todo el día. Nos escapábamos y cogíamos renacuajos, los hacíamos un redondel de arena y allí los íbamos metiendo. Vestíamos pantalones cortos, pero nos mojábamos los pantalones al correr por el río, y un buen día cuando cayó la tarde y nos dirigíamos a casa yo noté que la pierna izquierda me pesaba mucho, la tenía muy caliente y cuando llegué a casa me senté en las lanchas del suelo para que me consolase el dolor.

Cuando me vio mi madre la pierna como un botijo y toda negra fue a dar aviso a la santera. Era una mujer pequeña y delgada con la cara redonda y pelo muy peinado, recogido en un moño atrás. Llevaba manteos negros y había tenido diez hijos, además de haber ayudado a traerlos a muchas mujeres. Era una mujer que ayudaba a toda la gente, pero que tenía mucho genio.

Cuando vio la pierna me cogieron a la espalda y me llevaron en casa de don Segundo, el médico, que al ver la pierna dijo con voz muy firme: —«Amarrarle una de la parte de la cabeza y otra de las piernas, tiene una picadura y hay que sajarle para que expulsé el veneno, y no se desplace por el cuerpo». Yo estaba un poco atontado porque ya tenía fiebre, pero cuando encendió la lamparilla para esterilizar una cuchilla que se parecía a la de capar marranos (cerdos) me empecé a mosquear y me quería soltar. Pero enseguida el médico con un rápido movimiento pegó un tajo en una vena y recuerdo que no me dolió, al revés me alivió el dolor y me descansó la pierna. Acto seguido empezó a bajar la fiebre.

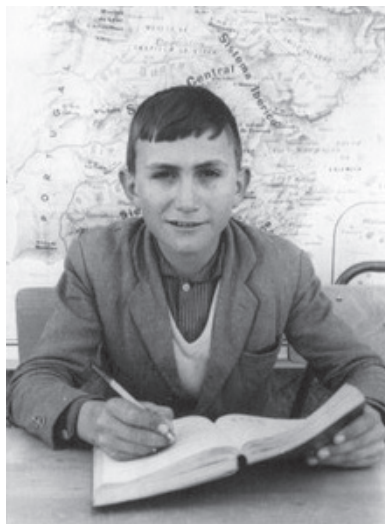
Menos mal que teníamos médico en el pueblo, porque si me tienen que traer de algún pueblo de arriba quizás ni lo cuento, ya que estuve más de una semana tirado en el suelo sin poder jugar y muy débil. El médico me sacó más sangre que a un cerdo, para purificar al máximo la que quedase dentro de mi frágil cuerpo. Poco a poco, con buenos torreznos y chocolate de ese negro que regalaban cubos de plástico si comprabas cinco tabletas, me fui recuperando.

Y desde entonces cuando entro en el agua me gusta llevar zapatillas, porque como pise algo doy un salto hasta que me veo los pies. Fue una experiencia trágica de la que todavía conservo una cicatriz en mi pierna.

Quiero dedicar estos relatos a los que salieron del pueblo para buscarse el pan, por trabajo y otros motivos. En invierno las calles de mi pueblo están vacías, pero no me importa porque he vuelto y he podido vivir de igual modo que lo recordaba. En verano, las calles de mi pueblo están llenas de coches y personas, pero la sensación es la misma, estoy donde quiero estar en este momento. La escuela y la vida en el pueblo me hicieron aprender y saber muchas cosas.

Es la raíz la que mantiene con vida el árbol. La raíz de nuestra vida que partió del pueblo. Cuando te encuentres perdido por los agobios de la vida, vuelve a la raíz, al inicio y será como empezar otra vez la prueba de la vida. Podrás recordar tus pretensiones, lo que deseabas cuando abandonaste el pueblo y comprobarás que lo has conseguido todo o casi todo.

Donde estés recuerda estos mensajes que te harán bien y si tienes ganas de gritar, grita. Viva mi pueblo.



Santiago: foto tradicional en la escuela.
Gallegos de Sobrinos.

MEMORIA ESCOLAR

Marcelino García Romero
(Escuela Normal, Zamora)

En el año 1964 empezamos Magisterio en la Escuela Normal Masculina de Zamora más de 110 alumnos y en la Escuela Normal Femenina empezaron más de 120 alumnas.

De los 110 alumnos que empezamos, en tercero éramos sólo 30, que fuimos los que aprobamos la Reválida de Magisterio del año 1967.

Ya ha pasado mucho tiempo. El primer año lo recuerdo con demasiadas asignaturas y todas las horas muy ocupadas. 14 asignaturas que había que aprobar, entre ellas Matemáticas Modernas, entonces empezaba la teoría de conjuntos y todas las denominaciones nuevas, nos las daba doña Pilar que era la directora. No estaba publicado, aún, ningún libro de texto de Matemáticas Modernas, así que todo era copiar lo que la profesora escribía en la pizarra. Entonces empecé a necesitar gafas graduadas.

A mí me eligieron Delegado de Curso y lo primero que se me ocurrió fue decirle que no había Servicios en nuestra planta. Me dijo que fuéramos a los servicios municipales que estaban en la Plaza de Alemania, mientras tanto tratarían de arreglar los de la Normal. En los tres años que estuve allí, todos teníamos que ir a las letrinas de la Plaza de Alemania, que no quedaban lejos, si no te apretaba. Y teníamos que entrar de uno en uno.

En la segunda Planta, donde estaban las chicas, había un lavabo, creo porque yo nunca lo vi. Estaba prohibido subir. Y menos, para ir al lavabo. En eso eran muy rigurosos. Estaba el Conserje en la escalera y nadie se atrevía a subir. La separación de sexos era estricta. La educación en todas partes separaba a los niños de las niñas, es decir era segregada. No se trataba sólo de estar en plantas diferentes del edificio, la separación iba más allá: no había ninguna clase de contacto entre los alumnos y las alumnas porque, decían que la coeducación era contraria a los principios religiosos, a los principios de sana moral e incluso de eficacia pedagógica.

Hasta que los chicos empezamos a organizar bailes para sacar dinero para poder ir al Viaje del Paso del Ecuador de la Carrera y nos interesaba que las chicas fueran al baile porque así iban los chicos y pagaban. También nos relacionábamos en la obra de teatro que organizamos, pero yo entonces era muy joven, además creo recordar

que tenía novia fuera de la Escuela de Magisterio y yo he sido hombre de una sola mujer, en cada puerto, claro.

Ahora la educación es muy diferente, se tienen en cuenta las emociones y que el aprendizaje sea de naturaleza social, que sea necesaria la interacción con los demás, el conocerse a sí mismo y saber gestionar las emociones.

Tenía un amigo que estudiaba en Suiza, allí los chicos y las chicas estudiaban juntos, se promovía la igualdad de sexos mediante la coeducación. Nos llevaban 30 años de adelanto y no sólo en coeducación. La didáctica que se empleaba en Europa era muy diferente a la nuestra que estaba basada únicamente en clases magistrales dogmáticas que difundieran las ideas del nacionalcatolicismo. El profesor estaba toda la hora hablando, dictando o comentando los libros de texto autorizados, y nosotros tomando apuntes.

Cualquier tema se aprovechaba para deducir consecuencias morales o religiosas. Ahora sé que esas clases no producen aprendizajes significativos en los alumnos, que lo importante es lo que los alumnos sean capaces de producir y crear.

Muchas veces no teníamos dinero ni para comprar los libros, los comprábamos de segunda mano a los alumnos antiguos, muchos éramos alumnos becados, veníamos de los sectores sociales menos favorecidos. Otros, pocos, venían de colegios de la iglesia, claretianos del Corazón de María, aunque esos solían ser hijos de familias ricas que solían seguir sus estudios en la Universidad de Salamanca.

Tomar apuntes rápido en primero de Magisterio fue muy difícil, porque no veníamos acostumbrados de Bachillerato. La asignatura de Filosofía todo eran apuntes y no te decía el libro de texto en el que se basaba, así que tenías que confiar en lo tú hubieras escrito en los apuntes. La asignatura de Formación del espíritu nacional, sí que tenía libro, y bien gordo, Había que leerlo y subrayarlo, los exámenes eran difíciles y las clases a veces eran verdaderos interrogatorios de intenciones. Interesaba saber qué era lo que opinaba el alumno del momento político, si era, o no, adepto al Régimen de aquel momento, es decir al franquismo, a la falange y al catolicismo. Formar su voluntad, su carácter para que cumpliera con su destino eterno: servir a la patria

Para entonces, ya estábamos en 1964, el Franquismo ya comenzaba a ser más moderado, aunque seguía siendo autoritario, sexista, clasista, dogmático y doctrinal. Todavía se exigían certificados de Buena Conducta que daban los alcaldes, los secretarios de la Falange local o los curas de las parroquias. Las chicas, si querían el pasaporte tenían que haber realizado el Servicio Social.

No se nombraba la política para nada, pero se entendía que la buena conducta era seguir las leyes y las normas que exigían las autoridades franquistas, que la mujer debía ser buena cuidadora de sus hijos, educadora de las nuevas generaciones, sumisa a su marido, religiosa y patriota. Para ser maestro de Enseñanza Primaria había que hacer un Cursillo de Formación Política en un campamento del Frente de Juventudes que estaba en Covalada o en San Martín de Castañeda, en Sanabria. Las chicas lo hacían en Santander. Tanto en un lugar, como en el otro, se solía estudiar la doctrina

del régimen franquista: autoritarismo, disciplina, represión de los impulsos naturales, obediencia, ultranacionalismo, amor a Dios y amor a la patria.

La asignatura que más tiempo nos hacía perder, y a la que más miedo le temíamos, eran la caligrafía. Teníamos que escribir, al menos, doce cuadernos de caligrafía con plumilla y tinta china, sin que cayese un borrón y presentarlos correctamente ante el profesor, don Cesáreo Herrero, para ser puntuadas. No sé de dónde vendría ese interés por hacer tanta caligrafía, quizás era un resto de las antiguas enseñanzas en la cuales el maestro enseñaba a escribir y para ello era necesario que escribiera bien. Pero la cantidad de tiempo que se empleaba no creo que compensara, además el joven que estudiaba Magisterio ya había formado su letra con anterioridad. La edad para aprender caligrafía está alrededor de los diez años. La asignatura de Prácticas Escolares también la daba don Cesáreo, que nos hacía leer en alto, uno a uno y delante de los compañeros, su libro.

Saber leer en alto y saber escribir bien, era lo que os quería enseñar el profesor. Lo que, más tarde, íbamos a enseñar en las escuelas.

Era tarde para conseguir una bonita caligrafía, aunque alguno lo consiguió, y desde luego todos dedicamos muchas horas a intentarlo. Las Prácticas Escolares consistían esencialmente en estar observando, en el aula de la Aneja, lo que hacían los maestros y sus alumnos: explicar el tema que tocaba, estudiar, colocarse en fila para decir la lección y tratar de llegar a ser el primero o retroceder si no se sabía. Alguna vez el estudiante de Prácticas daba la clase magistral. Trataba de imitar al profesor con el que le había tocado estar.

Los libros que se empleaban eran los de Álvarez: Enciclopedia de Primer, Segundo y Tercer grado. Adaptados los conocimientos a la edad del alumno. Tenían unos dibujos atrayentes y didácticos.

Las aulas de las Escuelas Anejas al Magisterio eran espaciosas, tenían luz y estaban bien ventiladas. Cada una tenía bastante ma-



terial didáctico empolvado en los armarios: metro, kilo, litro. Empezamos a quitarles el polvo y a usarlo, teniendo mucho cuidado de no perder alguna pieza. En los bajos de las Escuelas Anejas había talleres para que los alumnos aprendieran un oficio, pero yo allí no llegué a ver a nadie. La idea era magnífica, venía de la República, e incluso de Giner de los Ríos: saber algo de carpintería u otros oficios hubiera sido muy útil para aquellos chicos que ya tenían doce años. Para aprender un oficio estaba la Escuela de Artes y Oficios que estaba ubicada en el Castillo o la Universidad Laboral que habían hecho cerca de los Bloques.

En teoría todo estaba bien programado: estudiar las primeras letras en las Escuelas Anejas de Magisterio, el que quisiera o pudiera seguir estudiando haría Ingreso en el Instituto o en el Seminario Menor de Toro; el que tuviera inclinación hacia un oficio podía ir a la Escuela de Artes y Oficios y la nueva Universidad Laboral preparaba para el mundo industrial. Sólo que en Zamora no había industrias y lo que se estaba haciendo era preparar a muchos jóvenes para que pudieran trabajar en las áreas industriales de Bilbao, Madrid o Barcelona. Así durante muchos años, la cantidad de jóvenes preparados en esa educación de adoctrinamiento franquista, que emigró, fue muy considerable. Lo mismo sucedió con los que estudiaron en el Instituto o en la Escuela de Magisterio, casi todos tuvieron que emigrar. No había ideas progresistas en la ciudad, no había emprendedores.

LUCILIO. Fueron más los que se marcharon sin oficio ni beneficio y tuvieron que ganarse la vida cómo pudieron haciendo de peón de albañil o de mozo de almacén.

SEVERINO. Otra formación que también estaba muy cuidada era la religiosa. La asignatura solía ser dura, los sacerdotes que la daban eran exigentes y observadores de la conducta cotidiana de los alumnos. Los ejercicios espirituales se celebraban en la parroquia de San Vicente, la que estaba cerca de la Biblioteca, de la que era titular el profesor, don Gregorio. Allí también se celebraban los meses de María, las sabbatinas y los viacrucis. Los himnos de Acción Católica se celebraban en la iglesia de san Torcuato. De cada lección, fuera la asignatura que fuera, había que sacar, añadir, un pequeño apéndice que justificara su valor religioso, su moralina... Se trataba de darle una capa religiosa a todas las actividades del ser humano: se tenían hijos para mayor gloria de Dios y la Virgen María, de ahí el honor que se sentía cuando un hijo se iba de Misiones a África, a América o Filipinas, O si una hija se hacía monja. Y fueron muchos y muchas las que se fueron de Misiones. Si alguno se quedaba se apuntaba en alguna de las muchas Cofradías de la Semana Santa.

LUCILIO. Así era imposible salir de ese bucle.

SI LO HA DICHO LA MAESTRA, SERÁ VERDAD

Yolanda Giner Manso
(El Almarchal, Cádiz)

La señorita Pilar, fue la primera en decirlo. En esos primeros años como maestra rural, en aquel pueblo perdido, al que no llegaba la brisa del mar, no tuvo ninguna duda.

Aquel pueblo era, y es, El Almarchal. Los más doctos dirán que es apenas una pedanía, pero quienes pasamos allí aquellos veranos larguísimos, con un calor sofocante entre vacas, ovejas y veraneantes perdidos, siempre lo consideraremos nuestro pueblo, y siempre nos molestará el tono despectivo de los que venían de la ciudad, aunque ahora vivamos en ella. Casi cincuenta años, son muchos años, y aunque el pueblo sigue, la escuela cerró. O la cerraron, desafortunadamente.

Yo tenía cinco años y unos abuelos maravillosos, del pueblo de toda la vida, que nacieron y se criaron allí y con los que pasé el mejor invierno de mi infancia. Mi madre no tuvo más remedio que dejarme con sus padres, mientras defendía el resto de su vida y nuestro futuro; emigrada, sin estudios y con más esperanzas que certezas. Así fue como entré, por primera vez, en la escuela del pueblo, con la señorita Pilar. La seño era toda una autoridad, siempre lo es. Es la continuación de nuestra familia, la persona que nos cuida y en la que confiamos para educarnos, para enseñarnos y para acompañarnos ese montón de horas eternas cada día. El tiempo te hace ver que era jovencísima, y debía tener unas ganas y una ilusión que estoy segura de que nunca perdió.

Yo venía de un colegio de ciudad, y recuerdo con extrañeza mis primeros días. Tímida, en un aula grande, sin separaciones ni clases, entre todos los niños del pueblo, desde los más pequeños hasta los mayores; claro que para mí mayores debían ser de doce o trece años. Los mayores de verdad ya iban al instituto, y eso sí que estaba a un viaje de autobús.

En ese colegio, aprendí más pedagogía que en el resto de mi vida académica, que fue mucha. Nunca lo olvidaré. Recuerdo cómo me aburría en el rincón de los pequeños repitiendo la letra redondilla en aquellas fichas, con las cuadrículas. A, E, I, O, U. Y ahora, en minúsculas: a, e, i, o, u. Hasta que, a los pocos días, la seño me fue acomodando más cerca de los mayores, o quien sabe, simplemente me vio poco a poco avanzando entre los pupitres o arrastrando una silla para oír mejor lo que les explicaba. Ahí descubrí que las plantas pueden ser monocotiledóneas o dicotile-

dóneas, que en aquel entonces todavía había cinco continentes y que los números servían para algo más que para contar. Me aprendí el padrenuestro y el credo, como una letanía que se recitaba todas las mañanas y que ejercitaba más la memoria que las creencias y nos adiestraba en la paciencia.

La Educación Física, era más una restricción que una materia, y la llevaban todos los vecinos a la vez: «¡Chiquilla no corras, que te vas a caer!»; «¡Bajarse [sic] de ahí ahora mismo! Y tened cuidado con los más chicos, no seáis brutos». Un gimnasio enorme, con árboles a los que trepar y campos de trigo por los que perderse a poco que te desorientaras. Palos, piedras, saltar tejado en tejado y cualquier cosa que se pudiera utilizar con un poco de imaginación. Y no hay nada que desarrolle más la imaginación que no tener actividades extraescolares, que por supuesto no existían. Eran sencillamente otros tiempos.

Las Ciencias Naturales no necesitaban mucho libro de texto, la mayoría de los contenidos los vivíamos en primera persona: veíamos crecer los tomates en el huerto, quitábamos los bichillos a las lechugas y con suerte nos daban un paseo en burro y nos dejaban ordeñar a las cabras. Aprendías que si llueve no es mala idea poner cubos para recoger el agua, que luego hay muchos días que no hay ni para regar. Que la ropa se lava mirando primero al cielo, para que dé tiempo a secarse y que los tractores son unas máquinas increíbles. Y algo de física: si tienes una polea, subir el cubo del pozo es muy fácil, hacerlo a pulso ya es otro tema. Un pueblo vivo no necesita de mucha teoría.

Mi abuelo, por supuesto, me llevaba y me recogía todos los días del cole. Daba igual que la escuela estuviese simplemente al final de la única carretera del pueblo, que no llegaba ni a calle. No vaya a ser que se asuste con alguna vaca. Su única nieta, tan chica, y su madre tan lejos. Se le quebraba la voz cada vez que le preguntaban. Y mi abuela, que esperaba siempre con la comida preparada y escuchaba todo lo que yo contaba con avidez y paciencia. Las mismas que, años después, cuando solo volvíamos los veranos, la hizo aprender con nosotros, por lo menos, a escribir su nombre. Nada le daba más vergüenza que haber tendido que firmar tantos años con una cruz. Y sin las escuelas rurales, mucha gente seguiría sin poder acceder al comienzo de la educación, no era fácil poder aprender si, además, había que ir demasiado lejos.

La escuela lo era todo para ellos. Y lo fue todo para mí. La seño nos recibía todas las mañanas, nos íbamos sentando sin mucho orden ni concierto y se iba dedicando un ratito a cada uno, y un ratito a más o menos a los de la misma edad. Y no había mejor adaptación curricular que esa. En realidad, iba explicando y cada quien iba adquiriendo los conocimientos a su ritmo, podías aprender de dos o tres cursos más adelante y, por supuesto, tener a la seño solo para ti si algo te costaba más.

En un pueblo tan pequeño era parte de la escuela, de la comunidad educativa y social, saber que si alguno de nosotros estaba triste era porque algo había pasado en su familia. Saber que, en el patio de la iglesia, punto de reunión inexcusable, se habían pegado dos niños más de la cuenta y por eso se empujaban al entrar a clase. O que la situación económica era ajustada ese año y no había para cuadernos nuevos,

y se utilizaban los de otros años o los de los hermanos mayores. Y por eso a la nieta pequeña de Rafael y Luz, que se quedará todo el invierno con ellos, la seño la dejaba, al menos los primeros días, venir al cole con un pavo en brazos, que le daba consuelo, seguridad y al que había adoptado con la curiosidad de una niña de ciudad; desconcertada por su mansedumbre, nada que ver con las gallinas que siempre le dieron un poco de respeto.

Recuerdo por supuesto mi primera excursión con el cole. Nada más y nada menos que a lo que se me antojaba un inmenso bosque lejanísimo, y para la que me habían preparado una botella de agua, de cristal, que llevé con todo el cuidado posible y un plátano. En aquellos tiempos, ni cantimploras, ni plásticos ni bollería industrial. Lo mejor de ese día no fue ni siquiera esa aventura, sino su recuerdo posterior, cuando todos los años me invadía una sonrisa nostálgica y reconocía aquel inmenso bosque que no era más que un pequeño grupo de árboles y estaba apenas a un kilómetro del pueblo: siempre fuimos perfectamente visibles desde las casas.

La escuela era también un apoyo social esencial. Muchos años después me contaba mi madre que cuando acabó aquel curso y mi madre volvió a por mí, la señorita Pilar habló con ella y le dijo que me dejara estudiar. Que tenía capacidad para ello y que estudiara, que podía. Y mi madre, recelosa, preguntaba entre la duda y la ilusión «¿y no es muy pequeña para saberlo?». Pero la seño Pilar no tenía ninguna duda: esta niña vale. Hay que ser una grandísima profesional para no solo ver que con cinco años hay futuro en los estudios, sino una maestra implicada, cuidadora, integrada en la comunidad que alienta a una madre que no pudo estudiar a que su hija lo haga. Esa semilla alimentó los sueños de mi madre, que yo pude cumplir.

El siguiente año volví a la ciudad. Y por esa creencia arraigada de que la escuela rural es inferior, mi madre advirtió de donde venía yo a la nueva profesora, en primero de lo que era E.G.B. Recuerdo que mi nueva seño de gran ciudad habló mucho conmigo y sentenció: «quédese tranquila que esta niña viene muy bien preparadita para empezar el colegio». Y así fue. Salvo la clase de catalán, eso sí, cuando de repente no entendía absolutamente nada y que abrió mi mente a otros idiomas con total naturalidad.

El resto de mis profesores de Primaria, ya en el colegio reglado, ortodoxo y donde cada curso tiene las mismas edades, cuando llamaban a los padres a final de curso repetían año tras año que siguiera estudiando. Y mi madre, aunque seguía recelosa y sin querer creerlo del todo, me mandó al instituto donde mis notas nos iban dando esperanzas de un cambio de clase social que solo era posible mediante la educación: instituto, universidad, doctorado y tesis doctoral.

Cuando me doctoré en Economía, y el tribunal valoró a la doctoranda, a su capacidad de trabajo, al marco conceptual utilizado, al análisis estructural, al contraste de hipótesis y la robustez de las conclusiones, no pude evitar recordar aquello tantas veces oído en casa: esta niña vale para estudiar. La señorita Pilar fue la primera en decirlo.

EPÍLOGO

Mi vida profesional posterior se dedicó también a la enseñanza, aunque a nivel universitario. Y, sin embargo, una pequeña parte de la escuela rural siempre quedará en mi docencia. Ojalá hubiera podido implantarla a pesar de tener cientos de alumnos, a los que recibes en un aula inmensa, de bancas fijas atornilladas al suelo, sin saber nada de ellos. Ni el nombre, ni cómo son, ni quizás cuánto les ha costado a sus familias que estén en la universidad. Así que, dentro de mis posibilidades, cada curso logro aprenderme el nombre al menos de la mitad de mis alumnos. Y aunque no puedo permitirles que traigan sus mascotas a clase, si detecto que alguien lo está pasando mal, intento al menos hablar en privado por si hay algo que pueda hacer. Muchas veces, basta con ese gesto de empatía para que cambie por completo. Ojalá pudiese hacer una programación para cada estudiante y que cada uno avanzase a su ritmo y su capacidad, como aquel invierno rural, sin sesiones programadas al milímetro: estoy segura de que así muchos de los que abandonan los estudios no lo harían. Y que, todos los que se gradúan, lo harían más felices.

ASÍ ERA

Fernando González Carón
(Yebra de Basa, Huesca)

—¡Vamos....arriba; que son las ocho y media!—. No hay tiempo que perder. Tengo que dejar rápidamente la cama y vestirme. Miro por la ventana a la vez que oigo a mi madre decir que ha estado nevando toda la noche. Me trae la ropa que ha mantenido cerca de la estufa para que no esté helada por la mañana cuando tengo que ponérmela. En la calle una immaculada capa blanca difumina los bordes de las aceras y se tambalea sobre el respaldo de los bancos. Del tejado de enfrente penden grandes pirulís de hielo. Alguno se suelta y cae sobre la acera. No pasa nadie. Hay un silencio total. Y huele a nieve. Mi madre siempre me pregunta qué olor es ese de nieve. Y no sé explicárselo. Solo lo noto; como si el aire estuviera más limpio.

En la campana del reloj de la torre de la iglesia se oye el sordo sonido que marca las nueve menos cuarto. Es un sonido especial cuando ha nevado. Parece dar las horas como si estuviera cansado. Suenan huecas y lentas. Muy lentas. Hay que ver cómo pican los calcetines de lana que me ha hecho mi madre. Es tremendo, pero son estupendos para calzarme después las botas de militar que mi padre ha conseguido a través de un amigo en el cuartel de Sabiñánigo. Son de dos números más del que necesito, pero gracias a ellas puedo andar por la nieve sin que se me mojen los pies por dentro. La mayoría de mis compañeros de clase no tienen esa suerte, y tienen que llevar al colegio unas zapatillas para quitarse los zapatos y ponerlos a secar junto a la estufa.

El agua de la fregadera está helada, aunque apenas lo noto con los estregones que me da mi madre en la cara. La fase de peinado también tiene su cosa porque se hace a toda velocidad. Van a ser las nueve y aún no he desayunado. Un tazón de leche y una rodaja de pan con nata y azúcar. Los domingos la leche es con Cola-caó, pero el resto de la semana es leche sola. Es leche de vaca que mi madre va a buscar todos los días, aunque nieve como hoy. a una casa de al lado que tienen vacas. Y la nata es deliciosa. Luego, en el colegio, nos darán otro vaso de leche a media mañana. No está mal, pero ni comparación con la que tomo en casa.

Me llamo Carlos, tengo 10 años, y vivo en Yebra de Basa. Un pueblo en el Pirineo Aragonés grande, de casi cuatrocientos habitantes, aunque cada vez hay menos porque se van a vivir a Sabiñánigo que es donde trabajan. Aunque es bastante grande, no hay tienda y sólo hay un bar.— En mi pueblo nieva muchas veces y mucho. Luego,

la nieve se hiela y te resbalas con facilidad. Cuando deja de nevar, y antes de que se hiele, los hombres del pueblo salen a despejar las aceras. Hay solamente un teléfono que está en casa del alcalde, aunque lo puede emplear el que quiera para casos urgentes, como llamar al médico. Estamos en 1959.

Mi casa es antigua. Es de piedra con el tejado de losas, como todas las del pueblo. Dice mi padre que la construyeron su abuelo y sus hermanos. En la parte de abajo están la cuadra, la bodega, y un horno en el que antes mi madre hacía el pan. En la cuadra hay gallinas, un cerdo, y dos jaulas de conejos. Antes había también un mulo, pero mi padre lo vendió cuando encontró trabajo en Sabiñánigo y dejó de trabajar la tierra. En el piso de arriba está la cocina; un baño que sólo tiene la taza y un lavabo con un solo grifo porque aquí no hay agua caliente. Algunos compañeros de clase viven en casas mucho mejores. Tienen hasta ducha y un calentador de agua. Lo sé porque he estado en alguna.

Decía que por un lado estaba la cocina; un baño; y un espacio unido a la cocina, que sirve para estar; para comer; para jugar; para hacer los deberes; para oír la radio; y para todo menos dormir. Allí está la única estufa de serrín y leña. No es fácil de cargar, pero mi padre me va enseñando.

Saliendo de esa zona, y cruzando la escalera de la casa, se llega a la zona del dormitorio. Una sala grande con una ventana a la calle y dos alcobas sin ventanas. Allí siempre hace un frío tremendo, incluso en verano. Mi madre me pone en la cama un calorífero con agua caliente. Y tengo tres mantas gordas que pesan muchísimo. Mi padre quema en el suelo un plato con alcohol un poco antes de que vaya a acostarme y así se quita un poco el frío.

En la última planta, está la falsa. Allí se cuelgan los chorizos, las longanizas, el jamón, y otras cosas de la matacía. También ristras de cebollas. En el suelo se extienden las patatas y las manzanas para que no se estropeen y duren bastante tiempo. Hay también junto a la casa un pequeño huerto en el que mi madre pone muchas cosas. Tomates, judías, cebollas, zanahorias, patatas, coles, acelgas, y más que ahora no recuerdo. Aunque lo atiende mi madre, mi padre también echa una mano cuando hay que entrecavar las patatas o hacer los *vallos* para plantar.

La escuela. Hoy ha nevado, y por eso tengo que usar las raquetas para ir a la escuela, que está en la parte baja del pueblo; al lado de la iglesia. Es divertido para ir, pero a la vuelta se suda porque es algo cuesta arriba. En mi clase estamos quince niños de nueve y diez años. Solo niños, porque las niñas están en otra clase. Hay también otras dos clases, una para niños de menos de nueve años, y otra para niñas. En la mía el maestro es D. José. Los mayores estamos preparando el ingreso de Bachiller y requerimos mayor atención de D. José. Tenemos que hacer dictado; reglas de tres; geografía; y un montón de cosas más.

Mi escuela tiene las ventanas grandes; pupitres de madera y en cada uno nos sentamos dos niños. Hay una pizarra grande y en las paredes hay mapas del mundo y de España. Está también la mesa del maestro en una plataforma junto a la pizarra.

En el centro de la clase hay una estufa. Cada día, durante una semana, por turno, nos encargamos dos mayores de encenderla y por eso a los que les toca tienen que llegar antes al colegio.

Entramos a clase a las nueve y media. Media hora de recreo a las once (nos dan un vaso de leche). En el recreo hay unas porterías de fútbol. Casi no se puede jugar al fútbol porque siempre hay nieve o hielo. El recreo se usa también para la clase de gimnasia aunque haya nieve. Cuando termina el nuestro, salen las chicas. Tenemos prohibido jugar a guerras de bolas de nieve porque dice don José que nos mojamos mucho y luego caemos enfermos.

Y a la una y media, a comer a casa. Menos mal que no hay que llevar la cartera porque a las tres volvemos a clase. Salimos a las cinco y media, pero algunos nos quedamos hasta las seis y media en «permanencias». Allí hago los deberes de Matemáticas. Los demás, en casa, cuando llego a eso de las siete menos cuarto y mientras meriando pan con chocolate. El chocolate es como de tierra prensada, pero aun así yo me como primero el pan y luego, despacito, chupándolo, el chocolate. Los domingos la merienda es de pan con aceite y azúcar, o pan con vino y azúcar. Tengo que limpiar las plumillas. Tengo tres y don José comprueba cada día que las llevamos bien limpias.

Y así se hacen las nueve. Hora de cenar. Y a las nueve y media, a la cama. Una vez dentro de la cama no puedo casi ni moverme de tanto que pesan las mantas. El calorífero hace su efecto y entro en calor enseguida. Mañana la nieve estará helada. Tendré que ir con cuidado.

Para ir a la escuela llevo una cartera con la *Enciclopedia*, una pizarra pequeña, un pizarrín, un cuaderno de caligrafía, otro cuaderno para limpio, una regla, un cartabón, un semicírculo, y, desde este año en el que los Reyes me trajeron un estuche de madera, llevo un lápiz, un tajador, tres plumillas, una goma de borrar lápiz y otra de borrar tinta, dos mangos para plumilla, y un tubito de metal para alargar los lápices cuando se gastan y se quedan pequeños. Se les pone el tubito y así se aprovechan más. Los niños de las casas ricas del pueblo llevan estuches de dos pisos. El mío es sólo de uno, pero me cabe todo.

Usamos la pizarra para muchas cosas: el dictado, las cuentas, dibujos, y muchas más. Los cuadernos sólo los usamos para poner cosas en limpio que luego hay que estudiar.

Los jueves por la tarde tenemos fiesta. Y también los sábados por la tarde y los domingos y días de fiesta.

Una vez en cada curso, en el mes de mayo, cuando ya ha dejado de nevar, viene a la escuela el médico y una enfermera. Nos mira la boca, nos ausculta, nos toca los huesos, y la enfermera nos pone una vacuna. A algunos les sale un bulto donde el pinchazo que les dura unos días, pero a mí no me ha salido nunca.

En junio, antes de que empiecen las fiestas de santa Orosia, que es el día 25, vienen de Huesca dos profesores a examinar a los de ingreso de bachiller. Es un examen

difícil. Ponen divisiones por cuatro cifras, problemas de regla de tres, y un dictado en el que no puedes tener más de tres faltas de ortografía porque te suspenden. También te hacen preguntas de Geografía, y te hacen leer un poco. Luego, en Julio, dicen las notas.

A examinarse de ingreso en Yebra vienen niños y niñas de las escuelas de los pueblos de alrededor. El pueblo se llena de niños y niñas aunque cuando acaban de examinarse se vuelven a sus pueblos.

El maestro le ha dicho a mi padre que si saco muy buena nota pedirá para mí una beca para que pueda estudiar el bachillerato interno en los Escolapios de Jaca. Pero mi padre dice que, si vamos a vivir en Sabiñánigo, será mejor que estudie en el Instituto Laboral. Que tengo que aprender un oficio para que, cuando tenga que ir a la mili, sea ya oficial de primera. A mí me gustaría ser tornero, como mi padre.

Mi madre. Es bajita, delgada. Trabaja muchísimo. Hace la comida; atiende los animales; lava la ropa; limpia la casa; atiende el huerto; y aún le da tiempo para hacernos a mi padre y a mi jerseys, manoplas, pasamontañas, y calcetines. También hace jabón y antes, cuando mi padre todavía no trabajaba en Sabiñánigo, hacia pan y algún bizcocho en el horno de casa. Ahora lo compra allí y lo trae casi todos los días, cuando hace falta.

Es de un pueblo de al lado que se llama Orús. Tiene dos hermanos y una hermana casada que vive en otro pueblo cerca que se llama Osan. Para santa Orosia, que es la fiesta del pueblo, y para Navidades, vienen todos a casa a comer o cenar. Tengo tres primos que también vienen. Son días muy buenos porque hay comidas especiales y, en Navidad, turrón.

Mi madre sabe leer y escribir poco. Sólo sabe sumar y restar. Cuando era pequeña no tuvo tiempo de ir a la escuela, y luego vino la guerra. Hay mucha gente en el pueblo que no sabe ni leer ni escribir. De vez en cuando llega alguna carta de sus hermanos y se la leo yo. También le escribo la contestación con el lápiz porque la plumilla necesita tinta que no tengo en casa.

Mi padre. Es alto y fuerte, con el pelo muy negro y las manos grandes. Al igual que mi madre, trabaja muchísimo. Toda su familia desde siempre es de aquí. Ahora tiene 37 años.

Cuando yo era más pequeño, se fue a trabajar a una fábrica de Sabiñánigo que está a unos siete kilómetros de aquí. Allí aprendió el oficio de tornero.

En Sabiñánigo hay muchas fábricas. Está la fosforera, Inquinosa, Aluminio y Aragonesas, que es en la que trabaja mi padre. En las fábricas trabajan muchos hombres y mujeres de todos los pueblos de alrededor. Biescas, Fanlillo, Oliván, y muchos más. Incluso de Jaca que ya es grande pero no hay fábricas.

Mi padre va a trabajar en el coche del Joaquín con otros 3 del pueblo que también trabajan en Sabiñánigo. Se van por la mañana temprano, y vuelven por la tarde. Se lleva la comida que le prepara mi madre, y come en un comedor que hay en la empresa. Los sábados por la tarde y los domingos no trabaja y ayuda a mi madre con

el huerto o limpiando la cuadra. También mata los conejos y los despelleja. Luego los vende a compañeros de la fábrica. Y también vende los huevos que nos sobran y cosas del huerto como las lechugas que vienen todas a la vez y se suben si no las arrancan o se nos estropean si las guardamos.

Hace poco, mi padre le dijo a mi madre que lo iban a ascender a oficial de primera y que le subirían bastante el sueldo. Que había pedido uno de los pisos que tiene la fábrica en Sabiánigo y que alquila a los obreros por poco dinero. No son muy grandes, (dijo) pero tienen calentador, baño con bañera y ducha, y la luz es gratis por lo que podrán poner estufas eléctricas en toda la casa. Dijo también que, cuando yo aprobara el ingreso de bachiller, podría estudiar en el Instituto laboral de Sabiánigo y aprender un oficio. O estudiar Bachiller interno en los Escolapios de Jaca si teníamos bastante dinero para ello o me daban la beca que dice don José. Pero lo primero es aprobar el ingreso y sacar buena nota. Yo estoy estudiando mucho para lograrlo. Y luego, ya veremos.

Y ahora, me voy a dormir. Seguro que esta noche vuelve a nevar. Menos mal que tengo las raquetas. Es mejor que nieve porque así no hiela.

CRÓNICA DE UN DESTINO

Ramón González Reverter
(García, Tarragona)

A modo de presentación debo hacer constar que soy un maestro de Primaria más entre los miles de nuestro país que se entregan en cuerpo y alma a la ardua tarea de educar a las nuevas generaciones. Un oficio que requiere mucha vocación, ya que la enseñanza exige determinadas cualidades como afabilidad, esfuerzo, abnegación, una buena dosis de tenacidad y... sobre todo una infinita paciencia. He aquí mi singular historia, cuyo recuerdo permanecerá imborrable en mi memoria por muchos años que pasen.

A principios de los 80 yo ejercía provisionalmente en un colegio de una ciudad de la Costa Dorada, al sur de Tarragona. Cuando me comunicaron mi destino definitivo, experimenté una enorme decepción. Ciertamente, no esperaba lograr una plaza docente excepcional, pero después de varios años de interinidad, confiaba obtener una vacante en alguna de las poblaciones cercanas al hogar. Sin embargo, se me enviaba muy lejos, al interior de la provincia, a muchos kilómetros de casa¹. Traté de permutar el puesto de trabajo con algún colega interesado en el cambio. Todo fue en vano. Mi destino laboral era inamovible. De nada sirvieron los ruegos al Señor, ni las instancias a la Delegación Territorial.

Resignado al infortunio, a principios de septiembre me incorporé a la escuela unitaria de aquel pueblo del interior, situado en un valle entre montañas. Llegué una cálida mañana aún veraniega, pero el recibimiento resultó frío. Recorrí en silencio las calles estrechas y solitarias de la villa contemplando las viejas fachadas de las casas ajadas por el implacable paso del tiempo. Eran construcciones bajas, de dos plantas a lo sumo, con patios adosados donde sus dueños encerraban los animales domésticos y guardaban carros y toda suerte de aperos de labranza. Muchas de aquellas viviendas ofrecían un aspecto ruinoso. La pintura desconchada de las paredes y las desvenecijadas puertas de madera revelaban la pobreza de aquella localidad. De hecho, la primera impresión fue desmoralizadora. No pude evitar que en mi interior hirvieran sentimientos diferentes: nostalgia, impotencia, abatimiento... Sentía el enorme vacío provocado por la lejanía.

¹ El autor se refiere al Colegio El Verger, situado en la localidad de García, en la Zona Escolar Rural (ZER) Ribera d'Ebre Nord (Tarragona). (N. del E.)

Tenía que animarme y superar la melancolía que me afligía. ¡No me quedaba otro remedio! El colegio estaba en consonancia con el pueblo al que pertenecía. Debía tratarse de una antigua granja habilitada para realizar la función docente. Tres tabiques separaban las cuatro aulas disponibles, gastadas por el uso de incontables cursos de estudiantes. Hallarse a gusto mientras se ejercen las tareas pedagógicas es fundamental para el maestro y el alumno, aunque allí sería harto difícil conseguir el adecuado clima de motivación para el aprendizaje. En mi opinión, aquella escuela merecía el calificativo de deprimente. Mi clase, por ejemplo, disponía de un par de anticuadas pizarras y de un armario donde se acumulaban un montón de objetos, la mayoría de los cuales podían tacharse de bártulos inservibles. Del arcaico mobiliario es preciso destacar el sillón del profesor, del que sobresalía el relleno de espuma por múltiples descosidos. Las ventanas todavía conservaban las antiguas persianas enrollables con trozos de listones rotos y las cuerdas consumidas por los años. Sin lugar a dudas debería hacer de tripas corazón para poder enseñar en tan lamentables condiciones.

Y empezó el curso. Sesenta alumnos de distintas edades se repartieron por las cuatro aulas, con la emoción de ocupar las mesas pertenecientes al siguiente nivel de escolarización. Pero a mediados de septiembre se inició también la temporada de la vendimia. Hombres, mujeres, viejos y niños, éstos en días no lectivos, faenaban juntos en la recolección de las uvas. Entonces, el trasiego de tractores cargados de fruta verde o morada era continuo hacia la cooperativa local, donde el mosto fermentaba hasta transformarse en vino para su posterior consumo. Al atardecer, cuando el sol se ponía tras el horizonte, yo me distraía paseando por la campiña mientras divagaba sobre el destino de la mayoría de pueblos campesinos o ganaderos para llegar a la conclusión que la juventud huye del campo, las parejas jóvenes emigran hacia las ciudades en busca de mejores condiciones de vida. Tan solo los viejos y algunas familias quedaban ligados al valle que les había visto nacer, y no solo a ellos, sino también a sus padres y a sus abuelos.

Mis paseos por los senderos de las huertas vecinas terminaron con la llegada del frío. La temperatura bajaba a medida que avanzaba el otoño. Frecuentemente el cielo se cubría de nubes que a menudo dejaban caer una espesa cortina de lluvia. Las hojas de los árboles iban adquiriendo tonalidades oscuras para acabar, avanzado ya el otoño, formando una gruesa alfombra marrón sobre el suelo. Entonces, el calor que faltaba en el ambiente tuve que buscarlo entre los habitantes del pueblo. Conocía a los alumnos del colegio y a la mayoría de padres, pero ignoraba todo lo relativo a la tercera edad. Mi relación con los ancianos fue todo un descubrimiento y reconozco que el trato con ellos me hizo sentir más humano. Aquellos jubilados eran gente sencilla, de cuna humilde, que permanecían largos ratos sentados en los bancos de la plaza los días soleados o se reunían puntualmente después de comer en el café para jugar a las cartas. La partidita del mediodía y el fútbol de los domingos les servían de consuelo y distracción. Puesto que las posibilidades sociales eran escasas

en parajes rurales, entablaba conversación y ellos se afanaban a contarme sus vivencias personales. Curiosamente se acordaban con meridiana claridad de los trágicos acontecimientos de la Guerra Civil y de las penosas circunstancias de la postguerra. A veces, me hablaban con la picaresca que otorga toda una vida de experiencia. Se mostraban con sus defectos y virtudes, pero manteniendo el máximo respeto, que yo les imponía como profesional de la enseñanza, dedicado a la educación de sus nietos. Les gustaba charlar conmigo e insistían en que les explicara cosas o que contestara a sus preguntas. A cambio, ellos se ofrecían a enseñarme a jugar al «guinyot» o a la «botifarra», los juegos de cartas más populares allí. Toleraban con paciencia mis errores y tan solo alguno de ellos se atrevía a reprimirme con paternal afecto. ¿Cómo hacer objeciones al maestro? Lentamente, me fui ganando sus simpatías y me aceptaron en su círculo social. Hasta el punto, que cuando no acudía al bar por cualquier motivo, se preocupaban por mi extraña ausencia. Desde entonces, participé en todas las actividades y conmemoraciones locales. Tras las castañas asadas, los boniatos y los «panellets», comenzó el frío del invierno. Las calles permanecían desiertas. De los tubos metálicos de las chimeneas brotaban sendas columnas de humo, demostrando la diferencia de temperatura que existía entre el ambiente cálido de las casas y el gélido del exterior. Animado por el apoyo de la comunidad, decidí sacrificar mi presente para construir un futuro más halagüeño para el pueblo que se había convertido en un segundo hogar. No escatimé esfuerzos en hacer realidad los sueños de mis alumnos mediante participaciones deportivas, festivales musicales, excursiones, viajes, salidas educativas, reformas en la escuela...

Entre las cualidades de los lugareños, una destacaba sobre todas las demás: la amabilidad. Son excelentes anfitriones, capaces de ofrecer a sus invitados lo mejor de lo que tienen. Sí, la gente de los pueblos carece del egoísmo y el materialismo propios de la gente de ciudad, donde la vida se basa en la competencia, dado que cada trabajo es solicitado por docenas de aspirantes cuyos currículos deciden al elegido. En el campo, la existencia transcurre con sosiego y armonía. Todos se conocen bien y se ayudan entre sí, sin atisbos del trato deshumanizado propio de los bloques de los pisos urbanos. Sus habitantes tampoco están sometidos al estrés ni a la tensión cotidiana. En ambientes rurales la vida fluye sin ruidos, sin prisas, sin nervios. El aire es más fresco y más puro. Quizás el contacto directo con la naturaleza sensibilice más a las personas y las consciencia de los peligros que amenazan su entorno, como la deforestación o la contaminación atmosférica.

Los días se sucedían con pasmosa lentitud, pero a mediados de diciembre ya se acostumbra a preparar los pesebres o adornar los árboles navideños según la tradición y los gustos de cada cual. Las calles se engalanaban para dichas festividades, las más emotivas del año. Durante tan entrañables fechas, los entramados de bombillas forman elegantes arabescos de paz y color. El ambiente festivo recalca en los hogares. La alegría se contagia mediante los tradicionales villancicos; los turroneos y el cava favorecen el buen humor. Las familias se reúnen en torno a la mesa, la juventud vela,

los niños se sienten felices con sus regalos... Son fiestas en las que renace el amor y la amistad, la ilusión y la esperanza.

A finales de enero, concretamente durante la llamada semana de los barbudos, se celebran las fiestas patronales de los núcleos rurales. Entonces tiene lugar un amplio programa de actividades: pasacalles, actuaciones musicales, cine, misas, bendición de animales, etc. Por la noche todo el mundo se daba cita en la Plaza Mayor e incluso un sinnúmero de vecinos de otros pueblos acuden a la fiesta. Se encienden hogueras en cuyas brasas se tuesta pan y se cuecen trozos de jabalí, mientras se bebe y se baila al compás de la música de las charangas. ¡Lo ideal para combatir el frío!

Después, poco a poco, con la llegada de la primavera, el aroma de las flores impregna el aire de los prados. El campo parece entonces salir de su letargo invernal con renovadas energías. Las amapolas silvestres crecen por todas partes ofreciendo un espléndido espectáculo de luz y de color. Aquella fase del ciclo natural mejora el estado de ánimo de la gente. Los adultos sonríen con mayor frecuencia, en los jóvenes hierven sensaciones vigorosas, los viejos recobran la esperanza de vivir un año más, los niños retornan otra vez a las calles con sus risas y travesuras, despertando la alegría con su alboroto. Puede afirmarse que en primavera la vida es más maravillosa que nunca. Desaparecen los abrigos y los jerséis, las bufandas son suplidas por camisetas y blusas veraniegas. El aullido del viento deja paso al trino de los pájaros y la humedad de los prados al perfume de las flores.

Pronto se abriría la piscina local en la cual la gente empezaría a bañarse otra vez para combatir el sofocante calor de los meses estivales. Junio conlleva el buen tiempo y el fin del curso académico. Una vez concluido mis deberes laborales, regresaría al hogar donde residían mis padres, pero un trozo de mi corazón permanecería allí para siempre, en el pueblo donde había compartido penas y alegrías, sinsabores y regocijos, sacrificios y satisfacciones que en conjunto acabaron por reportarme el afecto de los vecinos. Les había dedicado una parte importante de mi vida, pero me sentía pagado con su cariño. Y ahora, en el momento de irme, notaba un enorme vacío en mi interior que contrastaba con la soledad de la llegada. Comprendía el dicho popular: «en el pueblo resulta difícil entrar, pero más difícil es salir». ¡Cuánta razón poseía semejante adagio!

Sin embargo el adiós no sería definitivo, puesto que yo sabía que pasadas las vacaciones veraniegas regresaría allí, entre montañas, al seno de una comunidad que me apreciaba como a un verdadero hijo... ¡y todo empezaría de nuevo!

AQUELLOS AÑOS DE ESCUELA EN MI INFANCIA

Anesio Iglesias Bajo
(Gordaliza del Pino, León)

Soy una persona mayor, nacido en 1940, en un pequeño municipio rural, dentro de una familia humilde que vivió de la agricultura. Me tocaron los años de la postguerra que se caracterizaron por la pobreza. Asistí como los demás niños y niñas a su única escuela desde los 9 años hasta los 14. Allí aprendí a leer y escribir. Y si es que la patria del hombre es su infancia, estos años fueron enteramente felices. Por eso me alegra especialmente recordar el cariño del hogar de los padres, el calor allí vivido. Fui feliz con tantos juegos de entonces: con las cartas de la baraja, con las cajas de cerillas, pelotas de trapo, correr tras los pájaros, o poner las pajareras, hacer picardías, buscar nidos, correr al escondite entre los bálagos de mies en la era hasta altas horas de la noche...

Me encantaba poder ayudar a los padres con pequeñas tareas: traer el botijo de agua fresca del caño, hacer recados, salir con el ganado, agarrar a mi madre con el cesto de la ropa para lavar, esperar al pastor de las ovejas, coger los palos de viña tras la poda, ir a atropar cogido para los conejos, de manera especial y desde muy pequeños ayudar a vendimiar las cepas de híbrido... Durante las vendimias se cerraba la escuela por la tarea, donde todas las manos eran pocas, las cuadrillas de gitanos nos divertían y animaban con sus coplas... Recuerdo en una ocasión en que la vendimia me resultaba tan insoportable que decidí por la mañana marcharme: no volví ni a comer pero... y la noche... El verano se caracterizaba por la trilla y cuanto llevaba consigo... El trillo era especialmente pesado y si era con vacas... Horas, horas y especialmente las de mayor calor; dar la vuelta a la trilla, aparvar, pinar la parva, preparar para mañana... Los acontecimientos que más me llamaban la atención en esta época era cuando en la era se espantaban los machos y salían por las eras arrastrando el trillo; la gente sabía del peligo y todos buscaban refugio. Todos los veranos había algún hecho de estos.

Volviendo a la escuela, no olvidaré aquellos jueves por la tarde en que el maestro nos llevaba al monte y nos enseñaba a medir la superficie de una tierra por áreas, sobre todo si tenían formas asimétricas, triangulares, rectangulares... Aprovechábamos para buscar nidos de pega especialmente dañinos para otras aves, quitar sus nidos y preparar una tortilla. Me prestaba mucho coger pájaros para llevarlos a mi madre y

sobre todo pescar ranas cuyas ancas encantaban a mi padre, después de darles cruel muerte.

El maestro nos enseñó a cuidar toda clase de animales. Con ellos sentíamos una singular familiaridad: las vacas, la burra, las ovejas, los jatos, los gatos, (los perros eran una excepción pues ver un perro y agacharse a coger una piedra, todo era una misma cosa), los pájaros ¡Ay de quién fuese acusado de quitar un nido! Todos eran, a juicio del maestro, buenos para el hombre, y especialmente benéficos pues limpiaban nuestra atmósfera; especialmente algunos como las golondrinas, que nos visitan sin fallos por San José y nos acompañan todo el verano; las cigüeñas, carboneras, lavanderas... Yo era muy experto en subir a los árboles para quitar los huevos. No me metía miedo la altura de los chopos, encinas o lo que fuera. Procuraba proveerme del moquero en el bolso y para arriba, y luego, con los huevos, le cogía con los dientes por los cuatro picos, con cuidado, para abajo.

También llamaba la atención si había algún fallecimiento; la campana nos daba la noticia y nos informaba de quién se trataba: hombre, mujer o niño, especialmente este por el toque inconfundible a gloria. Todo el pueblo procuraba visitar la casa del deceso franqueada con algunos miembros de cofradía vestidos con capa negra y rezar una oración por el fallecido. Al final de la oración alguien siempre decía: Dios te pague la buena obra. Los niños a penas se atrevían a mirar con miedo. Yo tuve dos o tres experiencias muy cercanas: acompañé a mi padre a casa del difunto y que había sido el padrino de mi bautizo y, al marchar, mi padre me invitó a darle un beso en la frente. Nunca lo olvidaré: estaba frío, frío. Entonces no existían los tanatorios.

Pero tuve la experiencia de la muerte de una hermana –Perfectina– cuando apenas tenía medio año. El dolor era inmenso, aunque los niños pronto nos hacíamos a ello. Para la madre sí que sería una prueba durísima que nunca echarían fuera de sí; pero su agarradero era la fe que se nos había inculcado: morir de niño después del bautizo era ir derecho al cielo, como angelicos; hoy es el día en que la rezamos. Por entonces era frecuente la muerte de niños; también me impresionó la muerte de un familiar al dar a luz; madre y niño, juntos en casa. Con poca distancia, también se murió el hijo de unos tíos y al que me invitaron a llevar entre cuatro la caja de color blanco, al cementerio.

Por el contrario, el bautizo de algún niño, siempre en la semana siguiente al nacimiento, era motivo de fiesta. No faltaba ningún niño a correr los confites y algunas abuelas pensando en los nietos. Algunos padrinos ¡para que no les llamasen roñosos! se atrevían a echar alguna moneda. Al recordar las naranjas, recuerdo también como el día de Año Nuevo se iba por casa de los abuelos y tíos pidiendo el aguinaldo que agradecíamos mucho. También el cura nos daba una naranja de aguinaldo el día de Año Nuevo, y por supuesto los que ayudábamos al cura en la Misa recibíamos una *perrina* o una *perrona* según la misa fuera rezada o cantada. El drama de los niños de ahora es poseerlo y no poder disfrutarlo.

No quería que se me olvidase algo sobre la Cuaresma o Semana Santa: se rezaba de memoria un Calvario del Áncora de Salvación, al amanecer, desde la ermita hasta la Iglesia, y los días de Semana Santa eran especialmente sagrados: muchas visitas al Sagrario y Rezo de estaciones el Jueves Santo, dejaban de tocarse las campanas en señal de luto y era el tiempo de las matracas y carracas. Los niños nos juntábamos y en cada esquina del pueblo y por capítulos se daba la hora de comer.

Por supuesto que había deberes y castigos. Al comenzar el día se nos exigía estar bien lavados y peinados, si no a lavarse al pozón. Otro castigo consistía en ir a cortar una vara de negrillo para que sirviera de castigo. Tal vez el mayor castigo fuera quedarnos en la escuela sin comer: no existían libros de texto, ni bolígrafos; solo la pizarra y el pizarrín. En general se escribía bien, se leía procurando la comprensión, la ortografía.

La familia es nuestro mayor activo. Hemos conocido del mundo las estrellas, pero no el mundo interior.

RELATO

Ana Llamas Pérez
Friera de Valverde (Zamora)

Era el primer día de escuela en el curso 1989/90, los niños del año 1984 empezábamos las clases con 5 años, ese primer día un primo de mi padre quedo en recogerme en casa para acompañarme al colegio, se ve que en esa época no se estilaba que los padres fueran a la puerta de la escuela. La escuela de Friera estaba formada por dos aulas con entradas independientes unidas por un pasillo interior y al fondo de ese pasillo los aseos y en la parte delantera había 3 grandes ventanales para cada aula. En el aula de los mayores había dos encerados separados por un crucifijo y un retrato de los reyes ahora eméritos, delante estaba la mesa de la maestra y en una esquina teníamos una estufa de leña con la que nos calentábamos. En una de las paredes laterales estaba el mapa de la Península Ibérica y junto a él un mueble donde se guardaban enciclopedias, libros de consulta y los poliedros. El horario de colegio era de 10:00 a 13:30 por la mañana y de 15:30 a 17:10 por la tarde, íbamos a clase hasta las 17:10 porque un miércoles al mes por la tarde los profesores del C.R.A.¹ se reunían y los alumnos teníamos la tarde libre.

Cuando llegábamos al aula lo primero que hacíamos era santiguarnos y rezar una oración, después encendíamos la estufa de leña, los más pequeños hacíamos bolas de papel con los periódicos y los más mayores se encargaban de la leña y de encender. Recuerdo un año que trajeron un gran camión de leña y lo descargaron en la calle, los niños hicimos cadena humana para meterla en el cuarto de leña, que estaba tras el pasillo que unía las dos aulas, más tarde paso a ser la sala de la caldera cuando instalaron la calefacción de gasoil.

Como curiosidad cuento que uno de los aseos era un agujero en el suelo con un desagüe y sobre este una base de material de cerámica o porcelana con el hueco para poner los pies, te ponías en cuclillas y a utilizar, delante en lo alto de la pared estaba la cisterna con una cadenita y una argolla al final, así que en este caso tirar de la cadena era literal.

Hubo un año en el que se produjeron muchos cambios. Se ve que el colegio de Friera no siempre perteneció al C.R.A. o hubo cambio legislativo en educación o algo

¹ Abreviatura de Centro Rural Agrupado, figura definida por el Real Decreto 2731/1986 de 24 de diciembre, sobre constitución de Colegios Rurales Agrupados de Educación General Básica. (N. del E.)

ocurrió durante esa época porque para el aula de los mayores trajeron muchos libros de lectura, pusieron un armario donde se guardaba una tele con vídeo, colocaron encerados nuevos, fotocopidora y teléfono con el que alguna que otra liábamos. En el aula de los pequeños pusieron un gran espejo, colchonetas, mesas y sillas en tamaño mini, además de muebles organizadores con sus bandejas de colores y variedad de juguetes y para educación física teníamos bancos suecos, picas y ladrillos de colores, aros, zancos... En el patio tampoco se quedaron atrás pusieron un arenero y juguetes para utilizar en él.

El equipo docente estaba liderado por doña Consuelo, la eterna maestra del pueblo, dio clases a varias generaciones a lo largo de por lo menos 40 años de profesión, era la maestra del aula de los mayores, de tercero a sexto de Primaria, y daba la mayor parte de la asignaturas: Lengua, Conocimiento del Medio, pero sobre todo Matemáticas, de hecho de deberes siempre teníamos una multiplicación y una división que nos ponía en la pizarra y nosotros copiábamos, la resolvíamos en casa y al día siguiente la corregíamos.

En el aula de los pequeños, desde primero de Infantil hasta segundo de Primaria, los profesores iban cambiando cada año; por allí pasaron Inma, Antonio, M^a Ángeles...

También teníamos profesores itinerantes como Marisa que nos daba clase de Inglés, era la primera vez que dábamos esta asignatura y en clase utilizábamos vídeos, cintas y revista que venía en el coleccionable *Magic English*. Otra profe itinerante era Pilar, que nos daba Educación Física, con ella hacíamos excursiones a las barreras u otras zonas del pueblo, salíamos con bicicleta alguna vez y jugábamos mucho al fútbol, los días muy duros de invierno dábamos la clase en un salón muy amplio del ayuntamiento.

Una tarde al mes teníamos clase de informática, para ello nos recogía un autobús y nos desplazábamos a Burganes, donde estaba el aula con los ordenadores y nos poníamos dos niños en cada uno, esa fue la primera toma de contacto con la informática.

Un viernes al mes venía el bibliobús, esa tarde la pasábamos eligiendo libros y leyendo, el resto de viernes por la tarde teníamos clase de Religión, en esa clase cada cierto tiempo nos entregaban la revista Gesto. También aprovechaban los viernes a última hora para darnos un enjuague bucal, nos daban el vasito de flúor, hacíamos unas gárgaras y enfilá india al lavabo.

El rato de ocio lo teníamos durante el recreo y antes de entrar a clase por la tarde, según la época del año se iban cambiando los juegos: no retroceder, no quemar, al tente, las canicas, las gormas, los cuarterones, el fútbol, la comba..., en frente de la escuela hay un regato y cuando traía mucha agua nos dedicábamos a hacer carreras de barcos de papel y cuando se helaba hacíamos patinaje sobre hielo, sabíamos aprovechar los recursos que había a nuestro alrededor.

Los días de excursión, que era una vez al año, eran muy especiales, porque por lo menos en mi caso no solía hacer viajes tan largos, así conocimos Cabárceno, Gijón, el zoo de Madrid... Un autobús recogía a los niños de otros pueblos del C.R.A., y así nos íbamos conociendo ya que acabarían siendo nuestros compañeros en el colegio comarcal durante primero y segundo de ESO, donde seguíamos siendo alumnos de colegio rural, lo único que mucho más grande.

Durante los dos cursos que pasamos en las comarcales el ambiente era bien distinto del de la escuela, por la mañana nos recogía el autobús escolar, había comedor así que estábamos en el recinto del colegio prácticamente todo el día porque cuando llegábamos a casa ya estaba atardeciendo. En Burganes la aulas eran de cursos completos ya que éramos un grupos más numerosos que cuando estábamos en las aulas de primaria. Una vez finalizados los dos primeros cursos de la ESO pasamos a Benavente al instituto.

Como cierre de mis recuerdos de la etapa escolar en un pueblo voy a romper una lanza a favor de la escuela rural donde ha habido compañeros que han sacado sus carreras, oposiciones, ciclos formativos y están trabajando de lo que sus estudios superiores les ofrecen y otros que decidieron no estudiar y han tomado otras alternativas tan validas como los anteriores, con esto quiero decir que si se quiere se puede estudiar independientemente de que vayas a un colegio rural o de ciudad, público, concertado o de pago.

LA ESCUELA UNITARIA. LA DÉCADA DE LOS 50

Delfín López Hernández
(Peracense, Teruel)

Me gustaría tener una miaja de la capacidad de García Márquez para *Vivir para contarla* o ser *El guardián entre el centeno* como J. D. Salinger. Yo, que tantas veces me vi entre el centeno en todas las fases de su cultivo y recolección. Son tantos los recuerdos y tan efímeros, y tan pocos los testimonios gráficos que uno conserva de su infancia, niñez y juventud, que resulta muy difícil hilvanarlos en un relato que resulte mínimamente interesante para un hipotético lector o para mí mismo. Si a mí no me gusta y entretiene ¿cómo va a hacerlo a los demás? La memoria ya flaquea, no es de elefante y, además, es un poco ácrata por cuanto, como un saltamontes al que pretendes atrapar, salta de un lugar a otro sin conexión entre un pensamiento y el siguiente. Es por ello por lo que, sin otra pretensión que mantener activa la mente recordando mis vivencias en blanco y negro, participo en este certamen escribiendo sobre la escuela primaria de nuestros pueblos y otros avatares en el siglo pasado.

*Al colegio de una villa
llevó su hijo un labrador,
diciendo: –Vengo con éste
tocante a la educación.
–¿Sabe leer? – Ni una letra
–¿Escribir su nombre? –No.
–Entonces, amigo mío,
como el trabajo es atroz,
me dará usted doce duros
por todo. –¡Ca!, No lo doy.
En igual precio me venden
un burro. –Pues lo mejor
es que compre usted el burro,
y con éste tendrá dos.*

UN DÍA DEL MES DE MARZO

Según me dijeron, nací un domingo por la mañana en casa de mis abuelos paternos, Manuel y Maximina. Todos mis recuerdos infantiles y juveniles son en blanco y negro. Incluida la chica de la mochila azul. Están llenos de imágenes difuminadas por el tiempo. Desde las abuelas que, las recuerdo siempre con toquilla y pañuelo, poblaban nuestros pueblos, pasando por el tren minero que pasaba bordeando el pueblo, hasta la televisión que, en sus inicios, nos mostraba el mundo exterior. No añorábamos lo desconocido. Lo más cercano para nosotros, o lo que más nos acercaba al resto, era la radio. Se escuchaba «el parte» en todas las emisoras. Radio Nacional y su musiquilla al comienzo: «habla su excelencia el jefe del estado» la voz nunca emplea mayúsculas (la reconocería entre un millón). La Voz de Madrid y sus aventuras; Radio Zaragoza, emisora EAJ 101 y sus dedicatorias musicales. Y la Pirenaica, emisora proscrita que se escuchaba clandestinamente en onda corta. En mi casa, mi padre recibía el periódico/semanario *7 Fechas*, de la prensa oficial, nexa que nos unía al mundo cada semana.

Aunque no lo recuerdo exactamente, con cuatro años —cinco, seguro— ya iba a la escuela. Como hasta los seis no era obligatorio, mis padres debían pagar al maestro, llamémosle don Braulio, por sus enseñanzas. Enseguida aprendí a leer. Uno de esos recuerdos se refiere a la lectura en casa de un libro en el cual un dibujo de dos bailarines se titulaba con la frase: «Los aragoneses bailan la jota». Edificio construido en 1902, había dos escuelas, una de niñas, con doña Dolores de maestra y otra de niños. Unitarias les llamaban. Las clases comenzaban a las diez de la mañana hasta las doce; un recreo de media hora y a la una a comer. El regreso era a las tres hasta las cinco de la tarde. Como no teníamos reloj, yo controlaba la hora por la sombra que el sol iba creando en una ventana orientada al oeste. Fachada al sur. Cuando teníamos necesidad de orinar, o... «¿da su permiso *pa'ir* a mear?» La calle/rambla era nuestro aseo y la pared de un corral cercano, sufría las huellas de las distintas generaciones.

Nos juntábamos por secciones, según la edad. Y he de decir algo muy negativo de aquellas escuelas. Por lo que mis padres relataban y lo que yo viví, el mal era viejo; los malos tratos estaban a la orden del día. «La letra, con sangre entra». Mentira grossera. Don Braulio era hijo del maestro que le precedió. Según sus antiguos alumnos, tenía la mano demasiado larga. Su hijo, lo mismo. Y no es rencor, si no lástima lo que sentía por él. Ya falleció.

Mi pueblo, Peracense, se halla ubicado en la Sierra Menera, una estribación de la Cordillera Ibérica turolense. A unos mil doscientos metros de altura, los inviernos en aquellos años eran eso, inviernos; con nevadas que nos mantenían días incomunicados a pesar de que las comunicaciones eran entonces prácticamente inexistentes. Un autobús de línea que había en un pueblo próximo, a cinco kilómetros, y el ferrocarril de viajeros a tres horas, un ratito a pie y otro andando. Los juegos, dependían de la temporada, supongo que según soplara el cierzo pues no había una norma. De persecución la mayoría y saltos. Si nevaba, hacíamos frentes con bolas de nieve en los recreos; siempre había algún

desalmado que dentro metía un peñazo. La rambla pasaba por delante de la escuela, por ello, sobraban los peñazos. El hielo era otra diversión; ir al esbarizaculos resultaba más peligroso por el riesgo de fractura de brazos o piernas; las culadas, estaban garantizadas. A pesar de tener el mismo espacio físico a la entrada de las escuelas, nunca compartíamos juegos o compañía con las chicas. A la de la mochila azul, nunca me atreví a decirle nada; menos mal que solo fue un sarampión de niñez. Hubo un tiempo que recibimos del amigo americano leche en polvo y queso enlatado. La leche la preparaban las chicas en su escuela y los chicos, durante el recreo, íbamos a la puerta con nuestro tazón para que nos sirvieran. Gran regocijo nos causó un día la frase que doña Dolores dedicó a nuestro compañero Eliseo. Este inspeccionó visualmente la clase y la maestra le preguntó: «¿Qué tiene que objetar Eliseo?» El queso, estaba realmente bueno. Era amarillo butano, muy sabroso. También tengo una anécdota sobre este alimento: El maestro repartía por las tardes un trozo a cada alumno; un día a mí me dio carraspera y él me recriminó porque entendió que lo hacía para llamar su atención. Me sentó fatal. Siempre lo ha hecho cuando los demás interpretan mis sentimientos sin preguntar.

Estábamos en un mundo rural. Ello llevaba consigo que alumnos que debían estar en clase, no acudieran porque sus padres los dedicaban a otros menesteres. Pastores mayormente o cualquier otra excusa. Había dos temporadas en las que la fuga de la escuela era mayoritaria: los azafranes y la primavera cuando nos dedicaban a pastorear a las ovejas con sus crías. El azafrán, a caballo de los meses de octubre/noviembre, paralizaba las clases. Todas las casas tenían su parcela, y cuando la eclosión de las flores era múltiple, había retención tanto de la rosa en el azafrán como la que no se podía esbrinar en casa. En cierta ocasión, me envió mi madre a coger la rosa en un campo cuando ya eran los finales y estaba harto de subir y bajar. A un kilómetro de distancia, lo vi azul como el cielo. Eso me acojonó. Hice como el César, llegué, vi y me fui. Recogí un par de docenas de flores y me volví a casa. No me sirvió de nada. La vecina de campo, enseguida le pió a mi madre que el «zafrán» estaba azul. De mala gana tuve que volver (posiblemente, caliente). No tendría más de diez años. Los domingos, ya nos guardaríamos de dejar de ir a misa. De hacerlo, el lunes deberíamos rendir cuentas en la escuela de esa ausencia. No se me ha borrado de la memoria los guantazos que el maestro nos arreó un día delante de la pizarra. Habíamos estado de lectura la primera parte de la mañana deleitándonos con un relato llamado «El viejo Tolpe», una historia de perros esquimales y lobos. Tras la bonanza matutina debimos ir al encerado a resolver un problema. Y sí, lo tuvimos, pero gordo al no saber resolverlo. Lejos de aclarar las ideas, los bofetones nos nublaron la mente. No sería ese ni el primero ni el último episodio de este cariz.

Como los recuerdos son efímeros y puntuales, circunscritos a la época, pero no específicamente ligados a la escuela como lugar de estudio y formación, aunque sí con base en ella, relataré a continuación algunos más sobresalientes. Bien entendido que no los relata un niño si no una persona mayor, como todo lo anterior, basados en hechos verdaderos. En su propia vida y experiencia.

EL CASTILLO

Quién me iba a decir que el castillo por el que mis amigos y yo hacíamos nuestras correrías cuando éramos niños, acabaría siendo la fortaleza que siempre fue –pues han restaurado buena parte de sus murallas–; que a visitarla acudirían gentes de Dios sabe dónde y que vete tú a saber cómo se han enterado de su existencia. ¡Qué tiempos aquellos! En cada estepa (o casi), había un nido de pajarel. Tampoco faltaban los carboneros, verderones e incluso ruisseños. Las *tordejas*, mirlos, se adivinaban huir por entre los enebros; hasta los alcotanes anidaban en las arpilleras. Y nunca faltaba el nido de calinroya en la oquedad de la «cocina», cuarto de armas o algo así.

Situado a algo más de media legua del pueblo, siempre subida, y sobre una roca de piedra de rodano que parece desafiar al cielo, es inaccesible por la parte visible desde la población, aunque en el lado opuesto, tiene acceso a pie a los dos recintos amurallados de los tres que componen la fortaleza. La entrada está situada en el primer recinto, orientada al norte y con una pendiente que da escalofríos el pensar en bajarla dando candeletas. En más de una ocasión, nos habíamos entretenido en arrojar piedras de la pared de la fortaleza por esa empinada cuesta. Acababan en el fondo del barranco, después de bajar dando brincos de cuatro o cinco metros. Hasta que don Braulio, el maestro, nos prohibió hacerlo.

En el transcurso de los años, las huellas dejadas en los muros y almenas hacían presumir que, buena parte de aquellas piedras, estaban formando parte de las paredes de las casas de los pueblos vecinos, incluido el mío. Por el lado sur, los acantilados de la roca no alentaban a invadir el castillo salvo de forma ayudada. A ese entorno, donde se encuentra la piedra El Tormo y la de la Horca junto a otras muelas de rodano no menos ariscas, lo llaman Los Casares. Lugar donde habita el eco; con un antiguo poblado íbero, y posteriores moradores y fundidores de hierro, pues así lo delatan los restos de escoria; sin duda habitaron al socaire y servicio del castillo.

EL COTO ESCOLAR

Aquel año, calculo sería el 56/57, al señor maestro, don Braulio, le entró una perra con los árboles, chopos, que nos hizo ir a todos de culo. Le asaltó la manía de plantar chopos en las ramblas del pueblo y nos hacía trabajar a los escolares como esclavos. Con picos, palas, azadones y unas cestas terreras, por las tardes en vez de darnos clase nos llevaba a mover tierras y piedras por las ramblas según su particular criterio. Unas criaturas que la mayor tenía doce años, y de ahí pa'bajo, todos.

En aquella época, me atacaban unos dolores terribles de piernas, todavía llevaba pantalón corto. No olvido el quemazo sufrido en la rodilla arrimándome a la cocinilla en la casa de mi abuela. Aquellos dolores desembocaron, con razón o sin ella, en la extirpación de las anginas en Teruel. A mi amigo Quín, el Cordobés, a punto estuvo de costarle caro el experimento. Haciendo hoyos para plantar árboles recibió un corte en la cabeza, causado



Este es el único recuerdo gráfico que me queda de mi paso por la escuela. En aquel tiempo no había cámaras que inmortalizaran cualquier cosa.

por una azada que manejaba nuestro inefable Mateo, el Gafé. Recuerdo las nevadas tardías en primavera; los árboles con hojas corrían el riesgo de troncharse. ¿Solución? Los chavales por las ramblas meneando los chopos para que la nieve cayera al suelo. No importaba les cayera a ellos encima. Se empeñó don Braulio, el maestro, en ponerle puertas al campo. Implicó a los padres en el asunto y les hizo poner un muro de contención, de piedra, en un recodo de la torrentera el cual duró lo que un trozo de hielo al sol de agosto. La siguiente tronada, lo llevó por delante. Las tronadas eran eso, tronadas, no como ahora que están las ramblas llenas de maleza y desecho. Y un pozo para poder regar los árboles en verano. Asignados individualmente, y como los muy puñeteros enseguida delataban la falta de agua, había que regarlos con regularidad. Excepto quienes pasaban de ellos o por sus faenas no los atendían. Denominado «Coto Escolar», cuando cortaron los árboles, ninguno de aquellos chavales que dejaron allí el esfuerzo y los dolores de piernas por la humedad, vio una peseta. La historia repetida imperecedera. Nunca nadie dio una explicación. Otra «actividad» que se desarrollaba en la escuela era una llamada Mutualidad Escolar «Fraternidad». Estaría avalada por el Instituto Nacional de Previsión y consistía en que los alumnos entregaban cada lunes una cantidad voluntaria de dinero, desde una peseta a un duro los más pudientes, y esta aportación quedaba reflejada en una libreta. Al cumplir cierta edad que no recuerdo, al alumno/depositante le era reintegrada con algún interés, la cantidad ingresada.

RASTROS

Una de las faenas que con más entusiasmo emprendíamos era hurtar la fruta en cuanto se le podía hincar el diente. Un día fuimos de excursión al campo en busca de los frutales que el tío Víctor tenía en El Royo. Chesús, el Chusma; Pepelui; Quín, el Cordobés y yo. En la acequia había casi de todo. Peras, manzanas, ciruelas, abugos... Como vimos que el tío Ramón estaba trabajando la viña, dimos un rodeo por el Regajo para evitarlo y no nos reconociera. Estábamos comiendo abugos cuando comenzó a gritarnos: «Legosnardooooo que tan vistoooo». Asustados, salimos corriendo de culo, hacia La Arboleda. Una vez superado el primer soponcio, comenzó el pitorreo. Ninguno de nosotros era nuestro amigo Leonardo, lo cual nos tranquilizó. No podría decir al tío Víctor, que Juanito y otros estaban robándole las peras en El Royo. Aún había respeto a los mayores, incluso miedo según la persona. El mangar la fruta o madurarla antes de sazón, ha sido una constante a lo largo de los tiempos. Si el dueño quería probarla, debía cogerla verde pues de lo contrario, era quien menos gozaba de ella. La cosa más horrible que he comido fue unos pepinos que a las cinco de la tarde de un mes de agosto, le robamos del huerto al tío Leandro. Francho y yo. Nos refugiábamos y ocultamos en los sabucares alledaños, a comerlos. Calientes, sin sal..... horrible experiencia. Sin embargo, había unos frutales a los que nunca me atreví a tocar. Con unos preciosos albaricoques y melocotones, con mirarlos tuve bastante. Pertenecían al tío Pepe y era de esos personajes que, aunque nunca se ha comido a nadie, dan miedo. Con cara de bulldog inglés, a ver quién le echaba agallas. Cuando quería cerrar un trato que le era favorable, siempre decía: «Y no se hable más». ¡Qué *espabilan!*

LOS PADRES «PENSIONISTAS»

Un día acudieron al pueblo, procedentes de las Minas de Ojos Negros donde habían estado evangelizando a los mineros, unos frailes a los cuales llamaban Padres Pasionistas. Para los críos en la escuela, fueron días –los precedentes– de mucha actividad preparando banderitas de colores para recibirlos al mejor estilo de «Bienvenido Mr. Marshall». Los trajeron en una mesilla –plataforma de tracción animal, que con dos ejes y cuatro ruedas circulaba por la vía del tren– hasta el paso de Ródenas, donde los apearon. Los escolares agitando banderitas y todo quisque a recibirlos en procesión, con las autoridades locales a la cabeza, como si hubiera venido el sursuncorda. Había que participar y acudir a los actos religiosos porque de lo contrario eras, sin misericordia, condenado al fuego eterno. Menudo era mosén Gareta.

Un día, hicieron reunión en la iglesia exclusivamente para hombres y después un Vía Crucis por el pueblo ya que era Semana Santa o Cuaresma. Del contenido, nada puedo referir pues nos negaron la entrada. Las mujeres tenían prohibido darse a ver en la calle mientras los hombres estuvieran en la procesión. Mi madre y mis tías,

y yo con ellas, en casa del abuelo Manuel que está al lado mismo de la iglesia; por la ventana de la cuadra –las rendijas más bien– «*agüitando*», espionando. Cantaban los hombres aquello de «Perdona a tu pueblo Señor...». Si quieres que alguien vea o asista a algo, prohíbelo. No creo se perdiera el espectáculo ni una mujer observando desde cualquier sitio. Luego vinieron los comentarios y cachondeos despiadados sobre los hombres. Que si Fulano golpeaba su pecho como el cura en misa, que si Mengano azotábase la espalda con una sogá... Aprovecharon para hacer pasar a todos y todas por el armario de los pecados, a cumplir con parroquia. Otro día hicieron una ceremonia, de despedida, a la cual yo no quería ir y aproveché para ello que mi madre no estaba bien (o no le apetecía salir de casa), como excusa. No me valió. Vinieron a buscarme y claro, como el miedo –al maestro– guarda la viña, no me quedó más remedio que asistir. A las nueve de la noche, los críos en fila con una vela en la mano en torno al Altar Mayor... Solo velas; no hay luz eléctrica en la iglesia. Qué ambiente más tétrico y lóbrego. Sombras chinescas unidas a los sermones apocalípticos pronunciados por los evangelizadores desde el púlpito. Sabido es que precisamente las bazas exhibidas por los predicadores para asustar al personal eran el miedo y el terror... Jope, ambiente de siluetas y luces titilantes, olor a cera y el fraile acusando con el dedo al personal de todas las depravaciones habidas y por haber.

El fraile desde el púlpito comenzó su discurso con un «amados hermanos en Jesús» –el párroco siempre decía «mis queridos feligreses»– discurriendo su disertación dentro de lo que podríamos llamar como amable conversación con los asistentes. Las sencillas gentes que le escuchaban no conocían textos teológicos ni falta que les hacía. Debería expresarse con llaneza si quería mantener su atención. Si ya de por sí, hacían oídos sordos a su perorata, si soltaba algún latinajo entre medias, todos quedarían en blanco. Resultaría difícil para alguien acostumbrado a predicar ante comunidades más cultas y/o religiosas. Se centró en la Crucifixión del Señor y en las palabras y los gestos que Cristo realizó en la Cruz. Parecía tener el guion muy bien estudiado y aprendido. De pronto, estalló como una bomba de espoleta retardada, lo cual sacó de su somnolencia y modorra a la mayoría del auditorio:

«Porque vosotros pecadores –atronando la iglesia y blandiendo su dedo acusador sobre los presentes– receptores directos del sacrificio del Señor, hacéis caso omiso de su pasión y muerte olvidando su padecimiento y tortura a manos de los hombres. ¿Qué pensaría en su agonía mientras lo torturaban y flagelaban, de una Humanidad que día tras día olvida la trascendental misión a la que Dios Padre le envió? ¿Acaso creéis que por tener a Satanás ahí arriba del altar (casi todas las miradas se elevaron hacia donde señalaba el fraile excepto alguna que se dirigió a su dedo) bajo la espada del Arcángel Gabriel, éste está vencido? ¡Nooooo! Sigue muy vivo en vuestra comunidad y vosotros, sois la muestra palpable y viva de ello. Con vuestros pecados y conductas le dais vida día a día. Como en Sodoma y Gomorra, por un justo el Señor salvaría al mundo...» No es que lo recuerde de memoria, sino que el fraile se dejó el sermón escrito en el púlpito y yo, que era monaguillo, primerizo, lo he conservado.

Muchos aquella noche no pudimos dormir solos, no veíamos más que demonios y fantasmas por todas partes. Alguno, hasta vio descender al Diablo desde lo alto del Altar Mayor, y eso que lo tiene apresado san Grabiél.

No olvido la visita que realizaron al castillo. Director, colgándose medallas como siempre, el maestro don Braulio; los críos, de esclavos, como de costumbre. Me hicieron responsable de una sogá acarriadera que pesaba más que yo. En el camino de vuelta, o de ida no me acuerdo, la sogá quedó olvidada en el suelo. El lío que montó el maestro cuando vino la dueña, la tía Petra, a reclamarla fue de órdago. Ya me tienes deshaciendo el camino a buscarla. Y menos mal que apareció si no, seguro la hace pagar a mis padres. No éramos irresponsables los críos, sino los mayores, además de vagos y aprovechados.

Don Braulio, el maestro, había sido alférez provisional en la guerra civil y aún conservaba alguno de los tics adquiridos en las milicias. En el frente de Teruel lo apresaron y llevaron a Valencia de donde escapó. Un trozo de metralla le hirió en una mano, la cual no tenía impedimento alguno para abofetearnos sin medida ni misericordia. Y cuando se cansaba con las manos, con un mimbre o un regle de los que ponían en las ventanas para sujetar los cristales, nos calentaba las palmas de las manos. Al retirar la mano, el «*arma*» se quebraba y todavía era peor. Nuestro amigo Joaquín, el Cordobés (apodo añadido con posterioridad dada su afición al toreo de salón), no pudiendo soportar los guantazos y el miedo, se riló garras abajo y luego tuvo que venir su hermana a limpiar el pasillo. ¡¡Qué inmenso honor!!

Todas las mañanas al iniciar la clase, nos hacía recitar unas consignas o soflamas y al salir de clase, todos en fila. «A cubrirse ¡AR!» Vaya tela. Algunas tardes con el buen tiempo nos llevaba hasta la era del tío Angelillo, junto a la fuente del Arcillero, a hacer gimnasia y cantar aquella canción de las montañas nevadas y las banderas al viento. ¡Ah! y el caralsol. De vez en cuando cantaba una canción que para él debía significar algo:

*Me marchó, para Venecia, adiós, Lucrecia
te escribiré te escribiré.
Riau, riau, riau
Tira de la cuerda, tira de la cuerda
de la cuerda voy tirando,
adiós de la Mandolina, adiós que me voy Fermina
tralará, lará, lará*

Según me comentó años atrás un señor algo más joven que él, el maestro de joven valga la redundancia, estuvo muy enfermo. *Él creyó que iba a morir y así lo reflejó en algún sitio que su padre descubrió con posterioridad.*

Aquel día tuvimos de suplente al padre del maestro. Éste había ido de viaje a Teruel y siempre que sucedía esa circunstancia, él nos daba clase. Maestro jubilado,

pasar el día en su compañía, para nosotros era una fiesta. Por secciones, rodeábamos su mesa y como papagayos leíamos la lección según nos indicaba. En esos casos, no había problemas ni ejercicios de ningún tipo, solo cumplir la papeleta lo mejor posible y a correr. Pero la sección de los mayores, los que estaban a punto de «licenciarse», la fiesta la tomaron como un carnaval. Ellos sabrán que les producía tal diversión, cuando llegaron a su mesa, no podían leer. Muertos de risa, les resultaba imposible articular palabra. Comenzó el maestro viejo a repartir manteca, a dos manos; si había cinco, salieron todos con los carrillos y las orejas coloraos de los guantazos recibidos. No consiguió que alguno soltara una lágrima. Si lo hicieron, fue de la risa. Jamás he visto dar o recibir semejante ristra de hos... bofetadas. Siempre tuvo fama de duro y algo más, pero aquéllos, le montaron en la chepa. (Recuerdo que los chicos le tenían respeto rayano en el miedo, incluso por la calle).

Don Braulio regresó de Teruel con novedades. Han convocado un concurso entre los escolares de la provincia para que enviemos una redacción, tipo relato, con unas ilustraciones alusivas al mismo. Y nos exhorta a Quín y a mí para que lo intentemos.

—Juanito, usted que tiene mucho cuento podría encargarse de la redacción y usted Quín, como es buen dibujante, debería hacer los dibujos.

Eso de que tengo mucho cuento me mosquea un huevo, pero a ver quién es el guapo que le pide explicaciones. Acordamos el Cordobés y yo el reparto de papeles. Cuando haya decidido cuál será el tema del cuento, él hará su parte correspondiente del trabajo. En un día, elijo el tema y lo escribo, después lo haré llegar al señor maestro y a Quín.

«Todos los años por esas fechas celebraban una romería en la cual festejaban a la Virgen de la Cueva. Como todas las ermitas que se preciaran, ésta estaba construida en lo más escarpado de la serranía y su acceso solo permitía llegar a la misma andando o a caballo de algún animal. Camino sinuoso, por llamarle de alguna forma pues más bien era un sendero de cabras, lleno de curvas entre pinares y otros arbustos de alta montaña. Los riscos de piedra caliza castigada por los hielos invernales a lo largo de los siglos habían sido transformados en aristas de punta roma y mucha grava a sus pies. Entre la marea de romeros, este año por vez primera, ascendía junto a sus padres Lolo, como él decía llamarse, aunque casi todos y de forma cariñosa le llamaban Conguito. Era un rapaz rollizo, morenito de pasar todo el día al sol y de pelo ensortijado, de ahí el mote. Un rato andando, poco, los más a hombros de su padre u otros familiares. Le habían ofrecido cabalgar a lomos de un borriquillo, pero a Lolo le daba miedo y rehusó hacerlo...»

A la postre, el trabajo resultaría premiado con cien pesetas que don Braulio, repartió entre ambos.

Me han adjudicado cinco chopos que habré de encharcar (y un cuerno) durante las vacaciones del verano. Don Braulio ha dispuesto que todos los sábados acudamos a la escuela para ir a regar los que estén con hojas amarillas. Vaya pejiquera. Mientras

tanto, los escolares hemos de ir robando el agua por los huertos para regarlos. Con el consiguiente cabreo de los dueños ya que les vaciamos los pozos. Estamos acosados por todas partes. Como los ratones. También somos ladrones.

Así nos ocurrió lo siguiente: íbamos en cuadrilla regando cuando nuestro amigo Quín, el Cordobés, descubrió sandías en el huerto de Juanjosé. Poco más grandes que una naranja. (Aclaro el porqué del mote: de espíritu torero, un día que nos hallábamos sentados en el poyo de la puerta del horno, como de costumbre, pasó un ganado de ovejas y el mardano, «*marido*» de las mismas, acudía raudo en cuanto le citaban como a los toros. Quín así lo hizo y el bicho se arrancó a toda pastilla hacia él dándole un tozolón de órdago; nosotros, en lo alto de una pared, apoyando. Pero no escarmentó). A pesar de ello, el instinto predador y la novedad pudo más. Cogimos tres o cuatro y las abrimos golpeándolas contra una piedra. No valían, eran blancas e inmaduras, como nosotros. Pero la que liamos. Al otro día hizo acto de presencia en la escuela la tía Sinforosa con más escándalo que una gallina culeca agarrada de la cola. Que si le habíamos sustraído (ella dijo robau) las sandías, los pepinos y casi, hasta la honra. Le echó en cara al maestro que robáramos el agua del pozo para los árboles mientras su huerto se secaba por falta de riego. Todo un circo. (Y tenía razón). Al ser muchos, don Braulio no podía cargar la culpa en uno concreto, pero se valió para averiguar quién había sido el descubridor e instigador del delito para hacer el paripé ante la buena mujer.

–Usted Quín, de cara a la pared y una semana sin recreo

Como ya nos dieron los árboles y las vacaciones, de vez en cuando voy a regarles la tierra un poco por encima. Jalisco, el perro de mi padre en cuanto me ve, ya sabe dónde vamos. Enfila la calleja los huertos y me espera en la rambla; si tardo vuelve a ver qué pasa, como siempre. El sábado siguiente, día de riego comunitario, me escaqueo y no acudo a la reunión del señor maestro; con mis árboles tengo bastante. En cambio, hago una incursión a un árbol viejo que hay en la rambla debajo de la fuente para ver un nido de cardelina. Me va a resultar difícil sino imposible acceder a él, por la dificultad de trepar por sus ramas finas. Cuando estoy en plena faena, miro hacia la calle por frente del frontón y veo subir a don Braulio seguido de media docena de acólitos. Me mimetizo con el árbol y veo pasar por debajo la procesión de regantes. El último, rezagado, es ¡el Caguetas! y el muy cantamañanas, mirando hacia arriba con la boca abierta y señalando con la mano hacia donde estoy.

Me pongo el dedo en los labios y le mando callar y seguir adelante. Hace caso y en cuanto dejo de verlos, bajo raudo del árbol y me alejo rápidamente. ¡Dios qué susto! Si llega a verme el maestro o alguno de aquellos pringaos, me la lían parda. Cuando más tarde encontré a Inazio, le pregunté por qué se quedó mirando al árbol.

–Sabía que allí había un nido de cardelina.

–Pues si me llegas a delatar, menuda faena. Si dices algo te capo.

—Al principio no te distinguí, aunque no sé cómo dudé conociéndote. De todas maneras, yo no soy ningún soplón; si no quieres ir a regar árboles es cosa tuya, además, eres mi amigo, aunque no te secunde en tus rastros.

Vaya lección que me acaba de dar. Aprendo dos: la amistad debe estar por encima de todo y que casi nadie es tan imbécil —excepto yo— como para subir a un árbol en mitad del pueblo, el día y a la hora que el maestro cita a sus alumnos para ir de riegos y tú te haces el loco y no vas. Siempre, el primer día de clase en setiembre, acudía con temor a represalias tras el paréntesis veraniego. Solo cuando salíamos a comer, comenzaba a respirar.

EL OBISPO

In illo tempore, compareció por el pueblo en visita pastoral y de confirmación, que es como la llaman, el obispo de la diócesis de Teruel—Albarracín, fray León Villuendas Polo. Y yo estaba entre los candidatos para el sacramento. Desde la torre de la iglesia vigilaban para que, en cuanto divisaran al coche por el cementerio —la carretera discurre a su vera— comenzar a bandear las campanas. Estuve en el campanario a pesar de que los mozos echaban fuera a los críos pues interrumpían el paso y las campanas cuando voltean son peligrosas. En la ceremonia religiosa, confirmaron a todos los que por edad éramos susceptibles de recibir ese sacramento. No recuerdo nada concreto de ella. (Alguna vez escuché decir a mi madre: «el obispo de Roma, pa' que te acuerdes, toma» y me daba un cariñoso sopapo).

Don Braulio, el maestro, a Juanito y a Quín —ese sería el orden de intervención llegado el caso— nos tuvo aprendiendo una poesía que uno de los dos habría de recitar al Monseñor en la despedida que le harían. Después del ágape ofrecido por las autoridades al prelado, al que, por supuesto no invitaron a ninguno que no fuera de la cazuela y además de reconocida solvencia y adhesión a las ideas y conceptos imperantes, le dedicaron algunas jotas y una de ellas, cantada por Victorino, que era algo sacristán, decía:

*La torre de Peracense
le dijo a la de Torrijo
pa ser más alta que tú
no necesito al obispo.*

Pero llegado el momento de recitar la poesía al señor Obispo, los dos pardales no aparecíamos por parte alguna. Habíamos ido a La Roza, a buscar nidos de pajarel en las estepas. Y mira que el maestro nos tenía aleccionados, por si acaso. Pues ambos volamos. Alguien supo dónde encontrarnos ya que acudieron dando grandes voces, con la bronca consiguiente.

De la mentada poesía, solo recuerdo el final:

*Adiós pues santo prelado
adiós pues señor Obispo,
donde quiera que vayáis
acordaros de estos hijos.*

Me pidió le diera un beso, y se lo di en la mejilla. Luego he pensado si debí dárselo en el anillo ¿? Cuando el señor maestro nos preguntaba qué queríamos ser de mayores, la mayoría respondía: sacerdote. Mi pueblo fue un pueblo de curas, ocho al menos; hoy solo queda uno, con él llegué a coincidir en clase. Creo que fue uno de los que se subieron a la chepa del viejo maestro.

EL TREN MINERO

Aunque no existía una vinculación directa entre el ferrocarril y la escuela, el pueblo, su población, sí que lo estaba. Mi padre era fogonero y mis abuelos y tíos, trabajaban en él, guarda-frenos, brigada de conservación, la mina... Aquellas máquinas, temibles monstruos que en las frías y heladas mañanas de invierno llegaban jadeantes y resoplando, envueltas en vapor y humo hasta casi hacerlas invisibles, a la falda del cerro del Morrón. Curva prolongada a la derecha seguida de otra a la izquierda esquivando el pueblo, donde comenzaba su particular calvario. Al llegar al paso de Ródenas, para enfilarse la trinchera de la Calzada, ¡ay!, no había manera de seguir por mucho chof-chof y taf-taf que hicieran; allí parecían dar el último estertor y llegado su juicio final particular.

Se quedaban clavadas, varadas, cual mula testaruda y cabeza. Cualquier intento de hacerlas reanudar la marcha era contestado por unas vueltas locas de las ruedas que, eso sí, no se habían movido un ápice hacia adelante. Los servidores, entonces, echaban arena sobre los raíles anulando la escarcha y facilitando la adherencia.



Máquina y vagones originales.

Poco a poco, entre patinazos, resoplidos y jadeos, conseguían enfilarse la trinchera del Arcillero, verdadero punto de inflexión a partir del cual, y tal vez presintiendo la cuesta abajo del Navazo buscando el valle del Jiloca, comenzaban a tomar marcha, siendo a partir de esta última, necesario refrenar su velocidad pues hasta llegar a Los Baños –estación de Teruel– atravesando la vega del río Jiloca, ya todo era pendiente favorable. Luego a la vuelta, de vacío, pa-

saban por estos mismos lugares con gran estruendo y velocidad, pitando —como si no se las oyera—, vengándose del mal rato y la humillación pasados por la mañana en aquel trazado de la vía. ¡Y qué atractivo tenía para nosotros, la chiquillería! Antes de entrar en una trinchera, auscultábamos poniendo la oreja en el carril la posibilidad de que el tren nos sorprendiera dentro; pero no nos alejaríamos de lo alto de la misma para ver pasar a la inmensa lombriz ocre, sus maquinista, fogonero y guarda-frenos, y ¡cómo no!! tirar piedras a los vagones.



El tren, a su paso por el pueblo, ya eliminado el antiguo de máquinas de vapor.

De alguna forma, el tren fue nuestro divertimento. Existía la atracción entre el temor y la fascinación ejercidos. Otras veces, las menos, todo hay que decirlo, algunos permanecíamos debajo de las alcantarillas a ver y sentir pasar el tren por encima. Solo, los más calaveras, tuvimos el atrevimiento alguna vez; entre ellos, como no, Jesús, el Chusma y Juanito, el Chorlito, o sea, yo. Este mote, fue regalo de don Braulio cuando me «bautizó» como cabeza de chorlito y «mis amigos» enseguida recogieron el guante.

Hasta que unas carbonillas nos cayeron encima de la cabeza, produciéndonos la correspondiente quemadura y gusanera en el cogote, no lo repetimos. Las perras gordas de aluminio quedaban completamente laminadas e inservibles tras pasarles por encima la máquina, otra diversión de los infantes y no tanto; las mismas carecían ya de valor pues de lo contrario hubieran ido a comprar cacahuets a la tienda de la tía Ruperta. Yo monté varias veces en alguna de aquellas máquinas. Mi padre, alimentaba aquella boca voraz e insaciable. Arduo trabajo el de echar carbón a pala para mantener la presión de la caldera. En uno de los viajes, cuando vivíamos todavía en la casa del frontón, menos de siete años, mi padre sufrió un accidente que casi le cuesta la vida. Subido sobre la carbonera para arrimar carbón, no se percató de un puente elevado sobre la vía y recibió un fuerte golpe en la cabeza. La cicatriz, lo acompañó toda la existencia.

El tren marcó mi niñez y estuvo a punto de dejarme huérfano. Hoy todavía paso largos ratos viendo la TV realizando viajes en cabina de las locomotoras. Pero AVEs aparte, hay una locomotora de vapor a la que llaman Big Boy, que es una maravilla. ¡Esa sí que me hubiera gustado haberla pilotado!

LAS ANGINAS

Acabando el invierno, bien fuera por el crecimiento o por las humedades de la rambla fruto de la fiebre del «ingeniero» don Braulio por los chopos, los dolores en las piernas que me afligían e invalidaban por las tardes para cualquier actividad física e incluso intelectual, más raramente de detectar esta última, mis padres decidieron junto al doctor



Una clase de niñas. Entre ellas se encuentra mi mujer. Año 1960.

don Romualdo, enviarme al especialista a Teruel, para que éste tomara una decisión o tratamiento al respecto. Los viajes resultaban «*entretenidos*». Había varias alternativas: ir en el tren de san Fernando hasta Villar a coger el coche de línea, una guagua que a pesar de todo siempre llegó a su destino, para en Monreal tomar el Chispa hasta Teruel o bien andando

hasta Villafranca, tres horicas de nada, para tomar el mismo tren. Resultaba divertido ver los cables del teléfono del ferrocarril cruzarse entre ellos, producto del efecto visual que la velocidad infundía a los mismos. Los viajes resultaban diferentes: la gente se conocía, compartía cosas, eran «duraderos».

(En uno de ellos viajamos en compañía de Pilar y su madre; a Pilar, la operaron de apendicitis). Hubo una cosa que me llamó poderosamente la atención: en la estación de Concud, había unas lechugas hermosas y lozanas; en el pueblo los huertos seguían muertos todavía en esos días. La estación de Teruel y la Escalinata para subir a la capital, ella en sí misma, dejaron su impronta en un niño que, a pesar de todo, a los cuatro años ya realizó un viaje en ese ferrocarril para ver el mar y las Fallas en Valencia. La visita al doctor especialista me sentenció de forma inexorable: «Hay que operarlo de las anginas».

Así que, tras una preparación al respecto en el pueblo, un día de primavera ocurrió el trauma (y el drama).

Previamente había tenido que aguantar las banderillas de calcio que Araceli me endosó en el trasero. De forma alterna, ya que, al inyectar el líquido, éste bajaba muslo abajo como si fuera fuego del infierno y me dejaban renqueante por un buen rato.

—¿Qué te pasa Chorlito? —, el Chusma encima con retranca.

El día de autos, el primero que pasó por el potro del tormento fue Juanito. Debieron pensar que, si escuchaba los gritos de las otras víctimas, saldría corriendo y no me pillaba ni un galgo. Un individuo, verdugo más bien, me atrapó de tal forma entre sus piernas que quedé totalmente inmóvil y con la boca abierta con un artificio que me impedía cerrarla. Dos pinchazos en la garganta y el carnicero asesino entraron a matar. Los gritos y berridos fueron antológicos pero inútiles. Después a la cama y aceite de ricino para purgar la sangre tragada. Aquella gente la tomó conmigo, ciertamente. Era muy jotero, pero a raíz de la operación, la voz quedó convertida en un chiflete y con faringitis/laringitis al menor enfriamiento.

—¿Qué te han hecho en Teruel chaval? Ya no te reconozco por la voz —preguntaban.

—Mucho mal en la garganta; me han operado de las anginas.

Tras los años de asistencia obligatoria, llegó el final. Debimos ir al vecino pueblo de Villar del Salz a realizar el examen final para la obtención del Certificado de Estudios Primarios. Obtuve un Notable (creo debí haber hecho más) y a dejar hueco para el curso siguiente. A veces, suplía al maestro en su



El enano de la derecha soy yo en la playa de Puerto de Sagunto.
Cuatro años.

ausencia. Me compraron una enciclopedia de tercer grado, que era un compendio de saber. Todavía está por la casa del pueblo. La raíz cuadrada, no me la enseñaron, la aprendí solo, guiado por ella. Y no titubeo al afirmar que entonces salíamos con una cultureta más amplia que hoy en día. En fin, que los recuerdos son como las cerezas, tiras de uno y poco a poco, los demás lo siguen.

La escuela siguió abierta y menguando hasta los años ochenta cuando se cerró definitivamente. Un maestro o maestra para todos los alumnos hasta su clausura. Ahora el edificio se dedica a teleclub. Antes íbamos obligados y ahora de forma voluntaria. Don Braulio, emigró mucho antes a Zaragoza. De sus alumnos, ninguno llegó siquiera a la enseñanza secundaria. La costumbre y el dinero, lo impidieron. Sin embargo, sus hijos, obtuvieron diversas licenciaturas universitarias.

Ite missa est.

PASAR LA BARCA PARA IR A LA ESCUELA

Bienvenido Lorenzo Piorno
(Villaflo, Zamora)

Mis abuelos nunca fueron a la escuela. En mi pueblo no había escuela cuando ellos eran niños. Aprendieron a hacer sumas contando ovejas, corderos, gallinas, manzanas, ciruelas... No sabían leer ni escribir y firmaban con la yema del dedo índice de la mano derecha impregnado de tinta. A veces se les permitía que firmaran haciendo un garabato o algo parecido a una cruz. No es necesario añadir que mis bisabuelos también eran analfabetos, entendiendo el analfabetismo como no saber ni leer ni escribir. Para lo demás, para sus trabajos, eran eficaces; también me atrevo a decir que eran personas cultas y felices; por supuesto que con ciertas limitaciones, sobre todo aquellas derivadas del aislamiento y de las incomodidades provenientes de las austeras viviendas.

Mis padres tuvieron suerte desigual y, si mi padre fue dos años a la escuela, mi madre no fue nunca. No obstante, ambos sabían leer, aunque con dificultad, y escribían algo, más bien garabateaban palabras, como era el caso de mi madre. Ambos, como los abuelos, pasaron la niñez en el campo, en las laderas de Villaflo y de Villanueva cuidando ovejas y comiendo un mendrugo de pan, muchas veces de centeno, untado con tocino y mojado en agua para poder masticarlo con más facilidad. Esa fue su suerte (o su mala suerte), por lo que para sus hijos siempre desearon una vida distinta y mejor. Mis hermanos, al contrario que mis padres, pudieron disfrutar durante su niñez de las bonanzas de la escolaridad en el pueblo y con sólo caminar cincuenta metros ya estaban en el aula. Fue a finales de los años cincuenta cuando se inauguró esa aula tan deseada por los vecinos de Villaflo, sobre todo por aquellos que tenían hijos en edad escolar. No duró mucho, porque el éxodo de los habitantes a otras regiones de España hizo disminuir la población infantil hasta casi desaparecer en los primeros años de la década de los setenta. Yo no tuve la suerte que tuvieron mis hermanos, porque cuando el aula se cerró no había cumplido los dos años. En aquellos momentos, primeros años de la década de los setenta, en el pueblo apenas quedaban niños y las normas eran que si no había siete se cerraba la escuela. Y se cerró. Ahora hubiera sido distinto, que con tres alumnos mantienen abierta un aula; pero eran otros los tiempos y circulaban otras normas.

¿Qué hacer en esa situación? Mis padres lo pasaron muy mal en aquellos momentos. Llevaron a mis hermanos a los colegios de la capital y a otros colegios de

localidades menores como Bermillo de Sayago. En casa me quedé yo solo con mis padres. ¡Aún no había cumplido los dos años! ¡Menos mal que mi abuela materna pasaba con nosotros alguna temporada! ¡Menos mal que mi abuelo paterno nos acompañaba durante dos meses al año! ¿Con quién jugaba? Ahora se habla de la España vaciada. Tarde se dieron cuenta de que esos pueblos vacíos empezaron a quedarse sin habitantes ya en la década de los sesenta y que los puyazos para rematar la situación se siguieron dando en las dos décadas siguientes. Parece ser que la situación es irreversible y poco se puede hacer para que las aulas de los pueblos, de todos los pueblos, vuelvan a abrirse. No hay que alejarse mucho para comprobarlo, porque todos los pueblos (¡incluido Villaflor!) tuvieron aulas abiertas. No es exagerado decir que eran centenares, quizás miles en algún momento, los niños y las niñas que corrían, que jugaban, que cantaban, que gritaban por las callejuelas y plazas de los pueblos de las dos comarcas: Alba y Aliste. Ahora hay muchos pueblos vacíos de niños y desde septiembre hasta julio lloran esa ausencia. Quizás ladre algún perro o gorjee algún pájaro. Poco más.

Me he alejado del asunto objeto de estas líneas que no es otro que contar las peripecias vividas para poder escolarizarme. Decía que mis padres lo pasaron mal. Yo también. No había niños con quienes jugar. Bueno, estaba mi primo, pero era mayor que yo, tres años mayor que yo y no pasábamos mucho tiempo juntos. Además, él también se fue unos años a estudiar a Bermillo de Sayago, por lo que me quedé más solo que la una. Así hasta que cumplí los cinco años y mis padres me matricularon en la escuela de Villanueva. No era Villanueva para mí un pueblo extraño, porque es el pueblo de mi padre y muchos habitantes de los dos pueblos son familiares. Para ello, para alfabetizarme, tenía que pasar la barca que unía Villaflor con Villanueva desde el año mil novecientos treinta y cuatro cuando el embalse de Ricobayo separó



Barca de Villaflor.

las dos localidades hermanas. Dos kilómetros andando para aprender a leer, a escribir, a sumar, a restar...; dos kilómetros para poder jugar con otros niños; dos kilómetros para socializarme... Dos kilómetros pasando frío o calor, dependiendo de las fechas, siempre empolvándome o embarrándome las zapatillas con el polvo y el barro del camino que une los dos pueblos. Dos kiló-

metros por la mañana y otros dos por la tarde. Un viaje en barca al amanecer y otro por la tarde cuando el sol se iba hacia Fonfría (o hacia Bermillo, dependiendo de la época del año). Durante el primer año de escolarización, cuando tenía cinco, me acompañaba la maestra, que también hacía diariamente el viaje de Villaflores a Villanueva, un tramo en barca y el resto andando. Ella, la maestra, ya se había trasladado en coche desde Zamora hasta mi pueblo.

Mi padre era el barquero y siempre estaba pendiente de mí para que no tuviera que esperar a la orilla del embalse. Mi padre y otro compañero suyo, que dos barqueros había en aquellas fechas. También hubo barqueros en Vide de Alba y en otros pueblos de la provincia; pero los últimos fueron ellos. Quizás fui yo, que después de que mi padre se jubilara tiré del cable durante una temporada. O no, que los auténticos barqueros fueron ellos, los que en los años sesenta, setenta y ochenta encañecieron sus manos con el acero del cable, con la madera astillada de los remos, con el frío, siempre helador... Y es que Villaflores mira al noreste, a Burgos y ese viento no deja manos, ni labios, ni orejas sin enrojecerse y abrirse. Que me perdonen Burgos y sus habitantes, que son encantadores, al menos los que yo conozco.

En Villanueva cursé también los dos primeros años de Primaria, entonces llamados Primer Ciclo. Fueron tres años duros, ya que con seis, siete y ocho años, casi siempre de noche por la mañana y oscuro al atardecer, no era cómodo caminar por el camino de los Cantos Blancos o por el sendero de la orilla del río. Las dos sendas estaban llenas de adversidades y era muy incómodo avanzar sorteando piedras, charcos... En mil novecientos setenta y nueve (si no me equivoco en la fecha), al desaparecer la escuela de Villanueva, mis padres me llevaron a Bermillo de Sayago, colegio en el que ya había estado escolarizado el quinto de mis hermanos durante algunos cursos. ¡Qué decir de aquella experiencia! Menos mal que me acompañaron los niños de Villanueva y la soledad no fue tan completa. El internado, para mí era una novedad; pero no podía ser menos (ni más) que mis hermanos y hermanas, que todos ellos habían pasado varios años en distintos internados de la capital. No fueron los mejores años ni tampoco los peores de mi infancia, fueron cuatro años distintos. Lo mejor del colegio, quizás los compañeros con los que podía hablar, jugar y pergeñar alguna travesura. En el pueblo hubiera estado solo y sin escolarizar.

La casa de mis padres, en aquellos años, finales de los setenta y comienzos de los ochenta, quedó vacía. De alguna manera se llama eso que en aquellos momentos sufrieron mis progenitores. ¡Ah, ya me acuerdo, se llama síndrome del nido vacío! Un nido repleto de polluelos que poco a poco tuvieron que hacerse volantes e irse. Volvíamos a casa algún fin de semana, en los puentes y en vacaciones para que mis padres nos dieran el *cibiaco*¹, pues aún no éramos ni sabíamos ser independientes.

¹ Cibiaco. Cebo o alimento que los pájaros dan a sus hijos en el nido o fuera de él hasta que pueden manejarse por sí solos. (N. del A.).

Mi hermano mayor ya no vivía con nosotros cuando estuve escolarizado en Bermillo; tampoco mi hermana, la segunda en el orden de los nacimientos. Ambos se encontraban en el País Vasco. Así que mi infancia pasó sin apenas relaciones con los hermanos mayores. Supongo que en otras muchas familias ocurriría lo mismo, sobre todo en las familias numerosas o supernumerosas, que tanto abundaban en esas décadas del siglo anterior. Así, la única relación que teníamos con ellos era alguna carta, pues mi padre les escribía y ellos contestaban inmediatamente. De teléfono, nada, ya que mis padres en aquella época no «disfrutaron» de ese aparato.

¡Cuatro años en Bermillo de Sayago soñando volver a casa, anhelando que llegaran las vacaciones para reunirme con la familia: con mis padres y con los hermanos que en cada momento hubieran regresado! Poco más. También deseaba que mi abuela y mi abuelo estuvieran en casa, pero eso era difícil, porque mi abuelo paterno pasaba buena parte del año, siempre por turnos, en casa de mis tíos y tías en distintas localidades de la provincia. En aquellas fechas aún vivían seis de sus hijos por lo que mi abuelo sólo estaba dos meses al año con nosotros. A veces coincidían cuando yo estaba de vacaciones, pero no era lo normal. A mis hermanos mayores sólo los veía en Navidad, en Semana Santa y en el verano, por lo que tuve escasa relación ellos, al menos con los mayores. Recuerdo vagamente que me decían que habían estudiado con una enciclopedia, cuyo autor también era alistiano, concretamente de Ceadea, y que se llamaba Antonio Álvarez Pérez. Aquella enciclopedia ALVAREZ, según me ha contado mi hermano mayor recientemente, tenía tres niveles o grados de dificultad: Primer Grado, Segundo Grado y Tercer Grado. La Primera estaba destinada a alumnos de seis a ocho años; la Segunda, a los alumnos de ocho a diez años y la Tercera, a los alumnos mayores de diez años. Yo no conocí esas enciclopedias. En mi época cada libro traía sólo una asignatura y teníamos que llevar la mochila llena de libros, cuadernos y otros materiales escolares. Yo sí sé lo que pesaban, que cada mañana y cada tarde cargaba con todo durante el trayecto que tenía que recorrer (incluido el tramo del embalse en barca) para ir a la escuela de Villanueva y más tarde para coger el autobús que me llevaría a Fonfría.

Continuando con mi historial escolar, en Bermillo de Sayago estuve desde los ocho hasta los once años; después volví al pueblo, a Villafior, y mis padres me matricularon en el Centro escolar de Fonfría, edificio que años más tarde sería sede del CRA. ¡Otra vez a viajar cada día para poder ir a la escuela, para poder terminar la E.G.B! Tres años más viajando a diario, eso sí, ahora acompañado de otros niños, porque conmigo iban niños de aquella ruta compuesta por los pueblos de Villafior, Villanueva, Videmala y Cerezal. A Fonfría iban también niños de otras localidades de la comarca. No sé exactamente la cantidad de alumnos que estábamos matriculados en ese centro, pero pasarían de los doscientos. Ahora, sólo un puñado de alumnos cursan la Enseñanza Primaria en el CRA fonfriejo, un puñado de alumnos provenientes de algunos pueblos de la comarca.

Tres años yendo de Villafior a Fonfría para continuar escolarizado. No era la excepción, que en la provincia, con casi quinientas localidades, más de la mitad habían cerrado sus aulas a comienzos de los años ochenta y los niños y niñas se levantaban cada mañana sabiendo que tenían que coger un autobús que los llevara a los distintos centros escolares que permanecían abiertos. Fonfría era uno de ellos. No fueron a mejor las décadas siguientes y, a comienzos de este siglo, la mayoría de los pueblos zamoranos se habían quedado sin población infantil. Los motivos, las causas..., se deberían haber tratado a fondo ya en las décadas de los cincuenta y sesenta cuando el gran éxodo. Que se quedaran sin niños Villafior, Villanueva y otras localidades menores puede tener alguna explicación; pero que se hayan quedado vacíos o casi vacíos de población infantil poblaciones que a mediados del siglo pasado contaban con más de quinientas almas es difícil de explicar. Fueran los motivos que fueran, han hecho que nuestra comarca y nuestra provincia, desde septiembre hasta julio, luzca pueblos fantasmas, muy hermosos, eso sí; pero vacíos, silenciosos, fríos, solitarios...

Por todo lo dicho y por lo que me he dejado en el tintero, gracias a Fonfría y a todos aquellos pueblos que mantuvieron abiertas sus aulas durante los últimos cincuenta años, albergando alguna esperanza para nuestra tierra. Quizás todo cambie a mejor y toda Zamora, también Alba y Aliste, se vuelvan a repoblar como en épocas pretéritas, pero para mí y para mis coetáneos será ya tarde.

Como he referido a lo largo de estas páginas, fui alumno del centro escolar de Fonfría en los primeros años de la década de los ochenta. Mi nombre es José Manuel y mi hermano mayor, quien me habló no hace mucho de aquellas enciclopedias que usaron ellos en los años sesenta, se llama Bienvenido. Él, diecisiete años mayor que yo, sí estuvo escolarizado durante su infancia, desde mil novecientos cincuenta y nueve hasta mil novecientos sesenta y seis, en el pueblo, en Villafior. Yo no tuve esa suerte y, como mis ancestros y otros familiares hicieron en las décadas de los treinta, cuarenta y cincuenta, tuve que desplazarme diariamente, desde mi más tierna infancia, a Villanueva; tuve que cruzar el embalse en la barca de cable o en el pequeño barco de remos. Todo para estar escolarizado y lo que es más importante: para poder socializarme.

CONTIGO APRENDÍ...

Esther Martínez Álvarez
(Santuyanu, Asturias)

Mi pueblo está a escasa media hora de Oviedo, pero en aquellos tiempos, parecía que la ciudad siempre daba la espalda a las zonas rurales. Y al escribir esto, recuerdo siempre al sabio Jaime Izquierdo, que dice que desde los pueblos se ven las ciudades y no al contrario. Así era.

Lo primero que viene a mi memoria al recordar los años de escuela, son los inviernos en los que cada mañana íbamos sorteando los charcos y cuando helaba, rompíamos pisando fuerte el hielo de su superficie, calzados con madreñas, que nos quitábamos al entrar al portalón de la escuela donde quedaban esparcidas y desparejadas. En la puerta de la derecha estaba nuestra aula, la de niñas, pero nadie la llamaba así. Ni colegio. Era la escuela.

El edificio era de principios del siglo XX y albergaba también la escuela de niños, que había sido construida gracias a un benefactor, don Segundo García Tuñón, primer marqués de Las Regueras. La de niñas fue edificada más tarde y se entraba por otra puerta que había unos metros más abajo, en la fachada principal. Era común la separación por sexos y que para los niños hubiese un maestro y para las niñas una maestra.

Al entrar olía a madera y a gas de la estufa de butano, a goma de borrar y papel viejo. Había un encerado enorme de color negro, al fondo y al lado un desvencijado armario de madera. La luz entraba por las ventanas de la derecha. Al llegar antes de entrar, hacíamos una fila, ordenadamente y saludábamos: «Buenos días, señorita».

La hora de entrada eran las 9:30 horas de la mañana. El recreo a las 11 y la salida para comer, a las 12:30 para regresar por la tarde y seguir en la escuela entre las 14:30 y las 16:30. Los que vivíamos más cerca, íbamos a casa a comer pero quienes tardaban en llegar a la escuela más de media hora, traían la comida y la vecina más cercana o la maestra les calentaba la fiambrera.

Los pupitres eran de madera con dos asientos abatibles y un agujero donde antiguamente se guardaba el frasco de tinta. Seríamos en total unas treinta chicas. El suelo era de madera y la mesa de la maestra estaba en una tarima, unos 20 cm. por encima de nuestro nivel. Era lo habitual. En la pared mapas de tela, de España y del mundo.

Cantábamos a coro, los límites de España: «limita al norte con el mar Cantábrico y los montes Pirineos que la separan de Francia...», y no teníamos ni idea de que ríos surcaban nuestro pueblo ni que montes eran los que se veían nevados por la ventana.

Recuerdo a tres maestras de esa antigua escuela del pueblo. La primera fue doña Virginia, que falleció a los pocos meses de haber empezado yo. Mi madre había ido a hablar con ella para preguntarle si podría empezar. Iba a cumplir seis años y doña Virginia, me mando leer en una cartilla, el Rayas. Leía de corrido y con facilidad, por lo que fui admitida de manera inmediata. Después vino doña María José que era la mujer del veterinario local, que también llevaba el *don*, como el cura y el médico. Era buena pero duró poco en el puesto. Dejó su trabajo al fallecer su marido. La última y la que más años ejerció de maestra fue doña Nieves.

En septiembre cuando empezaba el curso, íbamos primorosamente vestidas. En Asturias a las batas escolares se les llama «mandilones», una prenda que había que comprar en la villa o en la capital. El mío era de rayas azules y blancas y llevaba un bolsillo en la parte izquierda del pecho, con unas letras bordadas a punto de cruz, en color rojo, con las iniciales de mi nombre.

En mi escuela nos agrupaban a las niñas desde los seis hasta los catorce años, con una única maestra para todas. Escuelas unitarias, se llamaban y eran lo habitual en el ámbito rural con anterioridad a la ley general de educación de 1970. Después fueron reduciéndose hasta casi desaparecer en la actualidad. Comenzaban entonces las concentraciones o grupos escolares. Lo bueno de aquellas escuelas unitarias era que todas, además de compañeras de escuela, éramos vecinas y amigas. No había necesidad de presentarnos cuando llegábamos.



Niñas de la escuela de Santuyanu.

Nuestros padres y madres se conocían, las familias eran extensas y todas teníamos una situación sociocultural y económica muy similar. Normalmente éramos hijas de campesinos y nos sentíamos unidas porque compartíamos las mismas situaciones; buenas o malas.

En los primeros años (yo nací a principios de los 60) utilizábamos como libro de cabecera,

el Rayas y el Amiguitos para iniciarnos en la lectura y un poco más tarde pasábamos a la *Enciclopedia Álvarez* de Primer y Segundo Grado, que traía de todo: Geografía, Historia, Matemáticas, Religión, Lengua... Los niveles obligatorios de escolarización eran de Primero a Octavo. Los del año 62, fuimos la segunda generación del BUP.

Teníamos unos cuadernos de marca «Rubio» para la caligrafía y un trapo y un costurero para aprender a coser y bordar. Se nos inculcaba que debíamos ser buenas y calladas amas de casa. Eran los primeros años 70. Recuerdo con cariño un maletín escolar con los dibujos de «Los muñecos de la Tele»: Cleo, Teté, Maripí, Peluquín, Coletitas y Cuquín. La televisión era en blanco y negro, al igual que la fotografía y al igual que la vida en los pueblos.

En primavera, debíamos cantar a diario canciones a la Virgen y llevar calas para adornar la escuela y la iglesia. Eran los mejores días del año. Después de hacer los deberes y merendar pan con chocolate, los niños y niñas nos juntábamos en el campo de la Iglesia donde cada día a las siete de la tarde, en el mes de mayo, las mujeres ancianas, «decían las Flores». Cantábamos «Venid y vamos Todos con flores a María «mientras maduraban las cerezas y nuestras rodillas se llenaban de cardenales y heridas de tanto jugar al *casayo* y a la comba. Los maestros y maestras que ya no vivían en el pueblo comenzaban a tener coche propio. Nuestra maestra tenía un Seat 600 blanco y el maestro de los niños un Simca blanco, del que no recuerdo el modelo.

Nuestra escuela no tenía patio, con lo cual los recreos transcurrían en la carretera provincial. No había peligro o si lo había no lo sabíamos. Era fácil esquivar los coches porque había pocos y porque sabíamos quiénes eran y a qué hora pasaba cada uno de ellos. La «línea», el autobús que hacía el trayecto entre Las Regueras y Oviedo, y los lecheros tenían horas fijas, por lo que era fácil controlarlos.

Los juegos más frecuentes entre las niñas eran la comba, la goma, los del corro, el pio-campo y la maya (el escondite en Asturias). De juntarnos con los niños, nada de nada. Ellos jugaban también en la carretera pero un poco más arriba. Los maestros vigilaban siempre que no hubiera ningún contacto físico entre unos y otros.

Al volver del recreo, tocaba dictado y lectura en voz alta por turnos. A primera hora de la mañana tras el canto y el rezo (duraba muy poco), éramos llamadas de una en una y nos levantábamos del asiento para «decir la lección». Después unas cuentas y problemas y dictados en los que si te equivocabas, tenías que copiar 10 veces al menos, la palabra que habíamos escrito de manera errónea.

¡Qué poco se estudiaba lo cercano en aquellas escuelas rurales! «Lo nuestro, lo propio», nos habían hecho creer que no valía nada, que todo lo bueno estaba fuera y que la única razón para ir contentos a la escuela, era adquirir los conocimientos necesarios para marcharse cuanto primero mejor. Nadie nos inculcó en la escuela, por muy rural que fuera, el amor al territorio, la necesidad de preservar el legado, el patrimonio inmaterial, nuestras costumbres... En aquella época lo rural era noticia en los medios informativos, por las desgracias. En los telediarios se retrataban a los aldeanos como gente bruta, inculta y sin futuro.

Aquellos años de escuela rural, forman parte de nuestra historia personal, de nuestro patrimonio colectivo e individual, y aún hoy sigue siendo una realidad testimonial que se niega a desaparecer, perviviendo a través de otro tipo de estructuras, como los colegios rurales agrupados o como algunas escuelas de educación infantil que aún se mantienen en las antiguas unitarias rurales.

LA VIDA DE UNA MAESTRA

Montserrat Martínez Ramos

(Sejas, Tola y Villanueva de los Corchos, Zamora; Azkoitia, Guipúzcoa)

Apenas tengo recuerdos de la estancia en la escuela de mi pueblo; lo que sí me queda es la admiración que tenía a mi maestra, por la forma de tratarnos y el cariño con que enseñaba, incluso sus métodos, inusuales en aquella época –1945 a 1949–.

Dejé mi casa, mi pueblo, mi escuela, para seguir los estudios en el colegio de huérfanas que la Guardia Civil tenía en Deusto, donde permanecí hasta acabar Magisterio.

Tanto el Bachillerato como los cursos de Magisterio los hice interna; nuestras profesoras eran monjas, algunas sin demasiada preparación, y nos examinábamos de todas las materias en las convocatorias de junio y/o septiembre en el instituto correspondiente los cursos de bachillerato, reválida incluida, y después en la Escuela Normal los de Magisterio.

Mi conocimiento de la escuela era nulo puesto que la preparación académica que recibíamos en aquel entonces era totalmente teórica, por tanto no había prácticas o, al menos yo, no las hice. Lo más parecido a unas prácticas fue cuando, acabada la carrera, salí del colegio y pasé un par de meses en un centro de la ciudad gracias a la directora que me permitía ver cómo se desarrollaban las clases a cambio de ayudarle con unos gráficos que la Administración le exigía.

Ante la imposibilidad de hallar trabajo una maestra recién horneada, regresé a mi casa para preparar oposiciones. Fue en ese momento cuando la maestra de Sejas de Aliste me pidió que la sustituyese mientras ella opositaba a poblaciones de más de diez mil habitantes; acepté el reto a pesar de que me inspiraba un gran respeto. En Sejas me alojé con Rosa, una mujer encantadora que siempre me llamaba «la mi maestra»; hablaba la lengua de su pueblo (San Mamed, *Sanamede* como ella decía), con expresiones un tanto enrevesadas; baste como ejemplo la siguiente oración: «tomay esbullisailas vusotros que tenedes buen bagar», que le soltó a la pareja de la Guardia Civil entregándoles un mandil de castañas asadas. Me quería aquella mujer ignorante pero tan sana de mente que era un encanto estar junto a ella; durante años cada vez que iba a Sejas la visitaba y era de ver qué abrazos me daba.

El edificio era –todavía es– muy bonito, creo que se construyó durante la República; una cancela de hierro daba acceso al patio de recreo, común para chicos y chicas, al fondo dos aulas, amplias y luminosas separadas por pequeños cuartos para

diversos usos: leñera, cuarto de la leche, incluso servicios sanitarios que no se usaban ya que carecían de agua corriente. El mobiliario consistía en dos filas de pupitres corridos donde se podían sentar de cuatro a seis alumnas, en un ángulo el armario donde se guardaban libros de lectura, catecismos, enciclopedias, cuaderno de aula, libro de matrícula y asistencia, etc. (estas características se repitieron en todas las escuelas de la provincia de Zamora en que estuve destinada).

Al fondo silla y mesa de la maestra; presidiendo, en el testero principal, un crucifijo y sendos cuadros del Caudillo y de José Antonio Primo de Rivera. Como no podía ser de otro modo, había mapas físicos y políticos algunos colgados, otros enrollados. En el centro, una estufa de leña que daba mucho humo y poco calor, razón por la cual nunca se encendía tal vez fuese porque los adultos que tenían que surtir de combustible no eran muy diligentes y la leña que teníamos estaba verde y/o mojada, así que cada niña traía su propio braserito, normalmente hecho con una lata, que se llenaba con la lumbre que cada cual tuviese en casa.

La jornada escolar comenzaba a las diez; después del rezo preceptivo y de comprobar la asistencia se distribuían las tareas y comenzaba el trabajo que se interrumpía a las once y media, hora del recreo, momento en que se tomaba el vaso de leche que habían preparado dos alumnas de las mayores; a las doce se reanudaba la tarea hasta la una en que se interrumpía para comer. El horario de tarde era de dos horas, de tres a cinco.

Eran lectivos todos los días laborables de lunes a sábado excepto las tardes de los miércoles en que no había clase salvo que se hiciese un paseo escolar al que no era obligatorio asistir.

Durante la mañana se trabajaba Lenguaje y Matemáticas, dejando para la última hora Geografía e Historia, Ciencias, etc. Por la tarde el resto: labores, manualidades, dibujo o catecismo que recitaban en voz alta mientras se cosía ya que era obligatorio saberlo de memoria. Los paseos por el campo eran aprovechados para observar todo aquello que podía tener interés, aunque debo reconocer que yo aprendí de mis alumnas más de lo que yo podía enseñarles, ellas vivían en contacto con la naturaleza y de plantas y animales sus costumbres, alimentación, aprovechamiento, etc. Lo sabían todo.

Puesto que era una escuela unitaria, no era fácil distribuir el tiempo para poder atender a los tres grupos de alumnas: mayores, medianas y pequeñas, pero no recuerdo que hubiese problemas ya que se ayudaban unas a otras sin apenas tener que intervenir.

Debo reconocer que me asustaba enfrentarme a las alumnas en aquella escuela unitaria y al mismo tiempo me atraía porque, pensaba, otras habrán pasado por lo mismo y han salido adelante así que una mañana me presenté ante ellas como si tuviese toda la experiencia del mundo. Cada alumna tenía su propio cuaderno donde iban reflejando las tareas propuestas. Ya fuesen de Lengua, de Ciencias o cualquier otra asignatura incluidos los problemas de Matemáticas, las cuentas se realizaban en

aquellas pizarras tan al uso en aquella época. De mi paso por Sejas de Aliste guardo un grato recuerdo, alguna anécdota y amigos que aún conservo.

En cuanto a la didáctica no supuso para mí gran dificultad, sólo tuve que seguir el programa que la maestra titular tenía diseñado para el trimestre. Las niñas mayores fueron de gran ayuda al indicarme las cosas que hacían antes de mi llegada; con ellas compartí paseos, canciones típicas de la localidad, costumbres, etc. Se podría decir que aprendí de ellas más que lo que ellas aprendieron de mí en los dos meses que permanecí en aquella escuela.

Aprobadas las oposiciones fui destinada como propietaria provisional a la escuela mixta de Villanueva de los Corchos. Había algunas diferencias con la escuela de Sejas, ésta era más pequeña y estaba más deteriorada, pero tanto el mobiliario como su distribución eran de similares características, no así la dotación de material didáctico que era escaso y bastante deteriorado. Aquí tuve mi primer contacto con la coeducación y aunque el número de alumnos era abultado no recuerdo que hubiese problemas entre ellos/as. Lo verdaderamente destacable es que en aquel pueblecito apenas había matrimonios jóvenes, estaban en Alemania o en Suiza como emigrantes, por lo que la mayoría de los niños vivían con los abuelos para quienes lo más importante era que sus nietos aprendiesen a leer a escribir y a contar. La asistencia era buena a pesar de que los niños tenían que ayudar en pequeñas tareas tanto dentro de casa como en el campo.

Durante ese curso apliqué la metodología ya practicada en Sejas y los mismos programas en la medida de nuestras posibilidades; echándole imaginación y trabajando mucho conseguimos sacar niveles aceptables.

Pese a que el pueblo era muy pequeño, el número de alumnos era notable, admití algunos sin la edad requerida porque o entraban al aula o quedaban en la calle hasta que se hacían cargo de ellos sus hermanos mayores.

La experiencia fue bastante dura carecíamos de lo más elemental: en el pueblo no se podía comprar ni un gramo de sal, no había electricidad, el alojamiento era muy precario las comunicaciones con los pueblos más cercanos por caminos intran-sitables, en fin, que salvo la relación humana con las familias y en la escuela y lo grato que resulta sentirte querida, fue algo casi tercermundista lo que sí percibí claramente es que la figura del maestro en estos pueblos pequeños era muy valorada baste como ejemplo el que fuese requerida, en cierta ocasión para asistir un parto.

El concurso de traslados me llevó como maestra titular a Tola de Aliste. Ni el edificio ni el mobiliario ni el material disponible diferían mucho de las anteriores así que los dos cursos siguientes fue reflejo de lo que ya había experimentado en Sejas tanto a nivel didáctico como de programas y de metodología.

Las familias mostraban poca inquietud respecto a la educación de sus hijas así que la asistencia era irregular sobre todo cuando las faenas agrícolas aumentaban y los niños tenían que colaborar en las tareas cotidianas como vigilar el ganado, recoger frutos, acarrear agua o cuidar a los hermanos más pequeños. Es gratificante que mis

alumnas de Tola de Aliste, a las que veo con frecuencia, me recuerdan con cariño. ¿Se puede pedir más?

El curso siguiente comenzó para mí un nuevo periplo, obtuve una plaza en Azcoitia (Guipúzcoa) así que regresé al País Vasco donde la presencia de maestros castellanos era muy demandada.

La escuela estaba ubicada en lo alto del monte Izarraitz, muy cerca del santuario de Loyola, pero tan mal comunicada que sólo se podía acceder a ella andando por senderos empinados, muy fatigosos.

El edificio era pequeño, luminoso y bien orientado. El mobiliario adecuado y suficiente y no estaba mal dotada de material dadas las circunstancias.

Los alumnos, niños y niñas, acudían andando desde sus respectivos hogares, caseríos diseminados por la ladera del monte, y a pesar de la distancia, de los senderos embarrados, de la climatología adversa no faltaban ni un solo día a su «eskola».

Enseñar a aquella veintena de niños fue todo un reto, yo no conocía ni una palabra de euskera y ellos apenas conocían unas pocas palabras de castellano, saludar y poco más ¿Cómo entendernos? Con dificultad, pero gran interés por ambas partes.

Puesto que lo más urgente era poder comunicarnos, las clases, en su mayoría, se desarrollaban oralmente para ellos era muy importante hablar castellano puesto que su futuro estaba en las fábricas del valle donde no se hablaba euskera así que los contenidos eran irrelevantes lo importante era: hablar, escribir y «cuentas» básico ¿verdad?

Con esta experiencia, donde a pesar de todo fui muy feliz, terminó mi periplo por escuelas rurales y comenzó mi paso por colegios urbanos, acabó mi docencia como maestra única de «yo me lo guiso, yo me lo como», y pasé a formar parte del claustro de profesores en centros con un sistema organizativo bien estructurado.

Desde septiembre de 1966 a septiembre de 1999 en que me jubilé, ejercí en distintos colegios de la ciudad de San Sebastián.

Los centros públicos de la ciudad tenían prácticamente la misma estructura, eran recintos cerrados con todo lo necesario para el desarrollo de las distintas actividades escolares: gimnasio, salón de actos, dependencias de dirección, secretaría, visitas, tutoría, etc. Las aulas eran amplias muy bien dotadas de mobiliario y de material didáctico adecuado, moderno y abundante; acostumbrada a las carencias de mis destinos anteriores tanta abundancia me parecía excesiva y, desde luego, claramente discriminante.

En un principio impartí las materias que la dirección del centro me asignó según las necesidades educativas y la disponibilidad del profesorado que además de las clases correspondientes debía atender otros servicios como secretaría, comedor escolar, salidas, sustituciones, tutorías, etc.

En cursos sucesivos, siempre en los niveles superiores, impartí distintas asignaturas: Naturales, Sociales, Manualidades, Dibujo y Lenguaje debíamos saber de todo, para eso éramos maestros. Aquí hago un inciso para reivindicar este título, *maestro*

—que ahora hemos dejado a los toreros— porque considero que tenemos la obligación de *enseñar* desde que entramos en la escuela hasta que salimos ya sea a ceder el paso, a saludar correctamente o a explicar el Teorema de Pitágoras.

Cada una de esas materias requería su propia programación en la que era preceptivo especificar: objetivos, contenidos, actividades, material, recursos y otros varios que sería largo de explicar así que, por supuesto, no utilizaba los mismos recursos ¿eso es posible? En Ciencias, por ejemplo, desde la confección de fichas resaltando las características principales, ya fuesen plantas o animales, al estudio del cuerpo humano en grandes láminas o en maniqués a la recogida de hojas y pequeñas plantas que se secaban y clasificaban en álbumes en la hora de manuales. En Sociales, mapas de todo tipo, cuadros sinópticos, noticias de prensa, en fin todo lo que pudiese ser de interés. En resumen teníamos material abundante, moderno y adecuado y hacíamos uso de él.

Por aquel entonces comenzaba a implantarse el euskera en las escuelas, intuíamos que el profesorado castellano-parlante tendríamos que aprenderlo y lo intentamos, pero debido a múltiples causas: la estructura propia de esa lengua, la metodología aplicada en las clases, el profesorado que la impartía —sin preparación idónea— el horario (tarde-noche), muchos abandonamos. El sacrificio era muy grande y los resultados muy pocos. Personalmente opté por especializarme en Filología Española y Francés y, una vez conseguida la especialización, comencé a dar clase de Lengua y Francés en el ciclo superior de EGB. hasta mi jubilación en el C.P. Amara-Berri situado junto al estadio de Anoeta.

Siempre me ha gustado enseñar, he disfrutado haciéndolo sobre todo impartiendo Lengua Castellana (más de 25 años) al principio 5 horas semanales por grupo después menos tiempo al reorganizarse los horarios para dar cabida al Euskera en el horario escolar. El Francés desapareció muy pronto sustituido por el Inglés. Para facilitar el aprendizaje, establecí la programación conjuntamente para los tres niveles dosificando los contenidos al considerar que los dos primeros estaban sobrecargados respecto a 8º, no obstante, había objetivos comunes: ortografía, vocabulario, morfología sintaxis que se trabajaban de forma similar.

La metodología era activa y muy participativa se programaban charlas, debates, entrevistas, comentarios de texto sobre fragmentos literarios, en prosa o en verso, de autores clásicos y también de escritores contemporáneos. Así trabajamos textos desde *El Lazarillo de Tormes* hasta Miguel Delibes, e incluso mis alumnos leyeron novelas de autores locales como Raúl Guerra Garrido o José María Mendiola, o de otros que entonces comenzaban su carrera como Eduardo Mendoza o Jordi Serra i Fabra. Con el tiempo fui introduciendo otro tipo de textos, extraídos de la prensa escrita, ayudándoles a hacer una lectura organizada y crítica del contenido de los periódicos. También utilicé la publicidad como fuente para, por ejemplo, recursos de estilo en el comentario de texto. Recuerdo como, para explicar la personificación, recurrí a un conocido eslogan de una marca de pipas: «y el toro dijo al morir...».

Cualquier texto escrito por los alumnos era aprovechado para corregir y comentar tanto el contenido como otros aspectos: cuando la presentación era correcta, letra, márgenes y sobre todo ortografía –aspectos en los que fui muy estricta– la nota final del trabajo podía incrementarse con un punto adicional lo que suponía un estímulo para el alumno. Fue muy bien acogido entre ellos el trabajo sobre formularios administrativos, así como la redacción de recursos, instancias y reclamaciones. Una de las cosas que más les sorprendió fue la dificultad de redactar un telegrama, algo aparentemente sencillo. Les ayudó a valorar la importancia de escoger las palabras y la variedad de significados que podían llegar a tener éstas.

En cuanto a la ortografía se trabajaba sobre las reglas de la RAE. Yo les proponía reglas nemotécnicas y pequeños versos para recordar las más complejas; los propios alumnos acabaron colaborando con pequeños pareados como: «Entre comillas detrás y delante / debes poner lo más importante» o «Las agudas en vocal, / N y S en el final, / las tildes deben llevar». Otras fórmulas jugaban con la rima y la grafía como «EnRique viajó alRededor de IsRael» para recordar las excepciones de la R en interior de palabra. Estos poemillas contribuían a que las normas ortográficas les parecieran más atractivas. Se hacían pequeños dictados de frases cortas preparadas al efecto y dictadas en su conjunto, nunca palabra por palabra. La ortografía es árida y difícil, pero conseguimos dominarla.

Había en el mercado cuadernos con series de palabras con los que trabajábamos: sinónimos / antónimos, familias léxicas y semánticas con dos objetivos: que sus trabajos escritos fuesen mejores evitando la repetición de vocablos y su léxico fuese más abundante.

Utilizábamos textos cortos, escogidos en base a un objetivo concreto; sobre ellos además de comentar el contenido de fondo, el mensaje, analizábamos la forma: morfología y sintaxis: oración simple en 6º, coordinadas en 7º y subordinadas en 8º.

Para su trabajo personal cada alumno llevaba un cuaderno de anillas con separadores para las distintas asignaturas, en él realizaban las tareas de clase, el resto de trabajos los hacían en folios que una vez corregidos y evaluados eran devueltos al alumno quien podía comentarlos conmigo e incluso reclamar si consideraba que merecía mejor nota. Es fácil deducir que llevaban deberes para casa, ¿cuánto tiempo les llevaba hacerlos? Dependía de muchos factores.

El cuaderno de Lengua se estructuraba según los contenidos: había un apartado especial para los apuntes que, aquellos que los tenían claros y bien organizados, renabilizaban porque los podían consultar en los exámenes minuto o minuto y medio.

En Historia de la Literatura daba prioridad a los clásicos más relevantes de los que resaltábamos en fichas breves: su estilo, el movimiento al que pertenecía y una o dos de sus obras. Aquí supongo que mis preferencias personales pesaron un tanto: la Generación del 27 fue, sin duda, la que mejor llegaron a conocer. Para dar mayor dinamismo a esta materia, aprovechaba cualquiera noticia de la prensa –homenajes,

exposiciones o premios literarios— recortando cualquier noticia sobre libros y autores clásicos o actuales que, una vez comentada, quedaba en el tablón de clase.

Para fomentar la lectura opté por la literatura juvenil, abundante en la biblioteca escolar, cuyo funcionamiento era muy activo entre otras cosas porque era gestionada por los propios alumnos que rotaban en el servicio.

Para hacérsela más atractiva, comenzaba por hablarles de las novelitas que había seleccionado para el trimestre creando un cierto suspense después cada cual elegía la que más le gustase, debía leerla en dos semanas para devolverla al centro (otro compañero podría necesitarla) y rellenaba la ficha correspondiente que contenía diversos ítems sobre distintos aspectos del libro, recopilando así los datos que iba a necesitar para hacer un trabajo complementario de valoración para lo cual ponía a su disposición un guión, previamente elaborado, en el que se priorizaba más el fondo que la forma, el mensaje más que el argumento, era importante que en su valoración especificase si le había gustado y por qué. Una vez corregido lo podía exponer a sus compañeros si así lo deseaba. Era obligatorio leer un libro por evaluación, es decir, tres por curso; naturalmente la puntuación obtenida era una nota más en la evaluación final.

De todas formas, éstos se programaban a largo, medio y corto plazo. En el primer caso un trimestre para el trabajo de lectura; a medio plazo, dos o tres semanas, redacciones, comentarios de texto después de haberlo hecho oralmente en clase; a corto plazo los relacionados con el trabajo de cada día entre los que cabría destacar la redacción coherente de pequeñas frases con cada una de las faltas que había cometido en el dictado y/o los trabajos que se le devolvían corregidos.

Una de las cosas de las que me siento más orgullosa es haber logrado gestar grandes aficionados a la lectura.

Todo ello requería que todo el tiempo disponible tanto dentro del centro como en casa lo emplease en la preparación de lecciones, selección de textos, elaboración de guiones, dictados, poemas y sobre todo a la lectura, corrección y evaluación de los trabajos y controles de los alumnos; fueron muchas las horas que robé al sueño.

Nunca fui partidaria del castigo, como tampoco lo fui nunca del premio. Siempre he creído que al adolescente había que tratarlo como a un adulto obviamente con su distancia. Aposté por fomentar la autosatisfacción del alumno a través de pequeños incentivos como darle uno o dos minutos de consulta en el examen o subirle la puntuación cuando se notaba su esfuerzo y su interés. Creo que ahora a esto se le llama «evaluación continua». Lo más parecido a un premio era el cuenco de caramelos que siempre había sobre mi mesa. Nunca abusaron quizá porque entendían que eran de todos, suyos y míos. Esta lección, en circunstancias muy diferentes —en un mundo muy diferente— la aprendí de mis hermanos mayores cuando apenas levantaba un palmo del suelo. Cuando volvíamos de la escuela, en aquel Alcañices de posguerra y de hambre, ellos se reían porque habían escupido y meado en el botijo del maestro, venganza contra un magisterio represivo. En mi primer destino —Sejas— lo primero que vi al entrar en el aula fueron dos botijos: uno para las niñas y otro para la maes-

tra. Recordando la gamberrada, opté desde entonces no hacer esos distingos. Con el tiempo, aprendí que lo que nació como medida de precaución se había convertido en un lazo de camaradería.

Respecto a la relación con los padres, había diferencias, pero en lo que a mí respecta, en todas las circunstancias, intenté que fuese fluida, correcta en el trato y veraz en cuanto al rendimiento de sus hijos; en las escuelas rurales el contacto era más de tú a tú, en cualquier momento, dentro o fuera de la escuela, para ser sincera más veces fuera. En los colegios urbanos la entrevista se realizaban en el centro, de acuerdo con el calendario establecido a comienzo de curso en el plan de centro debía ser previamente concertada bien a petición de la familia o demandada por el profesor; lo que si tenían en común era que muy raramente venía el padre casi siempre era la madre quien asistía ya fuese una entrevista personal o la reunión de nivel que se hacía a comienzo de curso para presentar el plan previsto: la metodología, la didáctica o cualquier otra incidencia programada, como visitas, excursiones, etc. Debo resaltar que, en mi último destino, las familias se implicaban en la educación de sus hijos y eran muy receptivas ante las propuestas que se les hacía.

A lo largo de mi trayectoria profesional he vivido unas cuantas leyes de educación cada una de las cuales nos impuso «modas» diversas como: las famosas fichas, el Plan de Centro, o las programaciones que debían estar –muy bonitas ellas– expuestas en el aula, que yo recuerde nadie nos dio pautas de cómo hacerlo.

SER O NO SER

Serafín Maza Campo
(Ubrique, Cádiz)

Un día estando en la escuela me oriné en los pantalones porque los Ubicuos me amenazaron con darme una paliza. Según dijeron yo los había humillado al no querer dejarles los ejercicios de clase ya resueltos. Se olieron que aquel hecho traería emparejado un duro castigo del maestro y decidieron esperarme a la salida del colegio. El resto de la clase vio cómo me rodeaban en el pupitre con sus navajas abiertas, pegando el filo de acero a mi carne y jurando que me harían cortes hasta dejarme cicatrices para toda la vida. Pero cuando los Ubicuos vieron mis pantalones mojados comenzaron a reírse a carcajadas. Con su júbilo y mi bochorno desistieron en su agresión, pero con mi desgracia saborearon su triunfo en la batalla. Eso fue lo que pasó. Era la primera vez en mi vida que sentía la adversidad como algo inherente a mi condición humana. Soñé muchas veces con aquel día y aún lo recuerdo como una pesadilla. Al pensar en la mortificante estridencia del timbre que indicaba el final de las clases imaginaba a los dos hermanos escondidos, esperándome en algún lugar de la calle para cumplir su venganza. Guardo en mi memoria la luz mortecina del aula y su olor; el crucifijo en la pared con un Cristo muerto que ya poco podría hacer por mí; el cuadro de Caín asestando a Abel el golpe mortal con la quijada del asno y, al fondo de la clase, esperando agazapados en la penumbra, a los Ubicuos.

Don Nicolás era nuestro maestro y, de cuando en cuando, salía de la clase a beber en la cantina su inexcusable carajillo. Cada vez que se iba, yo hubiera dado mi colección de tebeos de «Apache» y mi libro de «Miguel Strogoff» por manipular las manecillas del reloj y hacer que regresara. En su ausencia me sentía indefenso. No quería sufrir más los brotes de ira de aquellos despreciables gemelos que me tenían enfilado y que habían cruzado vilmente mi línea de intimidad con sus tormentas de odio y sus bravatas.

Los Ubicuos eran peritos en refriegas. Entre sus abominables praxis se encontraban la de buscar nidos de pájaros con crías para ahuyentar a la madre durante unas horas y ver cómo los pollos piaban de inanición. También les gustaba ensartar gatos con varillas afiladas de paraguas viejos y se deleitaban en el execrable festín de su agonía. Robaban en las tiendas y, si los pillaban, rompían las lunas de los escaparates por haberles herido el orgullo —cuando algo no les salía bien se quejaban de haber sido heridos en su vanidad—. A mí, por considerarme entre los nobles entusiastas del

saber, me llamaban marica y me amenazaban con llevar de por vida las cicatrices de sus navajas. Mentir y matar eran los verbos que mejor conjugaban y como buenos matones nos obligaban a los demás a escuchar el relato de sus actos repugnantes. Permanecíamos tensos y asustados mientras contaban sus proezas envueltos en su depravada aura de heroicidad.

Don Nicolás fue quien los bautizó con el florido apodo de «Ubicuos», cosa que a ellos no les gustó. Lo hizo argumentando que se merecían aquel mote porque estaban presentes en todas las peticiones. El maestro sabía que desde ese momento se convertirían en una pústula enconada con nulas expectativas de mejora. Los nombrábamos por su mote en privado porque no nos atrevíamos a hacerlo en su presencia. El día que me oriné, el maestro dijo con mucho énfasis que los castigaría por desacato a la autoridad. Claro que la autoridad era yo mientras él estaba en la cantina y eso no me gustaba. Tuvieron que escribir doscientas veces «La violencia es el refugio de los incompetentes», una de las máximas con la que don Nicolás se regodeaba en su pomposo halo de pericia. Con el índice levantado los amedrentaba y entonces los Ubicuos, heridos y temibles como piratas despechados por sus damas, con el cuerpo marcado de tantas broncas y reyertas, se la juraron. Aunque es cierto que nunca llegarían a cumplir sus amenazas porque el maestro tenía sus métodos para intimidarlos con la policía y el correccional.

Aquella noche en mi casa sentí miedo de verdad. No se me despegaba de la cabeza la vergüenza de verme delante de todos con los pantalones mojados. A veces deseaba ser menos aplicado en la escuela, sobre todo para que don Nicolás no me nombrara su autoridad y así no tener que vigilar la clase cuando se iba a la cantina. Y más con los Ubicuos dentro, temibles transgresores de las normas y los buenos modales. Cuando sonaba el timbre que anunciaba el final de las clases los dos hermanos salían en estampida, pero aquel día se quedaron para hundirme y humillarme porque, según ellos, yo había sido el causante de su deshonra.

—Te la has ganado chaval—, me dijeron pasándose sus índices por la garganta como habían aprendido de las películas de forajidos. En ese instante fui el ser más frágil de la tierra frente a aquellos dos lobos hambrientos. Y todo por no pasarles las soluciones de los problemas de álgebra que don Nicolás había puesto en la pizarra para que los hiciéramos mientras estaba en la cantina. Con el ruido del timbre me puse a temblar. En el pupitre ralenticé mi ritual de recogida de libros y cuadernos alargando el tiempo que supuse que jugaría a mi favor. Los Ubicuos me esperaban en la puerta con sus miradas iracundas; a través de ellas podía sentir el innoble efecto de su veneno. Aquellas miradas letales me traspasaban. Sin embargo, en ese preciso instante noté en mi cuerpo algo extraño: experimenté por primera vez en mi vida una rara sensación de seguridad, un agradable sentimiento de suficiencia, algo intangible con lo que aguijonear a los perversos; sólo que, desgraciadamente, aquella sensación se esfumó antes de que pudiera tomar alguna entidad. Como un reo condenado a muerte me hice el remolón y procuré salir a la par que el maestro. Así que una vez

más el maestro fue mi redentor, otra vez me salvó don Nicolás de la ruindad de aquellos dos perdonavidas a los que no les quedó otra opción que largarse heridos mientras mantenían una desafiante postura frente al maestro, riéndose de la frase que habían tenido que copiar y cuyo significado jamás llegarían a comprender.

El historial malhechor de los Ubicuos era amplio. Causaban pavor entre todos los niños y por supuesto también en mí. Me esperaban en la verja. Apostados en ella movían sus navajas por encima de la nuez. No tenía dudas de que había sido el miedo atroz que me inspiraban lo que hizo que me orinara en el pantalón. Me sentí el más diminuto y ridículo de los seres mientras la orina caliente bajaba por mis piernas y me calaba hasta los calcetines y los zapatos. En ese instante deseé que la tierra me tragara. Don Nicolás, conocedor de sus malas artes, se me acercó, me agarró por el hombro y me acompañó hasta la salida. Inútilmente intenté tapar mi vergüenza con el jersey y la carpeta y en la verja, con la respiración de los Ubicuos en mi cogote, me desmoroné. Mi llanto era inconsolable. A través de mis ojos anegados vi sus risas dañinas y cómo mis victoriosos antagonistas replegaban armas y posponían su venganza para mejor ocasión.

Apenas dormí. En la brevedad del sueño volvieron las pesadillas. Me encontré solo en una barca a la deriva sobre un lago. Desde la orilla me llegaba el eco de mi propio llanto; escuchaba lamentos sobre los espesos jirones de bruma que me asfixiaban. De repente pasó a mi lado otra barca en la que iban mis compañeros de clase burlándose de mí; un coro de risas que dejaron a su paso un sonido sobrecogedor. Me desperté y había empapado las sábanas con mi sudor. En un pensamiento reflejo me llevé la mano a la entrepierna y comprobé para mi deleite que no me había orinado.

Me relajé un poco y empecé a pensar en el día siguiente. Entendí que los Ubicuos me habían concedido una tregua porque el hecho de haberme meado en los pantalones supuso un triunfo para ellos. Pensé en las constantes ausencias de don Nicolás y en que mi ridícula autoridad no era más que una provocación para aquellos dos gallos de pelea. Me los imaginaba cumpliendo su venganza. Se convirtió en un suplicio el hecho de pensar que pudiera orinarme de nuevo delante de toda la clase porque los Ubicuos eran de los que no hacían prisioneros. Pensé si debería contar a mis padres lo ocurrido. Pero luego me dije que de esa forma nunca conquistaría mi propia dignidad; que nunca fraguaría la agradable sensación de suficiencia que, cada vez más persistente, se anunciaba en mi interior. ¿Cuánto tiempo duraría la protección de don Nicolás? ¿Tendría que vivir siempre bajo la esperanza de su respaldo? No. Algo empezaba a cambiar en mí; algo que me decía que, aunque aquellas dos sabandijas se salieran con la suya en sus tropelías y se hubieran acostumbrado a la victoria, yo estaba preparándome para dar un giro a mi actitud pusilánime y enfrentarme a ellos. Si no lo hacía me arrastraría de por vida bajo el sambenito de ser una gallina asustadiza.

La verdad es que la reiterada aparición de aquel orgullo recóndito suponía un presagio halagüeño que iba tomando vida en mi corazón. Como el ave fénix renacía

en mí un instinto de supervivencia que lentamente desperezaba mis ancestros dormidos para defenderme. Los Ubicuos eran temibles, sí; pero nadie los quería, nadie iría con ellos a una cruzada por el honor. Todo el mundo conocía sus actos execrables. ¿Quién se aliaría con ellos si no fuera bajo la influencia del miedo? La gente se pondría de mi lado. Yo ascendería en el escalafón del liderazgo y la amistad, aunque fuera con un brazo fracturado, con una pierna herida o con un navajazo en la barriga. Triunfarían mis pequeñas virtudes frente a la sinrazón de los gemelos. Soñaba con ser yo el héroe que los desterrara sin necesidad de tener que recordarles el correccional o la policía.

Hasta que llegó el día de la batalla definitiva. En contra de lo que se preveía no tuvo lugar en la escuela mientras don Nicolás salió a beber uno de sus carajillos. Sucedió en la calle, a priori el territorio más favorable para ellos. ¿Y con qué armas contaba yo?, me pregunté. ¿Sólo con la honradez y la razón? Es cierto que son armas poderosas, sí, pero el tirachinas, las varillas afiladas de los paraguas y los puños eran más eficaces. Ellos dominaban el arte de la guerra; sus recursos eran infinitamente mejores que los míos: navajas, hondas fabricadas con tiras de cuero, finas varas de adelfa sin nudos, cajas de cerillas, bolas de pegamento, etc. Estaba claro que yo peleaba en desventaja y que para la guerrilla urbana no bastaban la razón y la inteligencia. Pero los Ubicuos no sabían que en la oscuridad de la noche la imaginación se desborda y las fuerzas se ajustan. La vigilia da vigor a los héroes, al menos hasta que el alba anuncia los lances del nuevo día.

En la cama le di muchas vueltas a esa idea. Todo iría bien mientras don Nicolás estuviera en el aula, pero, ¿qué sucedería cuando se ausentara y me convirtiera en su autoridad? ¿Temblaría cuando los Ubicuos me pidieran las tareas escritas en la pizarra? ¿Cuándo me exigirían a la fuerza las soluciones a los problemas de álgebra? Estaba seguro de que nadie se uniría a mí por temor y hasta imaginé con horror que me orinara de nuevo. Pero aun así había comprendido que una buena parte del ser o no ser en mi vida dependía de aquel reto. ¿No era demasiado exagerado pensar que si llegaba a morir en él me convertiría en leyenda en el pueblo por la valentía de haberles plantado cara?

Aquella mañana me sentía diferente. Ordené mi carpeta para la escuela. Disimulé comer algo porque mamá era muy pesada y no perdía ese instinto básico de las madres con la comida para sobrevivir. ¡Qué sabría ella lo que en esos momentos era la supervivencia para mí! Antes de salir me obligó a tomar calcio. «Estás demacrado y alicaído. Los libros consumen demasiado», me decía. ¡Cuánta dulzura e ingenuidad! Si mi madre supiera algo no me hubiera dejado ir a la escuela aquel día. Hasta que por fin me puse en camino. En mi estrategia aminoré el paso y retrasé a conciencia la llegada a la escuela. En el bullicio de la entrada los Ubicuos se pegaron a mí y me volvieron a mostrar sus afiladas navajas.

—Seguro que hoy pierdes los huevos si te lo propones—, me dijeron.

Mi sudor delataba que había comenzado la tragedia; sus armas eran la muestra más evidente de la hostilidad. Aquella mañana, mi bonita caligrafía fue un cúmulo de garabatos; mi mano no dejaba de temblar sobre la hoja rayada. El mayor de los hermanos no supo resolver las primeras cuentas y ello aumentó la tensión. La regañina del maestro hizo que aquel rufián pusiera sus ojos sobre mí; podía sentirlos a mi espalda, podía imaginar que la pelea era ineludible. En aquel momento don Nicolás pidió al menor que conjugara en voz alta unos tiempos del verbo mentir. El significado tal vez lo conociera, pero conjugarlo se le hizo muy cuesta arriba. Vino otro responso más, otra humillación delante de todos, otro enervamiento y otro rictus de ira que me enviaba aquel energúmeno desde su pupitre. Hasta que llegó el momento en que no se pudo evitar lo inevitable. Y fue que don Nicolás se apresuró a llenar la pizarra de álgebra y ortografía ante la urgente necesidad de su primer carajillo.

—Balbino, ya sabes. Procura mantener el orden. Y haz el favor de ordenar mi mesa—, me dijo.

Antes de salir miró con dureza a los Ubicuos por encima de las gafas. Subí a la tarima sin levantar la vista del suelo. Bajo unos folios vi que brillaba un magnífico abrecartas plateado. Mi corazón se desbocó. Jamás me había apropiado de algo que no era mío, pero aquel objeto me lo había puesto por delante la providencia. Era como una sugerencia del azar de que a la guerra no se puede ir nunca desarmado. Temblé al cogerlo mientras me lo escondía en el bolsillo del pantalón. Luego me senté y me puse a hacer mi tarea. Pero, a pesar de la tensa espera de don Nicolás, no sucedió nada en la clase.

Luego llegó el timbrazo de salida. Busqué a los Ubicuos y no los vi; fue como si se los hubiera tragado la tierra y por eso aumentó mi zozobra. ¿Qué habrían estado tramando? ¿Qué cambio de estrategia habían pensado? No se trataba de una tregua. Yo sabía que la guerra estaba servida; tal vez ultimaran detalles, quizás anduvieran atando algunos hilos sueltos para mayor eficacia de su perfidia. Y así fue. Para llegar a mi casa yo tenía que atravesar un viejo molino que llevaba décadas sin funcionar. Tanta oscuridad y tanta quietud me alarmaban. Conocía el molino porque fue siempre el perfecto agujero para nuestros juegos infantiles. La idea de que algo se estaba cocinando me prevenía, el silencio me olía a emboscada. Y mis pensamientos estaban fundados porque, cuando me dispuse a echar a correr, unos brazos más fuertes que los míos me sacaron de la senda que yo seguía y me arrastraron hacia un espacio oscuro donde habían camuflado su guarida. Allí estaban ellos, desafiantes, con los ojos encendidos de ira. El miedo me hizo temblar, pero no cedí ante él. Había llegado el momento de ser o no ser, ese momento definitivo que pone a las personas en su sitio. Noté regenerarse en mi interior aquel sentimiento de arrojo frente a la adversidad. Ya no estaba dispuesto a tirar la toalla frente a los dos granujas. Sólo le pedí a Dios que no dejara que me orinara de nuevo. Mis pensamientos se ordenaban y mis preguntas encontraban respuestas lentamente. Mi mente estaba lúcida, ahí yo era más fuerte

que ellos y estaba convencido de que aguantaría sus embestidas. Antes de que se me quebrara la voz les lancé un órdago.

—«La violencia es el refugio de los incompetentes»—, les dije lo más sereno que pude.

El Ubicuo menor me había inmovilizado las manos y la cabeza por detrás mientras el mayor acercaba lentamente su navaja a mi cara. Noté un dolor intenso en el lóbulo de la oreja. No grité. La sangre comenzó a brillar en la oscuridad sobre la hoja de acero. En su frenesí, el Ubicuo menor reclamó el otro lóbulo para él. Empecé a desalentarme. No llegaba esa fracción de segundo en el que alguno se descuidara y deseé con toda mi alma que surgiera ese instante de debilidad. Ellos no sabían diferenciar fuerza de inteligencia; yo hacía tiempo que lo había comprendido. Y entonces me llegó el favor de la providencia. El Ubicuo menor reclamó el trofeo de rajarme el otro lóbulo. Un segundo bastó para soltarme las manos, un segundo que aproveché como un rayo para sacarme del bolsillo el afilado abrecartas de don Nicolás. En un ágil movimiento le saqué la muñeca y oí su grito de dolor. Tiré el abrecartas al suelo; la luna reflejó en él el brillo de la sangre y corrí como un poseso hacia mi casa. Mi camisa húmeda desprendía el olor metálico de la sangre de mi lóbulo partido del que aún brotaba un hilillo rojo. Mis padres acudieron a mis gritos. Antes de que pudieran hablarme yo me toqué el pantalón y grité con una sonrisa abierta y extraña de triunfo:

—¡No me he orinado! ¡No me he orinado! ¡No me he orinado!

En la calle aumentaba el vocerío. La sirena de una ambulancia sonó a lo lejos. Y fue entonces, únicamente entonces, sintiéndome ya dueño de mi seguridad y de mi propia leyenda, cuando conté a mis padres todo lo que me había venido sucediendo.

EL MUERTO

Manuel Ángel Morales Escudero
(Puentes de García Rodríguez, La Coruña)

Nos llamaban los invasores. Llegamos a un pueblo minúsculo de la Galicia rural en tropel, impulsados por el auge de la central térmica del pueblo que entonces se llamaba Puentes de García Rodríguez, ahora, simplemente, As Pontes. Yo venía de una ciudad pequeña y, aun así, me sorprendió la pequeña escuela en la que nos instalaron provisionalmente y en la que estábamos todos juntos, pequeños y mayores, a cargo de un solo maestro. Un solo aula en la que había pupitres de varios tamaños. A la izquierda, estábamos los más pequeños; a la derecha, cerca de las ventanas, los más mayores, los veteranos, niños de doce años que a mí se me antojaban adultos y que veía desde abajo, con una mirada entre asustada y admirada. Los pasillos entre los pupitres apenas permitían el paso del maestro que se dirigía, sobre todo, a los mayores. Los pequeños nos portábamos bien. Había un miedo reverencial, un respeto causado por la costumbre. En casa se vivía este ambiente también. El mundo de los niños no era hollado por los adultos. Se mantenía puro y virginal, sin molestias protagonizadas por los padres, que no se sentían culpables de nada y ni falta que hacía. El mundo se reducía a salir por las mañanas de casa y caminar solos, con la cartera a la espalda, hasta el colegio. Los padres no tenían miedo de que nos perdiéramos, aunque tuviéramos que cruzar un río caudaloso, aunque nos detuviéramos en los charcos para probar las botas de agua. Llovía, mucho. Era una lluvia fina, casi imperceptible, que se pegaba a la ropa y al pelo. Pero los niños no llevábamos paraguas. Llevarlos era perderlos. Los niños nos mojábamos la cabeza y al llegar a la escuela nos la secábamos como podíamos con el mandilón o, simplemente, con la mano, que después pasábamos por el pantalón.

Al entrar en la escuela nos sentábamos apresuradamente esperando la llegada del maestro. Cuando entraba, todos nos levantábamos y lo saludábamos mientras él avanzaba hasta la mesa, encima de la tarima. El maestro, desde su altura, nos echaba entonces una mirada y nos daba los buenos días. Luego cantábamos algo o recitábamos una oración. A veces leíamos un poema o un párrafo de *El Quijote*. Y después empezábamos la tarea. Sin discutir, aplicados, con fruición. Yo miraba de reojo a los más mayores. Parecía que las piernas larguísimas les colgaran del cuerpo como si fueran lianas enrolladas en grandes troncos selváticos.

Y el maestro encendía un puro. Lo hacía habitualmente, poco antes del recreo. Al poco de encenderlo, nos liberaba del humo y nos decía que saliéramos. Nunca nos

molestó aquella costumbre. Lo veíamos como algo normal, un gesto más de un adulto en su mundo de adultos. Lo que ellos hacían no nos importaba. Había que salir al patio donde no había más orden que el del más fuerte. Podías serlo o bien podías pasar desapercibido. Los niños salíamos a comprar al quiosco o comíamos el bocadillo esperando para volver al calor del aula. En el aula se estaba bien. Allí reinaba el maestro, el orden. Allí había unas reglas que permitían a los más pequeños trabajar tranquilos. Allí los mayores estaban también sometidos a la disciplina.

Aquel día comenzó como tantos otros. Salí de mi casa con tiempo más que suficiente para llegar. Crucé por un prado como solía y llegué hasta el río. Siempre me paraba en medio del puente y miraba hacia abajo viendo el agua cristalina, las piedras del fondo, las algas que se estiraban en la dirección de la corriente. Luego pasaba por una granja y dejaba a un lado una pequeña piscina con excrementos de vaca que parecían arenas movedizas. Cuando tenía tiempo, echaba alguna piedra para ver cómo se iba hundiendo lentamente y recordaba las películas en las que algún explorador era tragado por la succión de esas arenas traicioneras. El verdor se extendía por doquier. Eso y la neblina, una especie de humo blanco suspendido a unos centímetros del suelo que le daba al campo un aire irreal. Parecía que en cualquier momento podría alzarse un ánima misteriosa, una sombra extraña, un monstruo que saliera de la tierra. Solía apresurarme en aquel terreno, saltar la valla y llegar a la carretera. El edificio de la escuela se aparecía entre la neblina y se escuchaban las palabras de los otros niños que llegaban.

A nadie le gustaba ir acompañado de su madre. Entonces, los padres nunca acompañaban a los niños. Ellos estaban trabajando y las madres se quedaban en casa. Los niños teníamos el privilegio de ir solos a la escuela. Y el camino se convertía en una experiencia diaria. Siempre había un saltamontes que capturar, un charco que pisar, una nube que mirar. En un prado, un caballo se acercaba. Podías hablar un rato con él, como lo hacía Pipi en televisión. Tal vez, como Pequeño Tío, habría alguna posibilidad de montar en él. Tal vez, algún día, te llevaría sobre su lomo. Y luego estaban los demás. Las ovejas te sorprendían con su repentino balar, las ranas saltaban en los márgenes de las zanjas llenas de agua justo cuando pasabas, las salamandras lucían sus tonos negro y amarillo, como figuras misteriosas y fantásticas. A veces veías a algún labrador en los campos, a alguna mujer que no hacía ningún caso de los niños que pasaban. Los niños estábamos en otro mundo. Ellos tenían el suyo. Una simple mirada, un vistazo y de nuevo volvías a estar donde debías. En el camino hacia la escuela, en el camino de piedras y arena y charcos. Era lo que tocaba, era lo que había y lo era todo.

El maestro llegó, como de costumbre, después de que todos estuviéramos sentados. Luego nos dijo que nos pusiéramos a trabajar cada uno con su libro. Que no le molestáramos. Puede que estuviera cansado, más ensimismado de lo habitual. Eso oí después, pero yo no lo aprecié. Creo que los demás tampoco. Aquella figura no era para nosotros una persona, con sus debilidades, sus virtudes y defectos. Era el maestro. Era parte de la escuela, como los pupitres, como los bolígrafos y los lápices, como los libros. Como niños, nosotros obedecíamos a nuestros padres. Íbamos a la escuela,

salíamos al recreo, jugábamos, merendábamos y dormíamos. Pero, sobre todo, soñábamos. Eso es ser niño: soñar viviendo un presente intenso sin ser conscientes de ello, sin preguntarse nada, sin saber y sin conciencia de lo que es el futuro y el pasado.

—Podéis salir—, nos dijo, también en aquella ocasión.

Y lo hicimos. Mientras salía lo miré encendiendo el puro y nuestras miradas se cruzaron. Recuerdo que me quedé parado, estático, mientras él me miraba a su vez como escrutándome. Luego salí, mientras él seguía concentrado en encender el cigarro.

En el patio no dejaba de pensar en los ojos del maestro. Por primera vez había visto al hombre, a la persona. No sé por qué, pero estaba inquieto. Yo solo quería que el maestro fuera el maestro. Aquel al que obedecíamos, el que nos mandaba y nos decía qué hacer. Ver esa mirada me confundió porque vi algo extraño, algo que había visto ya en otras personas. Vi miedo, cansancio, tedio, costumbre, pesadumbre, alegría también... El alma. Me pregunté entonces cómo habría llegado a ser maestro, qué lo había impulsado a estar haciendo lo que hacía y si le gustaría. Fue un pensamiento momentáneo, motivado por aquella mirada, por la súbita iluminación de ver el corazón de alguien tan cerca. Entonces no lo sabía. Solo era una sensación, como una especie de iluminación. A lo largo de los años he reflexionado sobre esa mirada, sobre si había en ella una interpelación, una petición o, simplemente, la contemplación de lo que era su vida, de lo que había sido hasta aquel momento preciso en que encendió el cigarro y nos dijo que nos fuéramos al recreo.

Entramos, como siempre. Nos fuimos sentando y esperamos a que el maestro nos diera las instrucciones. Yo estaba concentrado en el cuaderno, pues sabía que aún me faltaba bastante para terminar. Aún quedaban algunas horas hasta que llegara, por fin, la hora de comer. A mi lado, los niños de mi edad hacían lo mismo. Continuaban trabajando sin levantar la cabeza del pupitre.

Pronto escuchamos un murmullo que venía de la mesa de los más mayores. Un murmullo que fue creciendo hasta que, finalmente, alguien dijo las palabras que nunca olvidaré:

—¡Está muerto!

¡Muerto! Todos alzamos la cabeza de nuestros libros. Éramos pequeños, pero sabíamos lo que era la muerte. Todos en la clase lo sabíamos. Y allí estaba... frente a nosotros, con el puro en la boca, la cabeza ligeramente ladeada, el humo ascendiendo hacia el techo, la ceniza sobre la mesa. Nadie sabía qué hacer. Los niños estábamos estupefactos más que aterrados. El maestro se había transmutado y ya era un muerto. Ya no había allí quien nos dijera nada, quien nos orientara sobre qué hacer. Nadie se levantaba de los pupitres. Hasta que uno de los mayores se acercó y tocó en el hombro al muerto para comprobar que no se trataba de un ataque, una catalepsia, como dijo alguno, que suponía que podía despertar en cualquier momento y de nuevo empezar a dictar un texto, a mandarnos leer, a recitar un poema o a hacer unas cuentas en la pizarra. Claro, el maestro debía hacer aquello para lo que había sido colocado en la escuela. No podía morir allí porque en la escuela nadie se moría. Allí, pensaba yo, se iba a aprender. Los maestros podían morir en

su casa, donde correspondía. Y luego serían llevados a los cementerios que siempre estaban cerrados, muy cerrados, para que ninguno de los que allí estaban pudieran escapar...

Un griterío se extendió entre todos los niños. Todos queríamos escapar de la clase. Nadie quería quedarse a solas con el muerto. Los primeros que salieron zumbando fueron los mayores, llenos de terror, con más miedo que nosotros que aún mirábamos a la tarima y al cigarro que se resbalaba de los labios del muerto hasta que cayó sobre la superficie de la mesa. Pero los niños más pequeños no hicimos como los mayores. Sacamos las carteras y metimos los libros, los lapiceros y todo lo demás, como hacíamos siempre. Era como si dejarlos allí, con el muerto, supusiera la pérdida de todo. Como si temiéramos la bronca de nuestros padres cuando les dijéramos que habíamos dejado las carteras repletas con el muerto, entregándole todas nuestras cosas. Como si pensáramos que nos iba a robar porque ahora la escuela le pertenecía y lo que allí se quedara también. Era una presencia que lo llenaba todo convirtiendo el aula en una mazmorra, en la cripta de un cuento. Como si nos hubieran castigado a estar con el muerto y nos fuésemos a quedar encerrados con él, en su pirámide egipcia, en su mausoleo, en su reino.

Me temblaban las manos mientras metía apresuradamente las cosas en la cartera pues sabía que muchos ya habían salido, más veloces que yo en recoger. No quería ser el último, pero al ritmo que iba sabía que lo iba a ser, y la desesperación de poder ser atrapado por él, cuando se levantara con sus ojos en blanco y su andar errático —que sin duda lo haría—, como hacen los muertos, claro está. Y eso fue lo que pensé al pasar a su lado y ver su mano extendida, sus dedos blancos y flácidos sobre la mesa. Eso creí: que iba a estirar la mano y sujetarme por la espalda, agarrándome por la cartera para que me quedar con él en la clase solitaria...

Pasé temeroso a su lado y, aunque intenté evitarlo por todos los medios, tuve que mirarle, tuve que ver aquellos ojos que muy poco antes me habían mirado. Pero esta vez solo vi los ojos vidriosos, como los de los peces en la pescadería, cuando acompañaba a mi madre. Unos ojos abiertos en los que la luz se reflejaba y en los que pronto, pensé, se posarían las moscas, como en los ojos de los peces, como en los ojos de los perros muertos de las cunetas, los ojos de los muertos...

Y luego salí, corriendo y sin mirar atrás, esperando el agarrón que me detuviera en el umbral y me arrastrara de nuevo al interior, de nuevo con él, y las ventanas se cerraran y él me retuviera allí y me llevara al sótano para estar en la oscuridad por toda la eternidad...

Y al cabo salí al pasillo y vi el sol, y a alguno de mis compañeros que esperaba expectante a que yo apareciera, como salido de una mina que se derrumba. Por fin, el sol y la luz y los niños desperdigados, corriendo, sin decir palabra hasta casa, sin parar en ningún lado, esperando solo llegar y abrazar a mi madre en el hogar mientras escuchaba, estupefacta y horrorizada, la historia del muerto...

LA ESCUELA

Pedro Navazo Gómez
(Casarejos, Soria)

GUARDEN SILENCIO Y SAQUEN EL CUADERNO...

El comienzo del nuevo curso escolar, y la imagen del alboroto de unos niños, con sus uniformes y mochilas recién estrenadas esperando un «bus» escolar, me ha hecho volver a la escuela de la infancia.

Una de las remembranzas más tierna que fluye de la infancia es la escuela. Todos la perpetuamos, y cuando la evocamos con sus recuerdos ocurre lo mismo que las cecezas metidas en un tarro, en cuanto sacas una, las otras vienen detrás enredadas por sus rabillos en camaradería: los primeros amigos, la curiosidad, los juegos, las peleas, las travesuras, los castigos, el sarampión, la fotografía escolar junto al globo terráqueo y con la pluma en la mano, ... el primer maestro. Y todos, también, de forma más o menos idéntica, la dibujamos en los cuadernos: cuatro líneas, para construir el rectángulo de la fachada principal, con cuatro ventanas simétricas y una puerta en el centro, y un triángulo encima que sirve de tejado, en la que sobresale una chimenea de la que sale humo subiendo en espiral hasta perderse en un cielo muy azul (porque así era el color de la infancia), en el que no falta un sol, grande, amarillo y redondo, despidiendo rayos que son rayas concéntricas de lapicero.

Recuerdo perfectamente la primera escuela a la que asistí hasta los siete años en el soriano pueblo de Casarejos: estaba justamente debajo de nuestro hogar, y el maestro (como no podía ser de otra forma) era mi propio padre.

Por privilegio, mi entrada en la escuela fue más prematura de lo normal y, aunque mi hermana dice que es imposible que me acuerde, aun vislumbro entre las espesas telarañas de mi infancia cómo, con tres años escasos, me escondía debajo de la mesa en el entarimado desde donde mi padre impartía las clases para una veintena larga de alumnos de todas las edades: los chicos escuchaban absortos las explicaciones del mejor maestro del mundo, que historiaba el descubrimiento de América con palabras sacadas de un manual de Historia y Geografía. La voz de mi padre sonaba como si recitara de memoria el padrenuestro: repetía la palabra Colón al tiempo que señalaba con la regla en el mapamundi el trayecto de unas carabelas, a través del Atlántico, hasta llegar al nuevo Continente.

¡Sí!, allí mismo, acurrucado y embelesado, pensé que el día que me permitieran tener un perro le llamaría «Colón».

Era una escuela mixta, separada por sexos: a la izquierda, según se entraba, estaba la clase de los chicos, y a la derecha la de las chicas, a las que daba clase Dña. Vitoria.

Al entrar, después de los buenos días, desfilábamos, uno a uno, delante del maestro, mientras le mostrábamos las manos por la palma y el dorso a ver si estaban limpias. Convivíamos en bancos corridos con agujeros para los tinteros en las mesas, todas rayadas. Sobre la mesa del maestro lucía un globo terráqueo, y detrás, en la pared del fondo, una pizarra larga y, encima de ella, los retratos del Caudillo y José Antonio escoltando al crucifijo. En la pared de la derecha, un armario donde se guardaban los libros y el material escolar, y dos mapas y una lámina del cuerpo humano que pendían de unas alcayatas. En la izquierda, cuatro enormes ventanales que daban al patio, por las que entraba luz a raudales. En medio una estufa de leña, con el tiro negro y retorcido, que cuando revocaba llenaba el aula de humo y reconcentraba el tufo en nuestros abrigos que colgaban alineados en los ganchos de la pared de la puerta.

Los aprendizajes, dada las diferencias de edades, correspondían a tres niveles establecidos: en el primero, los pequeños aprendíamos (fundamentalmente) a leer en la cartilla, desarrollar graffias y a trabajar en el cuaderno; en el segundo se intensificaba la escritura, se leía en libros y se adentraba en conocimientos generales y en las operaciones aritméticas; y en el tercero, los conocimientos se trabajaban con la *Enciclopedia Álvarez* («Intuitiva, Sintética y Práctica»), a la vez que se potenciaba la expresión tanto lectora como escrita y se resolvían problemas matemáticos, adaptados a situaciones de la vida práctica y cotidiana. La instrucción se completaba con la catequesis, que la impartía D. Rafael, el párroco del pueblo, las tablas semanales de gimnasia y las salidas ocasionales al campo a observar la Naturaleza.

A la hora del recreo, en el patio (el único espacio que compartíamos con las chicas), nosotros jugábamos al marro, a las chapas, a las canicas, al escondite inglés... y ellas a la comba, a las tabas y a la rayuela. Hasta allí —recuerdo también— nos llegaba el olor a pan de la panadería del Sr. Clemente, a la que nos acercábamos para que nos diera trozos de pan de hogaza recién hecha, que luego acompañábamos con la leche en polvo (mandada por los americanos) que una señora nos acercaba en una enorme cazuela después de disolverla en agua muy caliente.

Si alguien me preguntara cómo recuerdo estas postales del pasado, que la memoria me envía de mis años infantiles y escolares, no duraría en decirles (tal vez por «el olvido selectivo» al que alude Freud, en el que se olvida lo lastimoso, penoso y negativo) que los recuerdo con cariño, gratitud y felices.

ALGO HABRÁS HECHO

Emiliano Nieto de la Iglesia
(Valcabado del Pan, Zamora)

Un golpe violento, seco y cortante me rompió el sueño. No era el percutido sonido de un instrumento que combate en duelo ni la descarga de una pieza de artillería. Se asemejaba al brutal impacto de un hacha quebrando un madero de nogal o un cacho de cepa de morapio. Abrí los ojos, me desperté y todo era oscuridad. Lentamente me incorporé y al mismo ritmo cansino estiré el aletargado cuerpo en un nuevo triunfo contra con la modorra. Respiré despacio y reconocí el espacio. Una sencilla y apacible habitación que combinaba espacios nocturnos con destellos mañaneros en una pequeña vivienda de un humilde labriego castellano que carecía de las comodidades más elementales.

Aquel dormitorio era mi entrañable cubil. Un pequeño cuarto sin ventanas, una percha y una cama doble. El colchón de lana de oveja, un vellón limpio y sin polillas. Una alfombra con hilachas, un reclinatorio tapizado y las paredes de cal blanca.

Los primeros sonidos provenían del corral. El canto de un gallo fanfarrón anunciaba la resurrección de otro nuevo día con su onomatopéyico *quiriquiqui*. Aquel potente despertador humillaba al portazo que produce la carne del viento. Su alegre despertar me hizo sonreír con la ilusión de un niño. En una fugaz reflexión entendí que si él tenía un reloj biológico yo desconocía el mío, pero aquello no era justificación para deseárselo mejor fortuna en la cazuela. Lo que no había conseguido el altivo galliforme lo logró un pequeño ventarrón que soplabla del sur. Una puerta del interior de la casa se cerró con brusquedad y consiguió despertar a mi hermano que dormía plácidamente a mi lado. Una hermana dormía en una habitación cercana, la otra estudiaba en Sevilla.

Observé el techo de madera con sus vigas finas, alargadas y algo sinuosas que formaban la techumbre del `sobrado'. Un imprescindible entretecho que hacía de accidental depósito y donde almacenábamos parte de la cosecha de trigo. Cuando fuese pertinente el grano se llevaría para vender a un gran silo en la ciudad, donde pagaban un precio que nunca compensaba, no solamente los sudores y el esfuerzo de los agricultores sino los mismos costes de producción. En aquella mansarda de escasa altura había dos toscas claraboyas que se cerraban con una de las tejas acanalada que servían de respiraderos y cubrían todo el tejado de la casa. Junto al trigo había unos sacos de cebada y diversas viandas. En unos varaes se colgaban chorizos para que se

fueran oreando. Teníamos legumbres, como garbanzos y guisantes, algunas carnes de cerdo sazonadas con pimentón rojo y jarras con lomos troceados y fritos en su propio aceite. Por los delgados tableros de madera del techo de la habitación transitaban unos diminutos e intrépidos ratones que con sus frenéticas carreras buscaban zafarse del astuto felino. Una guerra sin cuartel que siempre era a vida o muerte. No es que nos hiciera mucha gracia porque aquellas estridencias nos sobrecogían al igual que el ruido de una tormenta de verano.

Adormilado, carrasqueando los dientes y las manos pegadas al pecho me presenté en la cocina con la ingenua candidez. Confundido por el sueño, el frío se hacía más palpable.

La casa labriega de mis padres era fría como el alto de un siero. Las puertas de una sola pieza, excepto la del exterior que hacía de principal y era de dos piezas, partida por la mitad y reforzada con grandes clavos de hierro. El suelo estaba formado por irregulares losas de pizarra gris-azul. El color blanco de la cal escondía los amasados adobes de barro y paja de las paredes.

—¡Pero hijo, abrigate o cogerás una pulmonía! Dijo la cálida voz de mi madre.

Súbitamente, como un bufón en un salón de bailarines, me encontré frente al fuego de la cocina, una lumbre baja con sarmientos y cepas de vid formando brasas y un chisporroteo disperso que se elevaba alegremente hacia el cielo. A mi lado izquierdo un escaño amplio, sin adornos, con un fuelle y algunos trapos. Al lado contrario, otro más pequeño, estrecho y vacío.

Cuando las noches de invierno se hacían largas y las laboriosas tareas se habían terminado, descansábamos en los bancos y algunas sillas alrededor de la lumbre para guarecernos del frío seco de la casa. Descansando, la mirada perdida en el fuego y las palmas de las manos frotándose entre sí para aumentar el calor y una viaja radio Philips para escuchar noticias.

Un generoso puchero, de esos que alimentan el alma, con su gruesa panza, borboteaba formando graciosos y febriles gorgoritos con los tostados granos de café. Posiblemente estuviese hecho con el barro cocido de la sayaguesa alfarería de Pereruela, al igual que otras cazuelas y ollas que teníamos en casa.

El reconocible aroma de la semilla de algún cafeto impregnaba el ambiente. Encima de una baja mesa de madera de cuatro patas con dos cajones unas piezas de loza y una vidriada cazuela de barro. Un bote con galletas, unos bollos de San Blas y una fuente con aceitadas y amarguillos para desayunar eran una auténtica *delicatessen*. No faltaba una botella de vino de nuestra cosecha y una pequeña garrafa de orujo que solía degustar mi padre.

Hay experiencias vividas que se gravan en la mente con garra de cristal. Porque, aunque bebamos la vida a tragos nunca puedes borrar las dulces heridas que te traen los mil recuerdos. Uno de ellos era la matanza del cerdo. Los pocos días que duraba aquel sacrificio comenzaba en una mesa de madera alargada que llamábamos «tajo» y terminaban cuando las carnes se convertían en chorizos y jamones.

Desde el punto de vista infantil era una fiesta insólita y un acontecimiento vital a la vez que seductor. Las tempranas mañanas comenzaban con los agudos gruñidos de muerte del gorrino. Un cuchillo de matarife, una plétora de sangre, la fiera rugiendo en su dolor y el azar de morir como en un circo tramoyón. Pasados estos momentos sobrecogedores comenzaba el afanoso trabajo de las mujeres, lavado de intestinos, cocinado de asadura y el posterior despiece de los marranos por los hombres. La vejiga la utilizábamos como ocurrente balón mientras chamuscaban a los recién sacrificados. Como marcan las leyes de la frontera, la excelsa «pitanza» de lomos adobados, chichas y resto de las partes del cerdo se destinaban para el consumo diario que la mayoría de las veces no duraba todo el año. Sin querer hacer un espóiler, era como la principal energía renovable que teníamos. La fuente de vida cuando los vientos arreciaban prisas.

Separado por una puerta con pestillo de hierro teníamos un cuarto con suelo de barro. Adecentado, oreado y algo húmedo. Una pequeña ventana cuadrada con una barra horizontal protegía la intimidad. Muy próxima una palangana con tres patas de hierro, helicoidales, con toalla y jabón en un costado. Al lado una tinaja para el agua y un cántaro de un asa en otra esquina. Y el sol matutino, deseando penetrar en aquel habitáculo.

El crudo clima simulaba el desgarro que provoca el desprendimiento de una roca en talud. En pleno invierno la humedad calaba en los huesos. La higrometría la hubiera definido como un cuchillo salvaje que produce un caluroso escalofrío.

Semidesnudo y aterido volví a la cama en un pequeño esprint y permanecí varios minutos encogido dentro de las sábanas de la cama. Dejé de soñar porque soñé que había tenido un sueño. Como no era tierra para flojos, en un intento de sujetar las mañanas, comencé a vestirme con cierto ritmo cansino, como uno de los vicios que denunciaba Larra. Con corajudo impulso eché un órdago a la pereza y no dudé con las prendas de vestir. Pantalón corto en un tiempo de frío, camisa y jersey. Colgando del cuello un escapulario de tela con cordón blanco y negro. Lo miré con actitud reflexiva sin comprender por qué lo llevaba y lo escondí junto a mi pecho. Para el amor soy muy cristiano, ateo para el desamor.

Me aseguré de que la peseta rubia estuviera en el bolsillo del pantalón ya que esta vez no había tenido ningún gasto extra en golosinas. Una donación de mi abuelo. Una paga que solicitaba todos los domingos cuando él jugaba la partida de tute. Le tiraba de la chaqueta de pana y aparecía el *karma*. En el otro bolsillo tres canicas de colores deseando entrar en combate, una batalla a vida o muerte. Te jugabas mucho en el envite, perder o aumentar tu hacienda. Sentirte humillado y pordiosero u opimo triunfador. La derrota te descabalgaba, el triunfo te ponía galones.

Todos los días me preguntaba de qué pasta estaban hechas las personas de aquella época, nuestra generación anterior, la llamada silenciosa o a los que ahora nos llaman 'baby boomer'. Gentes de la España rural, la de las grandes penurias, de pre-

valente miseria y la elasticidad del junco. La que bien describía Claudio Rodríguez, nuestro «Cayín».

Mi exaltación a esas generaciones de recio espíritu, gentes de palabra dada y de niños forjados en la guerra. De labradores con piel pétrea surcada por el tiempo, de aparceros y destripaterrones con manos curvadas por azadas, y las espaldas encorvadas por las hoces. Gentes de garganta con arena, de respeto y veneración a los mayores. Puestos de hombría que honraban la sabiduría de los padres. El recuerdo que refulge recordando su alma blanca y a veces congelada. Personas de bien, con nubes negras y nubes blancas, que vivieron una vida en blanco y negro. Sin resentimientos ni odios, porque aquello que no nace, no muere.

Lo cierto es que el venturoso haz de sueños de la niñez nos disolvía como el nudo de la amatista. Éramos niños felices, alegres, y con lo poco que teníamos agudizábamos el seso. Un ingenuo mundo de jóvenes imberbes que solazaba una fresca juventud despreocupada de las redes sociales, porque no las conocíamos.

Teníamos la fortaleza inabordable de un velero bergantín y la astucia de un perro callejero, sin cercas o teleras. Y una ingenuidad grabada en duro pedernal al igual que la góndola a una canción o el anillo que llevan en sus dedos los obispos. Quizás vivíamos en plácido sosiego ahuyentando los negros lobos de la angustia. Tal vez éramos agraciados y afortunados, porque los mayores valores que teníamos no los habíamos comprado.

La mayor y principal responsabilidad consistía en no dejar de asistir a la escuela. Una seducción diaria que no hacía falta que nos lo reiteraran machaconamente. Ahora, con primaveras en el pelo, comprendes que los sueños tienen sus ciclos. Mientras terminaba de desayunar el calentito Cola Cao de siempre, el aire se llenaba con los sonos de una pegadiza y diaria canción radiofónica. El negrito del África tropical. La escuché en silencio y no había ruido.

Aseado y peinado revisé el compartimento de la cartera con los deberes. Un sacapuntas, el lápiz afilado, una pluma de escribir con palillero y plumín y el imprescindible cuaderno amarillo de «Rubio» para escritura y aritmética. Pero la verdadera joya, tan popular como indispensable era la enciclopedia «Álvarez», la de nuestro querido compatriota Antonio Álvarez Pérez.

Intentar descubrirla sería una petulancia por mi parte, máxime cuando en ella hemos estudiado varias generaciones. Siquiera resumir que contenía casi todo el conocimiento del lenguaje y las ciencias que acompañaba con ejercicios prácticos e ilustraciones intuitivas. Atrás habíamos dejado la cartilla y el medio de enlace con la enciclopedia que era el libro de *El Parvulito*, también de don Antonio. Escondido entre libros llevaba la última revista de *Pulgarcito*, con su personaje de Carpanta, para presumir entre los amigos.

Abstraído estaba en mis pensamientos ordenando las tareas cuando se escuchó el característico relincho de una mula joven que provenía de la cuadra. Con toda seguridad que era una fugaz disputa por la comida. En la pesebrera, la «Torda» y la «Rubia»

tenían sus cosas. Una tranquila, la otra resabiada. Al otro lado una burra blanca, que nunca tuvo nombre, asistía estoicamente a la refriega. Cuando el melonar daba sus frutos en ella cargaban los costales de melones. En el corral, el gélido invierno no era mayor problema para pollos, gallinas y conejos. Coexistían pacíficamente en los calentitos refugios de gallineros y conejeras. Allí no había ni locuras ni enfermos mentales.

Con la soledad por montera, mi padre atendía a todo el ganado por igual, porque no dejaban de ser los principales protagonistas en los festines domingueros. Otros cometidos habituales consistían en dar de comer a los animales de cobertizo o tinadas y preparar los aperos.

Con la valentía que tiene un cobarde me asomé a la calle. Una mañana fría pero hermosa que saludé con una bocanada de aire fresco y una nubecilla de vaho que imitaba el humo del tabaco. Un latoso sabañón en la oreja me producía un ardor perturbador me recordó que debería aplicarme alguna crema. Levanté la cabeza como perro mudo y con una sonrisa silenciosa, miré de frente al mundo y me dirigí a la escuela que no estaba muy lejos.

El trayecto a la escuela me recordaba al dios Apolo que mata en la distancia. Y como el súbito apocalipsis que sale como una ola del mar, emprendí el camino que tantas veces había recorrido. En una mano la cartera de la escuela, de cuero natural con dos correas, un modelo *vintage* y retro en su estética. En ella encerraba los millores de ilusiones que tiene una canción. ¡Y aún no existían las mochilas!

En la otra mano, una lata redonda llena de humeantes brasas, con dos agujeros a los lados y con una larga cuerda para sujetarla y que en su momento había servido como envase para un kilo de sardinas. Ahora haría las funciones de brasero para calentar los pies durante las horas de clases. Procuraba que la combustión se mantuviera viva el máximo tiempo posible. Para ello era necesario que estuviera en un permanente movimiento adelante y atrás. Como no era de recibo llevar el fuelle de atizar el fuego, creábamos uno más natural expulsando aire por la boca con inusitada potencia. En ese extraordinario arte de soplar brasas de forma continuada, el terminar con la cara como un deshollinador era la opción más plausible.

Los tejados de las casas estaban regados con delgadas partículas de espejuelo blanco como azucarada escarcha. Unas avecillas aleteaban en alocados círculos al igual que hermosas palomas tripolinas. El viento y el sol de invierno retozaban en el solaz bureo de ninfas marinas. Unos vecinos me daban los buenos días desde un carro con ruedas de madera y aros de hierro que arrastraba una pareja de mulas con colleras que sufrirían los baches de caminos no aptos para carruajes. El campechano saludo de labriegos castellanos alzando la mano, parcos en los gestos y justos al hablar. Francos de sonrisas sinceras. Un pastor con zurrón y cachava dirigía con tranquila calma un rebaño de ovejas blancas y alguna negra. En sus brazos llevaba un corderito. A su paso el suelo se llenaba de cagarrutas. Unas bolitas negras de los ovinos que a veces era difícil sortearlas y no quedasen adheridas a los zapatos. Normal, pero chungo.

Las chimeneas fumaban en blanco aliento. Las paredes aún estaban frías y el crepúsculo ya no existía. La umbría se desvanecía como el humo y una pequeña alondra intentaba secar sus plumas en un campo baldío. Como cualquier niño tenía la capacidad de maravillarme y sorprenderme con el misterio del mundo que nos rodeaba viviéndolo de forma espontánea y emocional.

A lo lejos, formando un círculo, una colorida agrupación de carromatos se atisbaba en el horizonte de un yermo descampado. Un pueblo de gitanos con mulas flacas y mal herradas. Humo de fogatas y quincalla y niños despeinados que no iban a la escuela. De cultura ágrafa y música flamenca, bailes de zambra con aires cingaleses. Romá y Sinti unidos huyendo del *porraimos* de la Alemania nazi, de la Legión Negra. De su propio holocausto. El yunque de la fragua cercana estaba callado. El herrador avivaba el enrojado vientre de la cueva con negro carbón. El bruno humo se confundía con los remolinos de chimeneas caseras y un inconfundible olor a sopas de ajo que se aproximaba lentamente, como pintando melodías en un pentagrama.

El cortito abrigado de felpa me proporcionaba un entrañable calorcito. Las manos protegidas con guantes de lana y la cabeza con un gorro de algodón. Los zapatos de charol negro con cordones y una gota de agua en la nariz. Una pequeña estalactita para un príncipe sin corona, como el infortunado músico sin partitura. Mientras caminaba cargado de ilusiones y una luminosa sonrisa, giré la cabeza para observar cómo unas hilarantes mujeres y mozas añosas frotaban la ropa en las pilas del longilíneo lavadero de piedra. Se abastecía de un generoso pozo y tenía dos caños alargados con un pulsador dorado. Algunas habían terminado la colada y otras parecían recién llegadas. Aquel día las cañerías estaban congeladas y unos pedazos de carámbano colgaban como estiletes. Las manos desnudas se agrietaban y lloraban en un insufrible martirio. Las comisuras de los labios expresaban contenidas emociones. Las maduras lavanderas se adornaban con pañuelos floreados que escondían primaveras en el pelo. Aquellos pedazos de hielo flotando en el agua han esculpido un suplicio en mi cuerpo al igual que profunda huella en la piedra. Un escalofrío salvaje viendo aquellas mujeres, imperturbables al desaliento, damas de edición limitada, que con disimulado coraje perfumaban las glaciales aguas.

Con otras huellas en la piel descubría las fragancias de paja y leña ardiendo y que en fumaradas blancas salían de nuevas chimeneas, expulsado un humo albo como vórtice de aire manso. Me detuve y contemplé una fresca mariposa trasvolando en un pulcro movimiento de alas. Los blancos colores de la bella crisálida se robustecían con los débiles rayos del sol mañanero. En su cansado vuelo térmico la preciosa alevilla se posaba en una flor para alimentarse de su néctar y pavonear su belleza.

La capa de blanca helada persistiría en no abandonar las zonas sombreadas y en una bucólica estampa navideña decoraba los tallos de los tejidos vegetales. Y yo no podía ser menos. A medida que caminaba por esas franjas faltas de sol se posaban en mis ondulados cabellos rubios los hielos cristalinos como la calma de un suspiro. Unos rizos de incierto color pajizo que moldeaba mi madre con el canto de las

manos. Aunque hoy día el color predominante sea el pelo rubio, hace años no sobreabundaban los que teníamos esta particularidad en el cuero cabelludo. No es de extrañar que el mote de 'el Rubiales', quedase cincelado para siempre. Los apodosos son algo que se graba en la memoria folclórica como la caracola afónica en un jardín.

El relente de la noche se había desvanecido en las largas horas de oscuridad esperando una gozosa alborada. Los lobos nocturnos que presagiaban confusión y calígine desfallecían al rayar el alba. La noche había dejado una rígida helada unas calles embarradas desoladas. Resbalarse o tropezar era una hipótesis real de besar el suelo al menor descuido. Mantener el equilibrio, especialmente en zonas olvidadas por el primerizo sol, suponía un desafío constante a la verticalidad y a la armonía del equilibrio.

El caer de bruces o de culo en esas franjas sin encantos suponía embarrarte y ponerse en pie, sin ninguna ayuda humana. Las calles estaban prácticamente vacías a esas horas del día. Las personas madrugaban para abordar las tareas cotidianas, pero no para pasear.

Conozco a valientes sin miedos y a los que han sido valientes hasta que el cobarde ha querido. Quizás, mis temores los había escondido en un viejo cajón de alfayate. Por eso no me sorprendió que al girar la esquina de una estrecha calle me topara con una persona armada, con escopeta abierta y perro perdiguero. Canana con cartuchos del calibre 12, en dotación completa y la percha vacía. Un cazador de coto, de monte arriba y ladera abajo de los que a la caza le dan alcance. Un cordial saludo, una sonrisa franca y un palmario, ¡Adiós chaval!



Aquilino y Emiliano. Valcabado del Pan.

Aunque llevaba poco tiempo en la calle y caminando con cierta premura, las prendas de abrigo estaban perdiendo su calor y la cencellada endurecía los cristales olivinos de la voz.

Hice una fugaz parada para cambiar de mano el artesanal brasero y soplar las brasas para que no se apagaran. De nuevo tuve que capear las cenizas. Aquel polvo gris siempre se convertía en un molesto compañero, no tanto por las partículas en sí mismo, sino por un extraño olor a desagradables componentes óxidos. Deseé esconder las manos en los bolsillos para protegerlas del frío, pero solo fue una imaginación. Me imaginé lo calentito que estaría cuando llegara a la escuela. Pensé en todos los campesinos y labriegos que tendrían que sufrir las condiciones climatológicas, un día más. Y yo un privilegiado por estar estudiando calentito.

Como un canto coral me imaginaba a todo el pueblo haciendo la misma faena. Unos antes, otros más tarde, todos comenzaban el día como una comunidad que se despierta. Mujeres en sus casas haciendo múltiples tareas y ayudando en otras tareas agrícolas. Hombres aparejando animales de trabajo, mulas, burros o caballos. A los mulos su equipo, a los burros alforjas con comida y elementos suplementarios y a los caballos aperos propios para labrar la tierra. La tracción mecánica era una químera que todavía estaba en pañales.

Me fijaba en aquellos arados con la afilada reja de hierro y la mancera de madera del que tiraban los animales bufando y sudando. Abrían superfluos surcos en tierras de barbecho sin tempero produciendo pequeños arañazos. En época de sementera las semillas parecían quedar a flor de piel. Y así todo el día removiendo la tierra, roturando de orto a ocaso, yendo de un lado al otro, con la pareja de animales tirando del arado y la persona sujetando la esteva. Sin embargo, manejar el arado con una o dos manos tenía su parte de equilibrio. La vertedera se clavaba en la tierra para oxigenarla, aumentar la porosidad y terminar alineando los surcos. Las hendiduras de los surcos eran menos profundas e inferiores en la alineación de que las que roturaba el tractor con sus grandes cuchillas. El único tractor que había en todo el pueblo. Un pequeño, viejo y verde John Deere de limitada potencia y sin cabina.

Desde mi ignara inocencia y escasa experiencia de la vida, aquel artefacto era tecnología avanzada. Realizaba más trabajo en menos tiempo y para mayor inri, se realizaba sentado. Era una comparación odiosa, sin zancadillas ni agasajos, pero realmente lo era, posiblemente porque la envidia no existía o estaba escondida en un viejo cajón de sastre. Y también soñaba con tener uno de ellos. Y en ese sueño solo cabía una hipotética gestión: «Que me tocara la quiniela».

Pero, en realidad ¿Qué sabía yo de ciencia y tecnología? La *Enciclopedia* era algo parca en explicar estos términos. En Ciencias Naturales no encontraba lo que buscaba y en Física encontré algo relacionado con las fuerzas y poleas, pero era vago e inexacto. Y me quedé con la miel en los labios. A pesar de todo me asaltaban dudas y tenía preguntas, Tantos Tontos Tópicos que ni mi abuelo, a quien tenía en un pedestal, era capaz de responderme o al menos yo no entendía sus explicaciones. Cierto

día, sacó un moquero de cuadros blancos y azules que guardaba en su pantalón y lo encontré mojado. Le miré a su compungida cara y vi una lágrima que no se había consumido. Aquel amor fatal de una abuela que casi no conocí atenazaba mi mente. En ese taciturno recuerdo se me apagó la voz, le tiré de la chaqueta, miré al cielo y le pedí una estrella para jugar.

Cierto día, en la primera cadena de la televisión que teníamos en el bar del pueblo, observé cómo un entusiasmado, a la vez que comedido locutor, informaba detalladamente que «El hombre se había posado en la luna». Aquella fascinante e increíble noticia hizo que saliera corriendo, exultante como alocado cervatillo, para informar a mi abuelo. Su estoicismo chocó frontalmente con mi entusiasmo. Su insólito escepticismo y la inusual incredulidad formaron el yin y el yang de mi propia paciencia e impaciencia. Y caí al gznápiro vacío de la incomprensión. Sin llegar al averno, me sentí un espíritu sin alma por mi azaroso pecado. La penitencia se presentó en forma de suave pescozón y cálido reproche.

La memoria de pez tiene sus ventajas en espíritus pitusos. Mientras caminaba miré de soslayo para comprobar si la tienda-bar estaba abierta. ¡Lo estaba! La tienda sí, el bar no. Demasiado pronto para los ociosos o habituales clientes de cartas. Temprano para la compra de ciertos comestibles que se consideraban alimentos necesarios.

Unas mujeres mayores con pañuelos negros a la cabeza y mandiles del mismo color, recogidos en el lado izquierdo, formaban un grupo para comprar en el establecimiento. Una pequeña tienda de ultramarinos regentada por los mismos dueños del bar. En la espera de turno para comprar, las mujeres se traspasaban información en base a chascarrillos y comidillas variadas. La ausencia de novedades se creaba por ausencia de las mismas.

Como en la mayoría de localidades y municipios se desconocía lo que era la despoblación. El éxodo de la juventud no había comenzado. Tampoco había un reto demográfico vinculado al envejecimiento y mucho menos las amenazas en temas urbanísticos. Conocido es que éramos localidades estables en un medio rural. Por eso, cualquier novedad era tan veloz como el gas insuflado en vena.

Soñando me preguntaba quiénes eran las «fuerzas vivas» de mi villorrio. En este caso no había ninguna duda razonable. El maestro representaba la cultura, el conocimiento y respetabilidad. A ello se le unía una hacienda muy superior al resto de personas del municipio. Posiblemente, la acumulación de ocupaciones, cargos y representaciones oficiales fueran las causas de algunas ausencias en la escuela.

La palabra de Dios la divulgaba el cura y su inseparable y grueso misal. Las homilías, en las cachazas misas de beatos, a veces llevaban una fuerte carga de reproches que no siempre terminaban en sermones sin conclusiones. Unos por no respetar las festividades y otros por no asistir a los actos religiosos. No por olvidos o desconocimiento de las obligaciones religiosas sino porque las campanas repicaban para recordárselo a los irreverentes e insumisos. Si por alguna casualidad había algún despistado

trabajando en el campo el día festivo, podías encontrarte con la agradable sorpresa de poder saludar a una pareja de la Guardia Civil, con sus emblemáticas capas verdes, fusil en bandolera y tricornos con visera y cogotera.

Desde lo alto del campanario se podía disfrutar de excelentes vistas ya que no había ninguna casa o edificio de más altura. Desde allí los badajos de las campanas emitían distintos sonidos para rituales religiosos o eventos particulares. Los más usuales se asociaban a bodas, comuniones, procesiones o el redoble de «tocar a muerte». Siempre había perjudicados por aquellos tañidos extemporáneos. Las cigüeñas abandonaban sus nidos hasta que la torre del campanario recobraba el sosiego.

El alcalde era la verdadera y auténtica autoridad, el poder central de la estructura vertical y esporádicamente un advenedizo de judicatura. Huelga decir que la elección de algunos funcionarios tenía una severa carga política que no daba pie a demagogos o escépticos.

El médico solía residir en otra localidad con mayor población y nos visitaba en días concretos. La atención a los pacientes las realizaba en una casa particular ya que no teníamos un centro de salud. El secretario era prácticamente un desconocido ya que residía en la capital. Tampoco había fuerzas de orden público de la conocida Benemérita.

A medida que me aproximaba a la escuela nos íbamos juntando chavales desde todas las esquinas, con diferentes ropajes y pertenencias. Aunque tuviéramos la sonrisa arrecida, no faltaba un cortés saludo y la emoción de abrazarse a compañeros y amigos.

La puerta de la escuela era pequeña y verde. Las vidrieras grandes, con cristales de dos tamaños, al igual que los dos encerados. Las mesas algo ajadas, menos la del maestro que era nueva, de color claro y haciendo juego con un cómodo sillón tapizado. A sus espaldas un crucifijo y el cuadro enmarcado de un general.

Entrábamos en clase poco a poco, con alguna aglomeración esporádica, pero sin carreras. Si nos entreteníamos, el maestro nos miraba cual corderos degollados por ser impuntuales o por algún jolgorio desmedido. Aunque no era tajante y admitía pequeños retrasos. Al no ser metódico con el horario creíamos entender que ello justificaba sus inhabituales demoras. A nosotros no nos importaba, sottovoce lo celebrábamos.

Los deberes habituales se hacían en sepulcral silencio. Los pequeños nos distraíamos más que lo mayores. Estos hacían las lecturas en voz alta y de pie, nosotros escuchábamos. Tal como es de imaginar, la enseñanza en los pueblos pequeños no se podía considerar como un agrupamiento homogéneo. Entre otras muchas particularidades por la escasez de alumnos y la diferencia de edades. Y eso se notaba en el ambiente. Los más pequeños parecíamos poner mucho empeño en aprender, algunos mayores no tanto. Y otros en concreto no tenían el más mínimo interés, lo cual desequilibraba el nivel de aprendizaje.

La *Enciclopedia* Álvarez, que se consideraba la Biblia del saber, era de explicación común y aunque los más chicos intentábamos seguir las enseñanzas generalizadas,

el esfuerzo por comprenderlo era considerable. Aunque siempre estaba la opción de viajar por las nubes.

Uno de las lecciones era la de Formación del Espíritu Nacional. A mí no me decía nada, pero era más relajada que las ciencias o las complicadas fórmulas matemáticas. Probablemente porque aquel tema de gobernantes o figuras políticas se escapaba de mis entendederas, y me aburría. Pero en la parte positiva estaba en que a muchos les hacían homenajes, estuviesen muertos o vivos, y nos daban días libres. Tanto es así, que en uno de ellos se conmemoraba el Día de los Caídos. Cuando mencioné en casa que no había clase por eso motivo, me respondieron que teníamos demasiados días libres: «Si no es el día del caído, es el del levantado».

A la hora de salir era diferente. El reloj era un objeto extraño e inexistente. El maestro daba por finalizada la clase cuando lo estimaba oportuno. Sincronizando internamente las horas esperábamos, como un esclavo con rehén, la voz de libertad. Entonces se abría el toril y como astados con la divisa en lo alto bufábamos, y los bramidos de las pequeñas fieras estallaban como trueno en un callejón. Y nos transformábamos en tostados alazanes salvajes que le queman las cadenas cuando están encerrados en libertad.

De vez en cuando, el sustituto para dar las clases era uno de sus hijos. Dos chicos que se estaban formando para seguir la carrera de su padre. Las preferencias las teníamos meridianamente claras con los dos vástagos, uno era seco y serio, el otro más complaciente e inquieto.

Desconocíamos lo que era estar estudiando confortablemente con calefacción y en la escuela hacía un frío palmario. Los pupitres eran bipersonales, con asiento y sin respaldo. Una hendidura alargada en la parte superior de las mesas aseguraba que lapiceros y gomas no se desperdigasen. En las esquinas de cada una, había unos diminutos tinteros cerámicos blancos que solíamos rellenar con la tinta azul de un recipiente de cristal.

Como palmeras bobas empapábamos frenéticamente nuestros plumines en los tinteros, y para que fuese más fina la escritura, rascábamos la punta de la pluma sobre nuestro pelo, una y otra vez. Finalmente, las cabezas adquirían un peculiar color añil, sin matices. El peculiar teñido daba la sensación de haber realizado mechas en uno de los lados. Probablemente estábamos creando tendencia, sin saberlo. Y un día lo descubrió mi madre al lavarme la cabeza en una palangana.

Un encerado gigante, con tizas blancas y alargadas en su cajonera se encontraba debajo de la figura de un señor con estrellas y condecoraciones que parecía observarnos continuamente. Aquella pizarra era el escaparate perfecto para que los más aplicados pudieran demostrar sus conocimientos, los que progresaban adecuadamente. Para otros, un auténtico suplicio, un castigo casi divino y la sensación de ser un payaso que revienta globos. Las risas no solían faltar ante cualquier tropezón intelectual, tal vez para bajar el propio estrés de saber que el siguiente podrías ser tú y verte como un basilisco en un redondel. En una pared lateral, un mapa general de España con

sus islas y una división perfectamente señalizada de las regiones peninsulares, que aprendíamos con cierto tono musical.

Desde su mesa el maestro era el director de orquesta, sentado en su cómodo sillón con reposabrazos y asiento de escay, morado y bien tapizado. Con una pluma estilográfica Parker, negra, dirigía el conjunto de voces.

Habitualmente a nuestro educador le gustaba instruirse con *El Correo de Zamora*, periódico de grandes dimensiones, el cual leía ávidamente. Solía colocárselo delante de la cara, con lo cual perdía la visión general de todos nosotros. Su concentración era tal que aprovechábamos el momento para, con los brazos cruzados, de pie y enfrente de su mesa, solicitar permiso para las urgentes e imaginarias necesidades fisiológicas. Tal desdén ponía en las autorizaciones, que no contaba las licencias y se traducían en una cascada de demandas.

Las necesidades básicas e íntimas se solían hacer de forma conjunta en la calle, al lado de una semiderruida tapia de adobe que en su momento fue una tinada de ovejas. Solíamos hacer una longitudinal línea en la cual todos en cuclillas, con los pantalones bajados, intentábamos de evacuar el vientre, aunque la mayoría de las veces fuese un acto inútil. Los denodados esfuerzos de nuestro metabolismo se acompañaban de gracietas y ocurrencias varias.

Cierto día, una vez que el maestro perdió la concentración en la lectura, descubrió que solamente quedaban cuatro alumnos en el aula. El resto estábamos concentrados en flexionar las caderas en una distendida incontinencia de orina. No hubo preguntas, tampoco respuestas. Se personó con una mimbre en la mano, hizo amagos de nalguearnos y retornamos prestos a nuestros asientos.

Obvio es decir que teníamos otro concepto de la agresión o violencia que del profesorado a los alumnos. Quizás porque la desconocíamos o no la percibíamos como en la actualidad. Aquella virulencia se basaba en una obediencia debida, un respeto a lo establecido y la sangre quieta. Pequeños golpes en las yemas de los dedos con una regla o castigos de permanecer un tiempo de rodillas se asumían en descartados silencios, y solapada asunción de culpa. Lo que era inconcebible e impensable es que hubiese una la violencia bidireccional. Los escarmientos se ahogaban en palabras, porque intentar justificarlos delante de los padres era como la tristeza de la muerte lenta: «Algo habrás hecho».

La adjudicación de asientos era sencilla. Los menores delante y los mayores detrás. Los pequeños siempre atentos, callados y sin derecho a réplica, los adultos guerreros y distraídos. Los benjamines copiábamos las fechorías de los mayores para practicarlas como perro callejero.

Entre las funciones de los veteranos estaba el preparar una leche en polvo en las pausas de las clases. Dependiendo del empeño o destreza del ocasional pinche de cocina podrías tomar un aceptable vaso o unos grumos con leche.

Las gentes del pueblo solían comentar que el señor con guerrera verde y bigote recomendaba cantar una enérgica canción en posición de firmes, con el brazo exten-

dido al frente y mirando al sol. Verdad que no entendía lo que querían decir aquellas letras de camisas nuevas, y si me caí, es que me fui.

Cierto día apareció un señor con una camisa azul mahón y un bordado en el bolsillo izquierdo con un yugo y unas flechas, gritando algo de «azules» y «rojos». Y yo sin entender nada. Pero aquel yugo, me subyugaba, tal vez porque se parecía al que teníamos en casa para trabajar con las mulas.

A la hora del recreo, al igual que al finalizar las clases, parecíamos una estampida de búfalos. Hacíamos un tapón en la puerta como si fuéramos a robarle tiempo al tiempo. La apuesta era ver quién era el primero en llegar a no se sabe qué punto del patio. En este caso una parcela de tierra firme. Por lo general, no llevábamos comida para estos descansos, aunque algunos manducaban una galleta o *snack*. En ciertas fechas del año mi madre elaboraba unos «bollos» que consumíamos en las fiestas de las Águedas o en San Blas, protector de la garganta. No recuerdo si por ser goloso o por que aquellos bollos estaban de muerte, lo cierto es que algunos días los llevaba para estos intervalos. Daba gusto comer aquellos bollos blancos, con capas de hojaldre, azúcar *glass* y cocidos en el horno de leña. Una *delicatessen* de la que presumir. Con agua, vino o licor eran una satisfacción.

Los esperados y ansiados recreos no tenían una duración concreta. Retozábamos, saltábamos y corríamos como pollo sin cabeza, unas veces por frío, otras como queriendo tocar el cielo. Teníamos una diversidad de juegos para desarrollar nuestras capacidades. Los tradicionales de balón, peonza, las chapas y el clásico de las canicas. A este juego le poníamos mucha intensidad al intentar romper la bola del contrario con fuertes impactos. Los más inquietos jugaban al «pilla-pilla» sorteando a los contrarios o a los más ágiles les encantaba el llamado «salto del caballo» que consistía en saltar por encima de otro que estuviese agachado, apoyando las manos en su espalda. A este le llamábamos «el burro», un eufemismo por el que todos pasábamos.

Algún ingenioso inventor había descubierto que con dos cajas de cerillas y un hilo largo se podía hablar por teléfono. Este artilugio no era muy efectivo porque las distancias eran muy cortas, y no estaban los tiempos para gastarse una moneda de dos reales en un carrete de hilo. Quien había copiado la perspicaz idea lo habría hecho en la casa particular donde había un teléfono para tonto el pueblo. Una especie de central donde la casera se enteraba de todas las conversaciones y justificaba los numerosos cortes y deficiencias. Pero este juego no lo teníamos catalogado como entretenimiento, más bien era una pérdida de tiempo. Eran cosas simples, las simples cosas. En nuestro caso concreto no conocíamos lo que era el deporte escolar, ni como asignatura o actividad. Esa actividad física digamos que estaba asociada más a labores o trabajos propios del entorno familiar.

Distraerte mirando a la cristalera mientras estudiabas para ver si pasaba algún labrador con sus animales y pertrechos, no era un deporte, pero los practicábamos con asiduidad, especialmente dos chicos mayores que llevaban un control exhaustivo de quién pasaba y por supuesto todas las broncas de atención. Tan ávidos estaban a

lo que sucedía fuera del entorno escolar, que no sabíamos si estaban controlando la floración de las plantas herbáceas o la polinización de las flores. Hacían un dúo perfecto, genial. Cuando a uno le preguntaban por un tipo de palabra siempre respondía que era pronombre, para el otro todo eran adjetivos. Daba igual que fueran verbos, conjunciones, las respuestas siempre eran las mismas. Creo que una vez acertaron.

A medida que transcurrían las horas de clase, el brasero, hecho con el envase de sardinillas, fenecía lentamente, y las suelas de los zapatos se enfriaban. Las manos se aterían por la ausencia de actividad, la deficiente calefacción ambiental y la escasez de guantes. Ciertos días, cuando en la calle hacía un frío casi glacial, traían una estufa de butano, con su bombona color naranja y la situaban en las primeras filas. Algo insuficiente para tanta superficie. La opción más apropiada era permanecer casi todo el tiempo con el abrigo puesto y encastillarse como el Minotauro en su laberinto.

Sin una vigilancia constante por el educador es difícil mantener la concentración en edad de adolescente. Y los más pequeños agradecíamos las explicaciones o preguntas a los de superior nivel. Dejábamos nuestras tareas, observábamos y como gorriones con el pico abierto, poníamos la vida en espera. En esos idílicos momentos usabas la imaginación para volar alto, tanto alto, como a la caza dar alcance, que diría San Juan de la Cruz, queriendo ser tan libres como las gaviotas de Cortez.

En esas yo me encontraba, cabalgando como un *mustang* salvaje, cuando recordé que ese día mi padre tendría que arar las viñas con las dos mulas. Que se pararía almorzar un trozo de chorizo con pan y unos tragos de la bota de vino, ese néctar de los dioses que elaborábamos. Por supuesto que él observaría si los viñedos madurarían con antelación, vigilaría si un clima «distorsionado» y extremo estropearía la cosecha, y soñaría con una excelente calidad de la uva y mejor añada. Cuando me lo pidiera le acompañaría a podar las cepas y recoger los sarmientos de la vid para hacer manojos, trenzándolos como un peinado. Y al llegar a casa le ayudaría a quitar los arreos y desembridar.

Sin querer dar el salto a la adolescencia volaba como corcel entre corvetas y cabriolas, y bajaba a tierra para encontrarme con la realidad.

Si para ser un buen docente, un buen maestro, se requieren ciertas características y ofrecer una educación de calidad, tal vez en esos tiempos no se podían ofrecer. Bien porque no se conocían esas técnicas o por la no completa formación de los ellos mismos. Pero había método que no fallaba para enseñar, aprender las cosas como un papagayo.

No había ningún mantra, lema revolucionario o tal vez no había nada escrito, pero casi sin darnos cuenta basábamos nuestra educación en una trilogía: respeto, limpieza y orden.

El gran edificio de la escuela estaba dividido por una pared en dos zonas. Una para la educación de los chicos y otra para las chicas, lo cual marcaba una rígida separación de sexos. De hecho, había una prohibición expresa para no coincidir en los recreos. Ellas tenían un horario diferente y salían antes. También tenían algunas

clases diferentes a las nuestras, como la de Labores o Costura en las que básicamente se les enseñaba a ser «buenas amas de casa».

Como polichinelas a rabiarse descubríamos perfumes y aromas suaves que provenían del aula femenina. Por eso cuando teníamos la oportunidad las observábamos como estudiaban. Puro infantilismo, sin ideas morbosas que rompen cosas, las simples cosas. Particularmente destacaba la sensación de acicalamiento y blanco colorido como naranjos de azahar.

No es que nuestra aula adoleciese de estas peculiaridades o estuviese hecha a latigazos, simplemente la teníamos limpia y ordenada, aunque diera la sensación de una sospechosa austeridad.

Desconozco quién nos educaba más en la relación con las chicas si la escuela o la familia. Lo cierto es que manifestábamos una puritana y secreta admiración. Un respeto que nos inculcaban hacia las personas de otro sexo, lo cual no era óbice para sufrir unos amores primerizos que se marchitaban como las rosas de abril.

Recuerdo lo que recuerdo. No era un mundo ficticio, simplemente es la optimista visión infantil de aquellos increíbles años escolares, de mi propia pubertad. Por eso lo hago sin acritud, sin el deseo de quejarme por el deterioro de las condiciones de mi vida y mucho menos intentar definir el sector agrario o los medios de producción de la ruralización. Como los ultrajes que tapan las heridas del pueblo tengo escondido aquel régimen político, la autarquía o el racionamiento económico con sus cartillas.

Aunque la vida nos ponía barreras, la derrota no estaba en nuestro vocabulario. La falta de información, asesoramiento, y una dudosa preparación académica de quienes nos rodeaban, a quienes no podemos culpar, hacía inviable una apuesta necesaria para enseñanzas superiores, con el peso económico familiar que ello conllevaba. Se perdían capacidades porque no teníamos las respuestas, dudando si estudiar tendría su beneficio o si era más primordial prepararte para un oficio básico, con mayor rentabilidad a corto plazo. Y aquello nos arrostraban a un pequeño colapso mental.

Algunos terminaban eligiendo Magisterio, al fin y al cabo, era lo conocido. Cierro es que todo hubiese sido más asequible si hubiéramos tenido Internet. Un ciberespacio con múltiples aplicaciones de mensajería, app de redes sociales o el más actual 6G de tecnología móvil. Sin embargo, no podemos lamentarnos de un pasado que no se puede cambiar ni recuperar. Pero los sueños si los podemos conquistar sin el obstinado cronógrafo que acentúa dudas y te roba el aire.

Aquella enseñanza no era un verso suelto por su calidad. Era lo mejor y lo más básico que podíamos aprender. Quizás llegamos tarde a coger uno de los muchos trenes que pasan en la vida, tal vez eran tormentas de verano que escondían lágrimas secas. Unos niños que nunca culparon a la luna por su callada traición y que vivieron el diverso mundo rural en la pobreza que tenía la mayor parte de la población. Hoy tenemos, gracias a ellos, una sociedad moderna y desarrollada de la que pueden estar orgullosos.

Me niego a pensar que fuésemos una sociedad incapacitada para afrontar el futuro porque no supimos mirar en el pasado. No había ignorantes funcionales, tampoco hambre, simplemente teníamos carencias sociales y falta de servicios fundamentales. Ponderar sin medida aquellas personas valientes, sin el corazón herido o el alma lacerada, que navegaron en la serenidad del mar, sin tempestades, pero con resiliencia, sin saber que del abismo nace el canto.

Voy con unos, vengo con otros, alterando la distancia en mitad de la nada, de una vida sin esquivarlas en el ombligo. Porque todo aquello que era bello está agazapado en recuerdos de candor y lirismo galano que esconde un reloj de bellezas.

RECUERDOS DE MI PASO POR LA ESCUELA RURAL, AÑOS 1969 A 1977

Juan Carlos Pérez Marcos
(Villaseco del Pan, Andavías, Fresno de la Ribera, Zamora,
y Villanueva de Jamuz, León)

Soy natural de Villaseco del Pan, Zamora, nací en el seno de una familia humilde, en el verano de 1963. Voy a relatar mi experiencia personal por la escuela pública rural de esa época, comienzo en mi pueblo natal, y continuó por los diferentes pueblos por los que transité, junto con mi familia, que, por motivos laborales de mi padre, cada pocos años nos trasladamos a vivir a otros pueblos cercanos de la región.

VILLASECO DEL PAN, ZAMORA, AÑO 1969. TENÍA 6

El primer día de escuela lo recuerdo perfectamente, tenía 6 años casi recién cumplidos y estaba muy ilusionado por ir a la escuela, era una mañana soleada de mediados de septiembre del año 1969. En la pared de piedra frente a la casa, había un caracol y le cantaba la canción: «Caracol, caracol, saca los cuernos al Sol, que tu padre y tu madre ya lo sacó». En esa época las escuelas en Villaseco estaban divididas por sexos. Don Vicente, daba clases en la escuela de los chicos; y Doña Madalena, en la de las chicas. Más tarde abrieron otra escuela infantil mixta, regida por doña Maribel. Los maestros vivían en las casas que les facilitaba el pueblo. Don Vicente, nos trataba bastante bien a todos y parecía buena persona, hacíamos salidas al campo, que estaba muy cerca de las escuelas. Recuerdo que una vez salimos hacia la zona de Valdel-



Pared del caracol.

pueo y después de llevar un buen rato andando, llegamos a ver el río Duero, que por esa época llevaba muy poca agua, dejando ver los restos de la antigua aceña del pueblo, se veían cuatro paredes y sin tejado, antes de ser cubierta por la presa de Villalcampo... nunca más la he vuelto a ver así. Se me daban bien las matemáticas, pero me gustaban las ciencias de la naturaleza, pintar, escribir o cantar... hasta en una ocasión gané un concurso de canto.



Ubicación de las ruinas de la antigua aceña.

Años más tarde, llegó don Leoncio, típico maestro del régimen, muy severo y con gusto por los castigos. El primer día de clase después del verano, que justo coincide con el final de las fiestas del pueblo, y para descubrir si habíamos fumado, nos hacía poner a todos pegados de espaldas a la pared alrededor de la clase, pidiéndonos uno a uno que le fuéramos echando el aliento, esa mañana recuerdo que yo había comido una naranja poco antes de llegar a la escuela, por donde vivía la tía Sidoriana, iba con Jeromo, un compañero, a mí con los sabores de la naranja no me descubrió, pero sí que había fumado. A Jeromo en cambio lo descubrió y lo castigó. Con don Leoncio las clases eran tensas y silenciosas, todos le teníamos más miedo que respeto, sobre todo en la época de exámenes. ¡A la mínima nos castigaba! Nos hacía poner de rodillas junto al encerado, con los brazos en cruz y hasta con libros en las manos... dependiendo del castigo. al final de la clase nos daba en la punta de los dedos con un palo. Otras veces nos hacía poner la cabeza debajo de su mesa y nos arreaba en el culo con una vara. En una ocasión, como castigo me pidió que saliera a la calle y me pusiera con los brazos en cruz, y así estuve un buen rato pasando frío. Al final quería darme con un palo que tenía que traer yo mismo, le lleve uno pequeño ¡por supuesto! él me recrimino y me hizo buscar otro más largo y grueso. No recuerdo al final qué pasó.

Por Navidades me compraron un silbato muy chulo de color verde fosforito, y no se me ocurrió otra cosa que silbarlo en medio de la escuela. Anda que yo también... me lo quitó y nunca más me lo devolvió; luego lo usaba en la clase de gimnasia para darnos órdenes.

Una vez hicimos una broma en la escuela de las chicas, metimos una pequeña culebra por la ventana. Doña Madalena, la maestra, que le tenía mucho miedo (y lo sabíamos). Al poco de empezar la clase la vio y salió despavorida hacia nuestra clase, gritando y abriendo los brazos todo lo que le daban de sí, mientras gritaba sobre el

tamaño de la culebra ¡así, así de grande! Nosotros que sabíamos que era pequeña, nos reímos a carcajada limpia.

En la escuela jugamos a muchos juegos: a la peonza, al clavo, a los *chapetes*, al burro o ¡Churro va!, al fútbol, al juego de la pelota, a las canicas con *abujacos* de los robles o con bolas de cristal el que tuviera, porque había muy pocas. Se jugaba haciendo un hoyo en el suelo y había que meterla en él o alejar a la de los compañeros de este. También jugábamos a las vistas con el recorte de la parte de arriba de las cajas de cerillas de antaño (las de fósforo blanco) Recuerdo que tenían unos dibujos muy chulos a color, de animales, pájaros... se juega tirando la vista sobre una pared y si al caer monta sobre otras vistas te las quedas y si no, se queda allí para el siguiente. También hacíamos intercambio de cromos de fútbol, para rellenar el álbum; recuerdo los cromos de Iríbar, Camacho, Pirri...

A veces nos peleábamos entre los chicos, no para hacernos daño si no para ver quién era el más fuerte. Teníamos que tumbar al otro en el suelo e inmovilizarlo. con eso era suficiente.

ANDAVÍAS, ZAMORA (AÑO 1973). TENÍA 10 AÑOS

En Andavías había cuatro escuelas: una para los más pequeños, con don Germán; otra para los medianos, con doña Laura (con la que empecé); y dos escuelas más para los mayores, en la que impartían clase un matrimonio. Empecé con 10 años el 4º curso, que pasó sin pena ni gloria, la profesora doña Laura era afable, pero exigente con los estudios y poco dada a las reprimendas innecesarias.

El siguiente curso, 5º, me tocó con Doña Conchi, una maestra no muy simpática que digamos nos trataba sin muchos miramientos, pareciera que solo daba las clases para los alumnos más aventajados, como Pili y Nati. Nati era una chica rubia y muy guapa... a todos los chicos nos gustaba. Yo me sentaba casi siempre en las últimas filas de la clase con otros compañeros, como Basi. La verdad es que no oíamos casi nada de lo que decía, pero a la maestra no le preocupaba demasiado y a nosotros tampoco. En una ocasión, la maestra nos dijo que iba a haber una inspección y nos comentó que, si la inspectora que viniera pedía un voluntario para responder alguna pregunta, sólo podían salir los alumnos que ella propondría; los más listos suponíamos. Este curso no lo pasé.



Escuela Pública de Andavías, Zamora.

FRESNO DE LA RIBERA, ZAMORA (1975). TENÍA 12 AÑOS

En este pueblo había 3 tres escuelas mixtas: una para niños y otras dos para mayores y de distintos cursos. No se me olvidará el primer día de clase con el profesor Don Ildefonso. Lo primero que nos enseñó a mis hermanos y a mí fue un mazo de palos y nos dijo que todos esos trozos pertenecían a un solo palo, ya roto, que era tan largo que llegaba desde su mesa hasta el último de la clase. ¡Nos quedamos con una cara! Pero en verdad nunca nos pegó, ni vi que le pegara a nadie con ellos. Nos lo diría como advertencia. Era un maestro bastante estricto en cuanto a la educación. Si un trabajo no se hacía bien en la mañana, no se salía al recreo hasta que no se sacara, yo, como otros, por el interés, lo hacíamos rápidamente para salir.

Recuerdo que, por vacaciones, de deberes nos pedía que hiciéramos divisiones larguísimas, con cuarenta o más números... tan largas que no entraban ni en el cuaderno. Teníamos que usar hojas grandes de un calendario u otros papeles. Daban mucho trabajo y se hacían largas y pesadas, pero a la vez nos divertíamos mucho haciéndolas, nos lo tomábamos como un reto personal que teníamos que superar y la mayoría lo conseguimos.

Nos hacía aprender de carrerilla los cabos y los golfos de España, teníamos que aprenderlos fuera como fuera, usábamos unos grandes mapas políticos y geográficos que había colgados en las paredes y nos los hacía repetir una y otra vez. Al final los aprendimos todos: por el norte, Cabo Machichaco en Vizcaya, Ajo en Santander etc. Y lo mismo con las provincias de cada comunidad, los ríos y las montañas.

El siguiente curso en Fresno de la Ribera fue 6º ya éramos de los más mayores, la profesora doña Berta era pequeña y distante con todos los alumnos, no tenía nada



Alumnos de Fresno de la Ribera, 1975.

que ver el interés que ponía don Ambrosio porque aprendiéramos como con ella, que apenas explicaba los temas y lo más que nos pedía era memorizar en casa el resumen de las lecciones y luego por la mañana decirlo en clase y poco más.

Solíamos jugar mucho al clavo y a la peonza. A veces nos peleábamos entre los chicos como en Villaseco para ver cuál era el más fuerte.

VILLANUEVA DE JAMUZ, LEÓN (AÑO 1976). TENÍA 13 AÑOS

El siguiente pueblo al que nos mudamos, fue Villanueva de Jamuz, un pueblo de León, cercano a la Bañeza. No recuerdo muy bien las escuelas que había, pues estaban separadas en distintos lugares del pueblo, pero a la escuela que yo fui había menos nivel educativo que en todas en las que había estado anteriormente. Siempre fui de los más rezagados y aquí era de lo más Listos. El profesor era un poco sordo y algo desconfiado, siempre pensaba que nos reíamos a sus espaldas, en una ocasión a un compañero pensando que se había reído de él, Le pegó tal bofetón en la cara que le sangro un oído. Recuerdo que nos mandaba hacer dibujos o redacciones de temática libre, a mí que era lo que más me gustaba hacer y se me daba bien, casi siempre ganaba alguno.

Solíamos jugar al fútbol en la hora del recreo: hacíamos dos grupos que formaban dos de los jugadores más avezados, se echaba a suertes para saber quién elegía primero, con el método de «a pies o a pares y nones» luego iban escogiendo alternativamente a cada jugador hasta formar los equipos. Los partidos eran muy reñidos y entretenidos.

REFLEXIÓN

Mi paso por la escuela ha sido una etapa de luces y sombras, en las que el ambiente predominante han sido el miedo y el respeto a los profesores y también a los padres, por qué si un profesor te castigaba o pegaba, cuidado con decírselo a tus padres, porque te podía caer otro castigo, o te soltaban; ¡algo habrás hecho para merecerlo!... y se quedaban tan panchos. Claramente era un entorno educativo poco adecuado para el aprendizaje, la creatividad y la reflexión.

También hubo buenos momentos de alegría y regocijo, en los que forjamos nuevas amistades; aprendimos a trabajar en equipo, a respetar y valorar a los demás; compañeros, maestros y como no, adquirimos un poco de cultura general, que de eso se trataba.

A MIS MAESTROS: DON MANUEL, DON JESÚS, DON SEVERINO, DON ALBERTO, DON ÁNGEL Y DON JOSÉ

Francisco Ramos Pichel
(Bermillo de Alba, Zamora)

Septiembre de 1957, recién terminada la celebración de las fiestas del pueblo que en aquella época caían en los días 2 y 3 de septiembre, mi padre me acompañó hasta la escuela para presentarme al Sr. Maestro e iniciar mi etapa escolar en la Escuela Unitaria de niños de Bermillo de Alba. Tenía casi seis años y, como era norma de la época, «entraba en la escuela», pues el ciclo de Enseñanza Primaria comenzaba a los seis años y terminaba a los catorce.

Llevaba una maleta escolar que me había regalado para la ocasión mi padrino Evelio. En ella no faltaba, entre otros útiles escolares como cuaderno y lápiz, la pizarra, enmarcada en madera, y el pizarrín correspondiente que servían para practicar la escritura o para hacer cuentas, una pizarra muy ecológica pues no era necesario gastar papel, y práctica pues cuando se llenaba se borraba con un trapo, que generalmente iba atado con una cuerda al marco de la pizarra, y se podía seguir usando; si faltaba el trapo siempre teníamos a mano el recurso de la manga del jersey que era muy útil para muchos menesteres, aunque a nuestras madres no les hiciera ninguna gracia. Los recuerdos de



ESCUELA	Unitaria de niños
Localidad	Bermillo de Alba
Provincia	Zamora
Apellidos	Ramos Pichel
Nombre	Francisco
Fecha de nacimiento	15- octubre - 1951
Naturaleza	
Provincia	Zamora
Domicilio	Bermillo de Alba
Nombre del padre o tutor	José
Profesión	Labrador
Nombre de la madre	Soledad
Fecha de iniciación de la escolaridad	1- Septiembre - 1957
Fecha de término de la escolaridad	
Observaciones:	

Mi cartilla de escolaridad.

esos primeros días son difusos, pero hay uno que permanece: los mayores, que estaban en el último año de escolarización y que al cumplir los catorce años «saldrían» de la escuela, me parecían muy mayores. Ellos podían hacer «cosas de mayores» que nosotros, los pequeños, no veíamos posibles. Cuando en pleno invierno se formaba una gruesa capa de hielo en el pozo que había detrás del molino de mi abuelo, los mayores se arriesgaban a patinar incluso en la parte que sabíamos que la capa de hielo era más fina. Alguno tuvo la desagradable experiencia de romperse el hielo y salió con una buena mojadura y algún dolor, físico por la caída, y moral por ser el hazmerreír de los demás.

El horario escolar comenzaba a la diez horas de la mañana –yo, a pesar de que vivíamos a escasos cien metros de la escuela, siempre llegaba con el tiempo justo al momento de la entrada, nunca tuve la virtud de madrugar– y se prolongaba hasta la una del mediodía en horario de la mañana, por la tarde el horario era de tres a cinco. Algunos años el horario de la tarde se ampliaba en una hora y la salida era a las seis. Esta hora, de asistencia voluntaria, se conocía como «hora de permanencia» que, al parecer, solicitaba el maestro y si se la concedían servía para que aquellos alumnos que lo desearan, la asistencia era voluntaria, pudieran completar su formación con una hora más de clase.

La actividad escolar se iniciaba colocando la bandera en el lugar dispuesto para ello a la entrada de la escuela y con el canto del «Prietas las filas», un himno del Frente de Juventudes que era obligatorio cantar al inicio de cada jornada escolar: «Prietas la filas, recias, marciales, nuestras escuadras van...».

A media mañana se interrumpía la actividad y salíamos al recreo, media hora durante la que el griterío de los aproximadamente treinta niños y otras treinta niñas de inundaba todo el pueblo, era un buen reloj para que las madres supieran que se acercaba la hora de preparar la comida. Casi todos los días durante el recreo el maestro pasaba a la escuela de las niñas y compartía impresiones con la maestra. Mientras tanto los niños practicábamos nuestros juegos favoritos, uno de los más célebres era «El cautivo». Su práctica era sencilla, dos grupos, uno a cada lado de una raya divisoria trataban de cautivar a uno de los del grupo contrario, cuando uno era arrastrado al otro lado de la raya quedaba cautivo y se iba al fondo del equipo que lo había hecho cautivo, este podía ser rescatado si alguno de su equipo encontraba la manera de llegar hasta él sin ser detenido por los del equipo contrario. En una ocasión, intentando detener a un rescatador me topé con la pared del fondo que no había visto, las consecuencias son fáciles de imaginar.

Si aparecía algún balón, algo no muy habitual, organizábamos algo parecido a un partido de fútbol. Dábamos patadas al balón hacia la portería contraria para intentar colarla entre dos piedras que hacían las veces de porterías. Había un problema cuando algunos jugadores de los dos equipos se quedaban con el balón entre ellos y la pared: se daban patadas al balón con intención de sacarlo de allí en la dirección que a cada uno le interesaba; entre tanto puntapié al balón en pocos partidos terminaba roto con lo que el partido de aquel día se daba por finalizado.

A veces, la plática del maestro con la maestra se alargaba y la media hora de recreo se convertía en una hora o más. Era la ocasión propicia para practicar otro de los juegos más populares «Guardias y ladrones», en este caso el campo de juego se ampliaba a todo el pueblo, no hace falta explicar en qué consistía el juego. Había auténticos artistas en el arte de elaborar las armas necesarias para conseguir los fines propuestos, escapar de los guardias o detener a los ladrones.

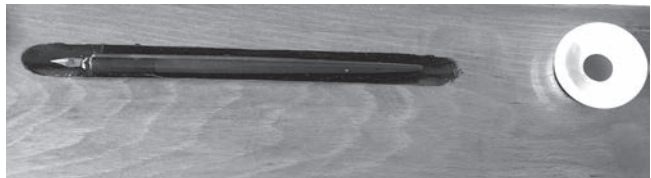
Antes de la hora de salir al recreo, el maestro, además de sus obligaciones magistrales, debía tener tiempo para preparar la leche que se repartía a la salida al patio. Para ello al entrar enviaba a dos niños con una olla a buscar agua al *chariz*, que estaba, continúa, detrás de la escuela. Calentaba el agua en el infiernillo y en ella desleía la leche en polvo que había llegado de la Ayuda Social Americana. Se repartía un vaso para cada niño. En ocasiones, también se repartían quesitos por la tarde para la merienda.

En algunos pueblos junto a la escuela estaba la casa del maestro, pero en Bermillo no había casa del maestro, como consecuencia los maestros tenían que buscar alojamiento en casa de alguna de las familias del pueblo. Casi siempre eran las mismas familias quienes los alojaban, posiblemente porque tuvieran más disponibilidad de habitaciones.

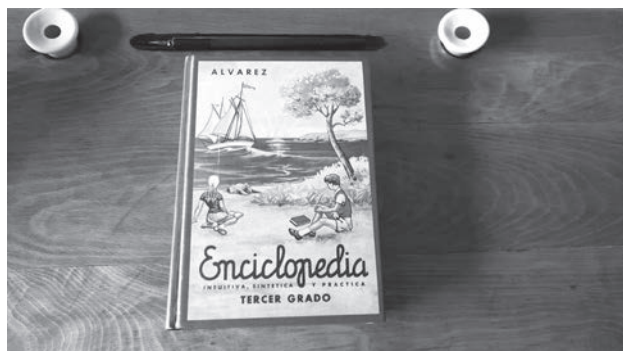
Los maestros desarrollaban su labor en condiciones muy precarias, no había ningún tipo de calefacción en la escuela, tampoco había aseos. Contra el frío tenía un brasero de carbón en el mejor de los casos, a veces, ni eso. Los niños llevábamos nuestros braseros caseros que consistían en una lata de las que se compraban con sardinas a la que nuestro padre le había aplicado un asa larga, esta lata se llenaba en casa de brasas de la lumbre y se colocaba en el suelo junto a los pies, así nos proporcionaba un poco de calor con el que soportar el frío del invierno.

La falta de aseos se suplía con una esquina lateral del patio donde se socorrían las urgencias intestinales, en el patio de las niñas había una pequeña excavación de como dos metros de largo por uno de ancho y otro de profundidad, no sé para qué se había construido, pero solía hacer las funciones. En el caso del maestro, si sus necesidades le apremiaban, salía por el Carril de Pino hasta el campo y durante su ausencia encargaba a uno de nosotros para anotar en la pizarra, decíamos encerado, el nombre de quienes armasen jaleo.

Para escribir, además de la pizarra y el pizarrín, citados más arriba, que utilizaban los más pequeños, cuando habíamos adquirido cierta destreza escribíamos con pluma insertada en el palillero que mojábamos en la tinta negra que el maestro había puesto en los tinteros de cada pupitre. El maestro hacía la tinta disolviendo unos polvos en



El palillero, la pluma y el tintero.



La Enciclopedia Álvarez.

Durante la jornada el maestro tenía que multiplicarse para poder atender a todos los alumnos de los ocho cursos diferentes que asistíamos a clase; como era materialmente imposible que pudiera atender a todos, en ocasiones eran los mayores los que enseñaban a leer o las cuentas a los más pequeños.

La memorización era el método de enseñanza habitual y, dados los muchos niveles existentes, el maestro nos reunía a los de un nivel en torno a su mesa para «tomarnos la lección», para practicar la lectura y para otras cuestiones; también nos sacaba al encerado para examinar nuestro progreso en las distintas materias: cuentas, resolución de problemas, etc. El resto estudiaba la lección en el pupitre recitando en voz alta lo que debía aprender, con lo que el guirigay era considerable. Se cuidaba la práctica de la lectura, para ello sólo teníamos un libro, un resumen del *El Quijote*, del que había unos pocos ejemplares. Leer aquel Quijote era una especie de suplicio ya que leíamos, pero no entendíamos nada. La verdad es que tuve que esperar unos años hasta que disfruté con la lectura del libro de Cervantes. Hoy mi humilde biblioteca conserva siete ejemplares diferentes de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Como libro de enseñanza se usaba la *Enciclopedia Álvarez* de Primero, Segundo y Tercer Grado, era el único libro de enseñanza durante los ocho años de escolarización. Mis enciclopedias no soportaron el mucho uso o el poco cuidado que les di a lo largo de mi estancia en la escuela y no conservo ninguna, aunque con posterioridad sí he podido adquirir alguna de las reediciones que se hicieron a finales del siglo pasado a consecuencia del éxito de la obra de teatro *El Florido Pensil*.

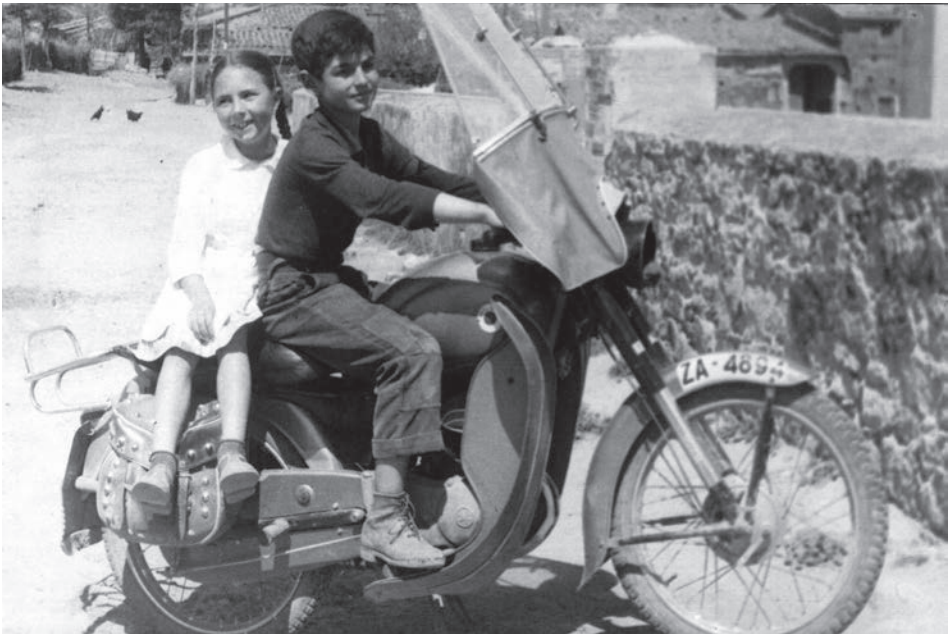
A pesar de las muchas carencias, la formación de los alumnos llegó a ser aceptable y, en algunos casos, excelente, todo gracias al esfuerzo de los maestros, de los padres y también de los alumnos. Cada maestro usaba los métodos de educación que creía más adecuados, ya se sabe «cada maestrillo tiene su librillo», alguno era un ferviente creyente del dicho «la letra con sangre entra» y aunque no conocí nunca ningún caso en el que se aplicase la expresión literalmente, sí puedo asegurar que los castigos corporales se daban en algunas ocasiones, un bofetón, un tirón de orejas, o el más cruel, de rodillas sobre un puñado de arena que practicaba algún maestro.... Eran otros tiempos.

agua que él custodiaba en una botella e iba poniendo en el tintero de cada uno la tinta que necesitaba. Como se puede entender, a veces, caían borrones (el mejor escribiente hace borrones) en cuadernos o libros que intentábamos secar con el «papel secante» o con una trozo de tiza de las de escribir en el encerado.

La formación se desarrollaba casi siempre en el aula aunque en ocasiones las salidas al campo también formaban parte de los métodos de enseñanza. Recuerdo una salida para practicar Geometría. En un prado cercano de forma trapezoide el maestro nos explicó la manera de calcular su superficie descomponiéndolo en triángulos. Allí fuimos todos con una cuerdas largas, unas sogas de las que utilizaban nuestros padres en sus labores en el campo, para medir sus paredes y sus diagonales para después en el aula realizar el resto del trabajo.

La llegada del mes de mayo cambiaba el pueblo, los días son más luminosos y la mejoría en el tiempo trae las flores al campo, todo parece más alegre, también los niños de la escuela. Era el mes de las flores y, en la escuela de los años cincuenta y sesenta, el mes de María. En la escuela se componía un pequeño altar con la imagen de la Inmaculada de Murillo que, junto a un crucifijo y las fotos de los fundadores del Movimiento y de la Falange, presidían la escuela. Recogíamos flores por el campo y los ramos que formábamos se colocaban ante la imagen de María cantando el «Venid y vamos todos». Seguramente la llegada de la primavera después del duro y oscuro invierno nos traía una alegría especial a todos.

Casi todos los años nos visitaba un fotógrafo que con sus fotos immortalizaba nuestro paso por la escuela. Llegaba montado en su moto Ossa y nos hacía las fotos correspondientes, individuales y conjuntas rodeando a nuestro maestro. Si nuestros padres se podían permitir el lujo adquirían una copia de las fotos que nos había hecho, y pasado un tiempo las traía para entregar a cada uno las suyas.



Con a mi hermana Eloísa en la moto del fotógrafo.

Vivir en un pueblo, donde no había de casi nada y faltaba de casi todo, con unos inviernos fríos, las calles intransitables, llenas de barro, era muy duro y para la maestra y el maestro de turno quizás un poco más. Es probable que ésa, y el aislamiento de pueblo, fuera una de las razones principales por las que cada año cambiábamos de maestros. Parece lógico que el que obtenía una plaza mejor no repitiese en Bermillo. Estábamos tan alejados de todo que eran contadas las ocasiones que nos visitaba algún inspector de enseñanza. Cuando venía alguno tenía que dejar el coche a más de un quilómetro del pueblo y caminar campo a través para llegar a la escuela. No le debían quedar muchas ganas de volver. Cuando venía se alteraba todo un poco, supongo que para el maestro suponía una especie de examen a su labor. Hacía algunas preguntas a los niños que el maestro procuraba que fueran dirigidas a aquellos que supieran la respuesta.

Mi etapa escolar se desarrolló entre el curso 1957-58 y el curso 1963-64 y durante esos siete cursos tuve seis maestros: don Manuel, don Jesús, don Severino, don Alberto, don Ángel, que estuvo dos cursos, y don José. A todos ellos les debo una parte importante de lo que he sido y soy por eso quiero recordarlos aquí a modo de reconocimiento por su labor. Don José estuvo más cursos, pero yo sólo coincidí con él un año. Él se ocupó y preocupó de que pudiera presentarme a una prueba para la obtención de una beca que me posibilitaría continuar mis estudios fuera del pueblo. Hizo los trámites para que algunos pudiéramos presentarnos a las pruebas para conseguir becas de estudio. Yo tuve la suerte de obtener una de ellas y de esta manera pude continuar mis estudios más allá de la Enseñanza Primaria que se impartía en el pueblo.



Con D. José y el resto de alumnos en mi último año, 1962.

MI ESCUELA

Juan José Rodríguez Herrero
(Cabeza del Caballo, Salamanca)

Don Constantino, el maestro, capeaba la situación con soltura, o al menos así lo vivíamos. Y lo mismo puede decirse de doña Helena, la maestra que atendía a las niñas. Aunque claro, las niñas eran menos armadanzas y no se subían por las paredes buscando nidos ni se tiraban piedras. Niñas y niños separados, claro está, aunque las escuelas estaban a cincuenta metros la una de la otra. El tema del recreo se solucionaba saliendo al patio unos cuando ya habían entrado los otros. Cuarenta y dos niños atendía don Constantino. Y poco más o menos doña Helena. Había, eso sí, mucho respeto: lo que decían los maestros era algo así como palabra de Dios, aunque alguna vez don Constantino tuvo que utilizar la mano para separar a dos gallitos que se estaban peleando y que no atendían a palabras. Cuarenta y dos niños –y más o menos igual de niñas– a los que los maestros organizaban para sobrevivir, porque el Ministerio no mandaba más maestros aunque el alcalde lo pedía todos los años. Pedía un maestro y una maestra. Pero nada. La organización que tenían los maestros era muy simple: los niños mayores y las niñas mayores entraban a las diez y salían a la una, los niños pequeños y las niñas pequeñas entraban a las tres y salían a las seis, menos en invierno que como era de noche salían a las cinco y media. Con la medida de mañana y tarde se podía hacer algo en clase, ya que mientras un grupo hacía cuentas, otro grupo hacía caligrafía, leía, hacía una redacción de «tema libre», memorizaba la enciclopedia de Álvarez, o, –los mayores–, buscaban dónde se encontrarían dos automóviles que circulaban por la misma carretera, en dirección contraria y a determinada velocidad. Un enigma. Frío hacía mucho, pero no importaba demasiado: los niños llevábamos brasas en una lata para poner los pies junto a ella. Las niñas también, pero en una cajita más apañada. El calor de las brasas duraba como mucho diez minutos, y para los pies, motivo por el cual cuando entrábamos en el aula lo primero que hacíamos era aplaudir sin tener a quien, pero se calentaban las manos. Los maestros tenían un brasero debajo de la mesa, un brasero que encendía una señora todas las mañanas y al que nos dejaban acercar para calentarnos, un poco, las manos. Teníamos todos o casi todos sabañones en los nudillos de las manos y en las orejas, pero eso no tenía remedio. Tampoco tenía remedio el concierto de toses. Los sabañones duraban todo el invierno y desaparecían con la primavera sin hacerle nada. La tos, cuando era muy agarrada, no íbamos a la escuela y nos dejaban en casa. Los días que llovía o que

hacía demasiado frío los maestros nos dejaban pasar el recreo en el aula jugando a lo que quisiéramos, que normalmente era a las canicas, al cate o al triángulo. Las niñas saltaban a la comba y cantaban, o jugaban al pati. Porque el recreo era importante, y muy mal tenía que hacer para no salir a jugar a los pelotazos, a la bandera o a lo que fuera. Hasta don Constantino aprovechaba para fumar un cigarro.

En el aula había quince pupitres de dos plazas, pupitres de los que se levantaba el asiento y tenían un hueco para el tintero. Y don Constantino paseaba por los pasillos para ver si cada grupo estaba haciendo lo que tenía que estar haciendo. De vez en cuando se tomaba una cucharadita de bicarbonato porque tenía acidez de estómago. Los dos maestros tenían un recurso mágico para mantener el orden y que cada uno hiciese lo que tenía que hacer: castigaba a los grandes con trasladarlos a las clases de la tarde con los pequeños, y a los pequeños con tener que asistir por las mañanas. Aquello se tomaba como una humillación. Doña Helena tenía similares problemas y soluciones, aunque el castigo solía ser el no dejar hacer costura a las niñas. También en la escuela, además de los pupitres, había una pizarra grande, negra, que se sujetaba en un caballete, unos mapas de España, y un mapamundi físico y político que don Constantino colgaba de una alcayata, y sobre él íbamos poniéndole nombre al país que nos señalaba con el mango de una escoba, que era el puntero. Así aprendimos las regiones de España y las provincias que tenía cada región, incluido el condado de Treviño que nunca llegamos a entender. Y los continentes, y los mares y los océanos, y las montañas y los ríos, y las naciones extranjeras, que también venían en el mapa. Encima del armario había un globo terráqueo para hacernos una idea de cómo era el mundo en la realidad.

En el aula estaba también el armario de guardar cosas, un perchero donde don Constantino colgaba la gabardina o el abrigo, y la mesa del maestro. Y en la pared el crucifijo y los dos ladrones –decíamos– de Franco y José Antonio, porque una vez que fue el cura nos dijo, señalando al crucifijo, que fue crucificado entre dos ladrones. Estaba claro quiénes eran los ladrones, que estaban al lado del crucificado. El cura iba de vez en cuando a darnos la doctrina religiosa, y así aprendimos que el triángulo era la figura geométrica más importante porque tenía el ojo de Dios que todo lo ve. Así venía en la enciclopedia de Álvarez. Porque el cura se llevaba bien con los maestros, aunque no iba mucho por las escuelas porque tenía la catequesis. Pero una vez que se tuvo que marchar don Constantino durante una semana por cosas de familia, el cura se hizo cargo de la escuela de los niños. Aquella semana aprendimos mucho de religión, aprendimos quien era David y quien Goliat, quien era Sansón y quienes eran los doce apóstoles. Estaba entretenido, y dibujamos mucho aquella semana. Fue el cura porque si un maestro se tenía que ausentar de clase él mismo tenía que buscar quien le sustituyera, y el único que podía hacerlo, aunque a su manera, era el cura. No era plan de que los niños estuvieran abandonados sin clase. El alcalde lo sabía, el cura entretenía a los niños y estos estaban recogidos y ocupados

El material escolar se guardaba en un armario gris, aunque una puerta no cerraba. Eran libros de lectura, un compás de madera, una regla de madera de un metro, una escuadra también de madera, algún paquete de tizas de repuesto y una botella con tinta para rellenar los tinteros cuando hacía falta y poco más. Cuando se acababa la tinta de la botella don Constantino mandaba a alguno de los mayores a casa de una vecina para que le diera agua para hacer la tinta. Porque en la escuela no había agua, ni aseos. La tinta se hacía echando unas barras negras a la botella de agua y dejarla allí un par de días. Los libros que se guardaban en el armario eran unos veinte ejemplares de *De los Apeninos a los Andes* y *Corazón* que leíamos cuando tocaba lectura. Y cuando se acababa el libro se volvía a empezar porque no había otro. Fácil. Los pequeños no utilizaban los libros ni la tinta. Los pequeños comenzaban utilizando una pizarra y pizarrín, desde ahí pasaban a lapicero, cuaderno de dos rayas y goma de borrar. El cuaderno de dos rayas tenía en la cubierta del final la tabla de multiplicar. Y cuando dominaban la escritura en el cuaderno de dos rayas pasaban al turno de la mañana, a tinta, y a cuaderno de una raya. Era algo así como superar un último y gran obstáculo.

Todos los días llevábamos a la escuela el cabás, y en él el plumier de las pinturas, un cuaderno, la goma de borrar, un sacapuntas y poco más. Y la *Enciclopedia* de Álvarez. El cabás era importante, aunque era de cartón, y raras veces resistía el curso.

Deberes en el cuaderno teníamos un día sí y otro no porque don Constantino los recogía para corregir las cuentas o las redacciones. Los alumnos de la tarde en el cabás llevaban una pizarra o un cuaderno y lapicero. Pasar de pizarrín a lapicero era un paso importante, aunque se le daba más importancia el pasar a tinta. Era un paso difícil el de la tinta, al menos hasta que te acostumbrabas: manejar el palillero y el plumín era todo un arte, y mojar en el tintero y llevar palillero y plumín hasta el cuaderno sin que se cayera un borrón de tinta por el camino no era fácil. O cuando el plumín cogía alguna mota de polvo, que no dejaba hacer buena letra. El tema del dominio de palillero y plumín era común con las alumnas de doña Helena, aunque lo solucionaban de forma diferente a los alumnos de don Constantino. Las niñas llevaban un trapito, limpiaban el plumín, se aseguraban de quitar la mota de polvo, mojaban en el tintero y seguían escribiendo. Los niños no andábamos con esas cosas y limpiábamos el plumín frotándolo sobre el pelo de la cabeza. Y a seguir. Cuando llegaba la primavera y el calor, era normal ver chorretones de tinta por la cara. Pero era así y nadie se extrañaba.

La limpieza de las escuelas la hacía una señora que mandaba el Ayuntamiento a finales de mes, un sábado. Era la señora que encendía los braseros de los maestros y que vivía casi pared con pared con la escuela. Barría el aula con la escoba después de esparcir por el suelo serrín mojado para no levantar polvo, y si hacía algo más de limpieza no nos dábamos cuenta. Claro está que bastante tenía con limpiar la tierra que metíamos todos los días en las botas. Los pupitres no los limpiaba. Los pupitres los limpiábamos cada uno el suyo un día de primavera, y era como una fiesta: llevába-

mos agua y jabón y frotábamos con un estropajo, pero las manchas de tinta sobre la madera apenas salían. La lejía estaba terminantemente prohibida. Cuando se secaba la madera del pupitre raspábamos con un cristal para sacar la tinta. Algunas veces la señora que encendía los braseros y hacía la limpieza nos daba al final del recreo un trozo de queso anaranjado que sacaba de un bote de lata. Hasta que se acababa. Claro que entonces no hacía falta lavarse las manos, que tampoco había agua ni dónde lavárselas. Aquellos botes de queso fueron el primer contacto con un idioma que no conocíamos. En el bote decía: «Pasteurized process cheddar cheese. Donated by the people of the United States of América». Y no estaba mal, si te gustaba. El maestro nos dijo lo que decía el bote, y nos explicó por qué los *United States of América* nos daban el queso. Claro que cada uno lo entendió a su manera y no iban a entender lo mismo los pequeños que los mayores. Porque a la escuela se comenzaba a los seis años siendo pequeño, y se terminaba obligatoriamente a los catorce siendo mayor. Pero a los doce años se podía dejar la escuela para echar una mano en casa como arrear el ganado para llevarlo a pastar en el campo o para cuidar a algún hermano pequeño. También dejaban la escuela a los doce años los niños o niñas cuyos padres decidían y podían llevarlos a estudiar o a hacer el ingreso. La verdad es que a partir de los once años faltaban muchos niños a clase, o no volvían y no pasaba nada. A partir de los doce años se aligeraba mucho la carga de alumnos mayores.

Las cosas cambian. La escuela que viví hace sesenta años hoy día tiene de todo. Tiene una aceptable colección de cuentos y narrativa infantil, bolígrafos y lapiceros de los normales y de colores, pinturas de cera, *tablets*, internet, calefacción, estanterías abiertas que han desplazado al triste armario, han cambiado los ventanales y los cristales por otros más eficientes, han saneado el patio para que no haya ni baches ni barro. No dan queso a media mañana, hay servicios y donde lavarse las manos, y va un maestro itinerante una vez a la semana para que aprendan algo de inglés. Pero no hay niños: entre niños y niñas, grandes y pequeños suman ocho.

COLUMPIOS

Fernando Salcedo Alfayate
(Mingorría, Ávila)

Lo que voy a contar es completamente cierto y totalmente verídico. Intentaré ser lo más fiel a los hechos, e incluso a mis recuerdos. Eso es lo que puedo prometer y prometo. Esta frase la oí durante buena parte de mi infancia. Aunque no voy a decir mi edad, los que tienen, más o menos, la misma que yo, ya han averiguado de que edad estoy hablando. Perdón. Comienzo, que parece que me estoy liando un poco, será la edad, je, je, je.

Yo estaba en el colegio, en una época entre la transición de la casa de teléfonos, que es el lugar donde una persona, normalmente llamada «la telefonista», manejaba unos cables con clavijas para conectar las llamadas, y la llegada de las cabinas telefónicas. No esas cabinas pequeñas de medio cuerpo, sino de las enteras, en esas, en las que te podías resguardar de la lluvia, o encerrarte con tu primera conquista, para poder besaros con la intimidad que te podía dar ese reservado completamente acristalado. Yo, alguna vez, he estado con más de cien personas dentro. Imaginaros a sardinas humanas metidas en un espacio tan reducido, unos encima de otros y al final, todos riéndonos a carcajadas.

No recuerdo fechas ni edades, pero lo que tengo claro, es la emoción, no solo la mía, sino la de todo el pueblo. Esto sucedió cuando los albañiles entraron en el patio de la escuela, que eso sí lo recuerdo bien. Todos sabíamos a que venían y que era lo que iban a hacer, ¡PONER COLUMPIOS!

En clase, los profesores, ya nos habían contado que se iban a instalar columpios, que había que cuidarlos, que el que hiciera el burro, se quedaba sin montar, etc., etc., etc., y más etc... con sus correspondientes amenazas de ir al cuartelillo, porque en Mingorría, había cuartel de la Guardia Civil, y una de las amenazas más comunes era, la de llevarte al cuartelillo. Esto no era nada comparado con la peor de las amenazas del mundo en esa época «se lo digo a tu padre». El revuelo fue tremendo. Todos estábamos nerviosos, observando al equipo de albañilería, que eran los del pueblo, es decir; el padre de..., el tío de..., los primos de..., y así hasta completar el equipo, que se iba a encargar de traer los «mágicos» columpios.

Primera decepción del día. No había, ni iba a haber columpios en ese primer momento. Ellos venían con pico y pala, más una pala excavadora, para hacer agujeros en el patio. Primero hay que hacer las zapatas, que no son otra cosa, que unos

agujeros en el patio, a los que se les meten varillas de hierro, para después llenarlos de cemento. Hormigonar, dijo que se llamaba, y no lo dijo el más listo del colegio, pero él lo sabía porque era el hijo de uno de los albañiles. Ya he dicho que eran los del pueblo. El ruido de la máquina excavadora era música para todos nosotros. Ver como se movía y a su vez iba destrozando todo lo que pillaba a su paso, era como estar viendo una película. Con el cazo de la retro, eso también lo dijo el hijo del albañil, iba haciendo hoyos justo donde antes se había medido y marcado de blanco con yeso, eso también lo explicó el que se había convertido en el sabelotodo del grupo.

El primer día de los no-columpios, pasó muy deprisa. Pero cuando supimos que al día siguiente vendría un camión hormigonera, bombona, lo nombró el listillo, estaría toda la mañana rellenando las zapatas. Todos supimos que ese día también sería muy interesante, a la vez que entretenido. Lo que quedaba sin romper en el patio, lo acabó de destrozarse el camión hormigonera, que iba de un lado a otro rellenando de hormigón cada agujero preparado. Parecía una procesión de albañiles detrás del camión, como si de la Semana Santa se tratara. La peor noticia del mundo no tardó en llegar, cuando la señorita dijo que, hasta dentro de una semana, no vendrían los ansiados columpios. Todos nos echamos a llorar, bueno, casi todos. El cemento tenía que fraguar, esto también lo dijo el listillo, pero esta vez con lágrimas en los ojos.

Clavadas en cada zapata había distintos elementos. En unos habían insertado en el hormigón tornillos o varillas roscadas, que previamente habían sido soldadas a unas placas. En otro se colocaron dos estructuras en V que fueron clavadas sus patas en el hormigón, quedando dos puentecitos, que es donde sería amarrado o sujetado otro columpio. Lo que más nos sorprendió fue que en la zona trasera izquierda de la escuela, pusieron una barra roja clavada, quedando como un poste muy alto. Todo era secreto y nadie sabía que era lo que iban a poner, ni siquiera el listillo, que tenía información directa, al ser el hijo del albañil.

Todos teníamos claro, que columpios, de los de columpiarse, esos con asiento y cadena, era seguro que iban a poner. Algún tobogán, también estaba más que claro. Algún incauto, incluso se atrevió a decir, que montarían una montaña rusa, cosa que desmintieron todas las profesoras al instante.

Recuerdo que doña Imelda dijo: – «esto es un patio de colegio, no un parque de atracciones, aunque a veces, vosotros os comportarais como si estuvierais en uno de ellos»-. Todos los profesores se rieron de algo que nosotros, niños inocentes, no entendimos.

Los días pasaron rápido y el óxido apareció en los tornillos clavados en el hormigón, pero el listillo, quitó importancia a esa nimiedad. Todos nos quedamos tranquilos, después de que doña Imelda nos explicara, listillo incluido, lo que significaba esa palabra. Con premeditación y alevosía, el día llegó y para colmo, ya estábamos todos en clase cuando llegó. No era muy grande, y todos nos supusimos lo peor, pensando que pondrían cuatro trastos sin más. ¿Para qué eran necesarias tantas zapatas con tornillos oxidados?

Ni la profesora se atrevió a intentar tranquilizar a una clase de nerviosos niños, que lo único que quería era ver que traía ese diminuto camión, que cada vez que lo miraban, parecía que iba disminuyendo, haciéndose cada vez más pequeño. Todos seguimos los movimientos de ese camión como si nos fuera la vida en ello. Adelante, atrás, de nuevo otro movimiento hipnótico que seguíamos sin parar. Hasta que por fin, el padre del listillo, indicó con un gesto que ya valía.

La apertura del lateral del camión fue un espectáculo. Primero retiraron la lona y unas ballas metálicas fueron abatidas como los laterales de los remolques de los agricultores. Seguro que los que no entendieron la frase «Puedo prometer y prometo», menos aún sabrán que es un remolque, sin entrar en detalles de intentar explicarlos, que es un lateral. Se nos desorbitaron los ojos, al ver todo el camión rebosante de paquetes envueltos en cartón. Había postes, esos estaban libres y sin protección, además, eran de color azul más una barra naranja.

Piiiiii..., sonó un claxon en la distancia. Casi nos da un síncope a todos, doña Imelda incluida, al ver que otro camión, muchísimo más grande, acababa de llegar. Este ni traía lona, ni estaba cubierto, dejando libre toda la zona de carga, en la que podíamos ver una cantidad de amasijos de hierros, considerable, más cajas cuadradas de cartón. Todo el equipo de albañiles se pusieron manos a la obra y comenzaron a descargar, lo que a los niños nos parecían, millones de cosas. Se nos estaba haciendo eterno ver como poco a poco iban distribuyendo paquetes por las zonas donde las zapatas, con sus soportes y tubos insertados, estaban esperando, creo que tan ansiosos como nosotros.

Cuando el primer camión acabó, se fue, quedando el más grande pendiente de vaciar al menos la mitad del contenido de su carga. Todos nos fuimos a comer, albañiles incluidos. Por la tarde, cuando continuáramos las clases, nos aseguraríamos de que todo fuera descargado, pero para nuestra sorpresa, cuando llegamos, después de comer, allí ya no estaba el camión.

Casi nos da algo, pero vimos que los albañiles habían formado grupos y mágicamente ya se podían ver estructuras formadas. Lo primero que montaron fue lo que pasó a llamarse con el tiempo el balancín diabólico. Como era el más fácil de montar, ya que el tubo que había clavado en la zapata estaba fijo y listo para ser ensamblado con tornillos.

Este primer columpio era para niños mayores, yo tardaría mucho en montar y reconozco que al principio, con mucho miedo. Consistía en una barra con dos asientos, uno a cada extremo. Otra barra en forma de T para agarrarte y un ángulo debajo del culo, donde asentabas cuando dabas en el suelo. A la vez que subías y bajabas, podías girar, haciendo que su movimiento te divirtiera aún más. ¿Qué ocurrió? Descubrieron que, poniéndose en el centro, se podía hacer girar el columpio a velocidad de vértigo y a su vez, que los niños columpiados, se marearan y salieran volando. Yo he visto niños soltarse y salir despedidos, estrellándose contra el suelo. Peor era para el que permanecía agarrado, que clavaba su culo y rodillas en el suelo, aún agarrado

al balancín diabólico. Otros muchos que no nos soltábamos, por miedo a volar y aterrizar de cabeza contra el suelo, nos bajábamos vomitando, mientras contemplabas como los chicos mayores se reían de nosotros.

El segundo que quedó montado fue el columpio de verdad. Ya tenía dos V invertidas metidas en las zapatas y tan solo tuvieron que atornillar un travesaño naranja en la zona superior y colgar cuatro cadenas, que ya tenían los asientos incorporados. De este también colgaron dos barras que sujetaban un balancín más pequeño, este era para los niños más pequeños, no como el balancín diabólico. Era muy sencillo. Dos asientos, uno en cada extremo, un aro para agarrarte y una T invertida, para que los niños pequeños pusiéramos los pies. El movimiento de este columpio estaba limitado y no corrías el riesgo de matarte, como en el otro de los mayores. Cuando atornillaron el tobogán, todos nos quedamos sorprendidos de la altura y longitud que tenía. Escalera y barras estaban pintadas de verde y rojo, pero la parte del tobogán, por donde te deslizabas, era de metal brillante, que parecía deslumbrarnos, casi tanto como ver el montaje de esas maravillas.

El tiempo iba pasando muy rápido y todas las piezas de nuestros deseados columpios se iban ensamblando poco a poco. Nadie los había podido estrenar. Según acababan de montarlos, con las mismas cintas que estaban embalados, eran precintados y al que se le ocurriera hacer el bobo, como así nos amenazaban, bofetón y al cuartelillo, que en ese caso no hacía falta, ya que, como el cuartel de la Guardia Civil, estaba delante del colegio, allí estaban presentes nuestros vecinos, vestidos de verde y expectantes contemplando el montaje y como no, vigilando que ningún gamberro hiciera el tonto, sus hijos incluidos.

Ya hacía horas que la hora del colegio había acabado, cuando parecía que todo estaba acabado, pero ni niños ni madres nos habíamos movido de allí, ese espectáculo no se tenía todos los días en un pueblo pequeño. Todos los albañiles, que habían estado repartidos por las distintas áreas donde ya estaban montados los columpios, se concentraron en la parte trasera izquierda de la escuela, para comenzar a montar lo que, para mí, consideraría la obra maestra y la cosa más bonita que haya visto nunca.

Ese montón de hierros de distintos colores nos descolocó a todos, sin saber que era lo que quedaba pendiente de montar. Los primeros sorprendidos fueron los albañiles, que se reunieron todos en torno a un plano muy grande, para ver cómo se ensamblaba ese monstruo. Azul, verde, rojo y amarillo brillaban, más un tobogán, que nadie entendía que hacía allí. Cuando comenzaron a montar las distintas partes en ese poste rojo y vertical, que estaba metido en la zapata y que todos los niños llevábamos preguntándonos qué sería, desde el mismo momento en que dejaron las zapatas finalizadas y en espera de que fraguaran, como nos había explicado el listillo.

Poco a poco, pieza a pieza, color a color, fue montándose una bola de hierros metálico y preciosos que apareció ante nuestros ojos, más un aro superior, de color verde, al que te podías agarrar antes de deslizarte por el tobogán, que una vez montado, sí tenía sentido el estar allí. Cuando alguien dijo que la barra roja del centro era

para deslizarse como en un parque de bomberos, los ojos de todos casi se nos salen de las orbitas, imaginando que teníamos nuestro propio parque de bomberos en el mismo patio de nuestro colegio.

La noche se nos echó a todos encima. Nadie se fue de allí hasta que no estuvo todo acabado y precintado, sin que todas esas maravillas que habían llenado nuestro patio del colegio, hubieran sido estrenadas por nadie, y con nadie quiero aclarar, que ningún niño o adulto de todos los que allí estábamos pudo hacerlo. Esa noche, yo soñé con columpiarme, deslizarme, tirarme por la barra roja de bombero, una y mil veces, hasta que el sueño me dejó descansar de tanto ajeteo real y soñado.

A la mañana siguiente, todos queríamos ir al colegio, yo creo que para comprobar que lo sucedido el día anterior no hubiera sido un sueño y todo lo que habían montado, no hubiera desaparecido. Antes de llegar al patio, ya se oían los gritos de los más madrugadores. Se estaban columpiando, deslizando, subiendo y bajando. Yo me deshice de la mano de mi madre y salí corriendo a disfrutar de la maravilla que teníamos en el colegio.

Todo estaba ocupado, pero yo tenía claro mi objetivo, la bola de colores. Allí estaba, ante mí, esperándome, y así lo hice. Subí por la escalera verde, elegí mi color favorito, ya lo había decidido desde que había visto como se hacía realidad esa forma redonda.

Me costó un poco subir por esa escala circular, pero cuando llegué arriba, la decisión fue difícil, deslizarme por el tobogán o ser un bombero y bajar por esa barra roja. Creo que subí y bajé más de mil veces, alternando la bajada por tobogán o barra, hasta que los gritos de las maestras comenzaron a llamarnos a todos, y con ayuda de nuestras madres, consiguieron que poco a poco, fuéramos entrando en la escuela, con la única imagen del recreo, para volver a disfrutar de los maravillosos columpios que teníamos en nuestro patio de la escuela de Mingorría.

Creo que ese es el mejor día de mi infancia en el colegio, lo recuerdo todo perfectamente, tal cual sucedió, o lo recuerdo tal cual lo quiero imaginar.

LA ESCUELA RURAL EN LA ALPUJARRA

Juan Manuel Salcedo Martín
(Mecina Bombarón, Cuesta Vieja y Gualchos; Granada)

*Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo
cosas pequeñas, puede cambiar el mundo.*

Eduardo Galeano

I. INTRODUCCIÓN

Una mañana, supongo que calurosa, de mediados de septiembre de 1968 fue mi incorporación a la escuela. De la mano de mi madre, al otro lado mi hermano mellizo y delante nuestra hermana que ya empezaba tercero de Primaria, nos dirigíamos hacia la escuela. Con esa sensación de nervios y de alegría por empezar una etapa nueva, ya dejaba de ser niño pequeño y me incorporaba al mundo de los mayores, los que ya tenían obligaciones, deberes, cuidar los libros, levantarse temprano para no llegar tarde... comenzaba mi experiencia escolar.

En este pueblo (Mecina Bombarón, en la Alpujarra) la mayoría de la población se dedicaba a la agricultura, con buenas cosechas, no en vano al estar en Sierra Nevada hay normalmente abundancia de agua, pero la mayoría de sus habitantes varones estaba emigrado a países de Europa, para buscar una mejora en su economía. Casi todos solos y con la ilusión de ahorrar suficiente dinero para poder comprar casa, montar un negocio o ambas cosas. Alrededor del cartero se reunían una gran cantidad de mujeres cuando en el autobús llegaba la saca con las cartas, todas expectantes para ver si recibían alguna. Eran cartas muy inocentes donde se preguntaba por los hijos, que se acordaban mucho de todos, que ellos estaban muy bien, y que si tenían falta de dinero pronto les llegaría un nuevo giro. La gran parte de estas personas eran muy jóvenes con escasa formación y se les tenía reservados puestos de muy baja cualificación, la mayoría eran jardineros (eufemismo de basureros), albañiles, mineros, empleados de fábricas de diversos productos...

La aparición de la tele cambió las actividades de los niños, aunque no dejamos de salir a la calle los programas destinados a la infancia los seguíamos con total asiduidad (quien no recuerda a Locomotoro, El Capitán Tan, Valentina...). Un recuerdo que aún me produce carcajadas es ver subir a uno de mis primos la escalera de mi casa y al llegar arriba en la tele Drácula sale de su ataúd y con la misma rapidez que había subido las escaleras las baja dando gritos. Jugábamos a ser los protagonistas de

las series, si era un arquero famoso nosotros nos hacíamos arcos y flechas y nos perseguíamos por los campos del pueblo disparándonos flechas.

En este pueblo de La Alpujarra granadina en la mayoría de las casas aún no había agua corriente, solo existían los cuartos de baño en algunas viviendas (mi tía Encarnación era una de ellas y ver el funcionamiento del inodoro era pura magia). En la casa de mis padres se logró instalar una pila de lavar en la puerta de la casa, con lo cual mi madre dejó de ir a lavar al lavadero municipal o al río como hacían la mayoría de las mujeres, un gran avance.

Era raro ver pasar un coche y no era raro que los niños jugásemos sobre la carretera a la pelota, a las carreras, o a las mil y una formas de entretenernos que teníamos con cuatro o cinco años. (Anécdota: contaba mi madre que un día a la hora de comer yo no estaba y me empezó a buscar, me llamaba a voces y yo no respondía, preocupada salió a la calle a buscarme y cuál fue su sorpresa al encontrarme dormido sobre la carretera, esa era la realidad de la carretera, estaba tan libre de coches que yo la aproveche para descansar y me quedé dormido, buen tirón de orejas supongo que me llevaría, pero eso nunca me lo contó mi madre).

Vuelvo a la escuela, tras un pequeño ejercicio de memoria, lleno de color, de olor a hogaza en la panadería, de los baños en un recipiente metálico con una esponja de esparto, de la pelota corriendo en la plaza y todos tras de ella, de ver la televisión en el bar del pueblo rodeados de abuelos jugando a las cartas...

Era en una escuela rural, en este pequeño pueblo de la Alpujarra granadina, donde en el invierno aun hacía frío y nevaba y en el verano teníamos un calor que hacía que las chicharras estuviesen cantando. La escuela estaba para mí lejos de casa (las distancias en la niñez son muy grandes igual que la duración de las vacaciones de verano). No recuerdo exactamente qué impresión me produjo esa primera vez escolar, pero sí recuerdo al maestro, don Enrique, un hombre amable. Su recuerdo es de confianza y de ser muy alegre.

Cuando fui a la escuela ya llevaba mucho aprendido ya que mi madre había trabajado la lectura y la escritura con mi hermano y conmigo.

En esa época era normal que en la familia se trabajase el respeto a los mayores (abuelos, familia, vecinos, gente del pueblo...) y por supuesto a los maestros y maestras; era frecuente escuchar muchas veces a mi madre que había que portarse muy bien y hacerle siempre caso al maestro y por supuesto si se enteraba de que me habían regañado ella después en la casa lo haría aún más.

Recuerdo la clase llena de niños trabajando con las libretas de dos rayas, los dictados o las redacciones del tema que el maestro nos propusiese, de las tablas que tanto asustaban y que aprendí en seguida y sobre todo me acuerdo del libro de lectura, que se llamaba Sonata, y que contenía textos seleccionados para los diferentes cursos. Otros libros que se utilizaban como «Hemos visto al Señor» aun rondan por mi casa.

Era normal que el maestro si tenía que salir por cualquier causa, cogiese a un niño de la clase de los mayores y lo ponía al frente de la clase, en especial uno que se

llamaba Justo y que decía que él sería maestro, era muy agradable cuando se quedaba con nosotros y, por supuesto, en su vida profesional fue maestro.

También recuerdo que el maestro cada día mandaba a un niño al cartero para que recogiese el correo que llegaba para la escuela, todos deseábamos que nos eligiese y cuando me tocaba a mí era la persona más feliz del mundo, subir la cuesta de la escuela hasta la carretera, llegar al cartero y ver como repartía la correspondencia entre las mujeres que esperaban cartas de sus maridos. Al acabar me daba el correo de la escuela y lo mejor era que llegaba el periódico y en el camino de vuelta podía ojearlo. Cuando se volvía a la escuela era hora de recoger y de camino a la casa, comer rápido y volver porque entonces las clases eran mañana y tarde, excepto los jueves que era solo matinal, pero los sábados por la mañana si había clases.

La vacunación también era un proceso escolar, todos en fila, con miedo al pinchazo, algunos llorando y los más valientes diciendo que claro que no nos había dolido, aunque te tuvieras que tragar las lágrimas. A la gente de mi edad aún nos queda una pequeña o gran marca de aquellas vacunas que a finales de los 60 nos protegían de bastantes enfermedades.

La escuela, que era de reciente construcción, tenía pista de baloncesto y por las tardes, tras las clases, jugábamos en ella y emulábamos al gran ídolo del baloncesto de entonces, Emiliano Rodríguez, que veíamos jugar en la tele del bar cuando retransmitían partidos del Real Madrid.

La escuela no disponía de biblioteca, pero se acababa de instalar en el pueblo una pública, estaba abierta por las tardes y algunas de ellas me acercaba con mi hermana a leer, primero cuentos y después lectura con un poco más de texto y recuerdo que el primer libro de «mayores» que leí fue *El Conde Lucanor*, ya que contenía historias cortas y la encargada de la biblioteca me animaba a seguir porque todas las lecturas del libro contenían un aprendizaje.

La escuela, a pesar de ser nueva, era pequeña, hablamos de la España del *baby boom*, y en tercero nos instalaron en el recién inaugurado tele-club, era un espacio más grande que las aulas de la escuela. El maestro era un joven, don Ramón (entonces todos los maestros eran *don* y *doña*) que llegaba por primera vez a una escuela rural y que traía ideas innovadoras, concursos en la escuela, cambio de asientos y de espacios, jugar con descomponer palabras en sílabas para formar otras...Me atrajo sobre todo utilizar atlas, buscar en ellos, encontrar nombres de países lejanos, ciudades que había que buscar, apareció todo un mundo para mí.

La comunión era también algo importante en la escuela, allí se te preparaba, a todos nos parecía una montaña por escalar, y siempre se nos recordaba que quien no aprendiese el catecismo no haría la primera comunión. Se pasaba mal, pero al final todos estábamos listos para recibir la comunión. Tras la ceremonia religiosa la celebración se hacía en el patio de la escuela, todos los niños y niñas juntos con nuestras familias. Se colocaban mesas cubiertas con los manteles que aportaban las madres y se preparaba una chocolatada con tortas. Cuando se acababa cada uno a su casa,

pero antes se pasaba por las casas de los demás familiares y de conocidos para que te hiciesen un pequeño obsequio.

2. EXPERIENCIA ESCOLAR

Durante 35 cursos he ejercido el Magisterio. La mayoría de esos años han sido en escuelas rurales, en concreto 31. Han sido años de vivencias, de alegrías, de tristezas, de nervios, de encuentros y de demasiadas despedidas. Pero han sido años sobre todo de vida y de conocimiento. Los dos centros que más me han marcado en mi experiencia de escuelas rurales son:

A. Cuesta Vieja

Es un centro ubicado en el municipio de Murtas, dentro de la Comarca de La Contraviesa. De él no tenía ninguna referencia. Mi llegada a este centro parte de una llamada de la Delegación Provincial de Educación para ofrecer distintos destinos para el curso 88/89. De las distintas opciones que me ofrecen veo esta como las más adecuada a mis intereses en ese momento (era interino y la plaza era una vacante para todo el curso, frente a las demás que eran de corta duración). Tras un viaje en autobús de 8 horas llegamos a Murtas. Hay que buscar alojamiento y el mismo conductor del autobús nos indica la existencia de una pensión.

Tras este paso me dirijo a buscar al alcalde ya que desde Delegación me dicen que él tiene las llaves de la escuela y me puede solucionar el problema del desplazamiento a Cuesta Vieja. A pesar de ser domingo por la noche lo encuentro rápidamente y me dice que las llaves están en el Ayuntamiento y que en esa semana no me puede acompañar a conocer la escuela, que hable con el cura y a ver si él quiere desplazarse conmigo.

El lunes no puedo hablar con el cura porque es el día de la semana que se desplaza a Granada, por tanto hay que esperar al martes, por fin al día siguiente logro contactar con Alfonso, que así se llama el cura y me dice que ese mismo día no puede ser, que esperemos al miércoles.

Por fin el miércoles nos desplazamos a la cortijada y conozco el camino y la escuela. Era un aula y una casa de maestros, en bastante buen estado, pero sin ningún mueble, sin agua corriente ni luz eléctrica (bueno si tenía unas placas solares de la época que proporcionaban una intensidad de 12 vatios, lo justo para una bombilla en el aula y una más para cada una de las habitaciones de la casa) En esa cortijada vivía una de las familias que aportaban alumnos al centro. La madre de mis ya alumnos me dice que me estaban esperando ya que era la primera semana de octubre. Pero me dicen que no vuelva hasta el lunes porque tienen que preparar la casa, me buscaran muebles y la dejaran lista para que la ocupe.

Igualmente me dicen que para bajar el lunes me ponga en contacto con el conductor del transporte escolar de Murtas que me podrá dejar en el inicio del carril y este ya hacerlo andando, que no eran más que 6 Km. De nuevo a la caza de alguien que me facilitara algo el camino, el conductor (Juan: chófer, trovero y productor de vino) me comenta que no hay problema y que igual que me lleva al carril los viernes me puede recoger y llevarme de nuevo a Murtas. Llega el lunes y con mi mochila, mis nervios y mucha alegría, pero también mucha incertidumbre me desplazo con Juan hacia la entrada de carril y comienza una bajada hacia el cortijo.

La llegada a la escuela fue de expectación, tanto por parte del alumnado como por mí. Allí estaban ellos y ella (cinco niños y una niña) con ropa de domingo, mochilas vacías y con cara de querer comenzar una nueva aventura escolar. Era un alumnado muy tímido, obediente, trabajador y acostumbrado a vivir en ese espacio tan alejado de cualquier parte. El alumnado provenía de tres familias de este cortijo y otros dos cercanos, la alumna debía andar más de una hora por la mañana para llegar al centro y al mediodía volver a hacerlo (el horario era solo de mañana por esto).

Las tres familias se dedicaban a la agricultura, principalmente al almendro, aunque producían otros frutos como el higo, el *presule* (guisante), algo de vid para vino, y pequeños huertos para el consumo familiar y eran de un trato amable y amistoso.

Durante mi permanencia en Cuesta Vieja uno de mis objetivos fundamentales fue el conocimiento del entorno. Se organizaba al menos una salida semanal a rambas, huertos, acequias, barrancos con y sin agua, eras... Era un proceso que aportaba mucho trabajo, ya que ellos iban a ser los que me enseñaran a mi algo que yo no conocía. Por tanto, hay que hacer reuniones de grupo para decidir qué salida realizar, uso de vocabulario tradicional, planificar el camino sobre un plano que ellos mismos realizaban, reparto de tareas entre ellos para ver que hacía cada uno...

Además trabajábamos la prensa un día a la semana, normalmente el lunes, ya que durante el fin de semana en Murtas se me entregaba el correo del centro y el periódico que diariamente llegaba también al centro. Esta conexión con el mundo exterior era importante para conocer realidades diferentes a las suyas y trabajar en grupo, los siete, yo también me incluía, las noticias que se consideraban más interesantes. Con las que ellos seleccionaban se hacían murales que pretendían ser nuestro noticiario de la semana que había acabado.

El trabajo era para mí agotador, tenía poca experiencia laboral, solo un curso, y dedicarse a seis cursos diferentes me absorbía no solo las mañanas sino también las tardes planificando el trabajo del día posterior.

Desde la escuela de Murtas se me había comunicado que en el SAE (Servicio de Apoyo Escolar) de Cadiar, un pueblo más grande de La Alpujarra, se realizaban reuniones semanales de maestros y maestras de unitarias de la comarca, 13 en total. Las reuniones eran los jueves por la tarde y en ellas los docentes de estas escuelas programaban las distintas áreas, se planificaban actividades extraescolares, se proyectaban viajes, se comentaban las distintas problemáticas de los distintos centros y

se buscaban soluciones a estas. Me incorporé rápidamente a ellas y supuso un gran alivio para mí, ya que el tratar con profesorado con tus mismas necesidades y problemáticas era mucho más relajado que hacerlo solo. Después valoré esta experiencia como un precursor de los CPR, que pronto llegaron a organizar de una manera más eficaz la educación en los pequeños núcleos rurales. Guardo aún, después de tantos años, un gran recuerdo de estas reuniones semanales que supusieron un cambio en la percepción de la escuela rural que yo tenía, era una posibilidad de mantener al alumnado con su familia y poder tener la misma educación que en las zonas urbanas.

De las distintas actividades que desarrollamos en la escuela durante este curso, algunas, las que considero más representativas por lo que supusieron para el alumnado el desarrollo solo un poco, ya que el espacio de este texto está limitado.

Viajes: durante ese curso se realizaron varios viajes con el resto de las escuelas unitarias de La Alpujarra. Los dos más interesantes fueron a Granada durante tres días y otro de un día a Motril. En el de Granada nos alojamos en la ciudad deportiva de la Diputación, en Armilla. Para los niños fue un sueño dormir en cabañas de madera y compartirlas con niños de diferentes pueblos. En este viaje conocieron La Alhambra, El Albaicín, el centro, Cartuja... Pero lo que más me impactó fue sin duda la visita al antiguo Galerías Preciados, allí mis alumnos alucinaban, algo tan grande y con tantos artículos, las luces, la gente, el ruido... Estaban muy sorprendidos y yo cerca de ellos cuando se me acerca el más pequeño, de cinco años y se me agarra a las piernas y dice muy asustado que ha visto «como una escalera se mueve» y que quiere salir de allí. Fue difícil explicarle el funcionamiento de las escaleras mecánicas y su utilidad, hubo que salir de allí para que se tranquilizase.

En el viaje a Motril tuvimos ocasión de ver una finca experimental de árboles tropicales, de visitar el puerto y sobre todo de visitar un barco y ver sus tripas, cómo funcionaba y hacia donde iba.

Pista deportiva. La pista deportiva que utilizábamos en nuestro centro consistía en la era del cortijo en ella se jugaba al fútbol, se realizaban ejercicios físicos y lo mejor de todo con dos palos y unos sacos de tela confeccionamos una red para jugar al bádminton., ya que el centro disponía raquetas de ese deporte y le gustaba mucho a los niños.

Encuentros con otros centros cercanos: durante este curso salimos varias veces hacia otra unitaria cercana a nosotros, Haza Mora, donde su maestro José Antonio desarrolló el primer huerto escolar que yo conocí. Nos plantamos en menos de una hora en esta otra cortijada y sus alumnos nos explicaron este proyecto y cómo lo trabajaban.

Anécdota: comenté antes que no llevaba coche, pero poco después de estar allí me compré un 127 muy viejo para poder desplazarme de Murtas a Cuesta Vieja, ya que me trasladé a vivir allí. Cuando llegué la primera vez con el coche me dijeron que si llovía debía de irme rápido porque si no corría el peligro de quedarme encerrado en el cortijo. Por supuesto cuando llovió en primer día mis alumnos me lo recordaron y

yo les dije que no iba a dejar el cole a media mañana. Al finalizar el horario arranco el coche, me dispongo a salir y poco más de 100 metros después el coche se atasca y deja de moverse. Me tuvieron que sacar con una cuerda atada a un Land Rover.

Son muchas más las anécdotas que ese curso pasaron, como la puesta en marcha de las fiestas de moros y cristianos de Cojayar, los cursos de formación en Ugijar con la carretera llena de hielo, la visita a numerosas bodegas de gente local que quería conociéramos los caldos que artesanalmente hacían, las fiestas en el pueblo que acababan con trovos, la celebración del mercadillo los domingos donde gente de todos los cortijos se acercaban a comprar, el dentista que durante este mercadillo arrancaba muelas sin anestesia a la gente que subía de los cortijos...

B. CPR Sierra Lújar/CEIP Sierra Lújar

El segundo centro que quiero destacar es el actual CEIP Sierra Lújar, pero cuando pedí el destino allí era el CPR Sierra Lújar. Cuando llegué el centro lo componían cuatro centros (Gualchos, Los Carlos, Lújar y Venta de Lújar), con el paso de los años fue reduciendo localidades por la bajada de alumnos, hasta el punto de que en el curso 2008/2009 desaparece Los Carlos y con ello sólo queda la localidad de Gualchos. La caída de la natalidad en estos pueblos está en la base de esta bajada de alumnado hasta hacer imposible su mantenimiento, esto es así por el desplazamiento de las familias más jóvenes a localidades más grandes donde hay más posibilidades y sobre todo porque desaparecen los servicios en los más pequeños. La población de estas localidades envejece y este es el preludio de la decadencia de una localidad.

El CPR Sierra Lújar fue el primero que se creó en la provincia granadina y empieza su andadura durante el curso 87/88. La creación de este tipo de centros se debe a que había que garantizar la educación pública en igualdad de oportunidades a las poblaciones escolares pequeñas y dispersas, poco a poco se fueron creando en la provincia de Granada, sobre todo en La Alpujarra, el Valle de Lecrín y la zona de Guadix.

El curso que me incorporo al centro el claustro de profesores cambia prácticamente al completo, ya que de 10 maestros/as ocho somos nuevos. Me incorporo al equipo directivo como Jefe de Estudios. A partir de este momento paso 23 cursos en el centro, viendo pasar alrededor varios cientos alumnos y algunas decenas de maestros y maestras, muchas más las segundas que los primeros.

A lo largo de estos 23 cursos nuestro centro ha realizado numerosas actividades, muchas de ella relacionadas con el entorno de nuestro centro. Para desarrollar este método de trabajo hemos contado, además de los decentes del centro, con numerosas personas que nos han ayudado a conocer y valorar lo nuestro y con distintas instituciones que nos han aportado su personal.

Antes de comenzar a enumerar las actividades que desde el centro y fuera del centro se han organizado quiera destacar lo importante que ha sido tanto para mi

trayectoria profesional como en el desarrollo de mi experiencia vital durante estos años. Y digo esto porque cuando llego al centro lo conocía solo de referencias y en principio sería un centro que me diese paso a otro con posterioridad, cuando tuviese los puntos necesarios para saltar a otro más «normal», pero el paso de los cursos me ofreció la posibilidad de ver las ventajas y los beneficios que suponía trabajar en un CPR. La dinámica de trabajo en un centro rural es diferente a la que se tiene en otro tipo de centros. Además la relación personal con las familias fue desde el principio muy fácil y muy fluido. La dinámica con el alumnado también fue muy positiva desde el primer curso, eran trabajadores y colaboradores tanto con el profesorado como entre ellos. En ese momento las asambleas eran una forma muy eficaz para ver cómo evolucionaban las relaciones entre ellos y plantear entre todos la forma de resolver la aparición de posibles problemas. En estas asambleas no solo intervenían los alumnos más mayores, sino que podían hacerlo tanto un alumno de 4 años como uno de sexto de primaria.

También debo destacar la importancia y las buenas relaciones que durante todos estos cursos la escuela ha tenido con los distintos Ayuntamientos, al principio eran dos (Lújar y Gualchos) y después solo quedó el de Gualchos. Ha dado igual el color político de los equipos de gobierno, la colaboración con la escuela siempre fue una de sus prioridades. Además al haber al principio dos Ayuntamientos cabía la posibilidad que no se pusiesen de acuerdo, pero esto no fue así.

También es de destacar la colaboración que el centro ha tenido con el CEP (Centro de Profesorado) de Motril. Desde el principio fue muy fluida, organizando el CEP distintas actividades enfocadas especialmente a las escuelas rurales y sobre todo a que estos centros tuviésemos una relación más continua, organizando jornadas de escuelas rurales, encuentros de directores de escuelas rurales, cursos de formación para todo el profesorado...

También ha sido importante la colaboración con las distintas empresas de la zona, que nos han abierto sus puertas para poder visitarlas (cooperativas agrícolas fundamentalmente, pero también viveros, depuradoras, centros de reciclaje...) y además han colaborado con nosotros organizando actividades en nuestro centro y apoyando económicamente salidas de nuestro alumnado o colaborando en la publicación de diferentes libros y cuadernillos didácticos elaborados en el centro y que gracias a estas empresas han visto la luz. También la colaboración con otras instituciones (Mancomunidad de Municipios, Ecoportos, Diputación, Universidad de Granada, Universidad de Cádiz, Ecoescuelas...) han dado como resultado la realización de distintas actividades.

En principio quería hacer una relación de las actividades que hemos hecho en el centro en los cursos que he permanecido en él, pero creo que las actividades se hacen en todos los centros, es cierto que en mi centro han sido muchas y muy variadas, quizás más que en otras escuelas, pero lo que voy es a contar de un modo un poco más detallado son las experiencias que pueden que si nos diferencien del resto de los

centros. Actividades que han aportado a nuestro alumnado una dinámica de trabajo muy activa por su parte, investigando, conociendo su entorno y haciendo partícipes de esas experiencias a sus familias y a personas de nuestro entorno que nos han aportado vivencias.

Pero antes de entrar en detalle de estas experiencias que nos diferencian quiero señalar algunas de las actividades que hemos trabajado en el centro, ya sea en forma de salidas a nuestro entorno más cercano, para conocerlo a fondo, o salidas a otros entornos diferentes para que nuestro alumnado conozca otros espacios, que faciliten una formación integral.

En el transcurso de los 23 cursos que he estado en el CPR Sierra Lújar han sido numerosas las actividades que se han desarrollado con el alumnado. Estas podemos diferenciarlas en cinco modalidades.

Actividades en el entorno del centro: Pico del Águila, Jolúcar Sierra de Lújar Majavacas fuente de la Mina, lavaderos, rambla, Banco de Sensaciones, Centro de interpretación de Castell, Ayuntamiento para obras de teatro o actuaciones musicales, cooperativas agrícolas, depuradoras, invernaderos, escuela de La República, granja escuela...

Actividades dentro de la provincia: Motril, Vélez Benaudalla, Nigüelas, Salobreña. Dúrcal, Las Gabias, Santa Fe, Albolote, Los Guajares, El Pozuelo...

Actividades en Granada capital: La Alhambra, El Generalife, El Albaicín, Plaza Bib-Rambla, San Gerónimo, Paseo de los Tristes, El Salón, Escuela de Estudios Árabes, Escuela de Musicología de Andalucía, Catedral, Capilla Real, La Madraza, Museo José Guerrero, Museo Nacional Hispano Musulmán, Museo de Bellas Artes, Parque de Las Ciencias, tv locales, periódico Ideal, Parque García Lorca, Casa de los Tiros...

Actividades en resto de Andalucía: el Bioparc de Fuengirola, Finca de la Concepción en Málaga, Museo del Mar, Museo Picasso, La Alameda, Selwo Marina, Selwo Aventura, Nerja, Parque de Benalmádena... En Almería hemos visitado el museo Arqueológico, Los Millares y sobre todo El Mini Hollywood, el Cabo de Gata, además de la Albufera de Adra.

Actividades fuera de Andalucía; aquí si me voy a detener un poco, ya que hay experiencias y anécdotas interesantes. Escuelas Viajeras: actividad organizada por el ministerio cuyos fines son fundamentalmente tres, adquirir un adecuado nivel de conocimiento de la provincia de destino, fomentar la convivencia y cooperación entre las distintas escuelas participantes y el tercero crear hábitos en defensa del medio Ambiente y del patrimonio cultural y artístico. Durante mi permanencia en el centro hemos tenido la oportunidad de visitar 3 provincias: Salamanca, Soria y León. Yo participé en dos de ellas y tanto para el alumnado como para el profesorado participante es una actividad llena de aprendizajes y de conocimiento tanto a nivel personal como profesional. Los objetivos detallados antes quedaron más que cumplidos, estableciéndose además una muy buena relación entre los niños, hoy aún se siguen co-

municando algunos de ellos a través del *email* y del *WhatsApp*. Dentro de las muchas actividades en una semana llena de visitas, recibimiento de autoridades, excursiones culturales, de patrimonio y de naturaleza quedan muchas anécdotas, pero por destacar alguna la ocurrida en la presa de Aldeadávila donde existe una raya que delimita la frontera de España y Portugal y os niños muy emocionados saltaban de un país a otro entre risas y fotos para recordar el momento. Otro momento fue la llegada a La Cruz de Ferro, un montículo de piedras que van dejando los peregrinos del Camino de Santiago, para esto todos llevábamos desde nuestro pueblo una piedra para dejar constancia de nuestro paso por ella. Las tardes tras una jornada agotadora son para el recuerdo de la experiencia diaria, redactar sus impresiones para el día y hacer una puesta en común entre todos de lo que han vivido esa jornada. Hay muchas vivencias en estos viajes, pero el recuerdo del alumnado de esta experiencia es permanente. Es de las actividades que más llenan a un docente en su carrera.

Todas las actividades que hemos puesto en las cinco modalidades han sido realizadas para el mejor desarrollo de nuestro alumnado, en todos los aspectos, desde el conocimiento de nuevos espacios, hasta el desarrollo de su aprendizaje en contacto con la naturaleza y con lugares de gran patrimonio que enriquecen sus conocimientos y sirven para establecer diferencias entre su hábitat y otros diferentes.

Las actividades o experiencias que si nos diferencian de otras escuelas las hemos desarrollado a lo largo de estas dos décadas y nuestro alumnado ha sido participe de su desarrollo y en la mayoría de los casos de su creación.

Huerto Escolar. Se crea en el año 1999 y hasta 2014 permanece, en un espacio detrás del centro que una familia nos deja para su puesta en funcionamiento. Contamos con la ayuda de diferentes personas del pueblo que monitorizan el trabajo de huerto con los niños, un especial recuerdo a Paco que estuvo muchos años con nosotros. El huerto se recupera en el curso 19/20, pero con la pandemia su desarrollo será el curso siguiente. La peculiaridad de este es que lo hacemos en una barca donada por el Ayuntamiento, la fijamos al suelo y en ella se siembran hortalizas¹. Hacemos coincidir la utilización de una barca como suelo agrícola con otra que también nos dona el Ayuntamiento de Gualchos para crear una charca con su flora y su fauna, idea que surge tras la visita a Motril de la Charca de Suárez, un espacio natural recuperado en la costa Tropical, sus monitores nos indican la forma de hacer una pequeña en el patio de la escuela y si nosotros ponemos la barca ellos nos facilitarían plantas acuáticas y fauna propia de este ecosistema. Una actividad que es permanente pues permanente es el mantenimiento de esta charca en el centro.

Repostería: desde el año 2000 venimos haciendo una vez en el curso unas jornadas de repostería, comenzamos con la elaboración de productos que se pueden hacer con materias primas de nuestros pueblos, el primero fue el pan de higo y a este

¹ Ver <https://www.ideal.es/granada/provincia-granada/ceip-gualchos-crea-20210329181910-nt.html> (N.A.).

le siguieron otros muchos como turrón, mantecados, alfajores, roscos, buñuelos... En torno a la fecha de elaborar el producto teníamos un periodo donde el alumnado confeccionaba actividades relativas a sus ingredientes, de donde procedían, como se elaboraban y hacer encuestas en casa sobre cuando se elaboran, quien los hace...

Elaboración de textos para el día del libro: desde el curso 01/02 comenzamos la experiencia de elaborar en torno al día del libro un cuaderno con textos y dibujos de nuestro alumnado. Eran normalmente de un tema monográfico y se hacían textos, cuentos, poemas, dibujos en torno a este tema; el profesorado lo corregía, maquataba e imprimía para su posterior reparto en un acto donde se leía. Los había sobre nuestro carnaval, las plantas de la zona, recetas, pelis y series de tv, cuentos y leyendas de la zona... El que se hizo en 2005 fue en el aniversario de El Quijote y la portada es de un niño de 3 años.

En el acto de presentación del cuadernillo correspondiente a cada curso, hacíamos coincidir una actuación de cuentacuentos, marionetas, obras de teatro, autores que nos presentaban sus textos (Concha Casas, Ayes Tortosa, Pablo Zapata Lerga, Arturo Abad, Eric Carrión, Ana M^a Romero Yebra, Santiago García Clairac...) unas veces en colaboración con el Ayuntamiento y otras veces con el CEP de Motril.

Exposiciones: a lo largo de los años nuestro centro prepara diversas exposiciones para ilustrar algún cuaderno que se estaba preparando, como los fondos marinos de nuestra costa, la agricultura tradicional de la zona, usos del agua...

Carnaval: es la celebración más importante de la escuela, los niños y las familias lo esperan ya que era la ocasión donde el alumnado de los cuatro centros del CPR y sus familias se reunían y compartían el día, con pasacalles, actuaciones y comida. Pasábamos semanas para decidir el tema de cada curso y a partir de aquí elaborar canciones y coreografías. Cada año se celebraba en uno de los pueblos y los padres de alumnos eran los encargados de recibir al resto y de preparar el pasacalles, organizar el escenario y preparar la comida para todos.

Libro de recetas: Se han confeccionado dos libros de recetas elaborados por nuestro alumnado con ingredientes propios de la zona. La presentación de estos recetarios se hace coincidir con una degustación de los diferentes platos por parte del alumnado y de sus familias.

Programa Comenius: formamos parte de este programa en dos ocasiones con un total de 5 cursos. El primer proyecto fue de tres cursos y se hizo con centros de Italia, Francia y otro de España. Su objetivo fundamental era el estudio del entorno natural de los centros socios. Para desarrollar sus objetivos el profesorado participante se reunía tres veces cada año en uno de los países participantes. El centro que coordinaba estaba en Asti (Lombardía, Italia) En estas reuniones trimestrales se describían las actividades que durante el siguiente trimestre se iban a desarrollar en las distintas escuelas. Nuestro centro era el más pequeño de los participantes pero el trabajo que desarrollamos en conjunto el profesorado y el alumnado fue visto muy positivo. El segundo proyecto, de dos años de duración, lo hicimos con Francia, Italia, Rumanía

y nosotros. El proyecto trataba sobre los parques de la ciudad o el pueblo y los de su comarca. Como resultado final del proyecto se elaboró un cuento viajero entre las cuatro escuelas que se editó y se repartió entre el alumnado de todas ellas.

Ecoescuelas. Programa de carácter medioambiental al que nuestro centro se adscribió en el curso 00/01, y al que aun pertenece. Ha sido un programa que ha dotado al centro de utensilios para desarrollar una educación basada en la sostenibilidad, donde el alumnado es parte principal. Periódicamente los coordinadores de este programa tenían reuniones para mostrar lo que se hace en cada uno de los centros, esto era la manera de que las mejores ideas fueran desarrolladas por la mayoría de las ecoescuelas. Cada curso se celebrara una reunión provincial y nuestro centro fue organizadora de esta en los primeros años del programa. Además, se realizaron algunas jornadas autonómicas, más tarde fueron encuentros y en estas cada centro aportaba lo que se hacía en ellos (En las que se celebraron en Sierra Nevada y en Ayamonte nuestro centro realizó ponencias poniendo en valor lo que hacíamos). También se hacían jornadas de alumnado en un equipamiento de la Junta de Andalucía, nosotros tuvimos la suerte de ser seleccionados y poder viajar a la Sierra Norte de Sevilla donde durante tres días el alumnado expuso lo más importante que se desarrollaba en nuestro centro.

Jornadas de Escuela Rural, organizadas tanto por la Consejería a nivel autonómico, como por la delegación provincial, además de las que se hacían a nivel de CEP comarcales para relacionar las distintas escuelas rurales y su profesorado. La primera autonómica fue en Bolonia (Cádiz) en el año 2000 y en ella se pusieron las bases de lo que debían de ser los CPRs de Andalucía. Tardó, pero con el tiempo la mayoría de las propuestas que hicimos en esas jornadas fueron asumidas por la Consejería. Las provinciales fueron varias y las más importante las de Almuñécar y Cadiar, en la primera se trataron los temas prioritarios para el buen crecimiento de los CPRs y en la segunda mostramos las distintas actividades que hacíamos en nuestras escuelas y que creíamos eran fácilmente exportables al resto de los centros.

Por último destacar la elaboración de diferentes cuadernillos de carácter medioambiental, un total de 12, que se han elaborado desde el curso 03/04. Este es un proceso largo, desde la elección del tema tratar ese curso, el reparto de tareas, la recogida de material, búsqueda de expertos de nuestra zona que nos puedan ayudar en su elaboración, confección de los textos, elaboración de actividades para los distintos ciclos, salidas para documentarse gráficamente, elección de dibujos que acompañan, maquetación, imprenta y por fin la salida con el alumnado para poder visitar el itinerario elegida y completar las actividades que se le piden, ya sea en la salida o en su casa. Como colofón a estos cuadernos el Ayuntamiento y la Mancomunidad de Municipios de la Costa Tropical los ha editado todos juntos en un sólo volumen².

² https://www.infocostatropical.com/noticia.asp?id_noticia=97610. Tienen acceso al libro en la siguiente dirección <<https://drive.google.com/file/d/12c1fa5k2WuD5AMYJmOTFqug33uh1TkQl/view?usp=sharing>> (N. A.).

Pero quizás de la actividad que estoy más contento y me supuso un mayor conocimiento de los pueblos que componían el CPR es de dos libros que se realizaron en 2.003 y 2.004. Para la celebración del Día del Libro ya he comentado antes que se elaboraban cuadernos con distintos temas que los niños y las niñas escribían. En estos dos cursos el claustro pensó que sería interesante conocer de la mano de los habitantes de nuestras localidades usos culturales que se habían perdido o que casi nadie recordaba. De esta manera se hizo un primer libro en 2.003 «Me contaban que...» que rescata canciones, juegos y fotos de ayer y de hoy.

A través de un cuestionario que se envía a las familias de nuestros alumnos y que ellos nos devuelven podemos elaborar la memoria de lo que había sido. La cooperación de los habitantes de nuestras localidades fue abundante y debimos de hacer una gran criba.

El segundo de ellos es una recuperación de recuerdos escolares de los padres y de los abuelos de nuestro alumnado en aquel momento, el libro lo titulamos «La escuela de mis mayores» y se hacía en él un recorrido por gran parte del siglo XX, desde las primeras fotos y datos de los años 20 hasta finales de los 70. En este volumen además hacemos una recolección de fotos, vivencias, anécdotas, lugares y todo lo que nos quisieron contar en un formulario que se entregó a los habitantes de los cuatro pueblos, con una gran participación. Fue una experiencia muy bonita y tuvimos colas en las escuelas para conseguir un libro, los 500 ejemplares desaparecieron con una gran rapidez.

DE PRINCIPIO A FIN

Agustín San Mamés García
(Villanueva de Puerta, Burgos)

En mi pueblo, 1926 fue un año notable. Y no porque naciera mi padre, que también, sino porque, según él mismo me contó, con su natalicio coincidió otro fundamental: el de la escuela. La casualidad, que en algún momento consideré invención paterna para darse mayor importancia, tuvo su confirmación años más tarde cuando yo ya había aprendido a leer: un día, al entrar en el modesto edificio escolar, observé que en una esquina había una capa de cemento más liso donde algún albañil detallista y con no mala caligrafía había escrito: «1926, gobernando D. Miguel Primo de Rivera».

Empecé la escuela en septiembre de 1965. Frente al estrado del maestro había tres filas de pupitres gemelos, con sus asientos basculantes y su tintero de cerámica en un agujerito del centro que yo ya no llegué nunca a usar. Dos pequeñas pizarras colgaban de las paredes: una en el frente y otra en un lateral. A la derecha del estrado, una estufa de leña; y entre la estufa y la pared, el banco corrido de los parvulitos del que a mí, que era el más bajito, me estuvieron colgando los pies todo el año. Al fondo, dos armarios vitrina con una docena de ejemplares de *El Quijote* y otros tantos de *El libro de España*, de fray Justo Pérez de Úrbel. Cuando aprendimos a leer, José y yo pasamos a los pupitres de mayores. Siempre nos mantuvieron juntos; y eso que algunos otros niños de nuestra edad estaban separados o sentados con algún mayor, supongo que por su comportamiento, pero no nos lo planteábamos. Nos conocíamos todos como si fuésemos hermanos, para bien y para mal, desde que habíamos nacido. En los pueblos pequeños las historias de los vecinos se entrelazan como en un único árbol familiar. Era difícil, pues, llamar la atención por alguna faceta que ignoráramos. Y si se producía una noticia de alcance o una novedad menor, se propagaban al instante, con la rapidez que adopta cualquier buen chismorreo que se precie de serlo.

La cartera que llevábamos –maletín se llamaba entonces– no pesaba mucho: metíamos en él la cartilla Amiguitos, que Juanito se empeñaba en leer, y no adrede, «Amigüitos» incluso al final del curso; una pizarrilla con una esponja colgando para limpiarla con el propio aliento y su correspondiente pizarrín para escribir; y el día que tocaba, el catecismo. Con tan exiguos materiales nuestra caligrafía no pasaba de ser una sucesión de trazos temblorosos que borrábamos continuamente para dar cabida a los siguientes. A primera hora de la mañana salíamos por grupos a leer alrededor de la estufa y, en virtud de los arduos contenidos de los libros que nos daban,

surgían frases curiosas como «España, una, grande liebre» o «impasible el alemán». El recuerdo que tengo es que los pequeños leíamos principalmente de *El libro de España*, supongo que las maestras –en cinco cursos tuvimos cinco, todas mujeres– lo debían considerar más accesible o apropiado.

Los mayores continuaban con la *Enciclopedia Álvarez*, pero nosotros a partir del segundo año fuimos los primeros en usar libros de texto, pasar al lápiz, bolígrafo y cuaderno y abandonar la *Enciclopedia Álvarez* y la pizarrilla. A mí me llamaba mucho la atención la enciclopedia que tenían mis primas, con dibujos hechos a mano, como los de la cartilla; nuestros libros ya incluían fotografía, pero yo prefería los dibujos. Anteriormente se debió de usar la *enciclopedia* de Dalmáu porque aún conservo una que había en casa.

De las maestras tengo recuerdos vagos en lo didáctico, pero curiosamente los más nítidos se centran en las dos primeras. Doña Avelina era una señora mayor –al menos para mi criterio infantil– y la única que se asentó junto con su marido en la casa contigua que el pueblo había puesto a disposición de los maestros; las dos siguientes eran jóvenes y la última estaba casada; a temporadas esta ponía una sustituta y otras veces se quedaba ella en el pueblo, aunque los fines de semana volvía invariablemente a Burgos, donde residía.

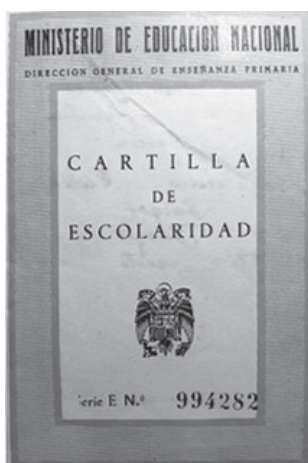
A doña Avelina la recuerdo más por su marido, don Melchor, que a veces entraba en el aula y tenía la mano larga: repartía coscorriones con largueza e incluso sonoros y mortificantes palmetazos que aplicaba con una regla de madera de cuarenta centímetros, gentileza de la Caja de Ahorros del Círculo Católico de Burgos. Menudeaban también los tirones de pelo y alguna otra cortesía de parecido jaez. De las maestras debo decir que no recuerdo trato agresivo alguno; sí castigos individuales de copias o tareas añadidas durante el recreo –siempre que el aula no estuviese ocupada en ese intervalo por razones climáticas– o por la tarde, al final ya de la jornada.

A doña Mercedes, sucesora del matrimonio pedagógico, la recuerdo especialmente por ser quien me atendió cuando yo no pude asistir a la escuela. Esa circunstancia, de la que luego hablaré, hizo que tuviese un trato más personal y cercano con ella. La recuerdo con el cariño y la gratitud que sus desvelos merecieron. De las demás conservo en la memoria sus nombres y poco más. Creo que fue también doña Mercedes la que el segundo año instituyó la bata para todos: los chicos con los cuadrines azules y las chicas rosas. Hubo sus controversias en el pueblo, pero creo que hizo bien. Abrigaba –allí lo que sobraba era frío– y unificaba vestimenta. No había clases sociales en el pueblo, todos teníamos lo justo, pero ayudaba a nivelar pequeñas diferencias.

Un día de invierno, quizás mi tercer año en la escuela, ocurrió algo curioso. Llovía profusamente y no se podía ir a casa a coger los bocadillos, por lo que, tras tomarnos el vaso de leche de rigor, nos quedamos en el aula. En ausencia de la maestra, que seguramente habría pasado a casa por alguna razón, uno de los mayores debió de lanzar algún objeto o empujar a otro, con la desafortunada consecuencia de que se

rompiera un cristal. El revuelo creado atrajo a la maestra que volvió e intentó localizar al culpable. Ninguno de los mayores respondió y a los pequeños ni se nos hubiera ocurrido delatarlo pues sabíamos que luego, afuera, habrían venido las represalias. La maestra reaccionó castigándonos a todos. Nadie saldría hasta que se conociese el culpable. Supongo que, ante el prologado silencio del grupo, fue cavilando la salida que podía dar a aquello. Terminada la hora de clase siguiente decidió que nadie saldría a comer. Mandó a Carmina a casa del paisano que tenía más vacas y le dijo que trajese todos los sacos de piensos compuestos que tuviese vacíos. Para cuando llegó, todo el pueblo sabía ya lo que había pasado. Nuestra primera tarea fue deshacer los sacos cuidadosamente para extraerles las cuatro láminas de duro papel marrón que salían de ellos. Como cada uno debía medir más de medio metro, una vez cortados y adecuadamente repartidos, comenzaron las copias. No recuerdo más detalles pero aún hoy puedo verme escribiendo en aquel tieso papel mientras apretaba cuanto podía con el lápiz para conseguir que se leyese. Pienso ahora en la curiosa forma de conseguir papel, porque no era tarea sencilla. De hecho yo no conocí los folios hasta que llegué al internado y los cuadernos se consideraban un bien tan precioso como escaso, en absoluto indicado para dedicarlos a tal fin. Supongo que en alguna ocasión ella ya había visto, hecho o sufrido aquel mismo y laborioso proceso, pues de no haberlo practicado antes, difícilmente se le habría ocurrido a nadie que un saco de pienso tuviera un uso de aplicación escolar.

Entrábamos a la escuela —allí no se entraba a clase— a las diez, tras habernos cuadrado en la calle, y en una fila que se hacía por estricto orden de estatura, empezando por los más pequeños. Al pasar junto al estrado, la maestra, de pie, recibía el consuetudinario mantra de «buenos días tenga usted», repetido por cada uno con el correspondiente soniquete. En las salidas nos poníamos de pie junto al pupitre y, a una indicación de la maestra, desfilábamos comenzando igualmente por los pequeños; no



Cartilla de Escolaridad.

FILIACION DEL ALUMNO		ESCUELAS EN QUE CUMPLE LA ESCOLARIDAD	
Primer apellido:	<i>Sara Ulanes</i>	Escuela el 16 de Septiembre de 1948	
Nombre:	<i>Agustina</i>	Escuela Asociación de Hermanas Primarias en la Escuela	
Segundo apellido:	<i>García</i>	<i>Matrícula de Escuelas</i> <i>Burgos</i>	
Hijo de:	<i>Cirilo y de Elisa</i>	Escuela <i>Villaverde de Tordes</i>	
Nació en:	<i>Burgos</i>	Escuela de la ciudad	
Provincia de:	<i>Burgos</i>	Escuela de la ciudad	
El día:	<i>28</i> de <i>Agosto</i> de 19 <i>49</i>	Escuela de la ciudad	
Domicilio:	<i>Escuela</i>	Escuela de la ciudad	
Domicilio:	<i>Escuela</i>	Escuela de la ciudad	
Domicilio:	<i>Escuela</i>	Escuela de la ciudad	
CAMBIO DE ESCUELA:		Escuela de la ciudad	
Día de:		Escuela de la ciudad	
Escuela:		Escuela de la ciudad	
Localidad:		Escuela de la ciudad	
Escuela:		Escuela de la ciudad	
Localidad:		Escuela de la ciudad	
Escuela:		Escuela de la ciudad	
Localidad:		Escuela de la ciudad	

Cartilla de Escolaridad, páginas 1 y 2.

así al concluir la jornada vespertina: antes de abandonar el aula, comenzábamos a dar vueltas por su interior, ya en fila, cantando primero el *Himno nacional* con letra de Pemán y luego el *Cara al sol*. Cuando este se iba terminando, la maestra indicaba al más pequeño que tomase la salida.

No había patio. En el recreo cada uno se iba a su casa si quería y luego jugábamos a juegos de corro o de «pillarse» en la plazoleta junto a la escuela. Si hacía frío y llovía, nos quedábamos dentro y, como ya dije, calentábamos los estómagos con el vaso de leche y los cuerpos con el calor de la estufa. Era la del Maestro una casa como todas las demás del pueblo, tan solo algo más adecentada, a la que se había anexo el aula. Como la mayoría de las casas, tenía el portal con cuatro puertas: la de la entrada a la casa, la de la escalera de acceso a las habitaciones de arriba, la de la cuadra y la del acceso al aula. La antigua cuadra, vacía, con solo un montón de paja y leña para la estufa y las cocinas, hacía de retrete para todos, pues ni había agua corriente ni por lo tanto aseos. Solo la nueva casa del señor cura disponía de un cuarto de baño completo y de agua mantenida con un pozo. El resto del pueblo, y también la escuela, se servía de los tres o cuatro pozos comunales y de una fuente artesiana, abovedada con sillares de granito, que manaba un agua limpia e inodora cuya salubridad era evidente. En invierno había que romper la capa de hielo para acceder a esa agua. Afortunadamente estaba muy cerca de la escuela.

En los ratos de recreo, como en otros momentos del día en los que los chicos estábamos juntos, surgían las ideas más peregrinas. Cerca de la escuela y por el centro del pueblo pasaba un arroyo que nunca alcanzó la categoría de río, pues permanecía seco la mayor parte del año. Lo atravesaban dos puentecillos de tipo románico artesano. Fue idea de alguien hacer un círculo rotativo e ir saltando desde el puente, subiendo y volviendo a saltar. En uno de los saltos me torcí un tobillo. Me dolió tanto aquel primer esguince de mi vida –quizá también el amor propio– que lo único que se me ocurrió fue desaparecer de la escuela sin decir nada a nadie e irme a casa. Bueno, a casa no, porque me temía la reprimenda: iban a regañarme por la conducta arriesgada y, sobre todo, por haber aceptado acometerla solo porque lo hubieran propuesto los mayores. Me fui a casa de mi tía que era más comprensiva para estas cosas y, según mi madre, la que junto a sus dos hijas me mimaba y malcriaba. Allí al calor de la glorieta y con un caldito, la cosa mejoró. Pero a la maestra le debió sentar muy mal que me ausentase de aquella forma. Al acabar la clase fue a hablar con mis padres, con lo el pretendido secreto dejó inmediatamente de serlo. Además les debió decir algo así como que porque fuese el hijo del alcalde no se podía tolerar ese comportamiento. Todo el suceso cayó fatal en casa aunque fuese resultado de una chiquillada. Conclusión: el peor castigo posible en el pueblo, no dejarte salir de casa más que para ir a la escuela y pedir perdón a la señora maestra. Para mayor escarnio, cuando estabas castigado, el resto de los chavales iba a cada rato por turnos a llamarte a casa con la sanísima intención de que te doliese aún más el castigo.

De las travesuras premeditadas, casi mejor no hablar. La ocurrencia solía partir siempre de los mismos, los más osados, claro está; pero nunca había voces discordantes: bastaba la propuesta para que fuese secundada sin discusión. Como cuando uno de los mayores sugirió que nos tirásemos, metidos en una rueda de tractor, por un cerro cercano al pueblo. Solo los realmente arrojados se atrevieron, pero participar participamos todos subiendo a una la rueda hasta alcanzar la cima. Dios debe existir porque nunca la sangre llegó al río. Pero en algo había que dar. No había más que tres televisores en el pueblo y la calle seguía tirando de nosotros; por otra parte, y salvo para alguna retransmisión especial o durante un rato pequeño, tampoco nos permitían meternos quince en una casa. La calle era el lugar preferido aunque hiciese frío, cosa habitual de octubre a abril. Y los entretenimientos se reducían a los juegos de siempre, aderezados de cuando en cuando con la propuesta de alguna picia que unos se veían forzados a realizar y otros llevaban a cabo por propia iniciativa. En la nieve, se hacían trampas. Si había candelizos, a ver quién conseguía el más grande aunque fuese acompañado de su teja correspondiente. En el hielo, resbaladeros... En fin, diversiones muy básicas y otras que hoy ni siquiera serían políticamente correctas y que todos los que sois de pueblo habéis disfrutado.

Dos días a la semana pasaba el señor cura a tomarnos el catecismo como preparación para la primera comunión. Supongo que alguna digresión dogmática añadiría, pero no recuerdo una clase de Religión como tal. Debí empezar a estudiarlo casi nada más aprender a leer porque en junio antes de cumplir los siete años, en la fiesta de Los



Foto escolar, año 1966.

Sagrados Corazones, hice la Primera Comunión. Lo recuerdo vívidamente porque aquel año estuve aquejado de la enfermedad de Perthes, lo que supuso un trastorno absoluto de la rutina de mi vida como niño de pueblo. En enero, tras alguna consulta fallida en Burgos, comenzaron los viajes a Bilbao donde tenía un tío abuelo —maestro y mutilado de la guerra— que conocía a un reputado traumatólogo. La primera decisión fue reposo absoluto durante tres meses y luego el uso de un aparato ortopédico durante otros seis. Aún me recuerdo llorando por el NO rotundo tras preguntarle al doctor con mis seis años si durante el reposo podría ir a la escuela. La maestra del momento, doña Mercedes se portó magníficamente visitándome algunas tardes para darme explicaciones y recogerme los deberes; incluso se ofreció después a prestarme un traje de marinero de un sobrino suyo para hacer la Comunión. Junto con Santi, a quien sus hermanos mayores le habían comprado otro, fuimos los únicos ataviados de aquella manera en la celebración. No sé si me gustó sentirme diferente ese día, pero no le di ninguna importancia, pues solo estaba preocupado por no poder correr y participar debido a mi enfermedad. En cuanto tuve el aparato me reincorporé a la escuela y comenzó el principio del fin de la pesadilla. Las obligadas lecturas y trabajos durante la convalecencia; el ser hijo único; la admiración por mi tío maestro y por el hermano pequeño de mi madre, que era Padre Paúl, debieron unirse a una cierta tendencia personal y alimentaron mi afición a la escuela y al estudio.

El pueblo tenía dos fiestas y era en una de ellas en la que se celebraban las comuniones: los Corazones tenían lugar el primer fin de semana de junio y, dada su proximidad al Corpus, parecía el momento idóneo para que los niños comulgasen por primera vez. Con los hermosos y emotivos actos de aquel día se ponía fin a la relativa tranquilidad del invierno y se iniciaban las arduas tareas del estío. La otra festividad, justo al finalizar los afanes del verano, era el Rosario. La Virgen del Rosario, primer fin de semana de octubre, era realmente la fiesta mayor y la que aún se sigue celebrando entre los pocos habitantes del pueblo que quedan —unos diez en invierno— y los hijos del pueblo que les acompañan uniéndolo normalmente con el puente del Pilar.

En la escuela había cuatro tareas adjuntas en las que participábamos todos. El mantenimiento de la estufa requería leña y la recolección de la misma la hacíamos los propios escolares. Se convertía en dos o tres excursiones al campo con una carreta prestada y tirada por nosotros mismos los jueves por la tarde cuando ya venía el buen tiempo, pero antes de que los mayores comenzasen a faltar a clase por las tareas del campo. La leña se picaba y se apilaba en un lateral de la cuadra para cuando fuese necesaria. Cuando llegaba el frío, los chicos, uno mayor con uno pequeño como aprendiz, íbamos a la escuela media hora antes para tener la estufa encendida y bien caliente para las diez en turnos rotatorios, creo que semanales. Las chicas iban también en parejas similares a preparar la leche americana en polvo y lo hacían en el lar de la casa de la maestra: era ese el desayuno obligado que luego tomábamos en el recreo en un vaso de aluminio que cada uno se llevaba de casa. Las chicas mayores se ocupaban también de barrer el aula dos veces por semana así como de quitar el polvo.

La estufa daba lugar a situaciones peculiares, unas veces de forma involuntaria y otras no tanto; si se encendía con leña verde o con hojarasca, la humareda se hacía insoportable. La estufa en sí tampoco tiraba igual todos los días, debía depender de la dirección del viento. Otras veces alguien, con más o menos disimulo, cerraba excesivamente el tiro –incluso el propio encargado con la excusa de ahorrar leña– y el resultado era un escozor de ojos que obligaba a abrir las ventanas haciendo inútil el esfuerzo de calentar el recinto.

En la primavera de 1968 mi padre vio el anuncio de la convocatoria de las becas rurales. Aparecía en el *Boletín Oficial de la Diputación*, que llegaba a casa habitualmente por ser él el alcalde del pueblo. Que yo sepa, en el pueblo nunca se había prestado atención a tal cosa. Mi padre se lo comentó a la maestra por si consideraba que alguno pudiésemos presentarnos. Al curso siguiente nos presentamos tres o cuatro. No solo aprobé, sino que mantuve aquella beca –y otras parecidas– hasta el final del Magisterio al que finalmente decidí dedicarme. En ese mismo curso pasó por la escuela un reclutador de un Instituto Religioso y, tras hablar con la maestra y los padres, nos apuntó a cuatro, creo que en mi caso influido por la beca. El fraile en cuestión entabló contacto con el señor cura y este nos dio algo parecido a clases particulares de francés y algún refuerzo de lengua y matemáticas. Cuando comenzó el curso siguiente, tres días después de cumplir los diez años, salí del pueblo sin saber muy bien a dónde iba pero con la clara idea de estudiar.

Así abandoné la escuela e indirectamente contribuí a su final. Comenzaban los setenta y las cosas estaban cambiando. La emigración a las ciudades estaba reduciendo el pueblo y los niños que quedaban de forma drástica. Mis padres, al irme yo, se enfrentaron de improviso ante la mecanización o la emigración. Optaron por lo segundo y al año siguiente, pasadas las navidades, se fueron a Vitoria, donde teníamos ya buena parte de la familia. El pueblo se quedó sin alcalde y, como el futuro era incierto, aprovecharon la situación para adherirse como pedanía a Villadiego. Al año siguiente se cerró la escuela, se asfaltó la carretera y los pocos niños restantes pasaron al Grupo Escolar de Villadiego. También se puso agua corriente en el pueblo de modo que disfrutamos de ella cuando ya solo íbamos de vacaciones.

La escuela quedó cerrada y a los pocos años se le hundió el tejado convirtiéndose en lugar de juego como tantas casas abandonadas y hundidas. Alguna década después llegó la normativa de la Junta y la Diputación que obligaba a desescombrar los edificios en ruina por suponer un peligro potencial. Ahora casa y escuela son un solar despejado donde la hierba crece. Nosotros también crecimos, de aquellos treinta y tantos alumnos cuatro acabamos el Bachillerato y dos hemos dedicado nuestra profesión a la enseñanza.

¡A LA ESCUELA, CON UNA PIZARRA Y UN PIZARRÍN!

Natividad San Martín Monja
(Avellanosa de San Martín y Villadiego, Burgos)

Este es mi pueblo donde nací y pasé mi más tierna infancia. Se ha quedado parado en el tiempo, como una foto de postal. El edificio blanco con paredes lisas y con un pequeño balcón, que fue construido hacia el año 1950, al que vino, en tan insigne ocasión, el Gobernador, para la inauguración, es la escuela. Es un edificio moderno que tiene hasta retrete y una gloria como calefacción. No tiene corrales, ni pajares, ni cuadras donde meter las vacas, yeguas, cerdos y gallinas como todas las demás casas. Esta bonita casa es la escuela a la que asistí hasta los nueve años. ¿Por qué no más tiempo? Porque el Estado, la cerró en 1970 y nos mandó a los cinco niños que quedábamos en el pueblo, en edad escolar, a más de cien kilómetros de distancia: a Villadiego. Podrían habernos mandado más cerca: a Belorado. Pero no teníamos la manera de hacer diariamente el recorrido entre mi pueblo y Belorado. Así que, nos mandaron internos.



Mi pueblo.

En este insólito lugar transcurría mi infancia sin saber qué había más allá del horizonte. Tan solo, alguna que otra vez, íbamos con mi madre o con mi padre a los pueblos aledaños, sobre todo, a comprar ropa y calzado, comida, enseres para la casa y alguna que otra herramienta, para moler el trigo, herrar las yeguas, a ponernos la vacuna y, también,



Inauguración de la escuela.

porque era la fiesta de ese pueblo e íbamos a visitar a los familiares. Estos pueblos no distaban más de diez kilómetros del mío y los viajes ocurrían de higos a brevas. Cuando nos mandaron a Villadiego fue algo extraordinario. Era la primera vez que me montaba en autobús y veía la capital. Más bien, pasaba por la capital, porque verla, la verdad, no la vi. Al año siguiente tendría tiempo de conocerla bien.

Cuando construyeron la escuela nueva, yo, no había nacido. En los años cincuenta ya había suficientes niños como para llenar la única aula que tenía. Era el resultado del *baby boom*. Pero, lejos de seguir creciendo, la década de los sesenta y setenta, aunque los niños seguían naciendo igual, las familias comenzaron a emigrar



Niños y niñas (Ángel, Emilio, Julia, Javier, Carlos, Loli, Maribel, Begoña, Pedro, Arturo, Maricarmen, Jaime, Nati y Marisol con la señorita Baudilia) delante de la puerta de la iglesia en 1966.

a las ciudades. Y en veinte años, el edificio de la escuela, tan nuevo y tan moderno, tuvo que cerrarse por falta de niños.

En mi memoria quedó marcado, como un hecho relevante e importante para mí, el primer día de escuela: Primer día de mi vida que se queda en mi recuerdo como el más feliz hasta entonces vivido.

«No levanto un palmo del suelo y me mandan para la escuela.

—Niña, toma la pizarra y el pizarrín para que puedas escribir.

Me lavan la cara, me hacen las trenzas.

—¡Vamos niña, a la escuela, para que aprendas las letras! Estoy tan contenta y feliz, que creo que no mido un palmo, sino seis».

La escuela era un lugar mágico para mí. Allí dentro se encontraba todo el saber y todo el conocimiento a mi alcance. Lo que no sabía entonces era que, tan solo, asistiría a la Enseñanza General Básica. Los estudios superiores no estaban reservados para mí. No había opción: al cumplir los catorce años, mi destino era trabajar. Hacía más falta el dinero en casa que seguir aprendiendo, o eso es lo que mis progenitores creyeron. Ellos lo tuvieron mucho más difícil que nosotros. Por no dejarles, ni los dejaban asistir a la escuela. No era de extrañar que gran parte de la gente del pueblo fuera, prácticamente, analfabeta. Mi madre no quiso serlo y a los veinte años se puso a dar clases nocturnas. Que por cierto, era maestro, quien le daba las clases. En la época de mis padres era más habitual que fuera maestro.

La memoria es muy caprichosa, solamente puedes acceder a retazos de tu vida pasada. Gran parte de nuestra historia se queda borrada para siempre. Mis recuerdos, en la escuela de mi pueblo, están un tanto lejanos y tal vez un poco confusos. Teníamos una maestra para todos los niños. Todos de distintas edades. Yo, hasta los nueve años aprendí más bien poco: leer, escribir, la tabla de multiplicar, las cuatro reglas de Matemáticas y algo de Geografía e Historia. Los más mayores llevaban una enciclopedia que era un compendio de todas las asignaturas en un solo libro.

Recuerdo que en primero de EGB llevaba la cartilla para aprender a leer, un cuaderno de dos rayas para escribir recto (tarea, harto difícil), un cuaderno de caligrafía y un cuaderno para hacer cuentas y resolver pequeños problemas. Y para aprender a escribir, una pizarra y un pizarrín. La pizarra y el pizarrín resultaba un material escolar muy económico. Se podía usar para todo tipo de trabajo. Se borraba y vuelta a empezar. Después, cuando aprendías a escribir, medianamente bien, te dejaban usar el bolígrafo. A medida que ibas aprendiendo a leer, la maestra, mandaba salir a leer en voz alta y yo era muy torpe. No me salía la voz del cuerpo y lo pasaba francamente mal cuando me mandaba—: sal a leer.

La clase, que estaba en la parte baja del edificio, se componía de una pizarra grande en la pared, una foto de Franco y otra de José Antonio, un crucifijo, un armario de libros de lectura (los libros que se me han quedado en la retina: *Carmencita va de viaje, El Quijote, Lecturas comentas...*), la mesa de la maestra, dos filas de pupitres con dos asientos cada uno, con sus tinteros con tinta (los mayores sí utilizaban los

tinteros con sus plumas) y en medio de la escuela una estufa de leña que se encendía todo el invierno. De las paredes colgaban unos cuantos mapas geográficos.

Cuando la maestra castigaba, era, de cara a la pared, de rodillas con los brazos en cruz, y si era más duro el castigo, añadía un libro en cada mano y, de vez en cuando, pegaba con la regla. Quiero recordar que los castigos no eran diarios, eran esporádicos, así que, no eran demasiado severas. No tanto como el maestro que le tocó a mi padre, que aunque fue poco a la escuela, lo solía recordar de vez en cuando —Aquel maestro te cogía por la patilla y te intentaba levantar del suelo—. Nada más de imaginarlo, ya me dolía.

Por las mañanas al entrar a clase, pasaba revista y, si alguno de los niños le parecía que no se había lavado la cara y las orejas, le mandaba a lavarse al río.

—Esta nariz no brilla y en estas orejas se pueden plantar patatas —apostillaba al muchacho en cuestión cogiéndole de la oreja.

A las doce rezábamos el Ángelus. Después salíamos al recreo y nos gustaba jugar, sobre todo, a pillar. Lo llamábamos el *Pilladito*. También jugábamos mucho al *Esconderte*. Teníamos muchos juegos que hoy en día han quedado en el olvido. Era muy divertido jugar con el rondo, el tiracantos, al canto (rayuela), a las cartas, etc... Pero, nuestra madre nos tenía mandado que a la hora del recreo teníamos que ir a casa a avivar el fuego y echar la patata al puchero para que se cociera con las alubias que ya llevaban tiempo cociendo lentamente, y así, estarían listas para la hora de comer, que era sobre las dos. Ella estaba siempre trabajando los campos o atendiendo a los animales. Por cierto, aunque había un reloj en la torre que el bueno de Eugenio se encargaba de darle cuerda todos los días, nos solíamos guiar por el sol. Mis padres nos decían la hora que era, según por donde iban las sombras. Si no hacíamos caso en obedecer y cumplir con nuestras obligaciones, nos esperaba una buena reprimenda, que era bastante a menudo, pues lo que siempre queríamos hacer era jugar.

Recuerdo aquel invierno que el gobierno repartió leche en polvo por las escuelas, supongo yo que era para que todos los niños de España tomáramos leche. Aunque nosotros teníamos leche en abundancia, este acontecimiento lo vivimos con alegría, pues nos mandaban llevar, de casa, un tanque (que era un vaso con asa de lata, bañado de porcelana) con azúcar, miel o Cola Cao. Ponían una olla grande de agua a calentar en la estufa y nos tomábamos la leche, tan contentos. No hacía nata, como la que cada día, muy temprano, ordeñábamos de las cabras. Uno le sujetaba la pata y otro la ordeñaba y, después, a cocerla. «¡Mmmm, qué rica!».

Era en invierno cuando se hacía la matanza. ¡Dos días de fiesta en la escuela! Al día siguiente le llevaríamos alguna morcilla a la señorita, que lo agradecía mucho. El día comenzaba como en una celebración: tomándose, todos los asistentes al evento, una copita de anís con unos bizcochos. El matarife (en este caso, un vecino del pueblo muy voluntarioso) le coge con un gancho de la quijada al cerdo y, entre todos, lo tumban en la banca. Mi madre se prepara para coger la sangre en un caldero, debe darle vueltas con la mano para quitarle todos los cuajarones. Eugenio, le clava el cu-

chillo. Es una puñalada certera. Comienza a salir la sangre como si fuera una fuente. Los chillidos del cerdo son ensordecedores y yo tengo que hacerme la heroica tirando del rabo del pobre animal. Otras veces me niego y lo escucho con los oídos tapados, desde casa. Cuando deja de chillar, voy a ver al cochino muerto que ya está ardiendo entre los helechos para ser chamuscado. Después de la tragedia del óbito del animal, llega la alegría de poder disfrutar de tantas cosas deliciosas como son las morcillas y los chorizos. Más todo lo que quedará para el resto del año.

En primavera, salíamos con la maestra al monte a recoger plantas y flores que, después de estudiarlas, las metíamos entre las hojas de los libros para disecarlas, era súper divertido. En el mes de mayo nos llevaba a la iglesia a cantarle a la Virgen y, nos preparaba para hacer la Primera Comuni3n, que en ese día, tan importante para los ni1os, sería invitada al banquete, junto con el cura, como uno más de la familia. La maestra que teníamos cuando hice la Primera Comuni3n, me dejó muy buen recuerdo. Ella me regaló mis 3nicos regalos: unos lápices de colores y unos calcetines blancos.

El día, Jueves de Todos, lo pasábamos en grande yendo por las casas pidiendo. Nos daban, sobre todo, huevos y chorizo. Por la tarde haremos una merendola en la escuela, con la maestra. He podido constatar con mis propios ojos y el paso del tiempo, que hay plantas, flores e insectos del entorno que han desaparecido. Era un día muy señalado para los ni1os y la maestra: ir a recoger flores de lavanda por el monte para esparcirlas por las calles para la procesi3n del Corpus Christi.

LA NIÑA QUE TANTO LLORABA

Pobre ni1a, tan peque1a y frágil, con su abrigo rojo y sus zapatitos de goma. No tenía juguetes, ni tienda para comprarlos. So1aba con ser como Marisol. Aunque nunca llegaría a vencer su timidez para cantar en público. Vivía, hace ya muchos años ¿o no tantos? en un pueblecito muy rec3ndito de la provincia de Burgos. María era una ni1a menuda y muy delicada. Tan delicada, que de todo se quejaba. Su madre le decía —«Ni1a, levántate, que antes de ir a la escuela tienes que ir a orde1ar las cabras con tu hermana». Y la ni1a se revolvía en la cama, haciéndose la remolona porque no quería levantarse. ¡Eran las seis de la ma1ana y estaba muerta de sue1o! Pero su madre le abría la ventana de par en par y le echaba la ropa para atrás. Así que se vestía perezosa y, con resignaci3n, seguía a su hermana para sujetarle la pata a la cabra mientras ella la orde1aba. ¡Ah!, pero los cabritillos eran sus juguetes preferidos. Y también los perritos recién nacidos cuando abrían sus ojitos.

María se enfadaba con mucha facilidad. Era la más peque1a de la casa y todo el mundo le mandaba. Así que tomó una determinaci3n: cuando no quería obedecer a sus hermanos mayores, lloraba, lloraba y lloraba hasta que se cansaba de llorar porque ya nadie le prestaba atenci3n a su llanto.

Las maestras que pasaron por mi educación escolar, en mi pueblo, fueron cuatro o cinco, pues no llevaban bien eso de vivir en un pueblo como el mío. Todas eran recién licenciadas, por lo tanto, muy jóvenes y, nada más llegar, ya estaban pensando en un traslado mejor. El primer día había que ir a recogerla con una yegua a otro pueblo donde la dejaba el autobús. El trayecto era de dos horas y, cuando llegaba al pueblo, era de noche, como decíamos por aquel entonces, «de noches ciegas». Creo que si no se quedaban traumatizadas, poco les faltaba.

Llegaban a un pueblo sin carretera, poco alumbrado y sin asfalto, lleno de barro y todo un invierno por delante con mucha nieve y chuzos de punta colgando de los tejados y, animales por todas partes. Tampoco había jóvenes con los que relacionarse, ni lugares donde divertirse, salvo la taberna que casi siempre estaba cerrada, menos en los días de fiesta. Eran pocos y muy retraídos para lanzarse a mantener conversaciones con la maestra. Cualquier tema de conversación derivaba en los acontecimientos relacionados con la vida del pueblo, que eran siempre los mismos: las cosas de «Fulano», o las cosas de «Mengano». A uno, que le ha parido la vaca y no quiere amantar al ternero; a otro, que tiene muchas ovejas con cojera; otro, que este mes le toca ir de pastor con las vacas al monte y está venga llover y hace un frío que te cala hasta los huesos.

En el pueblo no había chicas jóvenes. Todas se habían ido a trabajar a la ciudad porque no soportaban llevar esa tipo de vida, y algunas, con suerte, se habían ido a estudiar.



Escuela Hogar de Villadiego.



Última maestra que estuvo en el pueblo, junto a Claudio y Florencia. Esta maestra eligió vivir en casa de este matrimonio, antes que vivir sola en la vivienda de la escuela.

Alguna que otra vez, la maestra nos llevaba, como si fuéramos de excursión, al pueblo de al lado para conocer a su colega de profesión. Ahí ya tenían las dos su rato de asueto.

Corre el verano de 1970. Estamos de vacaciones de la escuela. —¡Vacaciones?!—. Esa palabra no existe en nuestro vocabulario. Es verano y hay que trabajar mucho, mucho. Entre

tanto trabajo, buscamos siempre el momento para jugar y, un rato de diversión era ir a coger gusarapas en la poza del río que había por cientos. A las pobres no les iba nada bien, las dejábamos fuera del agua, y claro, pasaba lo que tenía que pasar, en poco tiempo dejaban de respirar y explotaban como pequeños globitos. A las lagartijas no les iba mejor. Cuántas terminaban, con una puntería certera con el tiracantos, sin rabo. También los saltamontes, que había por millares, terminaban desmembrados. Y, pobres de los goloritos, que se quedaban pegados en las flores de los cardos cuando se posaban para comer, porque los chiquillos les ponían liga para cazarlos. Eran fechorías por las que nadie nos reñía, así que no teníamos conciencia del mal acaecido.

Es verano y estamos en plena recogida de la hierba y los cereales. Estamos en pie, desde la madrugada hasta bien avanzada la noche. Son trabajos titánicos, es un no parar: Llenaremos los pajares, repletos de hierba y paja para que a los animales no les falte alimento el resto del año y buena cama en invierno. Tendremos buena remesa de avena para alimentar a las gallinas, trigo para la harina del pan y, centeno para harina de los cochinos para aderezar las ortigas, las berzas, las hojas de olmo y de cerezo escaldadas con agua caliente. Había que hacer muchos mascones de la paja del centeno, para que en el verano siguiente no faltaran vencejos para atar los haces de hierba. Para mí, como niña pequeña y bastante enclenque, era agotador. Entre tanto trajín, también teníamos que dedicar todo un día entero para hacer el pan en el horno del pueblo: doce o catorce hogazas y dos tortas y, ya de paso, tortas de manteca. El pan tenía que durarnos unas dos semanas. Pero solíamos comer mucho pan y a veces estábamos un día entero sin pan. En aquellos años, el pan, era el principal alimento y no podía faltar.

Un buen día, o no tan bueno, de ese verano, nunca lo sabré, llegó a mi casa una carta del Estado, del Ministerio de Educación y Ciencia. Mi madre nos leyó la carta donde decía que el próximo curso se cerraba la escuela porque no había niños suficientes para mantenerla abierta y por tanto teníamos que ir, internos, los hijos en edad escolar (que éramos cuatro), a la escuela hogar de Villadiego. En la carta se detallaba bien pormenorizado cómo y cuándo iba a ser. Había una lista de complementos que no podían faltar para cada uno de los cuatro hijos: ropa interior y de vestir: dos cambios por cada hijo. Todo debe ser nuevo. Enseres de aseo y un uniforme completo: camisa blanca, jersey azul marino, pantalón para los niños y falda para las niñas en color gris. Todo ello debe ir bien marcado con el número que ya ha sido asignado para cada hijo. A mí me toca el 28. El número debía estar cosido, así que, todas las mujeres de la casa a coser.

Ha llegado octubre y tenemos que madrugar para llegar al autobús de las nueve que para en Castildelgado, que nos llevará a Burgos. Cargamos las maletas en la yegua y salimos del pueblo con un sentimiento de ilusión y, aunque vamos cuatro hermanos, yo siento algo de temor a lo desconocido. Nos despedimos de la yegua como si fuera de la familia. La dejamos en Castildelgado a la espera de que vuelva mi madre de Burgos para volver con ella al pueblo. Bajó con cuatro hijos y vuelve sola. Cuán distinta será ahora

su vida. De tener seis hijos, a no tener ninguno a los que atender o regañar. Estarán los dos solos en la cocina. Sentirán el peso del vacío de tanto hijo dando ruido por la casa. Pasarán meses sin volverlos a ver. También el pueblo se quedó más silencioso, sin ningún niño pequeño corriendo por las calles con sus pequeñas travesuras.

En Burgos, nos arremolinamos montones de niños, de otros pueblos, con sus respectivos familiares y maletas por todos lados. Ahí ya, nos despedimos de mi madre, que no volveremos a verla hasta la vuelta por Navidad. Nunca llegué a saber cómo fue el trance que supuso para mis padres al verse, de la noche a la mañana, sin hijos a los que cuidar.

La llegada a Villadiego es muy fría. Una mujer que debe de ser la directora del centro, (Escuela Hogar) Rosario se llama, dirige como si fuera un militar. Nos informan de que es religiosa seglar.

—¡Formen fila! ¡Guarden silencio! ¡Las niñas en una fila, los niños en otra!

—Supongo que no había otra manera de hacerse respetar.

Es un edificio que está separado para niños y niñas. Será nuestro nuevo hogar para todo un curso. A aprender iremos a la escuela pública del pueblo. Para mí, es un cambio muy brusco con respecto de la vida cotidiana que había llevado en mi corta vida. Todo está reglado por un horario y unas normas estrictas a las que tenemos que obedecer sin rechistar. Algunas cosas se me han quedado en la retina: a los pocos días de llegar, nos llevan a la peluquería para cortarnos el pelo. Mi madre que se había esmerado en dejarme una melenita corta, no había servido para nada. Nos dejan a todas con el pelo corto, igual que a los chicos. No nos dejan opción. Debe de ser por el posible contagio de piojos, que en mi corta vida no he sabido, todavía, lo que eran.

¿Y la ducha? Que te obligaban, quieras que no, a pasar por ella. Y, para vergüenza mía, con vigilancia, para asegurarse de que la ducha fuera exhaustiva. Yo no había visto en mi corta vida, una ducha. Mi baño, en verano, era, metida en el río con una pastilla de jabón para lavarme de pies a cabeza. Y, en invierno, en un balde grande con agua caliente en la cocina donde nos iban lavando por partes. Mi madre nos lavaba uno detrás de otro, y mi padre, mientras tanto, calentaba la ropa limpia en el fuego.

Todo es nuevo para mí: dormir en literas con tantas niñas a las que no conozco; la hora de las comidas, yo, que no como cualquier cosa, vaya, que soy muy mala comedora. Recuerdo unos macarrones, que en mi corta vida no había visto todavía, que eran incomibles.

Una cosa que no me encaja, nos han mandado llevar uniforme y, resulta que, es sólo para los domingos. Nos uniformamos para salir al paseo hasta con guantes blancos y, lo peor de todo, nos dan un abrigo azul marino que huele a alcanfor que tira para atrás.

Este año estoy en cuarto curso, que apruebo. No sé cómo, porque no me acuerdo. Todo marca nuestra infancia; sólo fue un curso y, Villadiego, sigue ahí, arraigado en mi memoria. Después nos mandarían a Burgos, esta vez con monjas de clausura, y eso, ya

era otra historia. Las monjas: MM Benedictinas del barrio San Pedro de la Fuente, eran muy buenas, muy pacientes y muy atentas, y cocinaban para chuparse los dedos. Ellas nos llevaban de paseo al castillo, a los parques de la ciudad, de excursión de fin de curso. Con ellas conocí Madrid, la capital de España, algo impensable para mí. Aunque eran monjas de clausura, alguna tenía permiso papal para salir del convento y tener contacto con gente que no fuera de su congregación. Mantengo un recuerdo muy entrañable de todas ellas. Este sería nuestro hogar durante tres cursos. Aunque a estudiar iremos al colegio público del barrio. Eran clases masificadas de hasta cuarenta alumnos. Los más listos se colocaban delante y los más torpes, que siempre suspendían, detrás. Los niños y niñas iban juntos. En cada clase, todos de la misma edad.

El primer año nos acompañó mi madre al colegio para la presentación. Después aprendimos a viajar solos en el autobús. Así que cuando nos daban fiesta o eran vacaciones en el colegio, nos cogíamos nuestra pequeña maleta y nos montábamos en el autobús que nos dejaba a ocho kilómetros del pueblo, a veces, nos esperaba nuestra madre. Pero en otras ocasiones debíamos hacer el trayecto, solos, aunque hiciera frío o lloviera. Al pasar por el pueblo anterior al nuestro, había una familia muy entrañable que nos invitaba a descansar y a secarnos si estábamos mojados y, también, nos agasajaba con algo de comer.

A la vuelta, volvíamos con nuestro tarro grande de miel y nuestra tableta de chocolate de hacer a la taza, metido en la maleta, al colegio. Eran manjares para mí. Lo guardaba en la taquilla, que iba comiendo, como quién come golosinas.

El año del cierre de la escuela, fue un punto de no retorno para el pueblo. La escuela sigue en pie, pero nunca más se abrió para dar clase. Los últimos niños de la escuela. Éramos tan pocos que la maestra, en invierno, nos daba clase en la cocina para estar más calentitos.



Pedro, Carlos,
Begoña y
Natividad
(curso 1969).

LA HUELLA

Lola Sanabria García
(Villanueva del Rey, Córdoba)

El último curso de Primaria tuve a una profesora que aunaba fantasía, ensoñación y amor por la Lengua con una dosis de evasión y alta valoración de sí misma. Combinación que, en mi caso, consiguió que saliera de mi letargo de niña que aprende la lección y hace bien los deberes y entrara en el mundo de la imaginación. Era una mujer que lucía una rebeca azul de punto con los bordes deshilachados de las mangas como si fuera una prenda de alta costura. Tenía estilo. Su cuerpo flexible se alzaba sobre unos pies que caminaban como si fuera siempre de puntillas. Casi nunca la oíamos llegar, parecía como si levitara. Su risa, en cambio, era desgarrada y estridente. No usaba la palmeta, ni pegaba, aunque podía ser cruel en sus comentarios generales, por los que yo nunca me sentía aludida. Fueron escasas las ocasiones en que se enfadó conmigo, mostrando su cara menos amable y más despectiva. Yo me quedaba con lo mejor de ella.

Una tarde aburrida de bordados y bastidor trajo un tocadiscos y nos puso un vinilo de Salvatore Adamo. Ocurrió una sola vez. Sospecho que a alguna madre aquello no le pareció instructivo y dio la correspondiente queja. Otras veces nos hablaba de películas que había disfrutado en cines de ciudades que visitaba y que nosotras tardaríamos en ver. Las llevarían al pueblo después de que pasaran años de su estreno.

Cuando llegaba la primavera solía quedarse ensimismada más a menudo. Yo me preguntaba qué estaría pensando. A veces soltaba las manos enlazadas debajo de la barbilla, se levantaba de su sillón, daba la vuelta a la mesa, se apoyaba con ellas en el borde, afianzaba un poco el cuerpo en el tablero, nos miraba con ojos soñadores y nos hablaba del viaje que tenía proyectado hacer ese año y de que solo le faltaba por conocer de España un trocito de la cornisa cantábrica. Daba algunos brochazos de color de los lugares que había visitado: sus bailes, los platos típicos, sus maravillosas iglesias y catedrales, antes de mirar su reloj de pulsera y dar unas palmadas mientras anunciaba la hora del recreo o nos mandaba a casa. Ocurría de vez en cuando y era como si estuviera en estado de gracia. Ninguna otra maestra lo hacía ni lo había hecho nunca. Después de unos ejercicios de Lengua que era la asignatura que a ella y a mí nos gustaba, iba a la pizarra, los borraba todos, y, en letra bien grande escribía: Redacción libre. Podíamos aburrirnos, crear, soñar, hacer, en definitiva, lo que nos diera la gana. Éramos libres.



Fotografía de mis primeros años de escuela.

Unos años después de acabar el curso me fui del pueblo. La veía cuando yo regresaba en verano a pasar unos días. Nos saludábamos con las palabras convencionales e insulsas del cómo estás y poco más. Excepto en una ocasión. Una de las dos estaba sentada en la terraza de un bar y la otra se acercó. Creo que fue mi compañero el que le habló de alguno de mis relatos y entonces ella dijo: No guardo ningún escrito. Con la excepción de una carta de un obispo y un cuento tuyo. No supo decirme de qué trataba el cuento, aunque sí que estaba escrito a lápiz y en una hoja de un cuaderno de dos rayas. Ella murió hace unos años. Supongo que el escrito no sobrevivió. Me dejó la afición por la escritura.

RECORDATORIO A TÍTULO PÓSTUMO

Ramón Sánchez García
(Nohales, Cuenca)

He rescatado de mi vieja *Enciclopedia Álvarez* una esquila insertada en el obituario del periódico local con una fecha del siglo pasado, un recuerdo amarillento ya en un mamotreto de vivencias, que me invita a una retrospectiva gustosa, a un balanceo temporal en los columpios primigenios de mi niñez, a sumar evocaciones de ida y vuelta.

Doña María Encarnación M. C., maestra nacional, falleció en esta capital a los muchísimos años de edad, habiendo recibido los Santísimos Sacramentos y la bendición de S.S. el Papa. Sus numerosos deudos ruegan una oración por el eterno descanso de su alma. Funeral a celebrar en tal iglesia y a tal hora. *Requiescat in Pace*. Descanse en paz. Sí, la misma, doña Encarna, la maestra de un puñado de críos mal recontados en una escuela subalterna, bastión educacional afincado entre las lindes de una colectividad provinciana a la que le sigue quedando grande el apelativo de pueblo y, más aún, el de municipio.

Ella ya era mayor cuando yo caí en sus dominios, tan veterana que hoy pienso que no la consideraban útil ya más que para descular párvulos y alfabetizar gañanes al socaire de las trilladas enciclopedias de primero, segundo y tercer grado del hoy redivivo Álvarez; porque en aquella inmensa casona cedida a la docencia rara vez se aumentaba el contingente de inquilinos preestablecido, algún hijo de aparcerero que nos acompañaba de Pascuas a Ramos, es decir, de san Miguel a san Miguel, y pocos más; posiblemente en la mejor época no pasáramos de las dos docenas, desde los escasos seis años míos a los trece y catorce de unos cuantos experimentados a los que el campo y el trabajo forzoso les ofrecía, en la inminencia del fin de curso, sus mejores expectativas de prosperidad, cerradas casi las puertas a la gandulería del obligatorio aprendizaje didáctico que no reportaba nada sustancioso al exiguo erario familiar.

Doña Encarna era asidua practicante de la repartición generosa de capones, un repertorio archisabido que ocasionalmente convertíase en antología seleccionada cuando la cifra de pillastres asequibles así lo requería, fuertes, flojos, rabiosos, de dedos parejos, acorazados en el anillo perlino que producía unos chichones visibles y amaratados en nuestras mondas testas; papirotazos huecos que provocaban risas comunes al imaginar un nulo contenido en el inmenso continente del reo; otros de abajo hacia arriba, a contrapelo, que dejaban una estela de escoceduras y el cons-

tante manoseo de la zona afectada. De vez en cuando escogía castigos vergonzosos, soplamocos y tortazos de marcar los apéndices fustigadores de su mano diestra que duraban casi tanto en la cara como en el corazón, sopapos dedicados a los infantes intermedios y a las muchachas, porque a los ganapanes resultaba imposible ponerles la mano encima y cabía incluso la posibilidad de salir alguien respondón y poner a la doña de bruces en el tablado; con nosotros no desperdiciaba la oportunidad de disfrutar de semejantes gollerías ante cualquier insurrecto pillado en flagrante delito de desobediencia o de similares prendas tipificados en su particular código de conducta. Distribuía sus caricias con fruición y demostrada habilidad; sus segundos (adláteres, validos, ayudantes, vigilantes, matones, gorilas, chulos de barrio, etc.) observaban gozosos las escenas y practicaban con diligencia a la salida tamañas enseñanzas sobre los menores, que no terminábamos de asimilar a que era debida tanta demostración de cariño superior y tanto aprendizaje negativo. Todas las almendras de los guachos almacenaban lastimosos recordatorios de sus formidables nudillos, golpes dados con artesanía, plenos de soberanía autoritaria que mantenían su poderío durante horas; para los casos de alevosía en la transgresión de la norma disciplinaria se ayudaba de una sortija con forma de medio boliche, un eficaz cascahuevos capaz de remover el serrín de nuestros cerebros y que me supuso, así, tan jovencito, rehuir en lo posible de fugaces tratos de favor con el magisterio y convencerme, aprovechada la experiencia de los años, de que la letra con sangre no entra.

Renqueaba ligeramente de una pierna, ¿o era de las dos? No alcanzo a tanto, aunque no necesitaba ayuda, se mantenía sin muchos apuros sobre sus extremidades enjutas, sí, porque en doña Encarna todas sus características mostraban sequedad, tanto en las carnes como en el carácter; quizás en lo último le sobraba, además, un sobrepeso de acritud debido tal vez a su defecto, dándolo a conocer a menudo en reprimendas brutales para cortar de raíz los conatos contestatarios; el genio de doña Encarna quedaba lejos del natural apego que subyace en toda *ma-ter magistra* reconocida: tal vez por eso, curiosamente, jamás sentí afecto por mi primera educadora, probablemente ha de ser achacado a la edad, o al trato, o al deseo inconsciente de renegar de aquellos momentos desagradables.



Fotografías del hermano del autor en la escuela nacional de Carrascosa del Campo, sobre los años 1953-1955.

Su señor esposo también debía figurar en la nómina de los licenciados, porque gastaba cara de maestro y portaba bajo la nariz el bigotillo oficial de los adeptos a la especial idiosincrasia del régimen vigente, tal vez próximo a la jubilación o acaso traspasando el umbral; no trataba con el alumnado advenedizo, con nosotros, y ni siquiera he almacenado en la memoria su nombre o el resto de su físico; acercaba a su costilla en un dos caballos de los primeros fabricados por Citroën, de un color gris tormentoso a juego con la demacrada ufanía de la pareja, un utilitario de museo que por aquella época de mi edad de piedra cumplía perfectamente con el sacrosanto deber de recorrer los diez kilómetros de separación entre la tierra y la luna, porque esa escuela quedaba relegada a mero satélite docente para quienes no podíamos desplazarnos diariamente a la capital a desarrollar la obligada condición de individuos discentes, llamados a engrandecer en el futuro inmediato todas las expectativas de progreso que las generaciones guerreras del pasado ponían a nuestro alcance.

Fueron cuatro años a su lado, bajo su tutela, el puente tendido desde el analfabetismo hasta el bachillerato; etapa de iniciación, *la be con la a ba*, de aprendizaje metódico instalado en la partitura singular de un manido soniquete siete por una es siete, siete por dos catorce, de idealismos patrióticos con un cierto saborcillo rancio —«Cara al sol con la camisa nueva»—, religiosos —«Dios te salve María, llena eres de Gracia»—, y políticos —«José Antonio Primo de Rivera fundó la Falange Española y Onésimo Redondo las J.O.N.S., y a los dos los fusilaron los rojos en 1936—. Coincidieron asimismo con la conclusión de la ayuda americana del Plan Marshall reflejada en sacos de leche en polvo a la que doña Encarna transmutaba el color en lentas cocciones sobre un poderoso fogón, perezosa disolución de prietos terrones amarillos que vendían cara su conversión en nutrimento legítimo; en ese arte sí se observaba en la amiga la auténtica vocación de madre cuidadora de sus vástagos, leche calentita para todos, dulce, burbujeante, un vaso hasta los bordes donde ya resultaba prácticamente imposible darle vueltas al Cola Cao llegado del África tropical donde cantaba aquel negrito cultivador, de la Guinea española, un sitio en mitad de la selva, muy lejos,

—¿Más lejos que Madrid?

—Más.

—¿Y más lejos que Málaga?, porque yo tengo un hermano en Málaga.

—Sí, mucho más, y por allí corren unas fieras terribles que se comen a los chiquillos demasiado preguntones.

Un buen día apareció un pequeño camión y nos dejó unas cuantas cajas de botellines con leche fresca, producto español, cien por cien pura de vaca, perfectamente higienizada, para las nuevas promociones de levantadores de la Patria; se acabaron los peroles y sus fregoteos, el calorcito en las manos y en el estómago, las morreras de cacao, el arracimarse frente al reparto; una sustitución que no aportó ventajas, más bien lo contrario, lo cómodo convertido en ingratitud, un líquido frío, desagradable, incapaz de achocolatarse en condiciones, instigador de diarreas que nos hacían irnos de vareta como los bubillos; un fracaso, la leche embotellada tornaba al cabo de días

a una coloración paliducha con rasgos verdosos y que olía a culo de nene mal lavado una cosa mala.

Nos apretábamos en las primeras filas, los chicos a la izquierda del trono y las chicas a la derecha, pero juntitos, no por fomentar la fraternidad y el compañerismo, sino por arroparnos ante las inclemencias del invierno serrano y no dejar escapar la tibieza que llegaba desde una empequeñecida estufa de hierro forjado sin mucho tiro, mole absurda que remoloneaba en lo primero de la mañana y tiznaba de humo maderero nuestros resuellos y los bastos abrigos de su manipuladora; trasto inútil, puesto que cuando realmente empezaba a funcionar en condiciones se había consumido la mañana y era la hora de irnos, y durante la tarde aguantábamos con los rescoldos la finalización de la jornada lectiva; en los días de suerte rodeábamos al calefactor y dábamos las asignaturas en torno al tótem caprichoso y su guardesa, ella siempre a conveniente distancia para aplanarnos las puntas de los dedos con una hermosa regla lignaria que, como buena pluriempleada, sacudía nuestras posaderas ante un fallo clamoroso en la exposición de una lección mal aprendida; también nos servían las arrimaduras invernales para el intercambio sin pretensiones de cáncanos y sucedáneos, a los que ya en casa mi madre aligeraba de su gorrón existencia con pulverizaciones del eficaz ZZ; ¡y qué bien cebados cascaban la mayoría!

Algún domingo, tras la misa, el cura nos ponía cine, apto para todos los públicos, por supuesto, películas de Cantinflas, del gordo y el flaco, de Charlot, todas mudas, porque el proyector no era tan sofisticado como para eso, una máquina que enrollaba las cintas cada pocos minutos y convertía al ensotonado en un discípulo del santo Job; jóvenes y adultos de cara a la pizarra, a oscuras, riéndonos de las patochadas de Stan Laurel o de las gracias tan propias de Mario Moreno, los subtítulos demasiado rápidos para el intelecto general que se quedaba a medias y

no entendía a qué manito o compadre correspondía la frasecita. Intercalados nos metía reportajes sobre las misiones en África y en la Cochinchina, veíamos a religiosos de blanco dando de comer a niños negros delgadísimos y con el estómago hinchado (luego nos preguntábamos unos a otros a qué se debía tal guisa, ¿cómo era posible que pasaran hambre si tenían una barriga bien gorda?), o en escuelas



Hermana del autor, mismo lugar, semejante fecha.



Hermanas del autor en el mismo lugar, semejante fecha.

al aire libre donde unos chinitos alborozados y con su clásico sombrero cónico saludaban a sus iguales de España. Los mayores se entristecían y afirmaban con la cabeza cuando nuestro párroco los exhortaba a cumplir con los preceptos de la Ley de Dios y compartir con los necesitados; «Hay gente que vive en peores condiciones que vosotros, gente que no tiene nada, ¡Te necesitan!, ¡Ayúdales!, Envía tu donativo a Cáritas Diocesana», se leía en grandes rótulos a imagen

parada, y los hombres se rascaban los bolsillos después de sentir en sus costillas el aviso de los codos de sus cónyuges, una mirada tuya bastará para sanarme, y depositaban la calderilla en una hucha aledaña, hoy hemos sido buenos cristianos y hemos compartido el pan y la sal con nuestro hermano. Lo malo era que el cura nunca avisaba y sacaba la alcancía recaudadora a traición, en el instante final, cuando ya no había escapatoria posible y los compadres soñaban con irse de rositas y realizar sus peculiares menesteres en la barra de la taberna. ¡No sabía nada el pájaro!

¿Por dónde iba?, un gran álbum de remembranzas escolares fuerza a pasar los capítulos con rapidez y quiero detenerme un poquito más en éste, no obstante es a ella a quién debo parte de lo que soy en la actualidad. A mí me cogió cariño, no sé por qué, y me preparó para acceder al instituto, tu vales mucho, pequeño, podría al fin enviar a un vasallo de la gleba a la corte capitalina, quizás fuera el premio a su empeño por desbrozar de la incultura a gentes que lo tomaban más como una imposición que como una necesidad, ya se retiraría tranquila, habría cumplido con su deber primordial.

No servirá de nada, aunque quiero agradecerle su interés, incluso sus castigos, los cachetes ejemplares que me enseñaron a ser comedido y no hacer caso a infundios ni a trolas, sus desvelos por educarme sensatamente y no ser otro desgarramantas en potencia.

Pero la volveré a recordar en silencio y en el anonimato de mi memoria a continuación de esta dedicatoria, de estos párrafos al vuelo, concentraré mis apuntes del pasado en la mejor esquina de la habitación y le rendiré el tributo que le debo. Es mi particular homenaje a título póstumo.

ACORDANZAS

María Ángeles Serrano Mayo
(Antoñán del Valle, León, y Muga de Sayago, Zamora)

Cuando nací a principios de los años 60, mi pueblo estaba formado por casas de tapial y calles embarradas por las que corrían cientos de niños. Situado entre la cuenca del Órbigo y la del Tuerco, se ha ido vaciando, sobre todo en los largos inviernos de León. Mis primeros recuerdos de niña están vinculados a la escuela, hoy reformada, pero vacía. Subida a mis galochas, enfilaba el camino a la escuela, cargada con un fardo de leña para encender la estufa de clase. Entonces, llegaba el maestro, que daba por comenzada la clase escribiendo en la pizarra lugar y fecha: Antoñán del Valle, 10 de septiembre de 1967.

Vivíamos entonces situaciones que hoy ni tan siquiera somos capaces de imaginar. La educación fue cambiando a medida que la sociedad cambiaba. Y la sociedad antoñanesa era entonces peculiar, a tenor de las historias protagonizadas por algunos vecinos del pueblo, dignas de una novela. Fue famosa, por ejemplo, la timba de cartas en la que Antonio, *el Guapo*, terminó por apostar a su propio hijo, cuando se le acabó todo lo que había creído posible apostar. Como muchos vecinos del pueblo, este hombre emigró y acabó en Argentina. O aquel que se casó consigo mismo e invitó a todo el pueblo. Muchos le llamaron de todo, pero nadie se quiso perder el baile. Hoy, muchos de estos vecinos llevan con orgullo el mote que en el pasado se les había puesto a sus abuelos, sobrenombres que en su mayoría habían surgido entre bromas escolares y a propuesta del maestro. A Miguel le puso su madre una camisa con un cuello tan engolado que simulaba las lechuguillas barrocas. Así se quedó con «Cervantes» para siempre. En esta época, el maestro tenía una autoridad mayor que la que tenían tus padres, que por ignorancia, exceso de trabajo o simplemente desidia, no estaban muy



Angelines y sus hermanos Roberto y Jamín,
Antoñán del Valle.

pendientes de la vida académica de sus hijos. Un día, mi madre me castigó sin colegio, pero al final pude escaparme y recuerdo tomar el camino que llevaba a la escuela muy rápido, tanto como me permitían las piernas, porque solo podía pensar en las represalias de la profesora si llegaba tarde. Era la misma profesora que casi me deja sin ir a la boda de un primo porque no me sabía la tabla de multiplicar, así que no me tomaba en broma sus enfados. Los maestros participaban en las comuniones, figuras venerables del mundo rural a los que no frenaba nada cuando de aplicar disciplina se trataba. Y es que, en aquella escuela, nos pegaban. Y mucho. Un día, doña Lidia abofeteó tanto a Paquita que esta se mareó y la propia maestra tuvo que llevarla en brazos a su casa. Yo no estaba allí para ver la reacción de sus padres, pero no creo que le afearan en nada lo que había hecho. Ni los padres de Jaime, cuando don Marcelino, *el Lilonas*, le puso la bata de niña y le hizo desfilar por las clases para humillarle. Todavía hoy me arrepiento de ser una de las que se rieron. Tanta era nuestra ignorancia en aquella época. Teníamos claro entonces que en el pueblo los maestros y los curas eran los que más mandaban y no había más que decir.

Había mucha diferencia entre los maestros y las maestras en Antoñán. Un año, las chicas tuvimos uno de esos maestros cuya formación era la de ganadero reconvertido a docente, que permitía que en sus clases se viviera un recreo continuo. Solía ausentarse frecuentemente, sin que nosotros supiéramos muy bien adónde iba. Otras veces, simplemente se quedaba sentado en la silla, dormitando. Aunque este profesor no figura entre mis mejores recuerdos escolares, sí que guardo algunos muy agradables de la escuela de mi pueblo. Recuerdo con cariño a la maestra que nos enseñó a hacer rosquillas una mañana de sábado ya que vivía en el pueblo y nos abría la escuela aunque no hubiera clase. O las excursiones que hacíamos por el monte y tanto disfrutábamos aunque lo conocíamos de sobra. Un día, fuimos a los lagos de

Covadonga. Muchos de los niños, poco acostumbrados a los viajes en autobús terminaron echando el bocado y el alma por la boca. Aquello nos pareció Nueva York.

En mi último año, sucedió algo que cambió mi vida de forma radical. Doña Emilia se jubiló y vino a sustituirla una joven maestra que convenció a mis padres para que pudiera seguir estudiando, beca, en un pueblo de Zamora. De esta forma evité el destino de la mayoría de mis compañeras, ir a servir a una casa adinerada.

Tenía 14 años cuando me subí al *cuatro latas* de mi padre para ir al colegio municipal de Muga de Sayago, en Zamora.



Empezando por el último de la fila: César, José, Antonio, Emilio y Esteban. Antoñán del Valle, 1968.

Durante el viaje, pensaba en mis hermanos pequeños. Me preguntaba si también ellos tendrían la suerte de salir de Antoñán para poder estudiar, pero aunque yo sé que en mi casa me querían, comprendía que en una familia dedicada a las labores del campo era más fácil prescindir de mí que de mis dos hermanos varones. No recuerdo mucho más de ese trayecto, ni siquiera de cómo me despedí de mi padre. Nunca hemos sido en mi familia de abrazos y besos, así que posiblemente no los hubo entonces.



Clase del curso 78-79, Muga de Sayago.

Dirigía el centro don José. Hoy hace más de ocho años que murió, ya nonagenario aquel hombre de apariencia frágil y al que recuerdo siempre con la mirada perdida, casi turbada, que escondía, eso lo sé ahora, una voluntad de hierro. Había llegado a Muga como párroco en el 57 y pronto se dio cuenta de que los niños, al acabar la escuela, no podían continuar estudios en Zamora porque era muy caro. Por ello, fundó entonces la Academia Libre que formaba a los niños para examinarse después de forma oficial en el instituto Claudio Moyano de Zamora. Los buenos resultados de estos primeros alumnos fueron un reclamo para otros niños que vivían en aldeas cercanas y que se alojaron en casas de vecinos hasta que fueron construidas las primeras residencias. En 1967 la Academia se convirtió en el Colegio Libre Adaptado, una especie de centro hermano del de Zamora. Así fueron llegando niños de todas partes, año tras año, incluidas nuestra promoción, en 1975. Los nombres del centro fueron cambiando con el tiempo hasta que hoy, el Instituto de Educación Secundaria luce orgulloso el nombre de su fundador.

Cuando llegué al colegio, y al contrario de lo que se podía esperar, no fue difícil sentirme como en casa ya que todos veníamos de fuera: zamoranos, leoneses, extremeños... con ganas de hacer amigos y encajar en nuestro nuevo hogar con nuestros nuevos maestros. Pero, ¡qué distintos eran a los que había conocido en Antoñán! Allí nuestras voces se unían a las suyas, nos escuchaban con paciencia y parecían amar lo que hacían.

Yo sabía que había podido estudiar allí gracias a una beca, pero no me preocupé nunca por eso. Mis pensamientos estaban en otro lugar, volaban hacia otros intereses, como en aquel profesor que tocaba la guitarra, don Pedro, del que terminábamos hablando cada noche. Todavía recuerdo cómo me quemaba el pecho de rabia durante el baile de fin de curso, cuando bailó con todas menos conmigo.



Anye y Angelines, Muga de Sayago, 1979.



De izquierda a derecha: Pili, Ángelines y Cari.
Agachada, Ánye. Año 1978.

Si las clases y los profesores eran diferentes a Antoñán, no lo era menos nuestro día a día, la vida misma. El internado se dividía en el edificio de los chicos y el edificio de las chicas, pero como éramos muchas alumnas, a un grupo nos habían instalado en la casa parroquial. Don José era muy estricto y tenía nuestro día a día organizado con precisión milimétrica. Íbamos a clase, comíamos, descansábamos, dedicábamos unas horas al estudio antes de la cena y regresábamos a la habitación. Pero mi pequeño grupo, apartado del control del edificio principal, conseguía burlar la rutina diaria al llegar la noche compartiendo risas y cigarrillos. Creo que si tengo una imagen asociada a la libertad es la de aquellos momentos, y de los fines de semana, cuando podíamos salir del centro. Doña Angelines, que era la encargada de cuidar a las niñas que estábamos allí internas, nos llevaba a pasear al campo las mañanas del sábado después de arreglar nuestra habitación. Era mi tocaya Angelines una mujer muy especial, antigua alumna del centro, capaz de controlar a cien adolescentes con innegable autoridad sin borrar por un segundo la sonrisa de su rostro. Las tardes se llenaban con los paseos por el pueblo y los juegos de cartas y ajedrez. El domingo era día de misa por la mañana. Pero también de baile. Cuando llegaba la tarde sonaban una y otra vez las mismas canciones que aún hoy recuerdo de memoria y que tanto disfrutábamos entonces.

Nunca pasé hambre en mi casa, pero sí gula. Comer alimentaba, pero era algo serio en Antoñán. En Muga descubrí que la comida puede ser divertida. Ya había comido queso, de la leche de nuestras vacas, salchichón de la matanza y chocolate de hacer. Pero los quesitos y el chocolate con leche que comí en Muga inundaba mi boca de nuevos sabores. En su comedor probé por primera vez las hamburguesas, los zumos de frutas y el té con limón que sisábamos de la cocina.

De todas las chicas que conocí durante esta época, mi pandilla la formábamos Cami, Puri, Anye y yo. Vivíamos cada paseo de los sábados y cada baile de domingo

con la felicidad desenfadada de quien no ha cumplido veinte años. Lejos quedaban entonces las labores del campo y las tareas diarias de nuestras casas. En Muga también salíamos de excursión. No mucho, pues éramos tantos alumnos que había que dividirnos en grupos y al final solo íbamos una o dos veces al año. Solíamos ir a Zamora o a Salamanca, muy a menudo a la ópera, pues le gustaba mucho a don José. En fin de curso hacíamos una salida muy especial, nos encontrábamos en la frontera de Portugal con un colegio de Miranda do Douro y pasábamos el día juntos, comiendo y bailando.

Pero la excursión que recuerdo con más cariño no la organizó don José, ni doña Angelines. Fuimos nosotras, quienes falsificando un permiso de nuestros padres, nos fuimos al Torno, el pueblo de Puri y Anye. Fuimos haciendo autostop y fueron tantas las paradas que solo el viaje de ida nos llevó todo el día. Volvimos en autobús el domingo y nadie se enteró de nuestra aventura. La suerte no me acompañó tiempo después, cuando me escapé con mis compañeras de habitación para ver a unos chicos y nos pillaron. El castigo me pareció muy duro, nos mandaron al edificio principal, con el resto de internas, y nuestras noches se volvieron un poco más aburridas.

He vuelto a ver a las chicas varias veces, recordando lo vivido juntas en Muga y los lazos que fuimos capaces de crear, ya irrompibles. Puri y Cari se hicieron maestras y Anye, enfermera. He vuelto también al colegio de la mano de Esther, mi hija. Su vida ha sido tan diferente que al ver mi historia a través de sus ojos he comprendido cosas en las que entonces ni reparé. Y por supuesto, volví a hablar con doña Angelines, quien recordaba con nostalgia los tiempos en los que nosotras habíamos estado allí. Para quienes vivimos en el colegio esos años, el instituto de Muga había ensanchado nuestro mundo, no solo lo había hecho más grande, sino más sabroso, más diverso... Es posible que eso facilitara la labor de quien nos debía cuidar. Hoy, las nuevas generaciones no son la nuestra, las circunstancias por las que llegan a Muga pueden ser diferentes, pero me gusta pensar que pese a ello, la escuela sigue ofreciendo nuevas oportunidades a quien tanto las necesita, en especial nuestra escuela rural.



José Luis Gutiérrez
junto a su busto,
Muga de Sayago,
2015

EL MAESTRO

Esteban Torres Sagra
(Alaquàs, Valencia)

A pesar de que disfruté de muchos y muy buenos maestros en mi periplo viajero por la geografía española –al menos fui alumno en tres colegios distintos durante la Enseñanza General Básica– si tuviera que elegir a uno solo –difícil elección– de todo el elenco como genuino representante del gremio y como persona más influyente en mi devenir, creo que escogería a don Francisco Lerma. No solo por su amor a la enseñanza y su personalidad, que ahora desgranaré por encima, también porque mi edad entonces me hacía más vulnerable a las influencias. En aquella época yo cursaba cuarto en unas cámaras que el Ayuntamiento de la localidad había acondicionado como aula, con un salón central y el acceso a una terraza de un edificio colindantes como espacios de recreo, gimnasio, salón de actos y capilla, según la hora y las necesidades.

Don Francisco era un vejete dicharachero y sabio que se hacía querer por toda la chiquillería con sus cosas y con su cariño. Amante de los teatrillos y las canciones, a las que acompañaba con una vieja guitarra curtida en mil batallas y francachelas, cuando aún faltaba mes y medio para las vacaciones de Navidad, o para santa Cecilia, para santa Águeda, o para San Isidro, o para el verano, lo mismo le daba, ya estaba tramando alguna función sorpresa, alguna puesta en escena original, y se le notaba como si un borbotón de alegría, un torrente de juventud, se le derramase por los ojos a la par que iba alumbrando en su interior la letra de algún tanguillo o el diálogo inteligente de un entremés costumbrista, cualquier soporte era bueno para dar cauce a su creatividad. Y si no era capaz por sí solo de enjaretar las rimas que pretendía porque había veces que la inspiración le abandonaba, se iba a Teléfonos y solicitaba de inmediato una conferencia con alguno de sus antiguos alumnos, tocados con la varita mágica de la inventiva. Al cabo de diez o doce días llegaba una carta con un remite inesperado desde cualquier rincón de la geografía peninsular con la respuesta a su demanda.

Eran otros tiempos, por eso lo que ahora nos puede extrañar sobremanera y no estaría permitido bajo ningún concepto por esa manía moderna de estabular las cuestiones y dosificarlas, antes se veía con naturalidad. No nos sorprendía en absoluto que alguien irrumpiera en mitad de una clase, como la cosa más normal del mundo, mientras don Francisco hablaba de geometría, o sobre los ríos de la vertiente atlántica, o enumeraba las provincias de Castilla La Vieja, o señalaba en un mapa físico dónde se inició la Reconquista... El del pueblo se adentraba bajo mil ademanes de disculpa, apretando

la gorra entre los pulpejos y luciendo una calva reluciente, y casi no conseguía ni articular: «¿Se, se, se puede...?», tal era su azoramiento, por lo que abría de un portazo y se iba derecho al maestro a preguntar alguna duda de particiones, o de leyes regidas por el derecho consuetudinario o a inquirir sobre el papeleo a recabar para llevar a cabo cualquier trámite en la capital, antes de coger la veloz y descubrir tardíamente la falta de algún legajo. Don Francisco siempre actuaba ante ellos de la misma forma, afectado más por la vergüenza ajena que le provocaba el comportamiento de sus exalumnos, que en sí por la interrupción; eso se le notaba en sus mofletillos rojos, que se incendiaban como dos cerezas a punto de arder, antes de recetarle su sentencia.

Y qué decir de los métodos y aquel dicho incuestionable de que «la letra con sangre entra», tan de moda en la pedagogía de los setenta. En aquel espacio común al que daban las aulas, solía el maestro disponernos en círculo y él se colocaba en el centro del redondel cuando quería darle solemnidad y énfasis, o revestir de importancia algún aprendizaje especialmente básico, como las tablas de multiplicar, las áreas y los volúmenes de las figuras geométricas, o las conjugaciones de los verbos en todos los modos y tiempos. Don Francisco no necesitaba palmeta o cinturón, como otros, para amedrentarnos. Él preguntaba a escasa distancia del alumno, mirándonos a los ojos sin pudor, mirando a nuestro través, y soltaba su pregunta con precisión y agilidad de cobra. Si respondías correctamente, tras un momento de suspense en el que te esperabas lo peor, hasta que no daba un paso lateral y pasaba al compañero de tu izquierda, no volvías a respirar porque sabías que comenzaba otra ronda de más treinta chiquillos hasta que te tocara responder de nuevo, por lo que hacías cábalas en el cálculo del tiempo para ver si se agotaría o no la hora antes de repetir turno. Si errabas la respuesta, don Francisco era experto en darte una «chuleta», como él las llamaba. Aquello consistía en un golpe seco y ruidoso en la cara, con la mano abierta, aunque no solía hacer mucho daño porque le tenía cogida la medida a su fuerza y, en el fondo, estoy seguro, jamás pasó por su cabeza hacernos daño con el castigo. Me vanaglorio de no haber fallado nunca y, por tanto, de no haber recibido la «galleta» reprendedora nunca. Y doy fe que recuerdo, como si fuera hoy, todavía sin vacilar los tiempos verbales, las tablas de multiplicación y las fórmulas de las áreas y los volúmenes de todas las figuras geométricas imaginables. Sólo me llevé un capón una vez, inesperado y doloroso, que hirió mi personalidad, quizás por sorpresivo, pero fue por revoltoso en la formación de una fila antes de entrar a clase tras un recreo. Me dolió en el alma y aún me duele. Me revolví y lo miré a los ojos y comprendí que una lágrima de arrepentimiento se le quedó colgando tras el acto de disciplina. Yo le perdoné pronto, pero él no pudo perdonarse nunca.

Yo quería ser maestro para saber tanto como don Francisco y por eso encaucé mis ganas y mis aptitudes en la consecución del logro. Me empleé más de lo que en justicia necesitaba para sacar los cursos de la EGB brillantemente y convertirme así en su ojito derecho. Yo era el encargado de rezar al comenzar las clases, de regar las dos macetas de aspidistras que flanqueaban la tarima y de alimentar la estufa con

tacos de leña las mañanas de invierno, todo un lujo que provocaba la envidia de mis compañeros.

Sacaba las mejores notas cada trimestre y me ganaba todos los caramelos que a modo de obsequio repartía algunas tardes don Francisco, y eso que a veces el que me correspondía no me lo daba a mí y me decía: «Esteban, está bien que estudies, pero es que con tanto dulce se te picarán las muelas...» y la golosina volaba sobre mi cabeza hacia un bosque de manos *atrapalotodo*. Si el maestro pedía voluntarios yo me ofrecía el primero, lo cual me servía de estrategia algunas veces para no salir a la pizarra, pues cuando no me enteraba bien de la pregunta o, aun enterándome, no conocía la respuesta, con este truco evitaba que dijera: «¡Esteban, a la pizarra...!» ya que al ser tan asiduo –y reconozco que pesado– por no verme a mí siempre en el candelero refunfuñaba: «¡Mmmmm...tú ya has salido muchas veces...! por lo que una risilla de satisfacción interior, sin que se me notara por fuera, me recorría el cuerpo y el alma. En la mayoría de las ocasiones sí me daba mucha rabia no tener la oportunidad de lucirme en el encerado, sobre todo si había invertido la tarde anterior en estudiar a fondo la asignatura o me había costado lo increíble solucionar algún problema, en vez de ir a la era a jugar al fútbol con los demás niños, rular el aro por las cuevas del pueblo, hacer girar la trompa en los alledaños de la iglesia o las miles *juguescas* que emprendíamos a partir de las cinco de la tarde y hasta que anohecía las cuadrillas de zagales, diseminados por las plazas y las calles de la localidad.

Los compañeros me preguntaban –como a un pequeño don Francisco– a poco que se descuidaba el maestro, los resultados de los ejercicios. Muchos los copiaban de mi libreta directamente sin ningún pudor. Yo solía hacerme el despistado y si solicitaban más información me enfrascaba en todo lujo de explicaciones, que me harían parecer un pedante vanidoso a sus ojos infantiles y humillados, ahora me doy cuenta.

Si venía –solamente ocurrió tres veces en toda mi escolaridad– el Señor Inspector de la zona desde Valencia, con su barba caprina y canosa, siempre el mismo, don Nicanor, con su mismo maletín raído y un aire de no pertenecer a este mundo, don Francisco hacía algunas preguntas generales y luego, como al azar, me señalaba a mí para contestarlas. Decía: «¡Vamos a ver... para demostrarle a don Nicanor los últimos progresos culturales de estos alumnos míos, quiero que alguien conteste, con suma concisión, a esta pregunta... Veamos...¿alguien me puede enumerar por orden cronológico el nombre de los reyes que reinaron –valga la redundancia– en España con la Casa de Austria hasta que llegaron los Borbones...?» y después se extendía en una perorata que nadie entendíamos, ni siquiera el ilustre visitante, que se limitaba a mostrar una hilera amarilla de dientes imperfectos a modo de sonrisa, sobre la grandeza de nuestro imperio y, finalmente, añadía, como dejando en manos de la casualidad lo que él tenía en las suyas...: «¡Por ejemplo, por ejemplo...tú, Torres!»

Y yo me levantaba tranquilamente, con parsimonia, parodiando una extrañeza inexistente y un nerviosismo exagerado, y enviaba una leve reverencia hacia el estrado antes de contestar: «Los Austrias: Carlos Primero de España y Quinto de Alemania,

fue el primero, su hijo Felipe Segundo el segundo y después de ellos los monarcas... los monarcas...» yo recitaba con un retintín de insolencia y repetía varias veces «los monarcas» sólo por observar la cara de circunstancias de don Francisco, pero pronto me daban una pena infinita sus ojillos asustados detrás de los quevedos y proseguía de carrerilla: «Felipe Tercero y Felipe Cuarto fueron el tercero y el cuarto, y el último Carlos Segundo, a quien la Historia conoce como «El Hechizado», que firmó en su testamento al primer Borbón como sucesor suyo, a Felipe de «Anjú» y aquí me reprendía livianamente: —«Anjú, no. Se dice «Anyú» y se escribe Anjou». Y volvía de nuevo la luz a sus pupilas, y en su frente las arrugas se alisaban como por magia y sólo quedaban pequeñas sombras difuminadas en sus lugares. Entonces, orgulloso de mí, daba gracias a san José de Calasanz con las manos cruzadas sobre el pecho, mirando a las alturas, y me mandaba sentar con un gesto desmayado de barbilla, mientras se deshacía en elogios conmigo y por extensión, con toda la clase.

Cuando acabé la Primaria y el Bachillerato marché a la capital con la bendición de don Francisco, que me auguraba un brillante porvenir como ingeniero, pues argumentaba que con maestros como él que duran tanto y que cobran tan poco, para que más. Porque en el fondo nunca asumió de buen grado mi vocación docente.

Él seguramente quería que yo realizara su sueño etéreo de proyectar puentes y canales sobre los campos sedientos de Castilla La Vieja o sobre los cultivos de la región murciana, de donde eran sus padres, o sobre la mismísima Albufera... pero yo, erre que erre, cumplí con aquella aseveración de mi infancia cuando venían las visitas a casa y preguntaban qué iba a ser de mayor y yo les auguraba que maestro, maestro de primeras letras, maestro como don Francisco.

La escuela de mis anhelos se concreta en esta aula, con sus tres bombillas colganderas del techo que desmoronan una luz burlona y grisácea con el polvo, ejerciendo en un colegio parecido al que yo me eduqué, en un pueblo semejante en el que soy feliz, a orillas de una sierra preciosa. Alejado de todos los sitios por una carretera llena de curvas y badenes.

Afuera llueve torrencialmente hoy. El agua es tan voraz y cae con tanta fuerza que amenaza con descarnar la arena del patio y dejar al descubierto el empedrado. Soy el maestro de un quinto curso de rufanes a los que intento culturizar. Ahora están estudiando una lección que habla de otros ancestros, allá, en Asturias, en Covadonga... «con don Pelayo comienza, en la cordillera Cantábrica, en el mismo Santuario de Covadonga, la Reconquista...» me parece estar oyendo la retórica de don Francisco.

Y mirando por encima de mis gafas a los querubos me reconozco entre ellos, atisbo los mismos trucos del listillo de la clase cuando alza la mano sin saber lo que pregunto, seguro estoy, para que no le diga «¡Pedrín, a la pizarra!» y cuando venga el inspector de zona, que viene poco, le preguntaré aquello de los Austrias y buscaré, como al azar, al *pitagorín* de turno, a Molero, que verá en mis ojos, tras las gafas, una pena infinita cuando tararee la respuesta y haga como que duda, porque al instante arrancará de nuevo su retahíla y ya no parará más, hasta que diga lo de «Anjú» y yo le reprenda livianamente: «Anjú, no. Se dice «Anyú» y se escribe Anjou», como conmigo hacía don Francisco.

DESPERTAR

Ana Isabel Velasco Ortiz
(Oña, Burgos)

El camino a la escuela era corto. Salir de casa, atravesar la plaza del Ayuntamiento y seguir por la calle Barruso que desciende hasta la salida del pueblo. El edificio permanece hoy en día. Una estructura de planta y piso a la que se accede por cualquiera de las dos escalinatas laterales. Hace tiempo que dejó de ser lugar de enseñanza para convertirse en una fábrica de corte y confección y, luego, en centro de interpretación de la Edad Media.

Entre risas y juegos, esperábamos que la maestra abriera la puerta y, cada cual, a su clase, así se definía el espacio de aprendizaje; lo de aula vino después. El curso se iniciaba en septiembre, yo tenía cinco años, y la señorita Mari Carmen era la maestra de párvulos que, todas las educadoras tenían este apelativo anterior al nombre, daba igual su edad o estado civil. Lo primero, cubrir nuestra ropa con el *baby* de pequeños cuadros verdes y blancos, cuello impoluto y botones a la espalda que nos abrochábamos con mejor o peor acierto. «—Abrid la cartilla». Escuchábamos.

De mi cartera, que recuerdo color granate, extraía el libro y allí estaban las cinco vocales que copiábamos en nuestro cuaderno de caligrafía procurando que ningún trazo, sobrepasara las dos líneas horizontales que delimitaban el reducido espacio. Lápiz y goma para borrar los errores y vuelta a empezar.

Al poco, vocales y consonantes formaron palabras en el encerado y se abrieron paso en nuestra mente. —«La m con la a, ma. La p con la e, pe...»—, recitaba la maestra. Recuerdo leer en voz alta... —«Ahora sigue tú Enrique... Elena continúa...».

De igual manera, aprendí los números que más adelante sumaría y restaría en el cuaderno de operaciones. Cantábamos una canción. El 1 es un soldado haciendo la instrucción, el 2 es un patito que está tomando el sol... y así hasta el 9 que era un globo atado a un cordel. Sin olvidar el 0, el tiovivo para pasarlo bien.

Me gustaban las manualidades, el tosco cartón donde pegábamos cintas de papel de distintos colores, los dibujos trazados con pinturas de madera siempre a falta de sacar punta, pequeñas tijeras para recortar círculos, lunas, rombos, triángulos... y las imposibles figuras de plastilina que moldeábamos con tanto empeño.

Lo mejor, aquella representación del *Romance del Conde Olinos* en nuestra clase a la que acudieron profesores y alumnos de cursos superiores. Un momento mágico. A María José le tocó ser reina, yo, princesa. Coronas de cartulina sobre el cabello y

estrellas de papel de plata cosidas a nuestros babis. El conde, José Mari, llegaba en su caballo palo de madera, simulaba dejarle beber de una corriente inexistente y la reina confundía el canto del caballero con el de las sirenas. Me tocaba replicar: —«No es la sirenita madre que esa tiene otro cantar, que es la voz del Conde Olinos que por mí penando está». Terminada la función, aplausos y una manzana de premio a los intérpretes. Aún recuerdo cada estrofa del romance. Un pequeño gran tesoro que el paso de los años no ha borrado de mi memoria. No sé el tiempo que ocupaba en el calendario escolar el aprendizaje de parvulario si, la certeza de saber leer y escribir cuando terminaba este ciclo.

En el siguiente curso, la clase aparecía con pupitres de madera cuyas mesas tenían hueco para la tinta y hendidura donde depositar el plumín, aunque ya, escribíamos con bolígrafo. Sobre una tarima la mesa de la maestra, el encerado colgado de la pared y cerca, la estufa de serrín, de color gris, forma cilíndrica, cajón de tiro y tubo de salida de humos que, una mañana, emitió un quejido brusco y, siguiendo las indicaciones de la maestra, salimos fuera del edificio a la espera de que alguien del Ayuntamiento arreglase el calefactor. Y yo, no tenía otra preocupación que ese gorro de lana azul que había olvidado en el perchero, temerosa de que ardiera en el posible incendio de la escuela.

Conservo mi primera y única enciclopedia que aglutina todas las asignaturas de obligado aprendizaje en aquellos años. La portada aparece decorada con un rostro infantil rodeado de objetos tan dispares como libro, paleta de pintura, cañón, tablas de los diez mandamientos, pirámide... y en la contraportada leo: «Precio: 55 pts».

Las primeras páginas se suceden con diversos hechos de Historia Sagrada y Evangelios para continuar con Lengua Española, Aritmética, Geometría, Geografía, Historia de España, Ciencias de la Naturaleza... el volumen termina en la Formación Político-Social. En esta amalgama encuentro la tabla de multiplicar, diferencia entre adjetivos calificativos y determinados, la victoria de David frente a Goliat, la batalla de Lepanto, los ríos que atraviesan la península, circunferencias, poliedros, obra literaria de Cervantes, Lope de Vega, Calderón... el deber de comportarse bien en el colegio, la necesidad de ser ordenado o la buena educación en la calle. Las lecciones aparecen delimitadas por dibujos relacionados con el tema tratado y finalizan con ejercicios a realizar por el alumno.

Las Matemáticas siempre me fueron antipáticas. No tenía manera de decidir en qué punto se encontraban aquellos dos trenes que salían de ciudades diferentes y circulaban a distinta velocidad, por más que, kilómetros recorridos por hora y distancia, figurasen en el enunciado del problema.

En mi cabeza solo cabían soluciones literarias. El examen decía: «Escribe un quinto» y, era evidente que se refería al número quebrado... Mi respuesta: «Los que van a la guerra». Una contestación acorde con un país donde el servicio militar era obligatorio y, cada año, el estado requería a los jóvenes que contaban dieciocho primaveras a cumplir con este deber, los llamados *quintos*. Lo extraño es que no he

olvidado la prueba del nueve. Un sencillo cálculo que confirma si las operaciones elementales, restar, sumar, multiplicar o dividir están bien hechas y que desconocen las generaciones que siguieron y crecieron con una calculadora entre los utensilios escolares.

A media mañana, el recreo en el patio de la escuela, un espacio rectangular definido por el muro de piedra. Bocado, correr, saltar a la comba... y vuelta a la siguiente asignatura. Ahora que éramos mayores, los niños no estaban, ocupaban otro edificio situado en la Plaza de los árboles y aprendían con maestros, cuyos nombres, en este caso, estaban precedidos del sustantivo *don*.

No importaba la separación escolar porque teníamos todo un pueblo para compartir y, recuerdo tardes en las que niños y niñas jugábamos a guardias y ladrones, el pañuelo, escondite o corre que te pilló.

Tal y como lo siento, existía un momento importante en los primeros años de estudio. El fotógrafo que llegaba de la ciudad y la sucesión de fotografías a los alumnos que después, adquirirían los progenitores. El decorado no variaba. Al fondo, el mapa de España colgado de la pared, el niño sentado, bolígrafo en mano, la mirada fija en el objetivo y actitud aplicada fingiendo escribir o estudiar la lección del libro abierto.

Y, en algún rincón del pasado que evoco, me contemplo en blanco y negro, cinta en el cabello, ojos muy abiertos, la expresión seria, el mapa, el globo terráqueo sobre la mesa y... busco en el álbum familiar y no existe esta imagen. Vuelvo a pasar las hojas, me detengo en la fotografía de mi hermano mayor, el mapa es de Europa, sobre la mesa un libro y él, tal y como he descrito, pero yo, nada... concluyo que debo haber imaginado o haber querido vivir ese momento que, sigue acompañándome, tan nítido como ficticio.

Las maestras se sucedieron, María Luisa, Valentina... y no recuerdo que ninguna nos infringiera castigo corporal. Extender la mano para recibir el golpe seco de la regla en la palma, permanecer en un rincón mirando a la pared... El mal comportamiento se saldaba con quedarte sin recreo o copiar cien veces. No hablaré en clase. No masticaré chicle en clase. No...

Aunque los docentes hubieran llegado de otros pueblos y provincias, adquirirían de inmediato la condición de vecinos de pleno derecho, residían en casas propiedad del municipio y eran un eslabón más en la cadena de lo cotidiano y extraordinario que traían los días, meses y años. Las muestras de cercanía y arraigo se manifestaban en pequeños gestos. Así que, en mi primera comunión, entregué a la maestra aquella estampa que indicaba nombre y fecha del acontecimiento, de igual manera, ella llegó a nuestro hogar preguntando cómo me encontraba tras varios días de ausencia a la escuela por aquellas persistentes y reiterativas anginas en la garganta.

La señorita Lolita, joven, de voz suave y ademanes tranquilos, fue mi preferida. La enseñanza estaba unida a la religión y, en el mes de mayo, la retorno recitando una jaculatoria y leyendo algún relato que ensalzaba las cualidades de pequeños héroes

y heroínas que, anteponían el deber cristiano de ayudar al prójimo, a sus propios deseos y aspiraciones. ¡Qué bonitos se me antojaban aquellos cuentos! Y las niñas llevábamos flores silvestres a clase y las depositábamos en un jarrón porque era el mes de la Virgen.

Ella fue mi última profesora en la escuela del pueblo. Aquel año iniciamos el curso en el nuevo edificio recién construido en la calle Torrejón. Verja y patio amplio, ladrillo y sucesión de aulas en las que niños y niñas continuábamos separados. Era un colegio comarcal al que se incorporaron alumnos de pueblos cercanos. Adiós a la estufa de serrín, los pupitres con tintero y la enciclopedia que, fueron sustituidos por radiadores en las paredes, mesas de fornicia y distintos libros para cada asignatura.

La manera de enseñar y aprender estaba cambiando. En Matemáticas aparecieron los conjuntos, una especie de círculo que se definía por los objetos en su interior y los que, a modo de castigo, permanecían fuera. Dentro, manzanas, tras la línea, fresas... Nunca comprendí su utilidad educativa.

Las oraciones gramaticales tenían predicado, pero los complementos directos e indirectos, pasaron a denominarse objeto directo, objeto indirecto. Los ríos dejaron de recitarse porque había que ejercitar más el entendimiento y menos la memoria y hasta temí que el río Ebro ya no naciese en Fontibre, provincia de Santander.

Y me detengo en este río que discurre cerca del pueblo, un remanso de agua que ha sido testigo de nuestros veranos de niñez y juventud porque por más que me afano en regresar, mis recuerdos terminan aquí.

Lo que he narrado fue en Oña, pueblo ubicado en el norte de la provincia de Burgos, rodeado de verdes montañas y surcado por la apacible corriente del río, Oca. Mi experiencia en la escuela rural abarca poco tiempo, cinco años. Recién cumplidos los diez, ingresé en régimen de internado en un colegio de la capital para continuar mis estudios y... ese, fue otro despertar.

LA ESCUELA DE DON TOMÁS

Juana Yanguas Romero
(Almódovar del Campo, Ciudad Real)

*A mi padre.
Y a D. Tomás, por supuesto.*

Miro la fotografía coloreada de mi padre, está sentado muy serio, muy repeinado, sujetando un grueso punzón, lleva un jersey abotonado y oscuro, y detrás de él, colgando de la pared hay un mapa de la península ibérica detrás de mi padre. Agudizo la vista. Castilla La Vieja. Castilla La Nueva. Me mira fijamente como yo le miro a él. Tenemos los dos el mismo lunar en la mejilla y los mismos ojos. Pero claro, siempre hay diferencias. La boca, la nariz, la forma de la barbilla. No obstante, de todas sus hijas, soy la que más parecido tengo con él. Debajo, junto a una de las patas del pupitre, hay una firma bajo una frase corta. Está todo un tanto desdibujado por el tiempo transcurrido. Es de un suave color azul. Pone el nombre de mi padre y en la firma mimbrada, solo logró descifrar el nombre –y no los apellidos– de Tomás, el profesor que durante tantos años dio clase a este y otro chiquillos en el pueblo. El que le enseñó a leer y escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir además de las potencias, y lo más asombroso todavía: a hacer raíces cuadradas de cabeza. Un logro que no figura entre mis habilidades teniendo una carrera universitaria en mi haber.

Mi padre siempre me habló con cariño de aquellos días. De cómo iba con una pizarra y allí se pasaba las horas haciendo cuentas y muestras. Su letra llena de lazadas y fantásticos giros, como las que ya no existen, daba fe de las horas de entrenamiento y entrega. Me citaba a compañeros, unos mayores y otros más pequeños que él, y el placer de descansar y charlas mientras tomaban sus rebanadas. A mi padre siempre don Tomás le tuvo aprecio. Me contó que un día se presentó en casa. Mi abuelo era un jornalero de una finca de señores recios, muy manchegos, que le tenían todas las estaciones del año ocupado.

–Francisco vale para estudiar, vaya pensando en buscarle un buen profesor– le dijo categórico, pero al mismo con mucha humildad don Tomás.

–Ya... Pero cuando termine de estudiar con usted, se vuelve a ayudarme, que aquí se le necesita–fue cuanto tuvo que decirle el abuelo, que era analfabeto y que los pocos documentos oficiales que vio a lo largo de su vida, los tenía que firmar con tinta pegada en la yema de su pulgar.

Y así se acabó la carrera ascendente que un ingeniero, un arquitecto o un químico, porque el chico vale para estudiar y a ser posible ciencias, de mi padre. Pasaron en pocos años, antes de los que todos se figuraban, cuando don Tomás con todo el dolor de su corazón, tuvo que declarar que ya no podía enseñarle más, a engrosar las filas grises del rebaño de obreros pocos cualificados y mansos que eran del agrado de la época.

—Y me tuve que ir, cuando él mismo reconoció que me había enseñado todo cuanto sabía— me explicó mi padre con un poso de tristeza.

—¿Y qué fue de don Tomás?

Don Tomás, profesor sencillo y hecho a los desengaños académicos, continuó su labor. Apenas se vieron en los años que transcurrieron hasta que mi padre se pudo hacer hombre, y raro fue el que pudo en el pueblo, pagarle los estudios a su hijo y menos aún como en el caso de mi padre era el primogénito y tenía además detrás de sí, una ristra de hermanos.

—La escuela, ¿dónde la tenía?

—Ya no existe, en su momento estaba casi a las afueras. Ahora en su lugar, hay cocheras, las del Altozano.

—Se ve te guapo en la foto, papá.

—Nos las hicieron los del Ayuntamiento, una mañana vinieron, sin previo aviso, y nos hicieron ponernos en la mesa de don Tomás y nos las fueron uno a uno, sacando. A mí me pusieron la raya en el lado contrario de donde yo me la ponía y con poca agua y mucho jabón me aplastaron todos los remolinos. Luego don Tomás nos las dedicó.

—¿Y cuál era su apellido?

—...

—¿No te acuerdas?

—No, la verdad es que no me acuerdo, para todos era don Tomás. Y era un hombre bueno. Muy prudente, nos venía a ver a los pupitres de uno en uno y revisaba nuestro trabajo. A su mesa solo nos llamaba cuando quería que le leyésemos el texto que nos decía de un libro que él tenía. No se metía en nuestros juegos y nos dejaba salir antes si alguno de nuestros padres estaban malos, que en mi caso era a menudo. Reconozco que yo allí fui muy feliz, estudiaba y jugaba mucho, luego por la tarde me iba cuidar de mi madre o a mis hermanos, o a ayudar a mi padre— y advierto que está muy fatigado.

—¿Un poco de agua?

—No, ajústame el oxígeno, que de tanto hablar me ahogo.

—¿Y la almohada?

—La almohada bien, gracias.

—Te dejo descansar. ¿Guardo la foto?

—Sí, no vaya a perderse.

Afuera hace un día primaveral, los rayos dorados caen sobre el jardín que rodea al hospital. Es una pena que él se lo pierda. El olor del césped recién regado entra por la ventana de seguridad de la habitación que yo he abierto un poco. Cierro con cuidado. No es bueno para él las corrientes, pero no echo las cortinas. Desde su posición él puede ver el cielo azul al que no tardará en visitar. No guardo la foto en su caja, como están las demás, me la meto en el bolso y lo apreso contra mi pecho. Dentro media hora vendrá mi hermana y me hará el relevo. Ahora papá duerme, no sé qué estará soñando, si con el trabajo o con sus años de colegio; quizá todavía está en aquella aula común, con otros niños y niñas de edades dispares, con un solo libro para todos y una pizarra, mirando todos al frente un mapa de unas comunidades rebautizadas, con el pelo muy corto y las chaquetitas abotonadas.

Mi móvil vibra dentro de mi bolso y lo abro para leer el mensaje que me ha escrito mi hermana. «Llego tarde, hay una avería en el metro, voy a tener que hacer transbordo», me dice. Yo le escribo: «Vale, no te preocupes» Y le mando un emoticono con un beso. Mientras mi padre sigue durmiendo. Me levanto y le beso en la frente. La tiene fría y perlada de sudor. Pongo su mano sobre la mía y por alguna extraña razón, deseo que su sabiduría pase a través de la piel de su mano a incorporarse a la mía. Pero no, no sabré en la vida hacer raíces cuadradas de cabeza, ni recitar versos de Calderón sobre las aspiraciones de Segismundo, tampoco podré tener las manos encallecidas acompañadas de una memoria prodigiosa. Mi padre duerme, cada vez más profundamente, tal vez no llegue mi hermana a tiempo, pero mi padre cada vez se está materializando más y más en la habitación de aquella escuela de pueblo, leyéndole a don Tomás los versos de una vida llena de sueños.

PARA MÍ, EL COLE FUE BARRO Y *GOMMETTES*: PORQUERÍA Y COLORES

Sara Zubizarreta García
(Fitero, Navarra)

Nací en la Ribera de Navarra, en 1989. Me crié en un pueblo pequeño, muy pequeño, donde vivían menos de cien personas. Su escuela funcionó décadas antes de mi nacimiento, pero yo la conocí prácticamente en ruinas. Una lástima, porque me habría pillado al ladito de casa. En cambio, tuve que ir al colegio del pueblo de al lado. Pequeño, pero no tanto, tendría unos mil habitantes. Yo era la única niña forastera que estudiaba allí; no disponía ni de transporte escolar, ni de comedor. Mi padre, poco ecológico mirado desde la actualidad, se organizaba para llevarme en coche por la mañana, recogerme a mediodía, volver a dejarme después de comer y buscarme a las cinco. Las cinco, esa hora maravillosa. Excepto los miércoles, que no había clase por la tarde; la hora maravillosa de los miércoles era la una y media.

Cómo me acuerdo de los números. De nueve a una y de tres a cinco. A cinco kilómetros de casa, cinco días a la semana. Desde los cuatro hasta los once años. De primero de Infantil a sexto de Primaria, ocho cursos eternos. Éramos catorce alumnos en clase, siete chicos y siete chicas. Solo me llevaba bien con una, la única empática. Hasta quinto no entablé amistad con alguna más. Al menos dos o tres o cuatro se metían conmigo.

Yo era la forastera y, además, introvertida; un blanco fácil. Con lo dicharachera que era en mi pueblo, en el cole no hablaba nada de nada. Demasiadas personas a la vez para mi gusto, demasiados oídos y ojos atentos a mí. «Hache», me llamaban, porque nos enseñaron que la letra «h» era la mudita; y me tiraban de la coleta para tratar de accionar mi lengua. Qué ingeniosos y crueles pueden ser los críos de cuatro años. Ahora sería *bullying*, pero entonces eran «cosas de niños». Al menos solo me maltrataban a mí. O eso creo yo. Había otro niño en clase que también llamaba la atención: tenía una discapacidad intelectual. No tuvo ninguna ayuda en el aula, ni lo mandaron a ningún centro especializado. Aun así, terminó el colegio y fue el primero de toda la promoción en conseguir trabajo. Con él no se metían, como tampoco criticaban las diferencias de los demás niños de su mismo pueblo. Por eso he deducido que lo que hacían conmigo no era acoso escolar, era «nacionalismo infantil».

Pero yo no protestaba. Solo pronunciaba palabra si la *seño* me mandaba leer o me preguntaba algo. No molestaba. Qué bien les caía a las profes por eso. Yo me callaba mi malestar y mi comportamiento me hacía ganar muchos *gommettes*, esas pegatinas de formas geométricas rojas, amarillas, azules o verdes. Porque las nuestras siempre fueron maestras, menos el de Educación Física y el de Música. Qué miedo me daba el de Música, cómo gritaba. Varias veces fingí que me pasaba algo para no ir a clase los días en que tocaba esa asignatura. El de Educación Física era mucho más majo, pero tenía un defecto: le gustaba el balón prisionero. Violencia innecesaria, a mi entender. Qué tortura, qué largas se me hacían las sesiones de Gimnasia (como la llamábamos entonces) cuando nos hacía jugar a esa guerra de balonazos gratuitos sin poder salir del recuadro. Ya sé de dónde viene mi fobia a las pelotas... Pero yo no decía ni mu.

Tampoco me quejaba cuando experimentaban con nosotros dándonos leche y flúor. Leche y flúor, qué mezcla más rara. No sé a qué venía eso. Nos ponían en fila al lado de la puerta del aula y nos obligaban a bebernos un bolsón gigante de leche; porque venía en una bolsa, blanca con letras azules, de un litro por lo menos. Cómo pesaba y qué fría estaba. Qué asco me daba. Teníamos que beberla toda, y lo hacíamos. Creo que si no, no nos dejaban salir al patio; digo yo que por eso estábamos al lado de la puerta y por eso la bebíamos. Tras darle el envase vacío a la profe, la esperanza se rompía cuando ella te lo cambiaba por un vasito de plástico lleno de un líquido naranja salido de una garrafa de cinco litros con dosificador: flúor. Más asco todavía. En serio, ¿a qué venía eso? Te enjuagabas la boca, escupías al vasito y, por fin, podías salir al recreo.

Del recreo no guardo mejores sensaciones que de las clases, pero al menos podía correr y jugar con el barro. Cuántas tartas de «chocolate» haría... Qué redonditas y lisas las dejaba... A saber cómo quedaba el chándal después. Al volver del patio y habiendo filtrado mis riñoncitos semejante cantidad de leche, me hacía pis. Alguna vez pedí ir al baño. ¡Qué chiquitita era la taza! Como si fuera de juguete. Aunque no lo frecuenté mucho... estoy segura de que trataba de aguantarme hasta llegar a casa. Solo recuerdo hacérmelo una vez encima: iba a explotar, ¿por qué no fui al baño? Qué vergonzosa era. Me alivié en la silla, pero tenía una buena excusa, porque un compañero había frotado con un paño empapado la mesa que habíamos convertido en una creación artística de pintura de dedos y plastilina. Perfecta mentira: —«*Seño*, Ramoncín me ha mojado los pantalones al limpiar». Pobrecita, creí que colaría. Qué ingeniosos e ingenuos pueden ser los niños de cinco años. A saber qué me diría la maestra... Cómo borra el cerebro lo que no le interesa recordar. Pero aún me acuerdo de Ramoncín. Resultó ser el primer niño que me gustó. Y eso hace más graciosa la anécdota de que «por su culpa mojé mi ropa interior» ante la mesa pringada de plastilina.

¡Ay, la plastilina! Una de las pocas cosas que me agradaban de la escuela. Amasar esa sustancia maleable con los deditos era tan placentero. Hacer churros y bolitas de

colores (o marrones, cuando ya habíamos mezclado todos los demás)... A saber cómo quedaban las uñas después. En el cole, esas pelotillas eran las únicas que me producían tranquilidad en vez de temor.

Y aún más relax sentía cuando llegaban las vacaciones navideñas. Aunque antes había que dar un último empujón para ganarse los regalos y el turrón, y el estar en casa con la familia, y no en clase con esos energumenillos; y ver a los Reyes Magos y al Jesusito del Belén, y no al Matrimonio Borbón y al Cristo colgados encima de la pizarra... Ese esfuerzo justo antes del descanso invernal era el Festival de Navidad. Todo un acontecimiento que se llevaba a cabo en el teatro del Ayuntamiento. Imagino que era aburridísimo para los padres, que tenían que pasarse la tarde aguantando los espectáculos descoordinados y desafinados de todos los cursos. Que los peques pueden ser muy graciosos, pero un ratito solo. Nos aprendíamos frases o villancicos o coreografías. Como he dicho, éramos siete chicas y siete chicos, siete parejitas de baile. Y a saber quién te iba a tocar de compañero en la función. Había uno de ellos, Manolín, que siempre huía del escenario, así que ninguna lo queríamos como pareja. Un año me tocó a mí. Aluciné en cada ensayo porque mostraba dedicación y compromiso. Y, como ya estábamos en quinto, pensé que había madurado y que iba a aguantar toda la actuación. Llegó el gran día y mantuve la fe en Manolín. Estábamos todos colocados sobre el escenario; él y yo en una esquina de la fila de atrás, por si acaso. Se levantó el telón y comenzó la melodía de Cachete con cachete. Manolín huyó. No me supuso una sorpresa, más bien, una decepción. Pero ¡qué resolutive fui! Bailé toda la canción yo sola, repitiendo lo ensayado, paso tras paso, gesto tras gesto, como si mi compañero fuera invisible... Me llevé un aprendizaje para la vida laboral.

A propósito de compañeros intangibles, ya sabéis que a mí me gustaba Ramoncín y que en clase éramos siete chicos y siete chicas. Pues había cinco chicas a las que les gustaban otros cinco chicos, a Manolín no lo quería nadie, y la chica que quedaba estaba igual de prendidita de Ramoncín que yo. Problema. Como he dicho antes, en quinto hice alguna amiga más (está claro que era de darme a conocer poco a poco), pero también me creé una archienemiga. En una excursión, como poniendo en práctica el lema de «lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas», los cinco chicos preguntaron a sus pretendientas, a través de tercera personas (como no podía ser de otra manera porque no existía la facilidad del WhatsApp), si querían ser sus novias. Y, sorpresa, Ramoncín me lo pidió a mí, ¡qué subidón! Fuimos novios dos días y ni siquiera nos acercamos a menos de cinco metros, pero yo sentía amor verdadero. Claro que su otra enamorada se llevó menudo chasco. Sólo le quedaba Manolín... Ahí empezó a odiarme. Creo que todavía me odia.

En Navidades me daba tiempo a olvidarme de la coreografía fallida, de mi archienemiga y de Ramoncín, pero se pasaban volando y, aunque con más juguetes en casa, volvía la rutina escolar. Más letras, más números, más balonazos. Más barro, más *gommettes*.

Y rápidamente llegaban los carnavales. Más colores, más mancharse, más vergüenza. Las madres se lo curraban: disfraces y carroza. Atuendos estrafalarios, todos iguales o chicas de una manera y chicos de otra. Remolque decorado para la ocasión, tirado por un tractor, en el que nos paseaban por el pueblo como si perteneciéramos a un circo ambulante. Recuerdo un carnaval en concreto: nos vistieron de esquiadores. Abrigados íbamos, eso sí, y con esquís hechos de madera incluidos; las madres estaban en todo. La gracia del decorado de aquel carro fue la nieve artificial, muy realista... A saber qué era. Ecológica no, eso seguro. La sacábamos a puñados de unos sacos enormes y la lanzábamos por doquier. El polvillo se nos metió en los ojos a todos los chiquillos y nos provocó tal conjuntivitis que al día siguiente solo hubo una persona ilesa que pudo asistir a clase: la maestra.

Junto a la primavera, venía la magia de la metamorfosis: el intercambio de guanos de seda, de caja de zapatos a caja de zapatos, y la recolecta de hojas de morera en el patio para darles de comer. ¿Qué les depararía el futuro a esos pobres capullos?

En la estación primaveral también hacíamos más excursiones. En una de ellas, a un bosquecito de pinos cercano al cole, conocimos a unos bichitos menos suaves que los de seda: orugas de procesionaria. Disgusto para el profe de Educación Física por la responsabilidad, y para Ramoncín por el picor. Era afortunado en el amor, pero tenía poca suerte en la salud, y ese día volvió a casa cubierto de sarpullidos.

Con la subida de temperaturas, además de insectos, llegaba la época en la que «el carrillo» nos esperaba en la puerta del cole por las tardes. «El carrillo» era un vendedor de chuches acompañado de su puestecillo rodante rebosante de dulce mercancía, cuyo negocio consistía en servir de aliciente para que volviésemos a clase después de comer; porque especialmente con el buen tiempo, daba mucha pereza. Mi padre me daba cinco duros, veinticinco pesetas; ya fuese en forma de moneda agujereada en el centro, o de cinco moneditas de duro. Me llegaba para cinco meones, que era mi gominola preferida. La representación roja y pegajosa de la estatua esa de una fuente de Bruselas. Lavarse los dientes después de comer, ¿para qué?, si iba a comprarme meones en «el carrillo». Además, seguro que el cóctel de leche embolsada y flúor de garrafón neutralizaba el efecto que el azúcar tuviera sobre el esmalte... Menudas caries. Menos mal que esos dientes agujereados se iban a caer y a transformarse en más monedas agujereadas, de parte del Ratoncito Pérez en esta ocasión. Más monedas, más meones, más caries, la rueda del Ratón.

Desdentada llegué a la comunión. Qué fotos tan horribles. Y qué horror la maestra de ese curso. Era megarreligiosa y nos hacía rezar un Padre Nuestro al comienzo de cada jornada, como preparándonos para una vida de católicos practicantes (al año siguiente llegaron los primeros musulmanes a ese colegio... A saber qué haría esa profesora entonces). Empezábamos la mañana cada uno en su pupitre, de pie delante de la silla, con las palmas de las manos juntas bajo la barbilla y la cabeza gacha mirando hacia la mesa. O quizás lo de agachar la cabeza lo hacía solo yo, para que nadie viese mis labios y, así, evitar que se diesen cuenta de que no me sabía la

oración. Todos los días del curso repitiéndola y nunca me la aprendí, pero «que Dios me perdone y me tenga en su gloria».

En la gloria sí que estaba cuando llegaba el verano. «Mmm, ¡vacaciones!». Las pasaba en mi pueblecito, sin ir de viaje (que bastante gastábamos en gasolina durante el curso), y también sin ver a mis compañeros de clase. En casa y en el campo, a gusto. Tenía pinturas, plastilina, sol y barro; me faltaban los *gommettes*. Las tareas que nos mandaban para casa, de Mates y Lengua, las terminaba enseguida; y nunca tuve un libro de Vacaciones Santillana, aunque me habría gustado. Un amiguito del pueblo sí que lo tenía y, como él no lo quería, se lo hacía yo. Me divertía poner en práctica lo aprendido, echaba un poco de menos los deberes.

Me gustaban los números y las letras, pero odiaba los balonazos y los tirones de pelo. Quizás habría sido más feliz estudiando como ahora, online, sin salir de casa, sin balón prisionero, ni leche, ni flúor... Pero entonces mi pseudónimo no habría sido tan auténtico y, además, me habría perdido a Ramoncín, los meones, el barro y los *gommettes*.



DIPUTACION
DE
ZAMORA



Ayuntamiento de
Fonfria



Casa de Maestro
MUNOZ ANTON Y ADAMEZ



Cátedra
Población,
Vinculación
y Desarrollo